This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Bequest of
S ALLIBONE JANVIER
AND OF
RINE ANN JANVIER
HIS WIFE

TO THE
ORK PUBLIC LIBRARY
1914

C. A. Jaurer
New York, March 6, 1889
Schedule sale - 10 cts

Sacerdote y Caudillo.

PRESBITERO
AGUSTIN
ESCALANTE

Enero 2. de 1870.

SACERDOTE Y CAUDILLO
POR J. A. MATEOS.

1. Fiction ( )

2. Mexico. - History, 1810-21. Fiction

3. Hidalgo y Costilla, Miguel

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS

SACERDOTE

Y CAUDILLO.

(MEMORIAS DE LA INSURRECCION.)

NOVELA HISTÓRICA

POR

JUAN A. MATEOS.

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

MÉXICO.
IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,
Calle de los Rebeldes número 2.
1869

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
564572
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1915 L

AL BENEMÉRITO

ESTADO DE GUANAJUATO

CUNA DE LOS HÉROES DE 1810

Y TUMBA DE LOS PRIMEROS MÁRTIRES

DE LA

INDEPENDENCIA MEXICANA

CONSAGRA

LAS PÁGINAS HISTÓRICAS DE ESTE LIBRO

JUAN ANTONIO MATEOS.

MDCCCLXIX.

PARTE PRIMERA.

El prólogo de un gran libro.

INTRODUCCION.

LA PRIMERA PÁGINA.

I.

Hace mas de un siglo que en la Provincia de Guanajuato y hácia las llanuras bellísimas de Pénjamo, en cuyos límites serpean las trasparentes aguas del TURBIO deshaciéndose en olas cristalinas que riegan las márgenes floridas, en el lujo de una naturaleza salvaje y exhuberante, se extendian en aquella época los pintorescos caseríos cuyos nombres conserva solo la tradicion.

Al sur de la *hacienda* llamada *Casco de Corralejo*, entre la márgen oriental del *Turbio*, y la *hacienda* de *Cuitzeo de los Naranjos*, existia el rancho de *San Vicente.*

Un viejo y honrado campesino llamado Antonio Gallaga era el dueño de aquella *ranchería*, y en ella habian nacido tres hermosas niñas, una de las cuales era sobrina de don Antonio.

Por aquellos tiempos se hacia célebre por su lujo y ostentacion, *don Cristóbal Hidalgo y Costilla*, jóven mexicano, que

despues de una vida borrascosa en la capital de la Colonia, se habia refugiado en San Vicente, hacienda encargada á su administracion.

La comarca de Pénjamo entró en movimiento con la llegada del *cortesano*, y las diversiones se sucedian contínuamente, siendo el héroe de todas ellas Cristóbal Hidalgo, famoso por su proverbial galantería.

Las viejas devotas de Pénjamo se ponian á rezar cuando Cristóbal aparecia con la música del pueblo, armando algazara por las calles á deshoras de la noche.

La ronda se unia al calavera y su carpanta de amigos, y el alcalde se daba por satisfecho con que gritasen á sus ventanas ¡viva el señor alcalde! ¡viva el justicia de Pénjamo! ¡viva la señora alcaldesa!

La alcaldesa sacaba algunas botellas de Jerez, Cristóbal le dirigia una arenga y seguia la jarana hasta el amanecer, en que toda aquella multitud se santiguaba devotamente al oir el toque del *Ave María.*

Hidalgo era rico y muy guapo, lo que traia inquieto al sexo hermoso de la comarca, que á fuer de historiadores decimos que era encantador, porque la provincia de Guanajuato ha sido siempre mas rica en la belleza espiritual de sus hijas, que en el oro de sus entrañas.

Cristóbal, como era natural, amaba á todas las muchachas, que se manifestaban desconfiadas con el carácter voluble del galanteador.

Los amigos del nuevo don Juan, aseguraban que tenia una novia en cada *rancho* y que si no fuera cristiano tan conocido pasaria por un sectario de Mahoma.

Punto de honor se hizo en Pénjamo y sus derredores la conquista de aquel corazon, que viraba á cada soplo de viento, es decir, á cada mirada de unos ojos húmedos y abrillantados.

Cuando en un baile se veia á Cristóbal apasionado, rendido y haciendo mas protestas que un relapso delante de la hoguera,

todos movian la cabeza en son de duda y compadecian á la paloma que se rendia al ardor violento de sus amores.

Ya el señor cura habia reñido en el confesonario á varias niñas que en medio de suspiros y puntos suspensivos, confesaban estar flechadas por las palabras insinuantes del jóven calavera; pero la voz del señor cura se alzaba hasta las bóvedas de la iglesia (que en tela de verdad no estaban muy altas) cuando alguna jamona referia algo que hacia electrizar al párroco, siempre con referencia á don Cristóbal: poco despues se las veia puestas en cruz, cumplir la *penitencia.*

Habia algunas sentenciadas á entrar de rodillas al templo, y otras á darse tres ó cuatro docenas de disciplinazos, por haber tenido pensamientos obtusos.

Las muchachas ponian en juego todos sus encantos para atraerse á Cristóbal, que consumaba desercion á la hora en que la situacion se hacia difícil y sacaba el cuello al lazo matrimonial con un tacto esquisito.

Aquella tempestad debia parar en catástrofe, y la nave del solterismo rota y despedazada tendria que pedir socorro para llegar al puerto.

Ocurriósele á Cristóbal anunciar que estaba determinado á contraer matrimonio con una hija de la comarca, y que su enlace lo verificaria luego que tuviese novia.

Este edicto fué publicado por las trompas de la fama, es decir, por todos los habladores del pueblo, amigos y enemigos de don Cristóbal.

Cañonazo de leva fué aquella noticia, todo el sexo hermoso se puso en tren de batalla, los enamorados ordenaron reclusion á sus novias, que no dejaron por eso de asomarse á sus ventanas y concurrir á la misa mayor, compuestas como un *veintisiete.*

Cristóbal era un buen partido por su honradez, y sobre todo por su riqueza.

Paróse el jóven en la puerta del templo un domingo á la ho-

ra de la misa mayor, entre el círculo de sus amigos, y comenzó á decir *sotto voce* á cada muchacha que pasaba los sagrados umbrales:

—Esa me conviene, tiene los piés pequeños como los de una mosca.

—No, esta es mas hermosa, sus ojos son dos soles.

—No, no, no, esta, esta sí que será mi novia, la cintura es de avispa.

—Me decido por esta otra, ¡que cútis tan hermoso!

—Esta sí, que sí, la dentadura me ha dejado medio muerto.

—No, me arrepiento, no habia visto á esta con los brazos redondos como unos bolillos y blancos como una azucena.

—Señores! señores! es negocio concluido: ha llegado la reina; pero no, la otra, no, no, esa, aquella, la de mas allá.... está visto, todas me gustan, soy muy desgraciado!

Cristóbal tenia razon; á la hora de escojer, las excluidas parecen siempre mas hermosas; no habia remedio, la casualidad decidiria aquel problema.

II.

Don Antonio Gallaga preparaba al jóven un gran convite en *San Vicente*, sus hijas tenian deseos vehementes de conocer á Cristóbal, cuya fama habia llegado hasta el caserío, en boca de las viejas que acarreaban chismes semanariamente.

La sobrina de don Antonio, llamada Ana María, aunque era muy considerada, se le tenia como huérfana, y en esa situacion se le destinó á servir las viandas á la hora solemne de la comida.

Desde muy temprano las jóvenes amas se pusieron de perilla en pendon, acumulando sobre su personalidad cuantos adornos y composturas tuvieron á mano y enviaron á buscar á la *única tienda de Pénjamo.*

Cuando salió el sol ya las hijas de Gallaga no tenian un solo objeto de compostura que no estuviese en su tocado.

Mucho habia costado á don Antonio comprar las telas venidas en la Nao de China para vestir á sus hijas, los zapatos de *palillo* eran carísimos por la escasez de artistas, sobre todo en aquellos lugares; pero al fin, las niñas estaban hechas unas cortesanas.

Eran las seis de la mañana y no se divisiba aún en el camino pasagero alguno ni cabalgata que revelase la aproximacion del convidado.

Las hijas de Gallaga se subian de continuo á la azotea á riesgo de despeinarse ó estropear sus vestidos, para *divisar* si era ya llegada la hora: exasperadas con tanta dilacion, enviaron á un criado por noticias y se sentaron al estrado para que don Cristóbal las encontrase de toda ceremonia.

Ana María salió de la casa y se dirigió á un arroyo, donde lavó las madejas profusas de su cabello y sumergió repetidas veces su rostro angelical, que tomó, con las linfas, la frescura de las rosas.

Lavó sus brazos torneados, y despues, poniendo en el declive del terreno sus piés desnudos, breves y delicados, corrió el agua sobre ellos, azotando dulcemente aquel alabastro surcado de venas azules y apagadas.

Sombreóse despues bajo los árboles del pequeño bosque, ensortijóse su cabello en una cascada de ébano, que caía sobre su espalda, esparcida por el viento purísimo de la mañana.

Calzóse un zagalejo encarnado como las flores de la maravilla, puso al cuello una sarta triple de corales rojos como sus labios, asomóse á un remanso, donde apareció su bellísima imágen, se contempló un instante, y sonriendo con esa coquetería que acompaña á la mujer al despertar á sus primeros sueños, se alejó llevando unas rosas *que cortó á su* paso.

III.

No habia llegado aún la jóven á la puerta de la casa, cuando un tropel de caballos se dejó ver en el sendero que conducia á la entrada de la finca.

Paróse Ana María llevada por la curiosidad, cuando se adelantó un ginete en un soberbio caballo enjaezado primorosamente, y que salpicando grumos de espuma manifestaba lo arrogante de su ley.

Echóse abajo el ginete, y dirigiéndose con la mayor galantería á la jóven la dijo:

—¿Es esta la casa de don Antonio Gallaga?

—Pase el señor caballero, respondió Ana María llena de rubor ante la mirada de fuego de don Cristóbal.

—Será usted acaso una de las personas de su familia?

—Sí, señor, su sobrina.

—No en vano tiene usted esos ojos como dos luceros y esa frente blanca como la rosa que lleva en su primorosa mano.

Ana María se estremeció al escuchar aquel lenguaje desconocido hasta entonces, un temblor interior agitó sus formas delicadas y la rosa se le escapó de entre los dedos.

Don Cristóbal se arrojó sobre la rosa como el primer despojo de aquel encuentro.

El calavera se habia impresionado terriblemente de aquel conjunto de belleza y espiritualismo; un rostro purísimo, bañado de una apacible melancolía, unos ojos negros como la noche, de donde se desprendia un rayo siempre tímido como las ráfagas crepusculares; una boca como la flor del granado, y [illegible] como el capullo de la azucena; una frente ovalada [illegible] cabellera negra y ensortijada, la cin-

tura breve, y la apostura recogida y magestuosa: Ana María hablaba con dulzura, aquella voz era la del zenzontle.

La infeliz tórtola sentia en su corazon agitado los primeros síntomas del amor, una vaga ansiedad la devoraba, su labio estaba seco y sus ojos resplandecientes.

Cuando el galan recogió la flor y la puso en una de las *agujetas* de plata de su elegante *cotona*, Ana María comprendió el lenguaje de las flores, aquella flor hablaba á su corazon con el idioma de las ilusiones.

Toda esta escena pasó momentáneamente, los amigos de don Cristóbal llegaron á la casa cuando ya Ana se habia entrado á dar parte á la familia.

Don Antonio Gallaga acudió al momento, los criados de la *ranchería* tomaron los caballos y comenzaron á pasearlos á la sombra, mientras que don Cristobal y sus amigos eran recibidos con esa lujosa ostentacion que se acostumbraba en aquel entonces, en que el dinero sobraba, y mas aún, la gana de derrocharle.

Don Antonio presentó á sus dos hijas, que como ya hemos dicho, estaban perfectamente puestas á la usanza de la corte.

La música de Pénjamo tocaba sonatas alegres, y un barullo espantoso se dejaba oir en toda la finca.

Sirvióse un almuerzo espléndido, no sin preceder unas copas de catalan y unas puchas, para abrir boca.

Don Cristóbal galanteó á las señoritas mientras no llegó la hora del almuerzo, en que toda su atencion se hallaba absorta en el rostro angelical de Ana María, que se esmeraba en el servicio de la mesa.

La jóven no levantó la vista para fijarla en don Cristóbal, ese era precisamente el primer síntoma de la enfermedad que se desarrollaba en su corazon.

Los bríndis se succedieron, las protestas de amistad franca y de simpatías se prodigaron, y el jóven de las aventuras cautivó á aquella familia con su esquisito trato.

En una de las veces que Ana se acercó al caballero, éste le dijo al oido:

—¡Mañana!

Esa palabra bastó para revelar á la jóven las pretensiones del enamorado galan.... ¡mañana!.... ¡mañana!.... aquello era una cita, esto lo comprenderia una niña de cuatro años, Ana lo comprendió perfectamente, y era que tal vez la palabra habia venido á dar forma á sus esperanzas.

Pasóse el dia en tertulia, baile y juego de cartas; don Cristóbal y sus amigos se portaron como quienes eran, bailaron con todas las muchachas, se bebieron todo el vino que pudieron, y jugaron cuanto llevaban, con un desprendimiento verdaderamente heróico.

Ya cerraba la noche cuando la fiesta dió término con la despedida de los huéspedes, que despues de abrazar á todas y cada una de las personas de la familia de Gallaga, montaron en sus trotones y se alejaron rumbo al *Casco de Corralejo.*

Al llegar al recodo del camino, volvieron los caballos, agitaron sus sombreros y se perdieron en una nube de polvo y las primeras sombras de la noche.

IV.

Cuando el *rancho* de San Vicente recobró su curso ordinario y ese reposo habitual que caracteriza á las fincas de campo, Ana María entró en la sala donde don Antonio hablaba á sus hijas sobre los accidentes de la fiesta, el talento de D. Cristóbal y el buen humor de los amigos que le acompañaban, y sobre todo, de su franqueza.

—Como que á mí me regaló ese señor una *medalla.*

—Una medalla don Cristobal? preguntó don Antonio con asombro; si ese jóven no pone los piés en la iglesia sino los domingos, y no es muy edificante que digamos.

—Aquí está la medalla.

—Inocente! exclamó don Antonio, esta es una onza de oro! vamos, que ese hombre tiene desatornillada la chaveta!

Ese obsequio que hoy pasaria por un insulto, entonces era una galantería de buen tono.

—Guarda tu medalla, hija mia, y ojalá que Dios te conceda centenares de esas.

La jóven guardó la moneda como la primer prenda de ese cariño que comenzaba á arder en el fondo de su pecho.

Las hermanas Gallaga creian haber conquistado á don Cristóbal, aunque algo les inquietaba el obsequio presentado por la jóven huérfana.

Luego que Ana se encontró sola, comenzó á tomarse cuenta de lo que pasaba en su corazon: la imágen del caballero se le presentó bajo el ropage de una imaginacion en el dia primero de sus impresiones, oía su voz, sentia el fuego de sus miradas, el contacto de su mano, y sobre todo, aquella palabra *¡mañana!*

¿Qué habia querido decir el galanteador? ¿se atrevería á venir oculto para hablarla? ¿se presentaría en una nueva visita? ¿qué pretendia aquel hombre? Todas estas preguntas eran respondidas inmediatamente y reasumidas en una sola: "viene á hablar de amores conmigo huyendo la presencia de los importunos:" en este caso todas las personas lo son.

Envuelta la jóven en el tumulto de sus ideas y las imágenes apacibles de su cariño, entró en el letargo profundo del sueño.

V.

Don Cristóbal llegó á su hacienda en completa desmoralizacion; los ojos de Ana lo tenian deslumbrado, era un hombre perdido en el mundo del solterismo.

—Y no ha de ser! gritaba el calavera, como si álguien le dirigiese la palabra.

—Este Cristóbal está loco, le decia uno de sus amigos, los zapatos de palillos, los encajes y los *chiqueadores* de las muchachas, lo traen perturbado.

—Qué palillos, ni qué demonios!

—Y sabes querido, que la primita me ha petado de lo lindo?

—Qué primita?

—Bárbaro! la que servia la mesa.

—No es fea la muchacha.

—Cómo se entiende? es de lo mas hermoso que he visto.

—Vean ustedes al socarron de don Antonio lo que tenia guardado en su casa, y el muy bribon se estaba callado!

—Conque les parece á ustedes hermosa esa jóven?

—Sí, sí, dijeron á la vez los amigos de don Cristóbal.

—Pues voy á ser franco con ustedes, á revelarles un secreto.

—Secreto á voces?

—No, va de sério.

—Entonces lo contaremos á todo el mundo.

—Cuando digo que es negocio grave!

—Escuchemos, porque eso de *grave*, es verdaderamente *grave* cuando se trata del buen Cristóbal.

—Silencio!

—Pues señores, estoy enamorado de remate.

Los amigos se echaron á reir como unos desesperados.

—Van ustedes á admirarse.

—Oigamos!

—Dentro de ocho dias.... me caso.

Nueva salva de carcajadas y de palmoteos.

—Lo dicho, señores, exclamó Cristóbal levantándose, dentro de ocho dias me caso con Ana María.

—Luego no es broma?

—No, no lo es, esa pobre niña me ha simpatizado, ya la vieron ustedes, cuán humillada, perteneciendo á la familia de don Antonio, haciendo oficios de criada ¡pobre huérfana! lo mas

horrible que hay en este mundo es no tener padre!---- ya ven ustedes, el caso no es para broma, sería un crímen burlarse de la inocencia y de la desgracia---- palabra de honor, dentro de ocho dias---- y quedan ustedes convidados á mis bodas con Ana María.

Este era uno de tantos rasgos como tienen esos corazones que se creen gastados en la tormenta de la vida, y que conservan aún la pureza primitiva de sus impresiones desarrollada ante los grandes espectáculos de la humanidad que sufre!

VI.

Desde aquel dia, á la hora que sonaba el toque de oraciones, se desprendian de Corralejo dos ginetes armados, que atravesando la llanura llegaban al bosque de *San Vicente.*

Apeábase el caballero dejando su caballo al cuidado de su acompañante, y se acercaba á una de las ventanas de la finca; despues del toque de ánimas se abria una de las hojas de aquella misteriosa ventana, y una jóven pálida de amores, tomaba entre sus preciosas manos la cabeza del galan y besaba repetidas veces la frente de su amante.

El enamorado decia ternezas á aquella simpática criatura, que escuchaba con el candor del serafin cuantas palabras salian de los labios abrasantes del caballero.

Ana amaba por la primera vez: su corazon se abria á las intensas impresiones de un amor entrañable, como las hojas de la rosa á las brisas purísimas del amanecer.

Aquel ángel se dejaba llevar por la mansa corriente de la ilusion, mostrándose tan pura, tan confiada, como el tesoro de virtud que yacia encerrado en el santuario de su alma. Si su amante le hubiera dicho: abandona tu hogar y sígueme, aquella niña le hubiera seguido en pos de una promesa; porque cuan-

do el corazon no está gastado, cuando el mundo se contempla por su lado luminoso, no se comprende el doblez en que se esconde la falsía y el engaño, entonces los sueños son realidades, el cielo se toca con la tierra, y Dios nos abrasa con su aliento.

Cristóbal amaba ardientemente: la coraza que las vicisitudes habian puesto á su corazon, se rompia ante el ángel de su cariño, y ambicionaba todo el amor de Ana, con las exigencias todas de una pasion volcánica y abrasadora.

El destino de aquellos dos seres estaba manifiesto.

Don Cristóbal Hidalgo se presentó en la casa de su amigo don Antonio Gallaga, que ya esperaba su visita, y pidió en matrimonio á la huérfana Ana María.

Las hermanas Gallaga sintieron retortijones de tripas y calambres.

Sorprendióse el viejo al oir una proposicion que no esperaba; pero no pudiendo oponerse á la voluntad de su sobrina, ni de su novio, arregló el casamiento, que se verificó el 26 de Agosto de 1752 en la hacienda de Corralejo.

VII.

Habia por aquellos tiempos una costumbre que guardaba todo el sabor del patriarcado, y que encierra mucho de ternura y poesía.

Despues que una jóven, con la corona de azahares de la desposada, se alejaba del techo paterno para ir á formar la familia, como la primera piedra de la sociedad, tenia la obligacion de regresar al nido abandonado á depositar bajo aquella sombra benigna al primer fruto de sus amores, y que ese primer vástago recibiese las bendiciones de sus abuelos.

Ana no tenia padres, pero don Antonio habia hecho sus ve-

ces, así es que la huérfana regresó en breve á su hogar, donde á los diez meses de su enlace dió á luz un niño, que fué llevado á la capillita de *Cuitzeo de los Naranjos* á recibir las aguas bautismales.

Luego que los padrinos se presentaron al teniente cura, mandó que se abriese la partida de bautismo, que fué mas tarde registrada en el curato de Pénjamo.

El notario desenvainó un gran libro de pergamino, y tomando una pluma de ave, escribió ceremoniosamente, no sin interrumpirse á cada momento, haciendo observaciones y preguntas curiosísimas:

"En la capilla de Cuitzeo de los Naranjos, á los diez y seis dias del mes de Mayo de setecientos cincuenta y tres, el bachiller don Agustin Salazar, teniente de cura, solemnemente bautizó, puso óleo y crisma, y por nombre *Miguel*, Gregorio, Antonio, Ignacio, á un infante de ocho dias, hijo de don Cristóbal H dalgo y Costilla y de doña Ana María de Gallaga, españoles, cónyuges vecinos de Corralejo. Fueron padrinos, don Francisco y doña María de Cisneros, á quienes se amonestó el parentesco de obligacion, y lo firmó con el actual cura.—BERNARDO ALCOCER."

Luego que el notario concluyó la escritura, limpió la pluma con un pedazo de papel, y poniéndosela tras de la oreja y restregándose las manos, dijo con énfasis y en un tono de salmodia, porque las gafas oprimian su nariz acaballetada:

—Señores mios, vuestro ahijado el niño *Miguel Hidalgo y Costilla*, segun el dia en que ha visto la luz, que no es otro que el *ocho de Mayo*, en que la Iglesia celebra la aparicion del glorioso arcángel señor San Miguel, generalísimo de los ejércitos celestiales, será tal vez el campeon que defienda la sagrada religion católica, apostólica, romana, y la persona de S .M. el rey, que Dios guarde.

—Amen, respondieron los padrinos, y dándole el *bolo* al notario, *que siempre tenia una arenga á su* disposicion, regresaron

á la casa de don Cristóbal Hidalgo á poner en sus manos á su hijo, libre ya del estigma heredado de nuestros padres en la regeneracion purísima de las linfas del bautismo.

VIII.

Aquel libro forrado en pergamino, guardaba el nombre destinado en el porvenir á la inmortalidad; registrado en sus toscas páginas, pasaria mas tarde á los mármoles, y la tinta seria el oro que hoy luce en las inscripciones y monumentos.

Medio siglo despues, don Miguel Hidalgo y Costilla visitaba en medio del tumulto de su ejército, el humilde curato de Pénjamo: el libro habia desaparecido; pero queda otro que no desgasta ni el poderoso aliento de los siglos.... el libro de la historia!

La casa en que nació Hidalgo ya no existe; está marcada por un monton de ruinas, última cifra de aquella interesante leyenda.

El patriotismo ha levantado en aquel sitio un monumento.

En la base de la columna toscana, que se eleva como una aguja en medio de las llanuras de Pénjamo, el viajero, con la frente descubierta y lleno de un recogimiento religioso, lee esta sencilla inscripcion:

MIGUEL HIDALGO
NACIÓ AQUÍ,
EL 8 DE MAYO
DE 1753.

SACERDOTE Y CAUDILLO.

Litog. de Sarria

El rector del colegio de S. Nicolás.

CAPÍTULO I.

EL SEÑOR RECTOR DEL COLEGIO DE SAN NICOLAS.

I.

La noche del 13 de Enero del año de gracia de 1796, y al sonar el toque de oraciones, el señor rector del colegio de San Nicolas salia del ex-convento de jesuitas, donde habia estado la tarde entera al confesionario; atravesó la calle, que es una de las que rodean el edificio, y se entró en la portería del colegio.

Subió la escalera, atravesó los corredores, y se entró en el aposento rectoral.

La sala rectoral del colegio de San Nicolas, es espaciosa, llena de estantes cubiertos con alambrado, y donde se guarda toda la erudicion de los sabios teólogos y canonistas de la edad media.

Aquellos libros forrados en pergamino, es todo lo que se permitia enseñar en las aulas del siglo décimo octavo.

Las obras ultramontanas, la *Historia de la Iglesia*, las *Actas de los Concilios*, los *Dichos de los Santos Padres*, los *Cuerpos del derecho canónico y civil*, las obras de nuestro *Santo Padre San Agus-*

tin, y el catálogo entero de las preeminencias eclesiásticas y los fueros, todo en la plenitud del *derecho divino*, componian la biblioteca de aquel seminario.

Algunos rótulos escritos en latin y griego servian de adorno á los libreros, y varios retratos de los fundadores y benefactores del colegio estaban á la pared de la rectoral como velando su obra.

Una gran mesa se apoyaba en la pared cabecera del salon, y sobre ella se veia un gran tintero de cobre con manchas de cardenillo y lleno de plumas de ave; la salvadera, la obleitera y la campanilla, todo del mismo metal y en igual estado de uso ó de abandono.

La mesa tenia una carpeta de cuero teñido de negro, el sillon forrado de lo mismo, y ambos muebles adornados con tachuelas de metal amarillo.

Una lamparilla agonizante mentia un reflejo sobre aquella silenciosa estancia, y temblaba sobre los retratos severos, que parecian moverse á la agitacion de aquella luz, siempre trémula y próxima á extinguirse.

El rector puso la llave en la cerradura, y á un ligero impulso la puerta giró pesada sobre sus goznes, y un aliento frio que se exhalaba de aquella estancia dió sobre aquel hombre embozado, que penetró hasta la mesa, tomó una vela, aplicó el pábilo á la llama mortecina de la lámpara, y despues de encendida la colocó en el candelero de cobre.

Aquella luz no era bastante para dar de lleno sobre los ángulos todos del salon, y las sombras se posaban por do quiera disputándose la extension de aquella pieza.

El eclesiástico se dirigió en seguida á la puerta, dió una mirada á los corredores, y se encerró en el salon poni ndo la llave por dentro.

Cuando se encontró solo, arrojó su capa y sombrero sobre una silla, y pudo contemplarse toda la magestad de aquella figura interesante.

Una cabeza perfectamente modelada, la frente alta y con esas protuberancias en que los frenólogos han colocado el desarrollo filosófico; los ojos claros, la nariz recta, los labios delgados, la faz morena y un tanto descolorida, la mirada profundamente reflexiva, y todo aquel rostro bañado de una calma concentrada, velo trasparente de una alma gigante que se hacia sentir á una sola actitud, á una expresion modulada de aquel acento sonoro y vibrante, como si partiese de un foco templado y armónico.

La parte superior de aquella frente parecia ensancharse hácia lo alto de la cabeza, que el cabello comenzaba á abandonar.

La talla de aquel hombre era robusta, el cuello algo inclinado hácia la izquierda, mas bien por costumbre que por conformacion.

El rector de San Nicolas llevaba calzon corto negro, medias del mismo color, zapatos de cuero con hebillas, levita larga, y un cuellito que servia especialmente como arreo del traje talar.

Luego que aquel personaje se aseguró de que estaba solo, se acercó al tercer estante de la izquierda, abrió las puertas del alambrado, sacó unos libros, que no eran otros que *Las actas de los Apóstoles*, y de entre las hojas unos papeles que llevó recatadamente á la mesa.

Sentóse en el sillon y comenzó á devorar aquellas páginas, con la ansiedad con que un peregrino se lanzara sobre un arroyo en medio de los calores del desierto.

El rector del colegio de San Nicolas era un sabio.

Desde sus primeros años lo dedicaron á la carrera literaria: sabia el Nebrija, traducia perfectamente el latin, conocia las raices del griego, y los autores de filosofia le eran familiares.

Aprendió las *Capitulares de Carlo Magno*, leyó á Tácito y á Salustio, y referia de memoria trozos enteros de la Oracion contra Catilina.

Cuando concluyó los estudios preparatorios, se sintió con vocacion á la carrera *eclesiástica;* aprendió el derecho canónico,

estudió la *Concordia de los cánones discordantes de Graciano*, las *Decretales de Teodoro*, las *Extravagantes de Juan XII:* las *Extravagantes comunes*, que contienen las constituciones de veinticinco pontífices en la peregrinacion apostólica de dos siglos y que cocomienza en Urbano IV y acaba en Sixto VI.

Aplicóse despues á descubrir los pasajes falsos del Cuerpo de Derecho, hasta fijar cuáles eran las determinaciones del concilio de Calcedonia, que aparecian sacadas de las actas del de Cartago, así como una sentencia de San Ambrosio atribuida á San Juan Crisóstomo, y entresacó los falsos cánones de Isidoro Mercator.

Lanzóse despues al abismo insondable de la teología dogmática y eclesiástica; su claro talento emprendió una marcha trabajosa entre las tinieblas, penetrando mas y mas en el caos, hasta perderse en el abismo de lo incomprensible.

A fuerza de pensar, de discutir, de apurar el raciocinio, comenzó á dudar de todos aquellas verdades sobre las cuales no habia puesto aun la mano de la argumentacion; caia sin saberlo, en el racionalismo; desconfió de cuanto habia aprendido, y acabó por cerrar sus libros, porque veia peligrar sus creencias y vacilar su fé, aquella lámpara siempre encendida en el altar de su conciencia y de su sentir religioso.

Abrió el gran libro de la historia y sus ilusiones desaparecieron, se anublaron para siempre.

Confirmóse mas y mas en sus sentimientos cristianos, vió con desden á los impostores, anatematizó las Decretales, declaró apócrifo el *Cuerpo de Derecho Canónico*, condenó la proclamacion del Derecho Divino, negó el poder de la Inquisicion en las *excomuniones*, se escandalizó ante la historia de corrupcion de los Papas de los siglos medios, y se tornó en *puritano* de la religion cristiana, viendo en el cuadro sublime de la redencion, la emancipacion de la inteligencia, la santidad de la palabra, el eslabon de la vida mortal á la eterna, la relacion íntima entre Dios y el sér mezquino de los hombres!

El eclesiástico tenia entonces cuarenta y cinco años, estaba

en la fuerza toda de la edad, en que la inteligencia parece haber llegado á su zenit, para fijarse en él, cuando el espíritu es privilegiado, ó para comenzar la decadencia vulgar, en el eclipse terrible de las facultades.

Se vió en medio de su progresion científica, separado de dos razas, de dos civilizaciones: de la comunion de los conquistados y de los hombres de Europa.

Entonces se mezcló entre el pueblo como *cura de aldea*, aprendió las lenguas de los indios, habló en su idioma á la raza proscrita, se puso al tanto de sus dolores en el secreto del confesionario, se identificó con ella, la compadeció profundamente, y su espíritu comenzó á crecer, á delinear la idea gigante que debia aparecer mas tarde como el iris en el ancho cielo del porvenir.

Procuróse diccionarios de la lengua francesa, para ponerse en comunicacion con el mundo antiguo; luchó con las dificultades, y como un trabajador, emprendió sus estudios en medio del silencio de la noche, porque la ciencia era un crímen en la colonia, era el principio de la subversion.

Aprendió el frances con perfeccion; tradujo á Voltaire y Rousseau; devoró su *Contrato Social* y el discurso sobre *la desigualdad de los hombres*, y su inteligencia privilegiada se ensanchó en el flujo del saber en su tendencia al perfeccionamiento humano.

Avido de acumular conocimientos, platicó con la *tierra*, descubrió los misterios del reino vegetal, y se hizo un gran botánico.

Trazó líneas sobre el plano, determinó las zonas, señaló los rios y las montañas, haciéndose dueño de la geografía de su país.

El saber es como el iman, tiene una atraccion poderosa; despues de las ciencias vinieron las artes, y formó planos sobre fábricas y cultivos; trazó en su imaginacion una colonia modelo, de la cual seria el alma, y aplazó su realizacion para el porvenir.

Por aquellos años habia estallado formidable la revolucion

francesa, haciendo extremecer al mundo político sobre sus ejes, y lanzado en su gigante erupcion el torrente de lava que debia cubrir á la sociedad antigua bajo la triple capa de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, símbolo triunfante que se pasearia por todas las zonas, saludado por todos los pueblos y aclamado por las generaciones, árbitras del porvenir.

Los *Capetos* habian subido al cadalso, pesando en la terrible hora del juicio el voto del *clero* frances.

La guillotina habia decapitado á la nobleza: el pueblo se vengaba de tantos siglos de opresion, y ejecutaba á Luis XIV y sus antecesores en el infortunado Luis XVI.

La república, amagada por la Europa entera en la nefanda liga de las tiranías armadas, y contando en su seno con el gérmen de la reaccion que comenzaba á aparecer, se sacudió del sopor revolucionario, rugió como una fiera herida y llamó á un duelo terrible al continente.

Asombro y maravilla, dice un historiador, causó aquel desarrollo de actividad y de energía! Mientras Lyon era ametrallada y sujetada Marsella, y rendida Tolon, y Caen ocupada, los vendeanos perdian en la jornada de Savenay sus mejores gefes, y con ellos sus mas halagüeñas esperanzas. Mientras los *girondinos* y los *realistas* apagaban con su propia sangre la guerra civil que habian encendido, los austriacos, derrotados en Hondstchoote, Watignies y Geisberg, se veian obligados á trasponer el *Sambra*, y los ingleses se retiraban de Tolon ignominiosamente, y los españoles luchaban en vano por forzar la barrera de Perpiñan para propagar la contra-revolucion.

Esto en la primera campaña.

En la segunda, la república ya no se defendia, sino que se vengaba conquistando.

Pichegru derrota á Clairfait y se apodera de la Holanda; Jourdan se abre en la batalla de Fleurus las puertas de Coblenza; en la frontera de los Alpes clavan atrevidos el estandarte republicano los jóvenes conscriptos, y los Pirineos ven tambien arro-

jar á los españoles del Rosellon y perseguirlos dentro de su mismo territorio.

Un año habia mediado solamente de la agonía á la salvacion. En 1793 la Francia se veia hollada por todas las naciones: en 1794 es ella quien pisa con sus pies de fuego la Bélgica, la Holanda, el Palatinado, el Interfluvio del Rhin y el Meusse, los Alpes y los Pirineos!....

Aquel cuadro sombrío de esa revolucion que ha hecho inmortal la agonía del siglo XVIII, conmovió profundamente el espíritu gigante del rector de San Nicolas, llevándolo hasta la exaltacion de la locura.

Cuando aquel hombre se encontraba frente á frente de su alma arrebatada, erguía su cabeza como un inspirado, su mirada se encendia en un fuego sublime, y en sus labios aparecian las frases del entusiasmo y de la elocuencia.

El eclesiástico poseia los discursos todos de los convencionales, los leia al rayo de una influencia desconocida, soñaba ver el tumulto de aquel pueblo en las solemnes horas de la revolucion, veia á Danton, en la tribuna, lanzando como el Júpiter de aquella tempestad, rayos que confundian las cabezas de sus enemigos.

Vibraba en su corazon el acento profético de Robespierre.

Le parecia asistir á la última noche de los Girondinos, escuchar su juramento y verlos subir al cadalso con toda la magestad republicana.

Oia el rugido del pueblo en el incesante choque de su desbandamiento, se sentia grande y satisfecho siniestramente ante aquel espectáculo formidable.

Oia el ruido del edificio antiguo que se desplomaba, y el grito de la sociedad agonizante que perecia entre las ruinas, y sobre aquellas piedras ensangrentadas exhalarse como un canto del abismo, como el espíritu de la revolucion que hablaba, las inmortales estrofas de la *Marsellesa!*

Identificado con aquella crísis terrible en la absorcion de las

ideas democráticas de los revolucionarios, su mirada se detuvo sobre el cadalso de Luis XVI, y pensó sin querer en Cárlos IV

Lo que hasta entonces habia parecido bajo la forma crispante y espantosa de un *regicidio*, tomaba las proporciones de la justicia en los momentos de la venganza nacional.

Aquel pueblo tornado en un dia en juez y verdugo de sus opresores, le pareció grande, y la venda cayó rota á sus piés y su espíritu recibió el temple de la heroicidad como una concesion del Ser Divino, en la hora suprema de la dignidad humana!

El eclesiástico siguió con avidez la historia de la guerra declarada por la Convencion á España, y vió como un triunfo espléndido de la república esa paz ignominiosa demandada por Cárlos IV á la Francia revolucionaria.

II.

La noche del 13 de Enero en que comenzamos nuestra historia, el rector de San Nicolas recorria una á una esas páginas de la revolucion en los escritos del conde de Aranda que aparecieron despues en las Memorias del Príncipe de la Paz, sobre lo injusto de la agresion de España y que pagó mas tarde con el suplicio de su dignidad.

En sus manuscritos está consignado el porvenir de los pueblos esclavizados y trazada la marcha forzosa á la emancipacion. "El mas sagrado de los derechos de un pueblo es su independencia."

"El grito de libertad es un reclamo mucho mas eficaz sobre el oido de los pueblos, que el clamor desfallecido de las viejas ideas de sumision y vasallaje por derecho *natural* y derecho *divino*."

Aquellas máximas, aceptadas por los conquistadores como *una doctrina, era mas* de lo que necesitaba un espíritu ya dis-

puesto á esas conmociones que forman época en los anales de la humanidad.

Aquel hombre bañado en la luz de una regeneracion súbita é inesperada, sintió arder bajo su planta las cenizas candentes de una raza oprimida, giró su vista en torno de cuanto le rodeaba, y le halló deforme y monstruoso, se asomó al borde de ese abismo cavado por tres siglos de sangre y de miseria, y su cerebro desprendió una chispa eléctrica que abrasaría mas tarde con el fuego perenne de la *idea* todo un continente.

Estremecióse como á la llegada de un espíritu, plegó el ceño para concentrarse en sí mismo; se asustó de la creacion de su pensamiento, quiso esconderla donde no la hiriese ni un rayo de luz, le parecia que su cráneo iba á hacerse trasparente, aceptó ante el tribunal de su conciencia la mision que le venia de lo alto en la revelacion espontánea de su corazon y de su mente, y esperó con solemne majestad la hora del destino!

Tomó aquellos papeles que habia acariciado durante tres años y los aplicó á la flama de la vela; ya no los necesitaba, de aquella noche en adelante, las oleadas del mar borrascoso de su alma, producirian fosforescencias mas luminosas.

Dios habia descendido al sér privilegiado de aquel hombre, el aliento de Dios tornaba á vivificar al barro de la tierra, y el rayo de la Divinidad caia á plomo sobre el mezquino sér humano.

Levantóse una llama que devoró instantáneamente aquellas páginas, extinguióse á pocos momentos, las cenizas volaron en átomos por la atmósfera y la oscuridad se hizo mas densa.

El rector de San Nicolas apoyó entre sus manos su frente veneranda, y á la luz ténue y melancólica que luchaba con las sombras de la estancia, se entregó al mundo agitado de sus pensamientos.

Aquel venerable sacerdote llevaba un nombre que fué en América la primera palabra del siglo XIX, y que repetirán siglos y siglos las generaciones del porvenir: se llamaba MIGUEL HIDALGO Y *COSTILLA*.

CAPÍTULO II.

TEMPESTADES EN UN VASO DE AGUA.

I.

Hacia algunos años que el estandarte de S. M. Cárlos V se habia plantado vencedor sobre la arena ensangrentada de la conquista, cuando el ilustrísimo Sr. D. Vasco de Quiroga, fundador de la Sagrada Mitra de Michoacan, estableció, bajo la advocacion de *San Nicolas*, obispo de Mira, un colegio en la ciudad de Pátzcuaro, destinado especialmente á la instruccion de los indios *tarascos*.

Posteriormente, un fraile capuchino fundó otro colegio en las *lomas chatas de Guallacareo*.

El establecimiento fué bautizado con el nombre de "Colegio de San Miguel," y debió coincidir su fundacion con la del convento de San Francisco, uno de los mas antiguos de la ciudad de Morelia.

[illegible] colegio de San Miguel y el convento de los franciscanos, [illegible] derredor algunas casucas ya á fines del siglo

XVII, formaban un gran centro de poblacion, que arrebatando á Pátzcuaro la primacía, se engalanó con el título de capital, llevando el nombre histórico de Valladolid.

Sobre las lomas predestinadas de Guallacareo se levantó la Catedral, ese monumento admiracion de los viajeros y orgullo de los michoacanos.

El gobierno político de la provincia y la Mitra de Pátzcuaro, abandonaron la ciudad de su cuna.

La autoridad canónica y la civil fueron á rendir sus homenajes á la beldad que conserva aún la supremacía, como la favorita de un harem, entre los pueblos y ciudades, del suelo encantado de Valladolid.

El colegio de San Nicolas siguió el torrente de inmigracion, y al incorporarse al de San Miguel, le impuso su nombre en son de conquista; este fué el único triunfo de la ciudad abandonada.

El colegio de San Nicolas presentaba entonces el aspecto severo que dieron á sus edificios los españoles de la edad media. Dos anchos patios enclaustrados por cuatro corredores apoyados en arquería de chiluca, y de dobles pisos.

En el primero y en la parte superior del edificio, estaban las habitaciones del *regente* y las de los catedráticos.

En los bajos, las cátedras, la capilla, el salon de actos y la biblioteca.

Comunicábase este primer patio con el segundo por un pasillo, donde estaban el refectorio, la despensa y algunos salones destinados á cátedras de facultad mayor.

En los altos, los dormitorios de los colegiales, la enfermería, almacenes y piezas de aseo.

Tal era la distribucion del edificio, que diremos de paso, se halla situado en la *calle Real*, en la parte que lleva su nombre, y al *sud-oeste* de la plaza principal de la poblacion.

II.

A fines del siglo XVIII ya los *indios tarascos* apenas conservaban algunos lugares en el colegio, y se daba el caso que algun recomendado del señor obispo pasaba por *tarasco* para el hecho de optar la colegiatura.

Conocido ya el local por nuestros lectores, los pondremos al tanto de lo que pasaba una de las noches de borrasca en el referido colegio de San Nicolas.

Hacia algunos meses que una especie de clérigo, llamado Cipriano Pontolongon, se habia recibido como maestro de aposentos.

La catadura del reverendo padre no era de lo mas conveniente.

Tenia una cabeza chata y aplastada, cubierta de un cabello recio como el del puerco-espin; pero en cambio, su frente era deprimida, y sus ojos verdes y redondos como los de la lechuza.

Cierto era tambien que su boca era enorme, y que solo conservaba dos colmillos amarillentos; pero no es menos cierto que sus orejas parecian robadas á una esfinge.

El resto de aquel individuo, es decir, su cuerpo, era ancho y membrudo, y sus piernas formaban un paréntesis perfecto, exceptuando unos pies enormes y desconchavados, que el clérigo tenia cuidado de arrastrar.

Añádase á todos estos encantos una nariz arremangada y semivelluda; póngase sobre ese *todo* una sotana negra y grasienta, y se tendrá el *total* del subdiácono Cipriano Pontolongon.

Cuando al semi-clérigo se le ocurria hablar, aquellos labios regordidos se tornaban en catarata, y una lluvia menuda caia con mucha gracia sobre la persona que desgraciadamente se acercaba á dos metros (como hoy se dice) de aquel personaje.

Cipriano Pontolongon se acicalaba los sábados en la tarde, *para oficiar en la misa mayor.*

A las cuatro de la tarde entraba el maestro barbero, llamado D. Joaquin María de los Ramos, armado de vacía y estuche.

Sentábase Pontolongon á una silla de vaqueta, poníanle las toallas, le remojaban durante media hora la barba, que salia en puas por sus estrechos poros, y comenzaba la operacion.

El flebotomiano acariciaba su inmensa navaja en la *correa* de ordenanza, y tomando por la nariz al subdiácono con una habilidad esquisita, daba tajo sobre tajo, hasta lograr la desaparicion de las referidas puas.

Tres repasadas ó cuatro se necesitaban para dejar en buen estado al reverendo padre: seguia la rasurada de la corona, donde se mellaban dos pares de navajas, porque eso de rasurar bueyes no estaba en el libro del señor de Ramos, barbero acreditado de Valladolid.

Durante aquella tarea, Pontolongon indagaba las vidas agenas, dando *cuerda* al barbero, cuya *cuerda* es la misma que la hasta hoy acostumbrada en esa benemérita clase.

No echaba en saco roto ni el menor detalle de la conversacion, y sacaba buen partido de los cuentos y leyendas del flebotomiano.

El señor de Ramos doblaba, despues de hora y media de trabajo, sus servilletas, envainaba el navajon, y ponia en manos de su víctima un espejito.

Pontolongon al ver su imágen se sonreia satisfecho, y daba *un real* al maestro.

Despues de siglo y medio nada han adelantado los barberos en materia de tarifa; pero en cambio, por el duplo, los franceses peluqueros se encargan de desollar vivos á sus parroquianos

El reverendo padre se levantaba con la aurora, *espiaba* por todas las rendijas, se ponia á *escuchar* todas las conversaciones, era un Argos, un policía perpetuo, un vigilante de todo el establecimiento.

Cuando el cocinero estaba entretenido en batir el chocolate, ya Pontolongon estaba á su espalda viendo si mermaba las ta-

blillas. De improviso volaba á la portería, al dormitorio, á la capilla, al refectorio, á las cátedras; parecia multiplicarse, subdividirse, hasta parecer doscientos ó trescientos Pontolongon.

Hubo vez que los mozos de aseo, al ir á robar el sebo de los faroles, encontraron al maestro de aposentos, ya muy entrada la noche, *acechando* desde una pilastra, y lo descubrieron por el olor infernal de su *puro de á doce.*

III.

Este *dómine* era catalan de nacimiento, y tonto de los que el vulgo llama de *capirote;* fanático peor que Torquemada, hubiera visto en la hoguera á cien herejes con todo el placer de su corazon.

Un tio paterno lo habia presentado como á propósito para familiar del Santo Oficio, y el señor inquisidor encargado de la recluta de verdugos, lo creyó apto para las *tareas*, y fué admitido.

Portóse con tanta asiduidad, que en conciencia merecia un premio; así es, que se le dieron las órdenes menores y se le destinó *á lo que se ofreciera.*

Algo se ofrecia por el colegio de San Nicolas, donde Pontolongon estaba presente.

El maestro de aposentos se grangeó la antipatía universal de los colegiales.

Procedióse á ponerle *sobrenombre*, y despues de varias aplicaciones, (siempre de animales) se convino en llamarle *Chacal.*

Aparecieron en las columnas, en los aposentos, en la puerta de la capilla diferentes retratos del padre Pontolongon, con un letrero que parecia salir de sus labios: "*Soy el padre Chacal.*"

[illegible] al *maestro*, mandó borrar aquellos retratos, que [illegible] hoy los ejemplares de la fotografía, y hubo

atrevido que prendió con un alfiler á la sotana del dómine uno de los retratos.

Revolvia el maestro sus ojos verdes como dos globos de lotería, buscando en quien cebarse; porque á favor de la noche se desprendia siempre una voz que llegada vibrando á sus oidos: "¡Padre Chacal!" Entonces llevaba la mano crispada á la disciplina y murmuraba horrores entre sus colmillos, que enseñaba como los de un puerco-espin, lamiéndoselos con furor.

Algo contenia aquella rabia, que de estallar hubiera derribado el edificio y descuartizado á los estudiantes.

Como no conocemos los *chacales*, ignoramos si el nombre estaba bien aplicado; pero de lo que salimos garantes es de la identidad de propensiones.

El subdiácono habia hecho circular la voz de que el obispo, para probar su vocacion á la vida eclesiástica, le tenia prevenido asistir á las diversiones y mezclarse en las clases todas sociales, antes de conferirle las órdenes mayores.

Estas especies eran creidas por el vulgo, que no extrañaba la presencia del dómine en todas partes donde sonaba una jaranita ó repicaba un buen *jarabe*.

El rector de San Nicolas, preocupado con asuntos mas graves, no paraba la atencion en la conducta del *maestro*, que se ocupaba solamente en vigilar, puesto que no podia encargársele nada que trascendiese á instruccion, por aquello del *capirote*.

Ya se habia entablado cierto antagonismo entre Pontolongon y los colegiales, que debia parar en mal.

Ya en la hora de refectorio habian acertado á darle un pelotazo con miga de pan en las narices; otra vez llenaron de miel la silla de la cátedra, y al levantarse Pontolongon, se alzó con el asiento pegado á la sotana.

Un domingo, al volver de la capilla, encontró pintado un diablo en la primera hoja del Breviario, y vacías las *cajetas* con que sustentaba su gula desesperada de dulce.

Una *mañana de Pascua al ir* á meter sus pies en las botas

las encontró llenas de agua, y al calarse el bonete escurrió por su rostro la tinta vertida por los colegiales.

—El dómine "suda-tinta," decian los escolares.

Pontolongon se vengaba jubilándoles sin piedad, privándoles del chocolate, y vapulándoles cuando encontraba una oportunidad.

Insistimos en que *algo* habia por aquel colegio, para no renunciar á un empleo que aparejaba tantos sinsabores y malos ratos.

IV.

Los colegiales de San Nicolas se paseaban en los corredores esperando la hora de *rosario;* en aquellos tiempos se daba á las siete en punto.

Un grupo de diablillos asentaron sus reales junto á una de las pilastras, se trataba nada menos que de un motin.

—Es necesario vengarnos de este maldito *chacal*, decia un estudiante de boca aguzada y cabellera rubia.

—Sí, la venganza, repitió otro escolar, cuya fisonomía estaba indecisa entre la zorra y el perdiguero.

—Yo soy de opinion que le tapiemos la puerta del cuarto.

—No está mal pensado ese *emparedamiento;* pero á las pocas horas se veria libre, y trabajo perdido.

—Pues démosle un purgante.

—Es demasiado poco; ademas, que pudiera venirle bien y hasta darnos las gracias.

—Pues aflojemos el cordel del farol de manera que le caiga á plomo en la cabeza.

—Esas son palabras mayores.

—No importa.

[illegible] que reviente.

—¡Jesus le ayude!

—No hay que asustarse, yo no estoy por los términos medios.

—Tengo otra idea, le asaltaremos esta noche misma, lo envolvemos en su colchon, y le damos un remojo en la fuente.

—Bien, bien, el remojo! respondió el grupo de escolares.

—Tiene su peligro el regalillo, y es necesario ir seguros de la aventura; propongo que le demos una *manta;* pero una como no hay ejemplo hasta ahora en los anales del colegio.

—Elijamos terreno.

—La capilla.

—Hora?

—La de *rosario.*

—Bien, tú te sitúas junto á la primera lámpara; tú te encargas de la segunda.

—Y nosotros de las restantes.

—Bien; á la voz de "*manta al chacal,*" hacemos una de *tinieblas* que medio matamos al santurron.

—*Manta al chacal!* repitieron solemnemente los conjurados; y aquella contraseña corrió como por telégrafo entre la turba de estudiantes.

El padre Pontolongon husmeaba algo en la atmósfera; pero no atinaba con lo que seria.

V.

Cuatro campanadas sonaron en la esquila de San Nicolas.

Entonces la estudiantina se precipitó en la capilla seguida del dóm ne, que con una gran disciplina al cinto de la sotana, se mezcló entre la multitud para hincarse en la tarima del altar y llevar la voz en el *rosario.*

Los *grupos de colegiales se situaban* de una manera alarman

te en la capilla, y habia cuchicheos y señas de inteligencia que el dómine no percibia, ocupado con la *batuta* religiosa.

Concluyeron las oraciones del rosario que preceden á la letanía, y el clérigo Pontolongon leyó la vida de San Gumesindo y la de Santa Glafira vírgen.

Comenzó siempre con voz gangosa el salmo: *Kirie eleyson.*

Los colegiales no respondieron.

El dómine creyó que no le habian escuchado, y dijo en voz mas alta:

—*Kirie eleyson!*

El mismo silencio.

—Digo, gritó exaltado, que *Kirie eleyson!*

Solo las bóvedas repitieron el eco de la voz airada del *maestro de aposentos.*

—Esto es un tumulto, y voy á castigar á todos los revoltosos!

Los colegiales soltaron la carcajada.

—Dios mio! exclamó el clérigo, la santa capilla de San Nicolás está violada con este desacato; aquí debe tomar cartas la Inquisicion.

Otra carcajada homérica de la estudiantina.

—Esto, continuó el clérigo electrizado por la rabia, no se ha visto nunca: *¡anatema sit!*

Otra carcajada mas estrepitosa.

—Nadie cena esta noche, y queda por tres meses jubilado todo el colegio por esta falta de reverencia; solo quedan excluidos los *denunciantes.*

Aquellas palabras llamaron sobre la cabeza del clérigo una tormenta.

De entre los grupos de la estudiantina salió una voz aguda y chillona, que dijo perceptiblemente estas palabras, que helaron de espanto al dómine:

—*¡Manta al chacal!*

A esta señal de [illegible] *ser de la*

capilla, quedando el clérigo y la estudiantina envueltos en la mas densa oscuridad.

Dirigiéronse en medio de las tinieblas en derechura al altar, sitio desde donde el maestro de aposentos los apostrofaba terriblemente, y dieron una sacudida soberbia al infeliz clérigo, que se denunciaba en la oscuridad á fuerza de pedir socorro en latin y en castellano.

Cerca de un cuarto de hora duró la felpa.

Al ruido acudieron los sota-ministros del colegio llevando luces; pero cuál fué su asombro al encontrar á los colegiales todos arrodillados y contritos en su mismo sitio.

El clérigo bufaba de coraje; sus cabellos de jabalí estaban en desórden, la sotana rota y en girones, y el cuello á guisa de golilla.

—Qué pasa, padre Pontolongon? preguntó un sota-ministro.

—Qué pasa? repitió el clérigo; que en esta corona consagrada me han dado de pescozones estos herejes.

Va á causar un escándalo en la católica Valladolid este sacrilegio; *si quis suadente diabolo!*

—*Anatema sit!* respondieron los maestros.

—Es cierto que estoy ordenado solamente de *epístola;* pero no por eso soy menos inmune; los cánones me favorecen, los concilios me apoyan, y los dichos de los Santos Padres me amparan!

—Avisemos al señor rector.

Quedóse pensativo el clérigo por algunos momentos; pero reflexionando la enemiga que se echaria encima con la acusacion, optó por un medio de conciliacion.

—El rector es terrible, dijo, y va á hacer un escarmiento; mi mision es evangélica, y si estos jóvenes me piden *perdon*, todo quedará olvidado en honor del buen nombre y concepto católi-

legio de San Nicolas.

La estudiantina, para completar la burla, comenzó á gritar en tono de aguacero:

—Perdon!---- perdon!---- perdon!---- hasta aturrullar al maestro de aposentos.

—Bien; os perdono y cuidado con otra, porque daré parte á la rectoría y hasta al señor obispo de la diócesis.

—Amen! contestaron los estudiantes; y dirigiéndose al *refectorio* cenaron con el mejor humor del mundo.

La esquila tocó á *silencio*, y media hora despues el reposo mas profundo reinaba en todos los departamentos.

VI.

Despues que los colegiales se encerraron en los dormitorios, Pontolongon se entró en su aposento mordiéndose las manos de furor, y jurando vengarse de los rapaces que tan desapiadadamente lo habian vapulado.

Sus ojos verdes lucian como los del tecolote, y sus narices se inflaban arrojando el aliento en un mugido de cólera.

—Ya me la pagarán esos condenados, decia gruñendo Pontolongon; los he de desollar vivos, y á los mas grandes los he de plantar en el tormento, ó pierdo la crisma del bautismo; ya conozco á los del tumulto.

Arrebujóse en su turca, tomó su sombrero, cerró la puerta de su aposento y se echó á andar por los corredores.

Al pasar por la puerta del rectorado, pegó su ojo vivaraz y maligno al agujero de la cerradura.

—Hola! hola! murmuró por lo bajo, esos son papeles clandestinos con que el señor rector se permite algo contra los cáno- [illegible] asunto muy sério y caso de conciencia; [illegible] incurrir en excomunion; so-

bre todo, si el rector es encausado, nadie mejor que yo debe sustituirlo, esto es claro.

—Dios mio! continuó el clérigo sin despegar el rostro de la cerradura; con qué cuidado los desdobla! eso contiene algo nefando: ya tengo bien las señas de todo, la Inquisicion sabrá lo que hace, yo me lavo las manos.... Y qué ojos saca el rector!.... y como levanta las manos!.... tiene á los espíritus malignos! *vade retro, Satanas!*

Despues de observar todo el tiempo que le pareció conveniente, se alejó de puntillas, bajó la escalera, habló algunas palabras al oido del portero, y se perdió á lo largo de la calle.

CAPITULO III.

EL ESCRÚPULO DE CONCIENCIA.

I.

El clérigo Cipriano Pontolongon, aturdido aún con la *manía*, y zumbándole los oidos, se dirigió al obispado á dar cuenta al ilustrísimo señor fray Antonio de San Miguel, del escándalo ocurrido en el colegio de San Nicolas.

No preocupaba tanto al dómine la zurribamba, cuanto el haber sorprendido al rector en la lectura de *papeles* sospechosos.

Hacia ocho meses que espiaba momento á momento sin tener motivo para fundar acusacion alguna; ya estaba exasperado y próximo á tornar á México, cuando accidentalmente vió al eclesiástico con los periódicos europeos, y frotándose las manos de gozo, se dirigió como tenemos dicho, á poner en conocimiento del prelado el fruto de sus pesquisas.

El señor obispo estaba en la tertulia nocturna, compuesta de clérigos y personajes católicos y distinguidos de Valladolid.

Hablábase de los milagros del señor Santiago que bajó en su

caballo blanco á matar indios, y referíanse otros hechos gloriosos del santo apóstol.

Rolaba la conversacion sobre la paz ajustada con Francia, y de lo bueno, justo y sábio que era S. M. Cárlos IV, y sobre todo de las esperanzas del reino en el príncipe Fernando, futuro rey de España y de las Indias.

—Yo, exclamaba lleno de uncion el señor juez de testamentos, Abad y Queipo, no puedo menos que felicitar al venerable clero por los adelantos que se han hecho en la religion católica, merced á la vigilancia del santo Tribunal de la Fé.

—Como que esos condenados portugueses han venido á las Américas trayendo el pestilente contagio de la *heregía mixta*, añadió un clérigo de la tertulia.

—Cierto es, contestó uno de los católicos paisanos, que aun tenemos *brujas* y *hechiceras;* pero huyen cuando se planta una cruz.

—Ayer nada menos se presentó una de esas malditas en la casa de una hija de confesion, y la quiso obligar á marcharse con un tal Joaquin María de los Ramos, barbero acreditado.

—No seria inoportuno que fray Angel de la Divina Infantita, delegado del Santo Oficio, practicase una averiguacion sobre ese hecho que trasciende á heregía.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima.

—Esto es de sigilo bajo conciencia.

Todos inclinaron la cabeza, y fray Angel que era una especie de ganapan montañes, se dirigió á la mesa é hizo los apuntes que creyó convenientes.

—Pues señores, continuó el clérigo, la idolatría ha dejado raices profundas, los *naguales* acechan las cabañas y las brujas vuelan en el cielo de las ciudades; muchas veces las he oido sobre mi azotea.

—Ave María! exclamaron los tertulianos santiguándose.

En aquellos momentos tres toquidos sonaron en la vidriera.

Todos se volvieron, como esperando la entrada de la bruja.

El padre Pontolongon penetró en la sala, y su fisonomía asustada por las emociones, produjo una impresion desagradable en el ánimo de los circunstantes.

Acercóse el clérigo, dobló una rodilla y besó el pastoral del obispo.

—Tome asiento, dijo su ilustrísima, y diga algo de nuevo.

—Nada sé, ilustrísimo señor, á no ser un tumultillo de los colegiales.

—Hola! los escolares se han atumultado, y contra quién?

—Contra mi persona, ilustrísimo señor.

—Cuente, padre, cuente el por qué de esos desórdenes.

—Yo no quiero hablar de mis superiores, ilustrísimo señor; pero el gefe del colegio que desempeña el rectorado, parece descuidar algo lo que se le tiene encomendado.

Viéronse con una mirada de inteligencia el obispo y Abad y Queipo.

Pontolongon continuó con un tono de hipocresía concentrada:

—Los escolares se han permitido ponerme un sobrenombre.

—Cual? se apresuró á preguntar el obispo.

Tartamudeó el clérigo, y dijo al fin:

—Pues ilustrísimo señor, me llaman *chacal.*

Una sonrisa discurrió por todos los lábios, porque el apodo le venia de molde.

—No hay que hacer aprecio de las humoradas de los escolares.

—No es eso todo, ilustrísimo señor, sino que esta noche á la hora del *rosario*, apagaron las luces y me han dado una con las turcas, que mi existencia ha estado á punto de peligrar seriamente.

—¿Y todo eso en la capilla, padre Pontolongon?

—En ese sagrado lugar precisamente.

—*Esto es mas serio de lo*

—Ya lo creo, como que trae consigo la profanacion del recinto y la violacion de mi persona.

—Malo, malo! murmuró el obispo.

—Yo deseo que se aplique un correctivo, no por mí, porque yo perdono; pero sí por el desacato.

—Tiene razon el padre.

—Y ha dado parte al rector?

—Lo creí enteramente inútil.

—El mal ejemplo puede cundir, atajemos el mal haciendo salir á los perturbadores.

—¿No le parece á su señoría, dijo fray Angel de la Divina Infantita, que el Santo Oficio se roza con este asunto de violacion?

—Lo creo; pero la inadvertencia de los estudiantes es escusable, lo cual no quiere decir que deba omitirse el castigo.

—Con la expulsion de los perturbadores.

—No es eso suficiente reverendo, padre: se necesita enviarlos por algun tiempo á un convento. Me ocurre el de San Luis Potosí.

—Falta saber los nombres.

—Me será fácil señalarlos.

—Es negocio arreglado.

Sonó el toque de ánimas, rezóse una *estacion* y disolvióse la tertulia.

II.

El padre Pontolongon se quedó en la sala del obispo.

—Qué tiene que decirme? preguntó con esa arrogancia característica de los obispos, el primado de la iglesia de Valladolid.

—Señor, tengo un escrúpulo de conciencia: veo comprometida la sagrada religion y no quiero tener reserva alguna.

lo pronto.

—El rector del colegio tiene periódicos europeos; yo lo he visto, lo he palpado.

—Dios mio! exclamó el obispo; yo os compelo en nombre de mi autoridad episcopal á que reveleis todo, todo, sin omitir circunstancia alguna.

—Ilustrísimo señor, voy á hacerlo al instante.

—Aguarde su paternidad; y acercándose á la mesa tocó la campanilla.

Presentóse un familiar.

—Que llamen á fray Angel.

—Aquí estoy, contestó el fraile, que se habia quedado en un rincon de la sala.

—Bien, ya ha escuchado su paternidad, esto es de sumo interes. Hable todo lo que sepa y le conste.

El padre Pontolongon, que estaba acostumbrado á la *denuncia*, hizo la mímica perfectamente antes de comenzar su relato.

—Estaba, dijo el clérigo, ocupado en aplacar el motin de los colegiales, cuando el señor rector se encerró en el salon; subo precipitadamente, toco por tres ocasiones y nadie responde; entonces, temiendo que le hubiera acometido al rector algun accidente, me asomé á la cerradura de la puerta, y ví.... válgame Jesucristo!.... ví que ojeaba papeles *impresos*, que se entusiasmaba, que esgrimia los libros, que sacaba los ojos y gesticulaba horrorosamente, como un *espirituado*.

—Y no percibísteis alguna palabra?

El clérigo comenzó á mentir descaradamente.

—Sí, ilustrísimo señor, percibí palabras escandalosas, subversivas.

—Repetidlas, yo os lo permito.

—Pues decia.... decia.... *igualdad!*.... *fraternidad!* ...

—Horror! horror! exclamó el obispo; esos papeles traen las ideas venenosas de la revolucion francesa, esa maldicion de la humanidad.... He ahí el mal ejemplo de esos relapsos que han [illegible] desgraciado Luis XVI.... Ese clero cor-

rompido, esos clérigos infames á quienes ha excomulgado Su Santidad.

—Perceptiblemente escuché esas abominaciones, ilustrísimo señor, decia el clérigo insistiendo en su impostura, sin saber que accidentalmente daba en el clavo.

—Reverendo padre de la Divina Infantita, es necesario practicar un escrupuloso cateo en la sala rectoral del colegio; mi conciencia está inquieta, y si mañana se descubriese algo, yo seria el comprometido con el Tribunal de la Fé.

—Os sobra razon, ilustrísimo señor, exclamó con un celo hidrofóbico fray Angel; en vano el gobierno del virey Branciforte ha procurado el exterminio de esos documentos infernales de los herejes revolucionarios; ellos alcanzan como la langosta á los campos mas bien cultivados.

—Vayámonos con tiento, reverendo padre, en este negocio; el rector de San Nicolas es un hombre respetable, es un sabio, y el clero de México lo respeta; tiene amistad con algunos señores inquisidores.

—Eso es otra cosa, salvemos su persona, respetémosle; pero tomemos esos papeles, que una vez en nuestro poder, justificarán la medida.

—Es que el señor Hidalgo no permitiria el cateo; puede acusarnos, y la responsabilidad del escándalo caerá sobre nuestras cabezas.

—Yo, ilustrísimo señor, me lavo las manos, dijo confuso el padre Pontolongon.

—Pero yo no me las lavo, gritó el fraile montañes; si me han de quemar por defender nuestra sagrada religion, estoy resignado á sufrir las llamas.

—No es eso, reverendo padre, es que de no salir exacto todo lo declarado por ese subdiácono, cae en desconcepto la Inquisicion.

—Eso es otro aserto, ilustrísimo señor; pero de cualquiera manera se debe *proceder al cateo.*

—Arreglemos el modo.

—Me ocurre uno, dijo sagazmente Pontolongon.

—Dígalo al punto.

—Haced llamar al rector de San Nicolas para una consulta, y mientras practicamos la operacion. A esta hora los colegiales duermen, y el rector no tiene ya que volver al salon donde están los libros.

—Extrañará que á las nueve de la noche se le llame.

—Eso consistirá en el mayor ó menor interes que deis á la consulta.

Quedóse el obispo reflexionando un momento, y despues dijo con un tono de seguridad:

—Decid á uno de mis familiares que vaya á suplicar al señor Hidalgo y Costilla se digne pasar inmediatamente al obispado.

Restregándose las manos de placer, se escurrió el dómine y dió el recado al familiar, que fingia dormir profundamente en uno de los sillones de la antesala, pero que acechaba como un Argos, sin perder una palabra.

III.

Un cuarto de hora despues, el rector de San Nicolas entraba en la sala de recepcion del arzobispado de Valladolid.

Dos embozados acechaban desde la acera del frente.

Luego que las pesadas hojas de la gran puerta del arzobispado se cerraron, los embozados se dirigieron al colegio de San Nicolas.

El eclesiástico, que ya conocen nuestros lectores, tomó asiento esperando la llegada del obispo.

Despues de unos veinte minutos, el señor obispo se dejó ver [illegible] el salon.

[illegible] el señor Hidalgo si le he hecho aguardar dema[illegible] asunto de urgencia me detuvo en el despacho.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima, dijo el rector sin besar la mano que el obispo cuidó de recatarle. Deseo saber el objeto que me proporciona el alto honor de hablar con su señoría.

—El negocio á primera vista parece insignificante, pero puede traer algunos resultados desagradables.

—Ya escucho á su señoría.

—Sé que los escolares de San Nicolas han entablado cierta guerra con el *maestro de aposentos*, un tal Cipriano Pontolongon, que por recomendaciones de México está colocado en San Nicolas.

—Hay algo de eso, ilustrísimo señor.

— Es que esta noche se han permitido aporrear al susodicho Pontolongon, sin detenerlos el sitio donde se encontraban, que era nada menos que la capilla.

—Ya tuve noticia de ese suceso, y he aplicado el correctivo oportuno.

—Yo os confieso que estoy impresionado de una manera desagradable.

—Puede sosegarse su señoría ilustrísima; todo eso no merece la pena. Ese *maestro de aposentos* es la persona menos á propósito para el cargo que se le ha conferido; hombre sin talento, sin educacion, ignorante, y sobre todo, no muy ortodoxo.

— Y cómo lo habeis consentido?

—Yo respeto siempre las órdenes superiores.

—Luego ese hombre es un hipócrita?

—No me he tomado la pena de tratarlo; pero ya he tenido quejas de algunos vecinos sobre su conducta, lo que confieso, ilustrísimo señor, que poco me ha conmovido, porque conozco el corazon humano.

—Es que la juventud....

—Sí, la juventud necesita hombres de ciencia que la guien por el *sendero de la verdad.*

Chocaron algo estas frases al obispo, pero no se dió por entendido.

—Cuando veo, continuó el eclesiástico, que se pone al frente de los establecimientos al fanatismo supersticioso que enerva el sentimiento cristiano, no puedo ménos que lamentar el porvenir de la juventud que mañana debe succedernos en nuestro ministerio.

—Teneis razon.

—Su señoría ilustrísima comprenderá con su claro talento la imperiosa necesidad de cortar abusos que tanto nos desprestigian.

El obispo se sintió halagado en su amor propio al oir las galanterías del rector, á quien tenia en un alto y merecido concepto.

—Y qué tal van los escolares, señor Hidalgo?

—Bien; yo deseara que su señoría propusiera la enseñanza de idiomas.

—Y para qué?

—Oidme, señor obispo: las lenguas de los indios han muerto desde el primer dia de la conquista; ya hemos aprendido en los monumentos y en las tradiciones, cuanto puede alcanzarse de su civilizacion; sucede lo mismo con el latin, ese legado histórico que conservamos como el tesoro de la educacion literaria; el latin es una lengua muerta para los profanos y viva para los hombres del estudio y de la ciencia; ahí está la fuente del saber humano; la historia. Cuando ojeamos las obras de Ciceron, cuando devoramos la filosofía de los antiguos, vemos con sentimiento que los sabios de hoy no pueden ni aun acercarse á los hombres de aquellas edades; entonces comprendemos todo lo que vale la posesion de ese idioma, enseñanza perpétua de todo lo grande y lo sublime. La traduccion será siempre pálida y degenerada, los dioses y los héroes bajan de sus pedestales en la version de sus inscripciones; es necesario leer, estudiar, de-[illegible]*ar esas páginas*, conservarlas en la imaginacion; porque

están condenadas á perecer luego que el orgullo pretende interpretarlas y ponerlas en otros signos en la metamórfosis de la palabra.

El obispo fijaba su mirada tenaz en la fisonomía abierta y magestuosa del eclesiástico.

—Pero el latin, continuó Hidalgo, se inmortaliza en la biblioteca como en el nicho de un panteon; ha llegado á su término, mientras que por ejemplo, el frances, el ingles, el aleman se enseñorean del mundo de las letras.

—Este hombre es terrible! pensó el obispo.

—La mayor parte de las obras están escritas en esos idiomas, y es una necesidad aprenderlos para llegar al fin que nos proponemos: el conocimiento de las ciencias y el de la religion y la moral.

—Y vos, señor rector, sabeis algo de todo lo que habeis dicho?

—Conozco muy poco, pero deseo saber mucho.

—Puesto que sois un sabio....

—Perdone su señoría, se apresuró á interrumpir el eclesiástico, yo no tengo ni aun pretensiones.

—Bien, yo os tengo en ese concepto, y como tal os pregunto si no incurrirémos en.... en....

—En nada, contestó de plano el rector de San Nicolas; esos planteles fundados por nuestros antecesores, no son el asilo de la ignorancia ni de la barbárie, son el porvenir de México.

—El qué? preguntó asustado el obispo, porque ciertas palabras le sonaban detestablemente.

El eclesiástico sin contestar á la pregunta del obispo, continuó:

—Cuando vemos tantos sabios, cuando el clero español se distingue por su talento y conocimientos, cuando sus escritos son un reflejo de la luz *del Evangelio* y de las verdades que *forman nuestro dogma, lamentamos* que á la juventud se le

entreguen libros que no contienen una sola enseñanza y que la ilustracion tiene proscritos.

—Qué quiere decir *ilustracion?* preguntó asustado el obispo.

—Esa palabra no tiene mas que un solo significado: la ilustracion es el homenage á los adelantos siempre crecientes de la humanidad. Vuestra señoría no es seguramente como los prelados del siglo IV, ni los cristianos de las catacumbas se hallaban á la altura de nuestro clero, á pesar del reconocido talento de San Pablo.

El obispo no entendió una palabra, sospechó alguna sátira del rector; porque nada hay mas susceptible que la ignorancia.

—Es cierto lo que decís, señor rector; en tiempo del apóstol San Pablo no se inventaba la teología.

El eclesiástico guardó silencio, convencido de lo poco que adelantaba ante un hombre de la fuerza del señor obispo.

—Hablando de otra cosa, no seria malo, dijo el prelado, que por escrito me dijeseis algo de la conducta del padre Pontolongon para remitirlo á México, ó por lo menos que lo *espiáseis.*

Alzóse el eclesiástico como tocado por resorte, y con la faz ceñuda, pero magestuosa, y la voz vibrante, dijo al obispo:

—Fray Antonio de San Miguel, tened entendido que yo no he rebajado mi dignidad hasta *espiar* á un hombre, y que mi mano no trazará la página de una denuncia!

Asustóse el obispo ante aquella superioridad tan reconocida, y acercándose al sacerdote, le dijo, procurando dulcificar su voz:

—Sosegaos, señor rector, yo no he tratado de ofenderos, lo hacia por vos mismo, por privaros de una persona tan molesta como el padre Pontolongon; ved lo que son las cosas, él os ama, me lo decia hace media hora.

—Señor obispo, yo no he mentido jamas, y me irrita la mentira. Sé perfectamente que ese miserable ha venido á formular una acusacion, á denunciarme de haber leido papeles *extrangeros;* porque ese hombre es un *espía;* sé que me habeis hecho venir á pretexto fútil, mientras en este momento practica un

cateo en la biblioteca del colegio el delegado de la Inquisicion.

Santiguóse el obispo, creyendo firmemente que estaba en la presencia de un hechicero.

—No os asusteis, miradme tranquilo, yo os confieso que poseia esos papeles, que los he leido durante muchas noches; porque ellos traen la *reforma religiosa*, y sin conocerlos no los podemos combatir; ¿cómo hablar de Lutero y Calvino, sin estar al tanto de sus doctrinas? ¿cómo llevar triunfantes nuestros dogmas sin deshacer las argumentaciones de los sofistas enemigos de la Iglesia católica? Sabed, que aunque la multitud aparenta ignorar las ideas vertidas por nuestros antagonistas, está al tanto de ellas y germinan sin sentirlo en el seno de las conciencias. Combatamos lealmente, no nos engañemos, porque acabarán por desconfiar de nosotros y perderá su prestigio en el púlpito nuestra palabra.

—Teneis razon, teneis razon; pero debíais haberme hablado antes; sois un verdadero sacerdote; ese clérigo infernal me ha hecho dar un paso inconveniente, ya el señor Abad y Queipo me ha hablado de vuestra capacidad, y yo la reconozco; perdonadme.

—Dios guarde á vuestra señoría ilustrísima, dijo el eclesiástico, y abandonó la sala del obispado.

IV.

—Vamos, que estoy corrido, avergonzado; el rector tiene razon que le sobra, soy una persona cuyo celo católico me lleva á extremos que.... vamos, estoy arrepentido.

Habia pasado un cuarto de hora que el eclesiástico habia salido del obispado, cuando llegaron fray Angel de la Divina Infantita y Cipriano Pontolongon.

—*Victoria, victoria, ilustrísimo señor!*

El obispo se quedó sentado haciendo una fria recepcion á los recien llegados.

Fray Angel se acercó al prelado, y despues de besar el *pastoral* dijo en tono de satisfaccion:

—Hé aquí el cuerpo del delito; y presentó unas cenizas de papel perfectamente guardadas entre dos hojas de pergamino.

—Y bien? dijo el obispo.

—Que el rector, dijo Pontolongon, los ha hecho desaparecer.

—Calle la boca el muy soez! dijo con ira el obispo.

Pontolongon abrió la boca desmesuradamente.

Fray Angel se quedó aturdido.

—Los documentos no se han encontrado en la biblioteca, pero esta prueba es irrecusable.

—Y es eso todo lo que teneis que decirme?

—Esta es una cabeza de proceso.

—Pues esa cabeza no vale nada, las cenizas no prueban nada, ni nada prueba nada.

—Yo practiqué el cateo con arreglo á la denuncia del padre Pontolongon.

—Es que ese hombre no sabe lo que se dice; su conducta es un tejido de abominaciones que horripilan.

—Ilustrísimo señor! exclamó el clérigo.

—Calle! como si no se supieran los escándalos que han dado lugar á la insurreccion de los escolares!

—Ilustrísimo señor!

—Calle! su conducta relajada ha hecho que los colegiales le pongan el sobrenombre de "Chincuete."

—*Chacal,* ilustrísimo señor.

—Eso quise decir, Chacal, y sabed que os voy á separar del colegio por perverso consuetudinario.

—Señor!

—Nada de súplicas, estoy verdaderamente irritado; y vos, [illegible] Angel, retiraos á vuestro aposento; mañana tratarémos [illegible]unto.

—Yo he formado concepto ya.

—Salga el clérigo pervertido.

—Al momento, ilustrísimo señor, dijo Pontolongon, y dando tres saltos con honores de caravanas, salio escapado del salon.

—Conque teneis formado concepto, fray Angel?

—Sí, ilustrísimo señor, creo que el clérigo Pontolongon es un infame, que por odio al rector lo ha denunciado.

—Puede ser.

—Y lo es, porque durante el camino lo he oido casi blasfemar contra el rector, y me ha indicado la idea de succederle en el rectorado.

—Horror! horror! cómo atacaría ese hombre las doctrinas de Calvino y de Lutero, sin tener.... es decir....

—Ya, ya comprendo, dijo el fraile á quien el obispo le espetó un trozo del discurso del eclesiástico.

—El maestro de aposentos es un pájaro de cuenta; es de sentir que no tenga yo aqui algunos *útiles* de la Inquisicion para hacerle hablar.

—Nunca es tarde, creo que ese será su paradero.

—Es muy robusto, aguantará dos *vueltas*.

—Doscientas le diera esta noche por bruto.

Aquí hay *algo*, pensaba el fraile.

—En fin, es ya muy tarde, necesitamos descansar.

—El cateo ha sido escrupuloso y estoy rendido. Cuando creo empeñado el honor del Santo Oficio, no perdono trabajo, ilustrísimo señor.

—Bien hecho; no seria malo que *espiáseis* á ese escandaloso.

—Perfectamente, ilustrísimo señor, en eso no hago mas que cumplir con mi obligacion, la salvacion de la *fé*.

Besó el fraile el pastoral, y se alejó diciendo entre dientes:

—No te has de escapar aunque lleves hábitos morados; la Inquisicion nada respeta, yo daré parte de que has estado encerrado *dos horas con un clérigo sospechoso*; afortunadamente la

tinta ha sobrevivido al papel y en las cenizas está la palabra *igualdad.*

El clérigo Pontolongon esperaba á su amigo á la puerta del obispado.

—Aquí estoy, le dijo en voz baja, os estaba aguardando.

—Poca paciencia teneis, me quedé con el obispo para aplacarlo, os estaba *recomendando.*

—Gracias, reverendo padre, dijo Pontolongon haciendo una mueca infernal, que fray Angel no pudo percibir en las tinieblas de la noche.

—Echémos á andar, que nos esperan.

—Como que no dilata en sonar la *queda.*

El clérigo y el fraile se dirigieron á uno de los suburbios mas lejanos de la poblacion, escapando á ser reconocidos por la ronda, que á su vez temia ser reconocida por los malhechores.

CAPÍTULO IV.

LINO EL MULATO.

I.

El familiar del obispo salió inmediatamente á comunicar la órden al rector de San Nicolas, para que se presentase desde luego en el arzobispado.

El familiar era un zorro de cuenta, su fisonomía traviesa lo denunciaba al momento que se le ponia la vista encima.

Llamábase Antonio Pedraja, era natural de Morelia, y tenia un talento natural, y sobre todo, una viveza admirable.

Antonio Pedraja hizo rápidos progresos en el colegio, y fué escogido para familiar, teniéndole el obispo entre sus consentidos.

El estudiante era un tronera de primera fuerza, y á la edad de veinticuatro años habia corrido el mundo mas de lo regular y comprometido su pellejo en mas de dos aventuras.

A pesar de su sotana y su tonsura, que era de rigor en el puesto que ocupaba, el bueno del *familiar* se inclinaba á las muchachas *que era una gloria.*

—Arreglemos el modo.

—Me ocurre uno, dijo sagazmente Pontolongon.

—Dígalo al punto.

—Haced llamar al rector de San Nicolas para una consulta, y mientras practicamos la operacion. A esta hora los colegiales duermen, y el rector no tiene ya que volver al salon donde están los libros.

—Extrañará que á las nueve de la noche se le llame.

—Eso consistirá en el mayor ó menor interes que deis á la consulta.

Quedóse el obispo reflexionando un momento, y despues dijo con un tono de seguridad:

—Decid á uno de mis familiares que vaya á suplicar al señor Hidalgo y Costilla se digne pasar inmediatamente al obispado.

Restregándose las manos de placer, se escurrió el dómine y dió el recado al familiar, que fingia dormir profundamente en uno de los sillones de la antesala, pero que acechaba como un Argos, sin perder una palabra.

III.

Un cuarto de hora despues, el rector de San Nicolas entraba en la sala de recepcion del arzobispado de Valladolid.

Dos embozados acechaban desde la acera del frente.

Luego que las pesadas hojas de la gran puerta del arzobispado se cerraron, los embozados se dirigieron al colegio de San Nicolas.

El eclesiástico, que ya conocen nuestros lectores, tomó asiento esperando la llegada del obispo.

Despues de unos veinte minutos, el señor obispo se dejó ver en el salon.

—Perdone el señor Hidalgo si le he hecho aguardar demasiado; pero un asunto de urgencia me detuvo en el despacho.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima, dijo el rector sin besar la mano que el obispo cuidó de recatarle. Deseo saber el objeto que me proporciona el alto honor de hablar con su señoría.

—El negocio á primera vista parece insignificante, pero puede traer algunos resultados desagradables.

—Ya escucho á su señoría.

—Sé que los escolares de San Nicolas han entablado cierta guerra con el *maestro de aposentos*, un tal Cipriano Pontolongon, que por recomendaciones de México está colocado en San Nicolas.

—Hay algo de eso, ilustrísimo señor.

— Es que esta noche se han permitido aporrear al susodicho Pontolongon, sin detenerlos el sitio donde se encontraban, que era nada menos que la capilla.

—Ya tuve noticia de ese suceso, y he aplicado el correctivo oportuno.

—Yo os confieso que estoy impresionado de una manera desagradable.

—Puede sosegarse su señoría ilustrísima; todo eso no merece la pena. Ese *maestro de aposentos* es la persona menos á propósito para el cargo que se le ha conferido; hombre sin talento, sin educacion, ignorante, y sobre todo, no muy ortodoxo.

— Y cómo lo habeis consentido?

—Yo respeto siempre las órdenes superiores.

—Luego ese hombre es un hipócrita?

—No me he tomado la pena de tratarlo; pero ya he tenido quejas de algunos vecinos sobre su conducta, lo que confieso, ilustrísimo señor, que poco me ha conmovido, porque conozco el corazon humano.

—Es que la juventud....

—Sí, la juventud necesita hombres de ciencia que la guien por el *sendero de la verdad.*

Chocaron algo estas frases al obispo, pero no se dió por entendido.

—Cuando veo, continuó el eclesiástico, que se pone al frente de los establecimientos al fanatismo supersticioso que enerva el sentimiento cristiano, no puedo ménos que lamentar el porvenir de la juventud que mañana debe succedernos en nuestro ministerio.

—Teneis razon.

—Su señoría ilustrísima comprenderá con su claro talento la imperiosa necesidad de cortar abusos que tanto nos desprestigian.

El obispo se sintió halagado en su amor propio al oir las galanterías del rector, á quien tenia en un alto y merecido concepto.

—Y qué tal van los escolares, señor Hidalgo?

—Bien; yo deseara que su señoría propusiera la enseñanza de idiomas.

—Y para qué?

—Oidme, señor obispo: las lenguas de los indios han muerto desde el primer dia de la conquista; ya hemos aprendido en los monumentos y en las tradiciones, cuanto puede alcanzarse de su civilizacion; sucede lo mismo con el latin, ese legado histórico que conservamos como el tesoro de la educacion literaria; el latin es una lengua muerta para los profanos y viva para los hombres del estudio y de la ciencia; ahí está la fuente del saber humano; la historia. Cuando ojeamos las obras de Ciceron, cuando devoramos la filosofía de los antiguos, vemos con sentimiento que los sabios de hoy no pueden ni aun acercarse á los hombres de aquellas edades; entonces comprendemos todo lo que vale la posesion de ese idioma, enseñanza perpétua de todo lo grande y lo sublime. La traduccion será siempre pálida y degenerada, los dioses y los héroes bajan de sus pedestales en la version de sus inscripciones; es necesario leer, estudiar, devorar esas páginas, conservarlas en la imaginacion; porque

están condenadas á perecer luego que el orgullo pretende interpretarlas y ponerlas en otros signos en la metamórfosis de la palabra.

El obispo fijaba su mirada tenaz en la fisonomía abierta y magestuosa del eclesiástico.

—Pero el latin, continuó Hidalgo, se inmortaliza en la biblioteca como en el nicho de un panteon; ha llegado á su término, mientras que por ejemplo, el frances, el ingles, el aleman se enseñorean del mundo de las letras.

—Este hombre es terrible! pensó el obispo.

—La mayor parte de las obras están escritas en esos idiomas, y es una necesidad aprenderlos para llegar al fin que nos proponemos: el conocimiento de las ciencias y el de la religion y la moral.

—Y vos, señor rector, sabeis algo de todo lo que habeis dicho?

—Conozco muy poco, pero deseo saber mucho.

—Puesto que sois un sabio....

—Perdone su señoría, se apresuró á interrumpir el eclesiástico, yo no tengo ni aun pretensiones.

—Bien, yo os tengo en ese concepto, y como tal os pregunto si no incurrirémos en.... en....

—En nada, contestó de plano el rector de San Nicolas; esos planteles fundados por nuestros antecesores, no son el asilo de la ignorancia ni de la barbárie, son el porvenir de México.

—El qué? preguntó asustado el obispo, porque ciertas palabras le sonaban detestablemente.

El eclesiástico sin contestar á la pregunta del obispo, continuó:

—Cuando vemos tantos sabios, cuando el clero español se distingue por su talento y conocimientos, cuando sus escritos son un reflejo de la luz del *Evangelio* y de las verdades que *forman nuestro dogma, lamentamos* que á la juventud se le

entreguen libros que no contienen una sola enseñanza y que la ilustracion tiene proscritos.

—Qué quiere decir *ilustracion?* preguntó asustado el obispo.

—Esa palabra no tiene mas que un solo significado: la ilustracion es el homenage á los adelantos siempre crecientes de la humanidad. Vuestra señoría no es seguramente como los prelados del siglo IV, ni los cristianos de las catacumbas se hallaban á la altura de nuestro clero, á pesar del reconocido talento de San Pablo.

El obispo no entendió una palabra, sospechó alguna sátira del rector; porque nada hay mas susceptible que la ignorancia.

—Es cierto lo que decís, señor rector; en tiempo del apóstol San Pablo no se inventaba la teología.

El eclesiástico guardó silencio, convencido de lo poco que adelantaba ante un hombre de la fuerza del señor obispo.

—Hablando de otra cosa, no seria malo, dijo el prelado, que por escrito me dijeseis algo de la conducta del padre Pontolongon para remitirlo á México, ó por lo menos que lo *espiáseis.*

Alzóse el eclesiástico como tocado por resorte, y con la faz ceñuda, pero magestuosa, y la voz vibrante, dijo al obispo:

—Fray Antonio de San Miguel, tened entendido que yo no he rebajado mi dignidad hasta *espiar* á un hombre, y que mi mano no trazará la página de una denuncia!

Asustóse el obispo ante aquella superioridad tan reconocida, y acercándose al sacerdote, le dijo, procurando dulcificar su voz:

—Sosegaos, señor rector, yo no he tratado de ofenderos, lo hacia por vos mismo, por privaros de una persona tan molesta como el padre Pontolongon; ved lo que son las cosas, él os ama, me lo decia hace media hora.

—Señor obispo, yo no he mentido jamas, y me irrita la mentira. Sé perfectamente que ese miserable ha venido á formular una acusacion, á denunciarme de haber leido papeles *extrangeros;* porque ese hombre es un *espía;* sé que me habeis hecho venir *con un pretexto fútil,* mientras en este momento practica un

cateo en la biblioteca del colegio el delegado de la Inquisicion.

Santiguóse el obispo, creyendo firmemente que estaba en la presencia de un hechicero.

—No os asusteis, miradme tranquilo, yo os confieso que poseia esos papeles, que los he leido durante muchas noches; porque ellos traen la *reforma religiosa*, y sin conocerlos no los podemos combatir; ¿cómo hablar de Lutero y Calvino, sin estar al tanto de sus doctrinas? ¿cómo llevar triunfantes nuestros dogmas sin deshacer las argumentaciones de los sofistas enemigos de la Iglesia católica? Sabed, que aunque la multitud aparenta ignorar las ideas vertidas por nuestros antagonistas, está al tanto de ellas y germinan sin sentirlo en el seno de las conciencias. Combatamos lealmente, no nos engañemos, porque acabarán por desconfiar de nosotros y perderá su prestigio en el púlpito nuestra palabra.

—Teneis razon, teneis razon; pero debíais haberme hablado antes; sois un verdadero sacerdote; ese clérigo infernal me ha hecho dar un paso inconveniente, ya el señor Abad y Queipo me ha hablado de vuestra capacidad, y yo la reconozco; perdonadme.

—Dios guarde á vuestra señoría ilustrísima, dijo el eclesiástico, y abandonó la sala del obispado.

IV.

—Vamos, que estoy corrido, avergonzado; el rector tiene razon que le sobra, soy una persona cuyo celo católico me lleva á extremos que.... vamos, estoy arrepentido.

Habia pasado un cuarto de hora que el eclesiástico habia salido del obispado, cuando llegaron fray Angel de la Divina Infantita y Cipriano Pontolongon.

—*Victoria, victoria, ilustrísimo señor!*

El obispo se quedó sentado haciendo una fria recepcion á los recien llegados.

Fray Angel se acercó al prelado, y despues de besar el *pastoral* dijo en tono de satisfaccion:

—Hé aquí el cuerpo del delito; y presentó unas cenizas de papel perfectamente guardadas entre dos hojas de pergamino.

—Y bien? dijo el obispo.

—Que el rector, dijo Pontolongon, los ha hecho desaparecer.

—Calle la boca el muy soez! dijo con ira el obispo.

Pontolongon abrió la boca desmesuradamente.

Fray Angel se quedó aturdido.

—Los documentos no se han encontrado en la biblioteca, pero esta prueba es irrecusable.

—Y es eso todo lo que teneis que decirme?

—Esta es una cabeza de proceso.

—Pues esa cabeza no vale nada, las cenizas no prueban nada, ni nada prueba nada.

—Yo practiqué el cáteo con arreglo á la denuncia del padre Pontolongon.

—Es que ese hombre no sabe lo que se dice; su conducta es un tejido de abominaciones que horripilan.

—Ilustrísimo señor! exclamó el clérigo.

—Calle! como si no se supieran los escándalos que han dado lugar á la insurreccion de los escolares!

—Ilustrísimo señor!

—Calle! su conducta relajada ha hecho que los colegiales le pongan el sobrenombre de "Chincuete."

—*Chacal*, ilustrísimo señor.

—Eso quise decir, Chacal, y sabed que os voy á separar del colegio por perverso consuetudinario.

—Señor!

—Nada de súplicas, estoy verdaderamente irritado; y vos, fray Angel, retiraos á vuestro aposento; mañana tratarémos este asunto.

—Yo he formado concepto ya.

—Salga el clérigo pervertido.

—Al momento, ilustrísimo señor, dijo Pontolongon, y dando tres saltos con honores de caravanas, salio escapado del salon.

—Conque teneis formado concepto, fray Angel?

—Sí, ilustrísimo señor, creo que el clérigo Pontolongon es un infame, que por odio al rector lo ha denunciado.

—Puede ser.

—Y lo es, porque durante el camino lo he oido casi blasfemar contra el rector, y me ha indicado la idea de succederle en el rectorado.

—Horror! horror! cómo atacaría ese hombre las doctrinas de Calvino y de Lutero, sin tener.... es decir....

—Ya, ya comprendo, dijo el fraile á quien el obispo le espetó un trozo del discurso del eclesiástico.

—El maestro de aposentos es un pájaro de cuenta; es de sentir que no tenga yo aqui algunos *útiles* de la Inquisicion para hacerle hablar.

—Nunca es tarde, creo que ese será su paradero.

—Es muy robusto, aguantará dos *vueltas*.

—Doscientas le diera esta noche por bruto.

Aquí hay *algo*, pensaba el fraile.

—En fin, es ya muy tarde, necesitamos descansar.

—El cateo ha sido escrupuloso y estoy rendido. Cuando creo empeñado el honor del Santo Oficio, no perdono trabajo, ilustrísimo señor.

—Bien hecho; no seria malo que *espiáseis* á ese escandaloso.

—Perfectamente, ilustrísimo señor, en eso no hago mas que cumplir con mi obligacion, la salvacion de la *fé*.

Besó el fraile el pastoral, y se alejó diciendo entre dientes:

—No te has de escapar aunque lleves hábitos morados; la Inquisicion nada respeta, yo daré parte de que has estado encerrado dos *horas con un clérigo sospechoso*; afortunadamente la

tinta ha sobrevivido al papel y en las cenizas está la palabra *igualdad.*

El clérigo Pontolongon esperaba á su amigo á la puerta del obispado.

—Aquí estoy, le dijo en voz baja, os estaba aguardando.

—Poca paciencia teneis, me quedé con el obispo para aplacarlo, os estaba *recomendando.*

—Gracias, reverendo padre, dijo Pontolongon haciendo una mueca infernal, que fray Angel no pudo percibir en las tinieblas de la noche.

—Echémos á andar, que nos esperan.

—Como que no dilata en sonar la *queda.*

El clérigo y el fraile se dirigieron á uno de los suburbios mas lejanos de la poblacion, escapando á ser reconocidos por la ronda, que á su vez temia ser reconocida por los malhechores.

CAPÍTULO IV.

LINO EL MULATO.

I.

El familiar del obispo salió inmediatamente á comunicar la órden al rector de San Nicolas, para que se presentase desde luego en el arzobispado.

El familiar era un zorro de cuenta, su fisonomía traviesa lo denunciaba al momento que se le ponia la vista encima.

Llamábase Antonio Pedraja, era natural de Morelia, y tenia un talento natural, y sobre todo, una viveza admirable.

Antonio Pedraja hizo rápidos progresos en el colegio, y fué escogido para familiar, teniéndole el obispo entre sus consentidos.

El estudiante era un tronera de primera fuerza, y á la edad de veinticuatro años habia corrido el mundo mas de lo regular y comprometido su pellejo en mas de dos aventuras.

A pesar de su sotana y su tonsura, que era de rigor en el puesto que ocupaba, el bueno del familiar se inclinaba á las muchachas *que era una gloria.*

Por las noches arrojaba el traje talar, se embozaba en su capa, y colgaba á su brazo una tizona de cinco cuartas.

Pedraja se reunia con un grupo de amigos que armaban camorra por cualquier pretesto, y habia la de Dios es Cristo, apaleando á las rondas y corriendo despues á tomar iglesia en el obispado.

Ya el señor obispo habia tenido repetidas quejas del familiar, le habia reñido sériamente; pero el estudiante no hacia el menor aprecio de las *jaculatorias* del obispo, como él llamaba á los regaños.

Pedraja estaba á la sazon enamorado de una lindísima jóven que vivia en la calle del *Raton*, contigua al colegio; así es, que cuando sus amigos le preguntaban donde pasaba las horas, él contestaba con mucho donaire: en la *ratonera*.

—Cuídate de los gatos, le contestaban los concolegas.

—No hay cuidado, yo soy *cazador* de primer órden.

El padre de la jóven estaba inquieto, porque en una especie de taberna establecida por Lino el Mulato en uno de los suburbios de la ciudad, el familiar habia ofrecido robarse á la muchacha.

Pedraja era capaz de eso y mucho mas, lo cual no le hacia gracia al viejo, que estaba como suele decirse "con el Jesus en la boca."

Pedraja no le tenia miedo ni al obispo, ni á la Inquisicion; era lo que se llama un desalmado: las viejas instaban porque aquel satanás se quitase los arreos eclesiásticos, por honor de los buenos sacerdotes, porque hubo vez que la sotana de Pedraja apareciera colgada en el barandal de un balcon.

A una sola persona respetaba el familiar, á una sola consagraba el respeto mas profundo y la veneracion mas completa. Quién obraria ese milagro? preguntarán nuestros lectores; efectivamente, era un milagro ese rapto lírico del alma del estudiante.

La persona amada y temida de Pedraja era el señor rector del colegio de San Nicolas.

Cuando lo veia aparecer por las naves sombrías de la Catedral, se le acercaba respetuoso, le besaba la mano, y decia para su coleto: "Me parece que es un santo que ha abandonado el corateral."

El rector pasaba con su continente sereno, dirigia una mirada severa al estudiante, le decia alguna sentencia en latin (que Pedraja no entendia) con referencia á su conducta, y se deslizaba como una sombra.

—Este hombre me inspira mas veneracion que el obispo con su corte de sotanas; si el rector me echase una *jaculatoria*, estoy seguro que me haria mas mella que los sermones del prelado.

El familiar seguia la carrera de la vagancia, y su intrepidez lo conducia á lances de los cuales no salia siempre airoso, lo cual no obstaba para que fuese el calavera de mas buen corazon, capaz de arriesgar la vida por el último de sus amigos.

II.

El estudiante apretó el paso, se entró en la calle Real, llegó al colegio, subió en tres saltos la escalera, y llamó á la puerta del salon.

El eclesiástico se habia quedado en ese sopor de la contemplacion, sumido en profundas cavilaciones, cuando lo despertaron los toquidos del estudiante.

Levantóse, serenó su semblante y abrió la puerta.

—Buenas noches, señor rector.

—Hola! por aquí el familiar Pedraja.

—Vengo de parte de su señoría ilustrísima á suplicar al señor rector se sirva pasar inmediatamente al obispado para un asunto de mucha *urgencia*.

El eclesiástico plegó el ceño con estrañeza, y despues contestó:

—Está bien, voy al momento.

El familiar reflexionó que aquel hombre, presa de la denuncia y la infamia, podia parar en las garras de la Inquisicion y sufrir tormentos horribles.

Acercóse como indeciso al rector; este comprendió que algo queria decirle el estudiante, y pretestando arreglar unos libros le dijo:

—Y cómo está de salud su señoría?

—Bien, señor, ahora mismo acaba de concluir la tertulia, en ella precisamente se habló del colegio.

—Bien.

—Decia, continuó el familiar, que se habló del colegio y del desórden que tuvo lugar á la hora del *rosario.*

—Ya, ya.

El estudiante no era hombre de preámbulos, iba siempre en línea recta á su objeto; así es que encarándose al rector le dijo de una manera violenta:

—Señor, sé que me comprometo con lo que voy á revelar; pero nada me importa cuando cedo á las inspiraciones de mi corazon: usted ha sido denunciado esta noche por ese miserable de clérigo llamado Pontolongon, que asegura la existencia de papeles clandestinos en la biblioteca del colegio; y para decirlo todo de una vez, os llaman para deteneros en el obispado mientras practica un cateo el delegado de la Inquisicion. Si es cierto, aun es tiempo, no hay mas que quemar esos papeles, ó dármelos, yo los guardaré en el mismo obispado, allí no los encontrarán nunca.

—Gracias, jóven, dijo el rector conmovido por aquel rasgo de generosidad; no olvidaré nunca accion tan noble y desinteresada; pero el padre Pontolongon se ha engañado.

—Me alegro, dijo el estudiante con satisfaccion; ¡qué buen

chasco el que van á llevarse esos malvados! yo me retiro, con permiso del señor rector.

—Id con Dios, amigo mio.

El familiar corrió al obispado, y en tono compungido avisó al obispo que el eclesiástico estaba ya en camino, obsequiando las órdenes de su señoría ilustrísima.

—Que busque ahora ese mentecáto de fray Angel, que busque; el rector es un lobo corrido, bueno es él para que el imbécil de Pontolongon le tome en sus redes; en un descuido echa por un voladero al maestro de aposentos. Ahora, marchémonos á la taberna, que ya hago falta en la tertulia de los *cosacos*.

El familiar se embozó en su capa, tomó su espada y se dirigió sin mas preámbulo á la taberna de *Lino el mulato*, mientras se practicaba el cateo en el colegio de San Nicolas.

III.

En una de las apartadas calles de la poblacion, y hácia la salida de la ciudad por el lado del Norte, habia una casita de modesta apariencia, donde un mulato, llamado Lino, tenia un *tendajo* con algunos comestibles y bebidas embriagantes, que eran precisamente las que atraian mas parroquianos al establecimiento.

En una pieza interior *bebia* la gente decente.

Los muebles consistian en media docena de mesas hechas de madera ordinaria y varias sillas con asientos de vaqueta.

En aquella pieza solo entraban los parroquianos de *confianza*, es decir, varios vecinos honrados, algunos clérigos, estudiantes, el barbero, y los aficionados á los buenos caldos.

Lino era uno de esos personajes siniestros, predestinados al mal, incapaces de afecto por nada ni para nadie, vengativo, insolente y bajo *cuando se hallaba en situaciones* apremiantes.

Lino aborrecia cordialmente á todos sus parroquianos, á quienes hubiera jugado de buena gana una de Lucrecia Borgia.

Lino habia hecho una excepcion en favor de Pedraja; su afecto llegaba hasta fiarle un real de aguardiente y dos cajas de cigarros; despues de este rasgo sublime de longanimidad, se hacia inflexible hasta la petrificacion.

El familiar conocia lo terrible del corazon del mulato y le tenia una especie de temor, lo que no era obstáculo para hacerle una trácala cuando se ofrecia.

Pedraja llegó á la taberna cuando los parroquianos ya estaban á media bolina; acercóse al mostrador y tendiendo la mano al mulato le dijo en un tono campechano:

—No ha venido el viejo?

—Ya está algo atarantado y podrémos sacar algo en limpio.

—Todo lo que beba lo pago.

—Adelantado?

—No; porque sin saber lo que consuma no es posible sacar la cuenta.

—Es cierto.

—Pues al negocio.

—Al negocio.

El mulato y el familiar se entraron en la pieza de los amigos, donde habia varios grupos hablando en voz alta y atravesando apuestas y disputas sobre cualquier cosa.

Una salva de aplausos resonó al presentarse el familiar en la escena.

—Gracias, gracias, señores, decia Pedraja, estoy muy obligado á ese saludo de simpatía, y en prueba de ello voy á tomar un trago á la salud de la concurrencia.

El mulato sirvió aguardiente y todos tomaron á un tiempo.

Entre los grupos mas lejanos á la mesa donde el estudiante habia asentado sus reales, estaba el barbero que ya han visto nuestros lectores haciéndole la barba al padre Pontelongon.

Joaquin María de los Ramos veia con una especie de rencor al estudiante y parecia dispuesto á emprenderla con él.

El flebotomiano era jóven aún, tenia treinta y cinco años de edad, y los mismos de mañas, reticencias y malas intenciones.

Ramos era vigoroso bajo ese aspecto endulzado de los barberos; y en sus ataques de bílis cortaria hasta el hueso *Palomo* á cualquier hijo de vecino, con la misma facilidad que á las sanguijuelas.

Ramos era hipócrita y solapado como un barbero de pueblo, y contador de historias, y llevador de chismes, é inventor de cuentos como un novelista.

—El señor de Ramos no bebe, dijo el familiar emprendiéndola con el barbero.

—Soy capaz, contestó Ramos, de apurar una botella sin resollar; aunque no soy *currutaco*, puedo habérmelas en esta y otras materias con el que mejor se porte.

—Eso es otra cosa, amigo mio, yo no soy conquistador.

—Yo no lo pretendo; pero estoy seguro de no quedarme atras.

—Le costaria algo al que me disputase el puesto.

—Puede ser que muy poco.

—La cosa está en veremos.

—Puede ser, pero yo la veo muy clara.

La conversacion iba tomando un giro no muy conveniente y por ella se adivinaba que entre el familiar y el barbero se atravesaba alguna rencilla antigua.

—Sosiéguese usted, señor de Ramos, dijo el mulato al oido del barbero.

—No me da la gana; ese jovencillo me anda disputando á una muchacha y no lo he de consentir; figúrate que dentro de ocho dias me caso, y eso de comenzar por.... no me parece.

—Conque se casa usted?

—Precisamente

—Y la muchacha qué dice?

—No importa lo que diga, casándome con ella el negocio está arreglado.

—Y su padre?

—Es negocio hablado entre los dos.

—Eso era lo que se trataba de saber, dijo para sí el mulato, y se salió al mostrador.

Durante esta disputa, nadie percibió la entrada de dos embozados que tomaron asiento en una mesa cercana al grupo de la disputa.

—Hola! hola! gritó el estudiante; aquí tenemos al maestro de aposentos del colegio de San Nicolas, nos debe una copa por haber entrado con tanto silencio.

—Y las pago, dijo Pontolongon, es muy justo.

Lino volvió á entrar, y todos bebieron á la salud de los recien llegados.

El barbero se acercó al maestro de aposentos y le dijo al oido:

—Necesito á usted con urgencia.

—Aquí podemos hablar, ya todos están atarantados.

—Esta bien, no hay inconveniente: he pedido ya á Rosalía, y su padre, para librarla de esta desgracia que la amenaza con las pretensiones del estudiante Pedraja, me ha concedido su mano.

—Y no ha surtido efecto lo de la vieja?

—Ninguno, si no es asustarla terriblemente.

—No importa, si ya todo está arreglado con el padre; ademas, mañana yo estaré en la casa á exhortar á Rosalía á que acepte el matrimonio.

—Deseo que me favorezca usted con su empeño.

—Cuente usted con mi proteccion.

—Ya sabe su paternidad que no me daré por bien servido.

—Lo comprendo.

—*Es necesario* librarnos cuanto antes del estudiante.

—Buscaré una coyuntura para soplarlo á la Inquisicion, que es el sitio mas á propósito para esta clase de truhanes.

—Eso es, la Inquisicion, perfectamente discurrido.

—Afortunadamente mi dicho pesa algo en el ánimo del Tribunal, y entrará en el negocio que tengo pendiente con un alto personaje y el familiar.

—Luego se trata del obispo, pensó el flebotomiano.

Fray Angel de la Divina Infantita guardaba silencio, y de cuando en cuando apuraba un sorbo de catalan.

El fraile paseaba sus miradas indagadoras sobre cada uno de los personajes de la taberna.

Despues que el barbero se retiró de la mesa donde estaba el padre Pontolongon, fray Angel le preguntó á este de qué se trataba.

—Nada menos que de una fortuna inmensa, reverendo padre; figuraos que don Manuel Perez de Treviño es un portugues riquísimo, dueño de hacienda y ranchos, y tiene mucho dinero en numerario.

—Portugues? preguntó fray Angel.

—Portugues, reverendo padre, contestó el maestro de aposentos.

—Debe ser hereje por fuerza.

—Creo que no, porque su piedad es reconocida en la feligresía.

—Adelante.

—Pues el susodicho don Manuel tiene en su casa á una niña hermosísima, que se llama Rosalia, y á quien pretende el flebotomiano.

—Hola! hola! el señor de Ramos.

—El portugues abomina al familiar, y ha jurado casarle con ese desgraciado antes que entregársela al estudiante; la muchacha no le ama precisamente, pero al estudiante lo idolatra; cosas de la juventud, errores de las niñas inexpertas.

—*No creo que sea este el caso,* padre Pontolongon, porque

entre el maestro de sanguijuelas y el familiar, no hay que pensar mucho.

—No importa, el barbero *nos* promete una cantidad regularcilla si le ayudamos en la empresa, que por otro lado nada tiene de reprobada.

—Ya lo creo.

—El familiar es todo un calavera, ya lo ve su reverencia, metido en una taberna.

—Qué escándalo! exclamó fray Angel dando un sorbo de aguardiente; cierto es que nosotros nos encontramos en el mismo sitio, pero es con permiso y vénia del Santo Tribunal.

—Eso es, no habia reflexionado.

—Concluya esa historia, que ya está la noche muy entrada.

—El barbero ha buscado á una vieja á quien llaman la madre Paulina, para que *hechice* á la muchacha.

—Ave María Purísima! exclamó el fraile santiguándose por tres veces.

—No os azoreis, reverendo padre, todo ello consiste en que le hable de su amor, de sus sacrificios, del matrimonio, y le haga consentir en olvidar á ese zángano del estudiante.

—Ya tengo órden de practicar una averiguacion.

—La practicaremos y vereis que en nada os he mentido.

—Padre Pontolongon, me parece que estais inficionado de heregía.

—Líbreme Dios de semejante cosa, reverendo padre; yo he hablado con esa mujer, porque á nosotros nos es lícito en pró de la religion católica.

—Hum! hum! dijo el fraile tomando otro trago.

—La bruja ha hecho su oficio, pero infructuosamente; la muchacha no ha cedido un ápice y es necesario ocurrir á la Iglesia.

—Debia haberlo hecho antes de probar esos medios tan torcidos.

—*Disculpad á* un enamorado.

—Conque decís que es portugues Treviño?

—Sí, reverendo padre.

—Pensaremos, pensaremos sobre el particular.

IV.

Mientras el barbero hablaba *sotto voce* con el padre Pontolongon, y este á su vez con fray Angel, el estudiante salió á preguntar á Lino el Mulato sobre su conversacion con el flebotomiano.

—Nada tiene usted que esperar, dentro de ocho dias se casa con Rosalía y punto concluido.

—No tan concluido que digamos, porque esta noche mato á ese raspa-carrillos.

—Poco á poco, eso seria en balde, cuando hay medios mas á propósito para deshacerse de él.

—Indíquemelos.

— Mañana.

—No, ahora.

—Es que la cólera y el aguardiente os han cegado.

—Habla, Lino, ó cargan contigo todos los diablos.

—Cuidado conmigo, señor familiar, porque las bravatas harán que no diga una palabra.

—Bien, ya no insisto, seguiré tus consejos, dime lo que tengo de hacer.

—Por ahora nada, idos á recojer, porque un escándalo seria.... un escándalo.

—Me hace muy mal estómago ese hombre, he sabido esta noche que una bruja obligaba á una hija de confesion de un clérigo asistente á la tertulia del obispo, á que se fuese con este saca-muelas, y he sospechado que----

—Hé ahí el *negocio de que pienso* hablaros.

—Luego sabeis la infamia de la bruja?

—Sí, y mañana diré donde vive para que se dé parte al Santo Oficio y se practique la averiguacion.

Exaltado el familiar al relato del plan del barbero y á los menudos tragos del aguardiente, se entró en la trastienda, recargóse en la mesa, tiróse el sombrero á los ojos, y comenzó bajo el ala á ver de hito en hito al barbero.

Este quiso provocar una reyerta para dar con el estudiante en la cárcel, y parándosele frente á frente le dijo:

—Vuesarcé quiere algo conmigo?

—No, mañana será cuando os llame para que me hagais la barba.

—Es que mi mano puede desde ahora llegar á vuestras barbas.

—De qué manera?

—Así, dijo el barbero, y dejó caer su mano sobre el rostro del estudiante.

Pedraja tiró de la espada y cargó con tal fuerza sobre el flebotomiano, que lo bañó en sangre y lo tendió á cintarazos medio muerto.

El subdiácono Pontolongon quiso tomar parte por el barbero, y ya ciego el familiar arremetió contra el maestro de aposentos dándole una felpa inolvidable.

Eran tales las blasfemias y los gritos, que fray Angel parándose sobre una mesa gritó con voz de trueno:

—Daos presos en nombre del Santo Oficio! y descubriéndose mostró su cerquillo y una insignia que llevaba á su pecho como delegado de la Inquisicion.

Reinó un silencio profundo.

Repúsose el estudiante, reconoció á fray Angel, y le dijo:

—Conque vos estais tambien en la taberna?

—No teneis derecho de interrogacion.

—Ni vos tampoco; porque este es el tribunal de los bebedores.

—Yo os conmino en nombre del Santo Tribunal.

—Y á mí no me da la gana; porque estais ébrio como nosotros.

—Favor á la Inquisicion! gritó el fraile en la puerta de la tienda.

La ronda acertó á pasar en aquellos momentos, y se entró en la taberna; entonces Pedraja dió un cintarazo al candil, que se apagó instantáneamente.

La confusion mas grande se introdujo en la reunion, todos gritaban, sacudian las sillas y las tizonas sin saber á quien herian ni en donde daban.

Pedraja sintió que una mano áspera y nervuda lo tomaba por el brazo; conoció que era la del mulato y se dejó conducir en medio de aquella tormenta.

El mulato entreabrió una puerta que daba á las habitaciones interiores y sacó al estudiante de aquella Babilonia.

Lino entró con una candileja de tres mechas al campo del combate y todo entró con la luz en reposo.

—Aquí hay brujas seguramente, dijo fray Angel, y vos me habeis hablado de ellas hace un momento, padre Pontolongon; os apreso en nombre del Santo Oficio.

—Piedad! siquiera porque estoy hecho pedazos, magullado y desconchavado á garrotazos.

—No hay piedad, lleven al herido al hospital, y todos los concurrentes quedan á disposicion del señor justicia, dijo el gefe de la ronda.

—Y quién me paga los daños y perjuicios, señor alcalde?

—Este hombre tiene razon, llévenlo á la cárcel para que se ajuste la cuenta.

—No, excelentísimo señor, exclamó el mulato, todo se los perdono.

—Bien, la declaracion está hecha delante de testigos.

—Y *lo repito, una, dos y tres* veces.

—Y dónde está el jóven que ha causado este escándalo? preguntó fray Angel.

—Ha desaparecido.

—Lo dicho, hay brujas en este asunto.

Toda la concurrencia se estremeció de pánico.

Los parroquianos de Lino salieron en cuerpo de patrulla y derechos á la cárcel de ciudad.

En cuanto al padre Pontolongon, fué conducido al arzobispado por tener fuero eclesiástico, cuya preeminencia nada pudo valerle á la hora de la paliza.

V.

Luego que desapareció la ronda con su cargamento de presos, una horrible vieja asomó las narices por la puerta que se tragó al estudiante y soltó una carcajada infernal.

El mulato respondió con una maldicion espantosa.

—Madre Paulina, temo un cateo esta misma noche.

—Yo no, amigo mio, ademas que la Inquisicion me tiene sin cuidado, yo les sirvo mucho á esos señores para que quieran deshacerse de mí.

—Pero yo peligro, madre Paulina.

—Eso importa poco, tengo buenos empeños para sacarte de las garras de los golillas.

—Digo que estoy teniendo miedo.

—El miedo es la denuncia.

—No, eso jamas.

—Como que mis brujerías te han enriquecido.

—Es cierto, pero donde lo descubran me aporrean.

—Eres un mandria, luego que explotemos esta ciudad, recorrerémos las otras hasta tener mucho oro, mucho, entonces te *hablaré de mis proyectos.*

—Ya tenemos el suficiente.

—Todavia no, me falta redondear el negocio de Treviño.

—Ese va mal.

—He variado de rumbo, protejeré al estudiante; como á ese lo ama Rosalía, no me costará trabajo arreglar hasta su matrimonio clandestino, el familiar es despilfarrado y le parecerá bajo el precio.

—Teneis razon, madre Paulina.

—Mañana espero á Pedraja.

—Lo enviaré con cualquiera pretesto, y os participo que ya sabe vuestro mamotreto y se lo ha dicho Rosalía nada ménos que al padre confesor.

—Todas hacen lo mismo cuando no quieren á un hombre; te apuesto mi cabeza que no dirá nada cuando la bruja le proporcione una carta ó una entrevista con el estudiante.

—Sois el demonio, madre Paulina.

—Cerca le ando cuando estoy junto á tí; vamos, besa esta mano que te da tanto oro.

—Con mucho gusto, dijo el mulato, y estampó sus labios regordidos en los cartílagos de aquella mano huesosa.

—Así te quiero, obediente y sumiso, ya verás cuando seamos ricos, entonces sí que llevaremos otra vida.

—Ya lo deseo; porque esta me va enfadando horriblemente.

—Concluyamos con lo de Treviño y nos marchamos á la corte; estoy por comprarte un título, este virey su excelencia Branciforte, es capaz de vender hasta su fé de bautismo; no se ha sentado un hombre mas rapaz en las sillas de palacio; vamos, que su excelencia es peor que Garatuza.

—La fama lo dice.

—Y él no lo niega.

—Tengo un sueño que me tira, dijo el mulato, idos á descansar.

—*Buenas noches.*

—Buenas noches.

La bruja desapareció tras la puerta, el mulato se acercó de puntillas, observó algunos momentos, y despues, abriendo con el mayor cuidado la puerta de la calle se escurrió en silencio entre las sombras del crepúsculo que comenzaba á dibujarse en el horizonte.

CAPÍTULO V.

LA BRUJA Y LA INQUISICION.

I.

La ciudad de Valladolid supo al dia siguiente que las brujas habian caido en la taberna de Lino el Mulato; que despues de matar las luces del candil, aporrearon á los parroquianos, y solo huyeron cuando fray Angel las exorcizó; que el delegado de la Inquisicion hizo capturas importantes, entre ellas una inesperada; porque nadie hubiera imaginado cómplice de las brujas al padre Pontolongon.

Los amigos del señor obispo ocurrieron al obispado en busca de noticias, que salieron á recibirlas, pues no faltó quien contase desde luego la paliza del señor de Ramos y la desaparicion del familiar Pedraja á quien las brujas se robaron de la taberna.

Hubo vieja que aseguró haber oido los gritos del estudiante cuando lo pasaron por el techo de la casa montado en un palo de escoba.

Acrecentóse el tumulto cuando fray Angel salió del obispado

con fuerza armada en direccion á la casa de don Manuel Perez Treviño.

El pueblo siguió al fraile, que llamó á la puerta en nombre del Santo Oficio.

Presentóse airado el portugues, y preguntó de mal talante:

—Qué se le ofrece al Tribunal de la Fé?

—Entremos, dijo el fraile, hay cosas que no pueden decirse en público.

—Entremos, contestó secamente el portugues.

El fraile penetró en la casa y entró en el escritorio de Treviño.

El portugues cerró la puerta y esperó á que le hablase el delegado del Santo Oficio.

—Señor de Treviño, dijo el fraile, hace algunos meses que la Inquisicion sigue un juicio oculto acerca de vuestra conducta.

—Y qué ha investigado, reverendo padre?

—Que os hallais contaminado de heregía.

—Siempre lo mismo! gritó Treviño sin poderse contener.

—Luego no es la primera vez que sois acusado de ese abominable crímen?

—Hablaba solamente del *pretesto*.

—Cuidad de no propasaros, señor de Treviño, que estais en mi presencia.

—Pero en fin, qué quereis?

—Es fácil imaginarlo, se necesita que os presenteis á la Inquisicion en México.

—Y qué le diré á la Inquisicion?

—Será remitido con vos el proceso.

—Soy víctima de una infamia; lo que hay de cierto es que un familiar del obispo llamado Pedraja, se ha enamorado de mi hija, y para deshacerse de mí me ha denunciado, es decir, me ha calumniado.

—Os engañais, caballero, ese estudiante está inodado en el proceso, anoche ha desaparecido y ya se le busca con ahinco.

—Entonces quién puede ser?

—Es un secreto que no puedo revelároslo; entregadme las llaves de toda la casa, inclusive la de los cofres del dinero, porque sois inmensamente rico.

—Hé aquí el secreto, pensó el portugues, y luego añadió con acento de misterio:

—Reverendo padre, hé aquí lo que son las casualidades; tenia una fuerte suma que entregar como un donativo, cuando se me denuncia por heregía.

Fray Angel abrió la boca como si se tratara de comerse al portugues.

—Bien, entregadme esa cantidad, la prision no obsta.

—Es que ya no tiene lugar hasta ver el resultado del juicio.

—Y á cuánto ascendia la donacion? preguntó el delegado lamiéndose los labios.

—A sesenta mil pesos en oro.

—*Pecata!* exclamó el fraile, y continuó despues de una breve pausa: el resultado no puede ser dudoso, vuestra piedad cristiana se acredita en grado supremo con esa accion digna de un emperador cristiano.

—Pues ya sabeis que al terminar el proceso, pondré en vuestras manos el oro.

—Francamente, señor de Treviño, me ha conmovido profundamente cuanto acabais de decirme, y estoy dispuesto á levantar una acta en que conste que sois el portugues mas cristiano que se halla en el reino.

—Bien, estoy pronto.

—Teneis algo que añadir?

—Tal vez.

—Hablad, que yo estoy á vuestras órdenes; pero de una manera *tan absoluta como no os lo podeis* imaginar.

—Lo creo, reverendo padre, y voy á ser franco; dos personas me inquietan terriblemente.

—Os libraré de ellas, señor de Treviño, y os juro que no las vereis mas; decidme sus nombres.

—Una de esas personas se llama Antonio Pedraja.

—No se necesitaba vuestra recomendacion, ese miserable se ha permitido poner las manos sobre un sacerdote y medio matar á un individuo.

—Ese individuo es la otra persona á quien abomino; porque á su vez se ha permitido pretender á mi hija Rosalia, á quien amo, despues de Dios, con mas idolatría.

—Teneis razon, señor de Treviño.

—Habeis de saber que un dia supe los amores del familiar y llevado de la cólera, dije delante de ese menguado del barbero, que primero la casaria con él que con el estudiante; desde entonces no ha cesado de dirigírsele, llegando su avilantez al grado de pedírmela en matrimonio.

—Dios mio, qué blasfemia!

—Yo le dije que lo pensaria, seguro de lo irrealizable de ese pensamiento absurdo.

—Y bien?

—A pesar de que asegura Ramos que es un negocio arreglado, yo creo que al perder las esperanzas, el muy solapado tendria la idea de denunciarme como á herege y deshacerse de mí.

—No está mal pensado.

—Ya sabeis el odio que se nos tiene á los portugueses, somos fruta de hoguera; por lo que....

—No, no continueis, todo está arreglado, os tomo bajo mi proteccion, seremos de hoy en adelante los mejores amigos, aunque en secreto.

—Contad conmigo en cuanto se os ofrezca, por ahora podreis disponer de diez mil duros, llevareis en oro el dinero, y pedid*me cuanto* querais, que estoy dispuesto á serviros en todo.

—Bien, dijo el fraile, eso es lo que verdaderamente se llama amistad.

—Venid á mi aposento, pediremos la llave á mi hija.

—Andando, amigo mio, andando, ya nos la pagarán ese par de zánganos; no faltaba mas que inquietasen á un hombre honrado; hoy mismo los remito á México, y dentro de quince dias ya están en los antros del Santo Oficio.

—Gracias, reverendo padre.

II.

El portugues y fray Angel entraron en una de las piezas interiores de la casa, donde se hallaba un gran estante de cedro con cerrojo y cerradura.

El fraile le dió una mirada de codicia capaz de romper las hojas.

—Rosalía! Rosalía! comenzó á gritar don Manuel; ya conocereis de paso á mi hija, es bellísima y llena de un candor angelical; ¡pobre niña! y pensar que iba á quedarse sin padre, merced á una calumnia.

—Decís bien, una calumnia; porque cuanto veo en esta casa, denuncia á un verdadero cristiano: ese cuadro del apóstol San Pedro es magnífico, y esa Vírgen de Guadalupe es pintura esquisita.

—Mi hija, reverendo padre, es devota de estos dos santos, que encontrareis por toda la casa.

—Bien, bien, ese sentimiento religioso debe protegerse, para contar siempre con el favor divino.

—Pero esta niña no viene; Rosalía! Rosalía!

—Estará en alguna ocupacion, se habrá atemorizado con mi presencia, id en su busca, aquí os aguardo, no os tomeis pena por la dilacion.

—Pues con vuestro permiso.

—Id, señor de Treviño, id en pos de vuestra querida Rosalía.

El portugues salió de la estancia.

—Este maldito, decia el reverendo padre, debe estar podrido en pesos; ese estante trasciende á oro, vamos, que ha sido una lotería el hallazgo del portugues: diez mil duros es un *boccato di cardinali!* y lo que se sigue---- vamos, que yo estoy loco con este negocillo: si he llevado adelante mi plan antiguo, sigue precisamente la confiscacion de los bienes y no me toca un solo maravedí, conozco á la Inquisicion; ademas, yo cargaría con la odiosidad; y estos portugueses son el demonio---- explotemos su miedo, que así nos irá bien á los dos, él me hace rico, y yo lo declaro el mas católico del universo.

Púsose á medir á grandes pasos el aposento, en espera de Treviño.

—Demonio! la ausencia se prolonga---- si se habrá largado, jugándome una burleta---- seria divertido que me hubiese fraguado la historia de los diez mil para librarse de mis garras.... esperemos---- esperemos----

No habian pasado cinco minutos cuando el portugues se precipitó en el aposento desesperado.

—Qué teneis, señor de Treviño? preguntó asustado el fraile al ver el rostro descompuesto de su interlocutor.

—Es increible!

—Os han robado el oro que me íbais á entregar?

—Ojala! exclamó llorando el portugues.

—No somos de la misma opinion, murmuró entre dientes el fraile.

—Pero esto es espantoso!

—Hablad, hablad.

—Mi hija ha desaparecido!

—Dios mio! pero por dónde? á qué hora?

—No lo sé; pero yo siento la muerte!

Acercóse Treviño al fraile, lo tomó fuertemente por la mano y le dijo trémulo por el dolor y la desesperacion:

—Reverendo padre, soy inmensamente rico, rico como no sois capaz de figuraros.... pues bien, todo cuanto poseo es vuestro si me ayudais á encontrar á mi hija; poned en movimiento cuantos resortes tengais en vuestra mano, trabajad, derramad el oro, pero encontrad á mi hija, porque me siento morir.

—Infeliz padre! exclamó hipócritamente fray Angel.

—Lo oís, reverendo padre? mi caudal, mi vida, todo es vuestro.

—No necesito tanto, os empeño mi palabra de que Rosalía volverá á vuestro lado; calmaos y veamos con sangre fria este negocio, es necesario reflexionar, para que surtan efecto nuestros planes.

—Haced lo que os parezca, yo necesito á mi hija, tomad para que el camino se os facilite.

El portugues tiró fuertemente del cerrojo del estante y la cerradura saltó en pedazos.

—Tomad, ahí teneis oro, mucho oro.

El fraile se puso cartuchos de onzas hasta en los manguillos, y con las lágrimas en los ojos de ternura metálica, le dijo al portugues:

—Si fuera necesario comprometer mi existencia, no vacilaria un solo momento; adios, daré parte á la autoridad de vuestra inocencia, perseguiré al familiar y al señor de Ramos, y daré sobre la pista, Rosalía estará en vuestra casa dentro de algunas horas.

Salió fray Angel de la casa del portugues, diciendo claramente á la multitud que se habia agrupado á la puerta:

—Todo ha sido una calumnia, el señor de Treviño es un buen cristiano!

Los soldados y gente de golilla hicieron un gesto de desa-

grado; porque ya habian consentido en tener un *auto de fé* magnífico.

Las viejas se conformaron con la esperanza de que quedaban algunos reos en poder de la Inquisicion, y no seria extraño un escarmiento público, cuya diversion no perderian, ni aun cuando se les ofreciese la salvacion.

Luego que el fraile se alejó con la turbamulta, el portugues lanzó una blasfemia espantosa....

—Calma, sacia tu sed de oro, miserable; te he comprado las llamas de la hoguera, pero he perdido á mi hija.... hija mia!.... hija mia!

Acercóse despues al armario, tomó dos pistolas y su espada, embozóse en una ancha capa y salió rumbo á la taberna de Lino el Mulato.

III.

Volvamos á la hija de Treviño.

Rosalía se encontraba accidentalmente á la ventana de su aposento, que daba á la calle, cuando vió llegar el aparato sombríe de la Inquisicion.

Púsose en acecho de lo que pasaba, oyó la amenaza del fraile y la acusacion de heregía.

Asustóse la desgraciada jóven, subióse á la azotea, y se echó á andar hasta donde las bardas de los límites se lo permitian; encontró una escalera de mano puesta por una mujer que tendia su lavado en la azotea, descendió sin pensar en lo que hacia, encontróse en un patio abandonado; siguió por un pasadizo húmedo y estrecho que conducia á una puerta de salida, abrió las hojas y comenzó á andar por calles y callejuelas sin rumbo.

Ya en los suburbios encontró á la madre Paulina, que la reconoció al instante.

—Salvadme, por piedad! la Inquisicion ha entrado en casa!

—Venid, dijo la bruja, venid y os pondré en un lugar seguro.

Rosalía se dejó conducir sin preguntar adonde la llevaban.

Anduvieron largo rato hasta llegar á una casita escondida entre unos fresnos.

A la puerta estaba un muchacho, que se levantó luego que vió llegar á la bruja, le habló al oido y se alejó silbando por un sendero de árboles que se perdia entre las lomas.

—Aquí estais segura y podremos tener noticias de lo que pasa á vuestro padre.

—Puedo fiarme de vos, señora?

—No abusaré de vuestra inocencia.

—Id á la ciudad, id en nombre del cielo, y avisadle á mi padre donde estoy, si acaso le han dejado libre.

—Bien, no os movais de aquí, porque peligra vuestra existencia; si álguien llama, no le abrais la puerta; mirad, aquí hay una tabla que cubren estas ramas secas; si la Inquisicion llegara á venir, no hay mas que levantarla y os encontrareis en una pieza subterránea; conque andad con cuidado.

—Volvereis pronto?

—Dentro de una hora, voy á ponerme en acecho.

—Adios.

—Adios, hija mia.

La jóven se quedó á la puerta viendo desaparecer á la bruja que se internaba en la ciudad.

Cayó la noche, que era fria, y el viento azotaba con furor las copas de los árboles y crugía entre los carrizos de la choza.

La hija de Treviño comenzaba á tener un miedo horrible.

La oscuridad era densa, solo se oia el lejano ladrido de los perros y algunos de esos écos producidos por el mismo silencio de la noche.

Una ráfaga de aire llevó al oido de la jóven un ruido de pasos mezclado con el chasquido de una espada al dar sobre las piedras.

—Dios mio! exclamó Rosalía, la Inquisicion!

Los pasos se acercaban, la jóven levantó la tapa de madera y se entró en el subterráneo.

Nada pudo ver porque la oscuridad era completa.

Púsose en acecho y oyó una voz conocida que decia:

—Madre Paulina! madre Paulina! abrid con mil demonios!

—Es él! es Antonio! dijo la jóven, y levantando la madera salió apresuradamente á recibir al estudiante.

—Antonio! gritó conmovida Rosalía.

—No, no es un sueño, murmuró el familiar, eres tú, es verdad que te siento junto á mí.

La jóven lloraba en silencio abrazada de su amante.

—Cuenta, cuenta, amor mio, el motivo de tu presencia en este lugar.

—No sé nada, me parece que aun no salgo de esta pesadilla, me parece escuchar la voz de ese fraile que acusaba de heregía á mi padre.

Pedraja ignoraba el resultado de la visita de fray Angel al portugues.

—Y tú, continuó Rosalía, que buscas en esta casa?

—Yo vengo tambien huyendo de la Inquisicion, he matado á ese hombre que te requeria de amores y he dado contra un clérigo infame que ha denunciado al rector de San Nicolas.

—Ese sacerdote me infunde una gran veneracion; mi primer pensamiento al abandonar la casa de mi padre, fué buscar refugio en el Colegio de Jesuitas, donde está de contínuo el rector de San Nicolas.

—Rosalía, tú has lanzado un rayo de luz en mi cerebro, él nada mas puede salvarnos; abandonemos esta casa, aun tenemos tiempo.

—Sí, huyamos porque tengo un miedo espantoso; la mujer que me ha traido aquí, es la misma que se empeñaba en protejer á ese miserable de Ramos.

—*Aquí tu inocencia* y tu virtud están en peligro.

—Yo lo comprendo, huyamos.

Tomóse Rosalía del brazo del estudiante y se entraron en las calles de la ciudad.

IV.

No bien los amantes habian abandonado la choza, cuando Lino el mulato penetró violentamente, abrió la trampa, sacó una linterna sorda, tomó una barra de hiero y cavó en un rincon del subterráneo.

A los cinco minutos de esta operacion se dejó ver un cofre de hierro, lo sacó el mulato y hechó á huir como un desesperado.

V.

Dirijióse la madre Paulina en busca de Treviño para venderle á peso de oro el secreto; llegó á la calle del Raton, y encontrándose con el tumulto, mezclóse entre la multitud y comenzó á indagar lo que pasaba.

—Dicen que hay pacto con el diablo en esa casa.

—Con el amo de ella?

—Precisamente, ese maldito portugues habla todas las noches con Satanás.

—Yo lo aseguro, dijo una vieja, por la noche se oyen truenos y salen llamas por la chimenea y un olor de azufre y pólvora.

—Como que ayer oí unos gritos como de condenado y ruido de cadenas y de huesos.

—Malo, malo! murmuró la madre Paulina, esto me huele á *quemadero;* pongámonos bien con la Inquisicion, porque estoy muy *cerca de sus mazmorras.*

Salióse la bruja de la calle del Raton y se entró en el zaguan del obispado.

Al cerrar la noche regresaba fray Angel cuando salió de detras de una columna la bruja y dijo al oido del fraile:

—Reverendo padre, os necesito urgentemente.

El fraile hizo un gesto capaz de asustar al mismo Lucifer, y retirándose á una de las piezas bajas le dijo á la vieja:

—Hable sin acercarse.

—Ha desaparecido la hija de Treviño.

—Cómo lo sabeis?

—Ese es mi secreto.

—Pues yo arranco los secretos en el *tormento.*

—Estoy curada de espanto, reverendísimo padre.

—Ya veremos, daos á prision.

—Eso no es posible, somos buenos amigos.

—Yo no soy amigo de las hechiceras.

—Y si pusiera en vuestro poder á la hija del portugues?

La cara arrugada de la vieja, le pareció de un ángel al fraile.

—Como lo oís, reverendo padre.

—Seria capaz de daros patente de cristiana si hiciérais accion tan meritoria.

—Nada mas teneis eso que ofrecerme?

—Seria capaz de premiaros con bulas para un lance supremo, que me parece que no está muy lejos

—Ya eso es algo.

—Y añadiria una onza de oro, una nada mas.

—Aquí hay gato encerrado pensó la vieja.

—Ya lo oís, madre Paulina, una onza de oro no es de desperdiciarse.

—Si fueran veinte el negocio era concluido.

—Bruja infernal! exclamó el fraile.

La vieja comprendió que fray Angel estaba interesado y se *decidió á explotar* al reverendo padre.

—No sabeis lo que os decís, dijo este, veinte onzas es una fortuna, no he dicho tantas misas.

—Pensadlo bien y nos veremos.

—Primero dejo salir á un reo del Santo Oficio, que á vos del obispado.

—De que os servirá esa detencion si mi boca no dirá una sola palabra?

—Teneis á los espíritus en el alma!

—Puede ser, reverendo padre.

—Te juro, que dentro de un mes estás con Satanás en el mismo infierno.

—Amen, reverendo padre.

—Pues esta bruja no se asusta, condescendamos; porque Treviño me dará cien veces mas.

—Parece que ya os humanizais, reverendo padre.

—Bien, os daré diez onzas y no hablemos una palabra porque os cuesta muy caro.

—Os he dicho que veinte, y no rebajo un solo maravedi.

—Bien, os las entregaré luego que me lleveis al sitio donde se encuentra esa desgraciada jóven.

—No, adelantadas.

—Bien, tomadlas y carguen con vos todos los diablos.

El fraile entregó las onzas á la vieja, que las desapareció instantáneamente bajo su manto.

—Marchemos, marchemos, señora, que necesito volver á esa niña á su hogar.

La bruja se puso en camino seguida del fraile, y de una media docena de alguaciles que se fueron á la capa creyendo firmemente que la madre Paulina iba á proporcionales un rato de plática con el *enemigo ma'o*.

En una de las calles dió el fraile con Treviño que caminaba en derechura á la taberna del Mulato.

—*Caballero, caballero, gritó* el fraile.

Detúvose el portugues y hablando por lo bajo con el delegado de la Inquisicion le dijo: ¿habeis adelantado algo?

—Mucho, muchísimo, retiraos á vuestra casa, que dentro de una hora estaré allá con vuestra hija.

—No me hagais desesperar!

—Palabra de honor, caballero, esta vieja tiene á vuestra hija y vamos á buscarla violentamente.

—Ya os he dicho, reverendo padre, que cuanto poseo....

—Bien, bien, os lo habia jurado, y cumplo con esta alianza de amistad establecida entre ambos.

—Me habeis devuelto la tranquilidad, la vida!

—Se me hace tarde por ver á vuestra hija.

—Id, id, reverendo padre, volvedme á Rosalía.

El fraile apretó á andar hasta ponerse á tiro de ballesta de la bruja.

Treviño se puso en acecho del fraile, colocándose sobre las lomas para presenciar la escena, favorecido por las sombras de la noche.

Oíanse aún los pasos de Lino el Mulato entre la yerba seca del campo, cuando la bruja y fray Angel llegaron á la choza.

—Pasad, reverendo padre, pasad, aquí teneis á la jóven.

—Esperad un momento, dijo el fraile, y comenzó á bendecir la choza y decir exorcismos y oraciones; despues entró con recelo asustado con los quejidos del viento en los carrizales.

—La pobre niña se ha ocultado en el subterráneo.

—Luego hay un subterráneo?

—Precisamente, reverendo padre.

Acercóse la bruja, abrió la puerta y se metió en el antro.

Prendió luz, registró aquella estancia, admirada de no encontrar á la jóven. De improviso reparó en la escavacion y dió un terrible grito.

El fraile salió corriendo, dió tres palmadas y un grupo de *embozados acudió* violentamente.

—Entrad, entrad, gritaba el fraile y aprehended á esa bruja que pretende hechizarme.

La ronda se detuvo.

—Que entreis ahí, condenados!

Los individuos embozados estaban llenos de pánico y se remolineaban en la puerta sin atreverse á dar un solo paso.

—Que entreis en ese infierno!

Esas palabras en vez de alentar á la ronda mas la retraían.

La bruja al comprender el robo, se sintió herida en el alma, dió un grito y tiró la luz.

La yerba comenzó á arder, y bien pronto se alzó una llama que envolvió á los pocos momentos toda la choza.

—*Vade retro!* gritaba el fraile.

—*Vade retro!* gritaban los alguaciles, y echaron á correr en pos de auxilio á la ciudad.

La madre Paulina, que para un evento de persecucion tenia practicada una salida por el lado de las lomas, se escapó á toda prisa.

Tornó el fraile con una patrulla y colocó centinelas en derredor de la hoguera para no dejar escapar á la bruja; exorcizó las cenizas de la choza y el alcalde registró el sótano, no encontrándose resto humano que indicara la muerte de la vieja.

VI.

Permanecia Treviño sobre las lomas viendo la escena extraña que se desarrollaba á su vista, cuando atravesó una sombra rozándole completamente.

Por un instinto desconocido tendió el brazo y detuvo á una mujer.

—Soltadme! gritó la madre Paulina.

—*Sois vos, desgraciada!* exclamó el portugues.

—Sí, yo soy, yo, que me han robado infamemente.

—Y quién os ha robado?

—La hija de Treviño.

—Mi hija?

Quedóse la bruja con la mirada enhiesta sobre el embozado.

—Sí, continuó rechinando las mandíbulas, la hija de Treviño, á quien yo habia dado albergue en mi casa, me ha robado un cofre con dinero.... el dinero reunido durante toda mi vida.... mirad, mirad, aquellas llamas consumen el resto de mi fortuna, mis drogas, mis composiciones, todo perece entre el fuego!.... y la bruja se echó á llorar con desesperacion.

—Devolvedme á mi hija y recobrareis vuestra fortuna.

—Por Satanás, que os la devolveré!

—Duplicaré tu fortuna.

—Vuestra mano! gritó la vieja y oprimió la de Treviño entre las suyas heladas y huesosas, y huyó con una ligereza de murciélago entre las lomas.

—Maldicion! gritó Treviño, el cielo y el mundo se cierran delante de mí; yo me abriré paso, ó dejaré mi existencia en este empeño!

Las ráfagas del aire llevaron las últimas palabras del portugues, que se hundió como una sombra en el silencio imponente de la noche.

CAPITULO VI.

PRISIONES Y PUÑALADAS.

I.

Despues de la zambra armada en la taberna del mulato, vimos al dueño de aquella abominable casa escurrirse de puntillas hasta la puerta por donde la madre Paulina habia desaparecido.

Asomóse á la cerradura, y vió sacar de un estante un bulto parecido á un cofre. La mano débil de la vieja no pudo sostener el peso, y el cofre cayó produciendo un sonido metálico que no se escapó al oido templado de Lino.

Azoróse la bruja, levantó el bulto, lo puso entre los pliegues de su manto y se echó á andar hasta la casuca que ya han visto arder nuestros lectores.

El mulato seguia como un zorro la pista, por entre los carrizos, vió la trampa por donde la vieja desapareció y pudo oir el ruido seco de la escavacion.

El mulato se ocultó entre los árboles y siguió en pos de la madre *Paulina hasta presenciar el* encuentro con Rosalía.

Lino estaba contrariado terriblemente al ver regresar á la bruja y á la muchacha; cuando esta se quedó en la choza, tuvo intenciones de sorprenderla y matarla si era preciso.

Iba á consumar tan horrible crímen cuando se dejaron oir los pasos del familiar.

—Ya son dos, dijo el mulato con desesperacion, pero el tiempo vuela y es necesario hacerme de ese tesoro.

Sacó su puñal y comenzó á arrastrarse por la yerba como las serpientes, cuando el estudiante y Rosalía abandonaban á toda prisa la choza de la bruja.

—Me he salvado milagrosamente, murmuró el mulato, y se lanzó como hemos visto á la trampa, hizo la escavacion y se sacó el dinero.

II.

Despues de los sucesos referidos Lino se puso al mostrador de su taberna, sin darse por entendido de lo que pasaba; no esperando tener la visita de la madre Paulina, porque la Inquisicion la buscaba con su rabia de perro bulldog.

Repentinamente la bruja se descolgó como llovida del cielo en la taberna.

—Buenas tardes, Lino, dijo la vieja en un tono agrio y regañon.

—Buenas tardes, respondió el mulato, ¿que os habeis hecho?

—Entrémonos, dijo la vieja, tenemos mucho que hablar.

—Sea en hora buena.

La vieja y Lino se encerraron en la pieza interior.

—Mira mi rostro, dijo la bruja quitándose el manto y despojándose de la toca que casi le cubria por completo.

Lo que no era una novedad para Lino, sí lo será para nuestros lectores: aquella horrible vieja era una mujer hermosa.

Dos trenzas de cabello castaño caian sobre sus espaldas, su

frente era despejada é inteligente, sus ojos grandes, algo maltratados por la costumbre de tenerlos entreabiertos.

La madre Paulina arrancó de sus dientes una pasta negra, descubriendo un limpio esmalte.

Alzóse aquella mujer, ostentando un cuerpo gallardo y arrogante, y su voz varió como un instrumento á quien se le hubiesen dado los tonos de la armonía.

—Veo vuestro rostro pálido, señora, dijo el mulato, dando pruebas de un inmenso respeto.

—Sí, es que he sufrido espantosamente, tú sabes que he reunido una suma considerable en oro merced á esas recetas que recibí en herencia de mis padres.

—Es cierto, señora.

—Que hasta hoy si he sido perseguida por la Inquisicion, he sabido contener su furia.

—Me consta.

—Que doce años de sacrificios han sido un soplo, porque he venido buscando una venganza que ya estaba á punto de realizar.

—Yo ignoro....

—Sí, mi vida ha sido un secreto para tí, tú sabes que seducida por un hombre que me sacó del lado de mis padres, he sido burlada, escarnecida, y nada mas.

—Es verdad.... es verdad.

—Pues bien, hace algunas horas que he tenido en mi poder á su hija, que queria arrancar á su padre un tesoro y matarle á la vez, haciéndole perder á lo único que ama en el mundo, á esa niña. Despues quise gozarme en verla en poder de la Inquisicion, para que el infame apurase gota á gota el amargo sufrimiento que yo he domado á fuerza de padecer y de llorar. Una vez logrado mi intento, tenia oro para tornar á Europa.... pues bien, añadió llorando aquella desgraciada, Rosalía ha desaparecido, llevándose el oro.... el oro con que yo contaba para nuestra fuga, *es decir, mi venganza y mi salvacion!*

El mulato inclinó la cabeza para ocultar su rostro.

La madre Paulina notó su turbacion, y el pensamiento de una sospecha cruzó con la rapidez de un relámpago.

—Esa niña, pensaba la bruja, no podia adivinar donde estaba el cofre, ademas que no tenia fuerzas para hacer la escavacion; solo el mulato puede haberme acechado; disimulemos por ahora, que si es cierto lo he de plantar en la hoguera.

—Dame papel, voy á escribir una carta que llevarás á la casa de Treviño.

—Estoy á vuestras órdenes.

Despues de un momento, el mulato trajo recado de escribir y la bruja se puso á la mesa.

—He concluido, dijo, despues de trazar algunas líneas; esta noche arrojarás por la cerradura este papel.

—Está bien.

—A la hora de la *queda* volveré á la taberna.

—Está bien.

La mujer aquella tornó á disfrazarse y salió violentamente de la casa de Lino el mulato.

III.

—Maldita sea esta gitana, cargue el diablo con ella y toda su raza!.... yo creia no volverla á ver cuando de pronto se me cuela, sin temor á la justicia ni á la Inquisicion; debe tener al diablo en el cuerpo.

—Si no fuera por el miedo que la tengo, abria esta carta; pero no, respetemos á esa bruja, porque su mano me alcanzaria á todas partes.... temo que descubra el robo, ya otras veces me ha hecho amenazas terribles.... Demonio! seria capaz de arrancarme la lengua.

—Hola, hola, fray Angel á estas horas por aquí! malo anda el negocio.

—Sea Dios bendito, dijo el fraile.

—Y venga con vos, reverendo padre.

—Vengo cansado y deseo sentarme un momento.

—Y tomareis un refresco.

—Gracias, hermano.

—Fray Angel se entró en la taberna y se sentó á una de las mesas, donde el mulato le sirvió un vaso de *catalan.*

—Hum! exclamó fray Angel arremangando los lábios, esto es de lo bueno.

—Como que es lo único *moro* que se encuentra en mi casa.

—El muy bellaco no debe chancearse con el sacramento del bautismo.

—Queria decir que no tenia agua ese catalan.

—Esa es otra cosa, echemos otro trago.

El fraile sacó despues un famoso puro y se puso á dormitar.

—Estos frailes, pensó el mulato, son como los gigantes de los cuentos, cuando están despiertos tienen los ojos cerrados.

Pasó así un cuarto de hora.

El fraile volvió á remojar su gaznate.

—Y qué se ha hecho el padre Pontolongon, reverendo padre?

—No me hableis de ese monstruo.

—Monstruo?

—Sí, dragon infernal, tiene pacto con el diablo, está contaminado de heregía, y habla con las brujas.

El mulato se santiguó devotamente.

—Lo que oís, habla con las brujas y asiste al *Sábado.*

—Ave María Purísima! exclamó Lino.

—Pero ya las pagará todas en la Inquisicion, mañana al amanecer nos ponemos en marcha para México, aquí no tengo instrumentos para hacerle confesar la verdad; algo podia suplirse, pero tendria escrúpulo de conciencia si el *potro* ó el *borceguí* no saliesen bien hechos, seria un caso de alta responsabilidad ante el Tribunal de la Fé.

—Y habria *mucha razon.*

—No tengo mas remedio, que cargar con los procesados y no parar hasta la capital.

—Muy bien pensado, dijo el mulato, que concebia el proyecto de denunciar á la madre Paulina para deshacerse de ella; eso debeis hacer, vuestra mision es evangélica, y ademas que un *auto de fé* nunca sobra.

—La hoguera es la moral viva de las almas impuras y pervertidas.

—Si el reverendo padre quisiera oirme en confesion, le referiria cosas que....

El fraile vió con extrañeza al mulato y dijo picado por la curiosidad:

—La Inquisicion habilita *in extremis* la taberna; hablad, hablad.

—Pues reverendo padre, comenzó á decir con hipocresía el mulato, hace algunas semanas que la madre Paulina frecuenta mi casa noche con noche.

—Y bien?

—Que yo he sospechado algo de heregía en esa mujer.

—Eso ya lo sabe la Inquisicion, adelante.

—Esa bruja persigue á muerte á una honrada familia de Valladolid.

—Qué familia es esa?

El mulato guardó silencio.

—Que hableis os digo!

—Pues esa familia es la del señor de Treviño.

—Y qué tiene que ver la hechicera con ese cristiano?

—No he podido sorprender el secreto, pero debe ser terrible.

—Y no sabeis el paradero de la madre Paulina?

—Hace una hora ha estado aquí mismo.

—Qué decís?

—Que ha estado en mi casa hace un momento.

—Eso no puede ser, anoche ha quedado sepultada entre las cenizas de su antro.

—Os digo, reverendo padre, que la madre Paulina está buena y sana como nosotros.

—Mentís como un bellaco.

—Reverendo padre, os lo juro por los santos Evangelios.

—Eso ya es otra cosa, ¿y donde ha ido?

—No lo sé.

—Y de donde venia?

—Lo ignoro.

—Entonces, con mil demonios! qué es lo que vais á confiarme?

—Que no ha de dilatar en volver á la taberna.

—Ya es otra cosa.

—Es necesario mucho tacto para aprehenderla, porque es un lince, reverendo padre.

—Con la Inquisicion no hay linces, todas estas brujas caen como palomillas en la vela, apostaré á mi gente y no podrá escaparse.

—Recordad que anoche se ha escapado de las llamas.

—Yo haré antes conjuros y exorcismos capaces de amedrentar al mismo infierno.

—Las palabras son débiles, reforzad vuestra patrulla, porque de otra manera os burla.

—Teneis razon, ¿y no os dijo algo sobre algun asunto?

—Sí, reverendo padre.

—Que hableis, ya me estais desesperando!

—Pues me dijo, que ya habia logrado tener entre sus garras á la hija de Treviño.

—Seguid.... seguid....

—Y que despues la niña habia desaparecido.

—Eso no me coje de nuevo, es precisamente lo que me tiene desesperado.

—Yo olvidé preguntarle, porque la madre Paulina no es capaz de satisfacer ninguna curiosidad.

—Pero debíais *haber indagado.*

—Ya os he dicho, reverendo padre, la clase de persona que es la bruja.

—Conque decíais que estará bien pronto en la taberna?

—Luego que cierre la noche.

—Y el familiar Pedraja no ha venido?

—No, reverendo padre, dicen que se lo han llevado las hechiceras.

—Puede ser, aunque él no lo necesita, porque tiene á los espíritus malignos en el cuerpo.

—Aquí toma catalan hasta echar chispas por los ojos.

—A propósito de catalan, voy á concluir con el que me ofrecísteis.

El fraile apuró de un sorbo el líquido embriagante.

—Al caer la noche, estaré con la hermandad, yo os ofrezco que la reverenda bruja no podrá escaparse de la hoguera.

—Yo procuraré entretenerla hasta que llegueis.

—Mucho cuidado.

—Ese es mi encargo, mirad que en un descuido se os escurre como una anguila.

—Dios nos ayude, dijo el fraile y salió de la taberna.

IV.

—El diablo cargue contigo, fraile endemoniado! murmuró el mulato, y cerrando las puertas de la taberna, sacó el cofre, vació en su cama las monedas para que el ruido se apagase en la manta, y comenzó á contar su dinero con una avidez inconcebible.

Ocupado Lino el Mulato en su *delucion*, no percibió varios pasos en el tejado de la casa.

La bruja sospechó desde luego que Lino la habia robado, y se propuso espiar hasta sorprender el secreto.

Luego que se separó de la taberna, hizo que se internaba en la ciudad, por si álguien la seguia; pero se regresó violentamente á una casuca espalda de la que ocupaba el Mulato.

Subió con cuidado hasta el corredor, y con la agilidad de un gato trepó por el declive del techo; hasta dar con una separacion de la madera que dejaba un claro por donde podia verse lo que pasaba en la pieza interior de la taberna.

La vieja aplicó el oido, recogiendo los ecos con el tornavoz formado por el cóncavo de su mano.

Despues que fray Angel salió de la casa, aplicó su ojo perspicaz á la abertura y pudo ver á Lino sacar el cofre y vaciar las monedas en el colchon.

—Ah! infame! exclamó la vieja: conque me engañabas, conque olvidando que me debes la vida, me has robado y despues me denuncias á la Inquisicion! ya tomaré la revancha, te unes desde hoy á las víctimas escogidas á mi venganza....todos, todos se conjuran contra mí....no importa, lucharé sola.... cuenta, cuenta ese oro que no disfrutarás, miserable!

El mulato recontaba las monedas, las acariciaba, las besaba, las oprimia contra su corazon como el rico avariento; despues las envolvió separadamente y las colocó en el cofre que cerró con todo cuidado.

Volvióse por todo el aposento buscando un lugar seguro; nada encontraba en su desconfianza.

Decidióse á abrir un tercio de arroz que estaba en uno de los rincones del aposento.

Colocó el cofre en el centro y volvió á cerrar la *jarcia* de tal manera que nadie hubiera sospechado la presencia del tesoro en aquel lugar.

Registró la pieza, la taberna y tienda, dió vuelta en torno de la casa para observar si álguien le acechaba, cerró con llave y se echó á andar en busca del estudiante Pedraja, por ver si daba sobre *la pista de la hija de* Treviño.

Luego que el mulato se perdió en las callejuelas de la ciudad,

564572

la madre Paulina bajó de la azotea, y con una llave falsa se abrió paso hasta el aposento, rompió el fardo, sacó el dinero y llenó de carbon el cofre, componiendo aquello como mejor le fué posible.

Al salir observó un papel que estaba sobre el mostrador; lo leyó, era la carta anónima que dirigia á Treviño, y que el mulato equivocó con otro papel.

—La ha hecho buena ese miserable, no sé que carta le habrá espetado al portugues; el cielo favorece mi venganza, esta carta es un cuerpo de delito; pongámosla bajo la candileja y agreguemos este adminículo para que lleve su merecida ese ingrato.

La vieja descolgó un cuadro que estaba colgado en la pared de la taberna y que tenia en un lienzo la imágen de San Juan Nepomuceno, y en el reverso pintó con carbon una cara de diablo que podia pasar por un boceto.

El diablo reia sacando unos agudos colmillos.

—Bien, dijo la bruja, poniendo el cuadro en su sitio, ya es un negocio arreglado, estoy segura de que ese bribon me llamará en su auxilio, lo dejaré que se retuerza en el tormento.... desgraciado!....no es tiempo de compadecerme de él....veremos....por ahora ya es tarde, escapemos á las garras de fray Angel y dejemos á Lino en mi lugar.

Tornó á cerrar la puerta, salió á escape de la taberna y fué á tomar asiento á su escondrijo para presenciar el asombro del mulato, no sin enviar antes un anónimo al fraile para que procediese á la captura de Lino.

V.

Estaba fray Angel de la Divina Infantita muy pacífico y quieto en una de las celdas del convento de los Jesuitas, to-

mando un rico *Caracas* con unos bollos amantequillados, cuyo olor trascendia á los corredores, cuando oyó caer tras de su sillon una carta.

Volvióse á ver lo que producia el ruido y se encontró con el anónimo de la madre Paulina.

—Dios mio! pero quien ha lanzado este papel sobre mi persona?---- estoy sorprendido---- me atreveré á leer este papel?---- En fin, para algo me le han arrojado.

Santiguó la carta, rezó algunas oraciones y desdoblandola, leyó al fin:

"Reverendo padre.—El mulato Lino os trae *hechizado.*"

El fraile dió un salto sobre el sillon, que hasta los bollos volaron á la altura del techo.

—Yo hechizado! exclamó el desgraciado---- sí, lo habia conocido perfectamente---- en el catalan me ha dado ese maldito la ponzoña---- Dios mio, el espíritu malo se mueve en mis entrañas!---- hechizado!---- hechizado!---- no, yo no quiero tomar el chocolate, recuerdo á Carlos II---- los *bollos* son mas peligrosos aún que las *tablillas* de cacao.

Prosigamos la lectura de la carta.

"Ese infernal mulato tiene la imágen de *Belial* tras el cuadro de San Juan Nepomuceno, Belial es su demonio familiar, podeis desengañaros descolgando la pintura que se halla en la pared de la taberna."

Esto es abominable! gritaba el fraile lleno de inquietud; estoy seguro de que ese Belial ha probado el catalan y estoy endemoniado---- adelante.

"Bajo la candileja, hallareis una carta escrita por una bruja con quien tiene pacto el mulato; aseguraos de todo en nombre de la Inquisicion."

—Uf!---- me ahogo---- esto sí que es maravilloso, la carta me la han traido los ángeles, no dudo un momento de la verdad de ella---- tomaré *agua bendita* para ahuyentar al demonio y poder practicar la operacion sin inquietudes.

Acercóse á una fuentecilla que estaba á la cabecera de la cama, y tomó el líquido y lo aplicó á su frente y pecho, diciendo: sal de mi ánima, espíritu maligno.

Al pronunciar estas palabras dieron tres toquidos á la puerta de la celda.

VI.

—Cáscaras! gritó el fraile, el diablo toca.

Otros tres golpes tornaron á sonar en la madera.

—Pase! dijo fray Angel procurando serenarse.

El estudiante Pedraja entró en la celda.

—Lo dicho, murmuró el fraile, el diablo.

—Buenas tardes, reverendo padre.

—Buenas tardes, señor familiar, ¿qué venís á buscar por aquí?

—Taigo un negocio de importancia.

—Pues decidlo al momento, porque tengo que practicar una diligencia léjos de aquí.

—Acaso en la taberna de Lino?

El fraile vió con asombro al estudiante.

—Contestad, reverendo padre.

—Y qué os importa?

—Nada.

—Hablemos, pues, de vuestro asunto.

—Hablemos, vengo á deciros que si estais espirituado para....

—Callad, callad---- espirituado!---- ya lo sabe todo el mundo---- bien, os confesaré---- pero no---- yo no lo quiero creer---- decidme cómo habeis sabido que me han hechizado.?

El estudiante hizo un gesto de estrañeza que el fraile no recojió.

—Decidme, decidme quien os ha puesto al tanto de este maleficio.

—Reverendo padre, ya el vulgo lo murmura.

—Conque lo murmura, eh?

—Sí, reverendo padre.

—Pues murmura en vano; porque *Belial* no es mi conocido, ni tengo yo amistad con ningun demonio.

—Se habrá vuelto loco! pensaba el estudiante.

—Señor familiar, vos teneis cuentas pendientes con la justicia y acaso os la perdonen con tal que no vengais á____

—No, no lo creais, reverendo padre; vengo á haceros una pregunta y nada mas.

—Una pregunta? no me la habeis hecho acaso sobre el hechizo?

—Creo que estais de broma.

—Os juro por todos los santos que lo dicho es la verdad.

—De dónde se os ha metido esa idea, reverendo padre?

—Vos no sabeis que este padre Pontolongon me habló de una bruja y yo tuve la debilidad de no denunciarle incontinenti; despues la bruja susodicha me ofreció entregarme á Rosalía, ¡incauto de mí!

—Y os ha dicho acaso dónde se encuentra? preguntó asustado el familiar.

—Sí, me condujo á una casuca situada á extramuros, y cuando me encontraba en ella ¡Dios mio! sopló Satanas y la choza se incendió convirtiéndose en cenizas instantáneamente.

—Y la bruja?

—Habia desaparecido.

—Y bien?

—Vais á oir, amigo mio; despues se ha presentado, es decir, yo me he presentado en la casa de ese infame de Lino y____ me han hechizado!

—Vamos, reverendo padre, sosegaos, y no deis crédito á esas preocupaciones.

—Sí, preocupaciones, *murmuró el fraile*; ved esa carta que me han *arrojado no sé por dónde.*

El estudiante tomó el papel y leyó el anónimo de la madre Paulina.

—No es todo eso, continuó el fraile, el mulato me ha ofrecido entregarme á esa hechicera, y dentro de un momento voy con la hermandad á prender á los dos.

—Muy bien pensado, reverendo padre, y si quereis yo os acompaño á ese negocio.

—No tengo inconveniente, me prestareis un gran servicio.

Y el fraile pensaba: á este pájaro me lo llevo de encuentro.

—Poniéndome de acuerdo con este fraile, pensaba á su vez el estudiante, salvo á Rosalía de las garras de estos beduinos.

—La noche ha cerrado, marchemos á la taberna.

—Estoy á vuestras órdenes.

El fraile y el estudiante se pusieron en marcha para la taberna.

VII.

El mulato estaba de vuelta, ufano con su plan de deshacerse de la madre Paulina, y esperaba la hora en que llegara la la vieja y el enviado de la Inquisicion.

A todos los parroquianos los habia despedido, diciéndoles que el catalan se habia consumido; pero que al dia siguiente lo tendria legítimo y mas sabroso que el que usaba para hacer modestamente las *once* S. S. Illmo. el obispo.

Los parroquianos se marchaban halagados por una promesa tan consoladora.

La tarde habia espirado ya, cuando fray Angel y el estudiante entraron en la taberna.

—Loado sea Dios! dijo el fraile.

—Con mil demonios! gritó el mulato, al fin os veo, señor de *Pedraja.*

—Lo dicho, murmuró el fraile, este hombre no es católico.

Lino continuó:

—Me debeis una gran cantidad, señor Pedraja, habeis descompuesto el candil y me habeis roto dos mesas y una silla, sin contar el espinazo del señor de Ramos partido en dos fracciones.

—Esa es cuenta vuestra.

—Y vuestra tambien, yo soy comerciante y mi casa no es plaza de gallos.

— Tú quieres que haga una segunda edicion de la del barbero.

—No sería muy fácil.

—Probemos, dijo el estudiante sacando su tizona.

Lino tomó una tranca, y ya iba á comenzar una de Dios es Cristo cuando fray Angel se interpuso.

— Tenemos un gran negocio esta noche, mañana se matarán descansadamente.

—Convenido, dijo el estudiante, mañana mato á este rapaz.

El mulato hizo una mueca.

—Vamos, sírveme aquí algo.

Lino puso sobre la mesa una botella de catalan y dos vasos.

—Fuera, fuera de aquí ese licor endemoniado! dijo el fraile.

—No, contestó el familiar, yo me tomaré las dos raciones.

Lino se llegó al quicio de la puerta para ver si aparecia la madre Paulina.

—Sabeis, reverendo padre, que debemos comenzar por aprehender á este canalla si sale cierta la denuncia hecha en el anónimo.

—Sí, me parece bien, y acercándose á la puerta dió un silvo.

Inmediatamente entró la *Hermandad.*

—Guardad las entradas y salidas de esta casa..

—¿Pero qué es esto, reverendo padre? preguntó asustado el mulato.

—Nada, amigo mio, nada, lo vais á saber, descolgad señor estudiante ese cuadro de San Juan Nepomuceno.

El familiar obedeció al fraile.

—Acercate Lino, continuó fray Angel, toma ese cuadro, y vuélvelo al reves.

El mulato volteó la imágen; pero cual fué su sorpresa al ver al diablo pintado en el lienzo.

—He aquí, infame herege, la acusacion y prueba de tus crímenes nefandos y abominables!

—Os juro que----

—Ponedle una mordaza.

—Por piedad, reverendo padre, os juro que estoy inocente.

—Vamos, levanta esa lamparilla.

Lino alzó la lámpara y apareció una carta que el estudiante leyó en voz alta.

"La gitana está sobre la pista, su venganza os sigue al traves de los mares, no os valdrá el refugio que os habeis proporcionado en el Nuevo Mundo. El dia de la justicia se acerca, ya estais maleficiado, y al leer estos renglones el espíritu de los tormentos se entrará en vuestro corazon."

El estudiante soltó el papel impresionado por el sombrío contenido de los renglones.

—Santa María! exclamó el fraile.

—Kirie eleyson! respondieron los alguaciles.

—Vamos, maese, dijo fray Angel al jefe de la hermandad, tomad ese cuadro y esa carta, como cabeza de proceso; este hombre es un reo de mucha responsabilidad, se necesitará aplicarle un tormento que sepa apreciar.

—Ya lo creo, reverendo padre.

Los alguaciles tomaron á Lino por los brazos.

—Soltadme, que tengo algo muy grave que comunicar á fray Angel; pero necesito estar á solas con él.

—Bien, soltadle, y estad á la mira.

La hermandad se hizo á un lado.

El infeliz reo atemorizado hasta el pánico, dijo al oido del fraile:

—Soy víctima de una intriga, pero deseo daros una prueba de que soy católico y de que la heregía no ha entrado jamas en mi alma.

—Y qué prueba teneis, hombre pecador?

—Escuchadme.

—Dime antes, hombre infernal, por qué te has cebado en mí, dandome hechizos en las bebidas?

—Esa es otra calumnia, yo no entiendo de brujerías, y os voy á encomendar la fundacion de una capellanía, para que digais misas por mi alma.

—Y con cuanto dinero cuentas para esa piadosa fundacion?

—Con cuatro mil pesos, que os daré en oro.

—Ya eso me reconcilia un tanto, dijo el fraile calculando reunir la suma á la que Treviño liberalmente le habia ofrecido.

—Entremos á la otra pieza, donde está el oro.

—Entremos, entremos, hermano, que se trata nada menos de la salvacion de tu alma.

El mulato no volvia en sí de su aturdimiento, ya se creia en el Santo Oficio y puesto al potro de la tortura.

—Voy á entregaros mas de la mitad de lo que poseo, son mis ahorros de toda la vida.

—Bien, bien, con ellos compras la bienaventuranza.

Lino rompió el *tercio* y sacó el cofre.

Fray Angel se sonrió de placer y sus ojos bailaban de satisfaccion.

Lino rompió la tapa, el fraile se precipitó con las dos manos como un tigre sobre su presa, y hundió los dedos en el carbon, que la madre Paulina habia sustituido al dinero.

Lino y fray Angel dieron un grito.

Entonces se oyó resonar una carcajada estridente en la estancia, desprendióse el hilo que sostenia del techo la lámpara y todo se envolvió en una oscuridad espantosa.

—Socorro!....socorro! gritaba el fraile con voz ahogada.... el espíritu maligno me persigue....estoy hechizado!

—Desgraciado de mí! murmuraba el mulato, me he perdido, es ella que ha descubierto todo.

La hermandad entró en la estancia.

Entónces Lino sacó un puñal y se precipitó sobre los alguaciles, tendiendo muertos dos á sus pies.

El mulato no pudo resistir al número y se entregó prisionero.

El estudiante se habia eclipsado.

—He perdido tres golpes, murmuraba rabioso el fraile; el dinero, la bruja y el familiar, los tres se me han escapado, ya caerán en mis garras cuando menos lo esperen.

Y dándo órdenes como un general en jefe cargó con el reo, que blasfemaba espantosamente y hacia esfuerzos hercúleos para librarse de las ligaduras.

VIII.

Al dia siguiente y antes del amanecer, salian por las puertas de la ciudad dos ginetes.

—Vas bien, Rosalía? preguntaba el caballero á la dama que acompañaba,

—Perfectamente.

—No te molesta el paso del caballo?

—No.

—Pues apretemos á andar; porque temo que nos sorprendan.

—Han perdido el rumbo, nos buscan por otro camino, no han de creer que vamos para México.

—Pudiera ocurrirles.

—Estoy absolutamente tranquila.

—El rector del colegio de San Nicolas, creyendo que emprendia solo el viage, me ha dado cartas de recomendacion para *todos los puntos* del tránsito.

—Es un buen sacerdote.

—Excelente.

—Me has asegurado que encontrariamos á mi padre, que debe estar ya en la capital.

—Así lo espero.

—Desde el dia èn que la Inquisicion se presentó en casa lo he vivido.

—Como que es terrible.

—Ya comienzo á pensar en el porvenir, Antonio, llegando á México nos casaremos.

—Inmediatamente, Rosalía.

—Tu conducta noble y caballerosa me ha hecho perder toda sospecha de deslealtad.

—Gracias, Rosalía de mi alma.

—Cuando me he encontrado sola delante de nuestro amor y tú me has respetado, mi amor ha crecido infinitamente.

—Es mi deber, y no lo quebrantaré por nada del mundo.

Acercó la joven su caballo, y Antonio le tendió la mano que ella estrechó tiernamente contra su corazon.

Llevaban los viageros cuatro horas de camino, cuando salió por la misma puerta de la ciudad y hácia el mismo rumbo un coche con su *camisa* de brin.

Dos tiros de mulas arrastraban carga tan pesada, porque el susodicho coche contenia nada ménos que á fray Angel, y cuatro familiares, seguian despues en dos mulas y engrillados el padre Pontolongon y Lino el Mulato, despues una camilla con el barbero, y todos entre las filas de la santa hermandad.

Aquella caravana iba formando un verdadero escándalo en cada poblacion

Los vecinos acudian amedrentados, y cuando se enteraban del asunto decian por lo bajo:

—Con el rey y la Inquisicion....chiton!

CAPITULO VII.

LAS PIEDRAS RODANDO SE ENCUENTRAN.

I.

La víspera de ese dia memorable para la gente de cuentos de Valladolid, en que salió la caravana del Santo Oficio precedida por fray Angel de la Divina Infantita, D. Manuel Perez de Treviño estaba en su escritorio, sombrío y meditabundo por la pesadumbre que habia caido á plomo sobre su corazon.

El infeliz portugues habia llorado mucho la pérdida de su hija y culpaba de todo al fraile, que con su aparato aterrador habia hecho que la criatura se escapase del hogar, siguiendo asaso una senda que diera en un abismo; porque el mundo lo ménos que respeta es la desgracia.

Treviño estaba sentado con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro sepultado entre las manos.

—¿Qué será de Rosalía? se preguntaba el desgraciado padre; estará en algun sitio donde la hayan ocultado la verdad de este fatal acontecimiento? ¿que objeto llevarán en atormentarla? ¿por

qué no me la devuelven?... creia que el oro podria servirme para... no, no, me he engañado miserablemente; yo veo en todo lo que acontece una mano oculta, esa sombra que me persigue de continuo, que me hiere y busca mi corazon para lacerarle---- la memoria impía de la gitana no se aparta de mi cerebro; esa mujer ha jurado vengarse de mi abandono---- cumplirá su palabra---- Dios mio!---- yo no quiero que cebe su furor en mi hija---- esto seria horroroso!----

Treviño golpeaba su frente sobre las tablas de la mesa como un desesperado.

—Seria capaz de llamar en mi auxilio al mismo Lucifer.

Al pronunciar estas palabras, sintió que una mano le daba tres golpes el hombro.

—¿Qué quereis en mi casa? preguntó asustado.

—Decís, señor de Treviño, dijo la madre Paulina, que seríais capaz de llamar en vuestro auxilio al mismo infierno?

—Y qué teneis que ver con lo que yo piense?

—Nada y mucho.

—Explicaos.

—Qué os pareciera, señor de Treviño, que tomando nota de vuestras palabras las trasmitiera al Santo Oficio?

—Idos de aquí, bruja infernal! gritó el portugues.

—No, no puedo irme, tenemos que hablar.

—Os arrojaré de mi casa como á una sabandija.

—Probadlo.

Levantóse airado Treviño y tomó una de sus pistolas que tenia en el cajon de su escritorio; la preparó, y dirigiendo la puntería á la frente de la bruja, le dijo:

—O salís de aquí, ú os levanto la tapa de los sesos!

—Y quién os diria algo de vuestra hija? preguntó con calma la vieja.

Treviño arrojó el arma y tomó la trémula mano de la madre Paulina.

—Soltadme! gritó la vieja como si le hubiese tocado una víbora.

—Tened compasion de mí, clamaba lleno de emocion el portugues; si sabeis algo de Rosalía, no me lo calleis, por Dios, disponed de mi hacienda, pero qué digo, de mi alma, de todo mi corazon!

—Vuestra alma tiene dueño, y vuestro dinero será pronto confiscado.

—Que mi alma tiene dueño?

—Sí, Satanas, dijo sombríamente la bruja.

El portugues se estremeció, comenzaba á influenciarle la presencia de aquella mujer.

—Pero hablemos claro, vuestra conversacion es extraña, nada me decís, y sin embargo, por algo habeis venido.

—Efectivamente, vengo á hablaros de Rosalía.

—Os burlais de la desgracia de un padre infeliz?

—Y vos, señor de Treviño, nunca despreciásteis el dolor de algun padre, de alguna pobre familia?

El portugues inclinó la cabeza.

—Pero lo que yo sufro es horroroso!

—Contestad á mi pregunta.

—No lo sé.

—Sois flaco de memoria.

—Pero á vos qué os importa?

—Nada, pero el destino tiene sus misterios, y no seria extraño que al raptor de una mujer, mañana le robasen á su hija; porque en el mundo con la vara que mides serás medido.

—Sentencia horrible!

La bruja volvió á su vez la cabeza y pareció sumida en el mar lejano de sus recuerdos.

—Yo necesito saber la verdad.

—Pues bien, dijo la bruja, vuestra hija está en poder de su *amante.*

—Ira de Dios! gritó Treviño, dando un golpe terrible sobre la mesa.

—Sí, vuestra hija al huir de la castástrofe que os amenazaba, dió con el estudiante.

—Robada!.... probadme lo que decís; pero al momento, yo necesito saberlo todo.

— Quereis mas, todavia?

— Sí, es preciso arrancar de su poder á mi hija, vengarme de ese miserable, matarle!

—Matarle.... matarle.... murmuró la vieja.

—Sí, matarle, porqu · atropellar la honra de una criatura, lanzarla en el mundo del desengaño, perderla, burlar las canas venerables de un padre, es una sentencia.... pero una sentencia espantosa!

—Ved lo que decís, señor de Treviño.

—Acabemos de una vez con tanta reticencia, ¿qué os habeis propuesto al penetrar en mi casa, y llegar á mi aposento?

—No hay nada en vuestra memoria, que os traiga el recuerdo de una cita?

—Yo no os comprendo.

—Manuel de Treviño, acordaos que al tocar un buque las costas del Africa y dejar en sus playas á una niña infortunada, ella os gritó desde la arena: te buscaré al traves del mundo!

—Sí, sí; pero vos qué teneis que ver con esa mujer que hace diez y seis años se ha hundido para siempre en la tumba de una juventud desastrada y perdida?

—Al atravesar el *Estrecho* íbais sobre la cubierta viendo perderse en la bruma las playas y os alejábais satisfecho á las regiones del Nuevo Mundo.

Treviño se dejó caer en el sillon mientras que la bruja se la acercaba dominándole con sus miradas de fuego.

—Recordad que una turba de gitanos atravesaba por Gibraltar, desheredados, miserables, hambrientos; que aquel grupo de

infelices llegó á las puertas de un poderoso á pedir una limosna en cambio de unas tristes canciones, cantadas delante de su palacio.

—Callad.... callad....

—Que el magnate vió á una niña que servia de amparo á un anciano ciego y sin refugio, y que ese miserable sintió amor por la criatura, y arrancándola por violencia de su tribu la llevó consigo sin escuchar las amargas quejas del ciego, y despreciando las lágrimas de la inocencia!

—El cielo se conjura contra mí!

—Cuando aquella mujer se sintió amada amó tambien con locura, con frenesí, con desinteres; porque ella, pobre gitana, no podia aspirar á la mano del poderoso. El mundo vedaba aquella union; pero la jóven creia que Dios la santificaba, y entregó con toda la pureza de su alma su existencia entera á ese cariño.

—Es verdad.... es verdad!

—Aquel hombre, presa de un amor inmenso, llegó á creer en un *maleficio*, llegó á creer que estaba *hechizado*.

—La conciencia....! el remordimiento!....

—Entonces, huyendo á la persecucion que ya se desataba en su contra, quiso deshacerse de la gitana, sacrificarla, asesinarla sin piedad, y fingiendo un viaje tocó las playas del Africa, y aprovechándose de un narcótico, dejó á la pobre niña en suelo extraño....

—Horror!.... horror!....

—Levantóse la gitana entre el vapor del vértigo, y vió alejarse á su amante, cuya figura se destacaba sobre la cubierta del buque.

Entónces le aplazó para cuando el destino la arrojase en la misma senda, esa senda que ella ha buscado con avidez hasta encontrar vuestras huellas.

—Yo siento la muerte!

—La jóven ha tenido que sacrificarse durante dos años mor-

tales, viviendo bajo la tienda hospitalaria de un africano y en aquel clima abrasador.

Un dia, dia terrible.... inolvidable, llegó una turba de españoles negreros y se arrojó sobre la tienda, y robándose al padre y á los hijos, los encadenó, y bajándoles á la bodega de un buque los trasportó á la América, donde fueron vendidos en el mercado....

El portugues estaba pálido como la muerte.

—La gitana habia seguido á la familia protectora, y se encontró en estas regiones sin amparo, sin una mano compasiva que enjugase lágrimas tan amargas.

El acento de la vieja pareció conmovido; pero tomando despues su entonacion violenta y sonora continuó:

—Un dia en que la jóven vagaba á merced de su destino, se encontró con su antiguo amante, acechó el lugar de su habitacíon y halló que se habia casado.... miserable!....Una niña de cinco años estaba sentada á sus rodillas, la acariciaba, ensortijaba sus cabellos y parecia recrear su espíritu en aquel serafin.

La gitana intentó robarla, pero sorprendida y encarcelada, pasó cinco años en reclusion, allí aprendió á hacer brebajes para los que sufrian mal de amores, la instruyeron en la brujería, ella recordó cuanto habia oido á los de su tribu en materia de quiromancia, y acabó por hacerse hechicera! Sí, en medio de su desesperacion evocó al espíritu rebelde, y el espíritu tendió sus alas sobre aquella existencia en la calcinacion de la rábia y del estravio.

—Pero habia perdido el juicio esa mujer!

—Tal vez; pero se ha creido inspirada por Satanas.

—Dios mio! loca, loca, como yo en los dias aciagos de nuestros amores!

—Comenzó por darle un bebedizo al alcaide de la prision, á contarle leyendas, á entonarle cantares gitanos.... á inficio-

narle hasta arrancarle las llaves de la prision.... entónces dejó aquella mazmorra y huyó dejando loco al alcaide y la memoria de sus brujerías como tradicion en la cárcel.

—Ese era su destino, murmuró el portugues.

—Sí, pero su destino no estaba eslabonado al vuestro para perderla.

—Es cierto.... la predestinacion.

—No llameis en vuestro auxilio esas palabras para exculparos.

—Pero en fin, gritó Treviño en un arranque de furor, qué quereis de mí?

—En nombre de una mujer engañada, de un corazon lacerado por vuestras ingratitudes, vengo á gozarme en los tormentos que os despedazan como las furias del remordimiento!

—La maldicion de esa mujer me alcanza, Dios poderoso!

—Y su venganza no está aún satisfecha; la gitana encontrará á vuestra hija, porque sabe el rumbo por donde marcha, tiene oro, mucho oro para arrebatarla de este suelo y llevarla á Europa. Cuando esto haya acontecido, entonces os entregará á la Inquisicion, apelará á la calumnia, como vos apelásteis al engaño; porque hay odios que solo se extinguen en la tumba!

—Miserable! gritó Treviño, y fuera de sí quiso arrojarse sobre la bruja.

—Atras! gritó la vieja despojándose de la toca y echándose atras el manto.

—Jesucristo! exclamó el portugues y cayó arrodillado á los pies de la madre Paulina.

Apagóse de súbito la luz y todo quedó en tinieblas.

—Zaida, Zaida, exclamaba Treviño.... perdóname.... perdóname.... vuélveme á mi hija.... ten compasion de mí.

Arrojóse despues sobre la puerta, la abrió con violencia y se encontró con el enviado del Santo Oficio.

II.

—Qué quereis aquí, fray Angel?

—Vengo á deciros que mañana salgo con los presos para México.

—No la habeis visto?

—A quién?

—A ella.

—Quién es ella?

—No, nadie, nadie.... parece increible.

—Serenaos.

—Mi cerebro ha sido presa de una fascinacion espantosa.... he visto un cuadro horrible.... es decir, he creido ver la imágen de una mujer á quien creia muerta.

—Dios mio! exclamó el fraile, el *malo* anda entre nosotros, yo tambien estoy trastornado, estoy seguro que en el catalan, precisamente en el catalan, yo no bebo otra cosa, es donde me han dado el *hechizo*. Y á vos?

—Yo acabo de hablar con una aparicion.

—*Sanctus Fortis!*

—No, no he soñado, es ella, ella misma, sos ojos, su voz, su semblante marchito por los sufrimientos.

—De quién hablais?

—Perdonad, estoy malo con esta pesadumbre.... necesito tranquilizarme.

—Es verdad.

—Me traeis alguna noticia?

—No, nada he podido averiguar.

—Fray Angel, la desgracia comienza á perseguirme....tengo miedo!

—Oidme, el lugar mas á propósito para ocultarse, decididamente es la capital del reino.

—Y bien?

—No será extraño que vuestra hija haya tomado ese rumbo.

—Teneis alguna probabilidad de....

—No, la sola presuncion; pero en eso nada se pierde.

—Teneis razon, buscaré hasta encontrarla.

—Pues marchemos.

—Oidme, aquí en este rincon del mundo estoy al abrigo de las persecuciones, al verme en la capital, se comienza á indagar el objeto de mi viaje, ya sabeis lo aborrecidos que estamos los portugueses, se me declara sospechoso y....

—No temais, yo os presentaré con el inquisidor D. Pedro Nuñez de Clavijero, le contaré vuestras desgracias y contareis con su proteccion y amparo.

—Quién es ese inquisidor?

—Precisamente es un paisano vuestro, un portugues.

—Ese nombre, Dios mio!

—Qué, le conoceis?

—Sí, lo he oido alguna ocasion en mí país.

—Mayor razon para estar tranquilo.

El portugues se quedó un momento en la abstraccion de sus recuerdos.

—Mañana, continuó el fraile sin curarse de que no lo escuchase Treviño, saldré con gran pompa de la ciudad, llevando conmigo á los presos. No será mala la figura que haga el clérigo Fontolongon en la mula aparejada.... Pobre maestro de aposentos! no le he permitido hablar ni una sola palabra, porque si se deja oir, de seguro se me escapa. En cuanto á Lino el mulato, ya me pagará aquello del *catalan*, veremos si á las tres vueltas no despepita todo lo que sabe y no sabe. El barbero está en *bábia*, la paliza lo tiene descoyuntado, molido, y amen de sus dolencias le espera una *prueba* que no ha de ser de lo mas agradable. Ya saldrá en claro lo de las brujerias. ¿Conque e señor

de Ramos busca hechiceras para que le entreguen á las rapazuelas?---- ya---- ya. Mi entrada á México será solemne, rara, magestuosa como la de los vireyes: todo la capital de etse reino sabrá que fray Angel de la Divina Infantita le ha prestado un gran servicio á la fé---- y despues habrá auto; yo me conformo con que el padre Pontolongon salga con *vela verde* y *sambenito* y que chamusquen al mulato; en eso no transijo, yo afirmaré lo del *catalan*---- Demonio! desde entonces, cada vaso que me tomo lo bendigo lo menos por tres veces; de esa manera no surtirán su efecto los hechizos---- ya estoy escarmentado---- me haré conjurar por los inquisidores, dispondré una ceremonia magnífica, yo espero que el diablo, correspondiendo á la magnitud del acto, truene como una bomba al abandonar mi cuerpo, haciendo visible su desaparicion---- Ya vereis, señor de Treviño, que mi viaje á México es de suma importancia; hacia tiempo que no se daba un espectáculo tan sorprendente, ¿lo oís?

—Me hablábais, reverendo padre?

—Cómo? si hace una hora larga que me la llevo de conversar.

- No habia oido.

—Pues no hablo tan bajo que digamos. Pues decia que si os resolveis á marchar, sea esta misma noche; porque yo tengo dispuesto todo para la madrugada.

—Iré solo por mi camino.

—Bien, así no infundiremos sospecha de connivencia.

—Saldré esta noche misma.

—Me aguardareis en Toluca, voy á jornadas dobles, andaré ocho leguas por dia, ya sabeis que estos coches son pesados; ademas, el cuidado de los reos, las actas que tienen que levantarse en cada pueblo, los obsequios---- en fin, no pasarán muchos dias sin que llegue á ese punto; cuidaos del frio, es inmenso, capaz de enfriar á un cadáver que no tiene mucho calor que digamos.

—Bien, ¿se os ofrece algo?

—No, nada, que me hagais un préstamo; pero lo que se entiende un préstamo.

—Comprendo, dijo Treviño, y sacó dinero de un cajon del escritorio.

—Tomad.

—Ya lo contásteis?

—Eso no importa, vos lo contareis.

—Gracias por la confianza.

—Voy á disponer mi marcha.

—Os dejo en libertad, no quiero ni por un momento ser importuno, quedad con Dios.

—El os guie, reverendo padre.

El fraile salió haciendo mil genuflexiones y reverencias.

Treviño se alistó prontamente y á las dos horas se encontraba en camino para la capital.

III.

Ya hemos visto á fray Angel y su comitiva emprender la peregrinacion, llevando el escándalo en todos los pueblos y ciudades del tránsito.

A los diez dias de incesante camino, fray Angel habia andado *cincuenta* leguas y hacia su entrada en Toluca.

Las autoridades salieron á recibir el convoy de reos.

Los católicos vecinos se regocijaban de una tan buena presa y el fraile era objeto de las alabanzas y de los obsequios.

La comitiva llegó ya muy entrada la noche y el viento delgado que soplaba por el rumbo del volcan, les helaba los huesos á los soldados, á los presos y al reverendo padre.

El fraile se escurrió en su alojamiento, parapetándose con las mantas que encontró á su paso, y despues de una cena bien sazonada y suculenta, se entregó al sueño.

El padre Cipriano Pontolongon se soplaba en la cárcel los dedos de frio, aunque su sangre arrojaba llamas de furor.

—No me ha dejado hablar este mentecato de fray Angel, yo le hubiera enseñado mis credenciales del Santo Oficio, y me trae como á un reo de heregía; me las ha de pagar todas juntas, yo declararé que se ha vendido al portugues que es un hereje de cuenta---- gócese en buen hora con mis sufrimientos, ya estos grillos me rompen los piés---- no importa, he de tomar una revancha, que no quisiera haber nacido ese miserable.

—De gana os quejais, padre Pontolongon, dijo el mulato, vos estais libre solo con llegar á México, nosotros----

—Sí, interrumpió el barbero, nosotros comenzamos entonces á saber lo que es amar á Dios en tierra agena.

—Como que no os librará del tormento ni san Judas Tadeo.

—Dios mio! exclamó el señor de Ramos, pero si yo nada niego, ni confieso nada.

—Para eso sirve precisamente el tormento, para evitarse de dudas y contradicciones, ademas, que vos me asegurasteis haber comisionado á la madre Paulina para que----

—Para convencer á Rosalía de mi amor, lo cual nada tiene de particular.

—Sí que tiene, esa mujer es bruja.

—Es que vos conservais amistades con ella.

—Callad, me estais comprometiendo, yo solo le he comprado algunas medicinas, ya sabeis que mas sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Es que la bruja vendia ungüentos para mal de amores.

—Yo lo ignoro.

—Señor gefe de la hermandad, dijo el padre Pontolongon, teneis la bondad de que se nos dé un poco de catalan, para entrar en calor.

—Aquí no hay mas que agua, y eso el rio está mas seco que vuestros lábios.

—Se pagará por su justo precio, dijo el mulato.

—Siendo así, no hay inconveniente.

Lino sacó un par de pesos que dió al alguacil, este salió y dijo á uno de sus soldados:

—Vete en busca de dos reales de aguardiente, para dar una friega al padre Pontolongon que se ha enfermado de reumas en el estómago.

El soldado fué á la próxima tienda, compró un real de aguardiente, lo completó con agua y lo llevó á la prision.

—Vamos, aquí teneis.

—Caro anda el licor por estos barrios.

—Ya lo veis, dijo al alguacil, como que hace tanto frio, y es casi una medicina.

El padre Pontolongon, que era conocedor, dijo en voz baja, "lo acaban de bautizar"

Lino y el señor de Ramos, consumieron.

El mulato no cesaba de escudriñar las paredes de la prision, porque la idea de una fuga lo traia preocupado.

El padre Pontolongon se metió en calor, y á los pocos momentos roncaba como un desesperado.

El barbero cedió al peso de la noche y comenzó á hacer duo á su compañero de prision.

IV.

Reinaba la quietud en el aposento, cuando el centinela dijo al mulato:

—Mañana en el Monte de las Cruces.

—Bien, ya sabes que hay dinero, que fray Angel trae una cantidad inmensa.

—Buena presa.

—Es necesario todas las precauciones, porque la hermandad tiene al diablo en el cuerpo.

—El *Zurdo* es de primera para los *asaltos*, y conoce las entradas del Monte.

—Perfectamente, agarrotamos al fraile, ponemos en libertad á estos desgraciados y nos situamos en la montaña.

—Bien, á las cuatro de la tarde pasamos por la garganta.

—Ahí está el *Zurdo* y los amigos.

—Silencio, que llega el gefe.

El padre Pontolongon, se despertó al comenzar la conversacion del centinela y el mulato, estúvose atento, comprendió lo peligroso de una aventura semejante, y se decidió á denunciar la conspiracion.

—Señor gefe, dijo al oido del alguacil, decidle á fray Angel que tengo un negocio de urgencia que comunicarle, que en ello le va la existencia; id, id, despertadle y rogad si es preciso; porque---- porque---- en fin, no perdamos tiempo.

El alguacil salió violentamente, y tocó á la puerta del aposento donde dormia fray Angel como un patriarca.

Despues de un cuarto de hora de esta tarea, fray Angel se despertó.

—Quién? ¿qué se ofrece?

—Yo, reverendo padre.

—Y que quereis para despertarme así, de una manera tan impertinente?

—Vengo á un asunto de gravedad.

—Pues adentro, y cerrad la puerta, que se cuela un aire frio que da grima.

Entróse el alguacil, y tomó asiento junto al lecho del fraile.

—Decíais que venian á felicitarme algunas comunidades.

—No es eso, reverendo padre.

—Ah! ya comprendo, será el gefe que vendrá por órdenes.

—Que no es eso, reverendo padre.

—Bien, bien, quereis que os comunique mis instrucciones reservadas para el viaje.

El alguacil movia la cabeza con impaciencia.

—Eso no es raro, todo viene bajo mi responsabilidad, y haceis bien en consultarme.

—Dejadme hablar, reverendo padre.

—Estoy, estoy.

—No está su reverencia; porque no puede adivinar el negocio que me obliga á despertar á vuestra reverencia.

—Pues hablad, con mil santos!

—Os venia á decir, que el padre Pontolongon me envia, para que le concedais comunicaros un secreto importantísimo.

—Cómo es eso! he prohibido que pronuncie una palabra, y me traeis recados de su parte?

—Es que me lo ha dicho por señas.

—Esa es otra cosa.

—Y qué pretende?

—Que vuestra vida se halla en peligro si no lo escuchais.

—Decidle de mi parte, que no me diga nada.

—Me ha encargado que os suplique, que os ruegue si es preciso, porque la existencia de todos está en un peligro inminentísimo.

—Pues me felicito, amigo mio, lo que tenga que decirme el padre Pontolongon, me tiene sin cuidado.

—Reflexionad, reverendo padre, que....

—Buenas noches, y os prevengo que si ese semi-clérigo vuelve á hablar aunque sea por medio de señas, os destituyo y os aprehendo como contraventor á las órdenes del Tribunal de la Fé.

—Punto en boca, reverendo padre.

Salió el alguacil y regresó á toda prisa á la prision.

—Me concede la audiencia?

El alguacil hizo un gesto.

—Qué significa eso?

El alguacil llevó la mano á la boca.

—Hablad, maese Torcuato.

alguacil dió la vuelta haciendo muecas.

—Pues que se fastidien, murmuró Pontolongon, mañana á las cuatro nos asaltan, ya veremos la arrogancia de ese fraile.... ojalá que lo despanzurren.... ojalá que lo desuellen vivo.... ese *Zurdo* lo va á agarrotar.... le ha caido la lotería.... ya veremos.... ya veremos.... voy á rezarle tres credos al Buen Ladron San Dimas para que favorezca á esos bandoleros.

V.

Al amanecer del siguiente dia entraban al cañon de Lerma los presos y custodios de la Hermandad.

El *Zurdo*, que era un ladron famoso que hacia sus viajes á Valladolid, trabó amistad con Lino el Mulato que era un pícaro de cuenta.

El bandolero estaba en la taberna la noche de las puñaladas y prision de Lino.

Como amigo íntimo, se propuso salvarlo y regresó al Monte de las Cruces, donde tenia una numerosa cuadrilla de malhechores.

Sucede regularmente que los ladrones tienen buenos amigos entre los que se dedican á la persecucion de bandidos y el *Zurdo* tenia un compadre entre los soldados de la Hermandad, conducto de comunicacion con Lino el Mulato.

Por el soldado supieron los bandidos que fray Angel llevaba una gran cantidad de dinero y multitud de obsequios recogidos en las poblaciones.

El favor de salvar á un amigo, unido con una buena presa, eran dos alicientes que el *Zurdo* no echó en saco rato, así es que se situó con los suyos en una de las principales crestas de la montaña y esperó que apareciese la comitiva.

El Mulato Lino habia calculado perfectamente, serian como las cuatro de la tarde cuando la cabalgata ascendió á la parte

mas elevada de la montaña, ese mirador gigante desde donde se descubren los valles hermosísimos de México y Toluca.

Aquella parte de la montaña es lo mas á propósito para cuidar el camino; porque un pasajero se percibiría á larga distancia.

La descubierta de aquella tropa iba en completo descuido, porque no podia imaginarse ni remotamente un asalto.

El fraile venia dormitando y los presos tiritando de frio; porque el aire es sumamente delgado en aquellas alturas.

El padre Pontolongon inspeccionaba con sus miradas recelosas los bosques de pinos que desprendian un continuo rumor azotados por el viento.

El *Zurdo* y su gente se lanzaron de improviso sobre la Hermandad; rodearon al coche y á los presos, haciéndose con este golpe de mano dueños absolutos de la situacion.

Fray Angel se quedó petrificado, marcándose en su semblante las señales del pánico.

El padre Pontolongon cruzó los brazos humildemente, el barbero se fingió mas enfermo de lo que realmente estaba, y Lino el Mulato se desprendió de los grillos con una habilidad sorprendente y saltó sobre un caballo que le presentó el *Zurdo*.

Mientras los bandidos ataban á un árbol á Fray Angel, el *Zurdo* se hacia dueño del dinero, registrando los secretos del coche, de los cuales estaba informado con anticipacion.

Ocupábase la cuadrilla en esta faena, cuando apareció en el camino una tropa que accidentalmente iba á Toluca por el dinero de los comerciantes.

El gefe de la escolta comprendió desde luego que se trataba de un asalto en cuadrilla y se puso en tren para atacar á los bandoleros.

El *Zurdo* y el *Mulato* organizaron su gente, poniendo sobre sus caballos las armas recogidas á la *Hermandad*.

El tiroteo comenzó á pocos momentos.

Fray Angel y el padre Pontolongon estaban asustadísimos temiendo que en la refriega los atravesaran de un balazo.

Soldados y bandidos se encarnizaron horrorosamente hasta batirse á pistoletazos.

De repente se oyó un grito espantoso.

Fray Angel, bañado en sangre y con una herida en el pecho, pedia misericordia.

Entre el polvo de la pelea atravesó una vieja á todo escape en un caballo magnífico; detúvose un instante y dijo al Mulato en un idioma desconocido:

—Huye violentamente, que se acerca fuerza armada por el lado de Lerma.

La bruja siguió á todo escape el sendero hasta perderse en el recodo de la montaña.

—Vámonos, ya es hora, gritó el mulato.

Entonces el *Zurdo* comenzó á hacer una retirada como un general, hasta internarse en las arboledas donde ya fué imposible seguirle la pista.

Diez soldados de la escolta estaban tendidos y agonizantes.

Ocho bandoleros habian muerto á manos de la tropa.

Fray Angel estaba desmayado á causa de la sangre que habia perdido.

El barbero saltó de la camilla, le extrajo por casualidad la bala y le vendó. Pusiéronle en el coche con el mayor cuidado, y sin prestar atencion á los argumentos que en latin y en castellano vomitaba el padre Pontolongon; siguieron paso adelante hasta llegar á Cuajimalpa.

VI.

Ya iba llegando la noche, cuando atravesaba por el mismo campo del asalto un ginete á todo correr.

El aire le arrebató el sombrero, entonces se detuvo para recogerle, volvió la vista hácia los árboles y contempló con horror los cadáveres de los bandidos meciéndose á los golpes del viento.

Al peso de uno de estos cuerpos horriblemente mutilados, la rama se habia roto y el cadáver caido sobre las rocas.

El ginete no habia reparado en ese espectáculo repugnante; pero tenia de precision que pasar junto á él en su travesía.

Recogió el sombrero, saltó con agilidad sobre el caballo y emprendió su camino.

A poco andar se oyó un grito terrible de sorpresa.

El ginete contemplaba á la bruja que se ocupaba en empapar algodones en el corazon del bandido, abierto por una estocada.

La vieja alzó la cara y se halló frente á frente del portugues.

—Huye! huye de aquí, Manuel Treviño, este sitio es funesto para tí!

El portugues no acertaba á moverse; pálido, trémulo, no cesaba de ver á la vieja, recordando su aparicion.

—Eres tú! prorumpió al fin, tú cuya influencia me trae desesperado, loco, calenturiento!

—Huye! dentro de algunos momentos será tarde.

—La muerte! pero sácame de esta incertidumbre horrible, duélete de mi desgracia!

—Yo no quiero conocerte, estoy en el camino de la fatalidad y de la expiacion---- no me has querido escuchar, adios!

—Bruja infernal! gritaba Treviño, detente, yo te conjuro en nombre de nuestros recuerdos á que rompas el velo misterioso que has tendido ante mi vista---- detente---- detente!----

Treviño no habia notado que unos ginetes lo rodeaban.

—Conque hablábais con las brujas, señor mio? dijo un alguacil de la Inquisicion enviado á dar fé de lo acontecido.

—Yo? dijo asustado el portugues.

—Todos estos señores son testigos.

mej de Lizarte

El Monte de las cruces

—Os habrá parecido.

—No señor, que bien lo hemos escuchado.

—Os digo que no es cierto.

—Os aprehendo en nombre del Santo Oficio.

—Os juro por mi vida que todo es un delirio.

—Eso lo verá el señor inquisidor.

—Pero esa calumnia va á traer sobre mí una desgracia, os habeis fascinado, dejadme, dejadme, yo os lo suplico.

En aquel momento se vió por las rocas de la montaña, atravesar á la bruja con una tea encendida que el aire deshacia en llamaradas y nubes de humo.

Santiguáronse los alguaciles y vieron con horror al portugues.

—Salgamos de este sitio, salgamos, dijo el gefe de la ronda, y asegurad á ese hombre que tiene *pacto con el diablo.*

CAPITULO VIII.

LA CHOZA DE LOS LIBERTOS.

I.

En uno de los barrios mas apartados de la ciudad de México, que allá por los años en que comienza nuestra historia, eran el asilo de la gente perdida y de los ladrones famosos, antros verdaderos del crímen, donde la policía rara vez se presentaba y si lo hacia era para salir á pedradas y en fuga, porque el hormiguero de bribones era capaz de devorar, como Saturno, á sus mismos hijos.

Los desertores, los prófugos de presidio, todos los que no podian aparecer á la luz del sol en las plazas del centro, tenian en los barrios su guarida, allí estaban seguros de toda persecucion.

En aquella especie de sociedad constituida en plena barbárie, la fuerza y el puñal dirimian todas las cuestiones, y sin embargo, aquella gente toda era artesana, de allí salian los *zapatones*, los juguetes de vidrio, los *muñecos* para los niños, los *rebozos* y otra multitud de obras de arte que se vendian á precios sumamente baratos.

Deciamos que en uno de los barrios, que era nada menos que el de la Palma, y en una casuca de *adobe*, cercada de zanjas pobladas de *cañaverales*, vivia un negro ya muy anciano con una hija y dos nietos mulatos.

El infeliz abuelo estaba ciego.

Su crespa cabellera habia emblanquecido, formando un contraste singular con su tez de ébano.

El negro estaba encorvado por los años, y sus ojos se habian cerrado para siempre.

La hija era una mulata hermosa en su género, inteligente y de un corazon generoso.

De los chicos, uno tenia diez años, maligno, mal intencionado y de perversas inclinaciones; esto agregado á su color, lo hacia un ser deforme.

El otro, raquítico, enfermizo y de una índole suave.

Aquella pobre familia se mantenia de coser ropa para el ejército.

Camila velaba las noches enteras para sostener á su anciano padre y á sus dos hijos.

Pedro era, como hemos dicho, el zángano mas terrible, ladron ratero que salia por la mañana y poniéndose á la puerta de una tienda, robaba á los compradores cuanto podia, y al tendero si se descuidaba.

Pedro entraba á las iglesias para pillar pañuelos á las señoras y á los devotos; á veces le costaba este oficio una zurra de bastonazos ó una zurribamba de patadas; pero esto era nada, el muchacho acababa por inspirar compasion á los mismos robados, y así pasaba los dias en la holgazanería, en el aprendizage del crímen.

Camila reñia al pilluelo; pero sin medios de contenerle, acabó por dejarle que hiciera lo que le diera la gana.

A ese rapaz le llamaban en el barrio *Pedro el Negro*, cuyo nombre y apodo encontraremos mas tarde en nuestra historia.

La tarde en que llevamos á nuestros lectores á hacer cono-

cimiento con estos personages, estaba el infeliz ciego devanando una madeja de hilo, mientras el nietecillo llamado Gaspar pegaba los botones á un pantalon.

Camila cosia sin cesar, porque al contratista de la *municion* le urjia.

—Ya falta muy poco, padre mio, dentro de dos horas habremos concluido.

—Ya has trabajado mucho, Camila; mira que vas á caer en cama y entonces____

—Entonces, dijo Gaspar, yo seguiré en el trabajo, porque conozco bien esto de la *municion*.

El negro movió la cabeza y dijo despues suspirando:

—A qué trance he llegado!____ hace algunos años veía, sí; esta cortina oscura que se extiende delante de mí, aun no existia, y yo era fuerte, trabajaba para mis amos y para mis hijos!

—Dios os ha quitado la vista, acaso para devolveros la libertad.

—Triste don, exclamó el negro, que no me es dado gozar.

—Al menos, dijo Camila, es un consuelo saber que no teneis dueño, que sois libre enteramente.

—Esos hombres despiadados que me robaron de las costas de Africa para hacerme esclavo, cuando me han visto viejo, inútil, y miserable, me han abandonado____ ya no les servia____ tienen razon____ dices bien, Dios me ha dado la libertad.

—Desechad esos pensamientos que os ponen tan triste, padre mio.

—Esto es horrible! exclamó el viejo, cuantos ahorros habia hecho durante mi esclavitud, todo ha quedado en poder de mis amos.

—¿Lo sentís, padre? preguntó Camila llorando.

—No, no lo siento, hija mia; ese dinero fué dado por tu rescate, y tu libertad no tiene precio; hablaba de lo impío de esa accion____ dejarnos en la miseria.

—Mientras tenga aliento no os faltará un pedazo de pan.

—Ya lo creo, dijo Gaspar, como que cuando hay trabajo, me parece que el sueño se me ha ido de los ojos, y tengo mas ánimo.... y el gusto que me da traer el dinero á casa....No habia querido decir una palabra, pero tengo mis ahorros....estoy rico....

—¡Pobre niño! murmuró el anciano.

—Sí, rico, riquísimo, tengo veinte reales enterrados en el colchon.

—Bien, bien, dijo el negro, te comprarás algo para los dias festivos.

—No, lo que yo deseo es regalaros.... lástima que no podais ver; pero os aseguro, abuelito, que mi regalo no lo desdeñaría ni el virey.

—Pobre Gaspar! pobre hijo mio! dijo Camila dando un beso al mulatillo.

II.

Pedro iba á entrar en el aposento de su familia, cuando escuchó á su hermano hablar sobre la riqueza, y se detuvo para enterarse bien del negocio; despues se adelantó fingiendo que llegaba violentamente y dijo á Camila:

—Madre, ahí están dos forasteros que desean hablar con el abuelo.

—¿Conmigo? preguntó el ciego.

—Eso dicen.

—Pues que pasen.

Levantóse Camila y abrió la puerta.

Una jóven bellísima al brazo de un caballero, y ambos con traje de camino, se presentaron en la habitacion humilde de Melchor.

— Buenas tardes, dijo el caballero.

—Pasen adentro, señores, dijo el ciego.

—Esta señorita parece muy cansada, añadió Camila, puede tomar asiento en este banquillo.

—Gracias, repuso la jóven, y se dejó caer sobre el asiento agobiada de cansancio.

—Podré saber en qué puedo servir á....

—Sí, dijo el caballero adelantándose al negro, yo estoy perseguido y la jóven que me acompaña acaba de sufrir un desprecio horrible de su familia; venimos de Valladolid á refugiarnos á la capital; sabedlo de una vez, la Inquisicion nos persigue.

—Ave María! dijo Camila.

El negro movió con impaciencia la cabeza.

—Sin tener un amparo, sin un amigo á quien ocurrir, temiendo ser denunciados por cualquiera, porque estamos al arbitrio de todo el mundo, llamo á vuestra puerta; acaso vos que sois desgraciado comprendereis lo horrible de esta situacion, y no nos rehusareis un abrigo por algunos dias; tenemos dinero y....

—Guardad vuestro oro, dijo el negro, no lo necesito; y en cuanto á vosotros, esta humilde casa es vuestra, mi oscuridad y mi pobreza podrán serviros de escudo; ¿no es verdad, hija mia?

—Con todo mi corazon, respondió Camila, acercándose á la jóven.

—Gracias, dijo Antonio, á quien sin duda habrán reconocido nuestros lectores.

—¿Nadie os ha visto entrar?

—Nadie, contestó el estudiante; he procurado guardar las mayores precauciones.

—Habeis hecho bien; nada temo por mí, ciego, anciano, y despreciado por mi color.... pero vosotros seríais el blanco de esos malvados.

Rosalía se estremeció.

—Esta jóven, continuó el estudiante, queda bajo vuestra proteccion, no es mi esposa aún.... espero que bien pronto podré

darle ese nombre, entretanto hay un muro entre los dos, que no saltaré jamas.

Rosalía tendió la mano al familiar, y este la besó con ternura y respeto.

—Caballero, dijo el negro, sois un hombre honrado, lo que acabais de decir os abre las puertas de mi corazon.

Pedraja se acercó al ciego y estrechó con emocion su tosca mano diciendo:

—Aun hay almas buenas en el mundo; aun hay corazones que palpitan al amparo de la virtud!

—Quizá, dijo el ciego, porque he sido tan desgraciado compadezco el sufrimiento de las criaturas. Figuraos, caballero, que yo vivia feliz en el suelo natal, allá en las arenas abrasadas del Africa; bajo mi tienda encontraban asilo los peregrinos, y no hubo uno solo que saliese desconsolado de la casa de Muley. Era jóven, y con mis armas defendí siempre del estranjero á mi país; cansado de la guerra tomé por esposa á una jóven llena de virtud y de pureza, ella fué la madre de mi hija, de esa criatura desgraciada cuyo rostro ya debe estar surcado por las hondas huellas del sufrimiento; porque ella como yo tambien ha sido muy desgraciada.

La jóven se puso á llorar amargamente.

—Ya llora ¿no es verdad? dijo el negro buscando á su hija en medio de las tinieblas perpetuas que le rodeaban.

Camila besó aquella mano y la oprimió despues á su corazon.

—Un dia, caballero, un dia aciago llegóse á la puerta de mi tienda una jóven hermosa, la recuerdo perfectamente, y si la viese.... no, ya no puedo verla, ¡ciego! ¡ciego!.... Dios mio!

—Calmaos por compasion, dijo el estudiante.

—Decia, caballero, continuó Muley, que aquella jóven venia llorosa, con el cabello destrenzado, los vestidos en jirones y la sangre en los labios.

—¿Qué teneis, infeliz criatura? le pregunté.

—Me han abandonado en vuestras arenas.

—¿Quiénes, vuestros padres?

—No, un hombre á quien amaba, merced á una bebida narcótica, me ha sacado del buque en que hacia sus correrías en el Estrecho; porque aquel hombre era uno de los piratas mas famosos.

—Nada temais, le dije, bajo mi tienda no ha entrado la desgracia todavia.

—Aquella criatura, dijo Camila, me hizo una impresion desagradable; porque era la desgracia que penetraba en nuestro hogar.

—Sí, aquella mujer era una *gitana.*

—Una gitana! exclamó Rosalía estremeciéndose.

—Sí, una *gitana*, dijo el negro; durante la permanencia de esa mujer sucedieron desgracias horribles en mi familia: el marido de mi hija fué muerto á puñaladas en la puerta de mi tienda, dos camellos que poseia desaparecieron, fuimos saqueados por los beduinos, y al cabo de dos años.... esto es horrible, caballero....sí, horrible.... una turba de españoles negreros nos asaltaron, nos cargaron de cadenas y condujeron á la América, donde fuimos vendidos inhumanamente!....

Pedraja sentia un nudo en la garganta y Rosalía estaba profundamente emocionada.

—Diez años de esclavitud! exclamó el ciego, diez años de miseria y abyeccion, acabaron por cegarme, por arrebatarme para siempre del mundo de las ilusiones y del porvenir, porque yo habia creido poder libertarme á fuerza de oro, es decir, á fuerza de trabajar.

Cuando ya no pude trabajar.... entonces me arrojaron de la finca y me exigieron en cambio de mi hija y mis dos pobres nietos, mis ahorros, esos ahorros arrancados al sudor de mi rostro y á las lágrimas del corazon!.... no importa, ya somos libres, mirad, yo devano seda, y mi hija cose la ropa de los soldados, así pasamos al menos la existencia enteramente tranquilos.

—Desde hoy, dijo Camila, nos hareis compañía ¿no es verdad?

—Sí, seremos vuestros amigos, contestó Rosalía.

—Dividiremos el pan como acostumbrábamos en Africa; esta hospitalidad es un recuerdo de la patria.

—Aquí no debeis temer, rara vez penetran en este barrio las gentes del Santo Oficio.

—Gracias otra vez, dijo el estudiante. Yo necesito deshacerme de los caballos y ahora mismo voy á venderlos.

—Pedro! gritó el abuelo.

—Señor padre, dijo el negrito, que durante la conversacion, se habia sentado mañosamente en la cama y sacado de dentro del colchon los veinte reales que su hermano guardaba como un tesoro.

—Lleva esos caballos al meson de Santiago Tlaltelolco, ya te seguirá este caballero.

—Está bien.

—Hay que atravesar toda la ciudad, pero no importa, aquel lugar es el mas á propósito para la venta.

—Gracias. Vuelvo al instante, Rosalía. Anda, muchacho, ya te sigo.

El negrito salió al pequeño potrero que mediaba entre la calle y la casa, tomó por las riendas á los caballos y se echó paso adelante seguido del familiar.

III.

Pedro el negro se escurrió por los callejones mas escuetos y por las plazuelas mas solitarias, hasta llegar á un antiguo meson que se hallaba á estramuros de la ciudad, donde una turba de gente perdida, verdaderos gitanos, hacian un comercio de bestias robadas á los pasajeros y *haciendas* del *interior*.

Los ladrones del camino real, los truhanes y los rateros con-

currian á aquella *lonja* á engañarse, jugando la estafa con una habilidad maravillosa.

Una multitud de caballos con mataduras cubiertas, lacras ocultas y llagas perfectamente barnizadas, mulas y burros en el mismo estado, con las marcas desfiguradas.

Entre aquella turba habia quien expendiese armas de municion quitadas á las tropas en los asaltos del camino.

Todo comprador sabia que todos los objetos de aquella plaza eran de mala procedencia, y bajo tal concepto se celebraban los contratos

En una tienducha de junto al meson, estaba el tio Pablo, *tlacoqui* de profesion, es decir, *receptador* en lengua castellana.

El tio Pablo compraba de *todo;* lo mismo un casacon que un asno, útiles de cocina, zapatos, estribos, tenazas, espejuelos, y cuanto se presentaba á las puertas de su tienda.

Aquel hombre tenia amistades con la gente mas perdida, esa escoria de la canalla que no puede atravesar por una calle á la luz del dia, sin ser notada por la justicia y aprehendida por la policía.

Hemos dicho que Pedro el Negro y el familiar se dirigian á ese mercado; pero el estudiante tuvo temor de ser conocido y se quedó en una plazuela despues de darle instrucciones á Pedro, que avanzó en las calles hasta pararse frente á la tienda del tio Pablo.

—Hola, Pedro! tú por aquí?

—Sí, señor, traigo el encargo de vender estos animales.

A cualquiera le llamaría la atencion ver á un muchacho de tan corta edad traficando en aquel sitio; pero la gente de esa calaña comprendió que el pilluelo los habia robado, desatándoles de alguna ventana ó escapando con ellos cuando el dueño estuviese entretenido en alguna compra en el comercio.

—Yo no quiero animales, dijo el tio Pablo, el diablo que los mantenga.

—Sobran compradores.

—Lárgate con tus esqueletos, que nadie ofrecerá un maravedí por ellos.

—No los apoqueis, tio, que voy á perder la venta.

—Y te atreverás á pedir veinte pesos por esas sardinas enjaezadas?

—No, tio Pablo, valen cincuenta, nada menos.

—Estás en tu juicio, muchacho?

—Esa es la instruccion que me ha dado el dueño.

—El dueño estará tirándose los pelos.

—Os engañais, tio, él me ha comisionado.

—Mientes como un haragan.

—En fin, eso no es de vuestra cuenta, dadme los cincuenta pesos y es negocio arreglado.

—Esos caballos no *beben agua.*

—Por todas partes, los podeis pasear frente al virey.

—Entonces sí que corren peligro, porque ese Branciforte es mas ladron que Gestas.

—Pero no mas que vos, tio Pablo.

—Conque te daré los veinte pesos por los dos caballejos así como están, y punto concluido.

—Cincuenta, y nada ménos.

En esto se acercó un chalan y dijo al muchacho:

—Cuánto *pesan* los animales?

—Sesenta duros; mirad á este tordillo, le llaman el *venado*, y á este otro el *conejo*, son ligeros como unos diablillos.

El chalan montó en uno de ellos, lo *movió* y encontró uno de esos caballos magníficos del *Interior.*

El tio Pablo notó las cualidades del caballo y se prometió no quedarse sin él.

—Amigo, este rapaz está en tratos conmigo.

—Y quién se lo pregunta á su merced?

—Es que ya estamos al ajustarnos.

—Nada importa, puedo hacerle postura.

—Es que yo nunca me *atravieso* entre dos amigos.

—Eso es otra cosa; pero el tordillo lo compro desde luego.

—Yo lo vendo á quien me dé mas, dijo Pedro el Negro.

—Toma los cincuenta pesos y lárgate, dijo el tio Pablo sacando una talega de cáñamo con el dinero.

—Yo doy los sesenta, Pedro.

—Vengan ellos.

—Yo doy el mismo precio sin los arreos.

— Me conviene.

—Vea si le tiene cuenta, amigo, hagamos el negocio por los dos.

—Convenido.

El chalan puso la mitad del precio y el tio Pablo su parte.

Pedro recontó el dinero, examinó las monedas, y luego que estuvo satisfecho, se aguardó aparte diez pesos y se encaminó en busca del estudiante.

Iba ya entrando en la plazuela en que estaba Pedraja, cuando sintió una mano que le dió unos golpecitos en el hombro.

—Hola, muchacho! le dijo una vieja arrebujada casi por completo en su manto.

—Qué quiere la buena de la abuelita?

—Nada, soy forastera, mis señores han llegado á México y no los encuentro; díme si acaso has visto á un caballero y á una jóven.

Quedóse el muchacho reflexionando si serian los huéspedes de su casa.

—Qué piensas, muchacho?

—Nada, que mi respuesta vale algo, mi trabajo me cuesta poner cuidado en todo lo que pasa.

—Como que mi bolsa está repleta de mediecillos.

—Sí? pues adelante algo, abuela, y le digo lo que quiere.

La vieja sacó unas monedas de plata y las entregó al muchacho, que las desapareció bajo sus harapos.

—Ya te escucho, rapaz.

—Pues abuela, he visto á esos señores que decís, pero no me conviene que sepan que ha salido de mis labios una palabra.

—Yo te juro que no revelaré....

—Bien, decidme, se llama la señora Rosalía?

—Precisamente.

—Y Antonio el caballero?

—Ellos son! ellos son! exclamó con un goce diabólico la vieja.

—Pues bien, ya lo sabeis, nos veremos.

—Adios, dijo la vieja.

El muchacho se la quedó viendo, sin duda en espera de que le preguntase el domicilio, pero la abuela tenia mas colmillos que un elefante y no le dirigió mas la palabra al pilluelo.

—Nos veremos, respondió Pedro, y se detuvo unos minutos hasta ver desaparecer á la vieja.

IV.

Llegó el negrito al sitio donde el estudiante le aguardaba, desesperado de su tardanza.

—Has concluido?

—Sí, he vendido los caballos en cincuenta pesos.

—Perfectamente, mañana traerás las armas, me quedo solamente con la espada.

—Esa siempre hace falta.

—Marchemos á la casa, Rosalía estará con cuidado.

El familiar se puso en seguimiento del muchacho hasta llegar al barrio de la Palma.

Entráronse en la casuca, la jóven salió con las lágrimas en los ojos al encuentro del estudiante.

—Creia que te pasaba algo, estoy alarmada, temerosa.

—Tranquilízate, vida mia, ya me tienes á tu lado.

—Nadie te ha visto?

—Nadie; pero es necesario salir de esta casa, la miseria es un espectáculo que me aterra.

—Es tan buena esta familia, que ya sentiría dejarla.

—Sí, tienes razon, pero es preciso, esta noche iré á buscar otro lugar mas seguro y mas cómodo al mismo tiempo.

—Yo sé que nada tengo que temer á tu lado, que me cuida el ángel de nuestros amores, que tú brazo me defiende de la desgracia.

—Sí, Rosalía, yo tengo valor para afrontar esta situacion, tú y mi conciencia saben que antes que atentar á tu honor me levantaría la tapa de los sesos.

—Gracias, Antonio, gracias, dijo la jóven deshecha en lágrimas; Dios te ha puesto á mi lado como una sombra amiga y protectora, yo te pagaré con este cariño que arde mas y mas en mi corazon.

El estudiante extrechó contra su pecho á la infeliz criatura.

Mientras los amantes entraban en esa confidencia amorosa, en que se exhala el perfume todo del corazon y del sentimiento, la cara abominable de la vieja se asomó como una aparicion del infierno entre los cañaverales que rodeaban la choza de Pedro el Negro.

CAPITULO IX.

EN NOMBRE DEL SANTO OFICIO.

I.

El doctor don Pedro Núñez de Clavijero, inquisidor de México, era uno de los personajes mas influentes en la corte de su excelencia el virey Branciforte, y su aristócrata persona rara vez se dejaba ver de los amigos y menos de las personas que tenian negocios con el Tribunal de la Fé.

El doctor Núñez de Clavijero era portugues, y á pesar de la odiosidad de los reyes de España, su magestad Cárlos IV le tenia grande estimacion por su talento y vastos conocimientos.

Hacia seis meses que la Inquisicion de Madrid lo habia nombrado inquisidor de México y acababa de tomar posesion de su alto empleo.

Branciforte lo recibía en su intimidad y apreciaba en mucho sus consejos, que eran sabios y prudentes como de un docto varon y hombre de mundo.

El inquisidor era la persona mas escrupulosa en materias de *fé*, acaso por estar tildados los portugueses de hereges.

El inquisidor era inflexible con los acusados de brujas y hechiceras, su corazon no se conmovía á los clamores de los infelices á quienes aplicaban el tormento, y sus sentencias eran terribles é inexorables.

Los acontecimientos de Valladolid habian llamado por entonces la atencion pública, por estar relacionados con el asalto de las Cruces y el conato de homicidio perpetrado en la persona de fray Angel de la Divina Infantita.

El inquisidor tenia en sus manos la causa instruida por el delegado del Santo Oficio, en ella constaba el incendio de la choza, la reaparicion de la bruja en las montañas del camino y la plática del portugues Treviño con ella

Constaba, ademas, que la hija del reo habia escapado con el familiar del obispo llamado Antonio Pedraja, y aquello de las brujerías del padre Pontolongon y del barbero.

Núñez de Clavijero leyó la lista de los presos, é inmediatamente y por auto en forma, mandó que se buscase á los prófugos suspendiendo el curso del proceso hasta el restablecimiento de fray Angel que se hallaba gravemente enfermo.

El padre Pontolongon pedia hablar; pero el inquisidor inflexible á todos los pedimentos de los reos, contestaba: que ya los haria hablar el tormento mas de lo que ellos quisieran.

Agitado se encontraba Núñez de Clavijero con una causa tan ruidosa, y mas aún, con la denuncia presentada por fray Angel acerca de ciertos rumores que se dejaban correr sobre el rector del colegio de San Nicolas.

Como las acusaciones hechas á los eclesiásticos eran tan delicadas, el inquisidor tomó el prudente partido de enviar una comunicacion secreta al obispo de Michoacan para que se separase del colegio de Vallodolid al rector y lo enviase á un curato.

El obispo nombró cura de almas de la Villa de San Felipe, al presbítero don Miguel Hidalgo, lo que causó un gran sentimiento en la ciudad.

El inquisidor dió parte al virey de esta providencia, y su excelencia se enteró de que habia un eclesiástico peligroso por sus ideas avanzadas.

Decíamos que el inquisidor revisaba el proceso de los complicados en la acusacion de Valladolid, pensando qué se habria hecho la jóven á quien le enviaron la bruja para hacerla caer en los amores de don Joaquin de Ramos.

—Esa desgraciada, pensaba el inquisidor, será presa de algun maleficio, porque Pedraja está tentado por el demonio; ya aparecerá todo el dia de la prueba. Ese portugues que está en los calabozos, debo conocerle, su apellido no me es extraño.... tendré que ser severo, muy severo con él; porque segun las declaraciones de los testigos hablaba con la bruja, acaso habrá entregado su alma á Satanas.... esto sí es muy peligroso.... el barbero me parece un desgraciado que apeló á hechizos para satisfacer su hambre de oro ¡miserable!.... Ese clérigo Pontolongon.... Pontolongon.... me parece haber leido ese nombre en alguna parte.... sea de ello lo que fuese, pronto veremos claro.

Quedóse el inquisidor pensando sobre los resultados de aquel proceso, cuando un lujoso camarista se presentó en la estancia.

—Perdone su señoría si entro sin ser llamado; pero hay en el zaguan una mujer que dice ser de urgencia hablar con el señor inquisidor.

—Que suba, respondió Núñez de Clavijero.

El camarista corrió á introducir á la mujer.

—Qué podrá ofrecerse?.... esperemos.... hace dias y desde que esta causa ha venido á mis manos, recibo contínuamente anónimos y amenazas.... esto es de ordenanza.... se me asegura que hay una trama contra mi vida.... pongámonos en guardia por lo que pueda acontecer.

El inquisidor abrió un cajon de su bufete, sacó un puñal y se lo guardó bajo los hábitos.

II.

El camarista dejó á la vieja en el aposento de Núñez y se retiró.

La mujer se acercó al inquisidor y le besó la mano, que este le alargó á la mayor distancia.

—Su señoría me perdonará el atrevimiento de presentarme en su casa, en gracia de lo que voy á tener el honor de revelarle.

—No es adocenada esta vieja, pensó el inquisidor.

—Tal vez por mi edad se halle mas exaltado sentimiento religioso, no obstante de que siempre he sido fanática por la religion de mis padres.

—Bien, adelante.

—Público y notorio es el hecho escandaloso de la bruja de Valladolid, que apareció despues en las Cruces y hablaba con el portugues Treviño, precisamente en los instantes de su aprehension.

—Seguid.

—Público es tambien que la hija de Treviño desapareció favorecida por la hechicera, con ese hombre pervertido llamado Pedraja.

—Y qué teneis vos que ver con todo eso?

—Creo que algo, señor inquisidor.

—Pues hablad claro.

—Esa criatura, hija de Treviño, es inocente, inocente como vos mismo en el crímen nefando de heregía.

—Se me haceis sospechosa en alto grado.

—No lo temo, señor Núñez de Clavijero.

—Proseguid.

—Pues vengo á proponeros un convenio.

—Os atreveis á____?

—Silencio, caballero, no armeis un escándalo infructuoso, dijo la vieja, y se posesionó de la campanilla que estaba sobre el bufete.

El inquisidor comenzó á influenciarse con la presencia de aquella mujer.

—Habladme claro, señora, decidme quien sois____ porque me creo presa de un hechizo.

—Vos, hombre de talento, de grande instruccion y capacidad, creis acaso en esas sandeces?

El inquisidor se santiguó devotamente.

—Vengo, señor, á proponeros un cange: os doy á Pedraja, á ese asesino de Ramos, por el portugues, á condicion de que no habeis de juzgarlo y me dareis una órden para verle todos los dias en su calabozo.

—Que me entregareis al familiar?

—Sí, al momento.

—Y qué interes puedo tener en ese convenio?

—Dios no quiera que lo llegueis á descubrir.

—Esplicad ese misterio.

—No, no lo diré jamas.

—Y vos para qué quereis á Treviño?

—Quiero verle encadenado, temblando ante la hoguera á merced de mi voluntad, para satisfacer una venganza.

—Me horrorizais!

—Os hablo la verdad.

—Pero quién sois?

—No lo sé, pero yo os conozco á vos, Núñez de Clavijero.

—Os voy á hacer prender, hasta ahora no creia en las brujas, pero sé que estoy delante de____

—De una de ellas, no es verdad? dijo la vieja soltando una terrible carcajada.

—No, esto no es un sueño!

—Ponedme la órden que solicito y ofrecedme no juzgar á Treviño.

—Sea, dijo el inquisidor; pero decidme donde se encuentra Pedraja.

—Aquí teneis en este papel una relacion que os llevará hasta encontrarle.

Núñez puso la órden pedida por la vieja, seguro de retirarla inmediatamente, lo que trataba era de librarse de la bruja.

—Cuidado con aprehender á otra persona de esa casa.

—Perded cuidado.

—Ved que os costará mucho si no cumplís vuestra palabra.

—Está bien.

—Adios.

III.

—Esta es una horrible pesadilla, dijo el inquisidor, los portugueses dan una guerra terrible; lo que acaba de pasarme es horroroso, esa vieja es una hechicera, Dios mio!---- á qué fin querrá verse con Treviño?---- quiere alejarme de ese hombre---- no comprendo su objeto-------- pero yo no debo cumplir esa palabra, porque mi deber está por cima de todo..... recuerdo la amenaza "rogad á Dios no se descubra este misterio"---- me hacen temblar esas frases---- vaya, que estos negocios de la Inquisicion son capaces de volver el juicio al menos nervioso!

Núñez de Clavijero estaba sobresaltado, sabia que un misterio le rodeaba sin comprender cual fuera, y almismo tiempo se sentia temeroso de que se descubriese.

A fuerza de reflexionar sobre la aparicion de aquella mujer, trajo á su memoria algun recuerdo, le parecia conocer el timbre de aquella voz mal encubierta bajo el acento fingido de la decrepitud.

Desechó aquel pensamiento como inoportuno, y tomando otros papeles que estaban sobre el bufete se puso á hojear los expedientes.

Habia pasado media hora cuando el timbre de la campanilla anunció la llegada de alguna persona.

—Es don Blasco de Guevara, dijo el inquisidor, y se dispuso á recibir á su visita.

Abrióse la puerta, y un personaje alto, enjuto, pálido, de bigote y piocha blancas, vestido todo de negro, con vuelos blancos en el cuello y mangas, y con una espada al cinto, se acercó al inquisidor con grandes muestras de consideracion.

—Señor de Guevara, venís á tiempo.

—Será la primera vez, porque siempre me creo importuno.

—En eso haceis ofensa á nuestra buena amistad; tomad asiento que tenemos que hablar.

Sentóse don Blasco y aguardó á que el inquisidor diera principio.

—Siempre he tenido fé en vuestros consejos, y ellos, aquí en México como en España, me han servido de guía en las horas mas comprometidas de mi existencia.

—Siempre me habeis dispensado grande afecto, á lo que estoy sumamente agradecido.

—Pues bien, me encontrais en un momento de agitacion, acabo de hablar con una bruja.

Sonrióse don Blasco.

—No os burleis, Guevara, que es verdad lo que estoy diciendo.

—Ya os escucho, amigo mio.

—Sabeis que en la cárcel del Santo Oficio existen los reos de Valladolid y entre ellos un portugues?

—Algo sé de ese escándalo.

—Yo soy encargado de la formacion de la causa y tendré que habérmelas con gente brava.

—Ya los conocemos.

—Pues oidme, hace un momento que se me ha presentado

una mujer, sí, una mujer que ha ocupado ese sillon en que os sentais.

—Y bien?

—Yo creia que era una de esas viejas miserables que se interesaba por algun reo ó venia á contarme sus escrúpulos de conciencia; la recibí sin temor alguno, cuando se transformó repentinamente en un sér vigoroso de fuerte acento y de actitud amenazante.

Don Blasco plegó el ceño.

—Me ha arrancado una promesa con respecto al portugues que está en la Inquisicion.

—Y cuál es?

—La de no juzgarle.

—Y cedisteis?

—Sus palabras estaban preñadas de reticencias que me asustaban, ademas, me ofreció entregarme al familiar del obispo de Valladolid, donde seguramente está la clave de este negocio.

—Y lo ha cumplido?

—Mirad, dijo el inquisidor mostrándole el papel que la bruja habia dejado sobre la mesa.

—Demonio! exclamó don Blasco, esta letra la conozco!

—Estais seguro?

—Sí, muy seguro.

—Ved que podeis engañaros.

—La cotejaré.

—Temo que ya esteis envuelto en el hechizo.

—Seguid.... pero no, no puede ser, esa letra....

—Lo dicho, pensó Núñez de Clavijero, este otro pájaro está en la misma red.

—Conque decíais?

—Que me prohibió aprehender á persona alguna de la familia donde se halla Pedraja.

—Esto pica en historia.... nada habeis alcanzado de los propósitos de la vieja?

—Nada, amigo mio.

—Es necesario pasar sobre todo, interrogar al portugues, y aprehender á todos los de esa casa; estoy seguro de averiguar cosas de sumo interes.

—Y las amenazas?

—No creais en ellas.

—Ved que las ha hecho en un tono que me horroriza.

—Veremos como se presentan las cosas.

—Don Blasco, no sabemos aún lo que arriesgamos.

—No importa, sabremos conjurar el peligro; extended la órden que necesito para proceder, y mañana nos pondremos al tanto de este negocio.

El inquisidor se llegó al bufete y con mano trémula puso la órden que entregó á don Blasco.

Separáronse aquellos dos hombres hondamente preocupados con aquella trama que comenzaba á envolverlos en unos hilos de acero.

IV.

Nuestros lectores querrán saber como la bruja descubrió al estudiante y vamos á satisfacer su justa curiosidad.

La madre Paulina, vió desde la montaña la aprehension de Treviño y siguió sus pasos hasta dejarlo en la puerta de la Inquisicion.

—Ya me las pagarás todas juntas, murmuraba la vieja, ahora crugirás en el tormento, como yo he crugido de pesar y de rencor con tu abandono, miserable pirata!

La vieja se ocultó en el barrio de la Palma, precisamente en un lugar cercano á la casa del ciego.

A la mañana siguiente de su arribo á la capital, vió á Pedro el Negro con los caballos, que conocia perfectamente en Valladolid.

Púsose en acecho, y vió á Pedraja quedarse oculto en una de las casas de la plazuela.

Acercóse como hemos visto al rapaz, despues de la venta de los animales, inquirió lo que deseaba y se puso en seguimiento y á gran distancia del negro y el estudiante, lo vió en su coloquio de amores por entre los cañaverales y en seguida se marchó á hacer la denuncia al inquisidor, para presentarse despues en uno de sus disfraces, recoger á la desconsolada jóven y retenerla como prenda de su venganza no saciada aún, al ver á su antiguo amante en las garras formidables del Tribunal de la Fé.

Luego que la madre Paulina salió de la casa de Núñez Clavijero, se situó en una casita desde donde podia percibirse cuanto pasaba en la casa de los nègros.

Efectivamente, serian las seis de la tarde cuando se dejaron ver los alguaciles de la Inquisicion por el barrio, precedidos de don Blasco de Guevara, primer empleado y agente del Tribunal.

Pedro el Negro se escurrió entre los cañaverales de la acequia ocultándose como una culebra.

Ya hemos dicho que el estudiante salió en busca de un sitio mas á propósito para ocultarse.

Don Blasco de Guevara se presentó en los umbrales de la casa y dijo:

—En nombre del Santo Oficio, abrid la puerta.

Paróse Melchor trémulo y asustado.

—La Inquisicion! gritó Camila, y el negrito Gaspar de un salto se puso bajo la cama.

—Os requiero en nombre del Santo Oficio á que abrais la puerta, tornó á decir don Blasco.

El ciego se adelantó, pero no pudo atinar con la puerta; entonces Camila haciendo un supremo esfuerzo, tiró de las hojas.

Rosalía no pudo articular una palabra; fria, aterrada, casi sin

sentido, apoyaba su cabeza en la pared y sus párpados estaban cerrados por el pánico.

—Quién es esta mujer? preguntó don Blasco señalando á Rosalía.

Camila no supo qué contestar.

—No oís lo que pregunto?

La jóven se incorporó y dijo con acento apagado:

—Tened compasion de mí!

—Vuestro nombre?

—Rosalía Treviño, murmuró la jóven.

—Ella es, murmuró don Blasco; daos á prision y vos tambien.

—Quién? preguntó el negro.

—Esta mujer.

—No, no puede ser, Camila es mi hija, y yo estoy ciego!.... tened piedad de unos desgraciados!....

—Sí, exclamó Camila arrojándose á los pies de don Blasco, compadeceos de nuestra miseria, nada hemos hecho, nada, somos inocentes.

Don Blasco hizo una seña á los soldados, que se apoderaron de la desgraciada hija del ciego.

—Y vos, señora, venid conmigo.

—Dónde me llevais?

—Ya lo sabreis.

—Pero dónde, dónde está mi hija! gritaba llorando el negro, por qué se la llevan? matadme, matadme por compasion y no me abandoneis!.... ella es mi amparo.... sus hijos.... en nombre de ellos y de su abuelo no consumeis la mas grande de las injusticias.

Don Blasco oia con indiferencia las lamentaciones de Melchor, miéntras los soldados se llevaron á Camila, que daba unos gritos espantosos.

Rosalía siguió maquinalmente á don Blasco, dejando solo al infeliz negro presa de una horrible desesperacion.

Luego que la patrulla se alejó, llevándose á las dos jóvenes, la

madre Paulina se encaminó á la choza creyendo que el familiar Pedraja habia caido en poder del Santo Oficio.

—Ya es tiempo de apoderarme de Rosalía, al fin he logrado mi intento y estoy vengada.

Avanzó la bruja al interior de la casuca, y lo primero que se presentó á su vista, fué el negro arrodillado en la mitad del aposento rasgándose el pecho con las uñas y aullando de furor.

—Infames! gritaba, me arrebatais á mi hija! que el cielo os confunda!

Quedóse la madre Paulina contemplando tan terrible espectáculo, fijó su mirada en el rostro descompuesto de Gaspar, y mientras mas le veía, una convulsion interior la agitaba profundamente.

—El!---- él!---- exclamaba la bruja; Dios poderoso! y lanzó un alarido terrible.

Volvióse el ciego con violencia hácia el lado de donde venia aquel grito del infierno.

—Quién?----¿quién está aquí?

—Yo, yo por vuestro mal.

—Esa voz----ese acento que no he olvidado un solo instante!

—Si, el mio, el mio! murmuró la bruja.

—No, no es ilusion, exclamó el negro; es Zaida----Zaida la gitana!

—Sí, Muley, yo soy la gitana!

—El infierno te aroja en mi camino!

—La fatalidad---- siempre la fatalidad!

—Qué quieres de mí?---- ¿no estás satisfecha con la desgracia de todos los mios? ¿no te basta verme ciego y abandonado?.... abandonado, Dios mio!

—Calmaos por compasion, vengo á salvaros, á salvar á vuestra hija.

—Sí, yo necesito de todo el mundo; porque no puedo arrancar este velo que tengo delante de mis ojos!----

—Bien, dejaos guiar de mí, os pondré en un lugar donde esteis tranquilo, mientras puedo reuniros con vuestra hija.

—Que sea pronto, yo necesito ver á Camila.... verla!.... no, no puedo; pero la tendré á mi lado, la disputaré á esos malvados.

—Silencio y seguidme.

—Vamos; ¿pero mis hijos?

—Aquí estoy, abuelo, dijo el negrito saliendo de debajo de la cama.

—Ven tú con nosotros. Dime, se han llevado al señor que llegó anoche?

—No, solamente á la señora.

—Maldicion! exclamó la bruja, todo me contraría; pero yo me vengaré del destino! y presentando al ciego su mano trémula por el coraje abandonó la casa donde la Inquisicion acababa de dejar sus huellas.

V.

El estudiante Antonio Pedraja creyó que tomando una casa de modesta apariencia en el centro de la ciudad, viviria tranquilo mudándose apellido.

El familiar pensaba arreglar su casamiento lo mas pronto posible, para pon r término á una situacion tan violenta.

Dirigióse al dueño de una casa situada en la calle de la *Acequia* y arregló el alquiler dando seis meses de adelanto.

El propietario incluyó en el arrendamiento los muebles mas necesarios, y la habitacion quedó arreglada convenientemente.

Desde la salida de Valladolid era el primer momento de alegría y de tranquilidad; al fin iba á ser feliz, la mujer de su amor lo acompañaria en el silencio de su vida, en esa tumba donde enterraba hasta su nombre.

Cuando todo se hubiera calmado, pediria su escusas al obispo y perdon á Treviño, si como creia se libraba de la persecucion en Valladolid.

Ya era entrada la noche cuando el estudiante se dirigió al barrio de la Palma en busca de Rosalía, para conducirla á su nueva habitacion.

En una de las calles encontró un turba de gente que seguia á la gente de la Inquisision que llevaba á las jóvenes.

—Malo! murmuró el familiar, el Santo Oficio no se descuida por estos barrios; ojalá que alguna vez se acordase de la madre Paulina que nos metió en ese lio, que ha traido estos resultados---- qué gusto me daria verla achicharrarse en la hoguera; ¡maldita vieja!---- en fin, la perdono en gracia de Rosalía; ¡pobrecilla! se va á poner tan contenta que estoy seguro no duerme esta noche. Vamos, que esta mujer se me ha entrado por los ojos, la quiero como á cien mujeres juntas; si me oyera mi novia, me excomulgaba. Es el caso que yo no puedo vivir sin ella, á pesar del enojo de Treviño, ¡pobre suegro mio!

Fray Angel se entró en su casa, le ha caido la lotería, ese fraile es capaz de desollarlo vivo. Bueno es ese hombre para andarse en pelillos, lo menos que le pasa, es que tiene que entregar parte del dote de Rosalía---- no es mal bocado ese dinerillo, el diablo del portugues está podrido en pesos---- se los gastaremos----A propósito de fondos, no estoy de lo mejor que digamos; pero trabajaré en lo que pueda; ademas, que á mi regreso á Valladolid me haré rico, riquísimo, mas que este ladron de virey Branciforte, que tiene uñas de buitre; ¡que lindo palacio!---- ese virey me parece un sentenciado, siempre rodeado de tropa y de soldadesca y de aduladores---- ¡quien fuera virey!----

Embebido el estudiante en sus desatinados pensamientos llegó al barrio de la Palma.

Pedraja notó que las mujeres estaban á la puerta de las accesorias, y que en la calle habia corrillos de los valentones.

Al pasar el estudiante junto á uno de los grupos, escuchó estas palabras que lo inquietaron terriblemente:

—¡Pobre señorita!---- era una forastera---- malditos *soplones!* llevársela á la Inquisicion!

El familiar sintió helársele toda la sangre, apresuró el paso y buscó la casa en la oscuridad de la noche.

—Aquí es, dij ·, no puedo engañarme.

La puerta estaba abierta y todo envuelto en las tinieblas; arrojóse el estudiante fuera de sí en el aposento, buscó á falta de luz con las manos si alguno estaba en la estancia.

Repasó las paredes, arañó en el piso, recorrió los cuartos de la casa, y cuando se hubo cerciorado que todo estaba desierto, se puso á dar de gritos, á llamar á Rosalía, á llorar como un loco.

Salióse delirante, mezclóse entre los corrillos, preguntó, inquirió, maldijo, blasfemó, nadie quiso darle aviso de lo que pasaba, entónces se echó á andar por las calles sin rumbo, atropellando á cuantos encontraba.

Paróse al fin en la plaza, volvióse hácia todas partes y se encontró perdido sin atinar adonde dirigirse ni que hacer.

Paseábase agitado por el átrio de la Catedral cuando la campana mayor dió la *que la* de las diez.

Ya no era posible permanecer en la calle, una ronda podia detenerle y descubrirle; el estudiante se olvidó del rumbo de la *Acequia* situado tan cerca de Palacio y se echó á buscarle por el lado opuesto.

Al llegar á la Alameda sintió que una mano robusta lo detenia fuertemente por el brazo.

CAPÍTULO X.

LA BRUJA EN CAMPAÑA.

I.

La gitana al reconocer á su bienhechor sintió el peso horrible de su desgracia y maldijo su estrella, puesto que al acercarse á aquella familia honrada siempre le habia causado males y desgracias instantáneamente.

Tomó al ciego por el brazo y lo condujo á una pequeña casuca de Tlaltelolco abandonada por sus dueños, que huyeron azorados creyendo que se albergaban en ella duendes y fantasmas.

El pobre nietecito siguió al abuelo hasta la nueva habitacion.

—Hemos llegado, dijo la gitana; estais seguro, enteramente seguro, yo voy á salvar á vuestra hija.

—Id, id, decia sollozando el negro, necesito á mi hija, yo os lo ruego en nombre del cielo!

La madre Paulina dió algunas monedas al negrito para que

se hiciese de provisiones, y salió envuelta en su manto de aquella casa maldita.

Echóse á andar por la vía que hoy marca el panteon de Santa Paula y el convento de las Hermanas de la Caridad, pasó la plazuela de Villamil, hoy convertida en estacion del tren de México á Guadalupe, dió vuelta por el colegio de Minería y se detuvo frente á ese edificio en una casa magnífica para aquellos tiempos y hoy al derrumbarse; era la capilla de San Andres.

La casa estaba marcada con el número 7.

La bruja tiró de un cordel que iba á dar á una campana interior, telégrafo de cáñamo que movió el bronce, avisando á los dueños que álguien pretendia pasar los umbrales.

Trascurrieron diez minutos, el portero se levantó pausadamente, espió por la cerradura, y soltó la pregunta sacramental: *¿quién?*

—*Yo*, respondió la gitana.

El portero del número 7 se dió por satisfecho con aquella respuesta, sin mas ni mas que hoy en el dia. *Yo*, esta palabra mágica, es el *ábrete* del cuento árabe, como dice uno de nuestros escritores.

Quitó el portero la *tranca*, pues entónces no se usaban cadenas ni cerrojos ingleses, la Inglaterra no tomaba aún posiciones en nuestro suelo.

—¿A quién buscais?

—Al señor don Blasco de Guevara.

—Está rezando el rosario.

—Lo esperaré.

—Está bien, voy á avisarle, vuestro nombre?

—No me conoce, es en vano que se lo digais.

—Le daré vuestras señas.

Como gusteis.

El portero comenzó á ascender la escalera volviendo la vista

á cada escalon para contemplar á la luz del reverbero la ex gua figura de la vieja.

Acercóse la gitana á la portería buscando la conversacion c la mujer del portero.

– Estoy ansiosa, le dijo, de ver á su señoría don Blasco c Guevara; traigo un negocio tan importante que----

—Vamos, dijo la mujer, no andeis con secretos conmigo, ve que yo lo que no sé lo adivino.

—Hola! murmuró la gitana, tengo que habérmelas con ur habladora.

—Conque abuelita, desembuche todo lo que sepa, que al fi yo estoy al tanto de lo que pasa y no pasa en el barrio.

—No es secreto, dijo la bruja, vengo á interesarme por ur jóven.

—Ya, ya, eso no es nuevo, hace una hora---- pero cuida con decir que yo os he revelado.

—Vamos, decid, que al fin yo soy la que os he comunica todo.

—Y qué hermosa es la señorita, tiene una cara de angelit

—Pues no se trata de la negra, pensó la vieja, aquí hay ga encerrado.

—Luego que la ví entrar, prosiguió la portera, me enterneci

—Y que no la habeis tratado, dijo hipócritamente la bruj un equívoco, en fin, un error ha hecho que la aprehendan.

—Es que mi amo don Blasco la trata con muchas consider ciones.

—Ya lo creo, que todo se lo merece la infeliz criatura.

—Don Blasco le ha destinado el mejor de los aposentos, la l rodeado de toda su servidumbre, en fin, se porta, no hay q negarlo, como que es todo un caballero.

—No hay duda.

—Nos ha encargado el mas riguroso silencio, y si lo he dicl es porque vos os habeis anticipado.

—Efectivamente.

No necesitaba tanto la gitana para enterarse de la verdad de los hechos.

—Ah! camastron infernal, con que he trabajado para tí, murmuraba la vieja; no te regocijes con tu presa que yo te la arrebataré despues de arrancarte la órden que necesito.

Despues sacó una moneda y se la entregó á la portera.

—Oro! oro! exclamó la mujer deslumbrada por el metal.

—Sí, oro, oro, si prometeis servirme con fidelidad.

—Mandad, señora doña....

—Paulina, para serviros.

—Gracias.

—Permitidme trazar cuatro renglones.

—Pasad.

La gitana entró violentamente, y puso con lápiz algunas palabras, dobló el papel y entregándolo á la mujer le dijo: haced que eso llegue á manos de esa jóven.

—Perded cuidado.

—Os daré el doble de esa friolera que os he regalado.

II.

Al entrar don Blasco de Guevara al aposento de los negros, notó desde luego á la afligida jóven sentada en un rincon del aposento, prendóse instantáneamente de tanta belleza y se propuso desde luego escamotearle su presa á la Inquisicion.

Ya hemos visto á la infeliz Camila ir casi arrastrada por la patrulla, mientras Rosalía fuera del cuadro de la tropa marchaba con todos los honores al brazo de su señoría don Blasco de Guevara.

Llamó el señor al jefe de la ronda y le dijo: llevad á esa mujer al Santo Oficio; en cuanto á la señorita, no hay motivo de proceder contra ella, es inocente y víctima al mismo tiempo de una trama horrible; será puesta en el acto en libertad.

Alejóse la patrulla con la reo y don Blasco preguntó á la jóven donde deseaba que la llevase.

—Caballero, yo estoy recien venida de Valladolid y no tengo abrigo en esta ciudad, toda vez que esa familia queda disuelta.

Quedóse perplejo don Blasco, aquella jóven era nada ménos que la hija del portugues, de aquel hombre que estaba en relacion estrecha con las brujas.

—Y con qué fin habeis venido á la capital?

Rosalía guardó silencio un instante.

—Habladme con franqueza.

—Caballero, no sé mentir, vengo escapada por temor de la Inquisicion, que se ha apoderado de mi padre.

—Y quién os ha acompañado?

—Mi novio.

—Cómo se llama?

—Antonio Pedraja.

—A él, á él es á quien se busca precisamente.

La jóven sintió opreso su corazon.

—Y dónde está ese hombre?

—Lo ignoro, habia salido en busca de una habitacion para trasladarnos, cuando os presentásteis en la casa.

—Ya se le buscará.

—En nombre del cielo! no le hagais mal, ved que es inocente! El solo trata de casarse conmigo y regresar á Valladolid, donde le conoce toda la ciudad; es uno de los jóvenes mas apreciados del señor obispo.

—Ya eso se arreglará mas tarde.

—Yo lo espero todo de vuestra bondad.

—Bien, bien, por ahora os daré abrigo en mi casa, se os cuidará como en ninguna otra y.... veremos cuanto se puede hacer por vos y por vuestro padre.

—Gracias! exclamó la jóven al escuchar esa palabra que le

pareció de compasion y de esperanza; gracias! y Rosalía llevó á sus labios la mano nervuda del viejo.

Guevara se estremeció como un epiléptico.

Don Blasco y Rosalía llegaron á la casa á cuyo patio han penetrado ya nuestros lectores.

El viejo colocó á la jóven, como lo habia dicho la portera, en el mejor aposento, dispensándole todo género de atenciones.

Despues despidió á sus criados, diciéndoles que iba á rezar el rosario, y se entró en la estancia de su huéspeda.

—Señorita, le dijo procurando dar un tono halagüeño á su ronca voz: estoy interesado vivamente en vuestro porvenir, vuestras desgracias las reputo como mias y bajo ese concepto comprometeré mi existencia si es preciso en este empeño.

La jóven comenzaba á recelar de la conducta de aquel hombre.

Don Blasco se acercó mas Rosalía.

—Conque vuestro padre se llama Treviño? ese es un apellido portugues si no me engaño.

—Lo es efectivamente.

—Lo que son las desgracias, señorita! basta solo el nombre de Portugal para hacer temblar de rábia á los españoles; esa nacionalidad ha dado alimento durante muchos años á la hoguera.

La jóven estaba aterrada.

—La mayor parte de los reos son portugueses, ese es mi único temor con respecto á Treviño.

—Dios mio!.... Dios mio! exclamó la jóven.

—Sosegaos, señorita, yo me jacto de tener influencia con los señores inquisidores y la haré valer en todo lo que sea posible.

—Yo os lo suplico, dijo Rosalía arrojándose á los pies de don Blasco.

—Alzad, alzad, y oidme.

—Ya os escucho.

—Hace un momento que os he conocido y una emocion secreta agita mi corazon.

—Ved, caballero, que estoy en vuestra casa y es inoportuna esa declaracion.

—Perdonad, hasta ahora he vivido en la indiferencia, soy libre, absolutamente libre, he rehusado contraer siempre un enlace; pero ahora---- ahora----

—Os suplico de nuevo que guardeis silencio, ya he tenido la franqueza de revelaros mis amores, no me pertenezco, soy toda de ese hombre que ha sacrificado su porvenir por salvarme.

—Ese hombre está sentenciado! gritó don Blasco lleno de furor.

—No, no decís la verdad, él ha escapado á vuestra saña; yo, yo seré la sola víctima.

—Y quién trata de inmolaros?

—Acabemos, caballero, estoy sola, en vuestra casa y á merced de una violencia que espero no cometereis.

—No, dijo Guevara encogiéndose de hombros, no cometeré un atentado, dejaré correr vuestra suerte á merced del destino, de nada soy responsable---- ni de vuestro padre.

—Esto es espantoso!

—Sí, espantoso, murmuró don Blasco; y que vos no sabeis lo horrible del tormento, esos dolores intensos, esos sufrimientos sin nombre!

—Piedad! piedad!

—Y despues el fuego ---- sí, el fuego lento hasta consumir al hereje, al maldito, y esparcir sus cenizas por el viento!

—Misericordia! misericordia! exclamó la jóven casi loca de la turbacion.

—Pues bien, dijo resueltamente don Blasco, si quereis huir de ese espectáculo espantoso y evitar el anatema que caerá sobre vuestra cabeza cuando sigais á vuestro padre, puesto el *sambenito* y empuñando la *vela verde*, hasta dejarle en las llamas de la hoguera----

—Callad!....callad!.... me estais haciendo pedazos el corazon!

—Sacrificio por sacrificio.... vuestro amor por vos y vuestro padre.

—Jamas! exclamó la jóven levantándose á impulsos de un valor desesperado.

—Jamas? preguntó con risa sardónica don Blasco.

—Ya os he dicho que amo á un hombre por cuya fé me dejaría llevar á la hoguera; probad si os atreveis, me siento capaz de no exhalar una sola queja ni un grito de angustia; vos no conoceis el valor de la debilidad!

—Reflexionadlo bien.

—No abuseis de mi situacion, volved á ser don Blasco de Guevara!

—Lo dicho, y no retrocedo un solo paso.

—Pues al tormento! á la tumba si es preciso!

Aquel arranque fatídico impresionó hondamente á Guevara, que se quedó espantado con los ojos sobre el rostro iracundo de la jóven.

III.

Unos toquidos dados sobre la puerta vidriera, hicieron estremecer á aquel hombre.

Levantóse trémulo y acobardado, y se acercó al dintel.

—Estoy salvada! murmuró la jóven.

—Señor, dijo el portero, una santa abuela se empeña en veros á estas horas.

—Que pase á mi estudio, dijo Guevara temblando, y sin detenerse un momento salió de la estancia dejando á la jóven recelosa por esa crísis violenta que atravesaba.

No bien don Blasco se perdió en las tinieblas del corredor,

cuando la portera se deslizó cautelosamente en el aposento y dijo á Rosalía:

—Tomad ese papel y dadme la respuesta.

La jóven tomó la esquela, pasando sus ojos sobre los renglones con la violencia de un relámpago.

"Hay quien vele por vos, estad alerta."

—Está bien, murmuró Rosalía, y luego dirigiéndose á la portera le dijo: no tiene contestacion; pero os suplico que cuando oigais golpes en el suelo de este aposento subais, aunque vuestro amo don Blasco os arroje de la casa.

Y Rosalía le dió un anillo de brillantes.

—Me ha caido la lotería esta noche; sí que subiré y armaré jarana; comprendo de que se trata, y si vos quisiérais, en este momento os sacaba de esta casa para trasladaros á la de una parienta mia.

—Acepto, dijo la jóven viendo abierto el cielo á sus esperanzas; llevadme y os recompensaré mas de lo que habeis pensado.

—Pues bajemos antes de que mi marido se entere.

No habia tiempo que perder y la oportunidad no volveria á presentarse.

Rosalía bajó la escalera procurando no hacer ningun ruido, y temblando de congoja y sobresalto, salió de la casa de Guevara conducida por la mujer del portero.

Comenzaron á andar rumbo á los Angeles, cuando unos hombres se pusieron sobre la pista procurando descubrir algo de su fisonomía á la luz de los reverberos de las escasas tiendas del barrio.

De repente dijo uno de los hombres: "es ella" y los tres se lanzaron de súbito sobre Rosalía, le taparon la boca y cargando con la infeliz criatura, desaparecieron en las próximas callejuelas.

La portera huyó sin aventurarse á pedir socorro, por no caer en desgracia con su amo y señor don Blasco de Guevara.

IV.

Don Blasco de Guevara encendió una bujía de cera y la puso sobre su bufete.

A pocos instantes el portero indicaba á la bruja el estudio de su señor, y dejándolos solos volvió á ocupar su puesto en el cuarto que estaba al pie de la escalera.

—Extrañareis, dijo la bruja, señor don Blasco de Guevara, que me presente á tales horas en vuestra casa.

—No os conozco.

—Puede ser que sí, mas tarde llamaré vuestros recuerdos; por ahora hablemos de nuestro asunto.

—Es que yo no tengo ninguno.

—Puede que tengais alguno que pueda saliros demasiado mal.

Blasco de Guevara escuchó aquellas palabras con una inquietud sombría.

—Habeis nacido en el Portugal, continuó la bruja, y vuestro talento y finos modales os grangearon un alto puesto en la sociedad.

—Y bien? preguntó don Blasco.

—Nada, en una noche de sarao y de juego perdísteis vuestra fortuna, luchásteis, comprometísteis vuestro crédito, apelásteis á los amigos; todo fué en vano, el abogado don Blasco de Guevara era ya un miserable. No quisísteis sin embargo bajar de vuestro escaño y pensásteis en el crímen.

—Callad, me estais calumniando! si se dejase percibir una palabra me comprometeríais espantosamente.

—No temais, vuestra escasa servidumbre se ocupa en estos momentos de un *negocio* que mucho os atañe y que precisamente es el objeto de mi visita.

Don Blasco comenzó á buscar en su mente algun medio para

hacerse de aquella mujer ó demonio, que se le habia entrado por sus puertas.

—Pareceis divagado, y necesito que me escucheis hasta el fin.

—Vamos, dijo el abogado, ¿qué quereis de mí? todo está terminado.

—Bien, sé que estais convencido de que conozco vuestros secretos y pensais transar este asunto.

– No es eso, es que quiero ahorrar palabras, tengo negocios que me preocupan sobremanera.

—Necesito llevarme esa mujer que teneis aquí encerrada, y que pongais una órden de libertad para que deje las mazmorras de la Inquisicion una jóven mulata que aprehendísteis en la *Palma*.

—Me pedís un imposible.

—No creo que existan entre nosotros.

—Yo me he resistido siempre á faltar á mis obligaciones.

—Vuestras obligaciones!---- vuestras obligaciones! murmuró sardónicamente la vieja.

—Ademas, continuó Guevara, que---- que----

—No prosigais, caballero, os conozco perfectamente, esa jóven que en son de lástima habeis traido á vuestra casa, la juzgais presa en vuestras redes y no la soltareis así nada mas.

Don Blasco guardó silencio.

—Y sin embargo, continuó la bruja, yo no saldré de esta casa sin ella.

—Me desafiais?

—Tal vez. Y hablando de otra cosa, recordais que existe una correspondencia entre vos y el hermano de vuestro amigo el inquisidor?

Don Blasco se estremeció.

—Me escuchais, caballero?

—No sé quien sois, exclamó Guevara, pero el diablo os arroja en mi camino.

[illegible] sarcajada terrible.

—Creía que en las regiones apartadas de América podria vivir tranquilo.

—Y podeis, señor de Guevara.

—Decidme de una vez quién sois y lo que quereis.

—Ya he tenido el honor de hacéroslo presente.

—Pues bien, la órden os la extenderé al momento, pero Rosalía no saldrá de esta casa aunque lo manden el rey y la Inquisicion.

—Esa señora y ese señor no se tomarán la pena de ingerirse en asunto tan pequeño y miserable, teniendo otro de mejor calidad, por ejemplo, el de la captura de un pájaro de cuenta que *receptaba* los robos de los piratas de Gibraltar.

—Mentira! gritó don Blasco, ese es un rumor siniestro lanzado para perderme; mis enemigos no satisfechos aún con este destierro voluntario que me he impuesto para librarme de su saña, hacen llegar á este suelo el veneno de la calumnia.

—¿Y es mentira, caballero, que vuestra amistad con el inquisidor Clavijero proviene de las relaciones que llevábais con su hermano cuya desaparicion de España fué tan escandalosa?

—Mentira tambien, yo no he tenido mas relacion con los Clavijeros que la de una amistad verdadera.

—¿Es mentira tambien que el rey Cárlos IV, solo por el gran afecto que le profesa á don Pedro Núñez de Clavijero lo ha enviado á las Indias, cuando debia estar en un presidio por las vehementes sospechas de complicidad con su hermano?

—Yo nada sé, nada quiero saber.

—Y que los adulones de ese miserable monarca, echando un velo sobre la causa seguida á Alfonso de Clavijero, no solo han perdonado al cómplice, sino que le han hecho inquisidor de México?

—Pero esto es horroroso! exclamaba Guevara.

La bruja continuó con mas alteracion:

—A vos tambien, don Blasco de Guevara, os ha alcanzado en

parte el favor del rey, los tribunales nada pudieron hacer por falta de pruebas; pero yo las tengo todas, todas, ¿lo entendeis?

Levantóse de improviso Guevara, y tomando un puñal que estaba sobre la mesa, se arrojó sobre la bruja, que dió un paso atras poniendo entre ella y don Blasco el bufete.

—Miserable! me das compasion, dijo la madre Paulina; has creido sorprenderme, sin saber que yo estoy resguardada por el diablo.

—No, no saldrás de aquí sin decirme donde están esas cartas, ó te servirá de tumba este aposento.

La bruja sacó del seno un gran reloj de oro, y haciéndole sonar la repeticion marcó la sonora campanilla las once de la noche.

—Oyes esta hora? pues si pasados diez minutos no estoy en la calle, tus cartas serán puestas en manos del virey Branciforte que te aborrece como á su mayor enemigo, y estás perdido.

Guevara arrojó léjos de sí el puñal, y se tiró en la silla desesperado.

—Os humanizais, caballero? entremos en ajuste.

—Haced lo que gusteis, pero devolvedme esos papeles; nada quiero preguntaros sobre el modo con que han llegado á vuestro poder.

—Haceis bien, porque yo no querria satisfacer vuestra curiosidad.

—No me desespereis, por Dios!

—Pues bien, comencemos por partes: poned la órden.

Don Blasco puso una órden en blanco, que entregó sin reserva á la bruja.

—Falta ahora que Rosalía abandone esta casa.

—¿Y los papeles?

—Los tendreis, os lo juro; aquí en esta cartera están algunos documentos, los otros os serán devueltos mañana.

—Bien, prescindo de mi empeño con Rosalía, primero soy yo. [illegible] ya es tarde.

V.

Don Blasco tomó la bujía y se echó á andar seguido de la madre Paulina con direccion al aposento de la jóven.

Luego que llegaron á la puerta, Guevara tocó recatadamente.

La bruja comenzó á inquietarse.

Guevara tornó á dar golpes mas fuertes sobre la madera.

—Se habrá dormido.

—Seria un sueño muy pesado.

—Entremos.

—Entremos.

La estancia estaba sola. Don Blasco lanzó una imprecacion terrible.

—Miserable! me has burlado, exclamó la madre Paulina; pero yo daré contigo en la horca.

—Deteneos! deteneos! gritaba don Blasco, me habeis robado á esa jóven y conservais en esos papeles mi sentencia de muerte.

Salió corriendo, bajó las escaleras y siguió hasta el zaguan, que encontró perfectamente atrancado.

—¿Dónde, donde está? preguntó casi demente don Blasco.

—Quién, señor? contestó el portero.

—Esa bruja, esa hechicera infernal!

—Ave María Purísima! estais soñando, por aquí nadie ha pasado ni ménos salido, á nadie hemos visto.

—No, no he soñado, estoy seguro de ello, murmuró el desgraciado.

Y tornó á subir la escalera.

Al atravesar un pasillo el aire le apagó la bujía y quedó hundido entre las sombras.

CAPITULO XI.

LA TIENDA DE LOS COSACOS.

I.

Lino el mulato, despues de su trifulca en el Monte de las Cruces, y gozoso con haber embutido una bala en el cuerpo á fray Angel de la Divina Infantita, desperdigó la cuadrilla para que entrase cada cual como mejor pudiera á la capital.

El mulato sabia perfectamente las avenidas todas de la ciudad, así es que al dia siguiente se descolgó por el camino del Interior vestido de *arriero* y poniendo la fisonomia mas franca y honrada.

Vestia cotona y calzonera de cuero, y montaba una mula flaca y endiablada.

Llegóse á la tienda del tio Pablo, que ya hemos dicho que era receptador de cuanto le venia á las manos.

—Hola! Lino, dijo el tio Pablo, ya te esperaba, ese asunto de las *Cruces* era de mucha gravedad para que tú no te encon-

—Vaya con las tonteras del tio! si ahora mismo vengo de Cuautitlan con ocho dias de Querétaro.

—Precisamente decia que eras uno de los del Monte, luego que he visto el rumbo que traias, y te advierto que tengo un piquito de dinero y que si hoy no tratamos con *algo* de lo que traes, pierdes una oportunidad magnífica.

—No traigo mas que esta mula trotona, capaz de arrancarle el empacho al mismo Lucifer.

—Pierde cuidado, hijo mio, que esa jaca no comerá por mi cuenta un grano de cebada.

—La vendo baratísima.

—Ni dada, amigo mio, en cambio te compro los arneses.

—Esos no los puedo vender, los necesito mucho.

—Ahí está el *veneno*, pensó el tio Pablo, que conocia perfectamente á todos los truhanes.

—Te doy unos doscientos *grullos* por la silla vieja que trae tu mula.

—No me conviene.

—Pues entra y hablemos.

El mulato se entró en el pequeño patio de la casa del tio Pablo, desensilló la mula y puso los arneses en la trastienda.

—Estarás muy cansado.

—Sí, mucho.

—Toma un trago de catalan, esto siempre viene perfectamente.

—Estais muy liberal, tio Pablo.

—Con mis parroquianos estoy obsequioso en la víspera de arreglos, ¿no es verdad?

—Sí, tenemos algo que convenir, os vais á enriquecer de esta hecha; como que la *plata* pasta que traemos es de lo mejor.

Los ojos del tio Pablo brillaron en una irradiacion de codicia.

—Traemos otras prenditas que se tienen de convertir en monedas.

—Ya saben que soy todo de mis amigos y no ando regateando un ochavo.

—Ya, ya conocemos vuéstro desinteres.

—¿Y á que hora vendrán los compañeros?

—No deben dilatar, creia que ya estuviesen aquí; yo he dado un rodeo por las lomas de los Remedios hasta caer á este rumbo.

—Te la olí á leguas.

—Eso por sabido se calla; maldita aventura!

—¿La pasaron mal?

—Nos mataron á unos muchachos de lo mejor.

—Ese paradero tienen los valientes.

—Pero diezmamos á los *soplones* y matamos al fraile que capitaneaba la caravana.

—Pero como todo está compensado en esta vida, os hicísteis de todo su equipaje.

—De todo, tio Pablo, buena presa!

—No hay mal que por bien no venga, con la muerte de los muchachos son ménos al partir.

—Eso solo puede consolarme, el Zurdo se ha batido como un general.

—Mentando al ruin de Roma y él que se asoma, dijo el tio Pablo, al ver entrar en su casa al famoso bandido.

—Te dilatabas demasiado.

—Como que me han tiroteado los guardas y he tenido que huir como un desesperado.

—Pero ya estás sano y salvo, hijo mio, observo el tio Pablo.

—Perfectamente bueno y para serviros. Hola! muchacho! desapareja esas mulas que vendrán cansadas.

—Sí, señor amo, dijeron otros cuatro bandidos aparentando ser criados del Zurdo.

—Buen botin, decia el tio Pablo restregándose las manos de júbilo.

—Nuestro trabajo nos cuesta; ya dejamos á algunos de los

amigos bamboleándose en los árboles del Monte de las Cruces; canario! esto sí me pone de un humor endiablado.

—Cuidado con gritar mucho, ya sabeis que mi hija es una hipócrita endemoniada y no tolera nada que trascienda á manejos.

—Tio Pablo, sabeis que esa madama melindres es insoportable?

—Ya lo creo, pero no puedo ponerla en las cuatro esquinas.

—Teneis razon, pero debeis al menos acostumbrarla.

—Eso es imposible; ademas, que yo la quiero como á mi vida y----

—Vamos, vamos, no hablemos de eso porque sois el padrazo mas grande.

—Tienes razon; en fin, cada hombre tiene su flaco y el mio es esa niña.

—Cuidadla, porque el dia menos pensado os la birlan.

El tio Pablo dió un gruñido como de tigre.

—No os atufeis, amigo mio, la cosa no es para tanto.

—Que vengan los muchachos, dijo Lino, y vamos á hacer el reparto, para que cada uno tire para donde mejor le cuadre.

Los cuatro bandidos entraron en la trastienda con los bultos robados á la caravana de la inquisicion. Lino el mulato se sentó en el suelo y comenzó por abrir un cartapacio en que el reverendo fray Angel llevaba las onzas arrancadas al portugues.

Los bandidos hicieron una exclamacion y el tio Pablo se saboreó como si viese el mejor de los manjares.

—Cuenta tú, Nazario, esas monedas.

El bandido se retiró á un rincon del aposento, sin que á él ni á sus compañeros les ocurriese que podia cometer un fraude; los ladrones son los mas honrados en casos como el presente, y la razon era muy sencilla, donde el mulato le pillase una trácala al bandido lo despanzurraba incontinenti.

Siguió el reparto del robo con la mayor armonía del mundo. Fray Angel llevaba multitud de encargos para México, en cada

papelito iba una ó dos onzas de oro, alhajas, medallas de plata, y multitud de florecitas con escuditos, obsequios de sus hijas de confesion; llevaba ademas algunas imágenes pequeñas, como Vírgenes, Niños Dios y otras curiosidades para que las bendijese el señor arzobispo.

Todo aquel convoy religioso cayó en manos profanas.

—Vamos, tio Pablo, ya tiene V. para hacer una iglesia; tomese todo lo perteneciente á los beatos y estas diez onzas, y déjenos en paz.

—Diablo de roñosos! exclamó el tio Pablo, estais ricos como un Branciforte y regateais unas miserables onzas!

—No habeis ganado otras tantas en toda vuestra vida, viejo rapaz.

—No metamos jarana, echen otras diez y cuenta redonda.

—Ahí van cinco, dijo el mulato.

—Tú siempre has de meter tu cuchara, pareces un golilla; con que ocho y no hablemos mas.

—Convenido, dijo el Zurdo, y arrojó al tio Pablo las ocho onzas.

Esta liberalidad no extraña cuando cuesta tan poco ganar el dinero.

Cargaron los bandidos con su *reparto*. y cada uno tiró segun lo habia previsto el mulato.

El tio Pablo, Lino y el Zurdo se quedaron en la trastienda jugando un *cunquian*, mientras llegaba la noche.

—Lino, dijo el tio Pablo, te juego en la partida un par de caballejos que he comprado esta tarde.

—Qué tal clase?

—Buena para tus aventuras.

—De veras, tio?

—Ya los verás, no saben lo que me han vendido.

—Demonio! tengo una gran curiosidad.

—Asómate por la ventana, están atados á una de las pilastras.

Levantóse Lino y asomóse por los opacos cristales de la ventana.

—Por Satanas que son los mismos! ¿Donde estarán esos muchachos?

—Qué muchachos?

—Unos amigos á quienes ví pasar por el monte algunas horas ántes del asalto; deben estar muy mal donde se han deshecho de sus animalejos, es necesario buscarlos.

—Te parecen bien los caballos?

—Sí, y los juego contra cincuenta pesos.

—No, hijito, eso seria entregárselos á Lutero; los he comprado en cien para venderlos en cincuenta pesos menos del precio? no estoy loco, guárdate tu dinero.

—Juegan los cien pesos, tio Pablo.

—A ello respondió el viejo, y comenzó la partida.

El Zurdo estaba admirado de la *habilidad* de los dos jugadores, que en unos cuantos minutos apuraron cuantos elementos torcidos trae consigo el noble arte de Birjan.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando ya los caballos eran de Lino.

—Me has jugado á la mala, dijo el tio Pablo.

—Ese es vuestro juego, tio, y vos habeis sido mi maestro.

—No importa, ya jugaremos esta noche las pesetas.

—Convenido.

—Soy del juego, amigos mios, dijo con efusion el Zurdo.

—A todas entramos, respondió el tio Pablo, y embozándose en su *jorongo* se puso á silbar á la puerta de su tienda, mientras Lino y el Zurdo dormian agobiados del cansancio.

II.

Cayó la noche y el tio Pablo cerró su tienda.

—Hola! muchachos, habeis dormido tres horas largas!

—Es cierto, pero ya estamos recuperados, dijo el Zurdo.

—Echemos á andar, necesito estirar las cuerdas.

—Vamos.

—¿Volveis esta noche?

—Probablemente.

—Os espero?

—Sí, decididamente venimos á pasar la noche.

—Que no tardeis.

—Adios.

Luego que los bandidos desaparecieron, el tio Pablo se entró en el segundo patio, separó las hojas desvencijadas de una puerta y se entró en la parte interior de su casa.

La escena variaba enteramente de aspecto: la vivienda se componia de tres piezas elegantemente puestas con todo el lujo de la corte: la primera era una antesala con las paredes cubiertas de tapices de damasco encarnado con goteras y flecos de oro; en las paredes habia cuadros de pinturas esquisitas y los muebles de nogal primorosamente labrados; dos candelabros de bronce con cinco luces cada uno, llevando bujias de cera blanca que ardia en un chisporroteo imperceptible.

La segunda pieza estaba tapizada de terciopelo azul y tenia muebles del color del terciopelo, todo resplandeciente de oro.

Dos espejos inmensos annque algo angostos estaban á las paredes suspendidos de cordones de seda azul, y en el centro un retrato de cuerpo entero del marques de Croix, virey de México en esa época.

La tercera pieza era un oratorio magnífico.

El techo era un recojido de tafetan verde, teniendo por centro un floron de oro apagado, y los pliegues del tafetan se apoyaban en los lados del cuadrilátero con remates de oro fijos en una varilla del mismo metal.

Un altar de estuco y mármol en esa combinacion magnífica [illegible], se alzaba en la pared principal de la estancia, sostenien-

do una escultura admirable que representaba á Jesucristo en los postreros momentos de su vida.

Frente al altar habia un reclinatorio de nogal con un horario, lo que indicaba que una sola persona rezaba en aquel recinto.

Un Dios y un pecador!

El espíritu delante de su Criador al tocarse en el misticismo de la oracion.

III.

En el gabinete y recostada sobre los almohadones del sofá, estaba una jóven sumergida en una indolencia profunda.

La fisonomía angelical de aquella criatura estaba en armonía con aquella estancia.

Un rostro perfectamente delineado y cubierto de una intensa palidez, unos ojos negros y resplandecientes velados por unas pestañas rizadas y unas ojeras dulcemente amoratadas, la nariz recta, la boca nacarada y pequeña como un boton de rosa, la garganta torneada como la de la Vénus de Praxíteles, el seno elevado y agitado mansamente como las espumas de un lago, la cintura de avispa, los pies pequeñísimos y las manos de una blancura esquisita, que formaba contraste con la rosa de las uñas pulimentadas como el mármol.

La jóven tenia un vestido blanco, parecia que acababa de dejar el baño, porque sus cabellos caian sueltos y en profusion, flotando sobre su arrogante espalda.

Aquella criatura tendria diez y siete años; en su rostro se mostraba desde luego un abatimiento profundo, á pesar de ser la diosa de aquel retrete, de aspirar el perfume de las flores que habia en los búcaros del aposento y los aromas que arrojaban unos braserillos de plata; se mantenia en una postura indiferente, extraña á cuanto le rodeaba.

A sus pies estaba una jóven del pueblo que hacia los oficios de camarista, y en aquellos momentos ensartaba en un hilo de oro unos magníficos corales, mientras que su señora dormitaba como hemos dicho sobre los almohadones.

—Dormís? preguntó la camarista.

—No, el baño me ha languidecido y sueño despierta:

—Y qué soñais, señora?

—La imágen de ese hombre siempre delante....

—Ya le he dicho que cese de rondar la calle y que pierda las esperanzas de vuestro amor.

—Esta lucha es desesperada, yo le amo con frenesí, pero si llegamos á una inteligencia le costaria la vida.

—El está resuelto á todo, á todo como le digais una sola palabra de cariño.

—Oyeme, Luisa, tú sabes que Clavijero me guarda como á un tesoro, que me tiene sepultada en vida, que me rodea de cuanto puede halagar los sentidos de una mujer, y para librarse de la amenaza que pesa sobre él, no ha vacilado en proporcionarme unos amores que yo rehuso, con ese marques de Croix cuyo retrato ha hecho colocar en ese aposento.

—Lo sé, señora.

—Dándole á este asunto un aire de misterio, trae al virey, le hace grandes obsequios en esta casa, para comprar su silencio en esa trama oculta que....

—Pero el inquisidor os amaba.

—Yo lo comprendí; pero él jamas me lo dijo, y aun hoy apenas me indica la conveniencia de las relaciones con el marques.

—Y no sospechais?

—Nada, nada, murmuró la jóven y volvió su cabeza agobiada por un pensamiento tenaz é insistente.

Despues de un momento continuó:

—Cuando hablaste á don Félix?

—Esta tarde.

—Y bien?

—Me daba una carta para vos.

—Y la recibiste?

—Yo.... en fin.... él se empeñó tanto que....

—Has hecho mal, muy mal.... Y dónde está ese papel?

—Tomadlo.

La luz de la estancia era tan viva, que la jóven pudo leer desde su asi nto el contenido de la carta del galan enamorado.

"Señora: Estoy loco de amores por vos, y corro delirante tras una sola esperanza. Nada es la vida para poderla ofrecer en aras de ese cariño; pero estoy resuelto á perderla, á verter mi sangre toda por una sola mirada de vuestros ojos. Vedme á vuestros pies rendido y enamorado mas que nunca; concededme un solo momento para deciros que os adoro, y despues olvidadme si así os place.—Don Felix."

—Pero este hombre está verdaderamente loco!

—Así lo creo, señora, y si no le concedeis lo que tan rendidamente os suplica, va á matarse irremisiblemente, me lo ha asegurado esta tarde misma.

—Dios mio! exclamó la jóven, eso seria horrible, es necesario salvarle.... no, no quiero que vaya á cometer un atentado.... al fin con decirle que no puedo amarle es suficiente... creo que debo evitar un crímen.

—Eso mismo pienso yo, señora.

—Estoy resuelta, y le concederé una cita; haz llamar á tu padre.

Luisa salió del aposento y tornó á pocos instantes seguida del tio Pablo

—Me llamais, señora? preguntó el viejo trémulo de emocion.

—Necesito que busqueis al capitan de guardias don Félix de Quintanar.

—Al momento, señora.

—Es necesario que entre aquí esta misma noche; no se trata de amores, sino de un asunto de alto interes.

—Muy bien, señora.

—Si lo que va á pasar aquí esta noche llega á oidos del inquisidor....

—Me quemará mañana.

—No quiero decir eso precisamente.

—Ya comprendo, contad con mi silencio.

—Ya sabes que sé premiarlo.

—Lo sé; podrá indicarme la señora donde podré encontrar al capitan?

—Probablemente en su cuartel.

—Está bien.

Salióse el tio Pablo pálido como un difunto, porque el mandato de la señora lo ponia en un grave compromiso.

El inquisidor le habia confiado la guarda de la jóven y le pagaba liberalmente, confiado en su lealtad y buena fe; pero la señora se imponia altanera y pagaba tan bien, que el tio Pablo no podia rehusarse á servirla; esto traia el inconveniente, que una vez descubierto fuera ahorcado en su misma casa. Parvedad de materia, eso tenia de suceder tarde ó temprano con el muy bribon, así es que nada arriesgaba en la empresa.

Haciendo estas reflexiones se dirigió al cuartel de los guardias de S. E. el virey, y se encontró desde luego con el capitan don Félix.

IV.

Lino el mulato y el Zurdo paseaban á favor de la oscuridad de la noche, hablando siempre de sus proyectos de robos y otros asuntos por ese estilo; sonaba la *queda* cuando atravesaban la Plaza de armas, de donde habia desaparecido la horca por mandato de Revillagigedo.

—Lo que es aquí, ya no nos cuelgan, observó el Zurdo.

—Será mas adelante, contestó Lino, el negocio se ha trasladado á la plazuela de Mixcalco.

—Por eso guardo estos *polvitos;* en cuanto me sentencien me los echo al coleto y asunto concluido.

—Espero que me convidarás de ellos.

—Para todos hay.

—Convenido; pero ¿quién es ese loco que atraviesa á escape como un desesperado?

—Demonio! es el familiar del obispo de Michoacan.

—Hola! amigo mio, gritó el mulato.

El estudiante no lo escuchó, entonces el bandido lo tomó fuertemente por el brazo.

—Dejadme! gritó el estudiante.

—Eso no puede ser.

—Tomad el dinero que me queda.

—No se trata de eso, sino de que nos conozcais.

—Y para qué?

—Para salvaros.

—Quién sois?

—Lino, señor de Pedraja.

—Lino!

—Sí, vuestro amigo.

—Llegas en la hora mas desesperada de mi vida.

—Aquí me teneis para lo que pueda ofrecerse.

—Lino, me han robado á Rosalía! exclamó llorando el estudiante.

—¿Qué es eso de robar á una dama? dijo una voz robusta y vigorosa.

—Y qué os importa? preguntó con exaltacion Antonio Pedraja.

—Caballero, esa pregunta es inútil, llevo al cinto una espada y lo que acabais de decir compromete á un hombre galante á ayudaros en la empresa de buscar á una dama.

—Teneis razon, dijo Pedraja, y perdonadme el tono tan inconveniente que he usado.

—Apretad estos cinco, caballero, y decidme que podremos hacer.

Pedraja oprimió la robusta mano del desconocido.

—Decidme, si os place, vuestro nombre.

—Antonio Pedraja.

—Félix de Quintanar es el mio, capitan de la guardia del virey.

Lino y el Zurdo hicieron un movimiento como retrayéndose á las miradas del capitan.

—Pues vaguemos al acaso, dijo don Félix.

—Es que vos podeis hacer mucho por mí.

—Hablad.

—Me parece que la Inquisicion anda en el negocio.

—Malo.... malo!

—Me lo he sospechado y nada mas.

—Esa gente es terrible, amigo, pero no importa.

—Teneis amistad con alguno de esos señores?

—No puede llamarse precisamente amistad, porque los aborrezco cordialmente.

—Estoy perdido!

—Con veinte demonios! exclamó el capitan, no os desespereis, tomemos noticias del primer alguacil que se nos venga á las manos.

—Hacedlo todo, porque yo soy un forastero y no conozco á nadie.

— Afortunadamente yo no tengo mas ocupacion que aguardar la una de la mañana, hora en que debo estar espedito.

—Teneis cita?

—Precisamente, y este maldito reloj que anda tan despacio!

—La hora llegará, capitan.

—La espero con una impaciencia que podia llamarse *brutal*.

—Me gusta la palabra.

—Marchemos, señor Pedraja, y que ese par de tunos nos escolten; marchemos á ver á ese alguacil á quien le llaman Lanzarote, vive en uno de los suburbios mas retirados de los Angeles.

Los cuatro embozados comenzaron á andar conversando en voz baja, cuando vieron desembocar á dos mujeres de una de las callejuelas y ponerse en la vía que va directamente á los Angeles.

—Hola! dijo el capitan, dos buenas mozas; apretemos el paso, puede ser que hagamos lance.

—Serán viejas tal vez; eso de andar en la calle á estas horas no es muy católico que digamos.

—Amigo mio, por ver no se paga; van á pasar junto á ese tendajo, echemósles el guante.

Y al acercarse á una de las mujeres reconoció á Rosalía á la luz pálida que arrojaba el moribundo candil de la tienda.

—Es ella! exclamó lleno de gozo.

Don Félix, que era un hombre ducho en aventuras, se lanzó sobre Rosalía tapándole la boca con el pañuelo, porque preveia que á los gritos de socorro, acudiria una ronda y esto acaso perjudicaría á la jóven.

—Vamos, cargad á esa señora, se ha desmayado; y tened cuidado de no molestarla.

El Zurdo, que era un atleta, se echó la leve carga á sus espaldas de Hércules y siguió rumbo adelante sin saber donde dirigirse.

La vieja portera de don Blasco, ducha tambien en estos lances, guardó silencio y se escurrió bonitamente sin que nadie pensara en detenerla.

—Caballero, me habeis salvado, murmuraba el estudiante lleno de alegría; vuestra inspiracion ha sido la de.... en fin, soy feliz, he encontrado á Rosalía....! vos no sabeis cuanto la amo, figuraos que la Inquisicion es terrible.... me caso con ella.... pues no faltaba mas que cuando el cielo me la devuel-

ve yo desperdicie la oportunidad de llevarla al altar.... sereis mi padrino; porque como debeis comprender, yo necesito un hombre cualquiera que me apadrine, es decir, un padrino.... qué bueno sois, capitan.... y donde la llevamos?.... decid... hablad, yo os lo suplico.

—Pero si todo os lo decís, qué diablo voy á contestar!

—Vamos á la casa del tio Pablo, dijo Lino el mulato.

—Adónde? preguntó con extrañeza el capitan.

—No lo habeis oido? á la casa del tio Pablo.

—Lo conoces?

—Es uno de nuestros mejores amigos.

—Pero yo no comprendo como....

—Es muy fácil, somos parroquianos antiguos de su casa de comercio y hay confianza para llevar á esta señora.

Quedóse el capitan reflexionando en la rara coincidencia de aquel encuentro.

—Sí, dijo Pedraja, yo no conozco al tio Pablo, pero debe ser un honrado y cumplido caballero; marchemos á su casa, por supuesto que yo dormiré en el zaguan; porque eso sí, á mí nadie me gana á delicado; ese señor don Pablo verá como me porto; no llevo á Rosalía á la casita que habia tomado, porque la descubrirán y entonces desandábamos todo el terreno ¿no os parece, señor capitan?

—Sí, me parece todo lo que vos querais. Hola! bellaco, ya te habrás cansado, yo llevaré á cuestas un rato á esa dama, á bien que estamos cerca de ese zangarro infernal del tio Pablo.

Diciendo y haciendo, tomó en hombros á la dama, y con la mayor facilidad del mundo y á pesar de las súplicas y cumplimientos de Pedraja, el capitan se llevó á la dama hasta descansarla en el quicio de la tienda del tio Pablo.

—Vamos, señorita, hemos llegado.

—¿Quien sois, caballero?

—Quién ha de ser, el capitan don Félix de Quintanar, el me[illegible], dijo Pedraja.

—Silencio, dijo el capitan, apartaos que os comprometeeis.

Pedraja se retiró, esquivándose de Rosalía.

—Señora, permitid que bese vuestra mano, dijo don Félix.

Rosalía tendió su delicada mano al caballero y este la besó con profundo respeto.

—Cáscaras! murmuró muy por lo bajo don Félix, jamas mis bigotes han rozado cútis mas encantador.

—Yo os doy las gracias, caballero, pero os suplico que no nos abandoneis hasta dejarnos completamente tranquilos.

—Os doy mi palabra de honor.

—Gracias, capitan.

V.

Lino se habia adelantado, llamó á la puerta y el tio Pablo vió con asombro á don Félix y al desconocido acompañados de una dama.

—Se necesita de vuestros servicios, dijo don Félix arrojando una bolsa repleta de oro al receptador.

—Estoy á vuestras órdenes, señor capitan.

—Teneis una hija recatada.

—Gracias al cielo.

—Lo único bueno y virtuoso que existe en todo este barrio de bribones.

—Ese es mi orgullo.

—Pues bien, la señorita va á ser recibida en tu casa.

—Al momento.

—Le guardarás cuantas consideraciones son debidas á una dama.

—Serán cumplidas vuestras órdenes.

—Cuanto quiera, cuanto necesite.

—Está bien.

—Y sobre todo, silencio y mucho silencio.

El tio Pablo inclinó la cabeza.

Rosalía hizo un saludo al capitan.

—Y vosotros, dijo este dirigiéndose á Lino y al Zurdo, cuidado con una imprudencia, porque os cuesta las orejas.

—Ya! murmuró el mulato.

—Estos muchachos, observó Pedraja, son de entera confianza.

—Bien, bien, vámonos y buenas noches.

Los bandidos se quedaron en la tienda del tio Pablo, mientras este llevaba á Rosalía á la apartada habitacion de su hija.

VI.

El capitan y el estudiante se alejaron una cuadra de la casuca del tio Pablo.

—Ahora os toca á vos, señor de Pedraja.

—Contad conmigo.

—Me vais á hacer la centinela.

—Dadme vuestros pistoletes.

—Ahí están.

Y desprendiéndose las armas de la cintura se las entregó al estudiante.

—La una va á dar, á esa hora debo concurrir á la cita de la mujer que amo.

—Sed feliz, capitan.

—Ignoro si será un lazo.

—Comprendo perfectamente.

—Cuando oigais ruido de estocadas....

—Acudiré como el primero.

—Si dilato dos horas, penetrad en la casa del tio Pablo y hacedle á viva fuerza que os conduzca adonde yo voy esta noche.

—Luego vais á entrar á donde está Rosalía?

—Caballero, vos no me conoceis, estad seguro que vuestra novia será respetada en esa casa mas que si se tratase de la dama á quien pretendo.

—Creo en vuestra palabra.

—Os empeño mi honor; ignoro el término de esta aventura, pero estoy ciego y necesito llegar hasta donde está la luz, aun á costa de mi existencia; el misterio mas profundo me rodea y voy á tientas; espero encontrar á una mujer y puedo hallar la punta de un puñal.

—No lo digais, capitan.

—En fin, la suerte está echada y no hay mas que resignarse; yo no tiemblo sino ante la perspectiva de ser burlado.

—No lo creo, capitan, nadie se atreveria á semejante absurdo.

—Vos no sabeis de mundo.

—Puede ser; pero yo os aseguro que quien tenga de habérselas con vuestra espada lo pensará antes detenidamente.

—Sea de ello lo que fuere, estad en guardia.

—No me separo de aquí por ningun motivo.

—Si por acaso os detiene alguna ronda, tomad este papel, aquí está la *contraseña* de esta noche.

—Bien, ya nada tengo que temer.

En aquel momento sonó la una en el reloj de la Catedral.

—Es la hora, adios.

—El os proteja.

El estudiante reconoció las pistolas, mientras don Félix se encaminaba á un costado de la casa del tio Pablo.

Abrióse un postigo que parecia condenado, salió un embozado y tomando por el brazo al capitan le dijo en voz muy baja:

—Seguidme.

Y los dos encubiertos desaparecieron por el postigo, como los hubieran tragado las sombras de la noche.

CAPITULO XII.

EL ALGUACIL LANZAROTE.

I.

La Inquisicion de México, ese edificio sombrío con sus paredes de tezontle y su gran fachada, está situado en el ángulo noreste de la plaza de Santo Domingo, esa plaza histórica en cuyo centro hay una fuente con una águila sobre un nopal, perpetuando el recuerdo de la fundacion de México por los aztecas.

Dice la tradicion que los pobladores de este encantado valle, que segun aseguran los geólogos se asienta sobre el apagado cráter de un volcan, determinaron levantar la ciudad en el sitio donde se parara la primer águila de las muchas que se cernian bajo aquel cielo bellísimo y despejado.

El águila no se hizo esperar.

Era una ave gigante cuyas alas tendidas al viento proyectaban una densa sombra que parecia acariciar el agua y deslizarse por los prados.

Revoloteó la reina del espacio algunos instantes y fatigada

desendió á un *nopal*, que se alzaba en el centro de una laguna. Al caer sobre aquel asiento, pedestal de su soberbia, arrebató con su terrible garra una serpiente y la llevó á su corvo pico, oprimiendo á la víbora que se agitaba en las convulsiones de la agonía.

Esa figura arrogante simbolizó el imperio azteca, fué una prenda de conquista y hoy se ostenta orgullosa en el pabellon sagrado de México independiente.

II.

A la derecha del edificio de la Inquisicion está el templo de Santo Domingo, cuyo convento era una sucursal de inquisidores, y tan distinguida órden contaba entre sus prohombres un virey.

La Inquisicion á la hora en que vamos á entrar en ella, tenia un pequeño farol casi en agonia, y sus patios y corredores estaban envueltos entre las sombras.

Las doce acababan de sonar en la torre de Santo Domingo.

En la portería del tribunal habia una guardia, y sentado en un sillon de vaqueta un alguacil de vigilancia.

La ciudad dormia profundamente, así como los guardas todos de la poblacion; las rondas habian cesado y el silencio no era interrumpido sino por esos ecos que nadie sabe de donde vienen ni qué los produce.

A lo largo de la calle de Medinas, adelantaba el paso una sombra, que tal parecia una mujer totalmente envuelta en su manto y con su saya escurrida.

Atravesó la plazuela y se llegó á las puertas del Santo Oficio.

—Ave María! dijo con voz gangosa.

—Por siempre alabada! contestó medio durmiendo el alguacil; ¿qué se ofrece?

—Nada, hermano, traigo aquí dos órdenes que presentar á vuestra merced.

—Veamos, respondió el alguacil, y se acercó al farol.

El alguacil era un hombrecillo pequeño, enjuto como una anguila, de ojos vivos como relámpago, cejijunto, con el labio inferior muy pronunciado y un bigote rubio y retorcido. Movia su cabeza de ganso entre la gola como un rehilete, y veía de continuo á todas partes.

—Bien, dijo al fin, elegid á quien quereis ver primero.

—A la mulata, señor Lanzarote.

—Cuidado, que puede ser la de Córdova y escaparse pintando un barco en la pared.

—No digais majaderías, señor Lanzarote, que hasta se encrespan los pelos al escucharos.

—Vamos, señora, que tengo un sueño espantoso.

—Ya os sigo.

El alguacil atravesó los patios, pasillos y corredores y llegando á los calabozos sacó un manojo de llaves, vió el número que correspondia y abrió la puerta.

En el fondo de aquella cloaca estaba una mujer tirada en el suelo y casi desfallecida.

Unos enormes grillos puestos en sus pies le habian rozado el cútis hasta hacerle sangre, y sus manos estaban con esposas que las oprimian dolorosamente.

—Teneis una suerte decidida, diablo de bruja! dijo Lanzarote; aquí está la órden de libertad.

La infeliz Camila contestó con un hondo suspiro.

La vieja con una habilidad sorprendente ayudó á quitar los grillos y esposas á la mulata.

—Estás salvada, dijo la vieja al oido de Camila.

La jóven se estremeció; habia creido reconocer el acento de aquella mujer.

—Salgamos, hija mia, salgamos, que el señor de Lanzarote tiene que tomar una botella á vuestra salud.

Lanzarote alargó la mano y recibió una moneda de plata que la vieja le dejó caer.

—Marchaos y esperadme en la plazuela, dijo la vieja á la mulata; aun tengo que hacer una visita.

Camila salió del Santo Oficio y fué á sentarse en la puerta del atrio de la iglesia, pensando siempre en aquella mujer cuya voz le traia tan dolorosos recuerdos.

—Cual es el calabozo del señor Treviño? preguntó la vieja.

—Este, y no os permito mas de un cuarto de hora; ved que hace una noche de perros y quiero dormir.

—Descuidad, señor Lanzarote, con tres palabras que hable á ese reo es suficiente.

Lanzarote se fué á tomar su asiento en la portería de la *casa*, mientras la mujer se entró al calabozo de Treviño.

III.

—¿Qué me quereis? preguntó asustado el portugues.

—Nada, os vengo á visitar.

—Y quién sois?

—Una mujer que desea salvaros.

Treviño no podia distinguir entre aquella oscuridad á la vieja; le parecia que la voz se alzaba de algun rincon del calabozo.

—Y bien?

—Podeis salir en libertad si consentís en comprometeros á lo que vengo á proponeros.

—Hablad.

—Llevais una cartera ó la teneis en algun lugar secreto, en que están unas cartas del señor don Blasco de Guevara.

—No, yo no tengo nada, me tendeis un lazo para dar conmigo en el tormento.

—No os alarmeis, querido señor Treviño, esos documentos servirán para salvaros.

—En caso de tenerlos me perderian; pero yo no poseo nada, ni conozco á ese caballero.

—Frájil sois de memoria.

—Pero decidme, en nombre de quien venís?

—En el mio, caballero, y lo creo bastante para tener el honor de ser recibida por vuesamerced.

El portugues guardó silencio.

—Va á llegar el momento de las declaraciones y os arrepentireis de no haberos prestado á mis insinuaciones.

—No sé de que me hablais, ni lo que quereis decirme.

—La cosa es mas que sencilla, hay una correspondencia entre un aventurero que comerciaba con los piratas africanos y un señor de Guevara complicado en el mismo asunto.

—Callaos, por compasion!

—Parece que nos entendemos.

—No; pero temo que esas palabras me lleven á ese tormento que es mi pesadilla.

—No seria muy dificil; indicadme el paradero de esas cartas.

—Cuál es vuestro interes?

—Qué os importa?

—Es que Guevara es mi amigo íntimo y no quiero comprometerlo; esa correspondencia seria un escándalo en la corte de Madrid.

—Y vos no sabeis que Guevara está en México?

—En México?

—Precisamente.

—Dios mio!

—Qué teneis?

—Nada, ese hombre me salvará á toda costa.

—Es que yo haré que no llegue á sus noticias vuestra des-[illegible] mercad á ese nombre supuesto que llevais, será impo-

—Os digo que calleis por compasion!

—Bien, callaré á precio de esas cartas; ellas están dirijidas á un hombre que no es conocido, ademas que una sola persona comprende la clave.

—Es verdad; pero esa mujer es mi enemiga y descubrirá esos crímenes que ya el tiempo ha envuelto en un sudario.

—Temeis á esa mujer?

—Ella puede llevarme al cadalso.

—Teneis cuentas pendientes?

—La fatalidad!

—La ingratitud!

—Dios mio! esa voz, esa voz otra vez!

La vieja lanzó una carcajada estridente y convulsa.

—Soy presa de un sueño horrible, murmuró Treviño.

—Las cartas, insistió la vieja.

—Me garantizais que saldré de estas mazmorras?

—Os lo afirmo.

—Y qué uso vais á hacer de esos papeles?

—Ya lo vereis mas tarde.

—Oidme por compasion.

—Hablad.

—Mi hermano se ha salvado merced á que no ha aparecido un solo documento que le condene, yo lo mezclé en esa trama infernal que rehusaba; pero su nombre está en estos papeles, ved que ellos le matarian.

—Descuidad, mis planes no se extienden hasta él, que goza de buena reputacion en la Península.

—Es que he oido murmurar su nombre en la corte de México.

—No hagais aprecio, hay muchos parecidos; ademas esa indagacion os haria sospechoso y mas aún en un lugar donde todo es espionaje.

—Pues bien, os voy á entregar los papeles; pero hacedme salir de aquí porque yo solo sé el sitio donde se encuentran.

—Juradme que no llevais encima esa cartera.

—Os lo juro.

—Yo te haré caer, pensaba la bruja, cuando ménos lo esperes.

—Qué pensais?

—Que es necesario un golpe de mano.

—Estoy pronto.

—Lo sé; á pesar de vuestra pretendida ancianidad sois fuerte como un oso; siempre estos hombres del mar son audaces hasta la temeridad.

—Que calleis os ruego!

—Nadie nos escucha.

—Indicad lo que tenemos qne hacer.

—Llamo á ese raquítico alguacil, lo encerramos en el calabozo, tomais su capa y sus armas, y punto concluido.

—Bien, llamadlo.

La vieja se fué en derechura á la portería.

—Maese Lanzorote, he concluido, venid á cerrar el calabozo.

—Andando, que ya me habeis molestado mas que si me hubieseis echado al *potro*.

—Jé! jé! jé! decia riendo la abominable vieja, estais de humor esta noche; sois gracioso, señor de Lanzarote.

El alguacil llegó al calabozo, reconoció al preso con la linterna sorda y dijo con arrogancia:

—Ya nos la pagareis, ojalá que pudiéramos quemar á todo el Portugal.

—No seria malo, dijo la bruja dando á Lanzarote un fuerte empellon por las espaldas, que lo hizo caer en medio del calabozo.

Treviño, desplegando una fuerza que no revelaba bajo su apariencia raquítica, oprimió con una rodilla el pecho del alguacil, lo desarmó, le quitó la capa, y lo encerró en esa estancia donde la voz humana no encontró jamas un eco en sus aflicciones.

Bufaba rabioso Lanzarote; pero los calabozos distaban mucho del lugar donde estaba la guardia y no eran escuchados sus gritos.

—Estoy hechizado! una bruja me ha hecho maleficio! gritaba el infeliz dándose de calabazadas de furor impotente.

Treviño pasó entre los soldados sin ser conocido, la bruja dió las buenas noches y los dos personajes desaparecieron por uno de los ángulos de la plazuela.

IV.

A la mañana siguiente el oficial de la guardia dió parte de que el alguacil de vigilancia Luis Lanzarote habia desaparecido.

Cuando el alcaide fué á dejar á los presos el alimento, no quiso detenerse en el calabozo de Treviño.

—Muérete de hambre, maldito portugues! carguen todos los diablos contigo! no te daré un pedazo de pan sino hasta la noche. Cómete las ratas, que bastantes hay en el calabozo, hereje del demonio!

Murmurando estas melifluas palabras se alejó el alcaide, dejando en situacion mas difícil á Lanzarote.

Llegó la tarde, y el desdichado alcaide abrió el calabozo.

Cual fué su sorpresa al encontrarse con el alguacil!

—Malditos seais, dijo Lanzarote, me teneis hecho un tigre enjaulado y hambriento.

—Dios mio! ¿pero qué significa esto?

—Significa que la bruja me ha hechizado.

—¿Qué bruja?

—La que vino anoche.

—¿Y el portugues?

—Se largó.

—Uf que responsabilidad! ¿pero por dónde?

—Por la puerta.

—Y cómo lo dejásteis salir?

— Porque me dejó encerrado.

—Me parece sospechoso todo lo que pasa aquí, tal vez os habeis vendido.

—Callad, porque os ahogo!

—Esa cólera me es mas sospechosa.

—Mirad que cometo un atentado!

—Eso es mas sospechoso todavia.

—No le busqueis tres pies al gato, porque....

—Nada, está bien, daré parte de lo ocurrido y disculpaos como podais.

—Vos teneis la culpa, os dormísteis como un podenco y yo por no despertaros fuí á abrir el calabozo á la vieja.

—Pero con qué órden?

—Con ésta.

Lanzarote buscó las órdenes del inquisidor y de Guevara; pero la vieja habia tenido cuidado de extraérselas del cinturon luego que lo vió tendido en el suelo.

—Ya lo veis, murmuró el alcalde, todo ha sido obra vuestra; habeis relajado el órden de la *casa*, os aprehendo en nombre del Santo Oficio.

Un guanton dado sobre el rostro del alcaide, fué la respuesta á tal intimacion.

El alcaide vió las estrellas, y aunque ese espectáculo es grandioso, no le hizo mucha gracia que digamos, así es que dió contra Lanzarote con el manojo de llaves, rompiéndole el bautismo.

Esos fueron los primeros golpes, despues continuaron tan rapidamente los subsecuentes que se volvió el calabozo un campo de Agramante.

Acudió la guardia, que para separar de una manera humanitaria á los combatientes les dió una de palos que en un tumbo de dados los desquebraja.

El oficial de la guardia del Santo Oficio, determinó encerrar á ambos en el calabozo para que se reconciliasen ó acabasen el pleito pendiente.

Luego que el señor inquisidor recibió el parte de lo ocurrido, trató de echar tierra sobre el negocio, temiendo que apareciese su órden, y determinó que se levantase una informacion reservada sobre la fuga de Treviño, y se pusiese en absoluta libertad al alcaide y á Lanzarote, amonestándolos con que serian castigados severamente si volvian á romperse las narices.

CAPITULO XIII.

CONATO DE HOMICIDIO.

I.

La madre Paulina salió violentamente de la Inquisicion seguida del portugues.

Hemos dicho que la bruja era una gitana á quien Treviño habia burlado, abandonándola despues en las costas africanas, y que merced á ese comercio que aun hoy se hace por los traficantes negreros á pesar de los buques ingleses, la jóven se encontraba en América.

Temiendo ser perseguida por su orígen gitano, se habia disfrazado de beata.

En Valladolid habia encontrado á Treviño y quiso descubrirse; pero su instinto vengativo la hizo amurallarse en el silencio mas profundo, meditando una revancha sangrienta.

Fingióse anciana, participó solamente de su secreto á Lino el malato que la acompañaba, y á quien habia librado de la esclavitud en México.

Ya vimos de la manera con que el miserable pagaba una deuda de tanta valía, robando á su protectora.

La gitana, durante el tiempo que Treviño la habia tenido en España, conoció al hermano mayor de este, á Guevara y á otros muchos amigos que concurrian á la casa de su amante y estaban iniciados en esa trama oscura de sus negocios.

La gitana robó á Treviño cuantas cartas podian comprometer tanto á él, como á sus cómplices, calculando que podian servirle en alguna ocasion.

Cuando la jóven se encontró al despertar de su letargo en las arenas de Africa, juró vengarse de su amante. La ocasion no podia ser mas propicia; el portugues llevaba consigo á su hija, y esa criatura podia ser la prenda de una venganza.

La madre Paulina, como llamamos á Zaida, sacó del Santo Oficio á Treviño para llevarlo á una casa donde guardarle en estrecha prision bajo el amago que tenia sobre su cabeza.

Caminaban los dos siniestros personajes seguidos de la mulata, rumbo á Tlaltelolco; en ese recodo que hoy se llama Puente del Clérigo se detuvo la bruja y dijo al portugues:

—Hablemos un instante mientras tomamos descanso.

—Hablemos, respondió sombríamente Treviño.

—Os he sacado del poder de la Inquisicion.

—El portugues no respondió.

—Me debeis la vida; porque vuestra nacionalidad y vuestras riquezas os sentenciaban cuando ménos á una deportacion perpetua, ¿no es verdad?

El portugues guardaba el silencio mas profundo.

—El negocio mas grande para vuestro corazon os trae á la capital, es decir, la esperanza de encontrar á vuestra hija.

Treviño arrancó de su pecho un hondo suspiro y dijo con voz apagada:

—Estoy á vuestra merced, creí por unos momentos conoceros, sé que me he engañado, os ví despues como una aparicion en la montaña de las Cruces, entónces os tuve miedo, miedo

horrible que ha dejado aterrorizado mi espíritu.... sí, como nunca lo habia sentido. Vos estais iniciada por artes del diablo en los secretos de mi existencia, y sabeis que nunca he temblado ante ningun peligro; pero que hoy me encuentro vacilante, anonadado.... será tal vez este hondo pesar que me roe el corazon.

Treviño inclinó la cabeza y comenzó á llorar.

—Llorais? dijo la bruja con acento trémulo por una satisfaccion salvaje.

—Sí, lloro por mi hija, por ese amor nunca sentido, por ese cariño que ha puesto límite á los desórdenes de mi vida y me ha hecho concentrar todo mi ser, todo mi aliento en esa criatura á quien Dios ha infiltrado todo el candor purísimo de la virtud.

—Así lloraba, dijo sombríamente la bruja, un infeliz padre á quien fué arrebatada su hija por un señor poderoso; así lloraba una madre desgraciada al ver perdido el fruto de sus lágrimas y de sus sacrificios; así lloraba una mujer abandonada!

—Por compasion, no lanceis á mi memoria esos recuerdos que os confieso me espantan.

—Bien, guardemos silencio sobre ello puesto que vos lo quereis, y hablemos sobre vuestra hija.

El portugues se arrodilló delante de la bruja, y con acento profundamente conmovido le dijo:

—Todo lo espero de vos, he llegado á creer en un ser misterioso que todo lo puede, á vuestro paso han caido los cerrojos de la Inquisicion, y á vuestro prestigio cede lo mas formidable; vos podeis volverme á mi hija!.... Escuchadme, yo no tengo que ofreceros sino mis riquezas, aceptadlas.... tomad: con esta órden que entregueis á un portugues comerciante, pondrá á vuestra disposicion sumas enormes de dinero; yo os lo entrego, pero ofrecedme al ménos que veré á mi hija.

La vieja tomó el papel, lo dobló cuidadosamente, y lo puso dentro del escapulario que llevaba al cuello.

—Responded por compasion! decia Treviño, siempre arrodillado.

—Si supiera este miserable, pensaba la bruja, que lo he sacado de la Inquisicion precisamente para perderlo!

—Me lo ofreceis, señora?.... sacadme de una situacion tan desesperada.

La bruja no contestó una sola palabra.

—Esto es horrible, exclamó el portugues, levantándose del suelo.

—Sigamos nuestro camino, que son las dos de la mañana.

Treviño comprendió que no debia tener esperanza y se resolió á librarse á todo trance de aquella infernal mujer.

II.

Apenas habian andado un cuarto de hora, cuando se dejó oir un ruido de aceros, y gritos pidiendo socorro, y las carreras de la ronda, y voces de daos á prision en nombre del rey, y confusion de clamores.

—Detengámonos tras estos paredones, que por aquí hay zambra, dijo la bruja.

Treviño, la mulata y la vieja se escurrieron tras unas ruinas, y esperaron el fin de aquella aventura.

Calmóse el ruido, alejáronse los pasos y la noche volvió á recobrar su silencio.

—Todo ha concluido, dijo la vieja, sigamos nuestra marcha.

—Y á dónde me llevais, señora? dijo el portugues.

La vieja siguió andando sin responder.

Detúvose Treviño y dijo resueltamente á la bruja:

—Seguid, que yo tomaré el camino que mas me agrade.

—No hareis tal, respondió la madre Paulina.

—Ya me conoceis, y no avanzaré un solo paso.

—Cuidado con enfadarme!

—Estoy resuelto á todo.

—Andad, y no armeis gresca, porque todo será en vano.

—Que no quiero! dijo el portugues alzando la voz.

—Vamos, y reflexionad todo el riesgo que correis.

—Lo he medido ya.

—Calculadlo bien?

—Lo he calculado.

—Todo?

—Todo.

—Menos esto, respondió la bruja, y sacando una pistola de debajo del manto, la preparó con una violencia extraordinaria.

Treviño no aguardaba semejante cosa, así es que se quedó como petrificado delante de aquella mujer, que con el pulso firme le habia puesto el cañon de la pistola en direccion á su cabeza.

—Andad! gritó la vieja, ó disparo.

El portugues no dudó un momento de la verdad de aquella amenaza, y dijo para salvar su amor propio:

—Decidme al ménos el sitio á donde vamos?

Adelante, caballero, no tengo que daros explicacion alguna.

—Pero....

—Una sílaba mas y os levanto la tapa de los sesos.

No habia remedio, era necesario ceder.

Treviño, con los ojos encandilados de rábia, se movió pausadamente.

—Acelerad el paso y no me desespereis; porque os juro que dejareis de existir esta noche.

Treviño comenzó á temer por su vida, comprendió que iba en calidad de prisionero, teniendo delante la perspectiva horrorosa de aquella hidra, que por sus palabras revelaba un antiguo resentimiento. El portugues temblaba como todo hombre ante la rábia de una mujer; porque la resolucion en una alma débil es una de las cosas mas terribles.

Resignarse á ser una víctima paciente, no entraba en el caracter audaz del aventurero, así es que se afirmó en la idea de deshacerse á toda costa de la bruja.

Aparentó ceder, y dijo con voz apacible á la madre Paulina:

—El recuerdo de mi hija me sujeta á estas humillaciones y no el miedo á la muerte, podeis creerlo, señora.

—Sea como vos querais, respondió la bruja; seguidme y es cuanto yo os exijo.

—Estoy á vuestras órdenes.

III.

La madre Paulina se dejó seguir; porque no podia creer que Treviño invocase á su hija en un arranque de hipocresía.

Qué cierto es que los corazones mas encallecidos suelen responder á esa voz del sentimiento humano!

El portugues comprendió el efecto de sus palabras y continuó:

—En otros tiempos me hubiera sonreido de este instrumento de muerte, porque lo he visto cerca de mí tantas veces!.... pero hoy no me pertenezco, mi existencia está en una de esas fases en que el espíritu se doblega, las propensiones enérgicas no tienen su desarrollo y hay algo que se siente junto á nosotros que nos acobarda.

Al seguir en su discurso, se acercaba mas y mas á la madre Paulina, que parecia meditar en las palabras de aquel hombre.

—Os he dicho, continuaba Treviño, que estoy dispuesto á daros toda mi sangre, si lograseis entregarme á esa criatura.

Estremecióse el portugues, porque siempre el recuerdo de Rosalía era tan vivo, que no permitia confundirse con la trama siniestra que traia como una sombra sobre su carazon.

—Vamos, veremos, respondió la bruja; y luego añadió por lo bajo: ya te tengo entre mis garras, ya voy á saborear toda la hiel de mi encono, todo el veneno de mi venganza; sí, voy á

desquitar tantos años de angustias horribles y de sufrimientos---- al fin el destino me lo pone en mis manos---- su estrella siempre luciente se apaga---- La suerte me lo trae---- cuando me hallé perdida, sola, abandonada---- me arrodillé en las abrasadas arenas africanas y le pedí al cielo justicia---- me ha escuchado al fin---- sí, ya estoy á su lado, y ni aun lo sospecha---- ¿qué dirá el miserable cuando caiga la máscara de mi rostro, esa máscara horrible que ya me pesa, y oiga el acento de Zaida, el acento terrible de la mujer burlada, pidiéndole cuentas de su porvenir----? Sí, yo voy á enloquecer---- Esperar---- esperar---- y cuando ya la esperanza se iba extinguiendo como el fuego de una hoguera, alzóse de improviso un sol de felicidad---- de felicidad sombría; porque la dicha ha huido para siempre de mi corazon!---- ¡pobre de mí!---- pobre de mí!----

No bien habia murmurado estas últimas palabras, cuando Treviño cayó sobre ella como un tigre, asióla de la garganta, como si una sierpe se le enroscara, y apretó tan violentamente que la desgraciada no pudo articular ni una queja ni un grito.

Aflojáronsele los brazos, que habia llevado al cuello para deshacerse de las ligaduras; sus piernas se pusieron rígidas; su cabeza cayó hácia atras.

—Está muerta! dijo Treviño poniéndola en el suelo.

Las tocas y el manto se arrancaron de la cabeza de aquella desgraciada, y la mata de su pelo se desgajó por sus hombros en la caida.

Treviño tomó la linterna sorda para buscar el escapulario donde la bruja se habia guardado la órden para la entrega del dinero, y la luz dió de lleno sobre el rostro de aquel cadáver.

Contempló unos momentos el portugues aquella fisonomía, sus ojos amenazaron escaparse de sus órbitas, su rostro se desencajó como el de un espantado, y de sus lábios trémulos ó mas bien de su pecho se arrancaron estas palabras:

—Ella!.... Ella!.... Zaida.... la gitana.... Dios mio!... Dios mio!....

Desprendióse la linterna de sus manos, y al ruido que hicieron los cristales que se estrellaron contra las piedras, acudió la mulata.

Treviño escuchó los pasos, y exclamó desesperado:

—La fatalidad me sigue, envolvámonos en su manto como en el sudario de mi porvenir.

Y dando otra mirada al cadáver se envolvió en su capa y se echó á andar como impulsado por la mano de su destino.

IV.

—Camila levantó la linterna y alumbró á la madre Paulina.

—La ha asesinado.... ¡Socorro!.... ¡socorro!.... ¡socorro!...

La noche seguia en silencio.

—Infeliz! exclamaba Camila, infeliz! muerta por ese hombre á quien acababa de salvar de la hoguera!

Oyéronse ladridos de perros y pasos de gente que acudian al sitio donde Camila estaba envolviendo en el manto el cadáver de la gitana.

—Daos á prision! dijo el alcalde.

—Señor, han asesinado á mi protectora.

—Luego se le tomará declaracion. Y por qué habeis cometido ese crímen?

—Yo no soy asesina; un hombre que va huyendo es el que ha cometido el delito.

—Esta mulata tiene cara de embustera, dijo al alguacil; ella y no mas ella debe haber estrangulado á esa vieja.

—Yo os juro por la Vírgen que no he sido.

—Razon de mas, todos los tunantes son devotos.

—Callad, maese Pica-Anzuelo, que esas son cosas muy sérias.

—Lo dicho, señor alcalde, y ojalá que los muertos hablaran, veríais si yo miento; pero la desgracia es, ese silencio que se empeñan en guardar los difuntos cuando ya están muertos.

—Vamos, dijo el alcalde, ganapanes, cargad ese cadáver en una manta y llevadle al *depósito* para que mañana lo reconozcan sus parientes si los tiene; y si no, que no lo reconozcan.

—Eso se llama hacer justicia.

—Por algo me ha nombrado el rey alcalde.

—Me parece que el cadáver resuella todavia.

—Tanto mejor, cargad con él ú os voy á mandar pegar una zurribamba de palos.

—Al momento, señor mio, dijeron dos sugetos de la ronda, y pusieron á la madre Paulina en una manta.

—Yo me voy con la *rca* para la cárcel á formar la averiguacion, y vos, maese Pica-Anzuelo, id con la comitiva á donde os tengo dicho.

—Está muy bien.

—Aguardad.

—Señor?

—Que no se fugue el cadáver, ved que es un caso terrible de responsabilidad.

—Está muy bien.

—Aguardad.

—¿Qué?

—No le permitais hablar con alma viviente.

—Señor, si los cadáveres no hablan!

—Es que este resuella todavia.

—No me acordaba.

—Aguardad.

—¿Señor?

—A propósito de resuellos.....

—Vuestra señoría lo tiene muy gr. nde.

—No, no es eso, esculcad á esa bruja cuando esteis en el *depósito*, y guardad todo para el rey.

—Está bien.

—Aguardad.

—Señor, ya amanece.

—No importa, queria deciros que no *todo* fuera para el rey, reservad una parte para nosotros.

—Por sabido se calla, señor alcalde; S. M. el rey es bastante rico para ocuparse de estas frioleras, así es que nosotros heredamos á esta bruja aunque resuelle.

—Eso, eso es precisamente lo que quise deciros, me habeis comprendido á las mil maravillas.

El alguacil Pica-Anzuelo se marchó con la mitad de la ronda llevándose á la madre Paulina, mientras que el señor alcalde se encaminó á su casa á tomar descanso y primera declaracion á la mulata.

V.

Seguia Pica-Anzuelo con su convoy, cuando se le metió en la cabeza que la bruja debia tener algunas oncillas que pelarle.

—Alto la ronda!

Los ganapanes pusieron en el suelo á la vieja.

—Retírese la ronda, que voy á practicar una diligencia con la *occisa.*

—Cuál? preguntó un alguacil.

—No os importa! retiraos, ya está abierta la tienda de esa esquina, id á tomar un trago, y volved.

A sordos se lo dijeron, la ronda se precipitó en masa á la vinatería.

Pica-Anzuelo comenzó un registro escrupuloso.

Hemos visto como la madre Paulina habia amartillado la pistola, y preparada se la puso al cinto para un evento.

El alguacil tiró de ella, y la pistola se disparó con la mayor facilidad.

—¡Muerto soy! gritó Pica-Anzuelo, y echó á correr en busca de sus compañeros.

Estos al oir la detonacion, como era muy natural, se pusieron en fuga sin preguntar siquiera lo que pasaba.

El aire de la madrugada comenzaba á soplar, iniciando una de esas mañanas húmedas de julio.

La madre Paulina cedió á la fuerza de la estrangulacion, que por ser momentánea ocasionó simplemente una conjestion, que cesó luego que las ligaduras dejaron de oprimirla.

Treviño la juzgaba muerta, así como la infeliz mulata á quien el alcalde hizo poner en cuerpo de patrulla.

El estallido de la pistola hizo volver por completo á la gitana, que llevó instantáneamente las manos al escapulario en busca del papel.

—Aquí está, dijo con voz trabajosa, me he librado milagrosamente; ya me la pagará ese asesino.

Y apoyándose con dificultad á las paredes de la calle, desapareció cuando ya el alguacil Pica-Anzuelo regresaba, repuesto del formidable susto que le causó el disparo.

Los otros alguaciles acudieron con refuerzo de unos soldados, y vieron con asombro que la muerta habia desaparecido.

VI.

El señor alcalde Jimenez de Pinillos tomaba declaracion á la mulata, que trémula de miedo apenas podia responder al interrogatorio.

—Conque sois africana?

—Sí, señor.

—Precisamente de Africa?

—Así lo creo.

—Y qué religion teneis?

—La católica.

—Pues qué, se usan por allá los católicos?

—Mis amos me enseñaron en México.

—Bien, y por qué la matasteis?

—A quién, señor?

—A quien ha de ser? á ella, yo no sé como se llama.

—Os juro que estoy tan inocente como vos, señor alcalde.

—Ea! silencio y cuidado con comparaciones ni paralelos. ¿De qué arma usásteis?

—De ninguna.

—Vamos, señor escribiente, poned que con las manos cometió el homicidio.

—Si no he dicho tal cosa!

—Eso no lo escribais. ¿Y con qué objeto la matásteis?

—Sobre que no la maté, señor.

—Con que no, eh?.... pues entónces quien la mató?

—Un hombre á quien habia sacado de la Inquisicion.

—Hola! hola! la cosa se presenta de una manera alarmante. Y no sabeis con qué motivo?

—No, señor.

—Ni lo que ocasionó la riña?

—Iba yo á larga distancia, cuando escuché el pataleo de la pobre vieja.

—Eso del pataleo me huele á complicidad; insisto en lo que he dicho á maese Pica-Anzuelo, que si los muertos hablasen, la verdad saldria limpia como la hoja de una espada al desenvainarla, ¿digo bien?

—Perfectamente, respondieron los asistentes y el escribano.

—Pues entónces, poued el parte y remitid á esta mujer á la cárcel de corte.

No bien el escribano habia trazado las primeras letras del

oficio, cuando el alguacil Pica-Anzuelo se presentó en la estancia seguido de los alguaciles.

—Qué pasa, maese? preguntó azorado el alcalde.

—Cosas verdaderamente graves y maravillosas.

—Hablad, hablad.

—El cadáver de la vieja ha echado á correr.

—Lo dije! exclamó el alcalde; no en vano os le recomendé tanto; yo sé lo que me digo, en esto de los crímenes soy hombre avezado; contad, contad las circunstancias.

—Pues señor alcalde, estos hombres y yo quisimos descansar un rato, á cuyo efecto pusimos al susodicho cadáver en la banqueta; estos hombres se ocupaban en rezarle un sudario, porque sabeis que son buenos cristianos, cuando al decir *Pater Noster*, cataplam!

—¿Qué, reventó la vieja?

—No, señor, nos disparó á quemaropa un pistoletazo.

—Guardadme la pistola, es el cuerpo del delito.

—Estos hombres lo primero que les ocurrió fué echar á correr.

—En ese punto estamos de acuerdo, yo hubiera hecho otro tanto, pensó el alcalde.

—Naturalmente, continuó el alguacil, yo los seguí á toda prisa para convencerlos de....

—Sí, entiendo.

—Estos hombres se detuvieron como era natural en la vinatería.

—Con otra *naturalidad* de esas que me conteis de estos *hombres*, los soplo á la cárcel.

—Pues señor alcalde, cuando volvimos, estos *hombres* y yo, naturalmente encontramos que la vieja habia desaparecido.

—¿Y la pistola?

—Ignoramos el contenido de la pregunta.

—Escribid, señor alguacil, escribid, es necesario que el señor

alcalde del crímen se ponga al tanto de estas abominaciones jurídicas y criminales que pasan en el foro de Nueva España.

El alguacil tomó la pluma y el alcalde dictó poco mas ó ménos el siguiente parte:

"Señor: El infrascrito que abajo firma, da parte á V. S. que anoche encontró andando á un cadáver que respiraba todavia, en union de la matadora. Doy así mismo parte de que la relacionada difunta, luego que se vió en la calle y puesta en una banqueta, dijo: pies, para qué os quiero, y se fugó haciendo un fuego mortífero sobre los alguaciles, no se sabe si con instrumento cortante, por no parecer el proyectil ni el instrumento; constando del dicho de los testigos solamente la detonacion, que acompaño para conocimiento de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años.—El alcalde de la ronda de las doce á las cinco de la mañana."

—Podeis firmar.

El alcalde tomó la pluma y escribió: *Francisco Xavier Ximenez de Pinillos.*

La mulata lloraba en silencio, por lo tanto sus lágrimas nada podian en el ánimo del alcalde.

Lleváronla á la prision, donde se la recomendó por haber matado á una mujer que resultaba *viva.*

CAPITULO XIV.

DAMA Y GALAN.

I.

La hija del tio Pablo escuchó pisadas y vió unos bultos que se deslizaban en el patio interior de la casa. Llamole la atencion ver á una mujer entre aquel grupo de hombres, y sin poder contener su curiosidad se acercó.

—Hija mia, dijo el tio Pablo, te necesitaba para hacerte un encargo.

—No hay mas que hablar.

—Esta señorita es novia de un caballero amigo mio, se encuentra perseguida y no tiene mas apoyo que nosotros; yo la fio á tus cuidados, ya sabes cuanto es mi amor hácia á tí, y jamas te pondria en contacto con una mujer que no fuera digna de tu amistad.

Rosalía levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Luisa y un rayo de simpatía se crnzó entre aquellas almas hermanas.

—La señorita, dijo Luisa, me inspira un gran interes, desde luego le ofrezco mi amistad si ella se digna aceptarla.

Rosalía tomó entre sus manos la mano que la jóven le presentaba y la cubrió con sus lágrimas.

—Aquí, dijo Luisa, aquí sobre mi corazon; desde hoy seré la confidenta de vuestros sufrimientos; venid, venid conmigo.

—Ya lo sabia, dijo el tio Pablo, viendo la nobleza de su hija, sobre que he dicho que eres un ángel! vamos, esta criatura va á acabar por hacer de mí otro hombre.

Luisa tomó del brazo á la jóven hija de Treviño y la introdujo en su departamento.

—Sentaos y decidme que deseais?

—Nada, todo lo que ha pasado me parece un sueño, no sé si estoy despierta ó sigo en esta pesadilla horrible.

—Pobrecilla! exclamó Luisa, tratando de tranquilizar á la jóven.

—Hace algunas horas que la Inquisision trataba de apoderarse de mí; despues una mujer, un ángel salvador, me sacó de esa terrible casa donde se tramaba contra mi honor, despues.... un rapto.... no sé quien me ha traido aquí, debe ser la Providencia que nunca me ha abandonado!

—Sí, dijo Luisa, la Providencia, porque aquí nada teneis que temer; mi padre es un hombre burdo, mal educado, pero tiene buen corazon; ademas, que sois mia, enteramente mia, y no consentiré jamas en nada que pueda ofenderos ni molestaros.

—Y conoceis á la persona que me ha traido á vuestra casa?

—Sí, es el capitan don Félix de Quintanar, guapo, mozo, galan, enamorado y hombre de aventuras; pero de honor á toda prueba.

—¿Y qué objeto le llevaría al arrancarme de esa mujer, que me llevaba yo no sé dónde?

—No lo sé, él venia acompañado de un jóven que le llamaban Pedraja.

—Dios mio!.... estoy salvada.

—Luego conoceis á ese caballero.

—Sí, es mi novio, con él he venido á México, estamos próximos á casarnos, seguramente él aconsejó al capitan lo del rapto.

—No hay duda, puesto que teneis tales antecedentes.

—¿Y se ha ido?

—Aquí no entra ningun hombre, respondió la jóven.

—Pero yo, si lo teneis á bien, desearia verle; de él depende mi porvenir, yo os lo suplico.

—Bien, lo vereis, es muy justo, mañana vendrá aquí, y entónces....

—Sí, delante de vos declarará ese hombre que no es mi amante y la pureza de sus intenciones.

—Bien, bien, se hará como vos lo deseais.

—Gracias, gracias!

—Ahora esperadme, la una acaba de sonar y necesitamos recogernos; conque adios y descansad.

—Adios.

—¿Cómo os llamais?

—Rosalía.

—Hermoso nombre.

—¿Y vos?

—Luisa.

—Pues bien, Luisa, hasta mañana.

—Adios, Rosalía.

II.

La hija del tio Pablo se marchó en seguida al postigo por donde el capitan don Félix debia penetrar á la casa donde se verificaria la cita concedida por Amparo.

El tio Pablo introdujo á don Félix.

—Mi hija lo quiere, decia el viejo, luego debe estar muy bien hecho y muy bien pensado.

—Venid, caballero, dijo la jóven, tomaos de mi brazo, no conoceis el terreno y podríais haceros mal.

—Sea en buena hora, respondió don Félix, y entregando su mano á Luisa atravesó los patios, entró en un corredor y se halló de improviso en la cámara de la señora de sus pensamientos.

Al aspecto de tanto lujo y riqueza, el jóven tuvo una sospecha y frunció el ceño con visibles muestras de descontento.

—Pasad, caballero, que la señorita os aguarda.

Don Félix penetró animosamente y se halló frente á frente de Amparo, que estaba inmensamente hermosa.

—Señora, dijo algo cortado el capitan, me siento tan feliz en este momento, que falta hasta el aliento en mi pecho.

—Sentaos, capitan, respondió dulcemente la enamorada jóven.

Don Félix se dejó caer en aquel estrado y aproximándose sin querer á Amparo, que lo atraia como el pájaro á la serpiente, le dijo:

—Habeis consentido en hablar conmigo, y os estoy profundamente agradecido.

—Estoy ansiosa por saber lo que me teneis que decir, caballero.

—No lo adivinais?

—Os confieso que no.

—Pues oidme.

—Ya os escucho.

—Capitan humilde de los guardias del virey, rondaba por estos suburbios mas bien por dar vuelo á mi mal humor, que por guardar el órden en la ciudad.

—Eso se comprende desde luego, dijo sonriéndose la jóven.

—Una de esas noches en que parece conjurarse el cielo en nuestra contra, llegué al cementerio de esa capilla triste de Santiago, me senté en el quicio, y dormí profundamente. Los

soldados de la patrulla no quisieron despertarme, pero la campana que llamaba pausadamente á la misa, me hizo volver de mi sueño. Levantéme de aquel sitio; el aire era tan penetrante, que me entré en el templo esperando que amaneciese.

—Luego no estabais ahí por devocion?

—No sé mentir, señora.

—Proseguid.

—Apoyado en la fuente del agua bendita, veia entrar á los vecinos, cuando llegó una dama cubierta completamente con su velo, y seguida de una doncella y dos pages. Acercóse á la fuente, entónces instintivamente le presenté el agua, que ella tomó con sus dedos blancos y delicados. Al traves de aquel velo centellaban dos ojos como unos soles y se trasparentaba el marfil purísimo de su frente. Cuando aquella dama murmuró con voz imperceptible: "gracias, caballero," aquel acento me pareció un remedo de la voz de los serafines. Adelantóse por la nave semioscura y entre las sombras crepusculares distinguí un talle gallardo y una magestad que subyugó mi corazon y todos mis sentidos: yo amaba á aquella mujer, no sabia quien era, no lo sé aun y sin embargo la idolatro. No pensé seguirla por temor de ofenderla, y esperé el domingo siguiente buscando ansioso y delirante la ocasion de verla; ella me encontró en el mismo sitio, y yo volví á tocar aquella mano encantadora á cuyo contacto me estremecia por un afan desconocido.

Pasaron así tres domingos; entónces comencé á rondar estas calles sin saber la puerta por donde se entraba mi desconocida, ni aun podia sospecharlo; la casualidad hizo que encontrase mas tarde á vuestra doncella, que me hizo jurar bajo mi palabra de honor que no la seguiria.

Yo lo hice, y lo he cumplido, contentándome con dirigirle unas letras, manifestacion apasionada de mi cariño. Un dia, señora, el mas feliz de mi existencia, recibí un aviso de que se me concedia una cita. Ese momento que he esperado un año, un año mortal en que he apurado los sufrimientos mas espanto-

sos y las contrariedades mas terribles; pero al fin estoy á vuestros pies, al fin puedo acercarme y deciros con la voz del alma que os adoro!

—Alzad, capitan.

—No, yo debo estar de rodillas; despreciadme ahora si os place, arrojadme de vuestra presencia, mi alma está satisfecha con haberme acercado á vos---- perdonadme, sí, necesito vuestro perdon, por haberos amado; pero Dios ha encendido en mi alma este fuego inestinguible---- eterno---- insaciable!----.

Arrebatada la jóven por el lenguaje apasionado del capitan, oprimió su mano contra su pecho y le dijo excitada por el cariño que se revelaba en su alma:

—Don Félix, apelais á la verdad de mis sentimientos y yo debo corresponder á ese llamamiento; os amo, pero entre los dos hay un abismo, os he hecho venir hasta aquí para daros una despedida eterna.

Don Félix inclinó su frente como herido por un rayo.

—Es increible! murmuró el desgraciado.

—Y sin embargo, es la verdad.

—Pero una verdad espantosa!---- Llegar á las puertas del cielo, hablar con los ángeles, ver los horizontes de luz del porvenir para hundirse despues en el abismo sin fondo de la desgracia!---- aceptar para siempre esa noche sin término del olvido---- de la muerte! no no, la muerte seria un bien, porque ella es la cesacion del sufrimiento, el signo de ese llanto arrancado á las tribulaciones amargas del espíritu!----

—Callad por compasion! ved que yo participo de vuestras angustias; pero creedme, este es un amor imposible, un amor que causaria mas desgracias aun que la nuestra.

—Decidme al ménos si me es dado á costa del sacrificio mas grande que se conoce en el ánimo inspirado de un hombre, salvar los inconvenientes que me rodean.

—Respetad mi secreto.

—Señora, en nombre del cielo sacadme de este caos espantoso en que me habeis lanzado.

—Os digo que es imposible, capitan.

—Pues bien, yo no retrocedo un paso, no sé con quien voy á luchar, las tinieblas me rodean; pero yo no busco ya mas que la muerte.

—Y quereis la mia?

—No, no, pero vos decís eso para retraerme.

—Os encuentro superior á los demas hombres, valiente, generoso, y me duele veros sobre una senda que va á parar á un abismo.

—Hasta ahora, señora, nada me ha amedrentado; pero aun suponiendo que hubiese sentido miedo, delante de este amor inmortal me haria un héroe!

Levantose don Félix y tomando su sombrero dijo profundamente á la jóven:

—Adios, mi destino está echado, desde hoy camino con una venda en los ojos; ignoro donde me llevará este frenesí, pero estoy decidido á todo; os pido perdon anticipadamente, sé que voy á causaros males incalculables, os ruego que no lo achaqueis á falta de consideracion ni de generosidad, pero no tengo dominio sobre mi espíritu, os repito que voy arrastrado por un torrente impetuoso, envuelto en las olas tumultuosas de la desesperacion.

—Os tengo miedo, capitan, y me arrepiento de haberos hecho concebir una esperanza haciendo llegáseis hasta mí. Sea lo que fuere, capitan, yo estoy en la atmósfera del infortunio y no agravareis mi situacion.

Don Félix se sintió helado ante aquella mujer, que veia con desden la carrera de sacrificios que intentaba emprender en un rasgo de su carácter romanesco.

—Vuestro valor, vuestra abnegacion, cautivarian á un corazon ménos espansivo que el mio, que converge hácia lo grande y lo sublime.

—Lo sé, señora, y por eso os amo con delirio.

—Caballero, puesto que insistís en vuestro amor, es necesario revelaros el misterio de mi existencia.

Don Félix tomo asiento y esperó á que la dama comenzase su relato.

III.

Oscurecióse un tanto el semblante de Amparo como si acudiese á su faz la tormenta de sus recuerdos.

—Nací en uno de los pueblos mas humildes de la Península, mi padre era uno de los capitanes mas antiguos del ejército español, cuando á consecuencia de sus años colgó su espada y se retiró á la vida de familia. Yo tendria cinco años, crecí á su abrigo, y todos sus ahorros se invirtieron en mi educacion. Desde luego me hice notable por esta circunstancia, en aquellos tiempos en que se descuidaba tanto la instruccion de la mujer. Mis maestros tomaron empeño tan decidido, que revelaba á la memoria los hechos mas gloriosos de nuestra historia y sabia mucho de lo que hoy ignora la sociedad distinguida de nuestro país. En aquella época, acaso la mas feliz de mi vida, la muerte vino á arrebatarme á mi padre y quedé huérfana y desamparada.... Perdonad, caballero, si aun pago con estas lágrimas un tributo á ese desgraciado anciano, sombra protectora de mis primeros años!....

Don Félix escuchaba con vivo interes á aquella mujer, absorbiéndola con sus miradas y con su aliento.

—Uno de mis maestros me presentó en la corte como á la hija de Alfonso Núñez el veterano, y el rey me acogió con tal solicitud, que á los pocos dias me hizo dama de la reina María Luisa. Vos no conoceis, capitan, las intrigas de la corte; comenzaron á llenarme de acechanzas, á requerirme de amores, á

darme serenatas, inquietando á las señoras de la corte que me veian con envidia, lo que halagaba mi orgullo de mujer; en fin, caballero, me hicieron la dama de moda, y cuando se llega á ese lugar, á ese emporio, no hay mas porvenir que el hundimiento, la muerte tal vez!---- Una noche en que la reina se encontraba enferma, el rey salió de la cámara solo, me halló á su paso y me dijo: "Doña Amparo, es necesario que lo sepais, os amo," y sin añadir una palabra mas, se fué á su departamento. Aquella declaracion capaz de trastornar el juicio á una mujer menos reposada que yo, me causó una pena terrible; desde aquel instante la tranquilidad huyó de mi alma, y la tristeza mas profunda cayó sobre mi existencia. Pasaban los dias, el rey visitaba con mas frecuencia la cámara de María Luisa, esperando la oportunidad de hablarme que yo siempre esquivaba. Desgraciadamente, capitan, caí enferma y---- una noche----

—Seguid! gritó el capitan, que me estais asesinando!

—Don Félix! replicó la dama con altanería, hasta hoy mi frente no se ha humillado ante nadie y ved que la llevo alta, muy alta!

—Perdonad á mis zelos, tened compasion de un desgraciado!

—Decia que una noche llamó el rey don Cárlos á la puerta de mi estancia, y yo sin sospechar que viniese á mi casa y á esas horas, grité descuidada: "adelante." Cuál fué mi sorpresa al ver al monarca llegarse hasta mi lecho y tomar asiento en el próximo sillon!

—Señor, qué haceis? cualquiera pensaria que----

—Nada temais, la hora es avanzada y á favor de este disfraz he penetrado en vuestra casa.

—Ved que estais exponiendo mi honor.

—Soy el primero en respetarlo.

—Entonces no comprometais á una mujer desgraciada.

—Amparo, dijo el rey, ha luchado mi amor con todo lo que me rodea que es espantoso, he querido huir de vos, alejarme para calmar la pasion que me devora; pero todo ha sido en

vano, queria imponerme á este cariño recordando á mi esposa y á mis hijos; pero todos estos obstáculos parecian aproximarme mas y mas á vos.... falto de fuerza, vencido, humillado, llego hasta vos para ofreceros mi corazon en el silencio lúgubre de mi existencia.

—Es un amor imposible, señor.

—Sí, Amparo, imposible y por eso es mas vehemente!....

—Es necesario ponerse la mano sobre el corazon, desgarrarle si es necesario; pero triunfar; porque el crímen sirve de sombra á ese sentimiento en el terreno en que nos encontramos.

—Es verdad.... adios, y conservad al menos un recuerdo bueno de mí!

—Un favor antes de marcharos.

—Hablad.

—Necesito salir mañana mismo de Madrid y regresar á mi pueblo, de donde no debí haber salido.

- Pensadlo bien.

—Estoy resuelta.

—Tomad la vénia de la reina y partid!....

—Gracias, dije oprimiendo la mano que el monarca me tendia y besándola llena de reconocimiento.

—En aquel instante la puerta de mi gabinete se abrió con estrépito, y á la luz de la lámpara pude contemplar el rostro lívido de la reina.

—Sois un infame! dijo encarándose al rey. Vos, señora, una ingrata; habeis burlado esa fé que depositaba en vos con un cariño generoso.

—Señora, V. M. me acusa, y soy inocente.

—Sí, inocente, repitió el monarca; os confieso, señora, que en un momento de locura he penetrado los umbrales de esta estancia, pero que esta criatura se ha mostrado digna.

—Callad, y no añadais á la ofensa la mentira.

—Salgamos! gritó el rey lleno de furor; y tomando por un brazo á la reina la sacó casi á fuerza de la estancia.

— Miserable! decia María Luisa, me habeis ultrajado delante de vuestra manceba.

—Yo me eché á llorar desesperada, resuelta á abandonar la corte y hasta España si era necesario: convenid, capitan, en que la desgracia era injusta conmigo.

—Señora, sí, muy injusta, murmuró D. Félix.

—A la mañana siguiente, ya en tren de camino, fuí detenida por el alcalde del crímen, acusada de haber querido envenenar á la reina.

—Pero esa trama es abominable! gritó el capitan.

—Cuando la envidia y la maldad se alían, no hay remedio, es necesario entregar el cuello á la fatalidad. La corte entera condenó mi conducta y mis enemigos tuvieron un pretesto para vengarse de las humillaciones que yo les habia causado involuntariamente. Todos pedian un escarmiento, y yo deseaba la muerte, la muerte, capitan; porque el término de aquel proceso era el cadalso y yo no tenia valor.

—Y el rey, señora, os dejaba en ese trance?

—Comprendereis que nada podia hacer en esa situacion excepcional; ya en la corte se murmuraba que estaba enamorado de mí, y su intercesion equivaldria á una complicidad.

—Yo hubiera arrostrado por todo.

—Gracias, capitan, ese rey desgraciado no tiene vuestro valor.

—No sentiría, decid mas bien, este cariño que yo abrigo por vos y ante el cual todo es pequeño.

—Un dia ví penetrar en mi prision á mi tio el abogado don Pedro Núñez de Clavijero: aquella visita extraña me causó una impresion desagradable; sabed, capitan, que ese hombre, como todos los hermanos de mi padre, le habia abandonado á su suerte, cuando merced á mis servicios habian tenido un nombre con que presentarse al rey. El monarca al prendarse de mí, protegió á don Pedro hasta el grado de tolerar rumores siniestros, que le acusaban, así como á mi otro tio don Alvaro,

de no sé que connivencia con los piratas de Gibraltar. Don Pedro es hombre de talento y se hizo un lugar en la corte de S. M., hasta llegar á ser su consejero y confidente. Cuando lo ví en mi calabozo, no se me ocultó que algo grave venia á tratar conmigo.

—Querida sobrina, extrañarás mi visita, me dijo; pero un negocio de sumo interes, un sentimiento de familia, me obliga á presentarme.

—Yo guardaba silencio.

—Se trata nada ménos que de tu honra y de tu existencia comprometidas de una manera desastrosa.

—Lo sé perfectamente, y ya he tomado mi resolucion.

—Podrias comunicármela?

—No tengo inconveniente, lo he meditado mucho pero al fin me he decidido: entre el cadalso y el suicidio opto por este sin vacilacion.

—Estamos perfectamente de acuerdo.

—Y bien?

—Con una sola diferencia, yo quiero que vivas muerta entre los vivos.

—No os comprendo.

—Voy á explicarme: de todos los testimonios de ese proceso fraguado por los aduladores de la reina, resulta á no dudarlo el cargo espantoso de *regicida;* porque la justicia tiene todo el plan, la combinacion, y hasta el veneno que debias propinar á la magestad de María Luisa.

—Trama infernal!

—Sí, pero inconjurable.

—Estoy perdida; pero yo me salvaré.

—Escúchame: merced á un tósigo, simplemente narcótico, pasarás por muerta; yo me encargo de extraerte de la tumba y partirás conmigo á América donde voy nombrado inquisidor.

Yo me quedé meditando.

—Reflexiona, querida Amparo, que no hay otro medio para salir de esta borrasca.

—Lo acepto.

—Entonces Pedro Núñez de Clavijero sacó un pomo y me lo entregó.

—Esta noche, Amparo, y mañana estás salvada; adios!

—Adios!

IV.

—El inquisidor se alejó y yo quedé satisfecha de encontrar un medio que me arrancase de las manos impías de esos miserables; lo aceptaba, no por amor á la vida, sino con la esperanza de vindicarme alguna vez y que mi nombre pesase en las conciencias de los malvados. Vertí el narcótico en un vaso y lo apuré hasta las heces. A los pocos momentos el vértigo mas terrible acudió á mi cabeza, turbóse mi vista, los oidos zumbaban hasta atarantarme y mi corazon paralizaba sus latidos.... Despues nada sentí, es que habia entrado en la plenitud del sopor y del narcótico.

—Cuidé de escribir una carta quejándome de la injusticia y motivando en ella mi determinacion de suicidarme.

El alcaide ocurrió á mi calabozo, seguramente dí sin voluntad algunos gritos; el infeliz hombre dió parte y Madrid entero supo el suicido de la dama predilecta de María Luisa.

— Desperté en el cementerio y dentro de la caja.... la impresion mas fuerte de mi vida, capitan!

—Lo creo, señora.

—Fué una noche de tormento terrible; yo rompí la madera de la caja, que cedió al momento por estar preparada para un caso; me eché fuera y comencé á vagar como una loca, llena de un terror espantoso.

—Abrióse la puerta del cementerio y entró Núñez de Clavijero.

—Has despertado ya?

—Sí, sacadme; porque temo seriamente la muerte.

—Permanecerás esta noche en la casa del sepulturero hasta mañana.

—Bien, pero pronto.

—Lindando con la barda estaba la humilde casuca del guarda-panteon, la casuca tenia una ventana para el cementerio, desde donde percibí mi entierro.

—Funesta impresion!

—Sí, capitan, yo siempre rodeada de lo mas lucido de la corte, ví asistir á la ceremonia solamente uno que otro curioso; todos se alejaban mas bien que del féretro de una suicida, del cadáver de una mujer que habia caido en desgracia con la reina.

El inquisidor me sacó al fin de aquella mansion de espanto, y bajo la apariencia de una criada vine en el buque que nos trasladó á América. Yo conocia en todo la noble mano del rey.

Don Pedro, temiendo que al presentarme en la corte de México, no tardaria en saberse mi nombre y mi historia, me ha hecho encerrar en esta casa de modesta apariencia, donde vivo sola y desesperada.

—Sois muy desgraciada, murmuró don Félix.

—Ese miserable ha revelado el secreto al marques de Croix, actual virey, me lo ha presentado como un confidente de un secreto que no debia nunca haberle confiado, y ese hombre, capitan, se permite requerirme de amores. Don Pedro ha colocado su retrato en este aposento, y á fuerza de verlo he acabado por detestarle; sí, don Félix, el virey se ha dejado decir que tenia en sus manos mi destino, que el rey le mataría despues, pero que él satisfaria una venganza.

—Terrible situacion!

—Sí, terrible, hacedla mas negra si quereis.

V.

Oyóse un silbido prolongado y Luisa entró á pocos momentos pálida por la emocion.

—Señora, señora, ellos son! venid, capitan.

—Id, don Félix, permaneced en la casa hasta que salgan.

—Pero pronto, decia Luisa, sin poder contener su emocion.

Don Félix salió apresuradamente, y conducido por Luisa, se entró en el aposento de Rosalía.

La jóven dió un grito al reconocer al capitan.

—Ella otra vez! murmuró don Félix, y sus miradas se fijaron con entusiasmo en el rostro encantador de aquella mujer.

CAPITULO XV.

LANCES Y RELANCES.

I.

El inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero y el virey Branciforte penetraron en el aposento de Amparo.

El marques de Croix era un hombre delgado, de nariz aguileña, lampiño, de labios finos, frente deprimida, y todo el rostro color de escarlata; los ojos surcados de venas denunciando la tendencia á los licores embriagantes.

Branciforte tenia mal corazon, y era uno de tantos hombres á quien el fanatismo de Carlos IV habia colocado en el dosel de Nueva España.

Branciforte tenia un gran defecto, la avaricia; al encontrarse en las Indias, se propuso enriquecerse á costa de las arcas públicas y de las particulares, llegando su codicia hasta el grado de propagar la idea de que era de mal tono llevar *perlas* en el tocado, dándole preferencia al *coral.* Las señoras de la corte siguieron la corriente de la moda, y Branciforte compró una

cantidad fabulosa de *perla*, haciendo esta operacion por medio de sus agentes.

Enterados nuestros lectores de lo que valia el señor marques de Croix, seguimos el hilo de nuestra historia.

Amparo cambió naturalmente de fisonomía, haciéndola alegre y burlona, que tal era el carácter que se habia propuesto seguir con aquellos personajes.

—Amparo, dijo el marques, no debeis extrañar mi visita á esta hora; graves asuntos de Estado me han detenido en el despacho.

—Su Excelencia el señor virey puede venir á esta su casa cuando lo tenga á bien.

—Gracias, señora.

—Y vos, querido tio, prosiguió la jóven, os veo cabizbajo y triston.

—Algo de eso, sobrina mia.

—Es que toma á pechos todas las cuestiones, dijo el marques.

—Pues hace muy mal, la vida es una broma aunque pesada, y es necesario no salirse del terreno bajo la pena de ponerse de mal humor.

Branciforte comenzaba á picarse con el tono de la jóven.

—Y vos, señora, nada encontrais de sério en la existencia?

—Sí, el pasado, porque en él están las sombras de nuestros padres y esa edad en que los purísimos velos de la ilusion se tienden delante de nosotros; velos que se disipan momentáneamente para entrar en la realidad tranquila de la vida.

—Amable sobrina, dijo Clavijero, has hecho una disertacion digna de un filósofo.

—Puede ser; acaso no tenga el mérito de ciertas consultas que S. E. tiene sobre el bufete de su despacho, pero esta conserva el tinte de la verdad.

El inquisidor se mordió los labios.

—Estais terrible esta noche, Amparo, dijo el virey.

—Es que mi señor tio en todo habla con misterio; esto es racional atendido el oficio que desempeña en la corte de México.

—Cuidado con bromas, el tribunal de la Fé no se presta mucho que digamos á esas sátiras.

—Voy conociendo, dijo el virey, que vuestra sobrina no carece de razon.

Clavijero se sonrió por complacer á su amo; pero estaba ardiendo de coraje.

—Yo, señores, dijo Amparo, vivo tranquila sin inquietarme ni de la autoridad vireinal, por cierto muy respetable, ni de la no ménos terrible del Santo Oficio.

—Veo, señora, observó el marques, que esas aclaraciones no son del caso, si me lo permitís.

—Efectivamente, marques, son dichas por lo que pudiera importar en nuestras relaciones amistosas.

Diciendo esto tendió su mano á Branciforte, quien la llevó respetuosamente á sus labios.

—Me ahogo de calor, dijo Clavijero, y bajo el pretesto de tomar aire pasó á la pieza inmediata, dejando solos á la jóven y al marques.

II.

—Señora, dijo Branciforte, hoy vengo resuelto á terminar de cualquier modo el empeño que me trae hasta vos.

—Cuidado, marques, vuestros humos os llevan siempre á extremos terribles.

—Dejad por compasion ese tono, sed la que sois ó por lo ménos la que debíais ser.

—Perdonad, caballero, para mí son un misterio vuestras palabras.

—Amparo, vuestro carácter no es ese que aparentais; sois sen-

sible, apasionada, comprendeis los sentimientos mas elevados del espíritu y os empeñais en vulgarizaros.

—Le doy las gracias á S. E. por lo mucho que me favorece.

—Es que mi amor os causa hilaridad y me haceis víctima de vuestras sátiras siempre sangrientas.

—Dejadme así, señor, porque de tomar á lo sério vuestro amor, tendria que deciros cosas que os sonrojaran.

El marques volvió la cabeza.

—Ya lo veis, prosiguió Amparo, no he hecho mas que deciros una frase, una sola palabra y ya estais confuso.

—Sí, murmuró Branciforte, confuso, anonadado ante vuestras reconvenciones; sé que es un crímen hablaros de amores, que esta proposicion de crímen os debe injuriar; pero qué quereis, vedme ante vuestra belleza, ya al declinar de mis años, sufriendo los estragos de una pasion intensa, vehemente y que acabará por trastornar mi juicio!

—Señor marques de Branciforte, Dios ha dotado al hombre de un espíritu fuerte, indomable, altivo, orgulloso, elementos todos para sobreponerse á las pasiones y á las vicisitudes; es necesario sacudirse de ese sopor calenturiento que abate el ánimo y lo dejenera; hacéos grande ante vos mismo y sereis digno ante vuestra conciencia de hombre y de caballero.

—Luchar.... sobreponerse!.... decia el marques, si aun vuestras mismas reconvenciones me llevan hasta vos, en el delirio de mis sueños y en el delirio sombrío de esta pasion.

—No podreis atribuirme parte en vuestros sufrimientos, desde que mi respetable tio tuvo á bien descubriros un secreto que no le pertenecia; yo he sido vuestra amiga y nada mas, sin aventurar una palabra que pudierais traducir como una esperanza.

—Es verdad, dijo el marques.

—Sé que hay un abismo entre nosotros, ademas que yo no siento nada en el alma por vos, que mis simpatías son de amistad, señor Branciforte.

Humillado el marques por lo palmario de esta confesion, se alzó orgulloso y dijo en tono de ira:

—Creia que la manceba de un rey no se desdeñaria en aceptar los amores de.....

Amparo no le dejó concluir, alzóse á su vez mas altanera que el virey, y con un timbre de voz desconocido, dijo al marques:

—Sois un miserable en insultar á una señora. Si yo hubiera sacrificado mi honra á Carlos IV, estaríais á mis pies; pero he preferido morir en España para resucitar del otro lado del océano como si acabase de salir del seno de mi madre..... Yo os desprecio, marques de Croix, y os mando que salgais de este aposento!

—Ved que está en mi mano vuestro secreto y puedo perderos!

—Os engañais, marques, no podria exijirse mas de una mujer y vuestra abominable accion realzaria tal vez mi conducta.

—María Luisa no perdonaria jamas esa humillacion ni ménos la celebridad.

—¿Y qué me importa esa mujer, cuyo corazon nutrido en el veneno de la corte se degradó hasta la calumnia para perderme?

—Ved que insultais á la reina!

Amparo dejó oir una carcajada nerviosa, que heló al marques de Branciforte.

El inquisidor apareció en el dintel de la puerta lleno de emocion.

—He aquí vuestra obra, gritó la jóven, habeis sido infiel al rey vendiendo al marques el secreto de mi existencia, lo habeis traido para hacerle caer en la miserable intriga de unos amores, á cuyo precio conservaríais el favor de ese hombre. Señor dón Pedro Núñez de Clavijero, os desconozco; una sola letra enviada á Carlos IV os perderia. No, no la pondré, pero libradme de vuestra presencia, y á vos, señor marques, os prohibo que volvais á pasar los dinteles de esta casa!

Iba el virey á contestar al apóstrofe de la jóven, cuando se

oyó en el patio un ruido extraño, despues choque de armas y pistoletazos.

III.

Hemos visto al estudiante Antonio Pedraja haciendo centinela y guardando la espaldas al capitan don Félix, teniendo por consigna, que si á las dos de la mañana el jóven galan no salia por el postigo misterioso, entrase á sangre y fuego en la casa, porque algo le acontecia.

Los minutos corrian pausados, y el desgraciado Pedraja armado de *punta en blanco* rondaba la calle poniendo en juego su perspicacia acústica al menor ruido que se dejaba oir en el silencio de la noche.

Sonaba la una y media de la mañana, cuando el estudiante descubrió dos bultos que se acercaban hácia el lugar que él ocupaba.

Recatóse poniéndose en acecho de los embozados.

Pedraja se tiró de las orejas al ver al tio Pablo salir de su tienda é introducir á los dos caballeros en la misma casa donde estaba su novia.

—Demonios! esto es horroroso, van ya tres hombres que se cuelan por ese endiablado postigo---- esto no deja de inquietarme; sospecho que hay algo que no es conveniente á Rosalía---- Ese infernal capitan me prohibió hablarla y ella estará desesperada creyéndose en poder de extraños---- me parece que el tal don Félix sufre esta noche cuando ménos una paliza---- deseo verdaderamente que suenen las dos para descubrir este enredo---- si saliera don Félix nada adelantaba yo, porque me quedaba á oscuras como en este momento---- en fin, falta media hora---- ya tenemos aventura, la ronda se acerca.

Efectivamente, el señor Jimenez de Pinillos, con quien ya tienen amistad nuestros lectores, alzó la voz y dijo á los alguaciles:

—Reconoced á ese embozado.

—Atrás! gritó Pedraja enseñando las pistolas.

Los alguaciles obedecieron, y de tan buena gana que llegaron á donde estaba el alcalde.

—Estos malditos, murmuró Pinillos, son unos cobardes de primera fuerza.

Esta era una verdad de á folio.

—Que registreis á ese bulto, ó si nó____

—Si no qué? preguntó el estudiante encarándose á Pinillos.

—Si nó____ daremos parte.

—Pues dadla con mil demonios! que á mí la ronda se me da un comino.

—Qué dice ese desalmado?

—Algo de *cominos*, respondió el alguacil.

—Debe ser persona de alta alcurnia, pensó el alcalde, donde vé con tanto desden á la justicia; entónces tiene razon; pero al ménos debe explicarse.

Y dirigiéndose al estudiante dijo en tono respetuoso:

—Tiene á bien el señor embozado decir algo sobre su personalidad?

—Leed.

Y entregó el *santo* y *seña* al alcalde.

—Vamos, acercad la linternilla, maese Pica-Anzuelo.

El alguacil se llegó con la linternilla y alumbró para que leyese el alcalde.

—Efectivamente, dijo este despues de haber examinado el papel, perdone usarcé y nos retiramos.

—Sea en hora buena, respondió el estudiante.

El señor Jimenez de Pinillos se alejó diciendo entre dientes:

—Esto me conviene, se verá mi exactitud y quién duda que la autoridad me considere en mas alta escala; siempre el talento es el talento.

IV.

Seguia el estudiante dado á todo el infierno con la tardanza de don Félix.

—Si estaré haciendo un papel de sainete?---- Caracoles! esto me desespera---- ya van tres embozados que se cuelan en esta casa misteriosa y yo aquí viendo las estrellas y bebiendo los vientos; vamos que estoy divertidísimo---- ¿qué hará Rosalía?---- nada, estará tal vez durmiendo, soñando conmigo á quien ama de todo corazon; ¡pobrecilla!---- ha sufrido los horrores del viaje con tanta resignacion, que verdaderamente me trae loco de cariño---- no esperaba yo una fortuna semejante---- bonita, rica, y de buen corazon, he aquí elementos contrarios, que vienen á confluir en una sola alma, en la de mi Rosalía.... ¿pero por qué soy tan bruto de dejarla bajo la buena fé de esa muchacha hija del tio Pablo? --- Es cierto que me ha parecido una buena persona y no hay que dudar de su honradez; pero si yo estaba siempre al lado de mi novia ¿por qué dejarla separada de mí?---- soy un hipopótamo, un cafre, un hotentote!----Aunque visto por otro lado, el peligro era inminente: amar á una mujer---- idolatrarla, mirarse en sus ojos, beberse en su aliento y vivir solo con ella, enteramente solo, es exigir á un hombre mas de lo que puede hacer---- Canastas! ha habido veces que me he salido de la casa y echado á andar como un loco por la ciudad como si alguien me siguiera---- Dios me perdone! pero---- no, no, Rosalía no conoce aún lo grande de mi sacrificio---- si su padre estuviera libre y consintiese en nuestro enlace, seria capaz de darle un abrazo y hasta un beso---- si se dejaba.

Las dos de la mañana sonaron pausadamente en el reloj de la catedral.

—No espero mas, la hora ha sonado, acaso don Félix haya corrido un bromazo. Loado sea Dios que me proporciona saberlo.

Dirigióse resuelto Antonio Pedraja al postigo, y llamó con la culata de la pistola.

Esperó algunos minutos, asomóse por la cerradura y nada percibió; era tan oscura la noche que su mirada no pudo penetrar las tinieblas.

Tocó con mas fuerza y el mismo silencio volvió á responder á sus llamados.

—Esto pica en historia, dijo el estudiante, y no se han de burlar de mí.

Buscó un par de piedras que halló en el momento, y una tras otra las dejó ir contra la puerta con tal furia, que la madera saltó en pedazos.

Al ruido acudieron varios embozados que habia dentro de la casa.

—¿Qué se os ofrece? preguntó uno de ellos.

—Que abrais.

—¿Y con qué derecho os permitís hacer pedazos la puerta de una casa que no os pertenece?

—Es que busco á una persona.

—Aquí no hay nadie á quien voz conozcais, idos pronto, ú os rompo las costillas.

—¿A mí, so canalla? gritó el estudiante, y precipitándose sobre el desconocido le dió en la cara con el cañon de la pistola.

—Traicion! gritó el herido, y sacando su espada se lanzó sobre el estudiante que lo recibió con la suya.

El grupo de embozados atacó á Pedraja y él se defendió valerosamente.

Cuando se vió acosado, se apoyó en retaguardia en un ángulo del patio, y sacando violentamente las pistolas hizo dos disparos á quemaropa sobre sus perseguidores.

A la detonacion, salieron dos caballeros y se aproximaron al lugar del drama.

—Qué pasa? dijo uno de ellos.

—Excelentísimo señor, que ese miserable se ha permitido asaltar la casa.

—Demonio! el virey! murmuró el estudiante, y se despojó del sombrero.

—¿Qué quereis? preguntó Branciforte.

—Señor, dijo Pedraja, el lance es muy sencillo, hace una hora que el capitan de vuestra guardia llamado don Félix de Quintanar, ha entrado en esta casa dándome la consigna de entrar por él si á las dos horas no habia salido; la hora ha sonado y cumplo fielmente con mi comision.

—¿Qué, don Félix se encuentra en esta casa?

—Sí, señor.

Branciforte, que era hombre de mundo, comprendió desde luego lo que pasaba.

—No es extraño, dijo por lo bajo al inquisidor, la resistencia obstinada de vuestra sobrina; decidle que no volveré mas á importunarla, que la dejo entregada á los resentimientos de la reina María Luisa, á quien escribo esta misma noche dándole parte de su resurreccion.

—Señor, dijo Clavijero aterrado, me comprometeis!

—Eso nada importa, señor Nuñez de Clavijero.

—Señor, murmuró el inquisidor, dejo este negocio encomendado á vuestra prudencia.

—Fiad en mí, señor don Pedro fiad, que os dejaré del todo satisfecho.

El virey seguido de los embozados se alejó de la casa del tio Pablo, resuelto á vengarse á todo trance.

Don Pedro Núñez de Clavijero se vió perdido desde aquel momento, no quiso ver á su sobrina por temor de una repulsa, y dijo á Pedraja:

—Vámonos, caballero, el capitan saldrá cuando le diere la gana.

—No me moveré de aquí hasta no ver á don Félix.

—No paseis pena por él, que en este momento estará mas bien de lo que podeis imaginar.

Subiósele la sangre á la cabeza al estudiante, su vista se turbó, quiso articular, pero sus mandíbulas se mantuvieron rígidas como las de un epiléptico; era que un pensamiento siniestro habia cruzado por su ardiente imaginacion.

—Sosegaos, jóven, sosegaos, dijo Clavijero, y seguidme si no la quereis pasar mal en esta infernal casa.

—He dicho que no saldré sin ese hombre, gritó furioso Pedraja.

El inquisidor se alejó sin hacer aprecio del insensato, y se marchó á su casa resuelto á ver á don Blasco, y contarle lo que le acontecia, que era sumamente grave.

V.

Don Félix conducido por Luisa entró, como hemos visto, en el aposento de Rosalía

La infeliz jóven estaba intranquila, todo lo que pasaba en derredor le parecia extraño y misterioso; no obstante, la presencia del capitan la reanimó, porque veia en él á su salvador.

—Señora, dijo don Félix, siento haberos molestado; pero en estos momentos necesito ocultarme en este cuarto que os sirve de habitacion.

—Caballero, despues del lance de esta noche seria la mujer mas ingrata si os atribuyera miras innobles.

—Me haceis justicia.

—Sentaos, caballero.

Don Félix se aproximó á la jóven con aire galante y la dijo en tono de intimidad:

—Teneis á vuestro lado al mejor de los amigos; en lances menos empeñados he jugado mi existencia, para no ofrecerla hoy á la mas hermosa y buena de las mujeres.

Rosalía sintió una turbacion desconocida.

—Sé que sois la novia de un jóven, prosiguió el capitan, que os encontró por una gran fortuna cuando ménos lo esperaba.

—Caballero, mi historia es bien triste, y mi porvenir es mas oscuro todavia.

—Contadme, señora, acaso pueda hacer mucho por vos, á pesar de que mi condicion es humilde.

—Sabed, capitan, que no tengo un ser á quien volver mi rostro, que estoy sola y desamparada, os ruego que no juzgueis mal de mí.

—Me basta oir vuestro acento y ver la pureza de vuestra frente angelical, para adivinar quien sois.

—He huido, no por las seducciones de un amante, sino al terroa espantoso de la Inquisicion; sí, capitan, cuando he oido intimar á mi padre un mandato de ese tribunal, entónces Dios me ha prestado valor para abandonar mi casa.

—Y el jóven objeto de vuestros amores?

—Por una casualidad feliz le encontré en el camino.

—Casualidad feliz! murmuró don Félix.

—La jóven que me ha dado albergue asegura que Antonio....

—Sí, interrumpió el capitan, vuestro novio ha hecho conmigo las amistades, y yo le acompañaba cuando os arrebatamos del lado de aquella mujer que os llevaba no sé donde.

—Luego Antonio está cerca de mí?

—Tan cerca, señora, que temo mucho se comprometa en el lance.

Rosalía se puso á temblar de miedo.

—Sosegaos, señora, ya lo sacaré avante de esta aventura; por no comprometer á la mujer que amo, tengo que estar aquí en silencio; pero el corazon no me cabe ya dentro del pecho.

—¿La mujer que amais, capitan?

—Sí, ¿vos no amais acaso?

—Es cierto.

—Pero vuestro amor, dijo el capitan con entusiasmo, es gran-

de, es sublime, encuentra un eco en el pecho de un hombre donde vive vuestra imágen, donde resuena vuestra voz con el acento de los ángeles, mientras el mio es triste, desesperado.... lleno de amargura!

—Sufrís, capitan?

—Tanto, señora, que deseara morir si no me alentara una esperanza ligera.

—Vos morir, don Félix?

—Sí, la vida es una carga insoportable, daria mi posicion en cambio de la de Antonio, él al ménos....

—Me duele vuestro dolor, don Félix.

En aquel momento se oyeron las detonaciones de las pistolas de Pedraja.

Rosalía se refugió en los brazos del capitan, que tiró de su espada y esperó á que entrasen los que reñian en el patio.

VI.

Ya hemos visto salir al virey y al inquisidor, dejando al estudiante dueño absoluto del terreno, sin inquietarse tan altos personajes de lo que pudiera acontecer entre aquel loco y los guardianes de Amparo.

Cuando la escolta del virey desapareció, dos hombres se acercaron al estudiante en son de amenaza.

—Atras! gritó Pedraja trazando rápidamente un círculo con su espada.

—Salid! dijo uno de los enemigos del estudiante, y no armeis camorra.

—He de entrar ¡vive Dios! hasta dar con el capitan don Félix de Quintanar.

—Aquí no ha entrado ese caballero.

—Por los cuernos de Satanas! que le he visto penetrar por este postigo.

—Os habreis equivocado.

—No estoy por sostener disputas, dejadme el paso!

—A él, gritó uno de los desconocidos, y cinco ó seis embozados salieron de las sombras del patio y se lanzaron sobre el estudiante, que iba perdiendo terreno y retrocediendo hasta apoyar su espalda en una puerta, que se abrió al empuje de su cuerpo.

Los hombre se detuvieron.

Entonces Pedraja vió á Rosalía desmayada en brazos del capitan.

El furor apagó la luz de su inteligencia, tuvo celos terribles de aquel hombre y le gritó como un furioso:

—Defendeos, miserable!

Don Félix comenzó á defenderse de los bruscos ataques del estudiante.

Rosalía cayó en el suelo sin sentido.

—Ya estoy espedito, exclamó el capitan; ved lo que haceis, estais sufriendo una alucinacion espantosa.

—Os tengo de matar, gritó Pedraja lleno de ira.

—Pues sea, respondió don Félix, y se trabó un combate desesperado.

Al ruido de aquella zambra de cuchilladas, Amparo salió de su aposento con una bujia y vió al capitan dándose de estocadas con un desconocido.

Los combatientes seguian el duelo con un encarnizamiento horrible.

—De repente el capitan bajó el brazo de la espada y llevó su mano izquierda al costado.

—Me habeis muerto! balbutió, y cediendo al dolor de la herida se desplomó agonizante.

Amparo dió un grito de espanto, Rosalía se puso de rodillas con un terror pánico.

—He ahí vuestra obra! dijo con tono siniestro el estudiante,

y poniendo en la vaina su tizona, se echó fuera de la casa sin que nadie se atreviese á detenerle el paso.

VII.

El apóstrofe del estudiante hizo á Amparo volver la vista, y se encontró sorprendida delante de Rosalía, á quien la emocion producida por las palabras de Antonio, le habia dado á su rostro el interes dramático de una trágica.

Las dos mujeres se vieron de hito en hito.

Amparo sintió en su alma el infierno de los celos.

Rosalía se acercó al capitan y puso su mano delicada sobre el pecho que palpitaba aún.

Amparo se acercó á su vez á su amante, celosa de que otra mano que no fuese la suya se posara sobre aquel hombre.

Parecia que aquellas dos mujeres se disputaban un cadáver.

CAPITULO XVI.

RUEDE LA BOLA.

I.

Amparo no pudo contenerse ante el desatado huracan de los celos, y tomando por un brazo á Rosalía, la dijo:

—Seguidme.

La hija de Treviño se dejó conducir sin pronunciar una palabra.

Las dos jóvenes tenian un parecido asombroso, se las hubiera tenido por gemelas.

Ambas conocieron esta singular coincidencia, y se midieron con la vista llenas de orgullo y arrogancia.

—Decidme, señora, dijo Amparo, como os encontrais en esta casa?

—No lo sé, dijo friamente Rosalía.

—No me desespereis.... os encuentro de improviso puesta entre dos hombres, uno de los cuales ha muerto por vos.

—¿Por mí, señora?.... os engañais.... ese jóven era mi amigo y nada mas.... Muerto, Dios mio!.... muerto!....

—Sí, muerto por ese miserable que debe ser vuestro amante y quién os ha sorprendido....

—Callad, señora, callad, no sabeis todo el mal que me estais haciendo.... eso es abusar de la desgracia.

—Pero yo necesito una explicacion!

—Teneis razon, pero yo no puedo deciros nada que os deje tranquila; porque el misterio mas grande envuelve cuanto me rodea.... la presencia de don Félix.... su duelo con Antonio.... vuestra aparicion.... todo, todo es inexplicable para mí.

—Bien, señora, dijo Amparo; eso me es fácil averiguar; pero hay un secreto que solo vos podeis revelarme.

—Preguntadlo de una vez.

—Amais al capitan?

—Lo estimo como el mejor de mis amigos.

—Donde le conocísteis?

—Verdaderamente aquí.

—Luego lo vísteis en otra parte?

—Sí, caminaba á la ventura despues de un lance que me ha dejado sobrecogida, cuando el capitan me ha arrancado de manos de una persona á la que me confiaba acaso con imprudencia.

—No adivinásteis su intencion?

—Señora, la de favorecer á un amigo; y ese amigo era el hombre de mi amor, que en un arrebato de celos le acaba de matar.

—Horror!.... horror! exclamó Amparo descubriendo la verdad de cuanto habia pasado.

—Entre Antonio y yo, se ha abierto un abismo.... un abismo insondable.... él no volverá mas.... y yo estoy perdida para siempre!....

—Señora, os debo pedir perdon por mis sospechas.... no imaginaba.... perdonadme, sé que sois desgraciada.... y para reparar la falta que he cometido desconfiando injustamente

de vos, os ofrezco mi amistad.... Esta misma noche debo abandonar esta casa.... sed mi compañera.... mi hermana.... yo tambien he perdido al hombre á quien amaba, y va á alzarse desde hoy una horrible persecucion contra mí.... que acabará por.... no, no lo quiero pensar; pero la muerte me sigue muy de cerca!....

Rosalía encontró un fondo de verdad en aquel acento, y su corazon se abrió á la amistad como una flor á los rayos de la aurora.

—Acepto, dijo abriendo sus brazos á Amparo; de hoy en adelante hermanas!

—Sí, hermanas! respondió la jóven con entusiasmo, y estrechó á Rosalía contra su pecho.

Aquellos corazones palpitaron juntos; pero al tocarse el corazon de Rosalía se plegó como una sensitiva, porque habia algo que la obligaba á rechazar á aquella mujer.

—Id, señora, id á ver al capitan; acaso no haya muerto.

Amparo se separó de la jóven y corrió á ver al capitan.

II.

El virey se dirigia á palacio, cuando lo detuvo la ronda del alcalde Jimenez.

—Alto el embozado!

El virey siguió paso adelante.

—Alto el embozado! tornó á gritar el alcalde.

El virey se detuvo.

—Esculcad á ese hombre.

—Atras! gritó uno de los embozados que seguia á Branciforte.

—Cómo atras! ¿qué quiere decir atras?

—Dejad el paso, no vayais á arrepentiros.

—Ea! señores alguaciles, en nombre del rey, apoderaos de esos canallas y conducidlos á la cárcel.

Branciforte se quitó el embozo.

El alcalde lo reconoció y se puso á temblar como un azogado, hasta caérsele la linterna de la mano.

Recobrado del susto, gritó con furia:

—Alguaciles del infierno, ¿quién os ha mandado tocar á....

—Silencio! dijo en voz baja el virey.

—En nombre del rey habeis dicho, y yo procedo á la aprehension, que las costas no son de desperdiciarse, dijo Pica-Anzuelo.

—Mal nacido! exclamó el alcalde, retiraos ú os planto en el arroyo con una paliza.

—Yo no retrocedo.

Que calleis! maese Pica-Anzuelo; porque de lo contrario la vais á pasar muy mal.

El alguacil temió al alcalde y desistió de su empresa.

Branciforte llamó al alcalde y le dijo en voz baja:

—Aprehended á doña Amparo Núñez de Clavijero, que se encuentra dentro de esa casa, y aseguradla en el Santo Oficio; ahí teneis mi coche.

El alcalde hizo veinte reverencias, y empuñando la vara de la justicia, como un energúmeno se dirigió á la casa del tio Pablo.

Llamó á la puerta con tres golpes pausados.

La casa parecia desierta.

Tornó á llamar con mas fuerza.

—Sois el médico? preguntó una voz aguardientosa.

—No, soy mas que todo el proto-medicato, soy el justicia de la ciudad.

—No necesitamos á su señoría.

—Pero yo sí os necesito, abrid la puerta.

—No nos da la gana.

—Oís, maese Pica-Anzuelo? ese bribon se las quiere poner conmigo; que abrais os digo!

—Y yo os repito que no quiero.

—Qué podemos hacer en este caso?

—Romper la puerta, contestó el alguacil, es lo mas fácil del mundo.

—No tanto, contestó la voz; porque al primero que se acerque le disparo mis trabucos.

—Acercaos, señor alcalde, que si os mata, le ahorcarán como á un perro.

—Mas vale que lo cuelguen por otro motivo ménos plausible; avanzad vosotros y echad la puerta abajo.

Los alguaciles, fieles á su programa, se pusieron de tal manera que los cubria perfectamente el cuerpo de la autoridad.

—Parece que no habeis oido; os repito que tireis la puerta.

Los alguaciles, como era de esperarse, no obedecieron.

Oyóse por la parte de adentro un altercado.

—Abrid, decia una voz de mujer.

—Esta casa no puede ser registrada por la justicia, contestaba otra voz que parecia de hombre.

—Ved que es el alcalde.

—Tengo órden del virey.

—Os digo que abrais, pueden creer cosas que aquí no suceden.

—Lo dejo á vuestro parecer.

—Acepto la responsabilidad.

La puerta se abrió y el alcalde Jimenez se presentó con vara en mano diciendo para sí: yo soy el *Alcalde Ronquillo* de esta capital.

III.

—Pasad, señor alcalde, dijo el tio Pablo.

—Sea en buena hora, y si dilatais un momento mas allano la casa y os ahorco como hay Dios.

- Haria muy bien su señoría, siempre que nada valga la órden de S. E. el virey Branciforte marques de Croix.

—Qué fecha tiene esa órden?

—La de hoy.

—¿Y á qué hora la firmó S. E.?

—Hace veinte minutos.

—Pues guardadla, que para nada la necesito, y abrid las puertas todas de esta casa.

—Ved lo que haceis, señor alcalde.

—Yo me toco y bailo solo, amigo mio, y no hablemos mas; abrid todas las puertas y que nadie salga.

—Esto está de todos los demonios! murmuró el tio Pablo, me engañé de medio á medio.

—Ea, maeses alguaciles, gritó el alcalde, atajad á esa gente que trepa por la azotea, detenedla en nombre del rey!

—Alto!---- alto! gritaron los alguaciles al Zurdo, al mulato Lino y los otros bandidos que tomaban las de Villadiego al ver enseriarse el negocio.

—Deteneos, miserables! tornó á gritar el alcalde.

Una lluvia de piedras cayó sobre la ronda, que se dispersó como una parvada de tordos al rocio de la municion.

—Aprehended á este hombre! exclamó el alcalde señalando al tio Pablo.

—Pero su señoría no repara en que yo no soy de los agresores.

—Callad, yo no acostumbro irme así como así, sois un reo, y ya os tenia señalado de antemano.

—Pues aprehendedme si podeis, babieca, dijo el tio Pablo y se escapó de entre las manos de la justicia á favor de la oscuridad.

Los alguaciles se revolvian fingiendo buscarle; pero el tio Pablo no llegó á parecer.

Los alguaciles de todos tiempos conservan las mismas costumbres, como un legado precioso para conservarse en buen estado de salud.

—Sois unos imbéciles, unos mentecatos que no servís para maldita la cosa; os he de dar una de palos, infernal canalla, que habeis de sudar la gota gorda!

—Bien dicho, dijo maese Pica-Anzuelo, que siempre se ponia de parte del mas fuerte.

—Prosigamos el cateo, que traigo órdenes que de no cumplirlas me cuesta la alcaldía, la vara y tal vez la cabeza.

Los alguaciles, seguros de encontrar la casa desierta, penetraron en el aposento de Amparo, donde Rosalía quedaba en espera de su amiga.

—Señora, dijo el alcalde, daos á prision.

—Decidme el motivo.

—Lo sabreis mas tarde, señora.

—Ved que cometeis un horrible atentado.

—No injurieis á la justicia.

—Digo la verdad.

—Pues suprimidla.

—Yo creo, alcalde, que ignorais la responsabilidad que os echais encima con esta conducta.

—Son órdenes del virey.

—Cumplidlas, alcalde, dijo Rosalía, fiada en que Amparo la sacaria de una situacion tan comprometida.

—Acompañadme, señora, está un coche á la puerta.

—Sea en buena hora, respondió Rosalía; y siguiendo al pretendido alcalde *Ronquillo*, salió á la calle y montó en la *estufa* de Branciforte.

IV.

Tornó Jimenez á continuar las pesquisas por ver si descu-

bria alguna cosa que satisfaciese de una manera mas completa las ideas de su amo, y se plantó en la estancia del enfermo.

Amparo era atrevida, y encarándose á Jimenez le dijo con acento altanero:

—Haceos atras, alcalde, vos no podeis pisar los umbrales de esta casa.

Azoróse la autoridad ante el aspecto amenazante de la jóven.

—Perdonad, señora; pero las órdenes....

—En mi persona y en mi casa, no puede dar órdenes autoridad alguna de ninguna especie; retiraos!

—Es que estoy viendo un charco de sangre, y segun parece ese hombre está herido.

—¿Y qué os importa?

—A la justicia le importa todo, si me lo permitís.

—Explicad vuestra presencia en este sitio, yo os lo mando.

—Nada tiene de particular, el señor virey al salir de esta casa me ha ordenado bajo mi mas estrecha responsabilidad, que aprehenda á doña Amparo Núñez de Clavijero, y la entregue á disposicion del Santo Oficio.

La jóven palideció mortalmente.

—Ese marques es un miserable! gritó Amparo.

El alcalde se estremeció.

—Perdonad, señora, yo no he hecho mas que obedecer á mi superior, motivo por el cual he conducido á doña Amparo al coche de S. E. el virey, y voy con vuestro permiso á consignarla al tribunal de la Inquisicion.

La jóven comprendió desde luego la equivocacion y se alegró vivamente de encontrarse libre para poderse salvar, así como á su jóven amiga.

—Id, alcalde, á cumplir vuestra mision; ella no se extiende al cateo.

—Teneis razon.

—Esa sangre no es producida sino por el bisturí de un barbero que acaba de sangrar á esa persona que veis en el lecho.

—Esa aclaracion me satisface, y sin ella os juro que no hubiera abandonado el aposento.

—Marchad, que ya me estais impacientando.

—Soy todo vuestro, señora, dijo el alcalde, y murmuró entre dientes: esa mujer es un dragon, vale mas que todos lôs alguaciles, inclusive maese Pica-Anzuelo que es de lo mejor.

—Hemos concluido, señor alcalde?

—Sí, y en marcha para la Inquisicion.

—Vamos, que se hace tarde y el viento arrecia.

El alcalde se entró en el coche donde estaba la dama, que entre paréntesis le habia parecido hermosísima.

V.

Hemos visto al alcalde dejar en la *estufa* á Rosalía para volver á entrar en la casa misteriosa del tio Pablo.

La madre Paulina, repuesta del susto dado por el portugues, se escapó de la ronda que la custodiaba.

Aturdida aún con su aventura, se echó á andar sin tino por las calles, llevando siempre el rumbo de Tlaltelolco.

Al pasar por unas tapias, se dejó descolgar un hombre que estuvo á punto de matarla.

—Ea! condenado, grito la bruja, ved donde poneis los pies.

—Hola! la madre Paulina.

—La misma, hijo mio.

—Supongo que estareis hecha un tigre contra mí; pero ya estais vengada.

—Está bien, está bien, murmuró la bruja, ya sé que te escapaste del poder del fraile y que le atravesaste al reverendo de un pistoletazo.

—Fué una broma, madre Paulina.

—¿Y de dónde demonios caes?

—Ya lo veis, de esa tapia. Demonio! y se nos ha escapado un buen negocio; el alcalde Jimenez de Pinillos acaba de aprehender á la hija de Treviño.

—Repite, Lino, repite lo que has dicho.

—Que la señorita Rosalía está en poder de la justicia; he estado acechando desde la azotea, y he visto que la han empaquetado en el coche del virey.

—Esto es grave, pensó la madre Paulina.

—Si quereis persuadiros, no hay mas que dar vuelta á esta casa: aun permanece la *estufa* á la puerta, porque ese demonio de alguacil mayor practica un cateo de lo lindo.

—Sígueme.

—Y si me atrapan?

—Ya sabes que á mi lado nada puede sucederte.

Lino tenia una confianza grande de la bruja, y la siguió sin recelo.

La madre Paulina volvió la esquina, dió tres vueltas en torno del coche, buscó, reconoció á la jente del alcalde y se dirigió á Pica-Anzuelo que se chupaba los dedos de satisfaccion.

—Dispense usarcé, seor alguacil, que tengo que decirle dos palabras al oido.

—¿Qué quiere la vieja? preguntó con desden el golilla.

—Es muy sencillo, acaban de apoderarse de una sobrina mia y ponerla en ese coche.

—Ya, eso no es una novedad.

—Efectivamente; pero sí lo es una proposicioncilla que os voy á hacer.

—Desembuchad al punto.

—¿Pudiérais guardarme una bolsa con dinero que imprudentemente he sacado esta noche?

—Malo! malo! esto huele á tentacion.

—Vamos, no os escandaliceis, que la cosa no trae malicia.

—Pues digo!....

—Se trata de un *quidproquo.*

—No sé el griego, hablad en castellano.

—Se trata, amigo mio, de una *sustitucion.*

—No entiendo *enigmas.*

—Pues se trata....

—Basta de *tratados*, bruja infernal! idos al diablo y no me molesteis!

—Vamos, sosegaos y guardad mi bolsillo.

Pica-Anzuelo alargó la mano como impulsado de un resorte, y sintiendo el peso del dinero, dijo con avidez:

—Decid pronto lo que quereis, ved que el alcalde no dilata en salir.

—Pues bien, vos teneis que entregar á una mujer, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues haced que salga esa jóven del coche y yo me constituyo vuestra prisionera.

—Vaya una ocurrencia! teneis ganas de bromas?

—Es asunto sério.

—No hay inconveniente, el chasco será para su señoría el alcalde; vamos, entrad en el coche.

La madre Paulina abrió la portezuela y dijo á la jóven:

—Rosalía, salvaos del poder de la Inquisicion, yo os reemplazo en este lugar, buscad en la esquina un hombre, que os llevará á una casa donde gozeis de entera seguridad. Id, id, no hay tiempo que perder.

Y sacó en peso á la jóven, que en su estupor siguió las órdenes de la vieja.

Rosalía llegó al sitio donde estaba Lino el mulato, este la conoció al momento y la dijo:

—Vamos pronto, señorita, que esta gente tiene mas olfato que un perdiguero.

—Vamos, respondió la jóven.

Y conducida por el mulato se perdieron en las callejuelas del barrio.

VI.

La madre Paulina tomó asiento en el coche del virey, y esperó á que llegase Jimenez de Pinillos.

Luego que el alcalde se encontró al lado de la bruja, dijo con énfasis á los alguaciles:

—¡A la Inquisicion!

—Podeis decirme el motivo de esta prision? preguntó la broja dando un acento juvenil á su cascada voz.

—Ay señorita!.... nosotros los hombres del deber, tenemos que ser fieles á los mandatos del superior bajo penas severísimas.

—Bien, pero no habeis trascendido algo?

—Yo no trasciendo mas que vuestra belleza, dijo el alcalde, soltando su galantería de mal tono.

—Hola! hola! sois muy amable, dijo la bruja.

—No, no es amabilidad, es que os confieso.... que me habeis interesado desde el momento en que os puse la vista encima.

—No es raro, dicen que soy hermosa.

—Esa es una verdad de á folio.

—Y mis enamorados y galanteadores, dan en que mis ojos son capaces de alumbrar á media noche.

—Como que dan de lleno en mi corazon, señora doña Amparo.

—Tan sériamente lo decís, señor alcalde, que estoy á punto de creerlo.

—Cuando he visto vuestra cabeza sacudirse como la de una

soberana, y revelar en vuestra actitud un orgullo noble y elevado---- ay!

—¿Os duele algo, alcalde?

—No, nada; pero yo siento que si me diérais á besar vuestra mano, seria el mas feliz de los mortales.

—Tomadla, dijo la vieja.

—Y la beso cien veces?

—Cuantas querais, en eso no hay peligro alguno.

—Soy feliz---- soy feliz, murmuraba el sesudo Jimenez de Pinillos, que habia perdido por completo los estribos creyéndose en presencia de la sobrina del inquisidor.

—Y podreis hacer algo por mí?

—Señora, yo daria mi vida por vos; pero es el caso que el virey, sin dar motivo ni explicacion alguna, me ha dicho: llevad á la señora doña Amparo Núñez de Clavijero, á la Inquicion.

—Dios poderoso! exclamó la bruja, y se dejó caer en el fondo del carruaje.

—¿Qué os pasa, señora?

La bruja se puso á meditar.

—No, no es posible, esa niña fué acusada como la querida del rey Carlos---- ella murió---- hay personas que presenciaron su entierro---- será cierta la resurreccion?---- no, esto no puede ser sino intrigas de la corte y de María Luisa---- ¿qué ha venido á hacer á México?---- ¿vendria con don Pedro?---- aqui anda la mano del rey---- aquí el misterio del gran favor que disfruta en la corte Clavijero---- y don Blasco debe estar en el negocio---- El virey salia de esta casa---- yo desataré mas tarde la maraña---- sin querer les he prestado un gran servicio á los Clavijeros y al rey; porque Branciforte está de parte de la reina---- quiere el escándalo de una resurreccion en América---- ya veremos---- el virey está en mis redes!

—Pero vos no respondeis á nada de lo que os pregnnto, dijo el alcalde desesperado ccn la obstinacion de la madre Paulina.

—Lo que me abisma es esa determinacion; si pudiérais proporcionarme la fuga____

—Ave María Purísima! exclamó Jimenez de Pinillos.

—No he dicho nada, dijo la vieja, cumplid con vuestra consigna; pero os juro, alcalde, que os pesará.

Pinillos temblaba ante la autoridad tiránica de Branciforte, y al oir la proposicion de la vieja se le olvidó hasta su amor.

—Caracoles! esto es muy sério____ no, imposible____ imposible____

—Os digo, alcalde, que no os necesito; tranquilizaos, que mas tarde vereis los resultados.

—Me amenazais?

—No, no os amenazo, dijo la bruja tornando á su acento gangoso.

—¿Qué vos es esa? preguntó asustado el alcalde?

—La mia, señor Jimenez de Pinillos, la misma que os ha cautivado.

—Sanctus Fortis!____ Sanctus Inmortalis!

—No receis, porque estais en presencia de una cristiana.

—Aguardad____ aguardad! murmuró el alcalde y levantando la linterna sorda, alumbró el rostro descarnado de la madre Paulina.

—Quedose su señoría el justicia de México, con la boca abierta, los ojos espantados y el rostro lívido como el de un difunto.

No pudo articular una palabra.

La bruja al ver el estupor de Jimenez, que paró en un desmayo, abrió la portezuela y con la misma agilidad con que se habia entrado, salió del coche y se escapó por la calle de los *Sepulcros*.

VII.

El carruaje se detuvo á las puertas de la Inquisicion.

—Su excelencia el virey! dijo el oficial de guardias.

Formáronse los soldados para recibir á tan ilustre personaje.

Los alguaciles abrieron la portezuela y el alcalde Jimenez bajó asustado gritando:

—Socorro!---- socorro!---- la bruja---- esa mujer se ha trasformado---- seguidla!---- seguidla!----

Los alguaciles comenzaron por registrar el coche, nada encontraron, entónces se lanzaron en todas direcciones en persecucion de la dama aprehendida en la casa del tio Pablo.

No volvia en sí el alcalde, cuando Branciforte se entró en el patio de la Inquisicion, despues de darse á conocer al oficial de guardias.

—Dónde está doña Amparo?

—Señor, os juro por todos los santos que se ha convertido en una vieja abominable.

—Basta de supercherías, cuenta lo que ha sucedido.

—La verdad es que la requerí de amores al verla tan hermosa y----

—Habla!

—La besé la mano; ¡Dios mio! besar un cartílago de bruja!...

– Prosigue.

—No sé con que motivo, ni por que razon, la voz angelical de aquella mujer se tornó en un acento rasposo y endemoniado; alzo la linterna y cuando creia encontrar el rostro peregrino de doña Amparo ¡ángeles del cielo! me encuentro con---- con.... Dios mio! con una vieja---- sí, excelentísimo señor, con una bruja!---- dejo caer la linterna porque su mirada caia á plomo sobre mí, como la de una sirena; pronuncia unas palabras mis-

teriosas, y caigo sin sentido.... Cuando vuelvo en mí, la bruja habia desaparecido.

—Hola! gritó el virey al oficial de guardias, haced que encierren á este mentecato en un calabozo, hasta nueva órden.

—Señor, tened compasion de un desgraciado!

El virey se envolvió en los anchos pliegues de su capa y abandonó aquel siniestro recinto.

CAPÍTULO XVII.

LA ESTATUA ECUESTRE DE S. M. CARLOS IV.

I.

El 9 de diciembre de ese año de gracia de 1796, la nobilísima ciudad de México, capital de Nueva España, ostentaba sus arreos de fiesta como una jóven el dia de sus esponsales.

Las campanas de los templos anunciaron la salida del sol con un repique á vuelo capaz de despertar á todos los difuntos, los cañones saludaron la aurora con sus detonaciones, y una infinidad de cohetes poblaron el espacio.

Como era natural, la poblacion que dormia se despertó con aquella algazara y se echó á andar por las calles y plaza principal, donde las músicas se confundian entre aquel estruendo de voces y detonaciones.

Las tropas comenzaron á desfilar situándose frente al palacio de Hernan Cortés.

— Hay van los *Tolucos*, decia una mujer del pueblo, esos sí son valientes.

—Mas lo son los *Poblanos*, respondió una vendimiera.

—Puede ser, pero la gente de mi tierra es de lo bueno.

—Los de la mia á nadie le tienen miedo.

—Las dos tienen razon, dijo un viejo que medió en la disputa, esos batallones criollos pueden habérselas....

—¿Con quién? preguntó un sargento español, encarándose al viejo.

—Con el que lo busque, señor sargento.

—Esa es otra cosa.

—Es la misma que yo decia.

—Y á que hora comienza la fiesta, señor sargento?

—A las ocho de la mañana.

—Falta mucho tiempo.

—Su Excelencia el virey saldrá como hace cinco meses, rodeado de toda la corte.

—Y bien que me acuerdo, dijo la vendimiera; el señor Branciforte puso la primera piedra de la estatua: llevaba un baulito de cristal metido en otro de plomo, ¿y no sabe el señor sargento qué contenia?

—Perfectamente, las Guías de forasteros de Madrid y México y monedas de todos metales de aquel año, y una certificacion de todo el acto grabada en una lámina de cobre.

—¿Y para qué es todo eso si nadie lo ha de volver á ver?

—Demonio! será para algo bueno, donde lo hace S. E. el virey.

—Eso es otra cosa.

—Yo tengo mejor idea.

—¿Cuál es?

—La de haber metido en el baul otra cosa mas útil; pongo por caso la Ordenanza militar.

—Ya lo creo.

—¿Y quién ha hecho el *caballito?*

—Quién ha de ser, D. Manuel Tolsa.

—Tolsa?

—Sí, el mismo, en eso nada hay de extraño, quien hace *iglesias y colegios* no ha de fabricar caballos?

—Como que tiene mas talento que nosotros.

—Bah! bah! la buena mujer, figúrese que de esa cabeza salen tantas composturas, y estatuas, y pilastras, y torres, etc. etc.

—Jesus! Jesus! como la tendrá por dentro!

—Eso Dios lo da, no se aprende; yo le he oido al coronel de mi cuerpo que asiste con la gente de arriba, que Manuel Tolsa es una cosa como genio.

—Mi marido lo tiene malísimo, así es que solo le sale de la cabeza una llamarada de disparates.

—¿Y de que mas?

—No sea chancista el señor sargento!

—Demonio! demonio! ahí viene una turba de chicuelos gritones como los pitos de banda.

—Seguramente los trae el husmo de la *jura*.

—Precisamente, como que si no toman lugar, no pescarán una sola medalla.

—Me parece que nosotros venimos temprano.

—Así se hace, hoy come el pueblo por cuenta de S. M.

—A bien que Su Magestad come todo el año por cuenta del pueblo.

—Sois una habladora.

—Yo repito lo que dice todo el mundo.

—Adelante.

Un grupo de muchachos precedidos por Pedro el Negro se lanzaron entre aquel mar de gente, magullando viejas, haciendo llorar á los chicos y provocando la impaciencia de los hombres.

—A tomar lugar! gritó Pedro.

Y como un ariete se lanzaron sobre aquel muro viviente, hasta colocarse bajo el balcon del centro del palacio.

—Hemos llegado, compañeros.

—Y con buen viento.

—Te has traido entre las uñas tres pañuelos.

—Ese es mi botin de guerra.

—Demonio! hemos estropeado á un negro que es ciego segun parece.

—Y lo es efectivamente, dijo Pedro; no tengas cuidado, es persona de confianza; figúrense que es mi abuelo.

—¿Y así lo tratas?

—Qué importa! con las gentes de casa no se gastan cumplimientos.

—Bien dicho.

—¿Y mi hermano no vendria con él?

—Le servia de diestro.

—Allá se las compongan.

Pedro el Negro, á pesar de su cinismo de pilluelo, guardaba un odio profundo á la Inquisicion; creia que Camila se encontraba en su poder, y ya le parecia verla sufrir aquellos tormentos que hacian, segun el dicho de las viejas, enfriar las carnes del cristiano.

Pedro el Negro sentia hervir su sangre y no encontraba en su impotencia un desahogo á sus intenciones de venganza.

El infernal negro se aplazaba para cuando llegase el desarrollo de su edad juvenil; para entónces se creia fuerte y capaz de llevar adelante sus ideas, entre tanto sufria y se ensayaba en la escuela del pillage. Aprendiz del crímen, era un verdadero genio para las maldades; inventiva fecunda que determinaba una alma envuelta en las tinieblas de la predestinacion, azote de la humanidad en el porvenir.

Pedro el Negro era un reptil venenoso, que se trasformaba en una ceraste; porque hay seres que nacen para dar esos espectáculos que horrorizan á una sociedad y forman época en los anales del crímen.

Aquel muchacho, perdido por su color, deforme por sus facciones, horrible por sus instintos y repugnante por su conducta, lo conservaba la Providencia como al huracan, para la destruccion y el exterminio.

Tal era la mision de esa criatura y debia cumplirla.

II.

El virey Branciforte era un hombre terrible, que por conservar el favor del monarca hacia cuantas atrocidades registra la bajeza y la miseria humana.

Aun no habia comenzado á gobernar, dice un historiador, cuando la fama de su rapacidad se habia extendido por toda la Nueva España. En union de un señor Perez de Soñancas, puso una *almoneda* de empleos rematándolos al mejor postor.

En aquella época estaba en su mayor fervor la guerra con Francia, y se habian recibido órdenes muy estrechas para que se velase la conducta de los franceses residentes en México. Eran estos poquísimos en número, pues se vigilaba sobre todo extranjero, negándoles á la mayor parte la entrada en las Américas como pudiera hacerse en China. Sin embargo, sobre este pequeño número descargó una horrible persecucion Branciforte, cual pudiera Diocleciano sobre los cristianos; en un momento fueron arrestados en calabozos y---- robados sus bienes.

El asesor Francisco Javier de Borbon pedia con voz estentórea en la sala de audiencia, que despues de *agarrotados* los franceces, se *clavasen* sus lenguas en escarpias de hierro á las entradas de la ciudad, porque habian hablado con poco decoro de la *castidad* de la reina María Luisa de Borbon esposa de S. M. Carlos IV, y cuya virginidad conyugal, puede decirse se puso en contradictorio juicio.

Era extraño que los infelices franceses fueran castigados por un negocio de pública voz y fama; porque el privado Godoy no se ocultaba ni del rey ni del marido.

Godoy fué el fundador de la familia *Marfori.*

Resultaba que los infelices franceses perdian sus bienes y

eran expulsados, mientras Branciforte se colgaba el Toison de Oro y gozaba de grande aprecio en la corte de Madrid.

Con muy pocas excepciones, eran de la misma calaña los enviados á gobernar la Colonia.

Volvamos á nuestra historia.

Branciforte habia pedido venia á S. M. Carlos IV para levantarle una estatua en la plaza mayor de México, y el rey tuvo á bien concedérsela.

Hasta ahora no hay ejemplo de que alguien se haya resistido á semejante peticion.

El virey habia colocado el 18 de julio de 96, la primera piedra del monumento, con toda solemnidad, encargando á don Manuel Tolsa hiciese una estátua ecuestre de madera, mientras se fundia en bronce la que debia sustituirla.

El 8 de diciembre, cumpleaños de S. M. la reina, el artífice colocó la estátua en el pedestal.

Deciamos que el dia 9 de diciembre habia una gran concurrencia en la plaza y calles adyacentes, esperando el momento en que S. E. apareciese en el balcon principal del palacio.

La nobleza, los tribunales y la Inquisicion, precedidos por Branciforte, se presentaron en el palco de aquel teatro.

El pueblo guardó silencio.

El virey hizo una seña con el pañuelo, y el velo que cubria la estatua se deshizo en gajos.

Un grito unánime de entusiasmó se dejó oir en la ancha plaza, las músicas rompieron en himnos marciales, la artillería atronó el espacio con sus detonaciones, y las campanas de todas las iglesias repicaron á vuelo.

La estatua era magnífica!

El rey Carlos IV apareció montado en un soberbio caballo, que parecia marcar arrogantemente el paso.

El rey ostentaba el cetro con magestad, mientras su caballo con arrogancia insolente, posaba una mano sobre el águila me-

xicana, y estrujaba con la herradura de una de sus patas el carcaj indio.

Pasado el momento de la exaltacion ante una obra de arte, fijóse la atencion sobre la actitud del ginete y del caballo.

¡Humillacion espantosa!----

Las armas de nuestros mayores, aquellas sagradas enseñas ostentadas por Guatimotzin entre las llamas del tormento y ametralladas por Hernan Cortes en el inolvidable sitio de México, yacian á la faz del pueblo conquistado, holladas por el caballo del conquistador!

El pueblo se sintió herido en su sentimiento nacional, y las cenizas amortiguadas que no pudo dispersar el aire de la conquista, se reanimaron con una chispa, que pronto se convertiria en un incendio que abrasaria todo un continente.

Branciforte y su esposa arrojaron multitud de monedas de plata al pueblo, que se agrupaba, con ese desenfreno propio de tal espectáculo.

Era tal la confusion y el atropello, que la crónica refiere que á un hombre que se puso la moneda en la boca por salvarla de la rapacidad de sus compañeros de tumulto, le rompieron las mandíbulas hasta extraerle la moneda.

La inscripcion de las medallas en idioma latino, decia en el anverso, donde estaban los bustos de los reyes:

CAROLO. IV. ET. ALOYSIAE.

HISPAN. ET. IND. RR. AA.

MARCH. DE. BRANCIFORTE

NOV. HISPAN. PRO-REX

C. F. ET. D. MEX. AN. 1796.

En el reverso se figuraba la estatua ecuestre del rey, con la misma inscripcion colocada en las cuatro lápidas del pedestal.

CARLO. IV.
PIO. BENEF.
HISPAN. ET. IND. REX
MICH. LA. GRUA
MARCH. DE. BRANCIFORTE
NOV. HISP. PRO-REX
GUAE. MEXICANAEQUE. FIDELIT
H. M. P.

En el pedestal de la estatua se leia con letras de bronce dorado la siguiente inscripcion en castellano:

A CARLOS IV,
EL BENEFICO, EL RELIGIOSO,
REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS,
ERIGIÓ Y DEDICÓ
ESTA ESTÁTUA,
PERENNE MONUMENTO DE SU FIDELIDAD
Y DE LA QUE ANIMA
A TODOS ESTOS SUS AMANTES VASALLOS,
MIGUEL LA GRUA,
MARQUES DE BRANCIFORTE,
VIREY DE ESTA NUEVA ESPAÑA
AÑO DE 1796.

En seguida del descubrimiento de la estatua se pasó toda la comitiva á la Catedral, en donde cantó misa de pontifical el arzobispo y predicó un largo sermon el canónigo Beristain, y corre impreso, y se llamó por el pueblo *sermon del caballito.*

Despues de dirigirse á la garita de San Lázaro, donde fueron recibidos por el consulado del comercio, el virey hizo descubrir una lápida en que con letras de bronce se dice, que en aquel dia, comenzaron allí el camino de Veracruz de que estaba encargado el consulado: púsosele por nombre *El camino de Luisa*, seguramente por lo torcido.

Pasó despues Branciforte al lugar donde habian de fijarse los cimientos, tomó en sus manos varios instrumentos de albañilería y los entregó al tribunal del consulado en señal de la comision que se le conferia para dar principio á la empresa.

Publicóse un bando permitiendo elaborar libremente el aguardiente de caña, prohibido antes hasta con *excomuniones* porque perjudicaba al comercio de España.

Ya los conquistados podian tomer *chinguirito* sin temor de condenarse.

La tradicion ha llegado hasta nosotros, y por eso oimos en algunos pueblos, á los vendedores de licor gritar; *¿quién se condena?____ quién se condena?*

¡Pobre Estado, que necesitaba para ser obedecido los anatemas de la Iglesia!

¡Pobre Iglesia, que para ser respetada necesitaba del apoyo del Estado!

La intolerancia era la *liga* de los dos poderes; una vez rota quedarian separados para siempre!

III.

Llegó la noche de ese dia memorable, y el pueblo que parecia no haber abandonado la plaza, recibió un refuerzo de todas aquellas personas que por diversos motivos no podian ver la luz en pleno meridiano.

Grandes fuegos artificiales debian divertir á la corte y á los fieles súbditos de S. M.

Junto á una de las fuentes de la plaza estaba el estudiante Pedraja con un grupo de amigos, todos *criollos*.

—¿Qué te ha parecido la solemnidad?

—Todo ha estado perfectamente.

—Todo?

—Sí, hombre, ya todos sabemos lo que quiere decir *todo*.

—Está bien, y entre paréntesis, el carcaj que está pisando el caballo, está perfectamente trabajado.

Pedraja y el resto de amigos comprendieron perfectamente la sátira.

—Es de notarse que estos señores no pierden ocasion de humillarnos.

—Ese es su oficio.

—Yo no sé nada de historia; pero me basta retener en la memoria los hechos decantados de la conquista.

—Te estás comprometiendo.

—Hablo entre amigos.

—Pero las paredes oyen.

—No importa; decia que todo se redujo á sorprender á un pueblo desarmado y saquearlo á su sabor. ¡Vive Dios! que no seria malo hacer una de Luis XVI.

—Silencio, Pedraja!

—No me da la gana, ya estoy punto ménos que fastidiado con esta gente; cree que el espíritu nacional se ha extinguido, y siento hoy mas que nunca sublevarse mi sangre de raza.

—Podemos parar en la horca, como le acaba de pasar á esos infelices franceses con las órdenes de Branciforte.

—Los franceses siempre lo merecen.

—Esa es otra cuestion.

—Ya veis como se nos humilla á cada paso, nosotros no podemos obtener cargos públicos, ni en el gobierno, ni en el ejército, ni en la Iglesia; ¡demonio! estamos en la misma condicion que los judios en España.

—Amigo Pedraja, el que manda, manda.

—Ya veremos mas tarde.

—Queridos, dijo uno de los del grupo, esto me huele á conspiracion; buenas noches!

—Yo no me comprometo, agregó un segundo, y se marchó á ejemplo del primero.

—La cosa anda mal, añadió un tercero, incorporándose á la multitud.

—Cuidado con la lengua, Pedraja, y siento mucho que ya no nos podamos ver en lo de adelante; porque las delaciones están á la órden del dia.

—Prudencia, chico, y haz por no encontrarme.

—Idos al demonio, exclamó Pedraja desesperado, al ver como huian sus compañeros. Me han dejado solo esos miserables.... tienen razon, el espionage es espantoso.... ademas, ¿que me importa que el caballo pise ó no el carcaj?.... Yo no soy un espadachin ni un conspirador.... sin embargo, estos malditos españoles no los puede ver mi alma.... cada vez que veo salir á un condenado por la Inquisicion, la sangre me hierve como la olla de un puchero y seria capaz de.... ¿Qué se habrá hecho Rosalía?.... Esta vida es desesperada.... ese demonio de capitan la tenia en sus brazos.... vamos, que lo he matado sin saber lo que me hacia.... Don Félix entraba en esa casa misteriosa en pos de otra dama.... Bien pensado, fué una locura mia.... matar á un hombre por nada.... no, no, siempre es algo eso de que la mujer de uno, es decir, aunque no sea la verdadera, se desmaye en los brazos de un zascandil.... Soy un bárbaro, Rosalía me ama, eso está fuera de duda; pero no me explico como.... Dios mio!.... Dios mio!.... ese hombre!.... ella!.... ella!.... Deteneos!.... deteneos!....

En aquel momento un capitan de los guardias del virey, tomaba el brazo á una mujer encubierta y atravesaba frente á Pedraja sin notar los gritos del estudiante.

CAPITULO XVIII.

ENTRE PARENTESIS.

I.

Recordarán nuestros lectores que Lino el mulato recibió á la hija de Treviño para conducirla á la casa de la bruja.

Efectivamente, el cómplice de la madre Paulina se dirigió con la jóven á una casa lujosamente puesta en la calle de la *Enseñanza.*

Todo el menaje era de última moda y esquisito gusto.

La casa parecia abandonada, solo se veian criados y lacayos, sin encontrar amo alguno; sin embargo, todo parecia dispuesto para recibir á una persona de alta alcurnia.

El mulato llamó á la puerta dando un número convenido de toques, y la puerta se abrió.

Rosalía precedida por el mulato subió la escalera, que tenia un magnífico alumbrado, atravesó un ancho corredor lleno de plantas y flores, y penetró en un salon ricamente amueblado.

—Esperad aquí, dijo el mulato, la señora no debe dilatar.

La jóven tomó asiento en uno de los sofaes, y despues de examinar cuanto la rodeaba se fué quedando insensiblemente dormida.

Habria pasado un hora cuando una dama de aspecto grave y en cuyas facciones se revelaban aún los restos de una belleza deslumbradora, se adelantó á la jóven que dormia profundamente.

—Pobrecilla! el cansancio la ha rendido. Rosalía! Rosalía!

Despertóse la hija de Treviño y se paró violentamente

—Señora, perdonad, me encuentro en vuestra casa sin saber como, y----

—Nada temais, una persona á quien aprecio os ha recomendado conmigo; soy conocida antigua de vuestro padre, y esta casa es vuestra.

—¿Conoceis á mi padre?

—Perfectamente, fuimos amigos en España; conocí á vuestra madre.

—Dios mio!---- mi madre!

—He sabido con verdadero sentimiento su muerte; pero el cariño de D. Manuel vuestro padre, acaso os indemnice de esa pérdida tan sensible.

—Sois un ángel!

—Me han enterado de vuestros sufrimientos y desgracias, relato que me ha conmovido dolorosamente.

—Nada puedo añadir, señora, al aceptar vuestra proteccion, sino la ardiente súplica de que me volvais al lado de mi padre.

—Yo os lo prometo, hija mia; entretanto, esta es vuestra casa, vivid, gozad, nada teneis que os inquiete; porque yo no perderé momento hasta lograr mi objeto.

—Gracias---- mil gracias, señora! dijo la jóven con el llanto sobre las mejillas.

—No me llameis señora, decidme solamente Maria, ese nombre me agrada mas.

—Es que yo os veo desde hoy como á una madre.

—Y tú serás mi hija ¿no es verdad?

La jóven se estrechó al corazon de la dama y lloró con esa expansion purísima de la gratitud.

Doña María le besó la frente y conduciéndola hasta la puerta del aposento que le habia destinado, regresó al salon.

—Es hermosa.... sí, muy hermosa.... Si supiera que yo la he tenido sobre mis rodillas.... que ella me ha acariciado; porque yo amaba á esta criatura con adoracion.... pobrecilla!... ese miserable de su padre ha querido asesinarme esta noche, ya sabrá lo que valgo.... insensato!.... jugar con el corazon de una gitana, es poner las manos sobre el fuego!.... La hora de la venganza se acerca.... Prescindir de ella seria abdicar de todo ese pasado de lágrimas y de sufrimientos.... No, adelante.... adelante!.... siento que mi espíritu se debilita.... el aspecto de esa criatura, su inocencia, su candor.... todo me habla en un lenguaje extraño á mis sentimientos.... Hace un momento cuando pensaba que la tenia en mi poder como los rehenes de mi venganza, estaba satisfecha, me preparaba á hacerla sufrir, á prolongar su tormento, á gozarme en su desgracia.... pero despues.... no, no hay duda, yo dejenero de mi raza, mi corazon se vuelve al lado de la luz.... tengo compasion de esa criatura.... y juro á Dios que la respetaré hasta el último momento!.... La he salvado del poder de su seductor, sí, la he salvado pero no para su padre.... él ignorará el paradero de su hija.... lo entrego á la desesperacion miéntras llega mi dia!.... El lo ha dicho: mi sombra cae á plomo sobre su corazon, mi memoria le inquieta.... cree ver una mano oculta, que dirije los hilos de esta trama horrible que lo ha lanzado á un abismo de infortunios y de padecimientos....La desesperacion!.... oh!.... es espantosa, roe la existencia hoja por hoja como un insecto hasta marchitarla.... ¡Dios mio! yo la he sufrido tantos años!.... mi juventud se ha marchitado con mis lágrimas.... se ha secado con mis sollozos!....

Doña María rompió en un llanto de profunda amargura.

—Sí, le he amado.... le amo todavia. Cuando despues de

tantos años me volví á encontrar en su presencia, sentí la pasion de aquellos dias de delirio; con todo, ese mundo de amor se torna en volcan de odio inestinguible.

La dama se dejó caer en los almohadones, retorciéndose en una convulsion desesperada.

Vuelta doña Maria de aquel acceso terrible, se levantó, compuso su tocado, serenó el semblante y acercándose al cordon de la campanilla, tiró de él y apareció un lacayo á la puerta de la entrada.

—¿Ha venido el capitan don Félix?

—No, señora.

—A cualquiera hora en que llame abridle y conducidle á este salon.

El lacayo inclinó la cabeza y salió.

—Es extraño que el capitan no haya parecido; estoy inquieta por saber el resultado de esa cita con la dama misteriosa.... ese hombre es un calavera simpático, me ha hecho su confidente, y en verdad que me intereso demasiado por él.... Han dado las dos de la mañana.... no importa, estoy segura de que vendrá; desearia acostarme, ese infame me ha lastimado la garganta de una manera horrible.... si no he tenido serenidad para fingirme ahogada, ese miserable me estrangula.... aun siento la presion de sus dedos en la garganta; ya le pasará otro tanto.... el destino, siempre el destino!

—Veamos la carta-órden que guardé en el escapulario.

Doña María desenrolló el papel que le dió Treviño y lo leyó para sí: "Cuantas sumas están en vuestro poder, ponedlas á disposicion de la persona que os entregue esta órden.—Treviño."

—Mañana mismo haré uso de este libramiento, ese hombre paga el hospedaje de su hija.

II.

Una camarera entró violentamente en el salon.

—¿Qué pasa, Teresa?

—Hay una señora que quiere hablaros, trae á un hombre en una camilla.

—Que pase al momento.

Una dama cubierta enteramente con un velo, penetró en la estancia donde aguardaba con impaciencia doña María.

—Permitidme, señora, me excuse ante vos de presentarme á esta hora en vuestra casa.

—Hablad, señora.

—Sé que sois amiga del capitan don Félix de Quintanar.

—Es cierto.

—Pues bien, le acaban de dar una herida que pueda ser de muerte.

—Dios mio! exclamó doña María, me figuré siempre que su aventura debia traerle fatales resultados. ¿Y dónde está?

—Le traigo en una camilla.

—¿Quién os ha indicado mi casa?

—Don Félix, señora.

Doña María ordenó á sus criados que subiesen al enfermo, y con un grande esmero le colocó en uno de los departamentos de la casa, haciendo venir á un médico inmediatamente.

—Servíos, señora, dijo Amparo, escucharme un instante; quiero daros una explicacion franca y leal de mi conducta.

Al decir estas palabras se quitó el velo que le cubria el rostro.

—Ah! exclamó doña María al ver la semejanza de Amparo con la hija de Treviño.

—¿Qué os sorprende, señora?

—Nada, nada, continuad.

—Yo no quiero ocultaros mi secreto, porque mi situacion es espantosa.

—No me conoceis aún; pero os advierto, que estoy dispuesta á serviros con toda lealtad; decidme vuestro nombre.

—Amparo Núñez de Clavijero.

Doña María retrocedió espantada.

—No temais que sea una aparecida, mi muerte fué una intriga política, vivo todavia.

—Coincidencia fatal! murmuró doña María.

—Ya os pondré al tanto de esta resurreccion; pero creed que estoy viva.

—Comprendo, señora, que vuestra desaparicion de la corte de Madrid, tiene un significado altamente importante; sé los celos de la reina, y este negocio, es necesario confesar que ha estado hábilmente manejado.

—El rey es el autor.

—Era el interesado.

—Es verdad.

—La mano de vuestro tio se hace sentir en este asunto.

—Señora, he sido vendida miserablemente por don Pedro.

—Yo le conozco demasiado.

—Necesito un refugio y lo busco en vuestra casa.

—Sea en buena hora.

—Nada os quiero ocultar: el virey me requiere de amores, y al ver mi negativa avisa á la reina de mi pretendida resurreccion, sin temor á Carlos IV, que no osará destituirlo interviniendo María Luisa.

—Sosegaos, jóven, estoy acostumbrada á mayores peligros y no será este ante el que retroceda; quedaos en mi casa, nadie sabrá vuestro paradero y aquí estareis en perpetua seguridad.

—Gracias, señora, y acepto con el alma.

—Una condicion, doña Amparo.

—Hablad.

—Os exijo por nuestra mútua seguridad que don Félix no se entere de vuestra estancia en mi casa.

—Os lo prometo.

—Seguidme.

Doña María condujo á Amparo al departamento interior, dándole un aposento que, como el resto de la casa, estaba suntuosamente amueblado.

—Tomad posesion, Amparo, y descuidad por lo que venga, que todo será favorable.

Entróse doña María en su cámara, calenturienta y casi demente.

Los acontecimientos que se succedian en una terrible rapidez la tenian perpleja.

Ya poseia á la hija de Treviño y á la sobrina de Clavijero.

Las dos jóvenes podian servir á sus intenciones.

III.

Habian pasado tres meses, durante los cuales la salud del capitan don Félix se habia recobrado por completo.

El jóven calavera se volvia cálculos, y planes, y proyectos sin darse cuenta de la desaparicion de su novia.

Acudió á la casa del tio Pablo; pero la encontró desierta y no halló una sola persona que le diese noticia sobre lo que tanto ansiaba saber.

Habia buscado al estudiante Pedraja para pedirle una satisfaccion; pero al estudiante parecia habérselo tragado la tierra.

En tal situacion, comenzó á entrar en esa linterna mágica de sus recuerdos la imágen de Rosalía, mientras que la de Amparo se iba sepultando en la bruma del olvido.

—Pensando cuerdamente, decia el capitan, mi bella desconocida es una aventurera....estuvo á punto de costarme la vida....

—Estais seguro, capitan? preguntó doña María.

—Señora, lo estoy y mas cuando amo á otra mujer; no es mujer, es un ángel, una aparicion que recibió en su primer momento el bautismo de mi sangre.

Rosalía se puso intensamente pálida.

—¿Y quién es esa mujer que os ha encantado?.

—No quiero que sea un secreto; sabed, doña María, que yo amo á vuestra amiga.

Rosalía se cubrió el rostro con las manos.

—Pero esta es una declaracion inesperada, dijo doña María.

—No importa, repuso don Félix, dejo á los corazones vulgares prepararse, estar en acecho, buscar las oportunidades é ir en pos del silencio y de la soledad; yo soy franco y leal, y lo que he dicho es verdad.... Rosalía, el corazon no nos engaña jamas, yo he leido en vuestros ojos que no os soy antipático, que conservais por mí un afecto sincero de amistad, que yo procuraré convertir en amor; porque la existencia sin ese cariño está sin luz, envuelto en las sombras de la desgracia y de la desesperacion; vos habeis soñado tambien.... olvidad como yo olvido y séamos felices.

Doña María se levantó para dejar en libertad á Rosalía de contestar la demanda del capitan.

—Espero á vuestros pies una palabra de compasion.

—Capitan, dijo al fin la jóven, sentaos y oidme.

Don Félix se aproximó mas á Rosalía.

—Habeis visto á un hombre....

—Sí, lo he visto, mas aún, he sentido su espada sobre mi pecho.

—Pues bien, si yo le olvidase, vos mismo condenaríais esta conducta.

—No, no lo creais, sé que Antonio es vuestra primera ilusion, y esos albores están destinados siempre á desaparecer ¿no es verdad?.... pero vos no sabeis de mundo, mañana se os haria insoportable lo que hoy es el cielo para vos.

—Estoy satisfecho, señora, con haber cumplido con mi obligacion.

—¿Y vuestra novia, capitan?

—¿Cuál de ellas? preguntó doña María.

Don Félix se halló terriblemente contrariado y ap nas pudo responder.

—Serenaos, caballero, mi pregunta nada tiene de extraña.

—No, efectivamente; pero ya esas memorias me son importunas; figuraos simplemente un capricho, una aventura y nada mas.

—Luego no amábais á Amparo?

—Lo creí al principio; pero despues me desengañé de que aquella mujer estaba envuelta en una trama oscura que interpuesta entre nosotros nos alejaba para siempre.

—¿Y la olvidásteis?

—Para siempre.

Rosalía fijó sus dolientes miradas sobre el capitan, como si encontrase en sus palabras algo que la consolase.

—Sí, continuó don Félix, yo tengo un corazon ardiente, enérgico y lleno de esperanzas, que desea abrirse á los horizontes sonrosados de un porvenir todo de amor y de felicidad; porque yo me siento capaz de cuanto valor se necesita para arrostrar sacrificios y hasta la misma muerte, por conquistar el cariño de una mujer.

—Así te quiero, pensó doña María.

El capitan continuó mas exaltado:

—Yo no habia sentido hasta entónces mas ambicion que la de la gloria, ni mas goces que el de pelear y distinguirme; pero ví á aquella mujer bajo un velo de misterio que sin querer me interesó profundamente.... Me acerqué á ella, sentí que la amaba; pero su pasado me inquietó, haciendo oscurecer mi frente y mi corazon.... A fuerza de pensar en esas circunstancias, su recuerdo se ha debilitado y creo que el olvido penetra en mi alma.

CAPITULO XIX.

EL REMATE DE UNA FIESTA.

I.

Seguia en la gran ciudad el alboroto producido por la solemnidad cívica de la colocacion de la estatua, y todos los súbditos de S. M. se entregaban al regocijo purísimo de los vasallos en las fiestas reales.

La Plaza estaba completamente llena, y en los balcones del palacio se agrupaba la gente de pro con el objeto de presenciar los fuegos artificiales.

La señora vireina, rodeada de las damas principales, ocupaba el gran balcon, y S. E. el marques de Branciforte el de la derecha, con sus favoritos y aduladores.

—S. M. Carlos IV, decia el inquisidor Clavijero, quedará agradecido á esta demostracion de cariño de parte de S. E.

—Cumplo con el deber de un leal y fiel servidor de S. M.

—La estatua hará eterno el nombre del rey y el de V. E., que ya se escribe en bronce y mármol.

—Ojalá que á mi memoria le acompañe la bendicion de este pueblo á quien verdaderamente amo, como parte del suelo patrio! ¡oh! si tuviera un *erario* mas rico, yo le trasformaria por completo.

—Yo creo que hay que convocar á la nacion para que haga un pequeño préstamo, al ménos para traer armas. V. E. comprenderá que la seguridad del país está comprometida con estos señores franceses; esa odiosa república trata en son de conquista á la Europa, y V. E. debe estar preparado para un evento, casi lejano, pero que no está fuera de la posibilidad.

—Su señoría me ha sugerido una idea feliz, sí, un *préstamo*.... un préstamo.

—Desde luego me anticipo con mi pobre ofrenda; me cuotizo con cinco mil pesos.

—Sois un verdadero patriota.

—Gracias, señor marques.

—Yo me apunto con diez, dijo un potentado que traia á su pecho la cruz de Carlos III.

—Y yo con ochenta, dijo el almonedero de Branciforte, haciendo al virey una seña de inteligencia.

Branciforte comprendió que su privado trataba de levantar el negocio.

Los cortesanos acudieron á suscribirse, y en un momento se levantó la suma á trescientos mil pesos; cierto es que aquella dádiva le iba á costar á la nacion un ciento por uno.

—Gracias, gracias, decia el marques restregándose las manos, os portais como unos caballeros y desde luego voy á proponer que se os condecore.

Aquella promesa hecha en aquellos tiempos, en que un hombre daba su fortuna por un título, causó el mas vivo entusiasmo.

—Hoy es dia de felicitaciones, señor marques.

—Hay dias que parecen de bendicion, yo lo celebro por el país cuyos destinos me están encomendados, por una nacion á

quien gobierno con grán perjuicio de mis intereses y solo por no caer en desgracia con S. M.

—Todo ello se comprende, se apresuró á decir el inquisidor, que se habia tornado en el órgano de la tertulia.

—A propósito de negocios, venid, señor de Clavijero, os tengo que decir algo con permiso de estos señores.

Todos los cortesanos se inclinaron como un haz de trigo á un golpe de viento.

El virey y don Pedro se entraron á una sala inmediata.

II.

La señora vireina tenia una conversacion muy empeñada con las damas.

—Yo os aseguro que no he oido jamas ese título, decia una muchacha alegre y burlona.

—No exajereis, Amelia.

—No es exajeracion, aun me parece ridículo ese nombre de *Condesa del Milagro*, eso estaria bueno en un retablo de San Vicente Ferrer por ejemplo.

—¿Y por qué os acordais de ese santo? preguntó con intencion una dama avechucho.

—Como de otro cualquiera, señora; ¿acaso es vuestro abogado?

—Lo fué en un tiempo, cuando....

—Etcétera, respondió Amelia, pero volviendo á la señora del Milagro, yo le colgaré alguno por ese misterio en que se halla envuelta; el vulgo cuenta que por la noche se oyen lamentaciones, y suspiros, y sollozos, y no sé que otras cosas horribles, todo á la doce en punto y precisamente en el dormitorio de la

[illegible]io con vuestra leyenda.

—Aun hay mas: dicen que entran embozados, y hay quien asegure que al descubrir el viento á uno de ellos---- no, no lo quiero ni recordar.

—Concluid por Dios, amiga mia.

—Lo vais á soñar durante tres noches.

—No importa, decidlo.

—Pues bien, la gente asegura que el embozado era un esqueleto.

—Qué horror! dijeron á una voz todas las damas.

—Ni mas ni menos, señora vireina, el embozado llevaba desnuda la calavera y habia en las órbitas un foco de luz amarillenta que deslumbraba.

—Jesus que atrocidad!

—Al andar el esqueleto se oia el ruido de los huesos, como dándose unos con otros.

—Amelia, nos estais horrorizando.

—Se asegura tambien, continuó la jóven entusiasmada con el efecto que estaba causando su leyenda, que la puerta de esa casa donde habita la condesa del Milagro, no se abre, y que los fantasmas atraviesan los muros.

—No es de creerse que pasen esas cosas sin que el Santo Oficio tome providencias.

—Ahí está el secreto; la Inquisicion, y esto sea dicho en reserva, no se atreve á llamar á la puerta de esa casa.

—¿Y no adivinais?

—No, ni lo pretendo, hay negócios muy peligrosos.

—Indagaremos, indagaremos, yo estoy segura de descubrir el misterio que envuelve á la condesa del Milagro.

III.

—A vuestras órdenes, señora vireina, dijo doña María, saludando respetuosamente á la concurrencia.

Todas las damas influenciadas por la supersticion se quedaron mudas de espanto, y apenas pudieron corresponder su saludo á la marquesa.

—Sentaos, señora, dijo la vireina, los *fuegos* van á comenzar.

—Perdonad, respondió galantemente doña María, he recibido muy tarde la invitacion con que me habeis honrado.

—Disculpad, señora, á los servidores que hoy se han atarantado con el vértigo de la fiesta.

—Ni aun siquiera me ocurre el culparlos, toda vez que disfruto el alto honor de encontrarme á vuestro lado.

—Gracias, señora marquesa.

Doña María tomó asiento entre las damas, su fisonomía era severa, y su apostura completamente trágica.

La condesa llevaba unas alhajas valiosísimas, y su busto con toda la entonacion judia, se destacaba hermoso é imponente con aquella cabeza ceñida de una aureola de brillantes.

La condesa llevaba un túnico de terciopelo negro con encajes de Flandes riquísimos.

Apuella mujer inspiraba respeto y tal vez espanto, despues de oir el relato que la jóven Amelia habia hecho con tan vivos colores.

—¿Habeis pasado bien el dia, señora marquesa?

—Perfectamente, señora; he estado escribiendo para España, y no cierro mi correspondencia hasta no completar el relato de solemnidad tan brillante.

—¿Teneis muchos amigos en la corte de Madrid?

—Me jacto de tenerlos buenos y generosos en la corte de S. M. Carlos IV.

—¿Conoceis á Godoy?

—Es un hombre de gran talento, insinuante, guapo mozo y buen caballero; no en vano S. M. le dispensa gran favor y cariño.

—Se dice, observó Amelia, que la reina es de la misma opinion que el monarca.

—Efectivamente, señorita, S. M. María Luisa estima alta-

mente al ministro, porque está al tanto de sus trabajos, y de lo mucho que España le debe. La mordacidad ha inventado verdaderas calumnias, que no herirán nunca el honor inmaculado de la reina.

—Como que hace dos meses han pedido en la audiencia que se le queme la lengua á un frances por un solo epígrama que dijo contra S. M.

—El desprecio, señorita, es el mejor castigo.

—Hay quien diga que el rey está influenciado por Godoy.

—S. E. la señora vireina, que tiene afinidad con el ministro de Carlos IV, podrá decir mejor que yo, lo que pasa en la corte.

La esposa de Branciforte comprendió el veneno de aquellas palabras, dichas bajo la apariencia de un candor angelical.

—Ya sabeis, señoras, que las cortes son un foco de hablillas, y en eso todas se parecen; la corte de Francia nos ha dado el ejemplo: con una palabra, con una sonrisa, con una mirada, se hace trizas la ejecutoria mas limpia y se destruye la reputacion mas bien sentada.

—Es cierto.

—Los enemigos de Godoy, no encontrando en su conducta una tacha que ponerle, ni falta en su administracion, se han apoderado de esa arma terrible que pudiera hacer caer su cabeza.

—¡Que horror!

—Yo conozco á María Luisa, y es incapaz de un escándalo.

—Es necesario resignarse con ciertas cosas que no está en lo posible remediarlas, tales como esta.

—Es cierto, y porque la señora vireina vea hasta donde cunden esos rumores, acabo de presenciar una escena desagradable.

—Referidla si no es importuno.

—Dos criollos hablaban en la plaza teniendo un diálogo abominable.

—Hablad, señora.

—Uno de esos miserables decia á su compañero:

—Qué te parece la estatua?

—Bien.

—Yo creo que está incompleta.

—No lo he notado.

—Pues falta una figura puesta en ancas de ese caballo.

—¿Cuál?

—La de Godoy, favorito de la reina.

—El marido y el---- no está mal pensado.

Las damas se sonrieron al oir lo picante del epígrama, como todo lo que sale de los labios del pueblo.

—Esa osadía debe castigarse severamente.

—Soy de la misma opinion.

—Y decís que los han aprehendido?

—Yo lo he presenciado, el alcalde Pinillos los ha conducido á la cárcel.

—Le recomendaré el ejemplar castigo de esos miserables.

—El alcalde es propio para semejantes comisiones.

—Lástima que sea tan candoroso, dijo Amelia.

IV.

En aquel momento se dejó ver en el salon el alcalde Pinillos.

Estamos de broma esta noche, señora vireina, dijo la jóven.

—Así parece.

El alcalde se acercó á S. E. respetuosamente y fingiendo una gran fatiga.

—Sentaos, alcalde, y contadnos algo de nuevo.

—Hay mucho, excelentísima señora, pero lo de última hora es la aprehension de dos malhechores, que pretendian que se pusiese á horcajadas sobre el caballo de S. M. á vuestro noble pariente el excelentísimo señor Godoy.

—Es una ocurrencia de mal tono.

—Por supuesto que yo eché una arenga en la plaza, desmintiendo á voz en cuello los amores de Godoy con S. M. María Luisa.

—Os lo habia dicho, señora, dijo Amelia.

—No os engañásteis, este señor alcalde ve mas allá de donde debiera, por ese celo excesivo que lo distingue.

—Gracias, excelentísima señora, yo no hago mas que cumplir con mis deberes.

—Eso de la arenga ha estado perfectamente, dijo Amelia.

—Me glorío de ello, señorita, y estoy dispuesto á repetirla en pleno salon; porque me jacto de ser galante con las damas y mas aún con mi reina.

—No hagais semejante cosa, señor de Pinillos.

—Ya he formado empeño, y proclamaré que es un absurdo lo del adulterio de S. M., y las citas con el ministro, y las....

—Por Dios, alcalde, que nos estais haciendo sufrir espantosamente!

—Lo cual quiere decir que cuando se os ofrezca, hallareis en mí el mas decidido campeon.

—Es un tonto de remate, dijo por lo bajo la vireina.

—No faltaba mas, proseguia el alcalde, sino que dos mentecatos se propusieran mancillar honra tan pura.

—Hablemos de otra cosa, señor de Pinillos: habeis dado con vuestra hechicera?

—No, pero mañana se procede en el Santo Tribunal á las primeras diligencias y de ahí saldrán cosas maravillosas.

—¿Y quiénes son los presos?

—Lo ignoro, pero al padre Pontolongon se le hará hablar muy alto, así como á un sacamuelas; todos ellos tenian pacto y amistad con las brujas.

Las damas se santiguaron.

—Se verá tambien la causa de la familia Marroquin por infidencia y heregía.

—Lo primero se puede pasar, pero lo segundo es horrible.

—Hemos de extirpar á los herejes, los hemos de confundir y de pulverizar.

—Bien hecho, respondió Amelia.

—Parece que os burlais, señorita; pero esa familia Marroquin es de lo mas criminal: figuaros que el padre de esa tribu es un herejazo mas alto que esa puerta, y que merced á sortilegios se ha hecho de un gran caudal para ponerse de acuerdo con los franceses y entregarles el reino.

—¡Qué crímen!

—Ese hombre ha trazado círculos en las paredes con signos misteriosos; todo eso lo sabe el Santo Oficio, aunque el malvado de Marroquin los habia borrado cuando llegó la justicia.

—Bien, la cosa es clara como la luz.

—Ese hombre no se quita el sombrero á las oraciones, y se cuenta que pasó junto á una *ánima*, sin rezarle un sudario; que hace poco dijo que le molestaban las campanas porque le aturdian, y que los señores sacristanes iban á medias con las limosnas de los fieles; por supuesto que toda la gente de sacristía se ha puesto furiosa, y acusa formalmente al impío de blasfemo y sacrílego. Aseguran tambien que se expresó mal y en términos indecorosos, de las mulas que tiran de la *estufa* del Viático.

—Sacrilegio espantoso! exclamó una vieja, que llena de adornos queria sobresalir en el círculo de la vireina.

—Yo creo, continuó Pinillos, que á la primer vuelta del tormento, le arancarán el secreto de sus abominaciones.

—Es natural, dijo Amelia, el tormento es un medio bien persuasivo para....

—Callad, señorita, estais diciendo herejías.

La esposa de Branciforte, que tenia un cariño especial por Amelia, trató de interrumpir el gracioso diálogo que la jóven habia entablado con el pobre alcalde.

—Comienzan ya los fuegos, amigas mias, acercaos que el espectáculo bien lo merece.

En aquel entónces la pirotecnia no estaba tan adelantada como hoy, y el espectáculo de los fuegos era sumamente cargante.

Un morillo que se prolongaba á veinte varas de altura, revestido de un armazon de varas á las que estaban atadas multud de bombas y unas ruedas que arrojaban resplandores de luz, figurando soles, y en el remate de aquel aparato que llamaban *castillo*, una *canastilla* de cohetes. Comenzaba á quemarse rueda por rueda, subiendo el fuego á su vez á los distintos cuerpos del *castillo*, hasta prenderse la canastilla. Entónces el pueblo le silbaba al artífice, y la diversion estaba concluida.

No obstante, la diversion por ser grátis era concurrida, y los fieles súbditos de S M. se daban por satisfechos con aquel obsequio; cierto es tambien que los soldados para arreglar la fiesta repartian culatazos y bayonetazos á diestra y siniestra; pero los soldados tienen siempre razon, y mientras esté vigente la ordenanza de Carlos III, ellos tienen de vivir en el siglo feliz en que se puso en vigor ese precioso código. "Cartucheras al cañon."

V.

Doña María dejó en su coche á la hija de Treviño, miéntras ella se dirigia al palacio, donde era recibida por la vireina bajo el título de la condesa del Milagro.

La gitana se hizo por dinero de ese título, y merced á él, podia introducirse en los altos círculos de la corte, que regla antigua es que el oro abre todas las puertas.

La gitana estaba esa noche en una de sus metamórfosis; conceíasele sin embargo su poca versacion en las maneras distinguidas de sociedad.

La noche del dia en que se colocara la estatua de Carlos IV, Doña María quiso que la jóven hija del portugues viese desde el coche el espectáculo de los fuegos artificiales, á cuyo efecto situó su carruage en la boca-calle del Seminario.

La jóven permanecia divagada, cuando vió atravesar á Pedraja con la carpanta de sus amigos.

—Cosa extraña! murmuró Rosalía, mi corazon no se altera á la vista de ese hombre; cierto que ese aspecto de miseria que lleva y el recuerdo de aquella noche cuando le ví empapado en la sangre de don Félix, lo hacen aparecer repugnante ante mis ojos. ¿Qué hubiera hecho al lado de ese desalmado, sin porvenir y llena de desgracias?.... Dios me ha salvado de una manera providencial.... Pero que veo?.... no me equivoco, he ahí á fray Angel de la Divina Infantita seguido de un lego; yo creia que habia muerto; vamos, que el reverendo padre debe de tener los huesos muy duros.

Quedóse Rosalía pensando en todos los acontecimientos surgidos desde la noche memorable de su fuga.

—¿Qué habrá sido de mi padre? Doña María me ha ofrecido indagar, y si es posible, lo que para mí es un sueño, volverle á estrechar entre mis brazos!.... ¿qué hará sin mí?....

Dos lágrimas corrieron á lo largo de sus pestañas, á la influencia de aquel tristísimo recuerdo.

Preocupada estaba la jóven cuando de repente una bomba caida entre los caballos del tiro, lo espantó; partieron de súbito sin obedecer la rienda, y se lanzaron atropellando á la multitud, que entró desde luego en alarma.

Una de las ruedas delanteras del carruage se desgranó y el coche se volcó, poniendo en gran peligro á Rosalía.

El capitan de los guardias, del virey se acercó al carruage, y sin saber á quien se dirigia dijo en voz alta y tendiendo su mano.

—Salid, señora, salid al momento porque apenas puedo contenerse á estos animales que están furiosos.

Abrió la portezuela, y la hija de Treviño con ese ánimo que da el terror, saltó del carruaje y se encontró al lado de don Fé[illegible] Quintanar.

—Siempre vos! exclamó la jóven sin poder contener su alegría.

—Señora, respondió entusiasmado don Félix, estrechando la mano de Rosalía, venid y os conduciré á vuestra casa.

Los dos amantes se echaron á andar por la plaza, cuando oyeron de improviso la voz de Pedraja que gritaba como un loco:

—¡Deteneos! ¡deteneos!

En aquel momento don Manuel Treviño descubrió al estudiante, y tomándolo por la garganta le dijo con voz terrible:

—Volvedme á mi hija, miserable, ú os arranco la vida!

—¡Mi padre! exclamó Rosalía, y soltándose del brazo del capitan corrió á arrojarse á los pies de Treviño.

—Una oleada de gente arrolló á don Félix, que pugnaba en vano con toda su fuerza por huir de aquel torrente, pero que lo arrastró hasta el otro extremo de la plaza.

Fray Angel divisó al portugues y quiso apersonarse con su antiguo amigo, cuando el alguacil Lanzarote, como un buitre, reconoció en la oscuridad de la noche al padre de Rosalía y sin dar órdenes á sus subordinrdos, lo arrebató del lado de Pedraja y poniéndolo entre la patrulla lo llevó á las cárceles del Santo Oficio.

Rosalía daba de gritos y lloraba de desesperacion.

Echóse á andar como una loca por las calles, atravesó las del *Reloj*, volvió hácia la izquierda que es la de la *Enseñanza*, detúvose á la puerta de la iglesia, arrodillóse en el dintel y comenzó á orar fervorosamente.

Se habia pasado un cuarto de hora cuando la puerta del convento se abrió dando paso á un fraile que salia de confesar á una religiosa.

Rosalía penetró en el recinto sagrado y acercándose á la monja tornera le suplicó llamase á la superiora.

La presencia de la jóven á aquella hora, atrajo la curiosidad de la abadesa y bajó inmediatamente á la portería.

Habló un cuarto de hora la hija de Treviño con la religiosa, como en el secreto de la confesion.

—Bien, hija mia, dijo la monja, pasad; y vos, madre tornera, cuidado con decir una palabra bajo la pena de excomunion mayor.

Las puertas del convento se cerraron como las de la tumba, y Rosalía quedó bajo la sombra protectora del techo sagrado.

CAPÍTULO XX.

MORTE MORIERIS.

I.

El señor de Treviño estaba encadenado en uno de los calabozos mas sombríos de la Inquisicion y reencargado al terrible alguacil Lanzarote, que lo tenia por brujo, y queria vengarse de la mala pasada de la bruja.

En cuanto al padre Pontolongon y al barbero, los habian puesto en una misma estancia.

El maestro de aposentos de san Nicolas estaba horriblemente feo, los cabellos le habian crecido y una selva espesa de barba le cubria por completo el rostro; sus vestidos talares estaban en jirones, y todo aquel conjunto inspiraba horror y repugnancia.

El señor de Ramos, con la miseria habia tomado un aspecto simplemente ridículo: sus medias dejaban ver por sus boquetes las pantorrillas acartilaginadas, y sus codos salian por la chupa raida; sus zapatos no tenian su forma primitiva y la *coleta* estaba destrenzada.

En el calabozo situado en el ángulo del patio, estaba la familia de Marroquin, un español honrado y perseguido inhumanamente por los favoritos de Branciforte, á quienes acusaba de aduladores y ladrones de los fondos públicos.

Una calumnia habia sido suficiente para arrastrar á aquel desgraciado á la Inquisicion, y á toda su familia, que consistia en una señora anciana, suegra de de Marroquin, y dos hijos gemelos de quince años.

A toda esa familia la tenian exhausta de hambre, humillada, escarnecida por los carceleros y maldecida por los alguaciles que se gozaban en sus tormentos.

Los presos esperaban hacia muchos meses que se les tomase declaracion.

Esperanza triste, porque el *tormento* no se haria aguardar demasiado.

El carcelero notificó á los presos que á las oraciones de la noche el señor Inquisidor en turno procederia á las informaciones.

Un terror pánico circuló entre aquellos desgraciados, que contaban las horas momento á momento.

—Ha llegado al fin la hora de mi salvacion y de mi venganza, señor de Ramos, decia el padre Pontolongon lleno de entusiasmo y sacudiendo su cabeza de jabalí.

—Dichoso vos, que vais á salir de este infernal calabozo, donde estas ratas se han alimentado hasta con nuestros sombreros.

—Muebles inútiles, porque el sol no ha asomado las narices por estos subterráneos.

—Es cierto, pero en cambio tenemos una humedad escandalosa.

—Ya las reumas me trituran los huesos; esto es un tormento continuo.

—No os quejeis de antojo, mirad á nuestro vecino Marroquin, á ese sí lo han fastidiado como á ninguno.

—Infeliz familia!

—Tan infeliz que no sale con bien esta noche.

—Así lo creo, ¿y nosotros?

—En cuanto á mí, señor de Ramos, tendré que despepitar la verdad, me hablásteis de la bruja y que estábais en su....

—Yo no os he dicho nada.

—No comencemos á negar tan temprano.

—Es que vos teneis una memoria muy flaca, yo os dije solamente que la conocia de vista.

—Por todos los santos del cielo! gritó el padre Pontolongon, eso es negarme la luz del dia.

—Decid, exclamó el barbero, que quereis disculparos conmigo, y sacrificarme.

—Eso no es cierto, lo único que pretendo es poner las cosas en su verdadero punto de vista.

—Lo que pondreis será mis pobres miembros en el tormento.

—Eso no es culpa mia, sino vuestra.

—Mirad, padre Pontolongon, con solo hacer un esfuerzo de silencio....

—No, no me propongais omisiones; porque no consentiré en mentir y menos en callar.

—Sois un ministro de Dios, y por vuestra causa no debe sufrir ninguna criatura.

—La criatura nace precisamente para el sufrimiento y os toca vuestro turno.

—No os chanceeis, por Jesucristo!

—Ya vereis la chanza que os aguarda.

—Está bien; pero si decís una sola palabra que me comprometa, os levanto una calumnia y vamos los dos al potro.

—Ave Maria Purísima!

—Como lo oís, padre Pontolongon, ya me cansa tanto contemplaros, ya me aburre estar siempre con ruegos; ahora yo soy el que os impongo, y oidlo bien, juro por todos los santos perderos si decís una sola frase que me lleve á un lance extremo.

—Yo denunciaré al inquisidor esa amenaza.

—Y no sereis creido.

—Ya veremos, hombre infamé, calumniador!

—No me insulteis!

—Os digo la verdad.

—Mentís!

—Mentís vos!

—Yo no miento! gritó el padre Pontolongon y tomando el jarro del agua, lo estrelló en la crisma al señor de Ramos, que quedó escurriendo el líquido por todos sus harapos.

El barbero le puso por sombrero la candileja y se armó una de Capuletos y Montequios que acudió el alguacil Lanzarote con garrote en mano á sofocar el motin.

—Hola! hola! espirituados, gritaba el alguacil, deteneos ú os rompo el bautismo!

Sosegáronse aquel par de furiosos.

—Vamos, seguidme, que el señor inquisidor os espera.

A esa intimacion los combatientes se apresuraron á componerse lo mejor que les fué posible, y siguieron á Lanzarote, que para mayor seguridad de los reos habia traido cuatro ganapanes armados de punta en blanco.

El salon del tormento estaba alumbrado por una lámpara de cadenas; la llama ni aun oscilaba, parecia que en aquel recinto hasta el aire tenia miedo de moverse.

En uno de los extremos estaba el pupitre del inquisidor, y al frente un banquillo para los acusados.

En el centro y resto del salon, los aparatos formidables del tormento; y los verdugos que yacian inmóviles esperando órdenes de los terribles ministros de aquel tribunal.

El inquisidor don Pedro Nuñez de Clavijero se deslizó como una sombra, el eco de sus pasos se dejó oir en la bóveda.

Tomó asiento en el pupitre, puso los codos sobre la mesa, apoyó su frente lívida en las manos y cerró los ojos como un hombre terriblemente preocupado.

Fray Angel hacia de secretario y acusador á la vez, y guardaba tambien un profundo silencio.

El inquisidor movió la cabeza para indicar que iba á proceder á las primeras diligencias contra los reos.

Fray Angel bajó de la plataforma y habló en secreto al alguacil Lanzarote, que salió con pasos marcados del salon.

A los seis minutos tornó con los presos al lugar del interrogatorio.

Fray Angel hizo una seña al padre Pontolongon, que avanzó hasta el banquillo.

—¿Como os llamais? preguntó el fraile.

—Cipriano Pontolongon, ordenado en primera tonsura.

—¿Habeis hablado con las brujas?

—No, reverendo padre.

—Yo os conjuro á que os conduzcais con verdad.

—Yo lo prometo y vuelvo á jurar.

—¿Qué sabeis de los acontecimientos de Valladolid y del monte de las Cruces?

—Reverendo padre, este reo que es el barbero de la ciudad, me comunicó que habia visto á una bruja para que le proporcionase entrar en relaciones amorosas con la hija de don Manuel Trevíño.

El señor de Ramos temblaba como un azogado.

— ¿Por qué no lo denunciásteis al Santo Oficio?

—Por.... por....

El inquisidor Clavijero tendió la mano señalando la *rueda* y volvió á hundirse en su contemplacion.

Dos verdugos se apoderaron del padre Pontolongon, le ataron á la rueda, dió esta la primera vuelta y el clérigo exhaló un espantoso grito.

—Quitadle, dijo fray Angel.

Pontolongon volvió al banquillo, con su melena erizada y arrojando espuma por los labios.

—Responded categóricamente.

—Os lo comuniqué á vos, reverendo padre.

El inquisidor vió al soslayo á fray Angel.

El fraile se estremeció.

—Vuelva al tormento, dijo Clavijero.

El padre Pontolongon fué atado segunda vez, entónces los verdugos dieron dos vueltas, y el miserable rugió como una fiera.

—Hablad.

—Señor, señor, decia jadeando de dolor, yo lo denuncié ante fray Angel, no sospecheis de mí, yo soy enviado secreto del tribunal para espiar al rector de san Nicolas, al señor Hidalgo y Costilla.

—Vuestras credenciales?

—Aquí están, señor, respondió el infeliz sacando unos papeles grasientos de entre sus harapos.

Examinó el inquisidor los documentos, y llamando aparte al clérigo, empeñó con él una conversacion acalorada á cuyo término le dijo:

—Marchad mañana mismo á la villa de san Felipe, levantad informacion de lo que pase, ese cura Hidalgo es un hombre peligroso; debiais haber comenzado por donde habeis concluido. Yo os mando que sin pérdida de tiempo os pongais en camino, id primero á Valladolid, donde recibireis las órdenes mayores; ya se le avisa al obispo, y os presentareis como vicario del curato; se os entregarán unos pliegos que abrireis ya en la Villa de san Felipe; obrad como se os prevenga, vedme en mi casa para ministraros los recursos que necesitais para ese viaje. Padre Pontolongon, vos sois la persona mas á propósito para ese asunto, ved que la religion peligra y algo mas que vos no comprendeis....Olvidad lo del tormento, este fray Angel es un imbécil; se os recompensará como mereceis. Conque idos y no olvidar que os espero esta noche.... En fin, me duele haberos maltratado; pero os aseguro una espléndida indemnizacion.

El clérigo olvidó el tormento por un instante para entregar-

se á la satisfaccion producida por las palabras de Clavijero; no obstante, murmuró por lo bajo:

—Juro á Dios que con alguien he de desquitar las tres vueltas que me han dado en esa infernal rueda!

Besó la mano al inquisidor, quien ordenó fuese puesto en el acto en absoluta libertad.

II.

—Fray Angel, dijo el inquisidor, si no estuviérais compensado con la herida que recibísteis, os enviaba al *potro* como esta luz que nos alumbra.

Fray Angel de la Divina Infantita dió un salto como un mono de goma elástica.

– Sosegaos, y seguid en la averiguacion.

El fraile hizo llamar al señor de Ramos, que hasta la figura habia perdido bajo los harapos de la miseria.

—Decid cuanto sepais sobre las declaraciones y aseveraciones y confesiones de vuestro cómplice.

El barbero no necesitó ser compelido con la amenaza del tormento para soltar la lengua, pero siempre se aterrorizó al siniestro aspecto de aquella escena de caníbales.

—Señor inquisidor, dijo el señor de Ramos, yo nací en Valladolid, mi padre fué el señor don Ignacio de Ramos, casó en segundas nupcias con la señora mi madre doña Fulgencia Ordosgoiti y Berrenechea, de la vecindad de Purépero, siendo hija de don....

—No la tomeis de tan léjos, contad lo que hay de positivo con respecto á la bruja.

—Decia, señor inquisidor, que yo era hijo de la segunda esposa de mi padre, y que desde pequeño fuí educado en las máximas cristianas, y que yo soy católico apostólico romano, y traigo conmigo la bula de la Santa Cruzada, y obedezco los pre-

ceptos emanados de la autoridad canónica y eclesiástica, á quien respeto y venero.

—Responded á lo que se os tiene preguntado.

—Deseo, señor, no dejar punto omiso alguno; porque debo observar á mis jueces, que sin necesidad del *corporis aflictive*, es decir del tormento, soy muy capaz de responder á todo lo que sé y aun mas si se me pregunta.

—Bien.

—Pues como iba yo diciendo, habia en Valladolid una jóven recatada, honesta, pura y amante á guardar los preceptos de la madre Iglesia; yo la amaba, por supuesto que con la intencion cristiana de enlazarme con ella; ella no me amaba de ninguna manera; entónces busqué una tercera persona que me abocase con la jóven, y como las viejas sirven para esas cosas de una manera tan edificante, ocurrí á una de tantas llamada la madre Paulina. Protesto que ignoraba lo de las brujerías y aun lo dudo.

—¿Lo dudais? preguntó agriamente el fraile.

El señor de Ramos, creyendo llegada la hora del tormento, exclamó:

—No, no lo dudo, reverendo padre; por el contrario, lo creo como si lo viese; ¡yo dudar? líbreme Dios! si eso de las brujas es tan cierto como que S. E. el señor inquisidor está delante de nosotros.

—Bien.

Los verdugos estaban deseosos de agarrar entre sus uñas al barbero, que se defendia como un desesperado.

—Su reverencia presenció lo demas, es decir, la zurribamba de palos que me plantó el estudiante Pedraja, (por cierto que conservo aún los cardenales en las costillas), despues caminábamos por el Monte de las Cruces y yo os extraje la bala, ¿no es cierto?

—Que pongan en libertad á ese mentecato, dijo el inquisidor; ya estoy atarantado de oirle, quitadle de mi presencia!

—Yo desearia, excelentísimo señor, dijo el barbero, que V. E. me expidiera un....

Llegaba á esto de su discurso, cuando el alguacil Lanzarote le interrumpió, sacándole del salon casi suspendido de una oreja.

—Aunque me la hubiera arrancado, dijo el señor de Ramos, me daria por muy satisfecho al verme libre de las garras de estos beduinos.

III.

La familia Marroquin se presentó en el banquillo.

Ya hemos dicho que Branciforte era implacable en sus odios, y aquella infeliz familia era presa de su rencor en una cuestion de vil interes.

El virey queria ver desaparecer á Marroquin y tomar sus bienes en la confiscacion, así es que habia ordenado á Clavijero su muerte.

Espantoso es considerar, que hay hombres que se prestan como un instrumento ciego á las venganzas sangrientas de los poderosos, y mas aún que estos miserables, por congraciarse con sus señores, refinen la crueldad en los momentos supremos de la realizacion.

—Estais acusado de *heregía mixta*, dijo el fraile.

El viejo Marroquin quedó silencioso.

—Se os acusa de propagar ideas contra la religion católica, difamando al venerable clero, y haciendo mofa de las prácticas católicas.

—Eso es una impostura, dijo con dignidad el anciano mientros sus hijos gemelos temblaban de terror.

—Medíos en vuestras palabras.

—Señor, dijo Marroquin, mi conciencia no me acusa de ningun crímen, soy hombre honrado y mis creencias son las cristianas.

—Sois un hipócrita infame! exclamó furioso fray Angel.

Encendióse el rostro del viejo, aquellas palabras lo electriz ron, porque un insulto es un rayo sobre la frente de quien r cree merecerlo.

Marroquin volvió la vista y se encontró con la de sus pobr hijos, y guardó silencio ante la ofensa que fray Angel acabal de dirigirle.

—Se os acusa de haber evocado á los espíritus malignos.

—Señor, exclamó el anciano, dígase de una vez que se n quiere perder, y no se me sujete á un interrogatorio que no hace honor al tribunal.

Clavijero lanzó una mirada de basilisco y entregó al ancian á los verdugos.

No era al tormento *previo* al que se condenaba á Marr quin; era á la misma muerte en los dolores mas íntimos d agonía, de martirio y desesperacion.

"Cuando el crímen, dice un historiador, estaba superabunda temente demostrado, el tormento previo se hacia inútil; pe para que la barbárie no perdiese en ello nada, habia la *tortur* que era designada con el título paliativo de tormento ord nario ó extraordinario, segun los medios mas ó ménos activ que desplegaban en ella."

En el salon habia los útiles necesarios para aquella espant sa ceremonia: tenazas para arrancar las carnes, manoplas hierro para ponerlas en las manos del condenado, despues haberlas enrojecido al fuego; ingeniosos aparatos para hacerl absorber agua fria ó caliente y aun plomo derretido; cuerda instrumentos y borceguíes para el caballete, y otra multitud aparatos en que la inventiva y el genio del infierno nada dej ban que desear.

Los verdugos dispusieron el caballete en forma de *Cruz* san Andres.

A cada escalon del *potro*, fué amarrado cada uno de los mie

bros de Marroquin, y las ligaduras se entraron en la carne y penetraron hasta los huesos.

Los gemelos temblaban como las hojas de un árbol sacudido por el huracan.

Por medio de un mecanismo particular, le dislocaron simultáneamente las coyunturas de los codos y las rodillas.

El anciano con una fuerza de voluntad que tenia confundido al inquisidor Clavijero, no exhaló una queja ni arrancó de su pecho un aye de dolor.

Adelantóse uno de los verdugos y blandiendo una gran vara de hierro, la descargó sobre el brazo derecho de Marroquin, crujió el hueso al astillarse, y el anciano no pudo contener un grito de angustia.

El inquisidor estaba impasible.

Un segundo golpe hizo saltar en pedazos el hueso de la pierna, que rompió la carne al fracturarse.

Uno de los gemelos hijo de Marroquin cayó muerto de terror, y el otro yacia con la mirada fija sobre el cuerpo mutilado de su padre, tenia los puños crispados y su cabello estaba erizado de espanto.

—Las *tenazas!* exclamó rabioso fray Angel, las tenazas!

Cuando uno de los asesinos llegaba con el aparato fatal, el anciano Marroquin exhalaba el último aliento.

—Hemos concluido! dijo fray Angel, ha muerto antes de lo que se esperaba, voy á hacerlo constar en el proceso.

—A ese niño y á esa anciana, dijo el inquisidor, entregadlos á la autoridad ordinaria.

IV.

El inquisidor Clavijero ya estaba fastidiado con aquel espectáculo de sangre.

—Suspendamos esta diligencia para continuarla mañana.

—Falta solamente el señor de Treviño, dijo fray Angel.

—El portugues! murmuró Clavijero, será preciso manejarse duramente con él; la imprudencia de revelar el secreto de S. M., me hará caer en desgracia, y no quiero dar pretesto á una persecucion. Y luego añadió en voz alta: hacedle comparecer.

El alguacil Lanzarote trajo consigo á Treviño, que al oir los clamores de los condenados se habia preocupado de una manera siniestra.

El inquisidor se puso á leer los pliegos entregados por el clérigo Pontolongon, mientras fray Angel procedia al interrogatorio.

—Estais denunciado de haber hablado en las Cruces con una bruja.

Treviño no desplegó sus labios.

—¿Qué respondeis?

—Que fuí presa de un sueño ó de un hechizo, porque en aquel fantasma descubrí á una persona conocida.

—¿Luego confesais que vísteis y hablásteis á la bruja?

—He dicho que no puedo explicar lo que pasó en aquellos momentos.

—Ya sabeis, dijo Clavijero á fray Angel sin levantar la vista, ese hombre es portugues.

Fray Angel habló en secreto á Lanzarote, quien á su vez trasmitió las órdenes al verdugo.

—¿Qué van á hacer conmigo? preguntó asustado el padre de Rosalía.

—Lo vais á saber.

Sentaron á Treviño y le hicieron meter el pie en el *borceguí*.

—¿Conque no podeis explicar lo acontecido? volvió á preguntar el fraile.

—He dicho que me es imposible.

Fray Angel hizo una indicacion al verdugo, que haciendo uso del mecanismo, comprimió de una manera tan terrible el pie de

Treviño con el borceguí, que el portugues lanzó un prolongado alarido que hizo estremecer á los actores y espectadores de aquella escena.

El pie de Treviño metido en el borceguí comenzó á triturarse á la presion de los tornillos, los huesos á romperse incrustándose unos en los otros, los tendones á reventarse, quedando á pocos momentos solo una masa de lodo y sangre.

Un segundo alarido, mas fuerte aún que el anterior, hizo levantar el rostro al inquisidor, y su torva mirada se cruzó con la del condenado.

Entonces los ojos de Clavijero se abrieron inmensamente como si fuesen á escaparse de las órbitas, sus labios palpitaron por una contraccion nerviosa, sus brazos se pusieron rígidos como barras de hierro.... al fin dejó oir un suspiro concentrado y dijo con voz entrecortada:

—Alvaro!.... Alvaro!....

—Hermano mio! exclamó el portugues, y cayó á plomo sobre el pavimento.

Al grito unánime de los hermanos Clavijero, á quienes la fatalidad colocaba en tan terrible situacion, respondió una carcajada de mujer, carcajada estridente, nerviosa, satánica, que retumbó en las bóvedas de la sala del tribunal como un eco del infierno.

SEGUNDA PARTE.

La víspera de un gran dia.

CAPITULO I.

UN EJEMPLO SUBLIME.

I.

El 19 de Marzo del año del Señor de 1808, S. M. Carlos IV fechaba en Aranjuez su real decreto abdicando la corona en su heredero y muy caro hijo el príncipe de Asturias.

Fernando VII se presentó en el balcon del palacio real de la coronada villa, y fué proclamado rey, con grande entusiasmo del pueblo español.

A los cuatro dias entraba en Madrid el general Murat, duque de Berg, al mando del primer cuerpo de ejército frances, y era recibido con flores y coronas y con laudatorias que la prensa le prodigaba, elogiando hasta la hermosura de sus soldados.

Esta recepcion oficial fué condenada por el pueblo, que veia inquieto la entrada del extranjero en su territorio.

El rey Fernando preparó su marcha hácia la frontera, diciendo que iba á recibir á su glorioso aliado Napoleon I, con objeto de cumplimentarlo.

Nombró una junta de gobierno presidida por el infante don

Antonio, que obraria segun las circunstancias y con arreglo á las instrucciones que le dejaba.

El pueblo comenzó á desconfiar, sospechando algo en aquella marcha inusitada, y ya en Vitoria, quiso impedir el viaje; pero Fernando insistió y pasó á Irum trasladándose despues á Bayona, acompañado de algunos cortesanos y de su servidumbre.

Dueño Murat de la situacion, se arrancó la máscara y comenzó á desplegar un despotismo militar espantoso, sin hacer el menor caso de la junta ni del infante.

Murat trasladó á Cárlos IV y su familia á san Lorenzo del Escorial, iniciando la idea de no reconocer como rey á Fernando sino á su padre, quien habia protestado solemnemente contra la abdicacion.

Estos impíos manejos llegaron á preocupar al pueblo español de una manera tan profunda, que comprendió desde luego que Napoleon atentaba contra su independencia, jugando vilmente con aquella dinastía que débil y cobarde arrastraba por el fango la dignidad de una nacion.

"El odio entre españoles y franceses, dice el conde de Toreno narrando los memorables acontecimientos del 2 de Mayo, habia llegado á tal punto de exasperacion que unos y otros buscaban con afan la ocasion de una demostracion solemne y de vengarse de sus mútuos agravios. Murat, por vía de provocacion ó de amenaza, celebraba todos los domingos aparatosas revistas de sus tropas, en el paseo del Prado, despues de misa; y los madrileños le insultaban abiertamente por este que miraban como escarnio de la religion, y se mofaban en su propia presencia de aquellos alardes de fuerza. Cuando publicaba en la Gaceta noticias que tendian á amedrentarlo, aparecian en las esquinas papeles manuscritos, que el pueblo leia apiñado y en alta voz, en los cuales se desmentian aquellas, y se exhortaba á sacudir el yugo ignominioso de los extranjeros. En la casa de correos habia siempre un inmenso concurso comentando las noticias.

Tan audaz llegó á ser con estas excitaciones el odio de los madrileños, que un domingo, al atravesar de regreso de la revista el gran duque, seguido de su numerosa y brillante comitiva, la multitud que entónces como siempre en circunstancias extraordinarias concurria á la Puerta del Sol, como punto céntrico de la capital, un sordo murmullo principió á levantarse, concluyendo en una estrepitosa silba. El impetuoso y altivo Murat sufrió en silencio el insulto; pero juró vengarse, y la ocasion no tardó por desgracia en presentársele. Aquel domingo fué la víspera del tristemente memorable 2 de mayo.

"El dia anterior habia el gran duque entregado al infante don Antonio una carta de su hermano Cárlos, en la cual se le prevenia marchase á Bayona el mas jóven de sus hijos, el infante don Francisco de Paula, y la reina de Etruria con los suyos. La junta, tomando conocimiento del asunto, envió á decir á Murat que la reina podia marchar si á bien lo tenia, mas el infante, siendo un niño de trece años, no podia salir sin un mandato expreso de su padre. No se crea por eso que esta negativa encerraba una firme decision. Al otro dia, el de la silba, contestó aquel con imperio que estaba resuelto á hacer marchar tambien al infante, á la mañana siguiente; y la junta despues de una larga y encontrada deliberacion, no solo consintió en la partida, sino que acordó reprimir, con las pocas tropas españolas que tenia á sus órdenes, cualquier conato del pueblo para impedirla. No satisfecha su flaqueza con poner á la nacion inerme delante de su enemigo, se ofrecia á atarla en union con sus verdugos.

"Hubo ánimos esforzados y corazones nobles que al primer impulso rechazaron con indignacion tan menguado papel; pero prevaleció la impresion del miedo producida por la pintura, en verdad nada lisongera, de la situacion de Madrid, cercado por todas partes de tropas enemigas. Ocupaba la capital la brillante guardia imperial de á pié y de á caballo con la division de Mussnier y una brigada de caballería; numerosa artillería lle-

naba la plazuela del Buen Retiro, pronta á cubrir cualquier sitio; en la Casa de Campo y el convento de san Bernardino y los pueblos comarcanos de Chamartin, Fuencarral y Pozuelo, estaban acantonadas las divisiones de Moncey formando una imponente masa de veinte y cinco mil hombres. Dupont ocupaba ademas al Escorial, Aranjuez y Toledo. Para oponer á estas fuerzas la junta no podia contar mas que con tres mil hombres, número harto miserable seguramente si en él solo hubiera debido poner sus ojos. ¿Pero no veia á su derredor una poblacion entera ardiendo en deseos de abrir la lucha? ¿no habian llegado á su oidos los audaces silbidos de la Puerta del Sol? ¿Tan pobre idea tenia del poder de un pueblo á quien inflama el santo amor de la patria?

"Señalada la partida de los restos de la real familia para la mañana del dia 2, el pueblo fué acudiendo desde muy temprano á las puertas del palacio, y llenó la plazuela de su frente cuando vió en ella preparados, en efecto, tres coches de viaje. Rodeólos la multitud inquieta y bulliciosa, manifestándose en unos semblantes la tristeza de negros presentimientos, en otros la desesperacion de una alma impaciente, y en todos el comun deseo de evitar á cualquier precio la separacion de los únicos objetos queridos que le restaban. Cuando á eso de las nueve de la mañana se presentó la reina de Etruria á su vista y montó en uno de los carruajes con sus dos hijos, el pueblo la dejó marchar sin muestras de pena y aun con indicios de contento, porque sabidas ya sus secretas relaciones con Murat y la parte que habia tenido en la libertad del valido, la miraba como una princesa extranjera vendida á los enemigos de la patria. De los dos carruajes que quedaron, se sabia que uno era para el infante don Francisco; pero se ignoraba generalmente el destino del otro, hasta que una voz salida de la muchedumbre dió la nueva de que era para el presidente de la junta, el infante don Antonio. Ya no quedó duda de que las miras de Napoleon eran arrebatar á toda la familia real de España, dejar como huérfana

á la nacion y uncirla á su carroza imperial. La agitacion se embravece, y al oir de boca de los criados de palacio que el pobre niño don Francisco llora porque lo llevan, y no quiere partir, la ternura de las mujeres rompe en amargo llanto y el enojo de los hombres se cambia en furor. En estos críticos momentos se presenta un ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, á informarse de la aptitud del pueblo; cree este que su objeto es hacer ejecutar á la fuerza la salida del infante que se resiste llorando; y en terrible ademan, se lanza á él, lo rodea, lo insulta; y sin el oportuno socorro, primero de un generoso oficial de walones, y despues de una patrulla francesa, hubiera sido él la primera víctima de su ira contra su jefe y Napoleon. Terminaba ya esta escena cuando se esparció eléctricamente por la alborotada multitud la voz de que los infantes bajaban la escalera para montar en los coches y partir. En medio del universal clamor que se levanta, óyese la voz lastimera de una mujer del pueblo que grita con la energía de la desesperacion: *¿por qué nos los llevan?* y este grito, que despertaba á la vez las ideas del rebato de la real familia y de la orfandad de la nacion, es la chispa que hace estallar la tempestad. Mientras unos se arrojan á los carruajes á cortar los tiros, otros se disponen á impedir que los infantes se entreguen á su escolta, y todos braman de coraje cuando de súbito se oye una descarga y se vieron caer algunos cadáveres.

"Murat pronta y minuciosamente informado de lo que pasaba, por la inmediacion de su alojamiento al sitio del tumulto, habia mandado á sofocarlo su batallon del piquete con dos cañones; y tan bárbaramente fué ejecutada su órden que, sin aviso prévio, sin ninguna de las formalidades que la ley y la humanidad imponen á quien tiene de su parte las ventajas de las armas y la disciplina, apenas asomaron á la entrada de la plazuela, henchida de gente, hicieron sobre ella una descarga alevosa. Al oirla y contemplar su estrago, el pueblo se dispersa, pero no huye acobardado: es que no tiene medios de defensa. Despar-

rámase por la poblacion dando el grito de *¡á las armas!* y al contar en la calle y en las casas la nueva felonía que acababa de sacrificar á varios patriotas, cuya sangre muestran algunos salpicada en sus vestidos, resuena por todas partes la voz de *guerra á los traidores*, y el estruendo pavoroso de un gran pueblo en conmocion. Hombres, muchachos, ancianos y hasta mujeres, que tambien á ellas arrebató entónces de una manera singular el sentimiento de la independencia, empuñaron cualquier arma, un trabuco, un chuzo, un puñal ó un simple palo, lo mismo que una escopeta, un sable ó una pistola, y salieron á la calle sedientos de venganza y esterminio. Desde la puerta de su casa hasta la del Sol, adonde todos se dirigieron, cada cual emprendió la lucha con los franceses que á su paso halló. Solo fueron perdonados y no siempre, los que se rindieron pronto y los que se hallaron bajo el amparo del hogar doméstico, porque en casos tales el amor de la patria ahoga hasta la natural piedad del corazon. Mas, así como fueron considerables los casos de tan difícil generosidad en medio de tan ciego furor contra los franceses, nadie perdonó á un mameluco, porque al matarlos se creia privar á la patria de dos enemigos, el de su independencia y el de su religion, ó como dice Foy, aquel golpe hacia desaparecer al frances y al musulman juntos en uno.

"La inmensa muchedumbre que llenó la Puerta del Sol y las inmediatas calles Mayor, Montera, Alcalá, Carrera de San Gerónimo y Carretas, rechazó diferentes masas de infantería y caballería que intentaron penetrarla; pero, falta de direccion, no viendo á su cabeza á un general, ni un miembro de la junta, ni un hombre cualquiera de prestigio porque los sucesos no habian permitido formarlo todavia, no aprovechó la fuerza que esos triunfos desenvolvieron en ella, y en vez de obrar con celeridad y energía, cuando vió desaparecer de su vista á los enemigos, creyó poder ya celebrar su victoria. ¡Lamentable error! Murat, informado de que ni las descargas de infantería, ni las cargas de caballería, podian aventar aquella mole, mandó des-

hacerla á cañonazos, y en breve la artillería del Retiro subió por la calle de Alcalá y la Carrera de san Gerónimo sembrando con la metralla el terror y la muerte. Huye despavorida la multitud ante un arma á que no tiene que oponer sino el ciego valor de la desesperacion, y en efecto hay muchos que ó permanecen inmóviles aguardando á la caballería de polacos y mamelucos que avanza á completar el estrago, ó se abalanzan á la muerte con el puñal ó la pistola en la mano contra un ginete ó contra un cañon. ¡Inútiles esfuerzos de un valor temerario! Los vencedores los sacrificaban despiadadamente, distinguiéndose en la crueldad los mamelucos y los polacos, que no tenian como aquellos la disculpa de vengar á sus compañeros. Forzaron varios edificios de donde se les habia hecho fuego, y no calmados con el pillaje, sacaron á sus moradores y los fusilaron á las puertas de su propia casa, á la vista de la madre, de la esposa ó de la hija implorando perdon desfallecidas.

La muchedumbre dispersada por la artillería, no toda se habia retirado á buscar en la fuga la salvacion. Un número considerable voló al parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, para apoderarse de algunos cañones y volver á la lucha con menos desigualdad. Estaba el puesto custodiado por ochenta franceses y catorce artilleros españoles, al mando del capitan don Luis Daoiz, que se negó á las primeras intimaciones del pueblo subyugado al penoso deber de la subordinacion militar. El acuerdo de la junta de emplear hasta sus propios esfuerzos en contrarestar cualquiera tentativa popular contra la partida de los infantes, habia originado una órden del capitan general don Francisco Javier Negrete, encerrando á las tropas españolas en sus cuarteles, temeroso no sin razon, de que tomarian parte en la insurreccion del pueblo. Difícil hubiera sido á este vencer la pundonorosa obstinacion del capitan Daoiz, á no haberse presentado allí al frente de treinta voluntarios del Estado otro capitan de la misma arma gritando como él: *¡Viva Fernando VII! ¡Viva España!* á quien aclamó por caudillo.

"Era este capitan don Pedro Velarde. Habia sido uno de los mas entusiastas admiradores de Napoleon hasta que le vió apoderarse villanamente de nuestras plazas y fuertes, y mas particularmente, hasta que por la comision que le dió Godoy antes de los sucesos de Aranjuez, de averiguar las intenciones de Murat, se persuadió de que se proyectaba alguna maquinacion contra España. Volvió á Madrid resuelto á trabajar cuanto pudiese en prevenir de cualquiera asechanza á los compañeros, al pueblo y á las autoridades; pero Ofarril, aunque no repugnó sus sospechas ni desaprobó sus trabajos, oyó con frialdad sus respetuosos consejos. Murat, por el contrario, habiendo conocido su mérito, y que como secretario de la junta superior y económica del cuerpo de artillería, podia darle exactas noticias del estado de la plaza, trató de seducirlo convidándole con este objeto dos veces á comer. Era un alma noble incapaz de sacrificar su dignidad y el interes de la patria á los cálculos del vil egoismo.

"El 2 de Mayo al atravesar las calles hácia su oficina, sita en la calle Ancha de San Bernardo, notó los primeros síntomas de la conmocion popular, y se encendió su alma de entusiasmo, cual si presintiese la imperdurable gloria que iba á alcanzar en aquel dia. Entró silencioso en la oficina, y apenas se habia sentado á su mesa y principiado á borronear distraidamente un papel, se levantó de súbito, y dirigiéndose á un comandante que ocupaba una mesa inmediata y era individuo de la junta, le dijo lleno de emocion: "Mi comandante, es preciso batirnos; vamos á batirnos." En vano su gefe trató de calmarle, pues á sus reflexiones y al recuerdo de los deberes de la disciplina, contestaba con acento solemne: "Es preciso morir por la patria." Oyéronse en estos momentos algunos disparos de fusil, y nada fué ya capaz de contener la fogosidad de aquel jóven de veintiocho años, que habia previsto de los primeros la perfidia de Murat. Toma un fusil, y seguido solo de un escribiente meritorio y de un ordenanza, se dirige al cuartel de volunta-

rios del Estado, situado en la misma calle, á provocar su insurrecicon á los gritos de *viva Fernando* y *viva España!* repetidos por una porcion del pueblo que le habia seguido en el tránsito. Los soldados ardian en deseos de secundarlos; mas su coronel no osó cubrir la ordenanza en el conflicto de la patria, y solo á las vivas instancias de Velarde, consintió en darle la tercera compañía del segundo batallon con su oficialidad, que era de las mas reducidas. No vaciló por eso en dirigirse desde luego al parque, donde engrosó sus filas con el pueblo que allí estaba clamando por armas.

"Su voz, conocida de Daoiz, le abrió las puertas, y entrando él solo con el teniente Ruiz, se dirigió á intimar la rendicion al comandante frances. Dió muestras de resistirse; pero Velarde enseñándole el pueblo y la tropa que le siguen ansiosos de una señal para precipitarse contra ellos, logró que le entregasen las armas los ochenta franceses, á los que encerró en una cochera. Quedaba empero otro obstáculo que vencer, pues Daoiz, aunque habia permitido la entrada á su compañero, no estaba en ánimo todavía de quebrantar sus deberes militares. Velarde se dirige á él, y ambos entablan á vista de sus soldados un diálogo que concluye al anuncio de que uno de nuestros cuarteles ha sido atacado por los franceses y una columna enemiga avanza á paso de carga contra el parque, rasgando Daoiz la orden del capitan general que tenia en sus manos y gritando: *Viva Fernando VII!*

"Daoiz, que tenia entonces cuarenta y un años, era uno de los mas brillantes oficiales del ejército. Se habia distinguido como artillero en las defensas de Ceuta y Oran, y en la guerra con la república, en la que fué hecho prisionero. Entró despues en la artillería de marina; y la guerra con los ingleses le ofreciera ocasiones de singularizarse, tanto al frente de su batería como de parlamentario por su conocimiento y fácil manejo de las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina. Dos viajes redondos al continente americano le habian dado esa fria sere-

nidad en los peligros que solo se adquiere luchando con los gigantes del mar.

"Unida su esperiencia al ardor juvenil y á la palabra entusiasta de Velarde, hubieran podido oponer una larga resistencia, apoyados en el pueblo, si la posicion fuese militar. Pero el parque no era lo que por su nombre pudiera suponerse, sino una grande y vieja casa que habia sido del duque de Monteleon, y se vieron con tal escasez de municiones que solo se hallaron diez cartuchos de cañon. Fuéles preciso organizarlo todo instantáneamente: una partida de paisanos y oldados sube á tomar las alturas del parque, desalojando á los enemigos que ya las poseian; otros arrastran á brazo cinco cañones y colocan dos enfilando la calle de San Pedro, desde la parte interior, con las puertas cerradas: fuera del número que basta á su acertado servicio, los artilleros se ocupan en fabricar cartuchos para ellas; y á fin de proteger sus fuegos, los voluntarios del Estado son distribuidos en las ventanas de la casa: el pueblo, apoderado de las armas de los soldados franceses prisioneros y algunas otras, se reparte en todos los puntos para suplir con su número y su desesperacion la falta de instruccion militar. Apenas habian sido tomadas estas disposiciones cuando se anuncia la llegada de una columna enemiga á las órdenes del general Lefranc por la calle de San Pedro. Daoiz y Velarde la esperan inmóviles al pie de los dos cañones hasta que los gastadores empiezan á trabajar para romper la puerta, y entonces los disparan al traves de ella á fin de que el estrago sea mayor. En efecto, el pueblo ruge de alegría al ver cubierta la calle de cadáveres, y los enemigos tienen que retirarse.

Murat conoció luego que era allí adonde tenia que dirigir su principal atencion y mandó contra el parque á la division westfaliana al mando del general Lagrange con caballería y artillería. Cuando este llego vió que los españoles habian colocado fuera dos cañones mas, uno en la parte mas elevada de la calle de San José, en la confluencia de cuatro, y otro en la An-

cha de San Bernardo, y que era preciso un ataque simultáneo por las tres vías que conducian á la improvisada fortaleza. Espantoso fué el fuego que se cruzó en ellas por espacio de tres horas, durante las cuales el espíritu que animaba á los españoles produjo hechos de extraordinario heroismo: los franceses estaban maniobrando á metralla, y los paisanos avanzaban sueltos contra ella á disparar un simple fusil ó una escopeta; á cada cañonazo que diezmaba los reducidos petolones contestaban con el grito animador de *viva Fernando* y *viva España*, última palabra tambien de los que sucumben; muertos todos los artilleros que servian las piezas de la calle de San José, se vió que seguia ejecutando cargada por mujeres; herido gravemente Ruiz por un exceso de bravura, lo es tambien Daoiz en un muslo, mas no se separa de su cañon ni suspende el fuego sino cuando le faltan del todo las municiones. Traele Velarde un cajon de piedras de chispa para que dispare con ellas á metralla y, él, casi solo ya, lo carga y prende fuego por dos veces. Al fin la sangre que pierde le obliga á apoyarse en la cureña, y entonces hacen los franceses señal de parlamento con un pañuelo blanco. Era una infame traicion. A las pocas palabras que cambia con el oficial que avanza, se ve que ambos se ponen en guardia y empiezan á batirse personalmente con sus espadas, sosteniéndose Daoiz en su cañon. Los granaderos que habian seguido al supuesto parlamentario cortan luego el combate cercando al oficial español y acometiéndolo á bayonetazos. Entretanto la columna, despreciando el fuego de la fusileria, avanzó con denuedo á la bayoneta, y penetró hasta el pátio del parque, donde encontró á Velarde que volvia con otro cañon y mas municiones para su compañero. Quiso defenderse de los que le atacaron; pero á él tambien un oficial polaco le dispara un pistoletazo por la espalda, y cae sin vida en tierra. Todavia siguieron sosteniendo el fuego por las habitaciones interiores los voluntarios y gente del pueblo hasta que se llenaron de enemigos. Entonces capituló el capitan de aque-

llos, don Rafael de Goicoechea, por salvar los pocos soldados que le quedaban.

"¡Así terminó el mas terrible episodio de aquel aciago dia, y así terminaron su carrera Daoiz y Velarde, los dos primeros mártires de la independencia española! ¡Modelo de patriotismo y de valor, ellos serán eternamente honra de España y sus ángeles de guarda, que nada defiende tanto á las naciones como la memoria de sus mártires y de sus glorias!

"Pero, en tanto que el pueblo lucha y derrama su sangre por la salvacion de España, ¿qué hacian sus generales? ¿qué hacian sus magnates? ¿qué hacia la junta de gobierno? ¡Triste es decirlo! Entre los mártires de aquel luctuoso dia no se ve uno solo de esos herederos de nombres ilustres que en los tiempos de paz brillan cargados de oro alrededor del trono. Se escondian quizá en el último rincon de sus grandes casas, mientras las mujerzuelas sin hogar siquiera que defender salian á pelear por la patria. Los nombres de aquel dia todos son desconocidos, y los que mas á la vista sobresalen entre aquella muchedumbre de rudas formas y de grosera ropa son dos simples capitanes. ¡Honor al pueblo, pues que suya es la gloria de la jornada del 2 de mayo!

"Los generales repetian á los soldados españoles la órden de permanecer encerrados en sus cuarteles, meros testigos de la matanza del pueblo, cuando ya se sabia por declaracion de Murat que Napoleon no reconocia al rey que habia jurado; y la junta, embargada por la turbacion y la flaqueza, facilitaba el último golpe á los asesinos del pueblo y se preparaba á sí misma el tormento que debia recibir en castigo de sus debilidades.

"Ofarril y Azanza, montados á caballo, no logrando ser escuchados de los franceses á quienes se acercaron, corren á avistarse con el gran duque, que desde el principio del tiroteo se habia trasladado con su escolta á la montaña del Príncipe Pio, fuera de la puerta de San Vicente, para con mas desembarazo dictar sus órdenes á las tropas de adentro y de las afuerras, y le

ofrecen apagar el combate y restablecer el sosiego si manda suspender el fuego y les da un general que los acompañe á recorrer los puestos. Murat consintió en su peticion, y designó al general Harispe para que les siguiese. Vuelan á los Consejos, comunican su mision á los demas miembros, y todos se reparten por la poblacion agitando pañuelos blancos y ofreciendo la paz y el olvido de lo pasado. Oficiales de ambos ejércitos los siguen reiterando sus promesas, al par que librando á muchos de una muerte segura. Y los combatientes lo escuchan, y el pueblo se retira á sus hogares, sucediendo al fragor del combate un profundo silencio.

"Pero fué de corta duracion. De repente se extienden por todo Madrid las tropas de Murat, y colocan en las boca-calles cañones con mecha encendida. Tras este siniestro anuncio se esparció una voz horrorosa, el rumor de un atentado feroz que nadie se atreve á creer y que, sin embargo, era cierto. Apenas restablecida la calma en virtud de las promesas hechas á su nombre por los miembros de la junta y los oficiales franceses, el gran duque habia dictado, ardiendo en sed de venganza, esta bárbara órden del dia á su ejército (1): "Soldados: La poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crímen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

"Art. I. El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

"Art. II. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas de la mano serán arcabuceados.

"Art. III. La junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes des-

(1) La insertamos respetando, como debemos, su estilo.

pues de la ejecucion de esta órden se hallaren armados ó conservaren armas sin una permision especial, serán arcabuceados.

"Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

"Art. V. Toda reunion de mas de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

"Art. VI. Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos; y los ministros de los conventos de sus religiosos.

"Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados."

"Si la lectura de este bando sanguinario inspira horror, ¿cuánto no deberá arrancar de toda alma noble su inícua ejecucion? Sin darle publicidad hasta el dia siguiente, sin aguardar á la reunion de la comision militar, sin que tenga Madrid el menor conocimiento de la voluntad del vencedor, descansando por el contrario en fe de las promesas que se le hicieron, las patrullas francesas prendieron á cuantos encontraron por la calle á quienes pudieron achacar que llevaban armas ofensivas, y principiaron á fusilarlos en el sitio mas concurrido de la capital, al pié de la iglesia de la Soledad, en la Puerta del Sol. Armas ofensivas eran para aquellos hombres despechados de que los hubiese humillado repetidas veces un pueblo inerme y sin gefes, los instrumentos del artesano ó del jornalero, el serrucho del carpintero, el estuche del barbero, la navaja del fumador, el cortaplumas de todo el mundo y hasta la tijerilla de la inofensiva costurera á quien tampoco salva el sexo de la fiereza del ignorado bando. Amontonáronse los presos en la casa de Correos, é instalada al fin allí la comision militar, presidida por Grouchi, y ¡vergüenza es decirlo! por un general español, el capitan general Negrete, empezaron á caer sobre ellos fero-

ces sentencias de muerte, que se ejecutaban en el acto sin hacer comparecer á juicio á las víctimas, sin permitirles defensa ni aclaracion, sin otra indagacion que la del nombre, y sin concederles siquiera el último consuelo de la religion. ¡Noche horrible! Jóvenes y ancianos, saberdotes y mujeres, marchan atados de dos en dos al lugar del sacrificio, en el Prado y en el Retiro, y allí, reunidos en monton, al reconocerse tal vez los hermanos ó los amigos, una descarga de fusilería ó un disparo de metralla por dicha les arrebata de una vez la vida. ¡Por dicha, pues hay infelices á quienes la descarga no ha hecho mas que destrozar un miembro, y son levantados del charco juntamente con los cadáveres, para hacer lugar á nuevas víctimas, y son enterrados con ellos!!

¡Noche espantosa, cuyos roncos ecos oia Madrid sin acertar á creer que lo cubrian de luto y de dolor! El sol del siguiente dia 3 vino á iluminar la horrible realidad de aquel misterio, y aun alcanzó á alumbrar la última ejecucion de veintitres víctimas!"

II.

Este ejemplo sublime de heroismo, cuadro grandioso donde se destaca la figura gigante de un pueblo en la lucha de su INDEPENDENCIA, era una leccion palpitante, una enseñanza histórica á los pueblos subyugados.

La América recogió las palabras de los mártires del 2 de Mayo como la manifestacion de la humanidad en ese camino sembrado de espinas y salpicado de sangre, que la lleva al Gólgota de su emancipacion.

La palabra INDEPENDENCIA, no seria en adelante una frase sin sentido, repetida al acaso, como la inscripcion puesta

sobre esa bandera que llevaba el pueblo español á la arena de los combates; simbolizaría el pensamiento cuya llama mal apagada bajo la armadura de Hernan Cortes, y avivada por el soplo vivificante que partia de las playas del Viejo Mundo, se alzaría terrible en el porvenir como las erupciones del Vesubio.

CAPÍTULO II.

A REY MUERTO PRÍNCIPE CORONADO.

I.

Desquiciada la monarquía española, presa la familia real en Bayona, y el territorio español hollado por los cascos de los caballos del invasor, el pueblo se alzó terrible para defender palmo á palmo la herencia de sus mayores.

Derrotadas las masas, perseguidas, acribilladas, pero luchando sin tregua ni descanso, mantenian viva la antorcha que alumbraría mas tarde el campo de su victoria.

Entretanto la América participaba de aquellas convulsiones y se encontraba de improviso abandonada, sin encontrar un centro á quien obedecer y en espectativa de los acontecimientos de España.

El virey Iturrigaray sostenia una tan difícil situacion cuando un acuerdo del ayuntamiento de México dió la voz de alarma, tornando en actores á los que hasta entonces habian permanecido como espectadores.

La revolucion invadia el suelo de la Colonia.

El dia 15 de Julio se hallaba reunido el excelentísimo ayuntamiento de la capital. Los regidores Azcárate y Verdad, conversaban en el salon de descanso y tenian una discusion muy empeñada.

—Señor licenciado, decia Azcárate, las cosas han llegado al último extremo, la Audiencia quiere abocarse el poder supremo y el virey por su parte no lo quiere soltar.

—Es cierto; pero tenemos que esperar las últimas noticias de España.

—Nos dirán lo mismo que las anteriores, levantamientos por todas partes, creaciones de juntas, ambiciones y todo lo que sobreviene á una catástrofe social.

—Y cuál es vuestra opinion?

—Ya he tenido el honor de manifestárosla en multitud de ocasiones sin este motivo.

Quedáronse los dos abogados un momento en silencio.

—La empresa es grande, dijo Verdad.

—Mas de lo que pensais, se trata nada menos que de la independencia.

—Hay un buen pretexto, digamos que para conservar estos dominios, nos rehusamos á reconocer la autoridad francesa que hoy manda en la Península.

—Y os atreveréis á proponerlo?

—Luego que comience la sesion.

—Y cómo organizais?....

—Perfectamente, interrumpió Azcárate, la mayor parte de los regidores se compone de gente ignorante á quienes será fácil hacer caer en nuestras redes.

Es que el tal Fagoaga es....

—Sí, un espía nuestro, que denuncia á la Audiencia cuanto pasa en el cabildo.

—Bien lo conoceis.

—En todo caso será un voto en contra.

—Pues ya sabeis que contais conmigo para todo.

—Necesito del auxilio de vuestro talento.

El licenciado Verdad hizo una inclinacion de cabeza.

Azcárate continuó:

—Sabemos donde comienzan las cosas, pero ignoramos adonde vayan á parar.

—Es muy sério el paso que vamos á dar, la Audiencia va á estar en contra y mucho temo que Iturrigaray esté de acuerdo; aunque de improviso se encuentra con mas poder que los reyes en América.

—De todos modos, repuso Azcárate, la revolucion es inevitable, es cuestion de tiempo.

—Sí; pero el que ponga la primera chispa á la pólvora puede perecer.

—Otra cuestion de tiempo, replicó Azcárate

—Meditad mucho lo que vais á decir.

—Preparemos el terreno y hablemos del asunto en pelícano.

—Me parece bien; se acercan varios regidores; comencemos el ataque.

II.

Varios concejales se acercaron á los asientos, donde los abogados Azcárate y Verdad habian concertado su plan de batalla.

—Señores, dijo Azcárate, el ayuntamirnto de la capital debe tomar parte en los acontecimientos y no estar simplemente como una veleta obedeciendo al viento que sople.

Los regidores guardaron silencio.

—Seria de opinion, continuó Azcárate, que elevásemos una representacion al vireinato, manifestándole que no obedeceríamos al gobierno establecido por los franceses en España.

Gran sensacion produjeron las palabras del concejal en el ánimo de sus compañeros.

Azcárate continuó, con una audacia inconcebible en aquella época:

—Si la sorpresa ha hecho doblar la cerviz al sorprendido pueblo español, nuestro deber es conservar la América para nuestros reyes.

Esto templó algo las anteriores palabras de su discurso.

—Iremos, continuó, bajo de mazas, el virey nos recibirá bajo su sólio, y allí doblada la rodilla, puesto el sombrero y con la mano sobre el puño de la espada, haremos juramento de conservar la América y no reconocer la dominacion francesa.

—Me parece, dijo Verdad haciendo una seña de inteligencia á su compañero, que esa ceremonia es digna de los tiempos antiguos, y en cuanto á vuestra pretension en nada adelantaremos.

—Soy de la misma opinion, gritó Fagoaga montado en ira; ademas de que esa proposicion es un atentado, se trata de una independencia, de una desunion de España, es decir, de un absurdo político; México tiene que seguir la suerte de la Metrópoli, y no faltarán leales españoles que sostengan á costa de su sangre este principio; no se nos venga con teorías ni discursos capciosos, esa semi-independencia, traeria el ejemplo tres veces pernicioso de---- no lo quiero decir y---- no lo diré.

—Pero señor de Fagoaga, dijo Azcaráte, V. S. encuentra algo de sedicioso en lo que propongo, y se engaña por completo, ninguno mas leal que yo; pero considere su señoría que en España no hay mas gobierno que el de las juntas que se disputan el poder.

—Nada importa! exclamó exaltado un tal Villaurrutia, los españoles harán lo que les diere la gana allá en su país; México es colonia, y no tiene los mismos derechos; no faltaba mas, sino que se atrevieran en América á tomar resoluciones sin esperar las órdenes de S. M.

—Pero si S. M. no puede darlas, esto es un absurdo de V. S.

—Mas absurda es la proposicion de V. S. y sin embargo la sostiene.

—Todo está en la manera de redactarse, dijo el licenciado Verdad; esperemos á que el señor Azcárate la presente, puede que satisfaga los deseos de todos; el sentimiento público condena á los franceses.

—En eso estamos de acuerdo.

—Ya comienza su señoría á humanizarse.

—Yo no me humanizo sino ante la razon.

—Bien, su señoría estará tambien conforme en que el país no se les debe entregar á esos miserables cuando toda la España lucha por arrojarlos del territorio.

—Esa es precisamente mi opinion.

—Vea V. S. que sin querer, ha aceptado la proposicion del señor Azcárate.

Villaurrutia encontrándose derrotado, trató de evadir la cuestion.

—No es lo mismo, dijo un tanto calmado, que se independa México de España en estos momentos, á que se proteste contra esa abominable conducta de Napoleon, negándole aquí su autoridad.

—No falta, dijo Verdad, sino que se redacte la nota.

—Sea; pero bajo la base de la mas extricta sumision á la Audiencia y á todo el gobierno representante de S. M. el rey, y sin que se entienda, ni aun lejanamente, que los *criollos* toman parte en este negocio puramente nuestro.

—Quién mete á los criollos en nada? dijo con sorna Azcárate, cada uno estése en su puesto y nada mas.

—Muy bien dicho.

—Creo que los señores regidores están de acuerdo ¿no es cierto?

Todos inclinaron la cabeza y se dieron por citados para la sesion extraordinaria que tendria lugar á la mañana siguiente.

III.

Los abogados Azcárate y Verdad se encerraron en su estudio y escribieron la exposicion que presentó el último al cabildo.

Discutióse sobre palabras solamente, porque el pensamiento estaba aceptado.

En seguida los maceros, precediendo á la corporacion, echaron paso adelante rumbo al palacio del virey Iturrigaray.

Las campanas repicaban á vuelo y los cohetes poblaban el espacio.

El pueblo acudió en masa llevado de la curiosidad, y halló que el ayuntamiento en procesion, iba á presentarse á la primera autoridad á proponerle el desconocimiento del gobierno frances impuesto al pueblo español.

La guardia del palacio batió marcha y presentó las armas al ayuntamiento é hizo honores de soberano.

El pueblo victoreaba (aquello era una costumbre antigua).

Los regidores se presentaron á Iturrigaray, que los recibió con muestras de extrañeza; oyendo con mas aún, la proposicion del cabildo.

S. E. no encontró por el momento respuesta alguna que dar y ofreció consultar con la Audiencia.

Los oidores se montaron en cólera creyendo que se trataba de la proclamacion del virey y se negaron á esa peticion tan patriótica.

Azcárate habia ido mas allá en su dictámen, pues aconsejaba y proponia un *gobierno provisional.*

Mientras que los regidores hablaban con Iturrigaray, la multitud crecia mas y mas, llenando el ámbito de la plaza.

Repentinamente se dejó oir un rumor por uno de los ángulos.

Un hombre de cabellera entrecana y alborotada, la barba crecida, los ojos sombríos y el trage en jirones, atravesaba corriendo, seguido de los muchachos que en tropel le seguian gritando: *¡al loco!____ ¡al loco!*

El desgraciado demente comenzó á defenderse de aquella turba arrojándoles piedras; pero la algazara y la jácara continuaban.

El loco se detuvo frente á palacio á la hora precisamente en que el cabildo salia de su entrevista con el virey.

Quedóse como pensando al ver la comitiva, y comenzó á gritar desesperadamente:

—Viva Iturrigaray! viva el virey! mueran los franceses!

La multitud sigue siempre al primero que levanta la voz, y la del loco fué secundada por el pueblo, ignorando que despues de la pretension del cabildo aquello tenia visos de una sedicion.

Los oidores y sus agentes temblaban ante aquel motin y juraban tomar venganza; porque la popularidad del virey los inquietaba.

El loco echó á correr seguido siempre de la tropa de pilluelos que gritaban sin cesar:

—¡Viva Pedraja! ¡viva el loco Pedraja!

Antonio Pedraja el estudiante se escurrió por una de las calles adyacentes temblando de terror ante sus perseguidores, mientras que la multitud continuaba impulsada por su misma fuerza gritando sin cesar: ¡mueran los franceses! ¡viva Iturrigaray!

En una de las fuentes de la plaza estaba un anciano con su hijo, mancebo de veinticuatro años.

—Mira, Andres, en lo que paran los extravíos; ese loco desgraciado era un jóven apuesto, familiar del señor obispo de Michoacan, iba á casarse con la hija de un portugues llamado Treviño; pero en vez de ir por un camino derecho, se sacó á la muchacha de su casa, esta jóven tomó asilo en el convento de

la Enseñanza, de donde desapareció repentinamente sin que nadie haya vuelto á saber de ella.

—Y eso le ha hecho perder la cabeza?

—Precisamente, es un desgraciado, ya lo ves, víctima de la rechifla popular.

—Y sabeis cuál es su tema?

—Sí; que ha matado á un hombre, y que el virey Branciforte le ha robado á su novia.

—Da compasion ese miserable.

—Tengo curiosidad, hijo mio, de saber la contestacion que ha dado el virey al ayuntamiento; se trata de establecer como en España, una junta provisional de gobierno.

—Padre mio, yo lo deseo con el alma, porque ódio de muerte á los franceses.

—Es una infamia haberse apoderado de la Península por sorpresa y tener revuelto el reino y presa á la familia real.

—Estamos en pleno tumulto, padre mio.

Esta conversacion fué interrumpida por el concejal Fagoaga que se llegó al viejo.

—Señor de Fagoaga, dadnos algunas noticias.

—Todas son malas, amigo mio, se trata nada ménos que de una usurpasion de poder.

—Usurpacion?

—Sí, lo dicho, amigo mio, este señor virey tiene tendencias que son sospechosas altamente.

—Querrá aprovecharse de la situacion.

—Precisamente, y con mengua del gran valimiento de la Real Audiencia, sin saber que por nuestras leyes se le puede aún hasta desconocer.

—No seria el primer caso.

—Los oidores no se dejan manosear las barbas, y me temo un conflicto muy sério.

—En estas circunstancias seria muy trascendental.

—Ya veremos, por ahora me voy á explorar el campo.

—Adios, señor de Fagoaga.

—Ya os pasaré á ver esta noche.

Alejóse el municipal con vivas muestras de descontento y resuelto á hacer liga con los oidores contra la autoridad de Iturrigaray.

IV.

Los oidores Aguirre y Bataller se encontraban reunidos conspirando, cuando Fagoaga se presentó en su estudio.

—Os necesitamos urgentemente, dijo Bataller.

—Estoy á las órdenes de V. S.

—Decidnos, qué pasa por el municipio?

—Allí, señores, hay una revolucion completa, se trata de no reconocer, ni la Junta de Sevilla, ni la de Oviedo; sino la que se forme en México y asuma todo el poder de S. M.

—Esto es horrible, amigos mios, dijo Aguirre; precisamente en los momentos en que vamos á hacernos de la situacion se nos quiere arrebatar.

—Este señor Iturrigaray es un traidor! exclamó Bataller, yo estoy porque se le aprehenda, estamos en nuestro derecho para hacerlo, la Audiencia se hará centro de la administracion y todo quedará arreglado.

—Le mandaremos á España bajo registro.

—No es hombre que se dejará aprehender fácilmente.

—Eso consiste en la combinacion.

—Estrechémosle á convocar otra junta, y nos aprovecharémos de una sola palabra que se le escape para lanzar la tempestad sobre su cabeza.

—Afortunadamente se han puesto de su lado esos revoltosos de abogados Verdad y Azcárate, cuyas ideas traen alarmada á la poblacion.

—Esos señores caerán en nuestro poder.

—Os recomiendo al padre Talamantes; ese es mas revoltoso aun, verdaderamente insufrible y enemigo mortal de la Audiencia.

—Ya nos la pagará ese fraile bribon.

—Señores, dijo Bataller, no es tiempo de hablar, sino de obrar, yo he propuesto que se obedezca á la Junta de Sevilla como al soberano solo en materias de *guerra* y *hacienda;* pero ese marques de Rayas ha dicho que la soberanía es indivisible.

—Esas son barbaridades, dijo Fagoaga, como si estuviese al alcance de la cuestion.

—No puedo mas, que precipitar los acontecimientos; lancemos á Iturrigaray en la senda revolucionaria y lo tendremos cogido en nuestras redes; ya vísteis, señores, que el dia en que se supo que los franceses tomaron el puente de Córdova y apoderádose de España, este infernal virey tenia retratado el gozo en el rostro.

—Este debe ser el primer capítulo de la acusacion de *infidelidad.*

—Cuando hayamos acumulado cuanta odiosidad sea posible sobre Iturrigaray, le damos el golpe de gracia y lo hundimos.

—Convocaremos á la Audiencia á un acuerdo secreto y hablaremos del asunto.

—Estoy seguro que todos los oidores serán de nuestra opinion

—Así lo espero.

—Yo entretanto, formaré en el municipio la oposicion, para exaltar los ánimos de Azcárate y Verdad, que cuentan con una mayoría respetable.

—Pues á trabajar, dijo Bataller, á trabajar y ya sabeis el adagio: *á rey muerto príncipe coronado.*

CAPITULO III.

EL HILO DE LOS SUCESOS.

I.

Al anochecer del 30 de Agosto de ese año de 1808, dos caballeros llegaron al palacio en un carruage de camino.

La esposa de Iturrigaray salió á su encuentro, y estrechando á uno de ellos le dijo:

—Tomás, á qué has venido?

—Tranquilízate, hermana mia, mi presencia no puede nunca causarte inquietudes, sabes lo mucho que amo á tu esposo, y vengo á afirmarle en el gobierno de las Indias.

La vireina disimuló la emocion desagradable que le causaba la presencia de su hermano y del personaje que le acompañaba, llamado don Juan Jabat.

—Caballero, al veros en la corte de México despues de vuestro destierro....

—No lo extrañeis, señora, ese acontecimiento lo he olvidado ante el gran peligro que corre nuestra amada patria en estos momentos.

—Estoy al alcance de vuestro patriotismo.

—Razones de alta política obligarian sin duda á S. E. el señor Iturrigaray para decretar mi destierro; razones que yo respeto aunque las ignoro.

Don Tomás Jáuregui, hermano de la vireina, trató de variar la conversacion, diciendo:

—Necesitamos hablar con tu esposo, porque traemos negocios de suma importancia.

En aquel momento se presentó el virey, é hizo á sus huéspedes un recibimiento glacial.

—Caballero, dijo al brigadier de marina Jabat, como os permitís presentaros en la corte de México?

—Perdone S. E.; pero la Junta de Sevilla, esa junta que asume el poder de nuestros soberanos, me envia á México para tratar con S. E. segun el tenor de las instrucciones que tengo el honor de presentaros.

—Las veré cuando os reciba en audiencia, respondió Iturrigaray rehusando tomar el pliego que se le presentaba.

Los enviados de la Junta se sintieron terriblemente contrariados con aquel tan manifiesto desaire.

—Y vos, hermano mio, continuó el virey dirigiéndose á su cuñado, de cuando acá os habeis tornado en agente diplomático?

—No es extraño, hermano mio, ya sabeis que toda nuestra familia está avocada á....

—Comprendo, y siento una positiva satisfaccion al encontrarme con una persona de mi familia en los negocios que os traen á la corte de México.

—Desearia hablaros cuanto antes.

—No quiero molestar vuestra impaciencia, entremos á mi despacho.

Los tres personajes se entraron en la sala donde Iturrigaray celebraba sus acuerdos.

—He aquí, hermano mio, el pliego de instrucciones.

El virey lo abrió, pasó sus miradas por los artículos singulares de aquel pliego, en que se pedia por la Junta de Sevilla, que se le reconociese como el centro del poder y de la soberanía de España, y se le obedeciese en América, poniendo á su disposicion los tesoros de la colonia.

—Yo no puedo resolver sobre esta peticion, que me parece demasiado árdua y delicada; en consecuencia, citaré á los oidores y fiscales para oir su opinion.

—No creimos, hermano mio, que tuviéseis duda sobre la autoridad de la Junta de Sevilla.

—Y qué me decís de la de Oviedo, caro hermano?

—Que eso no tiene forma alguna, ni cuenta con la voluntad del pueblo español ni de los hombres influentes en la política.

—Sin que lo que os voy á decir tenga el carácter de una resolucion, os manifestaré, que en el estado de desquiciamiento en que se halla España, debemos atenernos cada uno á nuestros propios esfuerzos para la salvacion de la patria. Esas juntas que brotan hoy en el suelo español, sirven para alentar el espíritu público y mantener viva la llama de la revolucion; pero no pueden estimarse como depositarias del poder soberano; acaso mas tarde sea necesario establecer una en América que represente la autoridad real, conformándonos todos con declarar, que todo gobierno es provisional y duradero hasta el restablecimiento del trono. En cuanto á S. M., le rendimos acatamiento y le tememos como á nuestro único soberano.

—Pero la revolucion española necesita recursos.

—Puede proporcionárselos en la misma España.

El brigadier hizo una seña de inteligencia al cuñado del virey.

—En fin, la resolucion no ha de ser mia, en consecuencia podeis esperaros á la reunion que voy á convocar para mañana, en que sabreis definitivamente el resultado; entretanto os podeis alojar en el palacio.

Los dos personajes se inclinaron, saludando á Iturrigaray que no insistió en su ofrecimiento.

II.

—Ya lo habeis oido, señor Jáuregui, vuestro cuñado se quiere alzar con el reino y para este caso son las instrucciones.

El hermano de la vireina parecia meditar sobre el gran paso que proponia su compañero de comision.

—Bien sé el sacrificio que aceptais al proceder contra el esposo de vuestra hermana; pero hay algo que está por cima de nuestros sentimientos, el deber, sí, el deber de conservar intactos los derechos de nuestros reyes; porque la América aprovechándose de esta crísis, podria, Dios no lo quiera, proclamar su absoluta independencia.

—Pudiera ser, dijo Jáuregui, orientémonos, marchemos á la casa del oidor Bataller, he enviado aviso á Martiñena y ya estarán en espera de nosotros; es necesario ponernos al tanto de la situacion para obrar segun las instrucciones reservadas.

—Soy de vuestra opinion.

Los dos enviados de la Junta de Sevilla se encaminaron á la casa del oidor, que los recibió con grandes muestras de simpatía, lo mismo que Martiñena, intrigante audaz y puesto á las órdenes de Aguirre y otros oidores, para conspirar contra la persona de Iturrigaray.

—Por el mismo buque que os ha conducido, llegó mi correspondencia y estoy al tanto de vuestra mision.

—Me lo anticiparon los miembros de la Junta de Sevilla y aun me ordenaron me pusiera de acuerdo con vos para la realizacion de nuestros planes.

—Bien.

—Deseamos, señor Bataller, que nos digais algo sobre la situacion para saber el terreno que pisamos.

—Me parece muy importante, y sabreis que se nos quiere no solo arrebatar, sino negar el poder de la Audiencia bajo tales ó cuales pretextos; porque la Audiencia queria en cumplimiento de su deber, hacerse la autoridad conservadora.

—No está mal pensado.

—Oidme, las cosas van tomando un carácter alarmante y terrible: el 9 de Agosto se ha celebrado una junta á la que han asistido los tribunales, ayuntamiento y personas notables de la capital; el señor arzobispo tomó parte en ella como representante de la Iglesia católica. El virey invitó al licenciado Verdad para que explayara el pensamiento que habia formulado en el cabildo y presentado al vireinato.

—Todos son atentados, señor Bataller.

—Os falta aún que oir, señor Jáuregui: levantóse el licenciado Verdad y empezó á decir abominaciones, palabras subversivas jamas pronunciadas en España ni en América, y sacadas de los discursos de los convencionales; habló de la *soberania del pueblo*.... infame!.... llamar soberano al populacho, buscar en él el principio de la autoridad, convocarle para elecciones ¡horror! ¡horror!

—Esto está envuelto en un caos, señor Bataller.

—El señor inquisidor general don Bernardo del Prado, dijo anatema á tales doctrinas por inauditas é infernales, publicando por un edicto "*scindamos vestimenta nostra.... blasfemavit*," aquí está, pues, presente su señoría el señor Aguirre, dijo exaltado Bataller, viendo entrar al oidor, que saludó cortesmente á los comisionados.

—Señores, dijo Aguirre, llego á tiempo, mi ilustre compañero está como yo, indignado al presenciar los atentados de ese hombre que se hace llamar virey, y no es mas que un *traidor*.

—Perdonad, caballero, dijo Bataller dirigiéndose á Jáuregui, sentimos expresarnos así de vuestro hermano, pero aun S. E. la señora vireina tiene un gran pecado, una falta imperdonable; cuando ha llegado la noticia de la colocacion en el trono, de

S. M. Fernando VII, ha permitido que en su alta presencia ese demonio de licenciado Azcárate haya pisoteado las *Gacetas*, y vuestra hermana, caballero, vuestra misma hermana, ha exclamado con rabia: *Vaya, que nos han puesto la ceniza en la frente!*

—Pero ved qué malicia hay en esa conducta, señores, yo he presenciado esa escena que aun me horripila; al saberse la toma del Puente de Córdova por los franceses y la ocupacion casi total de la España, ese señor Iturrigaray tenia en su rostro pintada la alegría y no faltó quien oyese sus palabras, complaciéndose y jactándose de que S. M. no volveria al trono.

—Qué infamia!

– Decid, qué traicion!

—Señores, ese mandarin, asustado por los crímenes que estaba cometiendo y el escándalo que causaban sus procedimientos, trató de hacer una farsa diciendo que iba á separarse del vireinato; pero todo estaba dispuesto de antemano, ese licenciado Verdad, ese demonio en carne y hueso, manifestó los gravísimos males que se causarian con la separacion del virey; el regidor Mendez Prieto, suplicó á nombre de la ciudad, que nos hiciera S. E. el alto honor de continuar al frente del Estado. S. E. se hizo el melindroso; pero al fin se resignó á llevar en sus hombros la pesada carga del reino.

—Señores, dijo Jáuregui, he ahí la oportunidad para haberos hecho del poder.

—Ya he tenido el honor de deciros que todo era valor entendido, juego de bastidores.

—Iturrigaray es un hombre peligroso, aprovecha todas las oportunidades; sin ir muy lejos, hubo hace tres dias un motin en la plaza de Veracruz, habiendo arribado en la barca *Bayllant*, el frances *Charpantier* procedente de Bayona, trayendo una gran correspondencia; el pueblo se arrojó sobre los papeles, y encontró con asombro, que el llamado rey José confirmaba el empleo de virey en la persona de Iturrigaray, y ademas lo condecoraba con el cordon de la Legion de Honor.

—Eso manisfestaba connivencia con el enemigo.

—Se trató de hacer este cargo; pero en la correspondencia venian cartas para S. S. I. el señor arzobispo. El virey, que se cubre perfectamente, mandó hacer fuego á la barca que tenia bandera tricolor, hasta que enarboló otra blanca.

—Puede esa conducta servir de punto de apoyo.

—Os he dicho que el hombre es vivo y tiene mucho talento; para desvanecer toda preocupacion, armó una frasca espantosa, mandó colocar el retrato del rey en el balcon, arrojó monedas, dilapidando así un dinero que debe servir para la guerra, y juró como rey á Fernando VII.

—Ese hombre tiene todas las avenidas.

—No todas caballero, su delito de infidencia está probado, no entra en acuerdo con los franceses, por la sencilla razon de que él ambiciona para sí el gobierno de las Indias.

—Y dispondrá de sus tesoros.

—Y se hará poderoso.

—Y nos mandará á la horca.

—No por mi vida! gritó el brigadier de marina, tenemos órden de la Junta de Sevilla de apoderarnos de la persona del virey, y lo haremos, vive Dios!

—Nosotros os ayudaremos, caballeros, mañana debe celebrarse la última junta.

—No importa el pretesto ni la resolucion, obraremos segun lo convenido.

—Os opondreis, señor oidor Bataller, á la celebracion de esa junta, le negareis su autoridad y orillareis un rompimiento.

—Convenido.

—La Audiencia tomará las riendas del poder.

—Sí; pero en cambio reconocerá á la Junta de Sevilla sin las restricciones que se han pretendido.

—Lo juramos.

—Sea, dijo el hermano de la vireina, mañana nos reuniremos para acordar el gran golpe.

Los oidores acompañaron hasta la puerta á los comisionados y los despidieron renovándoles la promesa de orillar el conflicto para apoderarse de Iturrigaray.

III.

Luego que Jáuregui y el brigadier se alejaron, don Gabriel del Yermo que habia escuchado la conversacion desde la pieza inmediata, salió al encuentro de los oidores.

—Ya lo habeis escuchado, caballero, y no pondreis en duda la legitimidad de nuestras pretensiones.

—Es negocio concluido, preparémonos para la revolucion, la gente toda de mis haciendas está organizada, solo espera mis órdenes para acercase á la capital.

—Ahí teneis recado de escribir, el correo está á vuestra disposicion, lo enviaremos por extraordinario.

Don Gabriel del Yermo se acercó al bufete, mientras Aguirre, Bataller y Martiñena conversaban con acaloramiento sobre el asunto.

—He aquí mi correspondencia, enviad desde luego al correo y dentro de poco tendreis á la puertas de la ciudad á mi gente.

—Toda es de fiar?

—Toda, señores oidores.

—Es que los paisanos pueden acobardarse á los primeros disparos.

—Descuidad, dijo Martiñena, he hablado con un oficial que está resuelto á abrazar nuestro partido y espera que los señores oidores le señalen el momento; es un jóven atrevido y que odia terriblemente á Iturrigaray.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Es necesario no olvidar, dijo Bataller, que Iturrigaray ha mandado traer del canton de Jalapa, al regimiento de infante-

ría de Celaya, y de Tierra Adentro al de caballería de Nueva Galicia.

—No hay mas que anticiparnos, dijo Yermo, porque la empresa crece en proporcion que los elementos contrarios se multiplican.

Aguirre, que era vivo y desconfiado, manifestó ser de la opinion de Yermo y opinó por interceptar los correos de Iturrigaray.

—Yo me ofrezco á ello, dijo Martiñena, porque sé á la hora en que debe salir el extraordinario, pero no puedo comprometerme sino á la mitad del plan, por ser distintos rumbos los que llevan los correos.

—De cuál os encargais, señor de Martiñena?

—Me es indiferente.

—Os encargo el del camino de Puebla.

—Aceptado.

—Pues en marcha, porque la hora se avanza.

—Ya es tarde y ojalá que no lo sea para nuestros planes.

—Adios.

—El os guarde.

IV.

A las dos horas de esta entrevista, unos ginetes tomaban el rumbo de San Lázaro y otros el del *Interior*.

Sigamos á los del camino de Veracruz que se detuvieron á desayunar en una venta.

—Muchacho, adónde te diriges?

—Señor, voy hasta Jalapa con unas comunicaciones interesantes para el señor que manda las tropas del Canton.

—Allá voy precisamente.

—Seremos compañeros.

—Vas muy de prisa?

—Como que voy de extraordinario.

—Y no sabes lo que contienen esos papeles?

—Creo adivinarlo.

—Dílo si no crees comprometerte.

—Me llamaron al palacio, yo entré al cuarto donde un s escribia y oí la conversacion que tuvo con otro señor milit

—Preparad alojamiento para esas tropas.

—Sí, mi general, respondió el gefe, y luego preguntó: cuándo estarán en México?

—Para el 16 de Setiembre.

—Estamos á 9, dentro de seis dias.

—No hay duda, la cuenta sale cabal.

—Segun dijeron esos señores, queria S. E. el señor virey no se detuvieran ni un solo momento; hablaron algo de tem y no sé que otras cosas que yo no puse cuidado.

—No importa.

La patrona habia estado escuchando la conversacion y s inmediatamente á la vía carretera:

—José! gritó con voz sonora.

Acercóse un indio, jóven y robusto, con una cara de mal y socarronería pronunciadísima.

—Qué quieres, señora? preguntó quitándose el sombrero.

—Marcha violentamente á México y busca á tu *ama*, que han llegado dos caballeros y que he sabido que va á h novedades, porque mandan por las tropas de Jalapa.

—Está bien, señora.

—No se te olvidará?

—Pierda cuidado su merced.

—Toma este peso para lo que necesites en el camino y n chate.

El indio entró en la cocina, hizo el *itacate*, acopio de pr siones, y atravesando las veredas se descolgó al Valle de xico.

La patrona comprendió desde luego que el correo era seguido por el caballero, quien habia averiguado el objeto de su mision.

—Traed mas vino, patrona!

—Aquí está un catalan de lo mejor, señores.

—Vamos, muchacho, toma un trago, que tenemos mucho que andar.

—A la salud de su merced.

—A la tuya, chico.

Continuó el almuerzo y los pasageros menudeaban los tragos que era un contento.

El pobre correo comenzó á atarantarse hasta el grado de perder la cabeza.

—Veo que tienes gana de dormir.

—Una poca, señor amo.

—Pues durmamos para proseguir nuestro camino.

—Me conviene.

El correo recostó su cabeza en una de las bancas de la fondita y roncó como un patriarca.

La fondista se puso á acechar desde la puerta que daba á las piezas interiores.

Luego que el caballero se creyó solo, esculcó al correo y le robó la correspondencia; pidió su caballo inmediatamente y huyó á todo escape rumbo á la capital.

Pasaron tres horas cuando el correo se despertó, vió que el sol estaba muy alto, y sin acordarse de su compañero de viage, montó á su vez á caballo y partió á todo escape con direccion á Puebla, sin notar el robo de la correspondencia.

V.

Sigamos á los ginetes del Interior que caminaban á toda prisa.

Llevaban medio dia de camino, cuando un caballero les dió alcance.

—Muchacho, eres el correo del gobierno?

—Sí señor, dijo el mozo con muestras de profundo respeto.

—Saca tus papeles, que ha habido una equivocacion en los pliegos.

El correo no sospechó que aquello era una trama, y con el candor de todo un hombre de bien, entregó los pliegos cerrados al caballero, que los cambió por otros al portador.

—Marcha, aunque te advierto que ya no es necesario que te apresures tanto.

—Está bien, señor.

—Toma, hijo mio.

—Gracias, señor, dijo el correo tomando las monedas que le ofrecia la liberalidad del caballero.

El mozo azotó su caballo y á pocos instantes se le vió encumbrar las cuestas que forman el camino del Interior.

—Ya he realizado mi plan, ese hombre lleva las cartas de Urías, buena la va á llevar cuando entregue los pliegos en blanco que le he cambiado por la correspondencia de Iturrigaray.

El caballero rompió los sobres y se impuso del contenido de las comunicaciones; nada se traslucia por las órdenes, estaban redactadas en ese sentido altanero de los déspotas militares y nada mas.

—Cuando se averigüe el caso ya no habrá remedio, ganamos por lo menos seis dias, ese es nuestro plazo.... demonio! eso de tirar á un virey, es mucho cuento.... malditos oidores.... pagan tan bien, que se les puede servir de rodillas.... en algo me habia de entretener.... al ménos ya tengo para darle con que vivir á mi inolvidable condiscípulo Pedraja que tiene trastornado el sentido.... ¡pobre hombre!.... enloquecerse por una mujer!.... es necesario haber estado ya loco desde el vientre de.... pero en fin, no vale la pena una mujerzuela que se

larga con otro para llorarla dia y noche.... ese hombre no tiene remedio, sabe á mas no dudar que la novia se le escapó con un don Félix, y todavía cree que.... doce años de sufrir, pues digo.... de que la luna está en creciente el hombre se hace insoportable, quiere matar á todo el mundo; ¿y dónde demonios andará que hace tres noches se me ha escapado de la casa?.... es necesario buscarle.... estoy satisfecho de haber cumplido con la comision de los oidores, voy á pedir un empleo luego que triunfemos y seré algo, comeré de la nacion y me pagarán con el dinero de las contribuciones, y me casaré con ella.

Embebido en estos jardines iba el viajero, cuando de pronto cuatro ginetes le rodearon.

—De dónde venís? le preguntó un enmascarado.

El sorprendido no pudo articular una palabra.

—Hablad, ú os levanto la tapa de los sesos.

—Señores, perdon, le he sacado al correo los pliegos con engaño; pero estoy arrepentido: aquí están los papeles, tomadlos, os juro que no los he leido.

El enmascarado se hizo de la correspondencia.

—Sabeis que os podemos ahorcar por ladron en un palo del camino?

—Sí lo sé; pero no deseo que lo ejecuteis.

—Quién os ha enviado?

—El señor oidor Bataller.

—Bien; marchaos y decidle que por miedo de no ser sorprendido, habeis roto los papeles.

—Mil gracias, señores, y adios.

Ligero como el relámpago huyó por la carretera, envuelto en una nube de polvo.

—Son unos miserables, reverendo padre.

—Sí, la Audiencia conspira incesantemente contra el virey.

—Volvámonos á México, esta noche precisamente tengo una

junta con los señores abogados Azcárate y Verdad; esos hombres quieren la felicidad de México, yo los amo y los respeto.

—Reverendo padre, el señor canónigo Beristain está de acuerdo con nosotros.

—Como lo están todos los hombres honrados.

—Afortunadamente hemos sorprendido una de tantas infamias de la Audiencia.

—Sí, amigos mios, la casualidad nos hizo presenciar la escena de ese bribon.

—Padre Talamantes, vos sois muy benigno, yo hubiera colgado á ese ladron.

—No está bien esa crueldad con los miserables instrumentos de ese poder; ellos no hacen sino seguir las inspiraciones de aquellos que los subyugan.

—Es verdad.

—Comprendereis por estos pliegos que S. E. el virey teme una conspiracion, y se pone en guardia.

—Esta misma noche le remitiremos al virey esta correspondencia para que esté sobre aviso.

—Reverendo padre, la Audiencia es terrible.

—Veo venir una tempestad preñada de rayos, algunas cabezas van á caer dentro de pronto; Dios no lo quiera, pero el suelo de la patria va á ensangrentarse.

—Sabremos á qué atenernos.

—Amigo mio, dijo fray Melchor de Talamantes, nadie sabe donde termina el curso de los sucesos: los rios caminan al abismo del mar, como los hombres y los pueblos al abismo de su destino. Nuestra mision es la templanza: inclinémonos al lado que traiga menos querellas, facilitemos algun respiro á los que padecen, y enjuguemos las lágrimas del esclavo.

—Sí, del esclavo, dijo el interlocutor; ya es necesario aprovecharnos, como vos habeis dicho en otras ocasiones, de la revolucion de España, para variar nuestra condicion; la América

es hoy la caja que provee á las necesidades de la Península: tenemos en nuestras manos una situacion, no la dejemos escapar.

—Callad! no os adelanteis á la marcha del tiempo.... esperad.... esperad!

Fray Melchor de Talamantes era un venerable sacerdote, dotado de un corazon virtuoso, donde resplandecia el amor á la patria. En medio del caos en que se envolvia la situacion, aquel hombre percibia la antorcha luminosa de una idea: aquella idea apenas delineada en su cerebro, era la de la *independencia*.

Fray Melchor de Talamantes secundaba el pensamiento de Verdad y Azcárate, de cortar esa cadena que ataba á los dos mundos, bajo el pretexto de rechazar la dominacion francesa.

La caravana que habia sorprendido al enviado de los oidores, entró al cerrar la noche por la puerta Norte de la ciudad.

CAPITULO IV.

JAQUE MATE.

I.

La tormenta política seguia desencadenada como el huracan. La Audiencia y el virey estaban frente por frente, y aquella lucha debia tener un resultado funesto.

Los abogados Verdad y Azcárate, fray Melchor de Talamantes, el abad de Guadalupe Francisco Cisneros, y otra multitud de amigos de Iturrigaray, conspiraban contra las decisiones de las Juntas de España y de los oidores.

Todos aconsejaban al virey la formacion del *gobierno provisional*, desconociendo á los avaros del poder.

Iturrigaray estaba en un período de crísis superior á sus fuerzas, y se dejaba arrastrar por las olas de aquel mar embravecido.

El 9 de Setiembre se reunieron en el palacio los principales personajes de la corte y los comisionados de Sevilla, para tratar las altas cuestiones de la política.

Los partidarios de la Audiencia iban resueltos á promover un disturbio, y los del virey á contemporizar en cuanto pudieran.

Iturrigaray, cuyo pensamiento era el de la formacion de un nuevo gobierno, hizo que el secretario leyese las comunicaciones de la Junta de Oviedo, de Asturias y de Sevilla.

Los comisionados se encontraban de pronto en una mala situacion.

—Señores, dijo Iturrigaray, se ha verificado lo que anuncié á usías; la España está en anarquía, todas son *juntas supremas*, y así á ninguna se debe obedecer.

El brigadier de marina, don Juan Jabat, tomó indignado la palabra.

—Señores, dijo, nosotros representamos aquí á la de Sevilla, cuya autoridad no puede desconocerse, sino por aquellos cuyas miras son ya bastante conocidas, y tienden á suplantarse....

Iturrigaray interrumpió á Javat diciendo con voz trémula por la rabia:

—Se os ha permitido la concurrencia á esta junta por un exceso de bondad; pero vos, señor brigadier, no teneis derecho de usar de la palabra, ni menos para lanzar calumnias á las autoridades supremas de este país.

—Señor, exclamó Jáuregui, reflexionad que no somos simples particulares, sino comisionados de la autoridad que asume la del rey.

—Escribid, señor secretario, dijo el virey.

El secretario tomó la pluma.

"Los comisionados de la Junta de Sevilla, saldrán inmediatamente de América, en el mismo buque que los ha conducido, y dirán á las personas que los envian: que el representante de S. M. en América, no acata mas autoridad que la del rey."

El brigadier y su compañero dejaron el salon de sesiones, jurando la pérdida de Iturrigaray.

Los oidores no perdieron la moral con este golpe súbito que hubiera pesado en el ánimo del mas iluso, y Bataller, tomando una entonacion humilde, dijo:

—Señores, la resolucion que hoy se toma va á influir de una manera poderosa en el sistema que hasta hoy ha regido á la colonia, y traerá acaso consecuencias que en estos momentos ni se preveen; yo desearia saber de dónde viene la autoridad para crear esta junta ni hasta qué punto sus determinaciones sean válidas y deban obedecerse, y si sus votos son decisivos ó consultivos.

El fiscal Borbon algo asustado, respondió que Iturrigaray era el lugar-teniente del rey y estaba en su derecho con arreglo á las leyes para convocar la junta.

Esta evolucion del fiscal le fué al virey altamente sospechosa, así es que le contestó con muestras de desden:

—Bien, bien, si yo soy el lugar-teniente de S. M., ocupen usías el lugar que les corresponde y no hay que extrañar si en alguno ó algunos tomo providencias.

Esta amenaza era la que esperaban los oidores; guardaron silencio y aparentaron oir con recogimiento el discurso del licenciado Verdad, en que repitió sus ideas sobre la soberanía del pueblo, y su derecho de reunirse conforme á la prescripcion de las leyes en los casos de conflicto y resolver por sí las dificultades.

Aguirre no pudo contenerse, y suavizando lo mas que pudo su acento, dijo:

—Señor licenciado Verdad, me permitirá V. S. hacerle una ligera observacion: la ley recopilada manda, que en los negocios árduos, en que se necesite de los vasallos del rey, se junten las cortes y se tenga consejo de los tres Estados, segun lo hicieron los reyes antecesores; pero á S. E. le falta la calidad de la *soberanía* tan indispensable en este caso, por tanto, le negamos, protestando nuestra sumision, el derecho que cree tener en este negocio

Alzóse Iturrigaray, y con la exaltacion propia de su carácter contestó al oidor:

—No pongamos ya en tela de discusion los hechos consuma-

dos; desde el 1º de Setiembre he expedido mis circulares á los ayuntamientos para que nombren persona que los represente en la junta que debe instalarse para formar el gobierno de México.

Viéronse entre sí los oidores, aquella noticia cayó entre ellos como un rayo.

Terminóse la sesion, ya no tenia objeto, la Audiencia estaba perdida y los comisionados de todas las juntas desechados.

Una era nueva se preparaba para el país, iba á establecerse un gobierno bajo las bases democráticas, sin sospecharse por Iturrigaray, que los hombres que le ayudaban en su golpe de Estado, iban hasta la *independencia*.

II.

Doce años hacia que la condesa del Milagro se hallaba establecida en la corte de México; pero la noble señora sufria una metamórfosis completa; habia abandonado las fiestas y diversiones para seguir en una vida ejemplar, dedicada á la contemplacion y el recogimiento.

Se la veia al sonar el toque de *Ave María* dirigirse á la iglesia, esconderse entre la oscuridad de las naves, y rezar con un fervor que paraba en llantos y sollozos.

Despues de cuatro horas de rezo, montaba en su coche, llegaba á su casa, donde la esperaban multitud de pobres á quienes repartia limosnas.

En las tardes recibia á varios sacerdotes, y en las noches rezaba en su oratorio rodeada de su servidumbre.

El 5 de Setiembre en la noche, se encontraba doña María hablando con los oidores Bataller y Aguirre en su tertulia nocturna.

—Ya es un negocio arreglado, señora; ese rey de baraja caerá en nuestras manos, ya no es posible sufrirle por mas tiempo.

—Estais terrible esta noche, señor oidor.

—Es que ese miserable se ha permitido amenazarnos, y ya he descubierto su plan.

—Decidlo, señor oidor.

—Se piensa nada ménos que en nuestra destitucion.

—Nuestra? preguntó Aguirre.

—Sí, señor compañero, *nuestra*, se trata de sustituirnos con los corifeos de Iturrigaray, es decir, con los abogados Verdad y Azcárate.

—Eso es alarmante; pero afortunadamente no podrá tener lugar á no ser en estos dias, lo cual nos tiene sin cuidado.

—Contadme, señores.

—Ya lo vais á oir como nuestra confidente; hemos interceptado los correos que iban en pos de las fuerzas del virey, y comprado ó seducido á un bravo oficial de artillería llamado Luis Granados, que será el alma de este negocio.

—Y don Gabriel Yermo?

—Ese cumplirá con lo que nos tiene ofrecido, su gente estará muy en breve en la ciudad, ya han comenzado á entrar por diferentes rumbos para no dar sospechas á los partidarios del *traidor*.

—De suerte, dijo la condesa, que cuando ménos se espere tendremos un gran acontecimiento.

—Sí, señora condesa, nos apoderaremos de todos, absolutamente de todos, incluso ese fraile excomulgado, fray Melchor de Talamantes.

—Nadie conoce mejor que yo á Talamantes, dijo Aguirre; no solo apoya á Iturrigaray, sino que tiene el plan de derribarle á su vez, para combinaciones que no he podido descubrir.

—Hay una ocurrencia graciosísima, señora condesa, y habla muy alto á los lazos de parentesco.

—Contad, señor oidor.

—La Junta de Sevilla ha comisionado al hermano de la

vireina, sí, condesa, al mismo hermano, para que aprehenda á su cuñado.

—Dios mio!

—Como lo oís, él se ha prestado á ese plan, y no hay remedio, será el ejecutor.

—Y el brigadier?

—Ese hombre es mas temible de lo que se cree, nos ha propuesto, y hemos aceptado, que él se hará cargo de las armas la noche en que aprehendamos á Iturrigaray.

—Desconfiais de Granados?

—No, pero podria faltarnos en un momento dado y es necesario macizar el golpe.

—Y para cuándo lo preparais?

—Para la noche del 15.

—Perfectamente.

—Todas las avenidas están tomadas.

—Y á qué persona quereis colocar en la silla?

—A un viejo temblon y desgraciado que vos conoceis perfectamente; no será sino sombra de poder, y la Audiencia gobernará á su antojo.

—Cómo se llama ese viéjo temblon, como vos decís?

—Escojed entre nuestros personajes al mas incapaz, al mas nulo, y ese es precisamente nuestro candidato.

—Estais de broma, señor Bataller.

—No es broma, es la verdad, aunque hay verdades que parecen bromas.

—No atino, señores oidores.

—Es un mariscal de campo.

—Vamos, ya caigo, es el señor don Pedro Garibay; pero estoy muy lejos de considerarle como una nulidad; por el contrario, veo al hombre de la administracion y de las simpatías.

—Precisamente esa es la razon por la cual lo subiremos al poder, verá en nosotros á unos protectores, y el pueblo un testimonio de sinceridad ¿no es cierto?

—El señor oidor es un gran conspirador.

—Señora condesa, me parece demasiado.

—Os hago justicia y nada mas.

—Nada tengo que recomendaros, señor Bataller, sino la prudencia, porque esta es una cuestion, que donde se pierda el equilibrio....

—Sí, puede costar la cabeza; nosotros los conspiradores, dijo con énfasis, sabemos todo lo que se arriesga y estamos resueltos á todo.

—Me parece, señor, que estais de broma.

—Nada de eso, señora, contestó Aguirre; en vuestra presencia no podemos dar el tono que verdaderamente tiene este asunto; pero os juro que es verdad cuanto hemos tenido el honor de deciros.

—Pero no hallareis dificultades en la realizacion de este plan?

—En un país, señora condesa, en que no se acata voluntad alguna, en que se reconoce el imperio de los hechos y solo se invoca el nombre del rey por fórmula, no hay que extrañar nada. En México hay tres entidades; la Inquisicion, el virey y la Audiencia. Tres poderes incombinables y cuya existencia es incompatible; media el mar entre el rey y los tribunales de América; aquí todo lo hollamos, lo vejamos, lo desconocemos, el mas audaz asalta el primer puesto, y los ministros se conforman con recibir su parte en el botin.

—Y las leyes, señor oidor?

—Palabras escritas sobre un papel frágil, bellas teorías para conservar ante el mundo el prestigio de nuestros reyes; pero burla sangrienta para estos imbéciles de conquistados.... cuando yo veo esa Recopilacion de Indias, esas disposiciones favorables á los indígenas, esos pergaminos en que se consignan los derechos nunca ejercidos, me rio, señora condesa, porque los pueblos son el juguete miserable de las ambiciones.... hay en el corazon humano algo que se levanta de grande y domi-

nador, que nos impele á sobreponernos á la multitud; entonces el hombre se hace un sér superior y marcha á su destino por la primera senda que halla á su paso sin detenerse en obstáculos; todo lo arrostra, todo lo abarca, todo lo destruye como se oponga á sus intenciones; he ahí el principio del crímen; una vez aceptado, la sangre es un lago trasparente, la existencia del hombre una sombra, los ayes de la humanidad un eco de armonía!....

—Me horrorizais, señor Bataller.

—Y sin embargo, os digo la verdad, la verdad entera.

—Y vos sois de esos hombres?

—No me lo pregunteis, condesa, porque puedo responderos afirmativamente; el círculo que me rodea me impulsa y yo obedezco á mi destino; hay un hombre que quiere arrojarnos desde la pendiente cuando ya escalamos la cumbre del poder, y.... es necesario derribarlo.... minar el pedestal.... matarlo si es preciso!....

La voz del oidor se hizo lúgubre, sus ojos resplandecian con un fulgor del infierno.

—Señor de Bataller, dijo Martiñena, os encontrais mal, retirémonos que aun hay mucho en que pensar.

—Perdonad, señora condesa, mi exaltacion, pero este señor virey me tiene ofendido, sumamente ofendido.

—Señora condesa, dijo Martiñena, rogad á Dios que nos saque bien de esta aventura.

Doña María inclinó la cabeza, y aquellos hombres siniestros abandonaron la casa de la condesa del Milagro.

III.

Luego que el oidor y su compañero dejaron á doña María, esta se dirigió á su oratorio, donde la esperaba fray Melchor de Talamantes.

—Habeis concluido, señora?

—Se han ido ya.

—Os tengo prohibido que recibais á los agitadores.

—Procuro, reverendo padre, no entrar en conversacion alguna con ellos, aunque sus visitas me proporcionan la oportunidad de hacer bien cuando sé que alguna persona se halla en peligro.

—Bien, señora, pero temo que vuelvan á despertar en vuestro corazon esos sentimientos que os han sido tan fatales.

—No receleis, padre mio, he sufrido en mi alma el azote del remordimiento, esa tormenta que oscurece mis postreros dias, y solo anhelo el descanso siquier sea el de la muerte.

Doña María se echó á llorar amargamente.

—Sosegaos, señora.

—No puedo olvidar aquellas imágenes sombrías, me parece ver á los verdugos apoderarse de aquel hombre, calzarle el *borceguí*, ¡terrible aparato!---- despues oigo aquel grito, aquel grito espantoso que aun resuena en mi alma con un eco aterrador---- veo al hermano del inquisidor, á ese hombre que fué la ilusion mas ardiente de mi vida, pálido y demudado entregarse á la tortura---- en aquellos momentos hubiera dado mi existencia por librarlo de aquella angustia espantosa----

Doña María se mesó los cabellos en un arranque de desesperacion.

—He ahí, exclamó fray Melchor de Talamantes, he ahí la cólera del cielo, la justicia de Dios!---- habeis causado muchos males, habeis perseguido á un hombre hasta verle en el tormento, y cuando los dias se han succedido, como las olas en el mar agitado de la vida, entonces, la hiel de los recuerdos, la ponzoña de esas memorias viene en la metamórfosis de la expiacion á roeros las entrañas---- ¿qué teneis delante?---- sangre---- horrores---- remordimientos!----

—Es verdad!---- es verdad!---- exclamaba la infeliz gitana.

—Vuestro dolor, continuó fray Melchor de Talamantes, ha sobrevivido al tiempo y á la edad---- el invierno de la exis-

tencia ha tendido sus hilos de plata en vuestra cabeza, vuestras megillas llevan el surco de las lágrimas, vuestra vida está en el último declive, y la imágen vive, vive en vuestro corazon y parece acompañaros hasta el sepulcro!

—Y acabará por hundirme en el abismo de la desesperacion.

—Aun guarda Dios en vuestro corazon el tesoro de las lágrimas, vertedlas, refrescad con ellas el árbol decaido de la fe, sufrid, aceptad la angustia como la redencion de vuestras faltas, y esperad.... esperad.... porque Dios llega á nosotros cuando lo invocamos en el naufragio de la vida!

Doña María se hundió en el silencio de su desventura.

El padre Talamantes se levantó para despedirse; pero la gitana le detuvo.

—Me falta deciros aún una palabra que atañe á vos y nuestros amigos.

—Hablad, señora.

—La Audiencia conspira sin cesar, y está resuelta á apoderarse del virey y de vosotros.

El padre Talamantes oyó con tranquilidad á doña María.

—Hace un momento, continuó la duquesa, ese oidor Bataller ha tenido un arranque verdaderamente terrible, arranque sangriento que me ha asustado.

—Miserias de los hombres! murmuró fray Melchor.

—Es un negocio absolutamente resuelto, avisad á Iturrigaray.

—Señora, si el virey supiese por mis labios esa trama abominable, las cabezas de esos miserables caerian irremisiblemente; y creeis vos, señora, que la voz de un sacerdote deba ser la señal de la matanza?.... Sé la tempestad de odios y resentimientos que nos amenazan; sé que debe estallar próximamente, y sin embargo estoy perfectamente tranquilo; porque el destino del hombre es invariable y no está en el arbitrio de la criatura el contrariarle.

—Es que vuestra existencia está en gran peligro.

—Desde que nacemos vamos á la muerte, ella tiene de salir á nuestro encuentro, esperémosla, que ella sabe bien cuando se acerca.

—Padre Talamantes, vos no conoceis á vuestros enemigos.

—Conozco al corazon humano y me basta.

—Ved que han interceptado los correos que iban en demanda de las tropas.

El padre Talamantes se quedó pensativo, pero luego dijo á pocos momentos:

—No importa, Dios dirá!

—Es que hay entre los soldados, traidores que entregan al virey y sus partidarios.

—Puede ser, S. E. ha convocado ya á las personas que deben formar la junta que debe resolver tanta dificultad.

—La Audiencia se opondrá á la instalacion.

—Veremos.

—Señor, yo que os venero, que os amo por vuestras grandes virtudes, porque habeis vertido con vuestras palabras y consejos un bálsamo en mi corazon, os aconsejo en nombre del cielo que os cuideis.... vos ignorais de cuanto son capaces esos hombres, no os perdonarán nunca el haber hablado con la verdad y rectitud que acostumbrais en todos vuestros asuntos; creedme, os aborrecen y están animados del espíritu mas horrible de venganza.

Fray Melchor de Talamantes señaló con su diestra al cielo, y calándose la capucha de su hábito, salió de la estancia de la condesa.

—Yo lo salvaré, gritó la gitana, y salvaré á cuantos amenaza el azote de la perfidia; esos hombres no me conocen, fuí terrible para el mal, lo seré para el bien; he conspirado contra la humanidad, me pondré de parte de ella; le vuelvo el rostro al crímen y me hallo decidida á luchar en pro de la virtud.... ¡la denuncia!.... sí, es terrible, pero no queda otro arbitrio.

Agitó la campanilla y se presentó una camarera.

—El coche! dijo la gitana disimulando su turbacion.

La camarera salió inmediatamente, mientras doña María se envolvió en su manto, y sin aguardar á que le diesen aviso bajó precipitadamente las escaleras y se entró en su carruage.

—A palacio! gritó al conductor, y salió á escape rumbo á la plaza central.

CAPÍTULO V.

JAQUE AL REY.

I.

El virey Iturrigaray habia enviado sus circulares, como habia dicho fray Melchor de Talamantes, para la reunion de la junta provisional.

El guante estaba arrojado, los dos antagonistas frente á frente.

En aquella lucha se libraba la vida de uno de los contendientes.

El jueves 14 de Setiembre la Audiencia tuvo sesion á puerta cerrada, y en ella se convino el golpe de mano.

Bataller y Aguirre fueron el alma de la discusion y los agitadores mas turbulentos de la Audiencia.

Los agentes de los oidores comenzaron á repartir dinero entre el pueblo, que se puso un guardia para entrar en el motin.

Los barrios todos se armaron en el mayor sigilo, y el punto céntrico ó de reunion se estableció en el cuartel de San Pedro y San Pablo, junto á la iglesia de jesuitas, donde estaba la artillería al mando de Granados, comprado por los oidores.

En una de las cuadras del cuartel estaba un tal Ceballos hablando con varios compañeros.

—No pudo ser peor la aventura, amigos mios; figuraos que ya tenia en la mano los pliegos del reyezuelo, cuando cuatro embozados me dieron el alto, ¡cuerpo de Cristo! Me quedé punto menos que petrificado: pusiéronme las pistolas sobre el corazon y no hubo mas que entregarles la correspondencia.

—Y por qué no diste espuelas á tu caballo?

—Ya! Se conoce que ignoras lo que es una sorpresa.

—Para correr siempre es tiempo.

—Menos cuando el susto embarga los sentidos.

—Y no te vapularon?

—No, querian hacer algo peor.

—Qué?

—Nada, una simpleza, ahorcarme!

—Esas son palabras mayores.

—Estamos á punto de tomar la revancha.

—La deseo ardientemente.

—Esperamos el momento para hacer una que suene.

—Esas son las que me gustan, yo estoy templado como mis paisanos de Veracruz; ya sabeis cómo se portó en el último tumulto.

—Ya sabemos algo.

—Mis paisanos no entienden de dianas, se lanzaron sobre la casa de ese señor que casualmente lleva mi apellido, se llama Ceballos; el pueblo creia que ocultaba á los emisarios franceses, y esto fué arrojar por balcones y ventanas los muebles; ya vuela una butaca, ya una mesa, ora un espejo, hasta dejar escueta y limpia la finca.

—Eso se llama mudarse sin cargadores.

—Precisamente.

—Continúa.

—Fué necesario para aplacar aquella tormenta, que el señor cura llevase el *Sagrado Viático.* Gracias á que eran católicos

los marineros y á que no quedaba en casa ni un palo, si no..... sigue la danza.

—Eres un animal; todo ese tumulto fué dirigido por los señores de la capital del reino.

—Cá! eso no puede ser; vamos, tú estás loco.

—Lo sé positivamente.

—Eso es otra cosa. Y qué nos tocará en esta revolucion?

—Dicen que trabajaremos sin sueldo y con *manos libres.*

—Así me gusta, que cada cual pille lo que pueda.

—A eso venimos.

—En cuanto á mí, poco me importa que mande la Audiencia ó el virey, todos son lo mismo; lo que quiero es motin para avanzar algo.

—Pues al negocio, ya es asunto arreglado.

—Donde nos descuidemos nos ahorcan.

—Pelillos á la mar.

—Desde que los enmascarados me ofrecieron columpiarme de un árbol, le tengo un miedo cerval á la cuerda.

—Todo es que falte el resuello, mientras llega ese momento, metamos al *buen dia* en casa.

—Mientras llegan los gefes, echaremos algo de cartas.

—Sí, sí, gritaron todos los del corrillo; ahora que estamos habilitados es tiempo de *jugar.*

Aquella turba, cuyas ideas políticas acaban de escuchar nuestros lectores, se puso al juego, costumbre inveterada en las clases todas de la sociedad antigua.

II.

El virey Iturrigaray tuvo una larga conferencia con un abogado *criollo*, que lo puso al tanto de los impíos manejos de la Audiencia.

El virey despreció el aviso, manifestando una ciega confianza en su posicion, y sin tratar de oponerse á los planes de sus enemigos, que consideraba como irrealizables.

La tarde del 15 de Setiembre entró en su carruaje, y se dirigió al Palacio de Chapultepec: jamas habia estado de mejor humor.

—Señor capitan Gonzalez, dijo á uno de los oficiales de su comitiva, dadme una caña de pescar, la alberca está preciosa y su espejo atravesado sin cesar por pececillos á quienes pienso tomar en mis redes.

Algunos oficiales que estaban de acuerdo con la Audiencia, creyeron encontrar una alusion en las palabras de Iturrigaray.

El oficial le presentó al virey la caña, y estuvo algunas horas muy entretenido, dirigiendo bromas á los individuos que le acompañaban.

—El señor virey, dijo una vieja acercándose á Iturrigaray, es un buen pescador, pero no sabe tomar la caña.

—Enséñame, buena vieja, que cuando esté de regreso en España pienso pescar algo á orillas del Guadalquivir ó del Manzanares.

—Si su excelencia quiere hacer lance, no hay mas que tomar las corrientes, que los peces caerán solos.

—De eso se trata, buena vieja.

—Pues tomad la caña de esta manera para conservar el tacto.

Diciendo esto, deslizó en la mano del virey un papel.

Iturrigaray, que era hombre muy avisado, disimuló delante de su comitiva este accidente, y siguió en su tarea.

Despues de algunos momentos, dijo á la viejecilla:

—Id con Dios, que no olvidaré vuestras lecciones.

—Mucho cuidado, señor virey, los peces son gente mala y no hay que descuidarse.

Iturrigaray se internó en el bosque, y cuando se encontró so-

lo abrió el billete misterioso que estaba concebido en estos términos:

"Esta noche es la señalada para aprehenderos; desconfiad de cuantas personas os rodeen y estad alerta."

—Vamos, dijo el virey algo alterado, que ya son tres avisos con este, y por distintos conductos; este demonio de abogado me ha hecho vacilar un tanto, la visita que recibí hace algunas noches de esa dama misteriosa, sus insinuantes palabras, todo me augura un desenlace horrible.... Demonio! esos señores oidores quieren que haga una que les pese; me tienen fastidiado soberanamente, y donde llegue á apurar la paciencia.... Dios no lo quiera, pero se han de acordar de mí.... no doy un solo paso sin que me encuentre con ellos. Hoy he sabido que han tenido una larga sesion.... no puedo creer tanta audacia.... atreverse á mi persona!.... se guardarian de intentarlo.

Iturrigaray acompañó estas palabras con un ademan resuelto.

A su lado se dejó oir una estrepitosa carcajada.

El virey se volvió con violencia.

—Quién anda ahí? preguntó alarmado.

—No tema su excelencia, soy yo, el loco Pedraja.

—Y qué buscas aquí?

—Nada, ando como su excelencia, pescando.... pescando.

—Qué querrá decir este desgraciado?

—Lo oís, señor? lo que sucede es que yo tengo otro método, pesco sin caña.

—Explícate.

—No sé de qué, solo que os hable de la alberca. Y á propósito, señor virey, no os engañe esa agua serena y trasparente donde se refleja tan puro el cielo, porque puede enturbiarse.

—Que te expliques, miserable.

—Yo miserable? já! já! já!

Aquella carcajada le hizo una gran impresion á Iturrigaray.

—Vos sois el miserable, señor virey, vos á quien la fortuna

ha puesto una venda sobre los ojos.... entretenido en las distracciones de un grande hombre, no percibís la tormenta que se os viene encima.

—Pedraja, tú no eres un loco.

—Yo?.... yo loco?.... Dios mio! sí, he perdido el juicio por una muger!.... conozco algunos momentos, cuando mi razon me alumbra, que estoy hecho un desgraciado á fuerza de padecer.... En este momento mi juicio no sufre.... yo recuerdo que he oido, y no sé dónde, que unos hombres trataban de aprehenderos, que se reunian, que conspiraban metidos en los patios de un convento.... de un convento, Dios mio! gritó el pobre Pedraja.

Y sus ideas comenzaron á extraviarse al recuerdo de Rosalía.

—Allí, continuó, allí estaba ella; tal vez escuchaba cuanto decian.... pero no, no era ella, me hubiera hablado; porque habeis de saber que me ama.... nadie podrá separarnos.... sí, la Inquisicion!.... el fuego!.... el tormento!.... las llamas!....

El infeliz loco, dando gritos de espanto, se perdió en la espesura de los sabinos que cubren con una densa sombra el parque de Chapultepec.

—Ya es necesario no despreciar tanto á la fortuna; regresémonos á México y pongámonos en guardia.... la tropa del comercio y la artillería me son fieles; aun puedo librarme del golpe que aun no creo se me prepare.

Entróse en un coche, y seguido de su comitiva se echó á andar violentamente hasta llegar á Palacio.

III.

Los conjurados se presentaron en el Arzobispado, y su señoría ilustrísima bendijo sus armas, como las de los caballeros de las Cruzadas.

Mas de trescientos voluntarios llamados de Fernando VII, y á quienes decian *chaquetas*, aludiendo al uniforme que adoptaban, se situaron en varios puntos, y el grueso de ellos ocupó el Portal de las Flores y la Diputacion.

El fiscal Robredo tuvo la temeridad de presentarse en palacio á visitar á Iturrigaray.

Platicaron dos horas largas sobre asuntos del Estado y proyectos para el porvenir.

El insolente fiscal se levantó, y tendiendo al virey la mano le dijo con un tono particular:

—*Os deseo una feliz noche.*

—Vamos, dijo Iturrigaray, en todo encuentro algo alarmante; pues no me ha parecido que ese hombre me dirigia palabras intencionales? "que paseis una noche feliz:" será otro aviso?.... me han trastornado los cascos, durmamos, que ya con las providencias que he tomado puedo estar tranquilo.... esa junta debe reunirse próximamente, los minutos me parecen años.... esta gente conspira sin tregua ni descanso.... de buena gana les dejara yo su gobierno y me marchara á España.... hice mal en traer á mis hijos.... esta tierra anda revuelta y yo debia estar solo para cualquier evento.

Asomóse al balcon por si observaba algun síntoma de tumulto; pero las sombras eran tan espesas y el alumbrado tan escaso, que no pudo ver los grupos de conjurados que misteriosamente atravesaban en todas direcciones.

Desde la esquina de Provincia un embozado vió perfectamente destacarse en el foco de luz del balcon la figura de Iturrigaray.

—Malo, malo, ese demonio está en vela! es necesario esperar algunas horas.

—Esperemos, señor Bataller, no vayamos á fracasar.

—Señor de Cancelada, el golpe está perfectamente combinado, pero una indiscrecion puede costarnos la cabeza.

—La ansiedad me devora.

—Habeis hablado á última hora con García?

—Está dentro de palacio y espera tambien como nosotros, con la mayor impaciencia.

—Nos engañará?

—No lo creais, señor oidor, está interesado en la aprehension de Iturrigaray.

—Luego estos comerciantes hacen barbaridad y media.

—Este García las hace con frecuencia; pero ahora conspira con nosotros.

—Nada falta?

—Nada; las casas de los abogados Verdad y Azcárate están rodeadas, así como la de fray Melchor de Talamantes, la del licenciado Cristo y las de todas las personas que habeis señalado.

—Bien, señor Cancelada, yo desde aquí veré todo, por lo que pudiera ofrecerse.

—Se acerca un embozado.

—Debe ser amigo.

—Yo soy, dijo la voz conocida del brigadier de marina don Juan Jabat.

—Adelante!

—Qué sucede que la gente está como muerta?

—Esperamos que el virey esté durmiendo; porque es necesario no olvidar que jugamos el todo por el todo.

—Eso por sabido se calla; pero creo no es un motivo para tanta inaccion.

—Iturrigaray es hombre á quien no se sorprende sino durmiendo.

—Sois unas palomas, señores conspiradores.

—No es eso, es que conocemos el terreno.

—Estos golpes de mano deben ser violentos, inesperados y audaces; de lo contrario, es preferible prescindir de la intentona.

—Ya que el señor brigadier da el *consejo* no seria malo diese el *toston*.

—Estoy dispuesto y vereis como me porto; estoy acostum-

brado á lances mas sérios para que me acobardase ante esta aventura, que por el riesgo es insignificante, aunque sus resultados gigantes.

—Es verdad, dijo Bataller, soy de la opinion de Cancelada, id al momento, vos teneis un génio impaciente y es necesario aprovecharlo.

—Pues con vuestro permiso.

—Id, señor brigadier, y Dios nos ayude en esta empresa.

Don Juan Jabat se fué á poner al frente de los conjurados, mientras Bataller y Cancelada se quedaron en el puesto en espera del resultado.

IV.

El primer grupo de los pronunciados se arrojó sobre el centinela que ocupaba el gariton de la esquina de Provincia.

El centinela, llamado Miguel Garrido, granadero del comercio, disparó su fusil sobre el grupo que retrocedió al momento.

Jabat aprovechándose de la oscuridad, tomó la retaguardia del gariton y asesinó por la espalda al granadero, que á la bayoneta se lanzaba sobre los conjurados.

El capitan de la guardia, Santiago García, que estaba vendido á los oidores, franqueó la entrada á Jabat y á los amotinados, dándoles paso hasta la habitacion de Iturrigaray.

Detúvose tímida la multitud ante aquella puerta; pero los instigadores que veian comprometida su cabeza en el lance, incitaron á los rebeldes y penetraron á la estancia donde el virey dormia profundamente.

Ramon Inarra le intimó la órden de prision, Iturrigaray se mostró digno en aquellos momentos.

El español Roblejo Lozano, luego que los soldados se apoderaron de la persona del virey, por la traicion mas infame y es-

candalosa, se puso á rebuscar en los roperos, robándose cuanto encontró á la mano y un valiosísimo hilo de perlas destinado á la reina María Luisa.

Un hijo de Iturrigaray quiso hacer fuego sobre los conspiradores, pero su padre lo contuvo, y se entregó en manos de sus enemigos.

El virey fué llevado á la Inquisicion.

Pusiéronle en su carruage con el alcalde de corte don Juan Collado, y el canónigo de México don Francisco Xarabo, marchando un cañon á vanguardia y otro á retaguardia, que situaron en la puerta principal del edificio y casa del inquisidor Prado, donde se trasladó, permaneciendo en la prision hasta la mañana del 18, en que con igual aparato fué llevado al convento de Betlemitas.

La desgracia fué insultada allí por boca de uno de los agitadores, que cobarde y ruin á la hora del peligro, se colocó en un alto asiento próximo á la estancia que servia de calabozo al virey destronado, y leyó en voz alta unos papeles en que se trataba de *traidor* al prisionero.

Las palabras de Cancelada dieron el último toque á ese cuadro vergonzoso de desmanes y desafueros.

CAPITULO VI.

EL FINAL DE UN DRAMA.

I.

Al mismo tiempo de efectuarse la prision de Iturrigaray por Ramon Inarra, don Juan Jabat intimó á la vireina se diese por presa.

—Caballero, dijo la esposa de Iturrigaray, sois un insolente.

—Perdonad, señora, pero yo soy mandado.

—Y quién os manda, señor brigadier?

—La Real Audiencia.

—Sois un miserable.

—Es verdad; pero tenia una cuenta pendiente con vuestro esposo por aquello del destierro, y ahora la saldo.

—No me insulteis.

—Os guardo los miramientos debidos á una dama, y por lo tanto tengo el honor de suplicaros me sigais.

—Estoy á vuestras órdenes, permitidme llevarme á estos tiernos niños á quienes no puedo dejar abandonados.

—Como gusteis, señora.

Aquella infeliz madre tomó en sus brazos á una tierna niña y por la mano á un niño; ambos lloraban asustados.

La dama entró en un carruage y fué conducida al convento de San Bernardo.

Los emisarios de la Audiencia aprehendieron á los abogados Verdad y Azcárate, al abad de Guadalupe y á fray Melchor de Talamantes, que se entregó á los soldados con una resignacion heróica.

Redujeron tambien á prision al canónigo Beristain y al abogado Cristo.

La Audiencia se vengaba de un solo golpe de sus enemigos.

La Audiencia dictó una nota hipócrita y plagada de absurdos, dando cuenta de los sucesos.

Ya hemos dicho que en América los hechos consumados determinaban la legitimidad de una situacion.

Los oidores remitieron al virey, por su propia seguridad, al castillo de San Juan de Ulúa.

II.

Hácia el costado del palacio que ve al Norte y forma la calle conocida con el nombre del *Arzobispado*, está el palacio del primado de la Iglesia mexicana.

Uno de los lados del edificio da á la calle cerrada de Santa Teresa, precisamente frente al convento de ese nombre.

Esas paredes son las de la cárcel del arzobispado, que su señoría ilustrísima prestó bondadosamente para poner en guarda á algunos presos políticos.

Aunque hoy ha cambiado de forma el edificio por mutilacion, aun puede reconocerse lo perteneciente al arzobispado.

La casa marcada con el número 4, que hoy sirve de estancia á uno de nuestros mas célebres abogados, era la prision, y la

pieza mas elegante de la finca que tiene su tragaluz de vidrios de colores, sirvió de calabozo al licenciado Verdad.

Paseábase inquieto el gran letrado midiendo con sus pasos el pavimento de su prision, temiendo las resoluciones de la Audiencia.

Ya hemos dichos que Verdad era considerado como el enemigo mas encarnizado del gobierno emanado del motin del 15 de Setiembre.

El abogado estaba preocupado hondamente; porque veia el gran trastorno del país, los papeles subversivos y las caricaturas que circulaban secretamente, y percibia ese rumor que precede á los grandes sacudimientos. Todo esto influiría de una manera terrible en su suerte.

La mañana del 4 de Octubre, el carcelero se presentó á Verdad con una fisonomía tan consternada que el prisionero se impresionó vivamente.

—Qué pasa, Gabriel?

—Señor, hay cosas horribles.

—Vamos, serénate, y cuéntame cuanto sepas.

—Hace un momento que un escribiente del señor Bataller me ha comunicado una conversacion que ha oido á los señores de la Real Audiencia.

—Habla.

—No, yo quisiera ocultaros todo; pero al fin lo teneis de saber.

—Nada me aterra, puedo escuchar tranquilo hasta mi sentencia de muerte.

—Precisamente se trataba de vos, todos vuestros enemigos conspiran por arrebataros la existencia.

—Y qué hay en ello de extraño?

—Una cosa muy grave.

—Díla.

—No os asusteis, señor, pero esta noche....

—Esta noche.... esta noche, murmuró Verdad algo divagado. Van á sacarme de la prision?

—Nada sé; pero lo que puedo aseguraros es, que dentro de algunas horas ya habreis dejado de existir.

Estas palabras hicieron palidecer al licenciado Verdad, que aunque dotado de un gran valor, le sorprendia la atrocidad de un crímen horrendo.

—Bien, dijo despues de algunos momentos, este lance habia de llegar al fin.

—He estado pensando, señor, la manera de salvaros.... imposible, estais encomendado al oficial de la guardia y nada teneis que ver conmigo.

—No te comprometería jamas.

—Disponed de mí como gusteis, estoy pronto á sacrificarme por evitar esta escena de sangre.

—Déjame solo.

El carcelero salió llorando del calabozo.

Luego que el licenciado Verdad se encontró solo en su estancia, se arrodilló, enclavijó las manos y comenzó á orar con fervor.

En medio de aquel recogimiento religioso, un llanto abundante comenzó á deslizarse por sus megillas, como el desahogo postrero de su espíritu.

Levantóse despues con esa tranquilidad que lo acompañó hasta su último instante, y esperó la llegada de sus verdugos.

La luz comenzó á apagarse y las sombras á lanzar una oscuridad mas densa en el calabozo.

Las horas corrian y no se escuchaba en la prision sino los pasos de los centinelas.

La espectativa era espantosa.

Pasaron dos horas mas, y la *queda* se dejó oir como un toque de agonía.

Al cesar aquel fúnebre tañido, los cerrojos se corrieron y un grupo de enmascarados entró en la estancia.

El licenciado Verdad no se movió de su asiento.

—Señor, dijo la voz conmovida de un oidor, vais á morir; aquí está un sacerdote pronto á daros los auxilios espirituales.

—Tengo arregladas mis cuentas con Dios, disponed de mí.

—No os mostreis contumaz.

—Os he dicho que he hablado ya con mi Creador, me ha escuchado, y espero el perdon de mis culpas.

—Estais loco, caballero, ved que no podemos esperar mucho.

—Sea, dijo Verdad, y quedándose á solas con el padre, hizo una breve confesion.

El sacerdote estuvo conmovido, y apenas pudo dar consuelos al sentenciado.

—Pero qué clase de muerte me preparan, padre mio?

El sacerdote no respondió.

Abrióse la puerta, el padre salió pausadamente y los verdugos entraron en el aposento.

Colocaron pegado á la pared un aparato de madera, sentaron en un banquillo al licenciado Verdad y le pasaron la *mascada* de hierro por la garganta.

—Ahorcado, Dios mio! exclamó aquel hombre, y dos lágrimas de dolor corrieron por sus megillas.

El verdugo dió vuelta al fatal tornillo y la extrangulacion se verificó instantáneamente.

Extremecióse el reo con una convulsion prolongada de agonía y espiró.

Quitáronlo inmediatamente del banquillo y pusieron el cadáver sobre el lecho.

—Ha muerto repentinamente ese hombre, dijo un embozado al carcelero; no lo olvideis, ha muerto repentinamente.

El carcelero hizo una inclinacion de cabeza.

Luego que los verdugos desaparecieron, entró un hombre emboazdo en su capa, se acercó al biombo y contempló el cadáver á la apenada luz que yacia puesta en el suelo.

Sus ojos brotaron un raudal de lágrimas, abrazóse de aquel cuerpo exánime, lo besó en la frente, y comenzó á maldecir en

voz alta y entre sollozos á los verdugos, y pidió al cielo justicia.

El alcaide lo tomó por el brazo y lo hizo salir del calabozo.

Aquel hombre era nuestro viejo historiador D. Cárlos María Bustamante, testigo presencial de las escenas de sangre y de muerte que forman el prólogo de nuestra independencia.

III.

En el calabozo inmediato se oian gritos de dolor.

El guardian de la prision entró á ver al reo.

El licenciado Azcárate se revolcaba en su lecho presa de una angustia espantosa.

—Qué teneis, señor?

—Nada, dejadme.

—Estais enfermo?

—Sí, voy á morir.

—Quereis que haga venir á un médico?

—No, es inútil; decidme de donde han traido la comida que me han dado esta noche?

El carcelero no respondió.

—No oís que os pregunto?

—Señor, de vuestra casa.

—Y nadie la ha tocado?

—Sí, el oficial de la guardia ha visto solamente si traia alguna correspondencia secreta.

—Está bien, todo lo comprendo.

—En nombre del cielo, decidme qué comprendeis?

—Que estoy envenenado por mano de mis enemigos.

—Envenenado!

—Sí, y el tósigo me deshace las entrañas.

El carcelero salió corriendo, dejando al licenciado Azcárate entregado á la lucha de su agonía.

A la media hora volvió con el doctor.

—Caballero, habeis venido inútilmente, mi mal no tiene remedio.

—Veremos, respondió el doctor, y comenzó á medicinarlo con la certeza de tener un caso desesperado.

Azcárate era un hombre muy obeso, á lo que atribuyeron que el veneno no hubiese hecho el estrago que se aguardaba.

Merced á los esfuerzos de la ciencia pudo salvarse, sin que su gravedad sirviese para ampliarle la prision, ni sus sufrimientos conmovieran á sus enemigos que habian jurado perderle.

IV.

Trasladémonos al castillo de San Juan de Ulúa, donde yace en un estrecho calabozo fray Melchor de Talamantes víctima del contagio.

A la cabecera del lecho está llorando una mujer.

—Vuestra congoja es un tormento mas, decia el sacerdote viendo la pena de aquella dama.

—Os he jurado acompañaros hasta el último trance y aquí me teneis.

—Gracias, ya nos restan pocas horas, la fiebre me devora las entrañas.

—Quereis que os mueva?

—No es posible, estos *grillos* son tan pesados que no me dejan movimiento alguno.

—Infames! exclamó la dama; encadenar á un hombre en la hora de la muerte, se necesita tener entrañas de fiera!

—Callad, señora, esta es la humanidad.... llegará dia en que las cadenas se rompan.... porque Dios no permite que

los pueblos sufran eternamente---- yo muero, pero sé que la libertad pronto hallará asilo entre nosotros---- estos mismos crímenes son los anuncios de su llegada---- yo tengo fe en el porvenir---- veo que el pueblo tiende á sacudir el yugo que le sofoca---- y que logrará emanciparse de sus tiranos---- nosotros estamos predestinados al martirio---- lo sufrimos con resignacion---- estas cadenas se quebrantan en las piedras de nuestros tumbas---- pero las del pueblo se rompen en la frente de sus opresores---- Ya veis, ese atentado con el mejor de los hombres---- con Iturrigaray, no puede quedar impune---- esos mónstruos tarde ó temprano---- van á expiar sus crímenes---- Que diferencia---- entre ellos y---- nosotros---- ellos, morirán entre el fuego del remordimiento---- de la locura con su faz de sangre y de crímen---- nosotros tranquilos con la mirada vuelta á los que sufren---- y la esperanza en Dios!----

Dejóse caer en sus almohadas en el delirio de sus pensamientos para continuar despues, siempre preocupado con sus ideas:

—Licenciado Verdad!---- Azcárate!---- dónde estais que no respondeis?---- ya---- ya comprendo---- vuestro lábio ha enmudecido---- el mio tambien va á callar para siempre!----

—Sosegaos, padre mio, exclamaba la dama, os poneis mas enfermo con esa agitacion.

—Dejadme, me están llamando, no oís como piden la independencia? me necesitan, piden el auxilio de mi palabra, allá voy!---- allá voy!----

Quiso levantarse, pero los grillos eran demasiado pesados y volvió á derrumbarse rebotando su cabeza en la madera del lecho.

Estoy encadenado---- pero mi espíritu vuela libre en el cielo de la verdad y de la inteligencia---- ese no pueden encarcelarlo---- no, es imposible.

El viento crugia en las rejas del calabozo y el mar azotaba con furia las paredes del castillo.

—Oid, es el pueblo que se alza, escuchad su aliento.... muje como yo, encadenado!....

—Volved en vos, padre mio!

—Cómo?.... vos aquí, perdonad.... qué buscais entre las sombras?.... no teneis miedo?.... ved que hay una mano que alcanza á todos, que hiere como el rayo.... idos.... idos de aquí, infeliz criatura!....

Entró despues en un sopor de silencio y sus ojos comenzaron á perder el brillo de la fiebre, y sus megillas á ponerse lívidas y trasparentes.

Ya no volvió á hablar sino momentos antes de morir, en que el nombre de Dios se le oia pronunciar por intervalos.

Serenóse su frente, sus ojos irradiaron con la última luz y entregó su alma en manos de su Criador.

Dos carceleros le pusieron al cadáver de fray Melchor de Talamantes la mortaja, y lo tendieron en el suelo del calabozo sin quitarle los grillos.

Parecia que la rabia humana desconfiaba aún de aquel cadáver, temiendo se levantase airado del silencio de la tumba.

Al oscurecer sacaron el cuerpo para sepultarle, y ya estando en el seno del sepulcro, le arrancaron las cadenas.

La tiranía tiene páginas horribles, pero siempre junto á ellas se levanta la figura magestuosa de los mártires de la libertad!

V.

Cerró la noche, el viento se habia aplacado y solo se escuchaba el perenne ruido de las olas al estrellarse contra los arrecifes.

Oyéronse dos toques en la campana del castillo de Ulúa, anunciando que una barca salia de la fortaleza.

Los marineros comenzaron á bogar, cuando la persona que iba en la lancha, tocó el hombro á uno de ellos.

—Se ofrece algo, señora?

—Me conoces?

—Dios mio, ella!.... la señora!.... la madre Paulina!

—Silencio!

—Pero si....

—Estás libre?

—No, estoy sentenciado por veinte años á la marina.

—Quién es el encargado de tu custodia?

—El gefe de esta barca.

—Háblale.

—Mi gefe, esta dama le quiere decir algo.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Necesito que ese mozo me acompañe.

—No es posible, lo tengo muy reencargado.

—Ya lleva muchos años de presidio.

—Sí, vos no le conoceis, es Lino el Mulato, uno de los bandidos mas atroces.

—No importa, yo voy á hacer vuestra fortuna en cambio de la libertad de este hombre.

—No deja de ser una gran tentacion.

—Pensadlo, vivís en el castillo como un esclavo, esta vida del mar es inquieta y desastrosa.

—Lo conozco, pero no soy hombre á quien gusta andar á salto de mata, ocultándose de todo el mundo.

—De dónde sois, caballero?

—De la América del Sur.

—Hoy se da á la vela un buque, tomad pasaje y es negocio arreglado.

—Me poneis unos planes que....

—Resolveos, y decidme cuanto necesitais.

—Con diez mil pesos estoy conforme.

—Ved que ese hombre no los vale.

—Sí, pero la accion de poner á un reo en libertad, es algo.

—Bien, cobrad en la plaza esta libranza por medio del capitan del buque y partid.

—Convenido.

La lancha siguió hasta tocar la orilla, dejando en tierra á Lino el Mulato y á la gitana.

CAPITULO VII.

DENUNCIA.

I.

El señor rector del colegio de San Nicolas, cura de Dolores, habia salido de su feligresía en direccion á Querétaro, y pasaba á la sazon por la Villa de San Felipe.

Los repiques á vuelo y los cohetes anunciaban que el antiguo párroco de la Villa entraba en la poblacion, y pernoctaba allí donde sus buenos amigos y feligreses le preparaban alojamiento.

Todos los muchachuelos de la Villa, los campesinos que tornaban de sus labores, y las mujeres, salian á su encuentro á besarle la mano.

El cura cargaba á los niños, decia palabras de cariño á las madres, y gastaba bromas con los aldeanos.

—Señor cura, decia una aldeana, ya el ahijado de su merced sabe rezar el *Padre Nuestro.*

—Bien, hija mia; ahora es necesario que aprenda á leer. Y qué hace tu marido? en qué se ocupa?

—En la labranza.

—Y qué tal van los sembrados?

—Perfectamente; pero se trabaja mucho.

—No olvideis que el hombre está destinado á regar la tierra con el sudor de su frente, y que el sudor es la sangre.... la sangre, murmuró el párroco.

—Se os extraña mucho, señor cura; ya la música del pueblo está incompleta, falta un clarinete.

—Yo enviaré á un buen músico por acá. Y no han seguido en la escoleta?

—No, señor, desde que su merced se separó, todo se halla abandonado.

—Es necesario *despertar á los que duermen.*

—Toda la animacion de otros dias ha desaparecido, vos érais el alma, ahora estamos tristes.

—Ya os alegrareis mas tarde.

—La cuaresma, señor cura, nos ha costado muchas lágrimas; figúrese su merced, que el vicario nos ha dicho que todos nos hemos de condenar.

—No le hagais caso al padre vicario, que no sabe lo que se dice: Dios es siempre grande y misericordioso: no penseis mas en el infierno.

—Como que he estado tan preocupada, que ya les veia cuernos á todos mis amigos.

—Mi mujer dice tonterías, señor cura.

—Hola, Julian! por qué no me has ido á ver?

—He estado en la siembra; pero tengo algo que contar al señor cura.

—Bien! bien! decia Hidalgo atravesando entre la multitud.

El cura de San Felipe y el vicario salieron al encuentro del párroco.

—Hola, señores compañeros! ya me teneis aquí por un dia.

—Señor cura, tenemos un gran placer en que permanezcais en la Villa, y sentimos que vuestra estancia sea de tan corta duracion.

—Cuando se está entre buenos amigos, sucede siempre lo mismo.

—Muchacho! gritó el vicario, toma los caballos; y vosotros despejad y no molesteis al señor cura.

—Dejadlos, son mis antiguos feligreses, y yo los quiero á todos: figuraos que he visto nacer á todos estos mozos; y las muchachas qué guapas están! ya es necesario que se casen; el hombre y la mujer, toda vez que se encuentran aislados, son plantas sin fruto, como esas jaras que se encuentran en los caminos, nidos de víboras y de reptiles. El hombre está llamado á su destino, que es la familia, la educacion de los hijos; vamos, que estas muchachas no lo harán mal.

Las muchachas se cubrian el rostro con sus *rebozos*.

El cura de San Felipe, queriendo echarla de culto, dijo con énfasis:

—El señor cura Hidalgo dice muy bien, el hombre que no tiene familia es un pecador, y los pecadores, segun la epístola de San Judas, *son nubes sin agua*.

—Pues de qué otra cosa habian de ser? observó Hidalgo.

Los aldeanos, aunque ignorantes, estaban al tanto de aquella pregunta.

El cura de San Felipe no supo qué responder.

—Os he dicho, gritó el vicario, que os vayais; el señor cura tiene que rezar el Oficio Divino.

—Puede quedarse esa gente, yo hace mucho tiempo que no lo rezo.

—Como yo soy predicador, dijo el cura de San Felipe tratando de contemporizar con Hidalgo, desearia dispensar del rezo á todos los de la órden.

—Pues yo, dijo Hidalgo, dispensaria á los del *coro* y á los de *fuera*.

El vicario estaba en áscuas.

Toda la gente reia al ver al párroco y vicario desesperados con las palabras de Hidalgo.

—Sé, dijo el vicario, que pernoctásteis en la hacienda del Cubo.

—Sí, y qué diferencia entre aquella gente y esta! no parece sino que se *han olvidado de su fin.*

Las palabras de Hidalgo formaban una continua reticencia, parecia que todas ellas eran la emanacion de la idea que abrigaba en su cerebro, y cuya luz ya no cabia dentro su cráneo.

II.

Dispersóse la multitud y el cura se entró en la sala, donde habia una especie de tertulia; pero toda de eclesiásticos.

Fray Joaquin de Huesca, Mercenario y lector de filosofía, hombre ignorante y tonto por añadidura, lleno de ínfulas y con un gran caudal de latinajos, propios de la educacion de entonces.

Fray Manuel de Estrada, Mercenario tambien y predicador, finchado y petulante, ergotista y sábio en cánones y libros santos, perspicaz, malicioso y lleno de pretensiones.

El padre Cipriano Pontolongon, á quien ya conocen nuestros lectores, era tambien individuo de la reunion.

Los tres presbíteros se acercaron respetuosamente á Hidalgo, que los saludó con la mayor afabilidad.

Sentáronse los seis eclesiásticos, y el padre Cuenca, queriendo llevar la voz con su jactancia de hombre sábio, dijo al cura Hidalgo:

—Ya sabeis, señor cura, la gran conquista que ha hecho la Inquisicion.

—Hace tantas y todos los dias, señor, que ya no me extraña.

—Es que se trata de la conversion de un judío.

—De la conversion de un judío?

—Nada menos que de la de Rafael Gil Rodriguez.

—Pues no la creais, reverendo padre, porque ha de haber sido simplemente de *boca*.

—Y por qué lo dudais, señor Hidalgo?

—Porque ningun judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta en ninguno de sus textos la venida del Mesías.

El fraile Cuenca dió tal salto, que la silla crujió como si se fuera á desbaratar.

Hidalgo, como todo hombre sábio, jugaba con los ignorantes, poniéndoles argumentos y dificultades que estaban fuera de su inteligencia.

Los frailes Cuenca y Estrada, eran rutineros en la escuela teológica, enteramente profanos en historia, así es que Hidalgo los desesperaba, sin que ellos pudieran romper los hilos de acero en que los envolvia.

—Isaías lo dice claramente en su texto, gritó Estrada encendido en cólera: *Ecce Virgo concipiet et pariet.*

—Reverendo padre, á que no me enseñais esa palabra en el texto, sin otra voz hebrea que no sabreis traducir?

—Ya tendré á mano mis autores y os contestaré; por ahora permitidme que os diga que lo que decís es una heregía.

—No os asusteis, reverendo padre.

—No es que me asuste, es que temo el castigo que Dios puede darme en el mundo, por escuchar semejantes cosas, y el que se aguarda en la eternidad.

—Pues reverendo padre, os aconsejo que desecheis la mitad de vuestros temores, porque Dios no se ocupa de enviarnos castigos temporales.

Fray Joaquin de Cuenca se tiró del copete con desesperacion.

—No es artículo de fe, reverendo padre, y solo es propio de la ley antigua ese castigo como el de las siete plagas.

—Pero señor Hidalgo, os atrevereis á negarme la epístola de San Pablo á los Corintios: *ideo inter vos multi imbeciles*....

—Eso sí me parece auténtico.

Hidalgo tenia desesperados á sus contertulios.

—Hemos alcanzado unos tiempos de corrupcion escandalosos, dijo Estrada.

—Sí, repuso el cura Hidalgo; tiempos de barbarie y de fanatismo horribles, me parece la época en que un Papa, cuyo nombre no recuerdo, envió á dos gañanes como representantes á un concilio; segun el gobierno que rige hoy nuestra Iglesia, nada hemos aventajado. Ya veis que plaga de ignorantes; verdaderamente se hace necesario extirparlos como á los hereges. Ya veis en Roma, se han permitido canonizar á Gregorio VII, al pontífice que causó mas males á la Iglesia con su ignorancia, que todos los cismáticos y enemigos de la Iglesia católica: ese pontífice debería estar en....

—Vámonos, padre Cuenca, vámonos, el señor Hidalgo tiene ideas tan extraviadas que no podemos ni entrar en discusion; seria bueno ponernos esta misma tarde en camino.

—Señores compañeros, dijo Hidalgo, no es motivo para molestarse, se trata de argüir solamente.

—Bien, eso es otra cosa.

—Deseaba probar vuestros talentos y quedo muy satisfecho.

Los dos frailes se arrellanaron en sus hábitos y tomaron asiento.

—No creais, señor cura, que nos molestamos, hace mucho tiempo que soy lector de filosofía y estoy acostumbrado á estas disputas que sirven para robustecer la fe.

—Es verdad, ya estamos hechos, repitió Estrada con énfasis.

—No hace mucho, prosiguió Cuenca, leíamos aquí al señor cura de San Felipe y su digno vicario, algo de la madre Agueda.

—Dios mio! exclamó Hidalgo, os ocupais de las locuras de esa mujer?

—Estais de broma, señor Hidalgo, la madre Agueda es una verdadera inspirada.

—Sí, una ilusa, seguramente la reverenda señora llevaba al-

gunos dias de ayuno y privaciones cuando escribió su libro; creedme, reverendos padres, la debilidad produce cuentos sumamente divertidos.

—Hablemos de otra cosa, señor Hidalgo, me haceis mucho mal á los nervios con vuestras observaciones, aunque sean para probar nuestro talento.

El cura de San Felipe, para cortar la conversacion, llevó al cura Hidalgo al comedor para que tomara algo antes de cenar.

Hidalgo notó la presencia del padre Pontolongon.

—Hola! señor presbítero, ya estais aquí? parece que me venís siguiendo la pista; vamos, que vuestra compañía me hace mucha gracia.

—Señor.... la casualidad.... la.... el....

—Bien, padre Pontolongon, ya hablaremos mas despacio.

—Estoy á vuestras órdenes, señor cura.

III.

—Yo me ahogo, gritaba el padre Cuenca agitando sus hábitos, ese hombre es un herege de los principales, yo he traslucido en sus palabras mucho, lo que se entiende mucho!

—Sí, y muchísimo, exclamó fray Manuel Estrada; ese cura es un corrompido, un herege, un demonio!

—Es necesario tomar medidas muy sérias.

—De eso se trata, dijo el padre Pontolongon, ya le tengo un expediente, que le costará mucho trabajo....

—Sí, sí, haceis bien, es necesario atajarle en el camino; figuraos que al pueblo de Dolores le llaman: "la Francia chiquita;" porque allí todo el mundo es igual, todos se *tutean*, y no obedecen *rey* ni *roque*.

—Ya eso es escandaloso, infame, subversivo.

—Vos que estais á su lado, decidnos algo.

—Qué de abominaciones y heregías! exclamó el antiguo maestro de aposentos.

—Y es cierto que hay un desórden horrible en el curato?

—Ni me pregunteis; figuraos que este señor cura le da asilo á la canalla, protege á lo mas perdido de la poblacion, recoge á cuanto huérfano se le viene á las manos, y por ese órden anda la danza que es una gloria!....

—Seguid, seguid.

—Pues reverendos padres, el señor Hidalgo trae un teje maneje espantoso; cultiva los gusanos de seda, hace vino *in occultis*, diciendo, que donde Dios ha puesto las uvas, ahí se debe hacer el vino.

—Eso es un atentado contra el rey nuestro amo.

—Evidentemente.

—Ha puesto fábrica de porcelana, y la plebe, la brosa, la canalla, toda se encuentra en esas fábricas; ya os he dicho que el cura manda mas que su magestad.

—Lo dicho, es un revolucionario.

—Y luego, continuó con mas entusiasmo el padre Pontolongon, hace bailes los domingos y permite que se jueguen cartas; en fin, consiente al populacho que.... un dia va á tronar el pueblo de Dolores como una bomba.

—Y tronará, gritó el padre Cuenca, como un triquitraque, ese será el dia de la venganza del Señor.

—Procedamos sériamente, reverendo padre, dijo Estrada, acusemos en toda forma á ese réprobo.

—Bien, me parece que basta la conversacion que acabamos de tener para denunciarle como á herege y cismático.

—Soy de la misma opinion.

—Pues escribid, reverendo padre.

El padre Pontolongon, consecuente con sus antiguas mañas, *espió* por la cerradura.

—Están muy entretenidos, podemos escribir sin cuidado.

—Pues á ello, reverendos padres.

Los frailes Cuenca y Estrada redactaron á su sabor la denuncia.

El padre Pontolongon puso tambien de su caudal cuanto le vino á su obtusa imaginacion, y el pliego fué dirigido al señor comisario de Valladolid.

El cura Hidalgo volvió á la sala, entonces tuvo una conversacion séria con sus contertulios y estos admiraron la suma de conocimientos que revelaba aquel hombre extraordinario.

Hidalgo ejercia cierta fascinacion en quienes lo escuchaban.

—Es enteramente peligroso, pensaban los frailes.

Hidalgo habló de sus moreras, de sus fábricas y de lo adelantados que estaban sus colonos.

—A propósito del gusano de seda, desearíamos, señor Hidalgo, que nos enviáseis algunos por acá, tenemos mucho empeño en el cultivo.

—Soy de vuestra opinion, pienso traeros muy pronto una *gusanera* muy regular.

—Os lo agradecerémos.

—Os dejo, señores, porque estoy invitado esta noche para una diversion de familia: mis antiguos feligreses han dispuesto un baile y pienso pasar algunas horas con los muchachos.

Cuenca y Estrada se dieron una mirada de basilisco.

—Id en buen hora señor cura, y divertíos; nosotros vamos á rezar el Oficio Divino.

—Haceis muy bien, yo me voy á divertir.

El cura salió precedido de un indiano que llevaba un farolito.

—¡Miserables! murmuraba Hidalgo, siempre la máscara de la hipocresía.... ignorantes!.... han hecho de los hombres un rebaño de ovejas, han opiado á tres generaciones.... ya despertarán, y entonces.... entonces....

Detúvose el eclesiástico embebido en sus pensamientos, y despues de algun tiempo notó que su guía le aventajaba una gran distancia.

—Vamos, que estoy preocupado, mañana estaré en Querétaro.... estoy seguro que algo importante debe resolverse.... estas cosas cuanto mas prontas son mejores.

El ruido de la música y el resplandor de las teas lo hizo volver en sí de su abstraccion.

—Viva el señor cura!.... Viva el señor Hidalgo! gritaban los muchachos saltando por encima de las luminarias.

El cura entró en la sala del baile, los hombres todos y los aldeanos salieron á su encuentro, viendo con respeto y veneracion al párroco de Dolores, en cuya frente veneranda resplandecia un mundo de esperanzas y de cuyos labios salian siempre voces de consuelo y misericordia.

Aquel hombre se preparaba con anticipacion, venia haciendo una carrera de popularidad, venia señalando de antemano á sus soldados y formando esa gran cruzada que atravesaria el glorioso camino de la revolucion, esa via luminosa que lleva á un pueblo á las remotas playas de su independencia.

IV.

Ya entrada la noche, un clérigo montado en una mula, salia de San Felipe rumbo á San Miguel el Grande.

Era el padre Pontolongon, el espía del cura Hidalgo que le seguia como su sombra.

CAPITULO VIII.

LAS MISIONES.

I.

En una de las casucas que están situadas á orillas del rio de la poética ciudad de *San Miguel el Grande*, estaba una jóven desnudando á un chiquillo de cuatro años, hermosísimo, con una cabellera rubia que flotaba sobre sus desnudos hombros.

El chico acariciaba á la madre, mientras esta le acababa de despojar de sus vestidos para llevarlo á bañar á la corriente.

—Vamos, Gabriel, estate sosegado, que ya me importunas.

—Pues acaba pronto, mamita, que ya tengo deseo de entrar á la agua.

—Pues no te muevas tanto, que van á saltar los botones.

El niño queria escaparse de los brazos y pugnaba por desasirse.

—Félix, gritó la madre, dí á este muchacho que se sosiegue.

De la pieza interior salió un jóven como de treinta y ocho años, con toda esa energía que da á las facciones la edad en su época mas brillante.

—Qué pasa, hija mia? dijo con voz dulce el caballero.

—Lo de siempre, que Gabriel no hace aprecio de mí.

—No, papacito, mi mamá es la que no hace aprecio de lo que yo quiero.

—Y qué quieres, rapaz?

—Bañarme.

—Y eso es todo?

—Sí; pero quiere meterse al rio con todo y ropa.

—No está mal pensado; mira, Rosalía, déjalo que haga lo que le dé la gana.

—Buena educacion.

—No es mala, peor es tiranizarle, es lo único que tenemos en el mundo y seria gracioso que nos ocupásemos en maltratarle.

—No digo tanto, pero este Gabriel es insufrible.

—Vamos, pilluelo, ven acá.

El niño se encaramó en las rodillas de su padre y le tiró de los bigotes.

—Cuidado con arrancarlos, que estos me han servido cuando era yo capitan de la guardia del virey Branciforte, á quien se lleven todos los diablos.

—Quién es ese señor?

—No era señor, era un pícaro de cuenta, un bandido, un miserable! vamos, que todavía se me sube la sangre á la cabeza...., mandar requisitoria para aprehenderme como desertor!.... eso pasa de castaño á oscuro; si me han afianzado me truenan como un cohete.... no es mal papel el de ahorcado.

—No hables así, Félix.

—Basta, no me riñas, ya sabes que te obedezco en todo; mira, soy mas sumiso que Gabriel.

—Ya lo sé, dijo Rosalía reclinando su frente sobre la cabeza de don Félix.

—Voto al demonio!.... cuando veo á mi mujer y á mi hijo

en esta situacion, gana me da de echarme sobre la espada y clavarme como un tigre.

—Vamos, Félix, ten resignacion, á nosotros nos basta con tu cariño, lo demas nada nos importa.

—Pero á mí sí, yo estoy acostumbrado á los trabajos; pero tú y este muchacho....

—No te enfades, papacito, ya no me bañaré.

—No es eso, haz lo que te dé la gana, ya sabes que nunca me enfado contigo.

—Pues venga esa frente.

Don Félix bajó la frente, donde Gabriel dió una multitud de besos.

Rosalía se puso á llorar al contemplar aquella escena conmovedora.

—Fuera de aquí este rapaz, lárguese, pero muy pronto y cuidado con estarse mucho en el agua.

El niño salió corriendo; en la puerta le esperaba una indita que le servia de guarda, y lo llevó al rio donde se deslizaba una corriente mansa y cristalina sombreada por los árboles de la ribera.

II.

Nuestros lectores estarán curiosos de saber algo sobre los personajes a quienes encuentran de improviso en San Miguel el Grande.

Rosalía fué recibida en el convento de la Enseñanza, luego que hubo confiado su secreto á la abadesa.

La hija de Treviño permanecia terriblemente inquieta en el convento; porque el recuerdo de don Félix la seguia tenazmente en la soledad del claustro.

El capitan estaba desesperado, la habia buscado en vano por todas partes sin poder descubrir su huella.

Doña María estaba reducida á una existencia de misticismo y concentracion que habia alejado á don Félix de su amistad.

El capitan sabia que el virey Branciforte entraba en la casa de la condesa ya en las altas horas de la noche y salia al disiparse las primeras sombras de la mañana.

El amante de la hija de Clavijero ignoraba que su bella desconocida estaba en relaciones con Branciforte, cuyos amores protegia la condesa con el mayor misterio.

Una noche recibió esquela de doña María y corrió al momento, creyendo que se trataba de la aparicion de Rosalía.

—Don Félix, le dijo la condesa, sois un hombre de honor y os voy á confiar un secreto.

—Hablad.

—Recordais á doña Amparo?

—En este momento que pronunciais su nombre.

—Ya no la amais?

—Sabeis, señora condesa, que mi corazon batalla con un cariño inmenso, gigante, con una ilusion que será la última de mi vida.

—Sé que amais á Rosalía; pero no estaba al alcance de vuestra fe cuando esa infeliz criatura ha desaparecido y acaso para siempre.

—No lo digais señora; porque aumentais mi desesperacion y mi tormento.

—Bien, me basta saber que no la habeis olvidado.

—Pero explicadme....

—Y si doña Amparo exigiese de vos un servicio?

—Lo haria bajo mi fe de caballero.

—Gracias, capitan.

—Espero vuestras órdenes.

—Esa infeliz, creyendo que vuestros amores habian sido una burla y que la habíais desechado de vuestro corazon y de vuestra memoria....

—Hablad.

—Se ha lanzado en un camino desesperado.

—Qué decís, condesa?

—Que Amparo aceptó los amores del marques de Croix.

—Del virey?

—Precisamente.

—Perdonad, señora condesa, esa mujer me hizo llevar á su presencia para encubrir sus amores vergonzosos.

—Os engañais, capitan.

—No, no me engaño; afortunadamente me ha salvado un ángel en esa misma noche en que hubiera caido en las redes que se me tendian.

—No juzgueis mal á doña Amparo.

—Le hago justicia, señora.

—Os repito que vivís engañado.

—Mi rostro se enrojece al pensar solamente el papel humillante que se me destinaba; me vió jóven, sin fortuna, dado á las aventuras, y le parecí el hombre á propósito para cubrirla; maldicion á esa mujer que jugaba con la honra de un hombre!

—Callad, capitan!

—Es una infamia!

—Estais maldiciendo á una sombra, doña Amparo acaba de espirar.

El capitan inclinó la cabeza y guardó un silencio siniestro.

—Venid, dijo la condesa.

Don Félix siguió como un sonámbulo á doña María.

Penetraron en un aposento alumbrado por una bugía de cera.

La condesa apartó las colgaduras del lecho, y el capitan contempló el cadáver de aquella mujer á quien habia amado hasta la locura.

—Muerta! dijo al fin.

—Muerta! repitió la condesa.

Don Félix fijó su mirada tenaz en aquel rostro pálido como el marfil.

Las sombras de la muerte no se habian atrevido á descomponer aquella fisonomía angelical.

—Ahora sí ha dejado de existir, murmuró la condesa.

El capitan se volvió al escuchar una observacion tan extraña.

—Sí, don Félix, esta jóven fué sepultada en Madrid.

—Explicaos por Dios, señora.

—Algo alcanzais de esta historia, Amparo fué perseguida por la reina, que sospechó de su esposo y....

—Lo sé todo; pero....

—Aquella muerte fué ficticia; Amparo llegó á las Indias de incógnito, y al verse amenazada por Branciforte, que era dueño de este secreto por una indiscrecion del inquisidor Clavijero, cedió á los amores del virey, quien la ha abandonado.

—Miserable!

—Oís llorar á un niño en el próximo aposento?

—Sí.

—Pues ese niño hace dos horas que ha nacido y esta desgraciada ha muerto al darle á luz.

—Esto es espantoso!

—Pues bien, el virey cree que su magestad puede llegar á saber su infame conducta; es necesario alarmarle mas y mas, ocultarle esta desgracia, y decirle que Amparo se ha marchado á España á denunciarle como traidor á su rey.

—Castigo merecido á sus infames manejos!

—Yo recogeré á la criatura; vos dispondreis el entierro de la madre, es necesario que sea en una iglesia para que se ignore en el registro de los cementerios.

—Está bien; me ocurre un templo humilde.

—Cuál?

—El de la Enseñanza.

—Id, podeis disponer del dinero que fuese necesario; pagad bien el secreto.

III.

Don Félix se dirigió al convento y llamó resuelto á la portería.

Al abrirse las hojas de aquella puerta sagrada, el capitan vió en el fondo del salon á Rosalía, y dió un grito de sorpresa.

Rosalía levantó la vista y se encontró con la mirada de su amante.

El ánimo de la mujer es mas fuerte siempre que el de los hombres; así es que la jóven se levantó con el mayor disimulo y se internó en el claustro.

—Qué se le ofrece al señor caballero? dijo la madre tornera.

—Se trata, señora, de que hagais un gran favor.

—Diga el caballero.

—Voy al grano: acaba de morir una señora, que se distinguió en su vida por su piedad cristiana.

—En Dios haya, hermano!

—El cementerio aunque es un lugar sagrado, no lo es tanto como el suelo del templo.

—Comprendo, señor capitan; pero ese es negocio que debeis tratar con la abadesa.

—Esa es una nueva dificultad.

—No lo será si os doy un consejo.

—Hablad.

—Si ofreceis una gran cantidad, estad seguro que accederá á vuestro empeño.

—No hemos de parar por esa friolera, y en prueba de ello, tomad esa onza carolina, es para misas.

—Gracias, hermanito, dijo la monja tornera y desapareció la onza con una rapidez admirable.

—Y decidme, madre tornera, qué tal os va con las novicias?

—Muy bien, todas son dóciles y cariñosas.

—Y Rosalía se porta bien?

—La conoceis acaso, señor capitan?

—Fuimos compañeros de la niñez.

—Es que hasta ahora nadie ha venido á verla; por el contrario, se ha prohibido----

—Vaya, madre, otra onza para oraciones.

—Gracias, gracias; pues decia que á esa jóven----

—No andemos con rodeos, necesito hablar á Rosalia.

—Jesus, María y José, exclamó la monja santiguándose.

—No hay que asustarse, aun es novicia esa jóven.

—Sí, pero---- en fin---- venid mañana á las oraciones; pero un solo instante y sin darle la mano, ni verla así---- de esa manera con que ven los mundanos.

—Os juro estar ciego y manco, y cuanto mas exijais de mí.

—Convenido; llega la abadesa.

Don Félix entregó una suma á la superiora del convento como un legado, y en la noche fué sepultada Amparo en el coro bajo del convento de la Enseñanza.

IV.

Don Félix estuvo puntual á la cita.

El cariño inmenso que se profesaban los amantes, los llevó como era natural al borde de un abismo, toda vez que no podian libremente contraer un enlace, por estar acusada Rosalía ante el Tribunal del Santo Oficio.

Era necesario huir, sí, huir del convento, huir de la sociedad entera, esconderse en un rincon del mundo para evitar la persecucion.

Cuando se ama, todos los obstáculos desaparecen, todas las dificultades se vencen; los jóvenes amantes aceptaron la situa-

cion, Rosalía abandonó el convento y don Félix abjuró de su bandera.

En aquellos tiempos todo pasaba en una gran reserva para evitar el escándalo, así que en el convento de la Enseñanza se buscó á la novicia, no se la encontró y hubo prohibicion de volver á tratar del asunto.

Libráronse requisitorias para la aprehension del capitan, todo en el mayor sigilo: al principio se murmuró en el cuartel; pero despues se fué olvidando insensiblemente la memoria de don Félix en el regimiento.

Solo en la Inquisicion no pudo pasar desapercibido aquel crímen de violacion de asilo religioso, y el nombre de los culpables se puso en el registro de los reos prófugos, y se reencargaron á las autoridades eclesiásticas y civiles.

El capitan anduvo oculto mucho tiempo huyendo de sus perseguidores, mudó de nombre para la sociedad, conservándolo para la intimidad de familia.

Rosalía, queriendo salir de una existencia que le parecia de crímen, propuso á don Félix el matrimonio, y lo celebraron bajo nombres supuestos.

La jóven quedó perfectamente tranquila y el capitan se entregó al amor apasionado de aquella mujer sublime.

El fruto de aquel cariño era la tierna criatura, adoracion de sus padres, y que dividia con ellos el amargo cáliz de su destino.

Habian trascurrido algunos años y una sorda persecucion los atormentaba; acaso lo mismo horrible de su situacion mantenia viva la llama de aquel amor que sobrevivia á tantas vicisitudes.

El amor es la abnegacion, el heroismo, la virtud, Dios ha puesto ese gérmen sagrado como el depósito de la divinidad en el sér humano!.... Dios ha querido que la criatura llegue á él por el amor!

V.

Por aquellos tiempos un grupo de padres misioneros recorria las comarcas predicando el Evangelio.

La multitud seguia á la cruzada católica, y los frailes llevaban por do quier la propaganda religiosa.

Era costumbre dejar plantada una cruz como una memoria de las *misiones*.

Una turba de campesinos, precedidos por los misioneros, llevaban la cruz para fijarla á orillas del rio de San Miguel.

Dos misioneros se habian adelantado buscando en la ribera un lugar á propósito para su recuerdo.

Bajaban en silencio á las márgenes, cuando oyeron un canto particular que llamó profundamente su atencion.

Una mujer que estaba lavando á orillas del rio, cantaba *maitines* con la maestría de una monja de coro.

Acercáronse los frailes hácia el lugar por donde se escuchaba la voz, y vieron á una jóven que tenia á su lado á un chiquillo que jugaba con las piedrecillas de la ribera.

—Oís, reverendo padre? dijo uno de los misioneros.

—Sí, es el canto de *maitines*.

—En este lugar, y por una mujer como esa....

—Sí, es altamente sospechoso.

—Recordad, reverendo padre, que hace algunos años una novicia huyó del convento de la Enseñanza.

—Si fuese ella?

—Es necesario de todas maneras averiguar.

—Detened la procesion y volved para hacer lo que conviene.

El misionero se alejó precipitadamente hasta encontrar á sus compañeros, les habló con reserva y la multitud se detuvo.

El fraile volvió donde le esperaba su compañero.

Acercáronse con pasos silenciosos como los del tigre y se echaron de improviso sobre su presa.

La joven, aterrada, no pudo dar un solo grito y se dejó conducir por los misioneros.

Cuando volvió en sí de la sorpresa y el espanto, comenzó á gritar con desesperacion:

—Hijo mio!.... hijo mio!....

Nadie la escuchaba. Gabriel entretenido en su juego de arrojar piedras sobre las olas, se habia separado de Rosalía y no vió cuando los misioneros arrebataron de las márgenes á su buena madre.

El niño tornó al sitio donde la habia dejado, el cual estaba marcado por la ropa que yacia esparcida por el suelo.

Entonces la criatura comenzó á llorar con desesperacion.

El capitan don Félix oyó los clamores de su hijo, y saliendo de la casa, bajó precipitadamente á la ribera.

—Gabriel!.... Gabriel!....

—Papá! papá! respondió el niño; se han llevado á mamá.

Si una víbora hubiera mordido á aquel hombre, le hubiera causado ménos impresion que las palabras del niño.

Lanzóse como un loco buscando á Rosalía en todas direcciones, llevando en sus brazos á Gabriel.

Internóse á lo largo del rio, buscó en los sitios mas escondidos, nada! todo silencio!

Gritó, lloró, se desesperó, quiso estrellar su cráneo sobre las rocas del rio; pero la presencia de su hijo le contuvo.

Tornó á su casa cuando ya era entrada la noche y se detuvo frente á la cruz plantada por los misioneros.

El hombre mas incrédulo acude al cielo en el último extremo de sus angustias.

Púsose aquel hombre de rodillas delante del sagrado símbolo, inclinó su frente hasta tocarla con el polvo y oró con el fervor de la tribulacion.

Cuando concluyó su oracion, se levantó, un sacerdote estaba á su lado.

—Qué teneis, caballero?

—Que el cielo se desploma sobre mi cabeza!

—Dadme á vuestro hijo, os ayudaré á llevarle.

El niño por una oculta simpatía se acercó al sacerdote, que lo tomó en sus brazos.

—Señor, no vais á poder, vuestro brazo está tremulo.

—No importa, me sobra vigor.

—Para confiaros mi secreto necesito saber vuestro nombre; perdonad, me hallo proscrito, perseguido, y la madre de este niño, mi esposa, acaba de desaparecer; tened compasion de mí!

—Tormenta horrible sobre el mezquino corazon humano!.....

—Sí, tempestad del destino sobre mi alma atribulada.... Dios y los hombres me han abandonado!

—Y quién sois vos, miserable criatura, para acusar á la Divinidad?.... No sabeis que el hombre ha nacido para el sufrimiento y las vicisitudes?

—Sí, yo acepto los padecimientos; pero mi hijo, mi hijo, señor?

—Dios que envia á nuestra alma el rayo de su castigo, tiene una sonrisa para la inocencia, tened fe y no dudeis.

—Yo necesito buscar á esa mujer.

—Sea, yo le ofrezco un albergue á este niño en mi casa; llevadlo al pueblo de Dolores, llevadlo, allí le tendreis seguro mientras seguís en vuestras pesquisas.

—Gracias, señor, dadme á besar vuestra mano.

El sacerdote tendió su mano á don Félix.

El capitan la besó con respeto y dijo con voz apagada:

—Por quién preguntó en el pueblo de Dolores?

—Preguntad por el cura Miguel Hidalgo y Costilla.

CAPITULO IX.

LA CONJURACION.

I.

El cura Hidalgo llegó á Querétaro la tarde del 11 de Setiembre y se dirigió á la casa del corregidor.

Don Miguel Dominguez era un magistrado apreciable por sus conocimientos é integridad; habia desempeñado empleos de categoría en el vireinato y tenia marcada propension á favorecer al pueblo.

Era esposo de esa mujer sublime, esa heroina, cuyo nombre aparece en las páginas de nuestra historia: doña María Josefa Ortiz.

El corregidor salió al encuentro de su huésped.

—Señor cura, mucho os dais á desear.

—No es con mi voluntad, señor Dominguez, los asuntos de mi *colonia* me traen tan ocupado que apenas me dejan tiempo para otros negocios.

—Sentaos, señor Hidalgo.

La esposa del corregidor entró en la sala y dió un abrazo al cura de Dolores.

—Siempre tan buena y tan de buen humor la señora corregidora.

—Y siempre tan bromista el señor Hidalgo.

—Os traigo un obsequio; nada vale, pero es obra de mis artistas.

—Veremos.

El cura desenvolvió un papel y entregó un *rebozo* de seda á la corregidora.

—Bien, muy bien, os felicito.

—No es esta pieza como las que vienen del otro lado del mar, pero----

—Señor cura, el dia en que se pueda trabajar libremente en nuestra tierra, nos pondremos al nivel de la industria extrangera.

—Lo creo, señora; porque veo los grandes elementos con que contamos.

—Será obra del tiempo, dijo Dominguez.

—No seria malo acelerar los dias, observó doña Josefa.

—Eso es imposible, esposa mia.

—No mucho, apelo al señor cura.

—Yo soy de opinion que todo tiene su hora, y creo que infaliblemente debe llegar.

—Parece que el reloj de los acontecimientos sufre una parálisis en su máquina.

—No lo creais, señora, cuando el mar está mas sosegado la tormenta llega con mas presteza y mas terrible.

—Yo confieso mi impaciencia.

—Josefa, Josefa, dijo el corregidor, tu carácter es de pólvora, necesitas tener mucho imperio en tu ánimo para no cometer una imprudencia.

—Mira, Miguel, que tú no sabes lo que te dices, hay ciertos negocios que deben hacerse inmediatamente, porque de lo con-

trario fracasan, y el que hoy tenemos es de los mas peligrosos: qué decís, señor cura?

—Digo, señora, que la magnitud de la empresa me abruma, temo que el extremo contrario haga venir abajo un plan meditado tanto tiempo.... no es ese temor ruin y cobarde de perder la vida; ya he vivido demasiado, y el género de muerte no me preocupa, es que veo comprometida la suerte y el porvenir de un pueblo, y esto es demasiado sagrado para aventurarle en un lance.

—El señor Hidalgo tiene sobrada razon, dijo Dominguez; mientras no se cuente con todos los elementos, debe estarse á la espectativa y trabajando incesantemente.

—Yo no sé que hay en la atmósfera, continuó Hidalgo, que se comienza á percibir; si viérais, señor Dominguez, que en todos los pueblos de la comarca se dice, no sé con qué fundamento, que va á haber tumulto?

—La situacion que guarda el país lo augura.

—No obstante, creo que para principios del mes entrante podemos dar el grito de alarma; las guarniciones donde están las personas comprometidas pueden mudarse, y ademas de ser un trabajo perdido, podia suceder que nuestro plan se descubriese.

—Ya lo habia pensado, dijo el corregidor.

—Hay algo que sí me causa verdaderamente temor.

—Hablad, señor cura, dijo la esposa de Dominguez.

—Los jóvenes Allende, Abasolo y Aldama, adolecen de un carácter impetuoso, están ya desesperados con la tardanza, desean hacer partícipes á multitud de personas, con esa imprudencia que da la poca edad, y no es extraño que á la hora ménos pensada se nos denuncie.

—Teneis razon.

—Esta noche debe verificarse la junta á que he sido llamado, veremos lo que se ha avanzado, é insisto en que la revolucion comience el mes entrante.

—Estamos de acuerdo, señor cura, yo procuraré alejar de Querétaro á las personas que puedan inquietaros para que obreis con entera confianza, aunque algo me detiene el pensar que os falta el principal elemento, el dinero.

—Eso es lo ménos, señor corregidor.

—Teneis acaso de donde tomarle.

—Sí.

—De dónde?

—De las cajas de los europeos, de las del gobierno, en fin, de quien le tenga y nada mas.

—Os chanceais seguramente, eso que decís es un atentado á la propiedad.

—Señor corregidor Dominguez, la revolucion es la revolucion, no espereis nunca que en un gran sacudimiento las cosas permanezcan en su estado normal, eso seria tanto como buscar un círculo cuadrado.... yo he pensado durante mis vigilias en los grandes trastornos que va á sufrir la sociedad, y como vos, me he asustado; pero veo que no hay remedio, una gota de sangre vale mas que el oro que encierran las entrañas de nuestra tierra, y sin embargo se va á verter á torrentes!.... encontraremos una gran resistencia en nuestros enemigos, nos responderán con un eco de muerte, y tendremos que afrontar la lucha, lucha terrible que nos envolverá en una tempestad que solo podrá conjurar el aliento de Dios!

El corregidor y su esposa oian asombrados al párroco de Dolores.

—Yo, continuó Hidalgo, nada ambiciono para mí, y llevaré sin embargo la maldicion de mis enemigos y reportaré todo el peso de su encono.... qué importa! me absolverá la historia, á ella apelo!

El corregidor guardó silencio, su espíritu se abatia delante de aquel hombre conformado para la crísis producida por una gran revolucion.

—Es ya la hora, dijo la esposa de Dominguez; id, señor cura,

hablad entre esos hombres con esa elocuencia que resplandece en vuestra actitud noble y generosa; hablad, comunicadles vuestro espíritu y no dudeis en el éxito de la empresa, el pueblo lo espera todo de vos, y yo al escucharos me siento cautivada---- nada valgo---- para nada me necesitais, y no obstante, yo estoy dispuesta á todo---- en estos momentos mi persona no es sospechosa, utilizadme, ya vereis como sé guardar un secreto, seré el punto de comunicacion entre vosotros.

—No necesitaba tanto para conocer que en vuestro pecho se esconde una alma capaz de todo lo grande. El corazon de la mujer encierra un tesoro de abnegacion y de heroismo, rogad al cielo, señora, que dé su proteccion á la tierra de vuestros padres.

Hidalgo dejó la casa del corregidor Dominguez y se encaminó á la de uno de los conjurados, donde debia celebrarse la última sesion.

II.

La casa del licenciado Parra era el punto de reunion para tratar de la independencia.

La noche del 1º de Setiembre se hallaban en ella los abogados Lazo y Altamirano, los capitanes Allende, Aldama y Abasolo; don Joaquin Arias capitan del regimiento de Celaya que se hallaba de guarnicion en Querétaro; Lanzagorta, oficial de Sierra-Gorda; los hermanos Epigmenio y Emeterio Gonzalez, y otros individuos de poca importancia.

Don Mariano Galvan era el secretario de la junta.

El capitan Miguel Allende, era de una fisonomía hermosa é interesante, un gran talento natural, y un valor á toda prueba; se habia distinguido en el manejo de las armas y pericia militar, habia estado en un regimiento que era el de milicias de la

reina, en el canton de San Luis, á las órdenes de Calleja, y en el de Jalapa formado por Iturrigaray.

Cuando la caida del virey, Allende se puso furioso y queria hacer una contra-revolucion; desde entonces parece que abrigó la idea de la independencia.

Allende llevaba la palabra en el corrillo de amigos antes de comenzar la junta.

—Compañeros, decia á los capitanes de su regimiento, Aldama y Abasolo, en nuestro génio de soldados no están estas esperas, os confieso que me irrito á la menor contradiccion, que abomino á mis gefes, que detesto al gobierno, y no deseo mas que su caida; la insolencia de los españoles me tiene colérico y desesperado.

—Soy de tu misma opinion, dijo Aldama; no has de creerlo, ni duermo pensando en el dia del tumulto, aquí va á ser ello, verán si con gente como la nuestra se apagan con tanta facilidad las revoluciones.

—Este señor Hidalgo siempre con su retentiva.

—Son cosas de la edad.

—En fin, no debe dilatar, estará en conversacion con la corregidora.

—Esa es buena aliada.

—Ya lo creo, como que tiene buena capacidad y una audacia á toda prueba.

—Ojalá que todos los comprometidos tuviesen un valor semejante.

—Creo que no les ha de faltar.

—Estos abogados están macizando el golpe, amigos mios, les tengo mas miedo á las plumas que á uno de los cañones de San Juan de Ulúa.

—Tienes razon.

—Ya me figuro, dijo Allende, mandando un ejército y dando una batalla; pero una gran batalla como jamas se ha visto en nuestros tiempos, y que se cuenta del tiempo de la conquista.

—Somos de esa raza, observó Abasolo.

—Y no la desmentiremos, capitan, hasta ahora estamos humillados por los gefes que nos vienen de España, y no hemos tenido lugar de batirnos; pero va á llegar el momento y verán si los *criollos* somos ó no capaces de habérnoslas con cualquiera que se nos ponga delante. Cuando estaba en el canton de Jalapa, me decia, de qué sirven tantos soldados si los franceses no han de llegar.

—Ahora es otra cuestion.

—Sí, enteramente, se trata de arrojar á los extrangeros y quedarnos solos en nuestro país, enteramente solos, sin dependencia de España ni de ninguna otra nacion: qué hermoso ha de ser gobernarse por sí mismo!

—Sí, dijo Aldama, no tener por señores sino á nuestros amigos y paisanos, llamarnos libres é independientes, poderle decir al pueblo: ya no eres esclavo, estas tierras son tuyas, estas minas te pertenecen, estos sembrados que riegas con el sudor de tu frente vuelven á tu dominio, te los habian usurpado, tú eres su legítimo dueño.

—No hables así porque me siento enloquecer.... cuando veo azotar á los pobres indios en las *haciendas*, y tratarlos peor que á los animales; cuando veo al pueblo entero en esclavitud, porque nosotros no somos mas que siervos de los españoles, y pienso que nos hemos de levantar contra tanto reyezuelo, no me cabe el corazon de gozo y de alegría.

—Mira, Abasolo, todos esos desgraciados vendrán á nuestras filas y serán buenos soldados, yo te lo aseguro.

—Comenzarán por matar á los mayordomos que los han vapulado durante tantos años.

—Eso me parece natural, no tiene la culpa el oprimido, sino el opresor.

—Estamos de acuerdo.

—Ya está ahí el señor cura, ese es el cerebro de la junta, su capacidad alumbra.

—Trae un semblante particular.

—Sí, le noto algo extraño.

—Hay tormenta.

—Vamos, que ya comienza la sesion.

El grupo de jóvenes se dirigió á saludar al párroco, que les tendió la mano con afabilidad.

III.

Presidida por el cura Hidalgo se instaló la junta, siendo como hemos dicho, el secretario Don Mariano Galvan, alma pusilánime y cobarde, arrastrada por compromiso á aquella situacion.

—Señores, dijo Hidalgo, ha llegado el momento de poner en planta cuanto hemos acordado en las juntas celebradas en el trascurso del año.

Un rumor de aprobacion surgió entre los concurrentes.

—He querido hablaros por la última vez, para haceros presente todo el riesgo que hay en la empresa y todos los peligros que vamos á afrontar una vez lanzados á la arena. Vamos á combatir con un coloso armado; yo sé que los iniciadores de una grande obra nunca ven el fruto de sus trabajos; esa sentencia jamas ha dejado de realizarse; nosotros dejamos la semilla sobre el campo de la patria; entre este dia y el de su cosecha, media un abismo que debe llenarse acaso con nuestra sangre.

Me habeis encontrado indeciso hasta hoy; las páginas de la experiencia me han dicho que aun no era tiempo todavía; yo sé que en 1794 don Juan Guerrero trató de alzarse con el reino; pero su programa era malo, porque no traia el pensamiento de la independencia, y fuera de esa idea nada ha de surgir en el suelo americano. Guerrero el europeo salió desterrado al Peñon de Africa, merecido castigo á su torpeza. Por aquel

tiempo denunció Francisco Vazquez una conspiracion, que no llegó jamas á estallar porque adolecia de la falta de una bandera. En 1799 fué la célebre conspiracion de los *trece*, que llamaron de los *machetes;* ella traia el estandarte de la verdadera revolucion, en ella sí se proclamaba la independencia; pero el pensamiento se desvirtuaba con los demas artículos del programa, porque se descubrian miras bastardas y criminales, que no oscurecer n el sol purísimo de nuestro revolucion. Los indios de la Nueva Galicia han iniciado un tumulto acaudillados por el hijo del gobernador de Tlaxcala que pretendia hacerse rey, y naufragó en ese pielago de los motines sin nombre. Acabais de ver fracasar el movimiento de Valladolid, lo que revela, señores, que el hombre no debe anticiparse al destino.

Todos esos síntomas de una grande erupcion distan mucho de la hora de la catástrofe.

La hora ha sonado en el reloj del porvenir, ya no hay mas que afrontarlo.

Ya os he dicho que yo soy viejo, y no arriesgo sino unos cuantos dias, últimos pasos hácia la tumba: vosotros sois jóvenes; pero os conozco, no podreis sufrir por mas tiempo la condicion que han impuesto á la América los conquistadores.... Se os ha arrebatado vuestra pátria, no podeis alcanzar ni altos empleos, ni dignidades, estando vuestros dominadores en el suelo donde habeis visto la luz.... Vosotros acaso pudiérais resignaros; pero esta es la herencia que preparais á vuestros hijos?

—No, mil veces no, gritó el capitan Allende, y poniendo su mano sobre el pomo de su espada, continuó entusiasmado:

—Juro por mi patria y en nombre de mi bandera, derramar mi sangre en defensa de la libertad de México.

—Todos lo juramos! exclamaron á una voz los conjurados.

—Bien, dijo Hidalgo, así os quiero, vuestra sangre se enciende en el fuego del patriotismo; nada os arredra; impetuosos, valientes, denodados, desafiais al peligro: yo os acompaño y mi

pecho servirá de muralla para guardaros de los primeros tiros.... Nada vale mi sangre, nada mi existencia, pero toda es de la patria, toda de las generaciones cuyos destinos fijamos en esta noche solemne!

Epigmenio Gonzalez se levantó lleno de entusiasmo y dijo con voz conmovida por tan fuertes impresiones:

—Yo no sé hablar ni decir lo que pasa por mi corazon, pero vuestras palabras son la expresion de lo que pasa en mi pecho y en mi cerebro. Ya sabeis que he aceptado cuanto pudiera sobrevenirme; ya os puedo dar cuenta de mis trabajos, he fabricado miles de cartuchos, no he cesado de elaborar en el silencio de la noche, y estoy satisfecho: cuando querais podeis disponer de todo empezando por mi vida.

El licenciado Altamirano dijo que la fabricacion de armas continuaba en la hacienda de santa Bárbara; que ya habia un gran número de lanzas, las que agregadas á las que el señor Hidalgo tenia en Dolores, podian servir para armar á los primeros soldados.

El capitan Arias, jóven de valor, ofreció ser el primero en iniciar el movimiento con una compañía del regimiento de Celaya.

Allende y sus compañeros juraron cien veces que estaban dispuestos á dar la señal de la revolucion y pelear como buenos.

—La independencia ó la muerte! gritó Allende.

—La independencia ó la muerte! repitieron los conjurados.

—Fijemos el dia, dijo Allende.

—Para el primero de octubre, respondió Hidalgo.

—Convenidos.

—Estareis dispuestos al primer aviso; la suerte de América está echada, juguemos el todo por el todo, yo os conjuro en nombre de nuestros antepasados que murieron luchando por la libertad, que espiraron en las llamas del tormento antes que doblar su cuello al yugo de la conquista; os conjuro en nombre del porvenir y de la emancipacion de este pueblo!

Repartiéronse los conjurados por distintos rumbos á ejercer la propaganda revolucionaria, como los apóstoles con el Evangelio de Jesucristo.

IV.

El cura Hidalgo se fué á la casa del corregidor Dominguez á contarle la última determinacion de la junta.

El corregidor la escuchó tranquilo.

Doña Josefa Ortiz resplandecia de gozo, acaso sin pensar en las escenas sangrientas que iban á desarrollarse á su vista.

—Os dejo, señor correjidor, tengo que hablar con dos individuos.

—No tengo que recomendaros la prudencia; faltan treinta dias y durante ese tiempo pueden acontecer cosas muy graves.

—Dios dirá, respondió el párroco, y retirándose á la pieza que le habian destinado hizo entrar á una de las personas que le esperaban.

—Hola! don Juan Garrido, que haceis por Querétaro?

—Vine á un negocio y recibí vuestra esquela llamándome.

—Que dice ese famoso batallon de Guanajuato?

—Cada dia está mejor organizado; los jefes valen bien poco, pero los sargentos son de lo mejor.

—Por supuesto todos amigos del señor músico mayor.

—Me jacto de ello, son mis camaradas y yo soy el de las confianzas del batallon.

—Bien, ¿y creeis en la sinceridad de vuestros amigos?

—Meteria mi mano en un horno ardiendo.

—Y hablando de otra cosa, ¿estais contento con vuestra suerte?

—No hay un solo hombre, señor cura, que lo esté con su condicion.

—Es bien triste que los *criollos* no puedan ascender en vuestra profesion.

—Señor cura, á veces me pone esto de mal humor.

—Teneis razon; pero es el caso que vosotros no haceis nada por variar vuestra suerte.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ya que quereis saber mi opinion, os la diré francamente: que despues de tanto ruego al gobierno, de tanta súplica porque os conceda alguna merced, no se ha alcanzado sino repulsas y desaires.

—Es cierto.

—Es necesario apelar al último extremo, á un levantamiento.

—¿Contra el rey?

—No precisamente, sino contra los que mandan en México; porque ya es tiempo de que conozcan que vosotros no debeis ser tratados de una manera tan despreciativa.

—Yo la verdad tengo miedo.

—¿Miedo un soldado?.... vamos, señor Garrido, que no pensais lo que decís.

—Teneis razon, es necesario pensarlo bien; ya me ha invitado un sargento que concurre á las juntas donde vos asistís, señor cura.

—Malo! pensó el cura, el secreto anda ya entre muchos.

— Cinco ó seis sargentos me han hablado ya en ese sentido, y por lo que he oido están dispuestos á entrar en el *tumulto*.

—¿Y vos?

—Yo tambien entraré, señor cura, pero con la condicion de que se ha de reconocer siempre como á nuestro soberano á su magestad Fernando VII.

—Precisamente es esa la idea.

—Pues entónces contad conmigo.

—Habladles á los camaradas de mas confianza, mirad que nos va en ello la existencia.

—Ya lo creo, no tengais cuidado, que toda es gente muy buena.

—Una indiscrecion nos perderia.

—No la espereis, señor cura; por mi parte os recomiendo que se respete siempre á su magestad.

—Está bien.

—Buenas noches, señor cura.

—Id con Dios.

El sargento Juan Garrido salió del aposento.

—Miserable! si como él fuesen todos los conspiradores, la independencia no se llegaba á hacer nunca.

—Entrad, señor de Buera, dijo Hidalgo.

Un español bien parecido, pero con la mirada oblicua y metida bajo el ceño, habló con el párroco hasta muy entrada la noche, en que abandonó la casa del corregidor.

No amanecia aún cuando el padre Pontolongon, que habia seguido los pasos á Hidalgo sin perderle movimiento, adelantaba por la cuesta de santa Rosa en direccion al Bajío.

Por la misma vía atravesaron á escape cuatro jinetes.

—Comprendo, comprendo, dijo el padre Pontolongon, los señores oficiales que han venido de san Miguel el Grande de *ocultis*---- el cura ya estará saliendo de Querétaro, es necesario que me halle en Dolores á su regreso; ya le tengo en mis redes; ¡vive Dios que es un hombre á toda prueba!---- pero yo valgo mas que él puesto que lo he sorprendido---- Demonio! de esta hecha si nos descuidamos nos ahorcan---- les tomaremos la delantera---- el negocio está mas sério de lo que pensaba---- mucha gente hay comprometida, es necesario salvarla.

El padre Pontolongon arrimó con entusiasmo las espuelas á su magnífica mula y se perdió por las veredas de la montaña.

CAPITULO X.

EL MONASTERIO.

I.

Los reverendos padres misioneros se apoderaron de la hija de Treviño, y con la mayor precaucion la condujeron á una de las casucas que están á la entrada de San Miguel el Grande.

Luego que la jóven se encontró sola con los frailes, un terror pánico se apoderó de la desgraciada.

—Nada temais, señora, dijo uno de los misioneros.

—¿Qué quereis de mí?

—Una confesion explícita.

—Hablad por compasion.

—¿Vos habeis estado en un convento?

Rosalía guardaba silencio.

—Responded bajo la pena de excomunion mayor.

—Compasion!

—Hablad.

—Tened piedad de mí! exclamó la jóven poniéndose de rodillas.

—Responded, ó formulamos el anatema.

—Es cierto, padre mio.

—¿Donde profesásteis?

—No llegué jamas á pronunciar votos.

—Luego estuvísteis en noviciado?

—Sí, padre.

—¿Y en cual convento?

—En el de la Enseñanza.

—Es la misma, dijo el otro misionero.

—¿Con quién huísteis del convento?

—Con el capitan don Félix de Quintanar.

—Vuestro amante?

—No, mi esposo, dijo con dignidad la hija del portugues.

—Vuestro esposo?

—Sí, por la Iglesia.

—Decid donde se celebró ese matrimonio, para buscar en los registros?

—Dios mio! exclamó la jóven, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Señor, nos hemos casado ocultando nuestros nombres.

—Desgraciada! Preparaos á salir al amanecer.

—¿Y mi hijo?

—Ya lo sabreis mas tarde, por ahora haced lo que se os previene. Antes, decidnos donde se encuentra el capitan?

—Ya he dicho mas de lo que debia, no me podreis nunca obligar á una denuncia.

—Bien, ya lo hareis mas tarde.

Los frailes volvieron hácia donde los esperaba la jente, predicaron el último sermon, clavaron la cruz, y á la mañana siguiente se pusieron en marcha llevándose consigo á la esposa de don Félix.

II.

Al anochecer de ese mismo dia entró la cabalgata eclesiástica en la muy noble ciudad de Querétaro.

Detúvose á la puerta de Santa Clara, el convento de la aristocracia, que ha servido tantos años de asilo á la desgracia, de cárcel á la juventud y de tumba á las esperanzas.

—Decid á la madre abadesa que necesito hablarle, dijo uno de los misioneros á la madre portera.

—Voy á avisarle á su reverencia, con permiso de su paternidad, respondió con voz gangosa la monja.

—Que no tardeis.

—Figúrese su paternidad que soy la monja mas activa de todo el convento, razon por la cual las reverendas madres definidoras me han colocado en este puesto, que tanto cuadra á mi carácter é inclinaciones.

—Bien, avisad.

—Sí, reverendo padre, calculad que hace siete años desempeño este empleo, ¡y que cosas he visto! Cuando su señoría ilustrísima el señor obispo Abad y Queipo estuvo de paso por la ciudad, aquí, en el mismo sitio en que estais, se paró su señoría; ¡y que guapo es! tan gordito y rozagante! vamos, que yo no le habia conocido.

—Tenga su reverencia la bondad de avisar á la superiora.

—Eso es, eso es, esas fueron las palabras del gran prelado: "que tenga su reverencia la bondad de avisar á la superiora;" parece que lo estoy oyendo. Yo por supuesto que no sabia de que se trataba.

—Otra vez seguireis contando la historia.

—Os parece historia, reverendo padre? teneis razon, el señor obispo insistia como vos; pero yo firme en hacerle multitud de

preguntas; porque eso sí, de que viene persona de fuera, le hago que me cuente todo lo que ha visto.

—Bien, avisad.

—Sois tan impaciente como su señoría ilustrísima; pues señor, el prelado tuvo que confesarme que era el obispo, y cómo me reia yo despues con las novicias, ¿no es cierto, sor Refugio?

—Sí, madrecita, respondió una monja de ojos negros, cuyas miradas se le escapaban al soslayo bajo sus rizadas pestañas.

—Ved, madre portera, que estamos de prisa y van á sonar las oraciones, hora en que debeis cerrar la portería.

—Acabadme de escuchar: su señoría ilustrísima el obispo me cobró una gran simpatía; porque el prelado es una persona que aprecia mucho la reserva y economía de palabras.

—El señor obispo daba en el clavo.

—¿En el clavo? que gracioso es su paternidad, yo les contaré á las monjitas eso que dice con tanta gracia su paternidad, de dar en el clavo.

—Vamos, madre portera, ya me estais impacientando, os mando que aviseis á la superiora.

—Así me dijo su señoría ilustrísima al fin de nuestra conversacion.

—Pues su señoría estaria aburrido como nosotros de estar oyendo tanta impertinencia.

—Eso es otra cosa, no creia haberos disgustado, y os ruego me disculpeis; el año pasado me sucedió un lance semejante; pero os aseguro que me porté como....

—Sor Refugio, dijo el misionero dirigiéndose á la monja, avisad vos á la madre superiora que los padres de las misiones la necesitan urgentemente.

Sor Refugio salió de la portería en direccion al cuarto de la abadesa.

—¿Por qué no dijísteis eso mismo desde el principio?.... vamos, reverendo padre, que vos teneis la culpa: á saber yo quien érais, hubiera avisado desde luego; pero todo está arregla-

do, Sor Refugio ha ido en mi lugar y pronto bajará la madre á contestar con su paternidad.

III.

Los misioneros se alejaron de la puerta huyendo de la charla majadera de la monja.

—¡Qué mujeres! ¡qué mujeres!

—Siempre las mismas, cabe el sayal ó la mantilla.

—Teneis razon, pero hay algunas verdaderamente insufribles; no deja de ser ocurrencia poner á esa taravilla en este lugar, nos ha detenido una hora contando simplezas.

—Y si le damos hilo es cuento de nunca acabar.

—Segun parece, es la aburricion de cuantos tienen la desgracia de oirla.

—Buena torta le ha dado al obispo.

—No se le ha de olvidar por mucho tiempo.

—Ya lo creo.

—Inventar que yo era jocoso! vamos, que es la primera persona que se permite decírmelo.

—Es un positivo descubrimiento.

—Donde la abadesa sea de la misma cuerda, quedamos divertidos.

—Os aseguro que como esta monja no hay dos en todo el convento.

—Ella asegura que por su reserva y silencio le han dado el puesto que ocupa.

—No lo creais, porque todo el monasterio seria una gran caja de cascabeles.

—Ha llegado la superiora.

—Dios nos saque con bien.

—¿Tenemos el honor de hablar con la madre abadesa del convento de santa Clara?

La monja inclinó la cabeza.

—Bien, un asunto de gravedad y sobre todo de conciencia, nos obliga á pediros un momento para hablar reservadamente.

La monja se volvió á inclinar.

—Si os parece, podeis mandar retirar á la portera.

La monja hizo una jenuflexion volviéndose á la monja tarávilla, y le hizo seña de que despejase.

—Parece que estamos enteramente solos.

La monja se volvió á todas partes y luego volvió á hacer su inclinacion de cabeza.

—Vamos, pensó el fraile, he dado con el extremo contrario.

—Ha de saber vuestra reverencia, que una novicia de la Enseñanza de México huyó del convento.

—¡Oh!

—Y no es esa sola la culpa.

—¿Eh?

—Esa desgraciada fué seducida.

—Ay!

—Como lo oís, seducida por un calavera, capitan de guardias.

—Huy!

—Ese atrevido se permitió profanar el recinto sagrado.

—Hum!

—Y se extrajo del asilo de Dios á la novicia.

—Emmm!

—Ya veis que esto es un escándalo del cual debe darse conocimiento al Santo Oficio.

—Pues!

—Pero aun no es tiempo, porque al trascenderse en el público, el capitan puede tomar las de Villadiego y toda averiguacion será infructuosa.

—Ya!

—Necesitamos proceder á un aseguramiento precautorio.

—Ps!

—Aseguramiento confiado á vuestro celo religioso.

—Eh?

—Vuestra mision es muy alta, estais al frente de la casa de Dios y debeis cuidar de las ovejas que os están encomendadas.

—Yo?

—Precisamente, y os suplicamos que destineis una celda para la guarda de la profesa; ¿qué respondeis?

La monja guardó silencio.

—Esperamos vuestra respuesta.

La monja guardó el mismo silencio.

—Esto es para desesperarse! pensaban los misioneros.

—¿No quieren tomar algun refresco sus paternidades?

—Esta ya es burla! murmuró el fraile.

—Señora, no ha comprendido vuestra reverencia de lo que se trata.

—Ya, es un friolera, ¿ó preferís agua de rosa con azucarillo?

—Esta madre está loca!

—Entéreme vuestra paternidad bien de todo porque soy algo sorda.

—Por santa Bárbara que hemos perdido el tiempo miserablemente!

—Soy de opinion que nos marchemos.

—Haré el último esfuerzo.

El misionero se puso al oido de la ababesa y emprendió por segunda vez la conversacion.

Las monjas regularmente son crueles; arrancadas del hogar en la edad mas tierna de la vida, rompiendo los resortes mas armónicos del corazon como son los de la familia, el alma se concentra en el egoismo, y acaba por volverse contra la sociedad entera.

Velando siempre el corazon bajo la capa de una hipocresía forzada, porque en aquellos lugares que felizmente son ya un recuerdo histórico, la franqueza era un crímen, en aquellos

asilos tenia que disfrazarse *hasta* la voz, la mirada, la actitud, todo, hasta ponerse en un molde particular inventado por el refinamiento ascético de la edad media.

En el aislamiento y silencio del claustro, en el combate perpetuo de las pasiones, en la tiranía del alma y el encadenamiento del cuerpo, la luz resplandeciente del espíritu se apagaba, y todos los seres aparecian como verdugos ó como enemigos; de aquí los odios hasta la muerte, el histérico, la desesperacion.... el suicidio!

La abadesa de santa Clara era un tipo vulgar de monja, es decir, cruel y egoista, así es que al oir que se trataba de tiranizar á un semejante su corazon convergió hácia el lado de su instinto.

—Tengo una celda donde pongo á las sentenciadas, es una prision solitaria en el lugar mas apartado del edificio, solo se comunica por un torno pequeño y la incomunicacion es completa.

—Así se necesita.

—Traed á esa desgraciada, traedla, ya las monjas están en coro y no podrán verla, con excepcion de sor Refugio que es mi secretaria y la de todas mis confianzas.

—Está bien, os encargamos que la portera no se entere, porque habla sin cesar y creemos muy poco seguro el secreto.

—Bien, afortunadamente ha ido al refectorio, le he dado licencia de anticipar su colacion.

Los frailes salieron á la calle, se acercaron al coche é hicieron bajar á Rosalía.

La abadesa *tosió* y al momento entró sor Refugio.

—Hija mia, queridita mia, dijo la monja, nos van á traer á una novicia escapada de la Enseñanza de México, vos sola sabeis esto y cuidado con decirlo á nadie; la vamos á poner en el *apartado*.

—Ya he oido todo.

—Os prohibo que *escucheis*.

Es regla del convento, ninguna religiosa puede hablar con álguien sin tener una *escucha*.

—Sois muy sabidilla y por eso os quiero.

Los misioneros condujeron á la hija de Treviño á la portería.

—Quedais en este convento, hasta nueva órden.

Rosalía sollozaba terriblemente.

—Nos veremos, reverenda madre.

—Cuando guste su paternidad.

Los frailes salieron dejando á la infeliz jóven en aquel nido de palomas, bajo la vigilancia de un gavilan.

IV.

—Pase la condenada, dijo la abadesa; y vos, sor Refugio, llevadla adonde os he dicho.

La jóven se arrojó á los pies de la monja, llorando de desesperacion.

Rosalía estaba en la mitad de la vida, en el zenit de la belleza y del encanto, cuando la mujer se encuentra en la plenitud de su desarrollo.

La abadesa fijó sus miradas indagadoras en el semblante de la hija de Treviño y le pareció sumamente hermosa.

La belleza física determina siempre en favor de quien la posee.

—Alzaos, joven, alzaos, aquí estareis á nuestro cuidado: sor Refugio, que pase primero á nuestra habitacion, la oiremos y despues se verá la determinacion que se toma.

Sor Refugio, acostumbrada á ver que una nueva simpatía quitaba de la privanza de la abadesa á la monja mas predilecta, se sintió ofendida y temerosa.

—Ved, madre abadesa, que eso es contravenir las órdenes que habeis recibido de los reverendos padres.

—No os importa, haced lo que mando.

—Caí de su gracia, pensó sor Refugio, y sin replicar llevó á Rosalía á la celda de la superiora.

V.

El convento de Santa Clara estaba en un silencio tenebroso, el aire azotaba los faroles de los corredores, cuya luz vacilaba á los golpes del viento.

La esposa del capitan don Félix esperaba en la celda á la superiora, que despues de recorrer los dormitorios se entró en su aposento.

—Habeis descansado, hija mia?

—El dolor que hay en mi alma no me ha permitido un momento de reposo.

—Ya os ireis tranquilizando: contadme vuestras desgracias, me intereso por vos, en presencia de los misioneros he tenido que aparentar un génio cruel del que estoy muy distante.

Rosalía refirió sus infortunios á la abadesa de Santa Clara, que sintió algo de conmocion al escuchar un tan verídico y triste relato.

—Me habeis contado, hija mia, una historia anónima, habiendo tenido cuidado de ocultar los nombres; aun no sé quién sois ni como os llamais.

—Me llamo Rosalía Treviño.

—Treviño! exclamó la abadesa, ¿sois hija del portugues á quien dieron tormento en la Inquisicion?

—Dios mio!.... Dios mio!.... gritó la jóven, mi padre en el tormento!....

—Sosegaos, yo creia que eso estuviese á vuestro alcance.

—Yo no sabia esa infamia!

—Callad!

—Padre mio! padre de mi alma!

—Volved á vuestro juicio, esto hace algunos años.

—Pero si es increible tanta maldad!

—Vos ignorais un lance que pasó en aquella hora: vuestro padre no se llama Manuel Treviño, es Alvaro Núñez de Clavijero, hermano del inquisidor.

—Eterno Dios!.... ese mónstruo no tiene la sangre de mi padre!

—Los juicios de Dios!

—Decidme por compasion si sabeis algo de él, decidme si existe.

—Lo ignoro, he sabido todo lo que os he dicho y no me he aventurado.

—Ese miserable debe estar apurando la hiel de su abominable crímen, digno castigo á sus maldades.

—El señor inquisidor se ha retirado al convento de Carmelitas.

—En el silencio de su celda verá la sombra de su hermano sacrificado impíamente á sus ambiciones; porque sabedlo, señora, mi padre era inmensamente rico, y sus tesoros le han abierto las puertas del Santo Oficio.

—Callad! no sabeis que las paredes oyen?

La jóven enmudeció repentinamente; porque á las palabras de la abadesa pareció responder el eco de unos pasos que se alejaban á lo largo del corredor.

—Somos perdidas, dijo la abadesa, nos han escuchado, entrad en ese aposento.

Rosalía, asustada, penetró en la estancia y se arrojó en el lecho llena de desesperacion.

La abadesa tomó asiento en un sillon próximo á la mesa y esperó la llegada de una persona.

Habia pasado media hora, cuando entró en el aposento fray Angel de la Divina Infantita.

Cruzóse el fraile de brazos ante la abadesa, y le dijo en tono de reconvencion.

—Así os portais, señora, cuando el Santo Oficio hace tanta confianza de vos?

—En nada he delinquido.

—Habeis revelado el secreto de los hermanos Núñez de Clavijero.

—Fué en un acto de irreflexion.

—Qué esperais de esa mujer?

—Nada.

—Entonces?

—No lo sé.

—Pues bien, tras la huella de Rosalía, hace catorce años anda la Inquisicion, y súbitamente me la encuentro en este lugar.

—Yo ignoraba....

—Sí, porque vos no podeis estar al tanto de los negocios de la *casa*.

—Es verdad.

—Pues bien, necesito que me entregueis á esa mujer.

La abadesa no respondió.

—No me habeis oido?

—Perfectamente; pero esa criatura no está á mi disposicion, está en depósito solamente.

—Lo sé; pero la Inquisicion está sobre toda autoridad y yo os la reclamo en su nombre.

—Necesito una órden por escrito.

—No es necesaria, firmaré yo mismo la órden.

—Creo no se extienden á tanto vuestras facultades.

—Me desafiais?

—No, señor.

—Pues entregadme á la hija de Alvaro de Clavijero.

—Perdonad, pero....

—Yo os conjuro á....

Tres golpes sonaron sobre la puerta de la celda.

—Dejad que me oculte.

—Que sea pronto.

El fraile se puso tras la mampara de la pieza interior.

—Qué se ofrece, sor Refugio?

—Señora, el sacristan avisa que un alguacil de la ciudad acompañado de una dama, llaman á la portería del convento.

—Bajad y preguntadles qué se ofrece, advirtiendo que es contra nuestra regla recibir á nadie á estas horas tan avanzadas.

Sor Refugio atraida por la curiosidad, bajó precipitadamente las escaleras y se presentó en la portería.

—Qué se ofrece?

—Abrid en nombre del rey.

—Esa es persona muy respetable; pero quién sois?

—Un alguacil de la ciudad.

—Sea en buen hora.

Sor Refugio entornó la puerta.

—Necesito hablar con la abadesa: decidla que la condesa del Milagro la necesita.

—Hola, una condesa! murmuró la monja.

—Aguardad un momento, añadió en voz alta.

—Está bien.

Sor Refugio volvió á la celda de la superiora.

—Señora! señora! la condesa del Milagro os espera.

—Se trata de una condesa, eh? pues al momento.

Rosalía al escuchar el nombre de su protectora, salió en pos de las monjas sin que estas lo notaran, mientras fray Angel quedaba secuestrado en la celda de la abadesa, donde habia entrado por órden del Santo Oficio.

VI.

—Qué manda la señora condesa?

—Sois la superiora?

—A las órdenes de la señora condesa.

—Os traigo una órden del señor corregidor.

—Está bien, señora condesa.

—Aquí la teneis.

—Con vuestro permiso, señora condesa.

La superiora leyó para sí: "La abadesa del convento de las Claras de Querétaro, mantendrá en depósito á una jóven que ha sido traida por los misioneros y confiada á su cuidado; no permitiendo á ninguna autoridad disponga de la señora doña Rosalía Treviño, teniendo solamente permiso para hablarla la señora condesa del Milagro."

—Serán acatadas las órdenes del señor corregidor, señora condesa.

—Señora! señora! exclamó Rosalía, arrojándose en los brazos de doña María; os vuelvo á ver despues de tantos años!

—Hola! conque se habia deslizado! dijo por lo bajo la abadesa; es necesario mucho cuidado; ya se ha huido de un convento y temo que consume desercion la hora ménos pensada.

—Sosegaos, dijo doña María, muy pronto estareis en vuestra casa.

—Yo lo espero todo de vos.

—Estad tranquila, no pasarán muchos dias.

Fray Angel de la Divina Infantita se fastidió de estar solo y bajó á espiar lo que pasaba en la portería.

Fijóse en el semblante de la condesa, y dió un grito de espanto; habia reconocido á la madre Paulina.

CAPITULO XI.

DELACION Y PERJURIO.

I.

Luego que la junta de los conspiradores se disolvió, la atmósfera del entusiasmo comenzó á entibiarse en los ánimos vulgares de algunos conjurados, que se estremecian solo al pensar que iban á levantarse contra su rey.

El secretario don Mariano Galvan se retiró á su casa lleno de inquietud, no pudo conciliar el sueño, le parecia oir el tumulto revolucionario, la detonacion de las armas y creia ver correr á torrentes la sangre.

Levantóse muy de mañana y se dirigió á la casa de correos, llamó aparte al administrador don Joaquin Quintana y trémulo de emocion le dijo:

—Señor, tengo que comunicaros un gran secreto.

—Estoy pronto á escucharos.

—Señor, he cometido una falta horrible, mi conciencia me acusa de un crímen, y en descargo de ello vengo á denunciarme.

El administrador esperó á que continuase Galvan.

—Sabed, señor, que he pertenecido hace algunos meses á una junta de conspiradores.

—Desgraciado!

—Sí, muy desgraciado, pero mi falta acaso sirva para salvar la existencia de los europeos.

—¿Qué decís, s ñor Galvan?

—Qué se trata de asesinar á todos los españoles.

—¿Y han meditado ese plan abominable?

—Señor, oidme con calma, creed que yo fuí á las juntas por curiosidad y sin querer lo que esos hombres querian, ni pensar lo que ellos piensan, estuve en su compañía.... ¡que horror!.... ¡que horror!....

—Vamos, señor Galvan, tranquilizaos; el gobierno, y yo os lo garantizo, perdonará vuestra falta en gracia de la delacion: ponedla por escrito, firmadla y yo la presentaré; pero antes contadme todo, absolutamente todo.

—El señor cura de Dolores, dijo Galvan, trae revueltos á los pueblos y tiene seducidos á varios jefes del ejército.

—Sus nombres?

—Allende, Abasolo, Aldama, los hermanos Gonzalez y multitud de personas cuyos nombres ignoro.

—Seguid, seguid, que yo tomó nota de vuestras palabras.

—El señor Hidalgo, que tiene un lenguaje ardiente y terrible, los ha hechizado con la magia de su palabra: los mas de la reunion que son jóvenes, se han dejado llevar por su ardimiento y la revolucion está al estallar.

—Nada mas eso sabeis?

—Hay algo mas, señor de Quintana.

—Cuidado con callar circunstancia alguna!

—Señor, el corregidor Dominguez es uno de los conspiradores.

—Imposible!

—Creedlo, y su esposa doña Josefa Ortiz está en la trama, ya conoceis qué viva es y qué inteligente.

—Ved lo que decís, señor de Galvan.

—Así mi alma se salve, como es absolutamente cierto cuanto os he dicho.

—Ved que os comprometeis con una falsa denuncia.

—Estoy pronto á probar cuanto he tenido el honor de deciros.

—Escribid de vuestro puño y letra, no hay que perder tiempo.

—Creo que el tumulto debe ser muy pronto.

—¿Y no sabeis el plan?

—Apoderarse de todos los europeos y proclamar la *independencia*.

—¡La independencia!---- horror!---- abominacion!---- escándalo!---- vamos, amigo mio, escribid, esos monstruos deben sufrir un castigo terrible; quererse robar una nacion!---- no, esto no se comprende, es imposible---- avisaré al señor Riaño, ese hombre sí es de fibra y sabrá reprimir á los revoltosos.

Galvan se puso á escribir con mano trémula su delacion infame, y la entregó al administrador de correos.

II.

Quintana se puso en camino para México, donde llegó á los cuatro dias y se encerró con el oidor Aguirre y le entregó el pliego firmado por Galvan.

El oidor, que seguia en sus luchas acostumbradas y tenia una gran desconfianza del regente Catani, no quiso darle á este el triunfo de apagar una revolucion y previno á Quintana que Fernando Romero Martinez, uno de los principales europeos del *comercio* de Querétaro, y don José Alonso, sargento mayor y

comandante de las compañías del regimiento de Celaya, observasen los pasos todos de los conspiradores introduciendo agentes en las juntas para descubrir los planes todos de los conjurados.

Luego que Quintana salió por la posta regresando á Querétaro con las instrucciones del oidor, hizo llamar á los comisarios régios D. Juan Antonio Yandiola y D. José Luyando, que acudieron á la cita del oidor.

—Graves noticias, amigos mios, muy graves.

—Se alza Catani con el gobierno?

—No es eso.

—¿La audiencia se resiste á la recepcion del nuevo virey?

—Eso no vale nada.

—¿La inquisicion se apresta á____

—No adivinareis nunca.

—Pues sacadnos de esta incertidumbre.

—La provincia de Guanajuato está ardiendo.

—¿Se trata de alguna reaccion?

—Caballeros, se trata de la *independencia* de México.

Aquellas palabras cayeron como una bomba ante aquellos hombres.

—Repetid, señor oidor, repetid, me parece que hemos escuchado mal.

—No señores, habeis oido perfectamente: los principales personajes de esa provincia están comprometidos y son los autores de la gran revolucion que va á estallar.

—Pero eso no pasará de____

—Ved, señores, este documento.

Los comisarios tomaron el papel y lo leyeron detenidamente.

—En efecto, la cosa es grave, dijo Aguirre; esos jóvenes soldados son atrevidos y valientes, pero no me causan tanta inquietud como el cura de Dolores.

—Y por qué os habeis fijado en esa persona?

—Señores comisarios, hemos procurado desde los primeros dias fanatizar al pueblo, tenerlo bajo la presion de la autoridad

civil y religiosa, pesar en su ánimo con la voz del rey y el aliento de Dios; así ha vivido, extinguiéndose uno á uno sus recuerdos y tradiciones, prosternado delante del altar y con la rodilla en tierra ante el trono; pues bien, luego que un sacerdote levante la enseña de la revolucion rasgando ese velo que ha contenido la luz y mantenido una densa tiniebla delante de sus ojos, entonces, todo ese gran trabajo de tres siglos, vendrá por tierra como un castillo levantado sobre la espuma de las olas!

Aquel lenguaje sombrío y fatídico, impresionó á los interlocutores.

—Es necesario evitar el primer grito, la primera palabra, porque ella será el relámpago que preceda al trueno, nuncio de una tempestad terrible.

—Me acobardais, señor oidor.

—Y sin embargo, es la verdad.

—Y qué pensais hacer?

—No he querido confiar el secreto á ese miserable de regente, porque es un hombre sin talento ni discrecion.

—Es verdad.

—Ese hombre comprometeria una situacion tan dificil.

—Encontrad un medio.

Despues de algunos momentos de reflexion, el oidor tomó por el brazo á los comisarios y les dijo:

—Fio á vosotros el éxito de esta empresa.

—Ordenad, estamos prontos á todo.

—Venegas, el nuevo virey, acaba de desembarcar; poneos en marcha, lo encontrareis en Jalapa, y le pondreis al tanto de lo que pasa; le hablareis con voz autorizada del peligro que está corriendo la colonia.... ¡ay de la América si llega á estallar esa revolucion!

—Dentro de dos horas estamos en camino.

—Es necesario que vayais á recibir órdenes del regente, decidle que vais á anticiparos con Venegas para hablarle de vues-

tra mision; creed, caballeros, que vais á prestar un gran servicio á la España.

—Comprendemos perfectamemte vuestra intencion.

—Escribid luego que llegueis, regresad con Venegas, no os separeis de su persona un solo momento, y ponedme al tanto de las providencias que tome.

—Está bien, nos teneis á vuestras órdenes.

—Cumplid fielmente y merecereis bien de la nacion española.

Los comisarios dejaron la casa del oidor y fueron en seguida á palacio, se despidieron del regente, y se pusieron en camino para Veracruz.

III.

El sargento Garrido que habia hablado con el cura Hidalgo, y de quien éste desconfió á primera vista, entró en una profunda inquietud no pudiendo vencer sus escrúpulos; le parecia un sacrilegio atentar á la autoridad puesta por el rey, no alcanzaba como se tomaría una arma para dispararla contra los soldados de su majestad, ni con que aliento seria capaz de gritar en contra del soberano.

Su espíritu pusilánime cedió á la fuerza de la costumbre, á la presion ejercida en su alma desde sus primeros años, y se resolvió á la denuncia.

Garrido estaba de regreso en Guanajuato

Llamó á la puerta de la casa de D. Francisco Bustamante con esa solemnidad de los que van á comprometer con su dicho la existencia de algunos seres confiados á su buena fé, y lo reveló todo al capitan de su regimiento, quien puso al tanto al mayor de su cuerpo Diego Barzabal, que dió parte al intendente Riaño.

El intendente hizo comparecer al pérfido Garrido, supo de sus lábios cuanto habia este presenciado, y reveló la conversacion que tuvo con el cura Hidalgo.

—Yo me ofrezco, señor intendente, decia Barzabal, á traeros aquí á los conspiradores; démosles el golpe de gracia, vea su señoría que mañana puede ser tarde, y considere que se trata de la existencia de todos nosotros.

—Habeis cumplido con vuestro deber, ahora á mí me toca mi turno: marchad á la hacienda de la *Tlachiquera*, y decidle á don Francisco Iriarte, que desde aquel punto esté en observacion de lo que pase en el pueblo de Dolores, y avise luego que note cualquiera movimiento.

—Seria mejor aprehenderles.

—Haced lo que os ordeno.

—Está bien, pero acordaos, señor intendente, que fuí el primero en aconsejaros cortar el mal de raiz.

—Me olvidaba, dijo Riaño, es necesario cubrir las apariencias: poned preso al sargento Garrido para evitarle la nota de denunciante.

—Así lo haremos.

—Guardad el mayor sigilo; porque si lejanamente se entendiese que la conspiracion está descubierta, no será posible averiguar algo; conoceis á los criollos, ni en el tormento confesarian su crímen.

Salió Barzabal á cumplir con las órdenes del intendente.

Riaño tocó la campanilla, y se presentó un ayudante.

—Al secretario.

A pocos momentos entró en el despacho del intendente su secretario, que se puso al bufete esperando se le mandase escribir.

Riaño acostumbraba dictar desde su asiento y en voz alta.

Estuvo largo tiempo meditando; levantóse al fin, acercóse á la mesa y en voz sumamente baja dictó una órden, que debía ser de suma importancia, porque el secretario se puso densamente pálido y la pluma comenzó á temblar entre sus dedos.

—Mucha reserva, señor secretario, dijo el intendente.

—Ya me conoce su señoría.

—Es el negocio tan grave, que no está por demas la recomendacion.

—Está bien, señor.

—Entregad vos mismo la comunicacion al correo, y que salga por extraordinario inmediatamente.

El secretario dejó el despacho, salió á la calle, donde encontró á un embozado.

—Señor, dijo el desconocido, que era un hombre del pueblo, aquí me tiene su merced.

—Mira, *Pípilo*, dijo el secretario, vas á hacer una de las tuyas que todas son buenas.

—Diga su merced.

—Está en peligro la vida de tus amos y amigos mios.

—Demonio! soy capaz de....

—Se necesita que salgas al momento para San Miguel el Grande y entregues este papelito al capitan Allende.

—Al instante.

—Mira, *Pípilo*, que va á salir un extraordinario dentro de un cuarto de hora y si te toma la delantera todo se ha perdido.

—No tenga cuidado su merced, á mí no me alcanza ni el diablo en figura de golondrina.

—Toma dinero.

—Guárdeselo su merced, que ese es mucho peso para quien va tan de prisa.

—Tienes caballo?

—No importa, lo buscaré.

—Pero dónde?

—Donde haya caballos, y hasta luego, que se pierde el tiempo en tanta contesta.

—Dios vaya contigo.

—Y quede con su merced.

Fuese el *Pípilo* pensando la maña que se daría para hacerse

de una cabalgadura, cuando tropezó á pocos pasos con un reverendo fraile que venia á la intendencia.

—Muchacho, toma esta mula mientras llegan mis criados.

—Está bien, señor.

—Te he visto salir del palacio, está ahí el señor Riaño?

—Como que acabo de hablar con él.

—Bendito sea Dios, que lo encuentro á tan buen tiempo.

—Suba su paternidad, que yo le cuido la mulita.

Subió el fraile, que era nada menos que fray Angel de la Divina Infantita, que iba á Guanajuato en pos de Riaño á contarle que el corregidor Dominguez se rehusaba á entregarle á una novicia que él pedia en nombre del Santo Oficio.

Luego que el *Pípilo* vió al fraile tocar el último escalon, trepó en la mula y azotándola sin misericordia se dirigió á todo escape ganando el camino de San Miguel.

IV.

El capitan Arias, nombrado gefe principal del movimiento, supo la prision de Garrido, y desesperado al creer descubierta la conspiracion, en un arranque de despecho se delató en Querétaro ante el alcalde don Juan Ochoa.

Manifestó el capitan, en presencia del sargento mayor Alonso, todos los planes de Hidalgo y sus compañeros; diciendo que aun era tiempo de evitar ese torrente de sangre próximo á desbordarse.

Aquella denuncia era la mas terrible por todos los visos de certeza; así es que Ochoa envió al capitan Juan Fernandez Dominguez al encuentro del virey Venegas, que venia en marcha triunfal y entre arcos de flores á la capital de Nueva-España.

Dominguez llevaba consigo la lista de las personas compro-

metidas en la revolucion, y las instrucciones todas para dar cuenta al virey de la trama de los conspiradores.

La revolucion estaba perdida, las nubes cargadas de electricidad desprenderian el rayo y caeria irremisiblemente sobre la cabeza de los primeros hombres de la independencia.

V.

Al anochecer del 13 de Setiembre, el español Francisco Buera, á quien hemos visto hablar con el cura Hidalgo, y comprometerse en el *tumulto*, se llegó al juez eclesiástico de Querétaro, doctor don Rafael Gil de Leon, y le hizo una delacion minuciosa de lo que habia pasado en las juntas y de cada una de las circunstancias que mediaban en el negocio de la revolucion.

Buera afirmó que aquella misma noche iba á estallar el *tumulto* y que los españoles serian pasados á cuchillo irremisiblemente.

Denunció el lugar donde estaban las armas, quienes fabricaban cartuchos, y el acopio de materiales que se encontraba en las casas de Sámano y Epigmenio Gonzalez.

Púsose el reverendo padre como un energúmeno, y envolviéndose en su manteo, se dirigió á escape en busca del corregidor Dominguez, ignorando que estaba iniciado en la revolucion.

—Señor de Dominguez, señor corregidor, nuestra cabeza está en peligro; estos miserables nos tratan de degollar vivos.

—No comprendo al señor juez eclesiástico.

—Señor corregidor, señor Dominguez, nos están bebiendo los vientos, hoy nos cuelgan de los barandales.

—Explíquese con claridad el señor doctor, yo se lo ruego.

—Señor corregidor, señor Dominguez, esta noche misma estalla la revolucion, si no aprehendeis á los infames que constan en esta lista, y les capturais las armas y el parque.

Dominguez era un hombre de calma; pero no pudo ménos que inmutarse, considerando que no solo su existencia estaba en peligro sino la de sus amigos.

La esposa del corregidor, que habia escuchado desde la pieza inmediata las palabras del juez eclesiástico, temblaba como un epiléptico.

—Llamad al escribano que lleva vuestro mismo apellido, al escribano Dominguez, es hombre vivo y propio para estos lances, él ayudará.

El doctor tocó la campanilla, á cuyo toque se presentó su criado.

—Llamad al escribano que debe estar en la oficina, dijo el corregidor.

Dominguez acudió, como los buitres al husmo de algun cadáver.

—Vamos á la práctica de una diligencia, señor escribano.

—Al momento.

—Se trata de unos conspiradores, exclamó el doctor.

El astuto Dominguez enterado de la denuncia de Arias, estaba al alcance de los trabajos revolucionarios, y hasta de que el señor corregidor pertenecia al número de los conjurados.

—Hola! hola! señores, se trata nada ménos que de los revoltosos que conspiran hace tiempo con desprecio de las autoridades!

—Sabíais algo de esos manejos, señor escribano?

—Rumores, señor doctor, rumores que siempre reconocen algun orígen y que ahora mismo vamos á averiguar.

—Id presto, señores.

—Enviad, señor corregidor, un aviso al comandante de brigada para que nos auxilie en el cateo, diligencia que probablemente vamos á practicar.

—No tengo inconveniente, dijo el corregidor.

—Para mayor seguridad irán con nosotros mis yernos el capitan Rubio y Fernando García.

—Me bastan el cochero y el lacayo, señor escribano, yo jamas he tenido miedo.

—Ya lo comprendo, señor corregidor.

—Afortunadamente, pensó el escribano, si es un lazo el que se me pone, me acompaña una pistola y un puñal.

El comandante de brigada, llamado por Dominguez, ocurrió con cuarenta hombres.

Tomó veinte soldados y se dirigió á la casa de Sámano, mientras el corregidor y el escribano marchaban á la de los hermanos Gonzalez, que dormian tranquilos sin sospechar que la conspiracion estaba descubierta.

CAPITULO XII.

UN CORAZON DE MUJER.

I.

El infeliz corregidor, presa de una angustia mortal, iba á aprehender á sus mejores amigos y compañeros en el plan de la independencia de México.

Dominguez temblaba, no ante el peligro, porque era hombre de mundo y acostumbrado á las vicisitudes, sino al pensar que se le juzgaria traidor por aquellos á quienes habia lanzado al terreno escabroso de un levantamiento.

La palabra *traicion* sonaba en sus oidos con un eco terrible, su corazon de hombre honrado rechazaba toda tentativa de sospecha.

¿Cómo salvar á sus compañeros? ¿Cómo indicarles el peligro que corrian?

Era necesario hacer algo, por lo cual comprendiesen lo que pasaba.

Los hermanos Gonzalez vivian en la plaza de San Francisco;

el corregidor llamó con estrépito á la puerta con objeto de introducir alarma; pero el infernal escribano habia prevenido de antemano al gefe de la fuerza y las azoteas estaban coronadas de soldados.

—Quién llama? preguntó la voz conocida de Epigmenio Gonzalez.

—Está en la ratonera ese hombre, murmuró el escribano.

Y luego alzando la voz dijo:

—Abrid, caballero, á la justicia.

—No os conozco.

—Aquí está el señor corregidor Dominguez.

—Os digo que no os conozco.

—Señor capitan de guardias, echad esa puerta abajo.

Los soldados, que tienen gusto particular por esas escenas, se acercaron para cumplir las órdenes del escribano.

Entonces el corregidor Dominguez dijo con acento trémulo:

—Abrid, señor Gonzalez, soy yo.

—Eso es otra cosa; pasad, señores, y perdonad; pero corren unos tiempos en que es necesario desconfiar de todo el mundo.

—Teneis razon.

El corregidor estaba en ascuas.

Penetró violentamente por las piezas todas del edificio, fingiendo examinarlas con cuidado y cubriendo las apariencias del modo que le permitia la agitacion de su espíritu.

—Vámonos, aquí nada existe de lo que nos han dicho, ya hemos registrado toda la casa.

—Pero señor, observó el escribano, este ha sido un paseo, falta catear.

—Y qué os importa á vos? dijo con altanería Gonzalez.

—Ya, ya vereis lo que me importa, conozco bien la casa y estoy seguro de no dejarme sorprender como el señor corregidor; ved, señor Dominguez, esta es la puerta del comedor, aquí ebe *existir otra de comunicacion* para la recámara; vedla, ó

por mejor decir, adivinadla, porque esos tercios la cubren; vamos, muchachos, retirad este algodon.

Epigmenio Gonzalez y el corregidor palidecieron.

Los soldados mudaron los tercios y la puerta apareció.

El escribano, que parecia tener cien ojos como los mónstruos del Apocalipsis, se arrojó sobre la cerradura que cedió al empuje de sus recios pulmones.

En la pieza se encontraban algunos hombres que elaboraban parque con una actividad asombrosa.

No solo se hacian cartuchos, sino que se disponian picas y otros útiles de guerra.

El corregidor insistia en separarse de la casa; pero el escribano poseido de Satanas, siguió de oficio sus investigaciones, entrando en otras piezas donde existian acopios de armas y municiones.

Dominguez, en vista de aquel resultado, dijo á Gonzalez y á su hermano:

—Quedais presos en vuestra casa, así como todas las personas que os acompañan.

Gonzalez notó en el semblante del corregidor lo que pasaba en su alma y esperó á ver claro, entregándose sin resistencia á prision.

—Yo me quedo á custodiar á los presos, dijo el escribano, me quedo con la tropa y no me moveré de aquí de ninguna manera.

Epigmenio Gonzalez, que era un hombre terrible, se adelantó al escribano y dijo con acento iracundo:

—Ya me teneis reventado con vuestra presencia é infamia; si no os largais en el acto, le pego fuego al parque y volamos todos hechos cenizas.

—Al instante, dijo el escribano aterrorizado; sois muy capaz de realizar vuestra amenaza; yo os dejo bajo la responsabilidad de la fuerza armada; buenas noches, señores.

Y se escapó ligero como una exhalacion.

II.

La señora doña Josefa Ortiz, esposa del corregidor, quedó profundamente inquieta al saber que todos los hilos de la conspiracion estaban en las manos de las autoridades.

Impetuosa y llena de un ardor heróico y patriótico, siguió su primer instinto, tomó un *rebozo* para disfrazarse de mujer del pueblo y quiso lanzarse en busca de los Gonzalez para salvarlos; pero el escribano habia puesto llave al zaguan.

Romper la puerta, hubiera sido difícil y ademas escandaloso.

La infeliz matrona recordó que no solo peligraban las personas de Queretaro, sino el cura Hidalgo y los jóvenes militares.

La recámara de su habitacion caia á la vivienda del alcaide de la cárcel, la que, como en casi todas las capitales de provincia, estaba en los bajos de la casa del gobernador.

El alcaide, llamado Ignacio Perez, era una de las personas comprometidas en el movimiento, por sugestiones de la señora Ortiz, y ambos estaban de acuerdo en ese grave asunto.

La señora Dominguez comenzó á dar fuertemente en el piso, que como hemos dicho daba á la vivienda de Perez.

—Buen jaleo traen allá arriba, decia el alcaide.

Los golpes continuaban.

—Vamos, no puedo escribir con esta lluvia de tierra.

Los golpes se hacian cada vez mas fuertes.

—Este no es baile.... pero Ignacio Perez, algo debe acontecer, seguramente el corregidor está enfermo, y como ya está la noche tan avanzada, me piden auxilio.

—Calóse su birrete, se envolvió en su ancha capa española y salió á la calle.

—Señor Perez! señor Perez! gritó la corregidora des balcon.

—Hay novedad?

—Hablad mas bajo, ved que os comprometeis.

—Subiré entonces.

—No puede ser, se han llevado la llave.

—Qué diablos pasa? murmuró Perez.

—Estamos perdidos, alcaide.

Ignacio Perez abrió inmensamente la boca.

—Nos han denunciado y en este momento catean la casa de los Gonzalez.

—Dios mio! exclamó el alcaide.

—Serenaos; porque si no, todo se pierde.

—Hablad, señora, tiemblo como un azogado.

—Nuestros amigos van á ser aprehendidos y tal vez pasados por las armas.

—Callad, señora!

—Se necesita que aviseis con una persona de confianza al capitan Allende.

—No, yo no daré esa comision á álguien, la van á echar por un voladero.

—Pues qué pensais?

—Ir yo mismo, sí, en persona.

—Gracias, Dios mio! exclamó la esposa de Dominguez; Ignacio Perez, marchad al momento, decidle al capitan lo que pasa y que el corregidor se ha visto en el lance mas terrible al tener que sujetar á la accion de la justicia á los conjurados; pero que cuente con nosotros, yo nada temo y estoy dispuesta á sacrificar la existencia por el pensamiento santo de esta revolucion.... No dilateis, ved que el tiempo vuela y los instantes son preciosos.... si Allende no está en San Miguel, volad al pueblo de Dolores, hablad con el cura Hidalgo, decidle la angustia que sufrimos y la situacion terrible en que nos encontramos.

—Adios, señora.

—El os ilumine para salvar tanta existencia comprometida.

La esposa de Dominguez, aquella mujer sublime á quien

le rinde culto nuestra historia, ignoraba en aquellos momentos que su nombre seria guardado con infinita ternura en las páginas benditas de nuestra independencia.

Luego que Ignacio Perez se entró en la cárcel para disponer su violenta marcha, nuestra heroina se arrodilló delante de la imágen de la Vírgen, enclavijó sus manos, y fijando sus pupilas llenas de lágrimas en el rostro angustiado de la Madre de Dios, oró con ese aliento que presta al corazon la angustia humana en las horas mas negras de la tribulacion.

A los diez minutos se oyó el galope de un caballo que tomaba rumbo á las cuestas de Santa Rosa.

III.

Luego que amaneció, la señora Dominguez envió á llamar al padre Sanchez su confesor.

El padre Sanchez era un buen sacerdote, no habia tomado participio en la revolucion, pero la deseaba con ansia, porque en ella veia la emancipacion de un pueblo.

—Padre mio, dijo la señora Dominguez, anoche se ha verificado con el mayor sigilo la aprehension de todos mis amigos.

El religioso se estremeció.

—Sabedlo de una vez, nos han denunciado.

—Y qué hacer, señora?

—Es necesario dar conocimiento de todo á los amigos que permanecen libres.

—Estoy dispuesto á salvarlos.

—Para evitar sospechas, mi hijastra os acompañará; id á la casa de Arias, decidle al capitan que su arrojo puede salvar la situacion, que no vacile en dar el grito de libertad; grito que será secundado instantáneamente; porque los ánimos se encuen-

tran preparados para la revolucion.... sí, yo estoy segura que una sola chispa provocará el incendio.... Decidle que la patria lo espera todo de él, que cuenta con armas y con hombres, que salve á todos sus compañeros.... id, id al momento, no es tarde aún, y puede recuperarse todo lo perdido hasta ahora.

Levantóse el sacerdote y seguido de la jóven fué en busca de Arias, el famoso capitan que debia ser el alma de la revolucion, y que en un acceso de despecho habia arrastrado á los conjurados á un abismo con su delacion.

Arias escuchó con enfado al sacerdote que le trasmitia las palabras entusiastas de la señora Dominguez.

—Decidle á la esposa del corregidor, que me veo en este compromiso por haberme fiado de quien no debia; agregad que tengo tomada ya mi resolucion.

Dios no quiso que un miserable delator, fuera el primer héroe de nuestra independencia.

Arias se marchó en seguida á la casa del alcalde Ochoa, y delató impíamente á la señora Dominguez.

—Señor alcalde, dijo aquel hombre degradado, el corregidor está representando una farsa tristemente ridícula, ese hombre es nuestro cómplice, y su esposa, mas atrevida que él, ejerce la propaganda con una audacia sin nombre.

—Es necesario poner en cintura á esa familia; la tranquilidad y el porvenir del reino se encuentran comprometidos.... sí, nos provocan, nos insultan, quieren nuestra sangre!.... veremos cual se derrama primero.... esta lucha es horrorosa.... ellos la han provocado.... les hemos ganado por la mano.... veremos si se alza un brazo vengador; sabemos que se juega el todo por el todo en cada tumulto y no nos arredramos.... estos criollos se han alentado con los sucesos de España, pero es necesario hacerles comprender que esos negocios nada tienen que ver con ellos.... la obediencia es su consigna, y ¡ay de los que se rebelen!

—Procedamos á la prision del corregidor y su esposa.

—Es de urgente necesidad, vos me ayudareis, señor capitan Arias.

—Estoy dispuesto á cuanto ordeneis; pero salvadme.

—Eso es asunto arreglado, haced traer á vuestros soldados.

—No creo que haya resistencia por parte del señor Dominguez.

—Es que tiene mucho partido entre el pueblo y pudiera haber un conflicto.

—Es ya tarde y los vecinos de Querétaro están entregados al sueño.

—No están por de mas las precauciones.

—Como gusteis, señor alcalde.

Dirigiéronse á efectuar la prision; pero el señor Dominguez estaba en visita.

—Señor comandante Alonso, dijo el alcalde, hacedme el favor de llamar al señor Dominguez que está en la tertulia del señor don Juan Lozada.

—Al momento, señor alcalde.

Durante la ausencia de Alonso, el infernal escribano Dominguez llegó donde estaban el alcalde y Arias.

—Os he buscado toda la noche.

—Como que ya nos estábais haciendo falta.

—Ordenad, que ya sabeis que soy el mejor de los alguaciles y escribanos de la provincia.

—Pasad inmediatamente á la casa del corregidor y aprehended á doña Josefa Ortiz.

—Hum! hum! murmuró el escribano; eso de habérmelas con esa señora, tiene sus puntos y sus comas.

—Le teneis miedo?

—Mas que á Epigmenio Gonzalez, que trató de poner fuego á la pólvora.

—Eso sí es original.

—En fin, si me sucede algo, vosotros teneis la culpa.

—Respondemos de todo.

—Hasta de una bofetada que pueda darme la corregidora?

—Manos de dama no ofenden.

—Pero lastiman.

—Id, señor escribano, y no malgastemos el tiempo.

—Dios me preste su ayuda.

El escribano tomó un coche y fué á ejecutar las órdenes del alcalde.

Alonso llegó con el corregidor.

—Perdone su señoría, dijo Ochoa, pero tengo órden de proceder á vuestra prision.

—¿Vos, señor alcalde?

—Precisamente.

—Podreis indicarme el motivo?

—Se os ha denunciado como cómplice de los revolucionarios.

—Es original!

—Hay datos, entre ellos el dicho del capitan Arias, á quién teneis delante.

El corregidor fijó una mirada tenaz en Arias, que bajó los ojos no pudiendo resistirla.

—Ese hombre es el que me ha denunciado?

El capitan dijo algunas palabras entrecortadas.

—Señor alcalde, continuó Dominguez con dignidad, disponed de mi persona; pero os suplico que me eviteis la humillacion de estar en la presencia de ese miserable.

—Señor!

—Callad! el hombre que se atreve á lanzar á sus semejantes en el abismo de la muerte, no merece que un hombre honrado le dirija la palabra.

Avergonzado Arias ante el aspecto severo del corregidor se retiró con sus soldados.

—Vamos, señor Dominguez, dijo Ochoa, quedareis preso, ó por mejor decir, detenido en San Francisco.

—Como gusteis.

Era ya tan avanzada la hora, que el hermano portero se ha-

bia dormido profundamente y no oyó los fuertes toquidos dados por los alguaciles.

Algunos aseguraron que no fué el sueño del portero sino que ese dia todos los frailes habian pernoctado fuera del convento.

Fastidiado el alcalde con la dilacion condujo al señor Dominguez al convento de la Cruz, donde quedó en prision bajo una fuerte custodia.

IV.

El escribano se fué temblando en derechura á la casa del corregidor.

Llamó á la puerta con mas temor que un marido cuando llega tarde al hogar, esperando las furias de una mujer celosa.

—Quien diablos llama? preguntó entre dientes el portero.

—Avisad á la señora.

—Esa no es respuesta.

—Pues soy yo!

—Y quién es yo?

—Quien ha de ser, sino el escribano.

—Eso es otra cosa, entrad.

Dominguez subió la escalera y encontró á la esposa de Dominguez, que alarmada con las prisiones estaba en vela.

—Qué se ofrece, mi querido amigo?

—Nada---- es---- que---- en fin----

—Se os traba la lengua, señor escribano?

—Hay veces que al mas valeroso le sucede otro tanto.

—Pues explicadme vuestra presencia á estas horas en casa.

—Ese es precisamente el negocio---- hay deberes cruelísimos, señora----

—Malo! pensó la Ortiz, se trata de mi esposo.

—Le ha pasado *algo* á Dominguez? añadió en voz alta.

—Es decir.... no.... pero....

—Que hableis, escribano!

—Ya voy, señora.

—Que sea pronto; me teneis ya los nervios atacados.

—Pues señora, el alcalde Ochoa le acaba de reducir á prision.

—Miserable! exclamó la señora Dominguez, mi esposo es ya la víctima señalada por todos esos hombres declarados sus enemigos personales.

—Le han denunciado.

—Estoy al tanto de todo.

—Item, hay mas todavia.

—Qué mas puede haber despues de un atentado tan escandaloso?

El escribano á pesar de su audacia no tenia el valor suficiente para hablar á la esposa de Dominguez.

—Os veo tan perplejo, que me estais dando grima; me juzgais cobarde y apocada y recelais darme noticias mas funestas aún; yo os mando que hableis con claridad.

—Sea, puesto que vos quereis.

—Ya os escucho.

—Tengo órden de aprehenderos.

La señora Dominguez dió un paso atras.

—Atreveos, escribano! dijo con resolucion.

—Considerad que yo soy enviado.

—Y si yo me rehusara á obedecer esa órden ridícula?

—Entónces.... entónces....

—Vamos, que sois un hombre sin corazon.

—No me insulteis, yo no soy mas que el instrumento de ese mandato.

—Si no temiera comprometer á mi esposo, os juro, señor escribano, que pondria á prueba vuestro valor y ese alarde de fuerza que no me impone.

—*Esta es* mucha mujer! pensó el escribano.

—Y donde me llevais?

—A mi casa por ahora, donde se os guardarán todas las consideraciones á que sois acreedora.

—No hableis por Dios de consideraciones, cuando venís atropellando cuantas se le deben á una dama.

—Señora....

—Decis bien, sois un instrumento y nada mas; pero os anticipo que no iré á vuestra casa, vuestra presencia me es molesta en extremo, llevadme á otra parte.

—Elegid la que os parezca.

—Al convento de Santa Clara.

—Sea como vos lo disponeis.

La señora Dominguez bajó la escalera, rehusando el apoyo del escribano.

Entrose en el coche, que la condujo al convento mas aristocrático de la ciudad de Querétaro.

V.

El comandante de brigada puso órden al mayor del regimiento de la Reina, para que prendiese á Allende y Aldama, é hizo partir con ella al teniente de dragones de Querétaro D. José Cabrera, que salió por la posta para san Miguel el Grande.

Todos estos acontecimientos pasaban el 14 de Setiembre del año histórico de 1810.

CAPITULO XIII.

ENTRADA DE VIREY.

I.

La junta de Sevilla habia nombrado virey de Nueva España á don Francisco Javier Venegas, uno de los militares que mas se habian distinguido en esa lucha del pueblo español con las hordas de Napoleon I.

Venegas concurrió á la célebre batalla de Baylen, y desde entónces fué derrotado en todos los combates.

Comandante en jefe del cuerpo de reserva que debia protejer los restos del ejército derrotado en Tudela, fué batido completamente en Uclés.

Diósele en seguida el mando en jefe del ejército de la Mancha, y despues de muchos movimientos y operaciones sobre Aranjuez y Toledo, fué derrotado en Almonacid, sobre lo que le hizo graves cargos el general Cuesta.

Cuando se verificó la invasion de las Andalucías y la disolucion de la junta central, se hallaba Venegas de gobernador en

Cádiz, á cuya junta y á circunstancias de parentesco con Saavedra, individuo de la regencia, debió su nombramiento de virey de México.

II.

El 25 de Agosto de 1810, avisó el gobernador de Veracruz á la audiencia gobernadora, haber fondeado en aquel puerto la fragata *Atocha* procedente de Cadiz, conduciendo á don Francisco Javier Venegas, virey de Nueva-España.

El 14 de setiembre y en los momentos en que la conspiracion de Hidalgo era descubierta, hacia su entrada triunfal en México el derrotado de Uclés.

Venegas, dice un historiador, era alto, fornido, avinagrado, lábios gruesos, mirar ceñudo y amenazante, cabeza enorme é inclinada sobre el hombro izquierdo____*sævuislle vultus*, como describe la historia á Domiciano.

Presentóse con una enorme *furia* alborotada, y gran patilla.

La *patilla* la usaban entónces en México, los *pachones* ó *esbirros* del tribunal de la Acordada, los *matones* y *toreros:* el andar era de un sargenton ó cabo furriel atufado y dispuesto á dar muchos palos.

Venegas prestó el *juramento* acostumbrado en la sesion del 14 de setiembre.

Ya hemos descrito las festividades de la colonia, reducidas á poner cortinas en los balcones, repicar incesantemente, quemar miles de cohetes, y hacer salvas de artillería, añadiendo el perpetuo clamoreo de vivas á sus magestades y á los vireyes.

El pueblo se divertia grátis, y formaba la diversion de sus amos, que le veian rebullirse en las plazas y seguir á las bandas de música, y pararse frente á palacio esperando que su excelencia el virey se asomara á recibir los aplausos y palmoteos.

Era ya tal el disgusto de las clases todas de la sociedad, que las fiestas cívicas no pudieron galvanizarlo.

El carácter dominante en nuestro pueblo es el de la sátira, así es que los grupos se ocupaban en examinar al nuevo mandarin y ridiculizarle.

Venegas venia aparejado á la francesa.

—Qué *furia!* amigo Marroquin, decia un torero á uno de los de su cuadrilla.

—Ya estamos de moda, respondió Marroquin; nuestra patilla es igual á la de su excelencia.

—De *patillas*, *botas* y *pantalon*, hechura de Napoleon.

—Cabalmente, y mira, Saca-vueltas, esa fisonomía nada tiene de simpática, yo conozco á los *bichos* desde que asoman en el toril: este tiene mala catadura, muy mala.

—La cabeza es de jabalí.

—Y nos ve con un desprecio, que parece perdonarnos la vida. Vive Dios que ya estoy harto de esta gente!

—Tú aborreciendo siempre.

—Sí, respondió Marroquin, aborreciéndoles; porque tengo mucho que vengar y puede que no esté léjos el dia.

—Demonio! tu manía de siempre; vamos que hoy estás en cuerda para manejar la espada y harás lance en la *corrida* de esta tarde.

—Ya estoy mas que templado.

—Así me gusta verte.

—Ya me verás en ocasiones mejores.

—Cada vez que te escucho, me da mas tentacion el saber el motivo de tu enemistad.

—Mira, Saca-vueltas, que hay cosas que es mejor no mencionarlas, porque me pongo hecho un furioso.

—No comprendo nada.

—Es que cuido mucho de que no se me escape una palabra, porque temo no poderme contener.

—Yo soy tu amigo, Marroquin, soy hombre de pelo en pe-
y no he de descubrir ni pizca.
—La verdad es que ya siento gana de desembuchar; figúra-
que hace catorce años que guardo un secreto y ya me ahoga.
- Ya lo creo, á mí me seria imposible callar catorce horas.
—¿Y así quieres que te lo revele----
—Se entiende que hablo de cosas mias, enteramente mias.
—Eso es otra cosa.
—Entre paréntesis, tengo un calor endemoniado, va os á
ojar el gaznate.
—No está mal pensado.
Los dos toreros se dirigieron á la próxima vinatería y toma-
un trago de aguardiente, encendieron sus cigarros y se
aron á pasear por el atrio de Catedral.
—Vamos, Marroquin, dijo el torero Saca-vueltas: desembu-
tu historia, que tengo apetencia de saberla.
—Voy á hacer el disparate de contarla; pero me juras no
ir jamas una palabra?
—Te lo juro por nuestra patrona, y así me ensarte un toro
el redaño si digo esta boca es mia.
—Pues bien, óyeme con atencion.
—Todo me vuelvo orejas.
—Mi padre era rico, inmensamente rico; nació en Portugal.
—País de brujas.
—Precisamente---- y casó en México con una muchacha
apísima que fué mi madre.
—En paz goce.
—La pobre murió al dar á luz á unos gemelos.
Demonio!
—Yo soy uno de ellos. Mi madre era mexicana y nosotros
cimos en su país. Mi abuelita quedó encargada de cuidarnos,
mi padre caminaba con una deshecha fortuna en todos sus ne
cios. Comenzaron las envidias y las rivalidades en los nego-
s, y no sé que diablo de asunto se atravesó con uno de esos

señores de la audiencia y hasta con el virey Branciforte, á quien Dios confunda! que mi padre fué denunciado á la Inquisicion.

—Caracoles! eso pasa de castaño á oscuro.

—El cebo de tanta riqueza orilló á esos hombres infernales á levantarle calumnias espantosas.

—Malditos sean todos ellos! gritó el torero, que era un hombre de corazon excelente.

—Dijeron algo de hechizos.

—Qué mas hechizos que el oro!

—Alegaron que era portugues, y sin mas averiguacion aprehendieron á toda la familia.

—¿Y vosotros érais hechiceros tambien?

—Tambien.

—¿Y la santa de la abuela?

—Tambien.

—Vamos, que ya comienza á subírseme la sangre á la cabeza.

—Un año entero estuvimos en un calabozo horrible.

—¿Un año?

—Poco mas, hasta que un dia se notificó á mi padre que el inquisidor Núñez de Clavijero iba á proceder á las declaraciones.

—Te acuerdas de ese nombre?

—Perfectamente, como que he de buscar al miserable para *beberle la sangre.*

—Demonio! demonio! esas son palabras mayores.

—Y tan mayores que lo juro por la memoria de mi padre.

—Adelante.

—Mi padre estaba ignorante del motivo de la acusacion.... Mira, Saca-vueltas, tú me has hecho hablar, y esto me indica que despues de un silencio tan grande va á caer fuego del cielo.

—Prosigue.

—Noche espantosa!.... me parece ver el salon: estaba envuelto en tinieblas, solo se distinguian los aparatos del *tormento.*

—Hasta se me encrespan los cabellos, dijo el torero.

El inquisidor Núñez de Clavijero estaba arrebujado en un manto negro, y tenia puesto un birrete tambien negro que le llegaba hasta las cejas; su faz estaba amarilla, como una vela de cera, y sus manos algo trémulas---- con aquella mano dió la señal de muerte!---- Es necesario que lo sepas todo---- mi padre, al verse presa de una traicion tan desleal é infame, se indignó con esa energía de los hombres honrados, y vertió palabras tal vez inconducentes.

—Y entonces?

—Entonces, aquella mano trémula y descolorida se alzó, y---- rayos y truenos!

—Hola! hola! gritó el torero.

—El verdugo se adelantó y puso á mi padre sobre unos maderos en forma de cruz---- rechinó la madera y los huesos de mi padre crugieron----

—Que cargue el infierno con esa gente! exclamó Saca-vueltas dando un puñetazo en el muro de la catedral.

—Mi padre dió un alarido espantoso, al que respondí con otro mas hondo de dolor. Dos enmascarados, sin compadecerse de aquella situacion, le descargaron sobre el pecho, un golpe con una vara de hierro que se introdujo en el pecho de donde salió un torrente de sangre.

—Eso es mas que inhumano, es bárbaro!

—Aquella sangre salpicó mi rostro y aun la siento arder sobre mi frente!----

—Marroquin, tú has sufrido lo que ningun hombre.

—Sí, aun falta todavía.

—Ira de Dios!

—Me volví para estrechar á mi hermano á quien sentia temblar junto á mí---- estaba en el suelo con los ojos desencajados y los brazos contraidos---- habia muerto de terror!----

—Abominacion!---- infamia!----

—Sí, dijo Marroquin con voz ronca, en aquel salon habia dos cadáveres---- el de mi hermano y el de mi padre!----

Algo debió notar el torero en el semblante de su amigo, porque con voz trémula le dijo:

—Marroquin, llora, da de gritos, mira que te vas á sofocar.

El jóven no respondió.

—Que llores, con dos mil demonios!---- mas valia que hubieras callado siempre!---- Vamos! que uno no es de piedra---- y----

—No importa! balbutió Marroquin.

—Pero eso ya debe haberse calmado con el tiempo.

—El tiempo!---- el tiempo!---- tú ignoras que hay llagas que el tiempo las ahonda en vez de cicatrizar---- la mia es una de ellas---- yo necesitaba algo que apagase la sed de venganza que me consume desde entonces---- al fin encontré algo en que desahogarme y acepté esta profesion de sangre y de peligro---- Cuando me ves blandir la espada sobre el terreno y aguardar á la fiera con serenidad, no creas que es valor, es que hay algo dentro de mí que me impulsa á la muerte, á paladear la sangre, á empaparme en ella---- entonces mis recuerdos se exaltan, creo que mi hora ha llegado, veo en el toro al fantasma de mi venganza, y lo acometo y lo extermino y lo derribo y lo venzo!---- sí, mi brazo está empapado en sangre hirviente, yo, jadeante de cansancio y satisfecho!----

—Tienes razon!

—Por la noche sueño, sueño con las visiones de mi memoria, con el mundo oscuro de mis recuerdos---- y me agito en negras pesadillas y me parece oir á lo lejos la voz de mi destino----

—Este hombre me asusta, pensó el torero. Vamos, Marroquin, se hace tarde y la corrida comienza á las cuatro.

—Vamos

II.

El virey se entró en el salon de palacio, leyó los despachos de la junta y una larga lista de condecorados, concluyendo con una exposicion *sencillísima* en que pedia á los leales vasallos de su magestad un préstamo de *veinte millones* de pesos.

Acabada la ceremonia se dió un convite espléndido, que no supo bien á las autoridades despues de la píldora de los millones.

A las cuatro de la tarde avisaron á su excelencia que se le esperaba en la plaza para comenzar la corrida de toros que se hacia en celebracion de su llegada á la capital del reino.

En la plazuela del Volador, donde hoy existe el mercado principal, se improvisó la plaza de toros.

Unos palcos preciosamente adornados con trofeos y banderas y una suntuosa galería, formaban el círculo.

Distinguíase el palco del virey por su lujosa ostentacion.

Cuatro músicas de viento alternaban, y la multitud inmensa que poblaba la plaza no cesaba de gritar.

Presentóse su excelencia y fué saludado estrepitosamente por el pueblo y los grandes.

Sonó el clarin y la cuadrilla de toreros salió por la puerta que veia al palco de la autoridad.

Marroquin era el capitan: traia un vestido de seda carmesí con borlas y fleco de oro.

La chaquetilla y la gorrita cargados de bordados magníficos, las medias de seda finísima, y las zapatillas de seda con moños de oro y listones carmesí.

La camisa de batista, y la corbata bordada de oro.

Marroquin era un buen mozo, lucia con todo su esplendor su cuerpo gallardo y su pantorrilla.

Los ademanes eran estudiados, y tenia, sin saberlo, las reglas extrictas de la mímica.

Saca-vueltas era el segundo capitan: su arreo era de azul y plata, tan rico y lujoso como el de Marroquin.

Seguia el resto de la cuadrilla tanto de á *pié* como de á *caballo*, vestidos con un gusto esquisito.

Llegóse aquella deslumbrante comitiva, saludaron todos al virey y se dispersaron por la plaza.

Los caballos ganaron á escape los lados del toril.

Cesó la gritería por un momento en espera de la señal.

Oyóse el eco del clarin, y las puertas del toril se abrieron.

Un arrogante toro de Atenco se dejó venir sobre la arena.

Plantóse en la mitad del estadio, reconoció el terreno, escarbó la tierra con su pata y buscó enemigo con quien combatir.

Fijóse en un ginete que se le acercaba á galope tendido---- retrocedió algunos pasos y se lanzó sobre él con ese arranque indomable de su raza.

El hábil *picador* lo recibió con la *garrocha* conteniendo su empuje terrible.

Un aplauso se levantó de aquel mar de gente.

Bramó el toro y buscó instantáneamente la revancha.

Entonces el ginete, queriendo repetir su golpe, no cuidó de presentar el menor blanco á la fiera, y ladeando el caballo mas de lo que debia, segun las reglas de la tauromáquia, se encontró en una postura incómoda que le impedia manejar su arma con la extension de su fuerza.

El toro dió sobre el flanco é introdujo el asta en el vientre del caballo, levantándolo en peso con el ginete---- ¡asombro de fuerza y de bravura!

Aquella situacion no podia prolongarse; derrumbóse el animal herido, dejando cogido al ginete por una pierna.

El grupo de toreros se lanzó á defender al picador, que pugnaba por zafarse de la silla.

El toro se encontró rodeado, y separando sus astas ensan-

grentadas comenzó á seguir á los toreros que no cesaban de agitar sus capas para atraerle.

El picador pudo entre tanto salvarse.

El caballo, pisándose las vísceras, desapareció por una de las puertas para espirar á pocos momentos.

Un segundo toque de clarin sonó en el palco del virey.

Saca-vueltas se presentó en la arena llevando en sus manos unas elegantes banderillas con listones donde se leian varios lemas.

Púsose en el centro de la plaza, dió tres golpes con el pie en la arena y llamó á gritos al toro.

La fiera se sintió provocada, y cerrando los ojos se vino en derechura del torero ufano de su primera victoria.

Saca-vueltas no esperó mas, se lanzó en su busca, encontrándole á poca distancia, y con una habilidad reconocida le colocó las banderillas y zafó el cuerpo con una evolucion sorprendente.

Un golpe de música saludó al torero, que con el mismo éxito banderilló repetidas veces á la fiera.

Un tercer toque hizo callar á la música y guardar silencio á la multitud.

Marroquin, sin apercibirse de que el toro estaba á corta distancia, se adelantó pausadamente hasta colocarse frente al palco principal, pidió la *vénia*, y tomando la espada buscó al toro para darle la muerte.

Despejóse la plaza enteramente.

El hombre y la fiera quedaron solos en el terren

La lucha era desesperada.

Marroquin ocultó el arma echand
que empuñaba el acero, y con la
carnado provocando la embe

La fiera entró en recel
sando nubes de polvo

Marroquin hizo varios movimientos para azuzarle hasta conseguir se le viniese encima.

Esquivó por tres veces el golpe; la fiera empeñada en desaparecerle, hizo su último esfuerzo concentrando todo su empuje.

Entonces el torero tendió la espada sobre la muletilla, le esperó á pie firme y le introdujo el acero, que penetrándole en el corazon, le hizo rodar instantáneamente por la arena.

Marroquin apoyó su pie sobre la cabeza del toro y saludó vencedor á la concurrencia.

Las señoras agitaban los pañuelos y las músicas tocaban himnos marciales.

Un aplauso unánime, atronador, gigante, se levantó por todo el ámbito de la plaza como un homenaje al valor y destreza del torero.

El virey arrojó multitud de monedas de oro, lo mismo que los concurrentes.

Marroquin volvió á la barrera, dejandoque uno de los toreros recogiera las galas.

Siguió la corrida con lances mas ó menos difíciles, manifestando siempre la cuadrilla su pericia y habilidad.

En medio de la gritería se distinguió un acento robusto, que sobresaliendo entre aquella tempestad, decia claramente:

—Desquítate con los toros! desquítate!---- toda es sangre!.... toda es sangre!---- Marroquin!---- Marroquin!---- acuérdate [illegible] tu padre!----

[illegible] Marroquin lleno de coraje buscando á la persona [illegible]ondia á los gritos de su corazon, y se encontró [illegible] lraja, que riendo á carcajadas no cesaba [illegible] ¡toda es sangre!----

IV.

El virey se retiró antes de que concluyera la funcion; porque en la misma plaza recibió unos pliegos de la mayor importancia.

—Hay alguna novedad? se atrevió á preguntarle el regente que se hallaba en su mismo palco.

—Hemos estado á punto de tenerla, y muy grave, respondió Venegas; ya verán como me porto; afortunadamente ya están en nuestro poder los perturbadores; sin tener la pretension de justiciero como el conde Revillagigedo, verán si sé hacerla y muy cumplida: este será mi primer acto en el gobierno de las Indias.

Aquel hombre ignoraba que en aquellos momentos estaba próximo á su erupcion el volcan revolucionario.

CAPITULO XIV.

EL PÍPILO Y EL ALCAIDE.

I.

Ignacio Perez salió de Querétaro á escape rumbo á San Miguel el Grande, donde le importaba llegar antes que la fuerza de los españoles.

Caminaba el bueno de Ignacio Perez aguijoneado por el miedo, que comunica la velocidad del vapor, cuando se destacó uno de esos aguaceros terribles de Setiembre, que le imposibilitaron seguir su camino.

Detúvose en una casuca donde se habian acogido varios pasajeros huyendo del estrago de la tormenta.

—Hola, patrona! dijo el alcaide á una moza que repartia aguardiente entre sus huéspedes, necesito de vuestro auxilio porque estoy hecho una sopa.

—Señor caballero, en mi pobre choza nada se encuentra sino una buena voluntad, tomad un trago y os sentireis aliviado de la fatiga; dadme vuestro *jorongo* para acercarlo al fuego; porque supongo que deseais dormir abrigado.

—Os equivocais, patroncita, espero que se calme el agua para seguir.

—Y hácia dónde os dirigís?

—Voy á un negocio á San Miguel, figúrese la patrona que me quieren birlar unos *zarapes* magníficos que tengo compromiso de entregar en Querétaro.

—Eso no vale la pena.

—Patrona, no sabeis lo que se pesca.

—Contadnos algo de novedades.

—Yo no me meto donde no me llaman, ni esos negocios me importan un comino, yo soy hombre trabajador.

—Nadie dice lo contrario, creia que algo alcanzábais de los rumores que han corrido.

—En fin, patrona, con vuestro permiso me acerco á la lumbre, si no molesto á estos señores.

—Por mí, dijo un anciano, me felicito de tenér tan buena compañía.

—Hola, señor de Sariñana, vos por las ventas del camino?

—Que quereis? voy para Dolores.

—Me alegro, si deseais partir conmigo, dentro de un cuarto de hora ya estamos corriendo por esos mundos de Dios.

—Me conviene, sobre todo, por ir en tan buena compañía.

—Gracias. Y cómo seguís de vuestro pie?

—Ya os he contado que hace muchos años me hicieron la amputacion, pero tan mal ejecutada, que una pequeña llaga se me ha hecho crónica en el muñon.

—Os hará padecer mucho.

—Mucho, amigo mio; pero no me priva de montar á caballo como el mas diestro.

—Eso quiere decir, que inválido como estais....

—Sí, me echo con vos en esto de correr.

—Haremos una apuesta.

—La acepto.

—El que llegue mas fatigado á San Miguel paga el almuerzo, porque llegaremos un poco tarde.

—Patrona, compadeceos de mi caballo que no ha cenado.

—No necesito de advertencias, ya el animal está tomando pienso antes que el señor caballero.

—Gracias.

El inválido y Perez se pusieron al fuego para recuperarse porque la caminata era larga.

A pocos momentos se oyó un tropel de caballos.

—Señores, dijo la patrona, el señor teniente Cabrera acaba de llegar con cuatro dragones, viene punto ménos que empapado.

Al oir Ignacio Perez que estaba en la venta el teniente, dijo al inválido:

—La agua ha cesado un poco, marchémonos.

—Sí, esta gente me fastidia, soldadones mas estúpidos y canallas!....

—Callad, que ya entra ese teniente.

—Aligeremos el paso.

—Patrona, ya nos veremos.

—Señores caballeros, el agua cae á terrentes.

—No importa, haced que dispongan los caballos.

Salió la patrona, que volvió á pocos minutos.

—Adios, señores, y pasadla bien, dijo el inválido.

Ignacio Perez llamó fuera de la casa á la patrona y en voz baja le dijo:

—Conviene mucho que el teniente Cabrera permanezca aquí algunas horas.

—Os diré que me enamora.

—Ese es un motivo mas para que le obligueis á quedarse.

—Bien, pero explicadme lo que pasa.

—Vuestro querido cura Hidalgo está en peligro.

—Dios mio!

—El teniente Cabrera lleva órden para aprehenderle.

—Os juro, señor Perez, que detendré á ese majadero mas de lo que piensa.

—Yo marcho á avisarle.

—Id, señor Perez, pero decidme ántes que hago con los papeles que tengo.

—Guardadlos y no deis á entender nada.

—Es que tengo algunos pertenecientes al capitan Allende para entregárselos al capitan Arias.

—Ni lo digais, ese infame ha denunciado á todos.

—Echaré al fuego todos los papeles.

—Al instante. Temo un cateo, ya saben que los hilos de la revolucion se extienden por todas partes, y que en cada pueblito hay agentes para la correspondencia y dar avisos.

—Me dejais temblando, señor Perez!

—Como cumplais con mi encargo, respondo de dar el aviso á tiempo.

—Descuidad, con una mirada clavo al teniente Cabrera lo ménos cuatro horas.

La patrona tenia unos ojos tan traviesos que Perez no puso en duda su aserto.

—Idos, señor Perez, idos y que Dios os proteja.

El inválido y el alcaide se pusieron en camino, en medio de una tormenta espantosa.

II.

El valiente *Pipilo* saltó sobre la mula de fray Angel de la Divina Infantita, dejando al eclesiástico en audiencia con el intendente Riaño, quejándose amargamente de que el corregidor Dominguez se rehusaba á entregarle á la novicia escapada del convento de la Enseñanza.

Mientras fray Angel hacia argumentos y echaba latinajos,

y ponia los ojos en blanco para interesar en su causa al intendente, este no ponia el menor cuidado, bajo la preocupacion de la denuncia.

Despues de una hora larga de tolerar á fray Angel, le dijo:

—Ya veremos lo que se hace, por ahora permanecereis en Guanajuato, mientras resuelvo lo conveniente.

—Señor, respondió el fraile, mire usía que el Santo Oficio está interesado en la conservacion de la fé y de la religion; ese señor Dominguez no es tan ortodoxo como se cree, yo he llegado á sospechar que....

—¿Qué habeis sospechado, fray Angel?

—Que.... que....

—Si no hablais no habrá modo de entenderos.

—He sospechado que no es muy católico.

—Vamos, yo creia que era otra cosa.

—No os parece demasiado?

—Sí, nos veremos mañana.

—Quede su excelencia con Dios.

Salió el fraile y se encontró con que su mula habia desaparecido.

—Renegando del intendente que le habia detenido tanto en la antesala, y del ladron á quien calificaba de sacrílego, se echó á burcar á la justicia de la ciudad para denunciarle el crímen de abijeato.

El Pípilo era *barretero*, y por consiguiente adolecia de ese carácter franco y abierto que distingue á esos hombres atrevidos que trabajan en las entrañas de la tierra.

Pasan la semana en las tinieblas y al aparecer en la superficie, se sienten animados por la luz, por el aire, por el calor del sol, y su alma llena de expansion alienta libremente en los sentimientos de generosidad.

El pueblo de Guanajuato es indomable, altanero, atrevido; pero se le dulcifica con una palabra como el acento llegue á tocar su corazon.

Ese pueblo ve el oro con desprecio, quizá porque le es familiar.

El oro cae á sus piés al golpe de su brazo, parece que él lo produce en el choque del hierro contra la roca, como el relámpago en el atropello de las nubes.

Guanajuato es una ciudad de las *Mil y una noches;* un genio la ha colocado sobre un pedestal de oro!

¿Para que necesita el agua, si la atraviesan corrientes de plata?

El mundo nuevo pega su labio sediento en sus manantiales, el mundo viejo le pide ansioso sus lágrimas.

Guanajuato era un altar en el paganismo azteca, donde se liquidaban los rayos del sol, para que los hombres los recogiesen sobre la tierra.

La conquista de aquel suelo de promision calmó el hambre de la Europa, que lo asaltó lleno de harapos bajo el hierro de sus broqueles.

En el tiempo á que nos referimos, yacia encadenada á sus montañas como Prometeo, devorando sus entrañas las aves carnívoras.

Prometeo es el mito del fuego.

Guanajuato el mito de la riqueza.

El oro es el fuego del siglo XIX.

III.

Seguia el Pípilo á todo correr, contra el sentir probablemente de la mula, que durante muchos años no habia salido de su paso.

El Pípilo se desesperaba porque el animal se detenia en cada casuca del camino.

—Demonio! decia el barretero, esta mula es muy hábil, no hay

choza donde no haya una guapa móza, que no se pare por instinto, no parece sino que las husmea.

Efectivamente, el animal acostumbrado á las visitas de fray Angel, se detenia por costumbre frente á las puertas, las muchachas salian á ver si era su confesor, (se entiende no la mula, sino el ginete) pero luego que reconocian al minero, hacian una mueca y le daban con las ventanas en la cara.

El barretero arremetia á chicotazos contra el animal y seguia su camino.

—Voy bien, el extraordinario no pasa aún---- si nos encontramos sobre la vía lo detengo, y si se resiste le abro un *barreno* en la barriga, como hay Dios---- he prometido llegar antes que la órden y lo cumplo---- si me sucediera un chasco me dejaría ir al *tiro* de la Valenciana de cabeza---- eso de tocarme al *curita*, ni lo sueñen---- lo cierto es que le han cogido la podrida y en un descuido lo *calan*---- Esta mula va muy fatigada---- no importa, á caballo ageno, espuelas propias----

La mula estaba á punto de hablar, cansada de tanto correr y molesta por tanto azote.

Aseguran algunos peritos en la materia que no seria el primer caso.

—Viva la libertad! gritó el barretero al ver las torres de San Miguel, ya están salvados---- he triunfado---- victoria---- victoria!

—Muchacho, estás loco? dijo un ginete acercándose al Pípilo.

—No señor, sino que me da gusto ver el rio de San Miguel.

—Eres aficionado á la agua?

—Sí, muchísimo.

—No tendrás queja por lo ménos hoy; porque ha llovido que da grima.

—Ya estoy acostumbrado.

—Y de donde vienes?

—De Guanajuato.

—Cuando saliste?

—Desde ayer mañana

—Eres muy feliz, yo me puse en camino entrada la noche, y he corrido con desesperacion; figúrate que vengo de extraordinario.

—Malo.... malo.... murmuró el *Pípilo*, este es mi hombre!

Y luego dijo en voz alta:

—Quiere su merced desayunarse?

—Ya nada mas falta media legua.

—Eso ha de ver su merced, nos detendremos en esta casita que es de mi compadre Marcial; descansaremos un momento y entramos de refresco á san Miguel.

El extraordinario, que estaba magullado con la caminata, aceptó la invitacion del barretero.

Llegaron á la choza y entregaron á un indito sus caballos.

—Compadre Marcial, necesitamos meter algo debajo de las narices.

—No uso polvo.

—Mejor, habrá algo de *caracas* y buena leche.

—Eso sí, compadre, éntrese y lo mismo el señor caballero.

—Gracias.

El Pípilo y su compañero entraron en la casa. El Pípilo hizo una seña á su compadre, que en el momento entabló conversacion con el acompañante del barretero.

—Con el permiso de las buenas personas, voy á hablar á la comadre y á hacerle un cariño al ahijado.

—Está bien.

El Pípilo penetró en el interior de las habitaciones.

—Compadre, dijo la mujer de Marcial, bendito sea Dios que lo vemos por aquí.

—No hay tiempo que perder, comadre: el señor cura de Dolores y el amigo Allende están descubiertos en lo del *tumulto*, ya los señores de Guanajuato se han puesto al tanto de todo y los mandan poner presos.

La mujer de Marcial se puso pálida como un difunto.

—Cristiano, que me cuenta!

—Lo que oye, y no levante la voz; porque está hablando con el compadre el señor que trae la órden.

—Y qué hacemos?

—Dilatarle el desayuno miéntras llego á San Miguel y le aviso al capitan.

—Váyase, compadre, está ensillado el caballo de Marcial, tómelo y no pierda tiempo.

—Nos veremos muy pronto, adios.

—No tenga cuidado, yo le hecho una plática al amo que dure media hora.

—Se lo recomiendo, y adios.

La mujer de Marcial desempeñó perfectamente su papel: el marido la reñia por la dilacion á grito partido.

Despues de media hora presentó al huésped el chocolate y se puso á darle conversacion, miéntras el Pípilo á todo escape llegaba á la ciudad de San Miguel el Grande.

IV.

El capitan Ignacio Allende era un guapo mozo, y ya lo hemos visto en las juntas lleno de entusiasmo, ser el alma de la conspiracion.

Allende todo se lo prometia de su arrojo, y tenia razon, porque su alma no conocia horizonte.

Preocupado con la empresa gigante que iba á acometer, su cabeza era un mundo de pensamientos encontrados, hablaba solo, en el espejismo del porvenir se habia soñado grande y lo sería, porque su voluntad era inflexible.

Jóven, valiente, afortunado é instruido en el arte de la guerra que habia estudiado, en la predestinacion de su espíritu alumbraba con su genio el abismo que otros hallaban oscuro y cubierto de sombras.

La mañana del 15 de setiembre se encontraba en su casa y en el departamento mas retirado, haciendo planes de fortificacion y defensa de plazas.

Estudiaba el modo de convertir en soldados á hombres que jamas habian empuñado las armas, todo por medio de la estratejia.

Veia el modo de duplicar la fuerza por medio de parapetos y pensaba en la fabricacion de armas.

Aquella imaginacion volcánica presentaba ejércitos, trenes de guerra, mentia combates y asaltos, y al pensar que seria la figura prominente en medio de aquel huracan de gloria y de peligro, se enloquecia de entusiasmo.

Inmortalizar su nombre, hacer libre á un pueblo, luchar, vencer, he aquí el orgullo de su alma y la ambicion gigante de su espíritu.

Envuelto en aquel mar agitado, no apercibia los golpes que una mano robusta daba sobre la puerta del aposento.

Cuando arrojó el lápiz de la mano, con que habia estado trazando líneas en el papel, y volvió en sí de su vértigo, notó que llamaban.

Abrió la puerta y se encontró con el barretero.

—Qué me quieres?

—Necesito hablar á su merced.

—Entra.

El Pípilo sacó del forro del calzon un papelito y lo entregó al capitan.

Allende pasó la vista por la esquela trazada violentamente, la volvió á leer y la hizo pedazos.

—Sabes tú el contenido de este papel?

—Sí, señor capitan, la persona que me encargó entregarlo, me dijo: dí al capitan Allende que lo han denunciado, que se salve.

—Está bien.

—No mucho, he dejado á media legua de aquí al extraordinario que trae la órden para que arresten á su merced.

—Le has visto? preguntó Allende con ansiedad.

—Ha sido mi compañero de viaje, y á propósito le he mandado detener en la casa del compadre Marcial.

—Muchacho, tú eres un valiente, y te debo la vida; marcha inmediatamente á Dolores y avisa al cura; dile que arregle lo que le parezca mientras yo concluyo este negocio.

—Está bien, capitan.

—Toma dinero.

—Me sobra, respondió el Pípilo dándose un golpe en la bolsa del calzon que llevaba llena de plata.

—Bien, pronto nos encontraremos sobre el camino.

El Pípilo se marchó rumbo á Dolores.

Allende salió inmediatamente, montó en su caballo y se dirigió al encuentro del extraordinario.

El compadre Marcial y su esposa desempeñaron fielmente su comision.

El enviado del intendente Riaño se impacientó con la tardanza del barretero y sin esperar mas tomó el rumbo de San Miguel. Diremos de paso, que ignoraba la mision importante que lo llevaba á esa ciudad.

A la entrada de San Miguel se encontró con Allende.

—Disimulad, vos sois el comisionado de Guanajuato que trae unos plegos?

—Precisamente.

—Os habeis detenido mas de lo regular, sabiendo que interesan al bien público.

—Os juro que lo ignoraba.

—Primero han llegado otros avisos que vos.

—Perdonad, señor capitan, me detuve un instante....

—Mal hecho; dadme los pliegos.

El extraordinario, sin sospechar nada, entregó el cartapacio.

—Tomad la cubierta y regresad en el acto.

—Estoy sumamente cansado.

—No importa, en servicio del rey no debe haber omisiones, tomad ese dinero y regresad.

—Está bien.

—Decidle al intendente que sus órdenes serán cumplidas en el momento.

—Dios guarde al señor capitan.

Cuando el enviado se perdió en las sendas del camino que va para Guanajuato, Allende abrió el pliego y vió que tenia en su mano la órden fatal de su arresto.

—Me he salvado.... yo podia en este momento dar el golpe; pero necesito consultar con el señor Hidalgo.... Vamos, que es un lance que no esperaba.... los momentos urgen, marchemos, no es dificil que llegue otra órden y entónces no hay remedio.... Es necesario avisar á los compañeros; pero la dilacion puede causar un mal irreparable; ademas que Aldama y Abasolo se encuentran de destacamento y llegan esta tarde.

—Demonio! en este momento llega Aldama, esperemos á que pase por este sitio.

—Hola! Ignacio, qué andas haciendo por los suburbios? seguramente estás de conquista.

—Para conquistas estamos!

—Estás muy raro.

Allende se acercó al oido de Aldama y le dijo algunas palabras.

—No importa, ya lo esperaba, dime lo que piensas.

—Marchar al momento.

—Soy de tu opinion, y lo mas pronto que sea posible.

Sin vacilar, azotaron fuertemente sus caballos y á todo escape se dirigieron al pueblo de Dolores.

V.

Miéntras que Ignacio Perez y el inválido Sariñana volaban rumbo á San Miguel, el inocente teniente de dragones era presa del magnetismo impío de los ojos de la patrona, que alegre y vivaracha daba un rudo ataque de coquetería á su pretendiente.

—Vamos, Petronila, si me ves de ese modo voy á perder el juicio!

—El señor teniente está de broma.

—Que broma ni que juego! si estoy enamorado hasta los tuétanos.

—Eso me dicen todos mis novios.

—No importa, puede ser cierto; porque con tus miradas eres capaz de quemar al sol.

—Y todo eso á que viene?

—A que estoy por tí que me bebo los vientos y.....

—Yo no me atengo sino á las pruebas.

—Estoy dispuesto á darte cuantas exijas.

—A que no cumple el señor teniente lo que ofrece?

—Probemos.

—Pues al terreno, necesito que se quede esta noche para poder hablar.

—Cáscaras! eso es imposible, muchacha, voy de extraordinario.

—Ya esperaba la respuesta.

—Me comprometeria espantosamente.

—No quiero ser impertinente, váyase su merced.

—Perder un lance tan bueno es una barbaridad, decia entre dientes el militar.

—Quedaos hasta la tarde.

—Imposible.

—Pues voy cediendo mas de lo regular.

—Mira, chica, un par de horas será lo mas que pueda estar en tu casa.

—Vaya tres; porque mi padre tiene que salir al campo.

—Convenido.

—Pues ya sabeis, dentro de tres horas nos veremos en el próximo bosquecillo.

No faltaré.

—Tres horas, decia Petronila, y una que le haga esperar son cuatro; el negocio es hecho.

El teniente de dragones salió al terreno convenido y se apostó en el bosque.

La impaciencia mas grande le devoraba, el aguacero seguia en toda su fuerza y el infeliz amante de la patrona corria un bromazo de lo lindo.

Aburrido soberanamente con la tardanza y no queriendo faltar á sus deberes, azotó su caballo, que resbalando en el lodo apenas podia dar un paso.

Desde la puerta de la casita lo vió marchar la patrona con una risa de burla tan incisiva, que si el teniente la hubiera visto, se tira de las orejas como un desesperado.

VI.

Ignacio Perez y el inválido llegaron á San Miguel el Grande.

El alcaide corrió en busca del capitan Allende, que habia partido ya, y no tuvo mas remedio que pasar al cuartel donde el capitan Abasolo llegaba de partida.

—Qué hace por aquí el señor alcaide?

—Señor, un negocio de urgencia me trae á vuestro lado.

—Bueno será ello.

—He buscado al señor capitan Allende, cuyo paradero se ignora.

—Y qué le quereis?

—Señor, la conspiracion está descubierta y viene tras de mí un teniente de dragones de la reina, con la órden de arresto.

—Malo, malo!

—Creedme, señor, y salvad a todos los compañeros.

—Decís que Allende no está en su casa?

—No señor.

—Habrá sabido algo?

— Lo ignoro.

—Y has visto al capitan Aldama?

—No señor.

—Amigo mio, dijo con calma el capitan, estas cosas no tienen remedio y es necesario darles una pronta solucion.

—Estamos perdidos; en Querétaro han arrestado al corregidor y á todos los comprometidos.

—La cosa va de mal en peor.

—Se han ensañado contra los amigos.

—Era natural; ¿y estais mny cansado?

—Disponed de mí.

—Pongámonos en camino para Dolores.

—Al momento.

—Es necesario que el cura Hidalgo esté al tanto de lo que pasa.

—Me parece muy bien.

—Pues andando, que el tiempo vuela.

—Por mí á la hora que gusteis.

Abasolo llamó á uno de sus sargentos, que estaba tambien en la conspiracion, y le dijo:

—Estamos descubiertos, vuestros nombres no aparecerán en la lista de los denunciados, estad alerta y esperad mis órdenes; buscad á los capitanes Allende y Aldama, y avisadles.

—Está muy bien, mi capitan, ya sabeis que nosotros seremos fieles hasta la muerte.

—Lo sé, hijo mio; si encontrais á mis compañeros, decidles que parto en este momento á Dolores en busca del cura Hidalgo.

—Adios, y no hay que desmoralizarse.

—Es muy poco eso para nosotros.

El capitan Abasolo estrechó la mano de su sargento, y acompañado de Ignacio Perez y el inválido emprendió su camino ya cerca de las tres de la tarde del dia 15 de setiembre de 1810.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

Dios, mi brazo y mi derecho.

CAPITULO I.

UNA NOCHE HISTÓRICA.

I.

El viajero que sale de la encantadora ciudad de San Miguel el Grande, caminando hácia el Norte, encuentra un sendero pedregoso que guia á la ruta que parece encumbrarse á la cima gigante de la Sierra.

Una pendiente suave por el costado de las montañas conduce á un valle solitario y amurallado, excepto por el rumbo donde se observa el camino real, apercibiéndose en el fondo una claridad purísima, en cuyo azul del horizonte se dibujan rocas y montañas como las olas de un mar lejano.

Siguiendo ese sendero abandonado y silencioso, en cuyos lados se extiende una sucesion de nopales y arbustos, se divisa una torrecilla que se destaca como una aguja en el poético caserío.

La torre es blanca y se alza sobre el vapor rojizo del valle, teniendo á su pie un canastillo de yerba que parece alfombrar el átrio de la iglesia.

Poco á poco el viajero descubre una casa aislada, despues otra, á gran trecho otra, hasta penetrar en una calle formada por dos hileras de habitaciones bajas, algunas con rejas de madera y otras de fierro.

Todas las ventanas están cerradas, la calle sola.

Por intervalos se oye el chasquido del látigo y el silbo del arriero que conduce su *atajo*, y el monótono ruido de los cencerros.

Uno que otro postigo se abre, asoman un par de ojos negros y brillantes, y el postigo se cierra instantáneamente.

Los muchachos lanzan algunos gritos azuzando á los perros, que siguen ladrando á las mulas, y todo vuelve á quedar en silencio.

La plaza del pueblo la forman algunos edificios, dos portales y la parroquia, que es una capilla modesta, rústica, se puede decir, con toda la sencillez de los tiempos primitivos de la colonia.

Unos arriates enjarrados de colorado, forman un cuadro en la plaza, y los árboles que contienen, dan abrigo y sombra á multitud de pajarillos, que al caer de la tarde cantan sus últimos trinos sobre las ramas.

Detras de la parroquia, y á los costados en direccion al camino del Interior, se extiende una sucesion de casas de un solo piso, que cada una tiene un jardin lleno de flores, y sus vides que trepan por las cercas tapizando los muros medio derruidos.

Este grupo de casitas y de viñas que parecen buscar arrimo en la iglesia, es lo que aparece en lontananza como un canastillo tirado al descuido al pie de la torre.

Tal es el pueblo histórico de Dolores.

Desde el momento en que el viajero sabe que se encuentra [illegible]orta distancia, comienza á fijar tenazmente su vista con [illegible]lla emocion ardiente con que un hijo se acerca al hogar de [illegible]elos.

Los árboles, las piedras, las casas, la arena, el rumor, el silencio, todo envuelve el mas sagrado de los recuerdos.

Algo se busca en aquel sagrado recinto.

Por instinto invencible el viajero se descubre la frente, sus ojos se llenan de lágrimas y su corazon se estremece de ternura!----

Nosotros hemos pasado por tu suelo en los dias aciagos de la revolucion, y hemos caido de rodillas y empapado con nuestro llanto aquella tierra sagrada!----

Salve! salve tres veces, cuna de la libertad y del heroismo! Que el sol de los recuerdos ilumine tu frente en un dia inmortal! que la sombra de nuestros mayores que vaga indecisa sobre tus muros, vele tu sueño y el génio te cubra con sus alas como el sagrario que contiene la hostia de nuestras esperanzas y de nuestras creencias!

II.

La memorable noche del 15 de Setiembre de 1810, Hidalgo se encontraba en su curato de Dolores.

El trascurso del tiempo habia obrado una completa metamórfosis en el alma gigante del antiguo rector del colegio de San Nicolas.

Ya no era aquel hombre que despertaba al estruendo de la revolucion francesa y saturaba su espíritu con las corrientes abrasadas de aquel pueblo, en el movimiento mas asombroso que se registra en el álbum del siglo que acaba de hundirse.

Las ideas habian tomado otra forma real en su desarrollo práctico; Hidalgo habia establecido una colonia modelo bajo la base civilizadora del progreso y del adelanto.

Llamó, como el Salvador, al ciego y le hizo ver la luz.

Trabajando en el silencio místico del confesonario, habia infiltrado en sus colonos la idea de la emancipacion en el trabajo.

Estableció fábricas, hizo plantíos, inauguró academias, llevando como guia el pensamiento de la libertad.

Este pueblo, decia Hidalgo, tiene que tropezar ante el obstáculo de la dominacion y marchará solo á romper el dique que se opone á sus avances; pongámosle en el camino y encomendemos al tiempo lo demas.

La tierra dió sus frutos y los colonos no pudieron aprovecharlos, porque tenian sobre su frente el anatema civil y religioso.

Este encadenamiento del trono y el altar era peligroso en los momentos de la revolucion; porque esa liga podria arrastrar á ambos poderes á un abismo.

El pueblo dormia en el letargo de la conquista, era necesario que una mano atrevida hiciera crugir los hierros para despertarle.

Ante los obstaculos de una negativa perpétua y perenne contradiccion, los ánimos se exaltarian hasta lanzarse en el terreno de la revolucion.

He aquí lo que esperaba Hidalgo.

El sacerdote fiaba al tiempo la ejecucion de su obra; pero llegó á comprender que la humanidad no puede dar un solo paso sin estremecer al mundo.

Que esperar el derrumbamiento del edificio era aplazar al porvenir y encadenar á las generaciones indefinidamente.

La revolucion española estaba en la crísis mas terrible y el momento no podia ser mas oportuno.

El pueblo conquistado oia hablar de independencia, y presenciaba los preparativos para la eventualidad en que el pabellon frances quisiera llegar á nuestras playas.

Entonces pensó en su situacion, supo que era legítimo el derecho de defender el suelo de la patria, y comprendió que la libertad es el arco de alianza entre el hombre y su Criador.

Hidalgo habia hecho un gran acopio de conocimientos, estu-
liando en la enciclopedia todas las materias sobre fundicion,
porque estaba seguro que llegaria el momento de fabricar ca-
iones.

Era una revolucion excepcional, tenia que formarse desde el
iombre en su calidad de ciudadano, hasta la arma que habia de
ervirle para defender sus libertades.

Era necesario anticiparse al destino.

Hidalgo estaba en el momento de la predestinacion, su espi-
itu inquieto le anunciaba que la hora habia llegado.

Hay veces que el cerebro se ilumina de súbito con uno de
quellos relámpagos que preceden á las grandes creaciones.

Hemos visto á Hidalgo presentarse en el tumulto de los con-
urados á explicar su tardanza y señalar el dia de la erupcion.

Era que ya la atmósfera le ahogaba, que las alas del alma
edian espacio para ensancharse, que el génio encarcelado en
l recinto estrecho de su cráneo, queria dilatarse, volar, abarcar
l cielo é inundar en olas de fuego la extension de su conti-
ente.

III.

El cura de Dolores se paseaba inquieto por su aposento, preo-
ıpado por la constante idea que bien pronto debia realizarse.

Deteníase algunos momentos frente á su mesa, tomaba un
bro, lo hojeaba y volvia á dejarle sobre la carpeta.

Aquel hombre habia envejecido, sus condiciones físicas ha-
ian cedido mas bien á las agitaciones del espíritu que al paso
e los años.

Ya no era el sacerdote de frente erguida y dominante; aque-
ı cabeza encanecida en el estudio se doblegaba en el apoteósis
ı la veneracion.

La mirada se habia dulcificado intensamente, y toda aquella faz antes nerviosa y contraida, aparecia serena en la irradiacion de un profundo amor á la humanidad.

Estaba en la plenitud del sacerdocio.

Si aquel hombre hubiera desaparecido en aquellos momentos, hubiera arrastrado tras sí el cadáver de un pueblo.

Era un astro visible para la humaniddd al tocar el último punto del horizonte.

Habia consumido su existencia en la elaboracion del pensamiento, para realizarlo en la duracion de un relámpago.

Aquel hombre tenia puesta la mano sobre la carta del mundo.

Aquella noche solemne tenia una cita histórica con Jorge Washington.

Sacerdote, con el misterio de sus palabras haria descender á Dios á sus manos sobre el ara.

El pueblo acudiria al acento de sus libertades.

El vino se convertiria en sangre, porque la sangre es el precio de la redencion del hombre.

La sangre correria á torrentes hasta redimir á un pueblo esclavizado.

La América está en la noche de su destino.

El cura Hidalgo sentia algo extraño en su alma; su sér todo le revelaba la tempestad que tronaba sobre su existencia; pero aquel huracan desapareceria en el horizonte como las tormentas boreales.

Agitado, inquieto, y abrumado por el mundo despierto de su imaginacion, quiso dar tregua á aquella lucha perenne, aspirar el aire libre.

Tomó su sombrero, se envolvió en su capa y tomó la direccion de la plaza.

Sentóse bajo uno de los copados árboles, descubrió su frente y se puso á contemplar el abismo del cielo.

Las nubes volaban en grupos impulsadas por el viento, y las estrellas se destacaban en el fondo oscuro del cielo.

El aire corria saturado con el perfume de las flores húmedas aún con la lluvia de la tarde.

La naturaleza parecia hundirse en el profundo letargo de sus sueños.

IV.

Las campanas de la parroquia dieron el toque de *ánimas*.

El sacerdote dejó su asiento y se dirigió á la casa de don Nicolas Fernandez de Rincon, subdelegado del pueblo, donde se hallaban reunidos los principales señores en la tertulia nocturna.

—Muy buenas noches, señores, dijo Hidalgo acercándose á la mesa de *cartas*.

—Hola! señor cura, dijo Rincon, tenemos hoy novedad.

—Cuál? preguntó algo alarmado el cura.

—La tertulia cuenta con un sócio mas.

—Hacedme el favor de presentármelo para hacer las amistades.

Un español llamado Ignacio Diez Cortina, que habia llegado á encargarse de los diezmos, era el nuevo compañero de los tertulianos.

—Ya nos conocemos, dijo Cortina; aunque el señor Hidalgo ha faltado á las reuniones, no por eso hemos dejado de vernos. Efectivamente, el señor cura es una persona que me distingue con su aprecio y vive correspondido.

—Gracias, señor Cortina.

—Pues á lo que se juega, señores, acérquese el señor cura y tome las cartas para la *malilla*.

—Yo tengo un duelo ajustado con mi amigo don Encarnacion Correa, y vengo á batirme.

—Estais esta noche terrible, señor cura, no parece sino que traeis humor de verdadero soldado.

—Bien puede ser; pero os aseguro que esta noche estoy de fortuna y no me ganareis una sola partida.

—Me estais provocando, señor cura, y no me queda otro recurso que aceptar el desafio.

—Pues al terreno.

Los dos amigos se pusieron á jugar su partida, mientras los demas contertulios se entregaban á juegos de estrado.

Segun la costumbre de entonces, se servia un refresco, á lo que nuestros mayores llamaban *hacer las ocho.*

El refresco consistia en sendas copas de *catalan* y una colacion de *puchas*, *rodeos* y otros adminículos, todo lo cual tenia muy animada la reunion.

Los lances y relances de la *malilla*, formaban un verdadero alboroto, se empeñaban las apuestas, se entablaban las disputas, se embrollaban las opiniones, formando un *maremagnun* capaz de atarantar á un sordo.

Las señoras se ponian de lado del señor cura, y tenian razon, porque Hidalgo era sumamente agradable y sabia tratar con esquisito refinamento á las damas.

Llegaba la partida á lo mas reñido, cuando entró un mozo y dijo en voz alta:

—Buscan al señor cura.

—Será alguna confesion.

—Probablemente, respondió Hidalgo; mientras vuelvo encomiendo mis intereses al señor Cortina.

—No acepto, porque este señor Correa me derrota.

—Estais bajo mi bandera, contestó Hidalgo, y nada teneis que temer.

—Fio en vuestra suerte, señor cura.

—Haceis bien, y con permiso de la reunion, voy á ver á la persona que me busca.

Hidalgo llegó al zaguan de la casa, donde lo esperaba un hombre del pueblo.

—Hijo mio, tú me buscas? preguntó con dulzura el sacerdote.

—Señor cura, en este momento llego mas fatigado que mi caballo.

—¿Y bien?

—Salí de Guanajuato muy tarde, pero me importaba mucho veros.

Hidalgo comenzó á inquietarse.

—Traigo órden, señor cura, de decir á su merced que han denunciado el tumulto y que han dispuesto aprehender á todos los comprometidos

Hidalgo se llevó la mano á la frente, donde brotó de súbito un copioso sudor.

—Y sabes perfectamente lo que me dices?

—Como que el secretario del intendente Riaño me lo ha dicho, y por mas señas que me traigo robada la mula de un fraile.

—Vienes directamente de Guanajuato?

—No, señor, de San Miguel, donde dí aviso al capitan Allende que no dilata en llegar.

—Está bien, espérame en casa.

El correo, á quien seguramente habrán reconocido nuestros lectores, pues no era otro que el Pípilo, se marchó al curato á descansar de tan penosa fatiga.

El cura volvió risueño á la tertulia y con la mayor serenidad concluyó su partida.

Levantóse despues, y dió las buenas noches.

Cortina lo fué á dejar hasta la puerta.

—Señor Cortina, hacedme el favor de prestarme doscientos pesos de ese dinero que teneis en depósito perteneciente á los *diezmos*.

—Con mucho gusto, señor cura.

Cortina envió á su mujer por el dinero.

—Aquí teneis, señor Hidalgo, la cantidad; si se os ofrece mas ya sabeis que podeis contar con todo.

—Gracias y nos veremos.

—Buenas noches.

IV.

El cura Hidalgo, por uno de aquellos fenómenos inexplicables, entró en una calma completa, toda la agitacion de su alma pareció acallarse como las olas del mar al mandato de Dios.

No parecia sino que su sangre habia experimentado un súbito enfriamiento.

Aquella calma era tal vez la ceniza que cubria por algunos momentos el fuego del volcan.

El párroco llegó á su casa, se detuvo unos instantes junto al correo, que dormia profundamente, tuvo tentacion de preguntarle algo, vaciló y al fin llegó á su recámara, se desnudó pausadamente y se entró en el lecho.

Comenzaba á dormitar, cuando unos aldabonazos sonaron fuertemente en el zaguan de la casa.

Pocos momentos despues se presentaron Allende y Abasolo.

No habian acabado de saludar á Hidalgo, cuando el aldabon tornó á sonar con mas fuerza.

Oyéronse pisadas de caballo en la calle.

Allende montó sus pistolas.

—Sosegaos, capitan, dijo Hidalgo, es necesario mas que nunca conservar la calma de espíritu.

Abrióse la puerta y apareció Aldama.

—Señores, buenas noches! gracias á Dios que os encuentro aquí! he llegado á temer sériamente por vuestra existencia.

—Muy agitado viene el señor capitan, dijo Hidalgo.

—Demasiado, os supongo ya al tanto de lo que pasa.

—Y bien? dijo Hidalgo.

—Vuestra calma me sorprende aun mas, señor cura; no sabeis que dentro de algunas horas ya estaremos en manos de la justicia europea?

—Vamos, capitan, sosegaos y tomad descanso.... muchacho! haz que sirvan chocolate á los señores.

Los jóvenes estaban admirados de la sangre fria del anciano.

—Conque decíais que nos han denunciado?

—Precisamente.

—Era natural: de las juntas celebradas en Valladolid, Guanajuato, Querétaro, y en la misma capital, debia surgir la denuncia.

—Efectivamente, los conjurados de Querétaro han sido víctimas de sus compañeros, y merced al corazon noble y generoso de la esposa del corregidor Dominguez, nos encontramos reunidos en este lugar.

—Esa señora es un ángel, dijo Aldama.

—Es mas aún, añadió Hidalgo, es un héroe.

—Yo recibí oportunamente el aviso, dijo Aldama; pero cuando os busqué, capitan Allende, ya habíais partido.

—De Guanajuato me enviaron á mí un anónimo: lo primero que me ocurrió fué interceptar la órden, así lo verifiqué para contener el golpe y tomar algunas horas y determinar lo conveniente.

—Tengo positivos deseos de consultar vuestras opiniones, dijo Hidalgo, porque de lo que hablemos esta noche depende el porvenir de una nacion entera.

—Lo conozco, dijo Allende, y temo aventurar con mi idea ese porvenir que tanto nos interesa.

—Hablad, capitan.

—Lo mas conveniente seria citar á todos los comprometidos á última hora, hagámosles saber lo que pasa, elijamos de entre

ellos el número necesario para que vuelen á los pueblos y ciudades donde tenemos los hilos de la revolucion, y demos simultáneamente el grito de Independencia.

—Jóven, dijo Hidalgo tocando con su mano el hombro del capitan Allende. Cuando esas comunicaciones lleguen á los pueblos, ya la noticia de las aprehensiones de Querétaro los habrá sobrecogido de espanto y el terror habrá sustituido al entusiasmo.

—Señor Hidalgo, eso es desconfiar de los hombres y del porvenir.

—No olvideis que estamos sobre el cráter de un volcan, y que apenas contamos con algunas horas.

—Nos queda un dia.

—Os engañais, capitan, en estos momentos circulan los correos y nuestras cabezas no están seguras sobre nuestros hombros.

Levantóse Allende, y parándose frente al lecho que ocupaba Hidalgo dijo con voz alterada:

—Pues bien, señor cura Hidalgo, echémosles el lazo seguros de que ningun poder humano podrá quitárselos.

—Así os quiero, capitan, respondió Hidalgo, y comenzó á vestirse con la calma que era de costumbre al levantarse al toque del alba, cuando comenzaba á oir el toque de misa de la parroquia.

Agitó despues la campanilla, á cuya seña se presentó el mozo.

—Llama á mi hermano don Mariano y al señor don Santos Villa; díles que los necesito urgentemente.

El criado salió corriendo á cumplir con las órdenes del señor cura.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Aldama.

—Lo vais á ver, señor capitan.

El cura salió del lecho, se puso su levita y comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia.

—Caballeros, dijo al fin, esta situacion es nuestra pérdida, lo

he pensado ya bien; no hay mas que apoderarnos de los europeos.

—Señor, ¿qué vais á hacer? dijo Aldama, que jóven aún y acostumbrado á la obediencia militar, le sorprendia el primer paso de la revolucion.

—Vamos á entrar en un camino desconocido para vosotros: es necesario guardar el corazon en lo mas profundo del pecho, y no obrar bajo la impresion de sus arranques; obedezcamos al pensamiento, él será nuestro mejor consejero.... Vamos á atravesar una vía sangrienta y dolorosa, cada paso de avance dejará un abismo tras de nosotros pronto á devorar al que retroceda.... va á estallar la gran revolucion de la humanidad, el primer sacudimiento del jigante al despertar de un letargo.... nada podrá detenerla, nosotros mismos seremos impotentes, porque seguiremos envueltos en las olas de ese torrente que atravesará los valles y las montañas.... mañana ya no nos conoceremos, el destino se ha anticipado á nosotros. Yo tenia el presentimiento de esta hora, que yo buscaba con los latidos del corazon.... Dios nos impulsa, obedezcamos su mandato. Veo lucir en vuestras frentes el rayo de la inspiracion, la mirada de Dios que refleja sobre vuestro semblante en la irradiacion sublime del heroismo!.... La noche está oscura como el fondo del oceano, en su seno hay un pueblo encadenado, rompamos esas cadenas, ha llegado el dia de la resurreccion: ¡pueblo, levántate y anda!

Allende se precipitó llorando en los brazos de Hidalgo.

Aldama estaba influenciado siniestramente por las palabras del inspirado, y el hermano de Hidalgo y Santos Villa, que se habian detenido en la puerta al escuchar la voz sonora del caudillo, estaban asombrados.

—Sí, continuó Hidalgo con las pupilas húmedas por la emocion, vosotros partireis conmigo hasta el cadalso; ya os he dicho que los promovedores de una gran revolucion no llegan á ver su obra; no importa, vuestros nombres quedarán en la historia y delante de nuestras tumbas irá el pueblo, si esclavo, á

llorar nuestra pérdida; si libre, á convertir nuestras tumbas en altares.... cumplamos nuestra predestinacion, la patria es digna de nuestro sacrificio, la libertad digna de la ofrenda de nuestra sangre!

—A morir! gritó Allende.

—A morir! repitieron todos con voz conmovida.

—Juremos en nombre de tres siglos de oprobio y de esclavitud, conquistar nuestra independencia ó morir en la demanda!

—Lo juramos!

—Independencia ó muerte!

—Independencia ó muerte!

En aquel momento sonaron pausadamente las *once de la noche.*

¡La hora de Dios!

V.

Diez hombres salieron de la casa cural, como un tropel de nubes á formar los pabellones de la tormenta.

—Capitan Allende, dijo el cura, dividámonos en dos grupos; marchad con Aldama y otros tres compañeros á la casa del subdelegado, proceded á su arresto y continuad la operacion con el resto de los europeos; dejadme á mí lo demas.

—Al momento, respondió el capitan, y se puso en marcha para la casa de Rincon.

Hidalgo se dirigió á la cárcel, porque se habia reservado los puntos mas peligrosos.

El sacerdote se habia trasformado en caudillo.

Acercóse resuelto al centinela y poniéndole una pistola en el pecho, lo hizo rendirse.

Penetró animoso al recinto de la prision, y se apoderó de las *armas de la* guardia.

—Ahora al cuartel, dijo á sus compañeros, es necesario enervar cualesquier movimiento y evitar una reaccion.

—Alto! gritó la voz del sargento Martinez.

Hidalgo avanzó solo hasta encontrarse con el soldado.

—Señor cura!

—Sí, yo soy que vengo á que me cumplas tu palabra.

El sargento se estremeció.

—Martinez, dijo el cura apretando convulsivamente el brazo del soldado, la hora es esta y no hay que perder el tiempo, franquéame la puerta del cuartel.

—Os atreveis?

Hidalgo se sonrió desdeñosamente y dijo á Martinez:

—Condúceme y que sea al instante.

El sargento obedeció el mandato de superioridad que encontraba en aquel hombre, se encaminó al cuartel donde entró seguido de Hidalgo y de su gente, que veloz como el rayo se apoderó de las armas del regimiento de la Reina.

Los soldados no pudieron rehacerse, algunos huyeron amedrentados y otros se agregaron á las filas.

—El golpe está dado, dijo el caudillo; y sereno, magestuoso é imponente, esperó la llegada de sus compañeros.

VI.

La combinacion de Hidalgo estaba felizmente realizada.

Allende en compañía de Aldama y sus tres asistentes entraron en la casa del subdelegado Rincon, y lo aprehendieron.

Dirigiéronse á la habitacion en que se hallaba Cortina, el español que hacia algunas horas formaba la partida de juego con el cura.

Cortina sintió el tropel y montó sus pistolas; toda resistencia hubiera sido inútil ante la decision de los caudillos.

El subdelegado le rogó que depusiese las armas en vista de las circunstancias, y al fin se entregó prisionero.

En el mayor sigilo siguieron el resto de la noche efectuando las prisiones de todos los europeos, sin que el pueblo se apercibiese de lo que pasaba.

Allende buscó al cura, á quien halló en el atrio de la parroquia.

—Señor, le dijo, vuestras órdenes están cumplidas.

—Capitan, sois todo un hombre.

—Nos falta lo mas dificil, que es apoderarse de la fuerza armada; estoy decidido á asaltar el cuartel.

—Mirad, dijo Hidalgo señalando á un grupo de sesenta hombres que se hallaba formado en el átrio: ahí teneis á los soldados del regimiento de la Reina, todos á nuestras órdenes.

El jóven capitan se descubrió la frente delante del sacerdote.

—Señor, le dijo con entusiasmo, con hombres como vos se conquista al mundo!

—Capitan, hemos lanzado el primer barretazo al edificio antiguo, y puede envolvernos en sus escombros; no importa, su ruina la decretamos en esta noche solemne, de esta oscuridad saldrá mañana nuestro nombre, el porvenir es nuestro.

Hidalgo le hablaba á aquel corazon jóven y generoso, en el lenguaje de la gloria, le daba el temple que necesitaba, en los momentos de esa crisis que surgia en los primeros instantes de la revolucion.

—Capitan Aldama, continuó Hidalgo, dividireis la gloria con nosotros; nacemos juntos al mundo de la libertad, vos sereis uno de los generales de América; y vive Dios! que conquistareis laureles no cosechados hasta hoy en nuestro suelo.

—Mi sangre, mi existencia, todo en aras de la patria! gritó Aldama lleno de ardor y de emocion.

—Bien, muy bien! respondió el cura, y luego tendiendo su *diestra al capitan* Abasolo, le dijo: yo os saludaré vencedor en

la primera batalla, porque Dios ha puesto en vuestro cerebro la luz del genio, y en vuestra alma el valor de los héroes.

—Yo sé que hay en mi corazon un culto por mi patria y que dividiré con vosotros hasta la tumba!

—Dios está con nosotros, mis vaticinios se cumplen, mis esperanzas se realizan, necesitaba los hombres de fé, como Jesucristo, para que la idea volara por todo el mundo.... estoy en la plenitud de mi inteligencia, que en sus horas de predestinacion me arrojaba las imágenes y sombras de esta noche, como el principio de la emancipacion de un pueblo!

Efectivamente, Hidalgo estaba en la calma de los hombres de corazon ante la primera oleada de su destino. Desde el Tabor de sus esperanzas veia el cielo del porvenir.

Le acometia el fanatismo de los héroes.

Profeta de su inspiracion, le parecia atar á su carro á la fortuna, dominar al destino, encadenar al porvenir, despertar á la humanidad, estremecer al mundo!....

CAPITULO II.

EL 16 DE SETIEMBRE.

I.

La noche habia espirado, y los celajes nocturnos, mortaja que envuelve al cielo en una profunda oscuridad, comenzaban á teñirse con la vaga luz del crepúsculo que reventaba en el confin del horizonte.

Las estrellas palidecian y el azul del firmamento se abrillantaba.

El aire purísimo de la mañana sacudia sobre las flores sus alas húmedas con el rocio, y acariciaba las hojas de los árboles que se mecian sobre las flexibles ramas en una muelle ondulacion.

Los vapores del campo formaban una niebla trasparente, envolviendo en sus gasas la frente de las montañas, que aparecian como una sombra en el fondo de un cielo medio oscuro.

Los pájaros atravesaban en parvadas saludando la primera emanacion de la luz precursora del sol.

Esa hora de silencio fué interrumpida por el tañido de una campana.

Tres siglos hacia que aquel bronce sagrado llamaba á los habitantes del pueblo de Dolores al sacrificio de la misa; aquel toque habia anunciado que la religion azteca desaparecia bajo la lava de una civilizacion nueva y que el templo cristiano reemplazaba á la piedra de los sacrificios.

La mano trémula del indio conquistado, tocaba á *muertos* con aquella campana; porque su libertad, su religion y sus tradiciones se hundian en el polvo de la tumba, en ese polvo que levantaban los corceles al atravesar el suelo ensangrentado de la conquista.

Como se perciben entre las agitadas olas de nuestro golfo las corrientes marinas, así se determinaba la raza proscrita entre el tumulto de la inmigracion europea.

Raza infeliz, exhausta, pobre, miserable, teniendo de continuo abiertas las arterias del corazon, desangrándose por tres siglos!----

El tiempo avanzaba, y aquel pueblo cuya existencia era un misterio para sus dominadores, se levantaria alado como las crisálidas para atravesar el espacio, en el profundo cielo del porvenir.

El tañido de la campana de la iglesia de Dolores era el toque de la *resurreccion*.

Era el llamamiento de la historia, la convocacion de una raza, para vindicar á la humanidad!

II.

Era domingo y los habitantes de la comarca acudian al templo.

El templo estaba cerrado.

La multitud se agolpaba en el atrio.

El bronce no cesaba de tañir.

De repente se dejó el párroco ver como Jesucristo en sus predicaciones del desierto.

La muchedumbre le abrió paso, como á Moises las olas del mar Rojo.

Hidalgo se paró sobre el dintel de la puerta, y con voz vibrante, con ese acento que presta Dios á los inspirados, se dirigió á la multitud que estaba ansiosa de sus palabras.

—Hijos mios, aquí á la sombra del templo donde vive el Dios que adoraron nuestros padres, os he convocado en nombre de vuestra patria.

La multitud se agitó en torno del párroco, porque aquellas frases extrañas sonaban de un modo vago á sus oidos, traian un eco armónico nunca oido hasta entonces.

La palabra *patria* siempre es conmovedora; aquellos hombres ignoraban que tenian *patria*, lo acababan de saber en ese momento.

—La nacion española, continuó Hidalgo, es presa de la Francia y se quiere que corrais la misma suerte, encadenaros al extrangero, sufrir su yugo y haceros sus víctimas.... Yo que os amo, que estoy al tanto de vuestros sufrimientos, he creido un deber impuesto por Dios y nuestra religion, libraros de ese azote que os amenaza.

El pueblo, con su instinto, comenzaba á ver algo tras aquella súbita revelacion.

—Consentireis en ser esclavos de los franceses?

—No! no! gritaba frenética la multitud.

La frente de Hidalgo se aclaró como si un rayo de luz hubiese resbalado sobre ella.

La idea estaba salvada.

—Sabed, hijos mios, que conociendo vuestro patriotismo, me he puesto á la cabeza del movimiento que se ha efectuado hace

algunas horas, para arrebatar el mando á los europeos y dároslo á vosotros!

—Viva el cura Hidalgo! Viva nuestro querido padre! gritaba el pueblo entusiasmado.

—Yo estoy delante de vosotros, y pronto á recibir el primer golpe; nada es mi vida, nada mi sangre ante la idea de la independencia y de la libertad!

Hidalgo le decia al pueblo lo que Jesucristo á la humanidad en la última cena: *Tomad y comed, este es mi cuerpo: tomad y bebed, esta es mi sangre.*

—Estoy satisfecho de vuestro amor á la patria, hoy mismo salgo de aquí seguido de los que quieran acompañarme para llevar á cabo el pensamiento de la independencia.

—A la guerra!.... á la guerra!.... gritaron cien voces.

—Sí, á la guerra, dijo Hidalgo, sois un pueblo de valientes, armaos como podais, que con ese arrojo la victoria es vuestra!.... Id, que aquí teneis capitanes esforzados, Allende, Aldama, Abasolo y otros mil que se reunirán á vosotros; á las armas! á las armas!

En aquel momento sonó el toque del Ave María.

El sol resplandeció con mas brillo que en el primer horizonte del Génesis.

Los hombres y la naturaleza, al saludar á Dios, daban la bienvenida á la aurora de la libertad.

II.

La multitud se desbandó por las calles de Dolores en un clamoreo terrible.

Las campanas repicaban á vuelo, los cohetes poblaban el espacio.

El pueblo celebraba de antemano su victoria.

—Capitan, dijo Hidalgo señalando á la multitud, os lo habia vaticinado, dentro de algunos momentos contamos con un ejército, vuestro es el mando, vos sereis el brazo vengador, yo llevaré el estandarte de nuestro pensamiento.

—Señor, contestó Allende, sois el alma de esta revolucion, sin vos nosotros estariamos perdidos y el pueblo sin esperanza.

—No, capitan, yo he seguido vuestros pasos, he sorprendido vuestras ideas, y las he admirado, teneis el temple de los hombres grandes.... Dios quiera que no os alcance su predestinacion.

Hidalgo se compadecia de aquella juventud, su corazon le revelaba que vendria la hora del martirio; pero esta idea no le hacia vacilar un solo instante ni añadia un latido mas á su corazon.

—Caminemos unidos, démosle forma á este movimiento, organicémoslo, de ahí depende el éxito, decia Allende.

—En estos momentos debemos recibir en nuestras filas á todos los que se presenten.

—Necesitamos soldados, observaba Allende, y la gente inútil nos servirá de estorbo; pensad en la derrota y no en la victoria, las masas se desmoralizan con facilidad é introducen el desórden.

—Capitan, es necesario que no olvideis que es un movimiento popular, llegará tiempo de improvisar las masas en ejército, no hiramos el amor propio de álguien.

—Teneis razon, señor cura; pero no prescindiré ni por un momento de la idea de organizacion.

—Sois el árbitro, os entrego la cera, vaciadla en el molde y tendreis la forma que buscais.

En aquellos momentos pasó un grupo llevando á empellones á un clérigo que vomitaba excomuniones y anatemas.

—Qué pasa? dijo Abasolo.

—Es el sacristan mayor, el padre Bustamante, á quien llevan preso.

—Señor! señor! gritaba el padre sacristan, ese infernal del padre Ballera me ha despojado de las vestiduras sagradas y me ha intimado arresto, socorredme!

El grupo atravesó llevando á remolque al clérigo, que Hidalgo hizo poner en libertad lo mismo que al subdelegado.

Al otro extremo de la plaza un segundo grupo rodeaba al español Larrinúa, que resistiendo á sus aprehensores habia recibido una zurra de cintarazos terrible.

—Señor cura, ya comienza el desórden, decia un bonachon á Hidalgo.

—Dejadlos, amigo mio, las revoluciones traen males inevitables.

—Idos con dos mil diablos! gritó uno de los voluntarios, no se trata de un sermon de cuaresma, sino de acabar con los europeos, y al que no le agrade que se vaya del otro lado.

—Bien! bien! gritaron algunos soldados.

El buen hombre se puso lívido y murmuró algunas palabras.

A las dos horas ya los habitantes del pueblo de Dolores se formaban en la plaza, armados de lanzas, palos, hondas, instrumentos de labranza y cuanto podia servir en el ataque y defensa.

¡Qué bello y grandioso espectáculo.

Parecia un grupo de marineros prontos á darse á la vela con la inquietud del que va en pos de un mundo desconocido.

Trabajadores de la libertad, formaban la primera fila que es la de los héroes.

Ninguno sobreviviria á tan gigante empresa.

Mártires sin nombre, serian arrastrados por el oleaje de la revolucion.

III.

Trescientos hombres se reunieron en la plaza de Dolores.

No habia que perder un solo momento.

Hidalgo, á la cabeza de su pequeño ejército, se dirigió como un gran capitan sobre San Miguel el Grande.

Las mujeres, los viejos y los niños salieron á acompañarle hasta una legua de Dolores.

Como bagajes del ejército iban en mulas todos los españoles aprehendidos, á quienes se llevaba por precaucion.

De los pueblos y *haciendas* del tránsito, salian los labradores y se unian á las filas de los independientes.

Jamas se vió movimiento mas espontáneo.

Una nube pequeña habia aparecido en el cielo de Dolores, y al ir avanzando creciay crecia como una manga de tormenta, que al desplomarse, llevando en su seno el rayo, asolaria los campos y las ciudades.

Los caudillos al abandonar aquel pueblo histórico de Dolores, dejaron sobre los muros la página mas gloriosa en el album de nuestras glorias.

La caravana revolucionaria llegó al santuario de Atotonilco, donde tomó descanso.

El tumulto crecia de una manera terrible.

Hidalgo aceptó el plan de Allende, era ya tiempo; porque la revolucion corria el peligro inminente de convertirse en un azote de las poblaciones, en un amago que resistiria la sociedad y en que se perderia hasta la fe del pensamiento.

Procedióse á la organizacion.

La infantería la formaban los indios, divididos por pueblos ó cuadrillas, armados de palos, flechas, hondas y lanzas.

Los caporales ó mayordomos de las *haciendas*, hacian de gefes

de la caballería, armada de machetes y espadas, que como hombres de campo estaban acostumbrados á llevar en sus trabajos ordinarios los labradores.

Cuando aquella masa convertida en ejército pasó frente al santuario en cuya puerta estaba Hidalgo presenciando el desfile, el sagrado caudillo tuvo una inspiracion divina, una sublime emanacion del génio que se habia apoderado de sus sentidos.

—Capitan! gritó con voz de trueno al jóven Allende; detened á vuestro ejercito, es necesario darle una BANDERA.

Allende sacudió la frente con orgullo y vibró su espada con aquella arrogancia que debia distinguirle bien pronto en los combates.

—Ese hombre es el dios de la revolucion! exclamó el valiente capitan, y detuvo á sus soldados.

Entróse Hidalgo en la sacristía del santuario y su mirada se fijó inspirada en la imágen de la Vírgen de Guadalupe.

—Ella! murmuró el héroe, ella protejerá á su pueblo, yo se lo encomiendo con la fé de mi alma!

Sacó el lienzo del marco, é improvisándolo en una bandera, lo colocó en una asta de lanza.

Presentóse el caudillo á la faz del pueblo armado.

No habia pronunciado una sola palabra cuando el ejército se sintió conmovido, electrizado, á la vista del lábaro de la independencia.

Un inmenso clamoreo, una agitacion entusiasta resonó como los golpes rudos del oceano.

El aire mecia aquel estandarte sagrado, y á los rayos solares resplandecia la imágen de la *Vírgen de Guadalupe* sobre el pabellon.

La idea de la independencia unida al sentimiento religioso, era una feliz combinacion, un golpe de alta política en un pueblo semi-idólatra.

Se combatia al coloso con sus mismas armas.

La Vírgen de Guadalupe aparecida sobre las rocas del Tepeyac, encarnaba un sentimiento patrio, ella no habia venido á bordo de las naves conquistadoras.

Si el obispo Zumárraga hubiera pensado que la imágen llevada á su palacio por el indio, habia de ser la patrona de la independencia, la habria hecho desaparecer como los geroglíficos de la civilizacion azteca.

Hidalgo puso en manos de Allende la bandera.

El jóven caudillo se adelantó á su ejército y dijo con voz de trueno:

—Mexicanos! Viva la Vírgen de Guadalupe! Viva la independencia!

—Viva la Vírgen de Guadalupe! respondió el pueblo.

Como á la proclamacion de una idea se sigue la proscripcion de otra, y el caudillo habia hablado terminantemente de quitar el mando á los europeos, el pueblo exclamaba: ¡Viva la Vírgen de Guadalupe! ¡mueran los *gachupines!* (*)

Cuantas imágenes habia en el santuario de Atotonilco, fueron puestas en lienzos y atadas á las lanzas y cañaverales, formando multitud de estandartes.

(*) Gachupines.—Presumo que la antigua significacion de esta palabra, hasta hoy no muy claramente deslindada, puede haber tenido bastante parte en las severas calificaciones del señor Alaman, por el carácter tan acerbo de odio, de desprecio y de sarcasmo que tomó desde que formó parte de la lengua revolucionaria. La oscuridad comienza desde la etimologia. El erudito P. Mier la deriva de *catli* (zapato) y *tzopini* (cosa que espina ó punza), resultando por la elidicion del final *tli*, la palabra compuesta *cazopini* (hombres con espuelas). El señor Alaman la ha reproducido (Historia de México, tomo I, página 7) con la muy respetable autoridad del señor Lic. D. Faustino Chimalpopocatl Galicia, quien ya como mexicano de orígen, y ya como catedrático de la lengua, es de gravísimo peso. Segun esta opinion, significa aquella palabra *punzar con el zapato ó punta de él*, pues que ambos etimologistas le dan por orígen la *espuela* ó acicate que usaban los españoles y no conocian los indios. Pa-

Desde entónces la Vírgen de Guadalupe fué la enseña de la evolucion y su nombre saludado en medio del estruendo de las atallas.

IV.

Hidalgo emprendió su marcha y al cerrar la noche del 16 de Setiembre, se posesionó de la ciudad de San Miguel el Grande.

La poblacion en masa salió á recibirle, participando del entusiasmo que ardia en el corazon de todos los patriotas.

Era tal el tumulto y alboroto, que los españoles creyeron llegado su último momento y se refugiaron en la sala de cabildo le las casas consistoriales.

Allende procedió á su aprehension.

—Necesitamos, dijo uno de ellos, para entregarnos prisioneros, que venga el coronel Corral, que representa la autoridad del rey.

Indignado Allende, respondió que esa autoridad habia dejalo de existir en América, y que intimaba la órden en nombre le la nacion.

ando ahora de la etimología, que dicho sea de paso, me presenta muy raves dificultades gramaticales, al exámen de la significacion primitiva ue tuvo la palabra *Gachupines*, encuentro datos que convencen no tuvo n su orígen ninguna que pareciera hostil ú ofensiva, habiendo aun razoes para presumir que fué creada para los mismos españoles; y si no lo ué, ellos la prohijaron otorgándole todos los derechos de la nacionalidad astellana.....

.....La palabra *Gachupin* o era un apodo popular, sino una expresion hasta cierto punto técnica: *ercaderes ó pasajeros* que ántes llamaban *viandantes*, y que recorren l país sin radicacion.

(Noticias históricas y estadísticas de Durango, por D. José Fernando amirez.—Páginas 78 y 79.—Nota.)

Aquellos desgraciados no pudiendo resistir á la fuerza, f
ron conducidos al convento de San Francisco, donde estal
sus compañeros traidos de Dolores.

El regimiento de la Reina, reconociendo á sus valientes ca
tanes, se puso bajo el estandarte de la libertad.

En los primeros momentos de la revolucion, es difícil con
ner el torrente de las pasiones en sus deseos de represalias y
venganza.

El populacho se arrojó sobre la casa de un español llama
Lanzón y la saqueó completamente.

No acababa aún el saqueo, cuando Allende se presentó
aquel sitio, y haciendo uso de su espada, dispersó á aque
gente.

Hidalgo y los otros caudillos rondaron personalmente la ci
dad hasta restablecer el órden.

Al dar la queda, la ciudad estaba en un silencio profundo; p
pesar que el fuego de la revolucion no la estaba abrasando.

Pocas veinticuatro horas que *diez hombres* habian dado el gr
o de insurreccion, y ya estaban al frente de un ejército, ap
derados de una ciudad, en tren completo de guerra.

El año 1810 de setiembre de 1810, vive inmortal sobre l
puerta del pueblo de Dolores, como un brillante engastado e
su diadema.

Las generaciones se prosternan delante de esos muros, en e
silencio y respetuoso homenaje de su patriotismo.

El pueblo de Dolores se marcará con una llama perenne,
como los volcanes encendidos, en las cartas geográficas.

CAPITULO III.

EL GATO EN LA RATONERA.

I.

El padre Pontolongon se habia constituido por órden del Santo Oficio espía del cura Hidalgo y lo seguia como su sombra.

El antiguo maestro de aposentos apareció como vicario en el curato de San Felipe y no cesaba de acechar, dando cuenta de los pasos todos de Hidalgo.

Un expediente voluminoso tenia ya la Inquisicion, y se practicaban diligencias en secreto, y se llamaban testigos, y se citaba á personas de alto coturno para sacar reo á Hidalgo, todo con ese misterio que acostumbraba tan respetable tribunal.

Cuando el cura de San Felipe fué promovido al curato de Dolores, su constante pesadilla, el padre Pontolongon, asentó sus reales en el pueblo.

Hidalgo sabia de antemano que se le vigilaba, y traia inquieto al esbirro entregándole á la hilaridad de sus amigos.

La tarde del 14 de Setiembre habia llegado el espía infernal

á Dolores, convencido de que el cura conspiraba, y en aquellos momentos escribia su delacion, que fué enviada á México el 15 á la madrugada.

Dormia á pierna suelta el reverendo padre, cuando el toque de misa dado antes de amanecer lo hizo despertar.

—Es raro, dijo, que me haya despertado tan tarde! todos los dias me encuentro en la iglesia con media hora de anticipacion; seguramente la inquietud me ha hecho el efecto del ópio; levantémonos.

Comenzó á ponerse sus calcetas con toda parsimonia, cuando el sacristan entró lleno de espanto á la estancia.

—Qué sucede, señor Crispin?

—Mucho, muchísimo, padre Pontolongon.

—Hablad.

—Dejadme tomar resuello.

—Seguramente al señor Hidalgo no le da la gana de decir misa, y me encarga----

—No, no es eso, interrumpió el sacristan.

—Hablad con mil santos, hombre mentecato!

—Señor, hay tumulto.

—Cáscaras!

—Y quien se ha puesto al frente, es----

—Ya lo comprendo, el subdelegado.

—Comprendeis mal, reverendo padre, quien es autor de todo es el mismo señor Hidalgo.

—Lo dije! gritó el padre Pontolongon mordiéndose los labios.

—Se están cometiendo horrores, se han robado el dinero del diezmo, han aprehendido á todos los españoles y al señor sacristan mayor lo han maniatado como á un galeote.

—Y que hacemos ahora?

—Escondámonos, yo tengo las llaves de la sacristía.

—Marchémonos, bajémonos, entrémonos, escondámonos de esos infernales revolucionarios.

—Seguidme.

—Ya os alcanzo, si nos ven juntos nos ahorcan.

—Así lo creo. Dios mio! hubiérais visto al cura Hidalgo echar un parangon al pueblo, azuzarle contra nosotros, y hablar contra el rey!

—Horror! horror!

—Apresurémonos, porque----

—Sí, andad por San Judas, que no me llega la sotana al cuerpo.

El señor Crispin y el padre Pontolongon se encaminaron á la sacristía, se atrancaron por dentro y despues se pusieron á buscar sitio á propósito para ocultarse.

—Tras este corateral estamos bien.

—Sois un bruto, señor Crispin, ahí precisamente nos buscan.

—Pues en un confesionario.

—Menos.

—Pues en un armario.

—Mucho menos.

—Pues en el coro.

—Muchísimo menos.

—Escondeos entonces donde os diere la gana y dejadme.

—Eso es otra cosa.

El padre Pontolongon se subió á uno de los altares, abrió el nicho y se agazapó tras una imágen.

El sacristan se metió bajo el altar mayor y así esperaron sacristan y vicario á que amaneciese para ver claro.

II.

El inválido Sariñana llegó á Dolores el 15 al anochecer.

Vivia en una modesta casa á extramuros del pueblo, solo, enteramente solo.

Dos piezas tenia ajuaradas, una para recibir á á sus amigos, y otra que le servia de recámara.

—El señor de Sariñana era cojo, y con motivo de su excentricidad, las viejas del pueblo la habian tomado con él.

—Ahí viene el tio muleta.

—Ya se acerca pata de palo.

—Ya se va el diablo cojuelo.

El inválido oia estos apóstrofes, fruncia el ceño y pasaba sin ver á los que lo insultaban.

Sariñana salia por las noches á sentarse á los arriates de la plaza á tomar fresco.

Los muchachos pasaban delante de él muy de prisa, le habian cobrado miedo.

Un portugues, dueño de una tienducha, era amigo íntimo del inválido y conversaban ambos con el mayor misterio.

La noche del 15 de setiembre, estuvieron observando cuanto pasaba, las prisiones, el tumulto, el asalto al cuartel y cuantos detalles caracterizaron el movimiento.

—Bien, amigo Sariñana, la cosa marcha!

—Ya lo veo, respondió el inválido, esta chispa no es fácil apagarla.

—Nos están vengando.

—Falta mucho, tenemos cuentas muy atrasadas, señor de Conejares.

—Todo es comenzar á cobrar.

—Este señor cura es todo un revolucionario.

—Yo creo que esta noche ha buscado intencionalmente la muerte.

—Así parece, pero todo le ha salido á pedir de boca.

—Todos los elementos de resistencia los ha destruido instantáneamente: ya veis, se ha echado sobre la fuerza armada, miéntras ese desalmado del capitan Allende no ha dejado títere con cabeza en todo el pueblo.

—Eso se llama entenderlo.

—Alguien se acerca, entrémonos.

El inválido y su compañero cerraron la puerta.

Un hombre de largos bigotes y facha militar, que llevaba á un niño de la mano, se acercó al dintel de la puerta y llamó.

—Qué se ofrece?

—Abrid.

—En nombre de quien?

—De un compatriota.

—El diablo cargue con todos ellos! murmuró el inválido.

—Soy enviado del señor cura Hidalgo.

—Pasad, caballero.

—Gracias.

—Con quién tengo el honor de hablar?

—Decidme antes si sois el señor de Sariñana.

—Muy señor mio.

—Pues yo soy don Félix de Quintanar.

—Y bien?

—El cura Hidalgo acaba de tener conmigo uno de aquellos rasgos que acreditan su alma grande y sublime.

—No os entiendo, caballero.

—Escuchadme: yo he vivido hace dias bajo su proteccion, recibiendo de su mano hasta el pan para alimentar á mi hijo.

—Habia oido hablar algo.

—No es extraño, yo no he procurado ocultarlo á nadie.

—Bien.

—La revolucion de la independencia acaba de estallar, formidable, terrible, y la colonia entera se está encendiendo. Yo soy español, y no podia traicionar á mi bandera.

—Sois soldado?

—Lo fuí.

—Entónces ya se comprende.

—Me he presentado á mi protector, le he hablado con la rudeza de un soldado y me ha comprendido.

—El cura es todo un hombre.

—Yo le he dicho que no podia seguirle, que en las filas contrarias estaba mi lugar, y me ha permitido salir de Dolores á unirme con los españoles mis compañeros.

—No comprendo aún.

—El señor Hidalgo me ha dicho: buscad al señor de Sariñana, decidle de mi parte que guarde á vuestro hijo, hasta que podais reuniros con él.

—Eso ha dicho el señor cura?

—Palabra de honor.

—No hay mas que hablar, este niño queda en mi casa bajo mi salvaguardia, y no habrá poder humano que baste á arrancarle de mi lado sin vuestra órden.

El niño comenzó á llorar.

—Vamos, hijo mio, te quedas ahí con el señor de Sariñana, es tu padre por ahora, yo voy á México y vuelvo por tí.

El niño por uno de aquellos arranques inexplicables se acercó al inválido, que lo tomó en sus brazos y comenzó á acariciarle.

—Y que guapo es! ¡qué ojos!.... caballero, yo tenia una hija con unos ojos y una frente muy parecidos á los de este niño.

—Pobre hijo mio!

—Será tal vez huérfano?

Don Félix hizo una seña al inválido y este guardó silencio.

—Vamos, que el niño es un hallazgo! me quedo con él, ahí tengo muchas cosas que van á divertirle mucho, ademas se le comprarán otras mejores. Vamos, como te llamas?

—Gabriel, respondió el niño.

—Es un nombre precioso; Gabriel, no se me olvidará, mi hija queria mucho á ese arcángel. Ya veis, amigo Conejares, hace unos minutos que le conozco y ya le quiero como si le hubiese visto nacer.

—Gracias, amigo mio, dijo enternecido don Félix, me voy tranquilo, os lo encargo mucho---- es lo único que poseo *en el mundo.*

—Id sin cuidado, este niño me lo encomienda el señor Hidalgo y eso me basta.

—Gracias otra vez.

—Permitid, señor don Félix, que os dé un consejo.

—Me favoreceis con ello.

—Pensad bien el paso que vais á dar, esta revolucion no es eso que llamais un tumulto, es un movimiento que va á cambiar por completo en una nueva forma el ser de este país; todo el que se oponga á su torrente perecerá, no hay remedio.

—En las cuestiones de delicadeza, dijo el capitan, yo no sé medir el peligro, mi deber está antes que todo.

—Sea como vos querais.

El capitan abrazó tiernamente á su hijo, y estrechando la mano del inválido le dijo con voz conmovida:

—Nada quiero añadir.... sois un hombre de corazon.... adios....

III.

Seguia el estruendo de la revolucion, y el repique á vuelo de las campanas y la gritería y los disparos.

—Zambomba! decia el padre Pontolongon desde su escondite, esto crece como una tempestad.

—Oís, reverendo padre? preguntaba el sacristan.

—Sí, que escucho cuanto pasa, toda esa gente está espirituada, ya me figuro los desórdenes que están cometiendo, será de oir en el confesionario.... vamos, que ya dudo salir con bien de este lance.

—Señor.... señor.... me parece que ya empujan la puerta de la iglesia.

—Dios mio! aquí va á ser ello! querrán arrojarse sobre las

imágenes y me descubrirán, y.... rezad la *Magnificat*, señor sacristan.

—La he olvidado con el susto.

Como una tempestad que se aleja en el horizonte, se iba perdiendo el eco de los gritos y del tumulto.

—Parece que se marchan.

—Dios nos haga ese milagro.

—Ya no escucho nada.

—El silencio se va recobrando.

—Salid, señor sacristan, y espiad.

—Salid vos.

—Yo estoy muy ocupado.

—Entónces aguardad.

—Os encargo que no me dejeis mucho tiempo solo.

—Vuelvo al instante.

—Id con mucho cuidado.

El sacristan salió empolvado y lleno de telarañas de debajo del presbiterio, y fué á asomarse por la cerradura de la sacristía que daba á la calle.

La plaza estaba escueta, uno que otro grupo de mujeres ó de muchachos atravesaba en pos de sus hogares, el pueblo de Dolores volvia á su calma habitual.

—No hay que temer, los revoltosos se han fugado, voy á avisar al padre Pontolongon, que ya estará desesperado en el nicho.

El sacristan volvió á la iglesia lleno de alegría.

—Ya estamos libres! ya estamos libres!

—Libres de qué?

—De esos endemoniados.

—Se marcharon?

—Así lo entiendo.

—Pues dad una vuelta por la plaza, indagad las menores circunstancias, para que así tomemos la resolucion definitiva.

—Está bien.

IV.

El sacristan con la mayor precaucion del mundo se deslizó por las calles del pueblo.

—Hola! señor Crispin, que azorado anda vuesa merced!

—No hay motivo, amiga mia, dijo el sacristan á una mujer del pueblo.

—Sí que lo hay, al señor sacristan mayor se lo llevan en una mula.

—Eso nada tiene de particular, dijo el tio Crispin mordiéndose los lábios.

—No quisiérais hallaros en su pellejo.

—Ciertamente; pero contadme algo, amiga mia, porque yo no he sacado las narices de mi casa.

—Ni muerto que hubiérais estado.

—Os juro que no sé otra cosa, sino que el señor Hidalgo ha formado un tumulto.

—No es tumulto, tio Crispin, la gente de saber dice que es revolucion.

—Da lo mismo, contadme.

—Todo es muy sencillo, han aprehendido á todos los europeos, á algunos de ellos les han hecho ver lumbre á cintarazos, ya no queremos al mal gobierno, ni que nos entregue con los franceses como lo han hecho en España, y sobre todo, la independencia y la independencia.

—Jesus, María y José! exclamó el sacristan sin poderse contener, y como han adelantado esos labriegos en seis horas!

—Eso ha de ver vuesa merced.

—El señor Hidalgo ha pronunciado esas palabras?

—Y otras muchas que se me han olvidado, pero que son verdades como puños; ya verán si se juega con nosotras, porque

aunque somos mujeres, tenemos nuestros hombres y nuestros hijos, que no han de hablar esa lengua de perros.

—En eso estamos de acuerdo.

—Es que nadie se lo pregunta, y lo que debe hacer es tomar un cirial ó la mano del tinieblero y agregarse á las filas del señor cura Hidalgo.

—Muy bien pensado.

—Aquí en el pueblo para nada necesitamos á los hombres.

—Esta mujer es un dragon, pensó el sacristan.

—Ya vamos á hacer juntas las mujeres para que no quede un solo varon entre nosotras, menos los muy viejos y los niños.

—Yo soy de los primeros.

—Miren al maricon! pues me hace gracia la disculpa! el señor cura Hidalgo tiene sesenta años y va en primer lugar, eso se llama valor, y ya vereis si sabe sostener ó no la espada.

—Esto no se puede tolerar, todos se han vuelto revoltosos, á todos los ha tocado Satanas.

—No murmure, señor sacristan, porque estamos mny exaltados y puede, puede que----

—Contenga su furia la tia Zenona, que yo soy del partido y dentro de una hora me vereis con los compañeros.

—Venga esa mano.

—Diablo, y como aprieta, soltad que voy á arreglar el viaje.

—Ya sabe el tio Crispin, no hay mas que echar por el camino de San Miguel.

—Perded cuidado.

—Os encargo las orejas del alcabalero.

—Os las traeré luego que regrese.

—Vaya con Dios, y acuérdese que no es lo mismo vestir santos que dar de balazos.

—Adios, adios! dijo el sacristan desprendiéndose de la mujer.

A los cinco minutos estaba el buen hombre en conversacion tendida con el espía del cura Hidalgo.

—Salvémonos de estos excomulgados, salvémonos; porque va á caer fuego del cielo.

—Así sea, señor Crispin.

—Figuraos que hasta las mujeres hablan ya de las cosas políticas y de la independencia y de la guerra.

—Si Dios no nos ayuda, cargan con nosotros todos los demonios.

—Me parece que teneis razon.

—Mirad, esperemos á que caiga la noche.

—Para qué?

—Para escaparnos, yo soy realista y me van á degollar vivo estos caribes.

—No lo dudeis, sobre que esa infernal de la tia Zenona me ha encargado unas orejas.

—No se os meta en la cabeza llevarle las mias.

El sacristan guardó silencio.

—En qué pensais, tio Crispin?

—En que estoy ya tocado de Satanas.

—Por qué?

—Ya me siento con deseos de ir con el señor cura.

—*Vade retro Satanas!*

—No os asusteis, es solo un pensamiento.

—Tomad agua bendita y dispongamos el viaje.

—Yo siempre me quedo.

—Malo, malísimo, murmuró el padre Pontolongon.

—Mirad, tio Crispin, luego que caiga la noche, ensillareis mi mula, pondreis en las árganas una buena provision, tomareis unos *mediecillos* que tengo en la alacena de mi cuarto, los escondeis en los *bastos* de la silla, tomais para vos el caballo y á las oraciones tomamos las de Villadiego.

—Muy bien pensado, dijo el satristan, voy entretanto á traeros algo de comer, supongo que tendreis necesidad.

—Y como que la tengo! no nos hemos desayunado.

—Nada mas se os ofrece?

—Id á la casa de mi hija de confesion la de la calle de.... y decidle que me encomiende á Dios.

—Muy bien.

El tio Crispin fué á la casa del padre Pontolongon, y sin necesitar del tumulto, ni del estruendo, le dió una saqueada de moros que la dejó temblando.

Ensilló la mula, le dió á un monaguillo el caballo, y para ponerse en bien con la parte femenina de la poblacion, salió por la plaza victoreando á la independencia y tomó con su compañero la vía del ejército de Hidalgo.

CAPITULO IV.

LA BANDA DE GENERAL.

I.

El ejército de Hidalgo se aumentaba de una manera sorprendente: los pueblos se alzaban en masa y salian á su encuentro y quedaban filiados entre los defensores de la independencia.

Los grados se daban segun el número que presentaba cada caudillo, comenzando por el de coronel, para el que se fijó el de mil hombres.

Allende con su genio organizador, comenzó á darle forma á la multitud; ya no era aquella avalanche que parecia una tribu bárbara en emigracion, era un ejército en su primer dia, con solo el elemento del patriotismo y de la abnegacion.

Los caudillos hicieron una correría por la sierra de Guanajuato, y conferenciaron sobre su plan de operaciones.

—Señor Hidalgo, decia Allende, apoderémonos de Querétaro, y cerremos la puerta del *Interior;* allí ha estado el foco revolucionario y nos aguardan con ansia nuestros amigos y partidarios.

—Olvidais, capitan, que la retaguardia de vuestro ejército está á descubierto y en un momento dado nos veremos aislados en nuestro centro de operaciones?

—Yo voy directamente al corazon, señor cura.

—Vuestros arranques son temibles, capitan; pero otra cosa es lo que aconseja la calma y la meditacion.

—No podemos dudar del éxito, ya veis que no hemos encontrado obstáculo.

—Es que en estos momentos se preparan á batirnos; en San Luis está la division de Calleja, en Guadalajara la de Abarca y en Guanajuato se reunirán cien partidas que formarán bien pronto una fuerza respetable.

—Señor cura, tenemos un ejército fabuloso, solo con el choque de la masa podemos destruir á nuestros enemigos.

—Capitan, yo soy viejo, y no veo las cosas bajo el mismo aspecto: esa multitud puede desmoralizarse al escuchar el primer cañonazo; es necesario no hacerse ilusiones, ved que la disciplina es la base de un ejército, y aunque veais á todos sumisos á nuestra voluntad, no es eso lo que requiere la ciencia de la guerra, vos lo sabeis mejor que yo.

—Me desesperais, señor Hidalgo.

—Ya tendreis oportunidad de lucir vuestro valor, señor capitan; jamas pensé en adularos, pero sois todo un hombre capaz de llenar esta carga gigante que pesa sobre nuestros hombros.

—Determinad, pues yo estoy acostumbrado á la obediencia, no quiero ni por un solo momento ser responsable con mi opinion, si por acaso se malogra nuestra empresa.

—Capitan, sois el rayo que tengo en mis manos, dejadme que lo lance.

—Hablad, señor cura.

—Es necesario dirigirnos violentamente sobre Celaya, circundemos de fuerzas enemigas á Guanajuato, que caerá irremisiblemente en nuestro poder.

—Bien, señor cura.

—Alistad vuestra gente, que el movimiento debe ser rápido; es necesario no dejar que se preparen nuestros contrarios.

Allende dió sus órdenes, y luego que se supo la determinacion de los caudillos, se alzaron mil gritos de entusiasmo, se agitaron los estandartes, los clarines se dejaban oir en una gran confusion, y aquella catarata tomó corriente por el camino que conduce á Celaya.

En las azoteas y torres de la poblacion se habian agrupado los habitantes de la ciudad en espera del ejército de Hidalgo.

La tropa y las autoridades habian huido.

Hidalgo ignoraba el estado acéfalo de la ciudad y envió su intimacion.

Unos ginetes se adelantaron rumbo á Celaya.

A pocos momentos se descolgaba en el valle aquella serpiente terrible, y se enroscaba con sus escamas de acero en torno á la ciudad.

A la contraccion de sus anillos la ahogaria irremisiblemente.

El pánico mas horrible se apoderó del pueblo.

El subdelegado Muro abrió temblando la comunicacion.

—"Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregaren á discrecion, serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario, se hiciere resistencia por su parte y se mandase dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponda á su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder—Dios guarde á vdes. muchos años.—Campo de batalla, Setiembre 19 de 1810.—*Miguel Hidalgo.*—*Ignacio Allende.*."

"P. D. En el mismo momento en que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán degollados setenta y ocho europeos que tenemos á nuestra disposicion.—*Hidalgo.*—*Allende.*

"Señores del ayuntamiento de Celaya."

El ayuntamiento contestó que la ciudad estaba á merced de los caudillos.

El dia veintiuno de Setiembre, Hidalgo hizo su entrada con gran solemnidad.

Dice un historiador que el héroe de Dolores marchaba á la cabeza de su ejército, acompañado de Allende y Aldama y otros jefes de distincion, llevando en su mano el estandarte sagrado de la Vírgen de Guadalupe.

Seguia la música del regimiento de Dragones de la Reina, y cien soldados de ese batallon como escolta de los caudillos.

Marchaba una columna de caballería y despues los batallones independientes, no formando sino un corto número, porque la ciudad no podia dar cabida á un ejército tan numeroso.

Al llegar á la plaza la comitiva, un fanático realista disparó un tiro, que á ser certero da muerte á uno de los caudillos.

La respuesta no se hizo esperar: de las filas salió un proyectil que atravesó el corazon de Guadalupe Cisneros, cuyo cadáver quedó insepulto por tres dias.

El pueblo de Celaya se declaró instantáneamente por la causa de la independencia, y en aquellos momentos, como era natural, buscó desahogo su rencor, y se lanzó á las casas de los europeos, arrojando los muebles por las ventanas y saqueándolas completamente.

—Señor, dijo Aldama, este desórden es horrible, es necesario castigar á los perturbadores.

—Aprehended á todo el pueblo, dijo Hidalgo, y traédmele para castigarle, y luego añadió en voz baja y al oido del capitan: Esta es la revolucion; mañana no se romperán muebles, se despedazarán hombres en el campo de batalla.

Aldama guardó un silencio sombrio.

II.

—Señor capitan Allende, dijo una vieja que se habia entrado en la sala donde conversaban los caudillos, disimulad una palabra.

—Teneis trazas de bruja, dijo Allende que era humorista.

—Somos paisanos, capitan, ya sabeis que San Miguel el Grande es país de hechiceros.

—Cabalmente, ¿y qué me quereis?

—Es una friolera, ¿quereis soldados?

—Tengo mas de los que se necesitan.

—Es que yo puedo dar muchos.

—Ea! buena vieja, retiraos, que tenemos mucho en que ocuparnos.

—Sois muy violento, capitan.

—Venís á ofrecerme á vuestros nietos?

—No, os vengo á ofrecer soldados de plata.

—No os comprendo.

—Ya sabeis que el dinero hace ejércitos.

—Entendida es la abuela.

—Pues plata y mas plata vengo á poner á vuestra disposicion.

—¿Y es vuestra ó del diablo?

—Casi, casi.

—Es singular, pensaba el jóven, lo que me está diciendo esta mujer.

—Seríais capaz de bajar á la tumba por dinero?

—No os comprendo.

—Pues bien claro me explico: os repito, señor capitan, que si tendríais valor de entrar á un sepulcro?

—Es un lugar al que tarde ó temprano tengo de hacerle una visita.

—Pues anticipadla.

—Estoy dispuesto.

—Pues seguidme.

—Solo?

—Sí, ¿teneis miedo?

Allende sonrió con desden, porque en su alma no habia cabido ese sentimiento.

—Echemos á andar, señor capitan.

—Andando, buena vieja.

III.

El Cármen de Celaya es uno de las edificios que honran la memoria del inmortal Tres-Guerras.

Aquella torre puesta con tanto atrevimiento sobre el arco gigante de portada, aquellas columnas elegantísimas, aquella suntuosidad, hija de una imaginacion del artista, y los detalles preciosísimos de la escultura en ese lujo del genio y la inventiva.

No en vano la ociosidad sibarita de los frailes habia elegido ese recinto como cuna de filigrana á su oriental pereza.

Ya la noche habia comenzado á extender sus sombras en el convento del Cármen, cuando la vieja y el capitan penetraron en aquel edificio, recuerdo de la edad media.

Los pasos resonaban en las bóvedas y se perdian á lo largo de las galerías.

Legaron al fin á una puerta que daba á un patio semioscuro y cubierto de yerba, donde estaba el cementerio de los religiosos.

—Hemos llegado, señor capitan.

—Estoy á vuestras órdenes, contestó Allende influenciado por lo tétrico de aquel lugar y por la hora.

—Veis estos nichos?

—Sí.

—Ellos no guardan solamente cadáveres.

El capitan no respondió.

—Se ha buscado la oscuridad para ocultar un tesoro.

—Comprendo.

—Fijad en vuestra memoria los números.

—Bien.

—Treinta y nueve, cuarenta, y hasta el cuarenta ocho.

—Hablad claro.

—Quitad esa lápida.

Allende se creia presa de un sueño: el cementerio, la vieja, el silencio, todo le impresionaba vivamente.

—Que quiteis esa lápida os digo.

Allende obedeció al mandato de la vieja sin explicarse el motivo.

Derrumbó la piedra del *nicho*.

—No podreis ver con los ojos, porque la noche ha caido completamente, pero con las manos tambien se vé.

—No os comprendo.

—Tocad.

El jóven introdujo el brazo en el sepulcro y el contacto de su mano sobre un objeto, produjo un sonido metálico.

—Salgamos, y no olvideis los números.

La vieja tornó á deslizarse por las bóvedas del convento.

Al llegar el capitan al atrio de la iglesia, quiso dirigirle la palabra á la vieja; pero esta habia desaparecido.

Al dia siguiente los dragones de la reina, conducian al cuartel general el dinero escondido en los sepulcros de los religiosos del Cármen.

IV.

La vieja se quedó oculta tras uno de los pilares del claustro, y cuando vió desaparecer al capitan ascendió por la ancha escalera que conduce á los corredores y buscó la celda número 46.

Acercóse á la puerta y dió tres toquidos con interrupciones de un segundo.

La puerta se abrió.

La celda número 46 era una estancia cómoda y con todo su *confortable.*

Un lecho mullido estaba en uno de los rincones, y en el opuesto un bufete con varios libros.

En la pared del centro habia una puerta secreta que comunicaba con un corredor; esto lo ignoraba el fraile que ocupaba la estancia en la noche del 21 de Setiembre.

Dos armarios con libros y tres sillones de baqueta completaban el ajuar.

Seguramente el fraile no esperaba la visita de la vieja; porque se alarmó terriblemente con su presencia.

—Traicion!---- traicion!

—No griteis, señor Nuñez de Clavijero, que podeis denunciaros y seguir la suerte de los europeos.

—Qué quereis aquí?---- ¿qué buscais?---- ¿quién os ha dicho mi nombre?

—Somos conocidos viejos.

—Yo nunca os he visto.

—No me pasa á mí lo mismo, por cierto que la última vez me reí mucho cuando presencié vuestra toma de hábito.

—Sois Satanas!

—No, os equivocais, soy simplemente una vieja.

—Qué quereis de mí?

—De vos? nada, vos solo habeis dado pesares, y la verdad, señor de Clavijero, no estoy por ese artículo.

—Pero en fin, vos venís aquí para algo.

—Precisamente.

—Pues hablad.

—Estais muy violento?

—Horriblemente.

—Como en aquella noche en que dísteis tortura á vuestro hermano.

—Callad, callad por compasion!

—No creia haberos producido esta impresion tan viva.

—Mirad, dijo el fraile, bajo este sayal palpita un corazon emponzoñado por los remordimientos.

—Ya lo creo, murmuró sombríamente la vieja, arrancando un hondo suspiro á su pecho.

—Llevo muchos años de expiacion; las vigilias.... los ayunos.... la penitencia, todo, todo lo que pudiera atormentar el espíritu, lo he hecho, para calmar este fuego que me consume y que al mismo tiempo parece reanimar mi existencia.... mis lágrimas se han vertido á torrentes, y sin embargo los fantasmas de ese terrible sueño están implacables delante de mí!.... cuando creo que han desaparecido, que Dios me ha perdonado, mi corazon se alienta, y doblego mi cabeza en pos de un sueño tranquilo.... pero ay!.... aún no ha llegado ese dia.... los fantasmas tornan con mas desesperacion, y me acosan y me martirizan como á un condenado....!

La vieja tenia enclavijadas las manos y apoyaba en ellas su frente pálida y cubierta de arrugas.

Las palabras de Nuñez de Clavijero resonaban en su alma, donde rugia á su vez el volcan de los remordimientos.

—Sabeis de vuestro hermano? dijo al fin la vieja saliendo de su estupor.

—Señora, la Inquisicion me ha prohibido preguntar, bajo

la censura eclesiástica; pero yo creo que debe haber muerto víctima del tormento.

—Murió! dijo la vieja.

—Murió! repitió Clavijero con voz ronca.

—Yo os he seguido como la fatalidad; porque el mismo crímen pesa sobre mi corazon.

—Vos?.... vos señora?

—Sí, yo, vos ignorais que mi mano es la que ha conducido á don Alvaro al Santo Oficio, mi mano la que os ha lanzado en ese terreno ensangrentado!....

—Pero quién sois?

—No os importa, he venido á daros un aviso y nada mas.

—No os comprendo, y dudo de vuestra presencia real en este instante; me parece que estoy loco, que sois uno de esos fantasmas que la fatalidad ha lanzado en mi cerebro.

—Nuñez de Clavijero, os acordais de esa noche en que vuestro destino se oscureció para siempre?

—Callad por Dios!

—Allí, en la sala del tormento acabábais de ordenar la muerte de un hombre.

—Es verdad, es verdad!

—Junto al cadáver y salpicado con la sangre del condenado, estaba un niño trémulo de espanto.

—Callad, me estais asesinando.

—Ese niño ha crecido, y se encuentra en el ejército de Hidalgo.

—Dios poderoso!

—La memoria de su padre lo lleva á la venganza, y os busca al traves de la revolucion, ha jurado beberos la sangre!

Al oir Clavijero aquellas palabras como la sentencia de su destino, dejó caer su cabeza sobre el pecho, con una desesperacion concentrada.

—Pero esto es horrible! exclamó furioso, y tú, aparicion ó

fantasma que vienes á despedazar mi corazon, vas á decirme quien te envia!

El fraile se lanzó á la puerta de la celda, la cerró y se precipitó en los rincones todos del aposento en busca de la vieja, que se habia escapado por la puerta secreta.

V.

Al dia siguiente 22 de Setiembre, convocó Hidalgo al ayuntamiento de la ciudad, en una sesion solemne é histórica, y explicó el plan de la revolucion al que se adhirieron todos; porque la voz del caudillo tenia una influencia irresistible.

Allende, que era entusiasta por Hidalgo, propuso que se le nombrase general del ejército independiente.

Una aclamacion unánime y espontánea respondió á la voz del valiente caudillo.

—Tributais un homenage á la ancianidad y no al mérito, contestó Hidalgo; esta revolucion grandiosa es debida al esfuerzo de los hombres de corazon que han dividido conmigo los peligros, y es suya toda la gloria. Yo acepto el encargo que confiais á mi patriotismo, como centro de union entre vosotros, y en virtud de este mando con que me revestís, designo en nombre del pueblo que compone mi ejército, teniente general á don Ignacio Allende!

El entusiasmo rayaba en locura, todos aquellos hombres abrazaban á los caudillos, lloraban de emocion y clamaban por el momento de batirse.

Los demas gefes fueron tambien nombrados dignidades del ejército independiente.

Hidalgo salió de la sala de cabildos, llegó á su alojamiento, asomóse al balcon y dirigió al pueblo palabras tan elocuentes,

tan sábias, tan patrióticas, que su aliento parece haberse estacionado en la atmósfera de aquella ciudad, como una herencia de patriotismo á los hijos de aquel suelo histórico, que conserva como una tradicion religiosa la memoria de ese dia espléndido de esperanzas y de recuerdos.

CAPITULO V.

EL ESTADO, LA IGLESIA Y LA INQUISICION.

I.

Estamos en el año de gracia 1810.

La tierra conquistada por el mas bravo de los aventureros del siglo XVI, lleva sobre su frente las gloriosas insignias de los reyes católicos en cuyo nombre ocupó Cristóbal Colon el mundo desconocido.

El señor virey don Francisco Javier Venegas, *vera efigie* de su magestad Fernando VII, yace en el palacio de México, rodeado de su corte y alumbrado por las tres luces de la monarquía, esa gigante trípode, base formidable de la dominacion conquistadora.

El Tribunal de la Fé, llevando en su pabellon *la ira*, *el rigor y la justicia* del Señor, teniendo á su lado la hoguera encendida de la intolerancia y en su mano el hierro candente para los blasfemos.

El venerable clero, compuesto de comunidades, que en austera penitencia como los de la edad media, ejercian la propaganda católica, llevando su celo hasta la *denuncia*.

El *ejército*, en cuyas filas entraba la nobleza, dispuesto á herir cuando se negase *homenage y pleitesía* á la Magestad.

A estas tres clases del Estado se unia una grande masa de golillas, alguaciles, hermanas y hermanos de cofradía, seminarios, parroquias, conventos de religiosas, beatas, beatos, devotas, penitenciados, mayordomos, colectores de diezmos, sacristanes, gente de Iglesia, espías, pretendientes y hermanos del Santísimo.

El *fuero* de la nobleza, el *fuero* militar, el *fuero* eclesiástico, á lo que se agregaba la apelacion á los tribunales de la Metrópoli, hacian que la administracion de justicia fuese una institucion inútil en la colonia.

Frente á esos poderes estaban los señores oidores formando la Real Audiencia, tribunal muchas veces de los vireyes y antagonista perpétuo de los gobiernos, aliándose de contínuo con el Santo Oficio.

En cuanto al pueblo, no formaba clase alguna de la sociedad; servia para varias cosas en el régimen colonial, trabajaba hasta el último aliento en las minas y los campos, daba su contingente para la *horca*, la *picota* y la *hoguera*, arrastraba la carroza del virey en las entradas triunfales, se agolpaba á las plazas en los dias de *jura*, se le daba de bastonazos por los nobles, se le comisionaba para verdugo y pregonero, se escogia para las rondas y en cambio se le llamaba "*El siempre fiel y sumiso vasallo de su magestad el rey.*"

Esto era mas que una recompensa, era un alto honor.

El virey guardaba para su excelentísima persona una gran parte de las rentas públicas, la Inquisicion se reservaba las *confiscaciones*, el clero los *legados*, diezmos y primicias, la Audiencia sus gajes, los golillas las *costas*, y cada uno en su esfera las partes que legítimamente le pertenecian por las leyes.

Tal era la situacion de la colonia en los momentos de estallar la revolucion de independencia.

II.

Revuelta andaba la corte de México con las noticias de la revolucion: las antesalas de palacio estaban llenas de curiosos ó interesados en la causa española.

Los guardias arrastraban sus sables sobre las alfombras, los clérigos formaban corrillos y habia pareceres y opiniones encontradas.

Cada vez que se presentaba un personage que atravesaba las antesalas para dirigirse á la cámara del virey, se alzaban rumores y cuchicheos; todo indicaba la crísis y el estado de efervescencia de aquella sociedad.

En el salon de despacho de Venegas se hallaba la crema de la aristocracia celebrando junta.

—Señores, decia el virey, es necesaria la concentracion de las fuerzas; Calleja debe estar avisado de lo que pasa y se habrá puesto en guardia; lo mismo acontecerá en Guanajuato, Jalisco y Valladolid.

El coronel don Manuel Flon, conde de la Cadena, era uno de los mas entusiastas de la reunion, y decia con cierta prosopopeya y petulancia:

—Ese tumulto nada vale ni significa nada; al primer cañonazo se ahuyentarán como parvada de langosta.

—Mucha fé teneis, señor conde.

—Mucha, excelentísimo señor, creo que se le está dando á este asunto mas importancia de la que en sí tiene.

—Es que los noticiosos exajeran, dijo el alcalde de corte don Juan Collado, y es necesario creer simpre la mitad de la mitad.

—Mucha prudencia es esa, señor alcalde.

—Señores, ya soy viejo y estoy acostumbrado á crísis mas peligrosas.

—Decidnos vuestra opinion, señor alcalde.

—Ya que me la preguntais, tendré el honor de manifestarla.

—Hablad, señor Collado.

—Toda revolucion que se le deja tomar incremento es dificil oponérsele despues, y ménos aún cuando se cuenta con pocos elementos.

—Eso es muy sabido, dijo el conde de la Cadena.

—Si el señor conde me lo permite voy á continuar.

—Proseguid.

—No veo en la revolucion de Hidalgo un simple levantamiento, sino una verdadera revolucion.

—Todó da lo mismo, dijo Cadena.

—Es un error muy grande en el que incurrís, señor conde, el motin es la revolucion del momento, sin trascendencia alguna; es el periodo de fiebre y exaltacion que puede hacerse crónico; la revolucion es la tendencia de una idea á sobreponerse sobre un régimen, á variar el modo de ser de una sociedad, y esa idea es precisamente la de Hidalgo, porque tiene en su estandarte el pensamiento de la independencia.

—Teneis razon, señor alcalde, dijo Venegas.

—No me parece, dijo Collado, que esto pueda contrariarse con solo el elemento de las armas; es necesario apelar á la imprenta y á todos los medios que estén á nuestro alcance, porque la simple emision de la palabra libertad, es un atractivo para un pueblo que hoy despierta al estruendo revolucionario: ya veis el número de hombres con que cuenta Hidalgo, esa cifra os dirá la verdad de mi razonamiento.

—Bien, dijo Venegas, no hableis en general de la cuestion, indicad las bases de mi conducta.

El conde de la Cadena estaba furioso al ver la preponderancia del alcalde.

—Yo opino, dijo levantando la voz, porque se extermine á esas turbas de bárbaros y se castigue á todos los que hayan tomado parte en el motin.

—Tenia la palabra el señor alcalde de corte, observó Venegas.

—Señor, continuó Collado, la conspiracion descubierta en Querétaro puede darnos algunas luces, y el gobierno, con esa calma que debe distinguirlo en todas sus providencias, debe mandar se continúe la causa de los conjurados, aunque sea en medio de la tempestad revolucionaria; porque la moralidad y grandeza del poder así lo exigen.

—Señor alcalde, marchareis á Querétaro, dijo el virey; os nombro para que continueis el proceso y determineis lo que os parezca conveniente.

—Gracias, señor, acepto con gusto el honor que me dispensais.

—Continuad.

—Reunidas nuestras fuerzas, poneos en comunicacion con las de Calleja y Abarca; la capital no necesita por ahora de soldados: convocad la guardia ciudadana para la conservacion del órden y enviad á vuestros soldados al encuentro de la revolucion.

—Acepto vuestra idea por completo, y nombro al señor Flon, conde de la Cadena, comandante en jefe de la fuerza, que mañana al amanecer debe ponerse en marcha.

—Acepto! gritó Flon, yo escarmentaré á esos miserables.

—Cuidaos mucho, señor conde, ved que los miserables son muchos.

—No importa.

—Os lo digo porque la empresa encomendada á vuestro reconocido valor es muy delicada, y no hay que aventurar un lance, porque se comprometen los intereses de una nacion.

—Es verdad, dijo Venegas, moderad vuestro ardor.

—Ya vereis como me porto.

—Toda la fuerza que existe en la capital marchará para Querétaro y á vuestras inmediatas órdenes.

—Está bien.

—Dentro de tres dias os seguirá la columna de granaderos con dos batallones, y los regimientos de dragones de México y el provincial de Puebla; llevareis una dotacion completa de artillería.

—Muy bien, señor.

—Señor secretario, continuó Venegas, poned al instante un extraordinario á Veracruz y decid al comandante Porlier haga desembarcar á toda la gente de la fragata *Atocha*, haciéndola venir á la capital lo mas pronto posible.

El secretario se marchó á cumplir con las órdenes de Venegas.

—Ahora es necesario dar libertad á la imprenta, como ha indicado con mucha oportunidad el señor alcalde; libertad completa para combatir la revolucion. Señor Collado, tened la bondad de redactar una nota á la Universidad, para que borre del número de los doctores á ese cura Hidalgo, y comunicad lo mismo al colegio de abogados, porque don Juan Aldama el revolucionario es abogado. Pondreis en seguida notas á la autoridad canónica y al Santo Oficio para que procedan á lo que haya lugar, lo mismo que á las comunidades religiosas.

—Perfectamente, muy bien, decian los aduladores.

Venegas creyéndose un hombre de Estado continuó:

—Mañana saldrá el bando perdonando el *tributo* á los indios; con esto demostraré al pueblo mi benevolencia.

—Ese, ese es el modo de contrariar la revolucion.

—Esa es mi táctica, señor alcalde.

—Seguid por ese camino.

—No solo eximiré á los *indios* del tributo, sino que mi providencia se hará extensiva á todas las *castas*.

—Su excelencia está de vena, decian los palaciegos, este es talento, esta es política, esta es diplomacia!

—Señores, continuaba el virey, yo daré el golpe de gracia á esa revolucion, saldrá un decreto poniendo á precio las cabezas

de los jefes: *diez mil* pesos entregaré al que me traiga á esos sacrílegos.

—Esa idea es la mejor, repetian los aduladores, al cebo de los *diez mil*, se lanzarán los que verdaderamente aman á su magestad, y entónces el golpe es seguro, segurísimo, como si lo estuviésemos viendo.

—Creo que por ahora no hay mas providencias que tomar; nada tengo que recomendaros, señor conde de la Cadena, ni á vos, señor alcalde. Poneos desde luego en camino, que yo premiaré vuestros servicios.

—Gracias, excelentísimo señor.

—He salvado la situacion, dijo Venegas inflando los carrillos, la he salvado!

Fijóse al dia siguente una proclama, en que el virey daba cuenta á la ciudad del levantamiento de Hidalgo; y el pueblo supo de una manera cierta, que en el pueblo de Dolores se habia proclamado la independencia mexicana el 16 de Setiembre de 1810.

III.

La Iglesia quiso rivalizar con el Estado, y revolvió sus pergaminos, rebuscando cánones, y disposiciones, y encíclicas, y bulas y cuanto encontró en su archivo, padron de la barbarie y gran protocolo del error humano.

Dice el historiador Alaman, cuyas palabras recojemos por ser el escritor que mas se ha distinguido en denigrar á Hidalgo, y por lo tanto su dicho no será sospechoso á los que puedan tacharnos de parciales, que las *armas* de la Iglesia se emplearon tambien con el mayor empeño para reprimir la revolucion.

Luego que el obispo electo de Michoacan, Abad y Queipo,

tuvo conocimiento de ella, publicó en 24 de Setiembre un edicto, en el que calificando á Hidalgo y sus compañeros de *perturbadores del órden público*, *seductores del pueblo*, *sacrílegos y perjuros*, declaró que habian incurrido en la excomunion mayor del cánon *si quis suadente diávolo*, por haber atentado contra la persona y libertad del sacristan de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del Cármen de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados: prohibió bajo la misma pena de excomunion mayor, *ipso facto incurrenda*, que se les diese *socorro*, *auxilio* y *favor*, y exhortaba y requeria bajo la misma pena, al pueblo que habia sido seducido, y seguia al cura con título de soldados y compañeros de armas, á que lo desamparasen y se restituyesen á sus hogares dentro del tercero dia del en que tuviesen noticia de aquel edicto.

El arzobispo de México Lizana, declaró en un edicto, que el del obispo de Valadolid estaba hecho por superior legítimo y con entero arreglo á derecho, y que los *fieles cristianos* estaban obligados en conciencia, pena de *pecado mortal* y de quedar *excomulgados*, á la observancia del edicto.

El mismo prelado dirigió otra pastoral á todos los curas del arzobispado, combatiendo los principios en que Hidalgo pretendia fundar la justicia de la revolucion, la que mandó se leyese y fijase en todas las iglesias.

El obispo de Puebla Campillo, persuadido del influjo que el clero podia ejercer, y para evitar que el de su diócesis lo emplease en fomentar la revolucion, como habia sucedido con varios individuos del obispado de Michoacan, convocó una junta solemne en el coro de la Catedral, á la que concurrieron el cabildo eclesiástico, los curas de aquella ciudad, todos los que habian venido de fuera con motivo de hacerse actualmente concurso, y todos los ordenados *in sacris*; y despues de exponerles cuales eran sus deberes en las circunstancias, hizo prestasen juramento de no apartarse jamas de la obediencia al gobierno,

sostener los derechos del rey Fernando y sus sucesores, tanto en los ejercicios propios de su ministerio como en las conversaciones familiares, y que usaria de todos los medios oportunos para dirigir la opinion pública, cuidando de *averiguar* si en los lugares de su residencia habia algunas personas que fomentasen las sedicion ó tuviesen juntas, para *dar cuenta* al gobierno, al que *todos* se ofrecieron servir con sus personas y facultades.

He aquí al clero armándose caballero y velando sus armas, para entrar en esa lucha que ha durado mas de medio siglo, hasta caer agonizante ante la majestad callada de la soberanía de un pueblo!.....

Grande fué la turbacion que introdujo en las conciencias la conducta de algunos frailes imprudentes y perversos que convirtieron el confesionario en garita de espionaje.

Dice otro historiador, que habia una comunidad de españoles, que se sentaban á los confesionarios llevando papel y lápiz, llegaba el penitente, se le preguntaba por su nombre, donde vivia y como *pensaba*, si tenia correspondencia con los insurgentes ó sabia que algunos la tuviesen; tal era el interrogatorio previa la confesion.

Si el penitente era incauto, y respondia á todo, manifestando su afecto á la insurreccion, he aquí un alcalde que á media noche y cuando reposaba tranquilo, le arrancaba de los brazos de su familia y le hundia en un calabozo, sin mas testigo ni acusador que el fraile que habia abusado de su candor y buena fé. De este modo se llenaron las prisiones, empezando por las de la Inquisicion, y se perdieron algunas familias.

Algo mas: se inquiria si el penitente habia sido antes absuelto por algun confesor, y si este le habia mandado que lo denunciase; entonces el anterior confesor era tambien denunciado y perseguido. El resultado de esto fué, que los confesores adictos á la independencia se abstuviesen de confesar, y que los penitentes viesen con tedio y horror la frecuencia de los sacramentos.

"La Inquisicion, entónces tan temida, publicó tambien un edicto en que hizo cargo á Hidalgo, de todos los errores de que habia sido acusado ante aquel tribunal y por los cuales se habia comenzado causa contra él, desde el año de 1800, no habiendo continuado, ni procedido á su prision, por la reforma que en él se habia notado. Segun esos cargos, Hidalgo parecia negar absolutamente las *verdades reveladas* ó propender á las opiniones *protestantes*, acusándole tambien de otros delitos de tal manera contrarios á todos los principios de moral y aun de decencia, que el decoro prohibe transcribirlos. El edicto termina citándole á comparecer, dentro de treinta dias, en la sala de Audiencia del Tribunal, so pena de seguirle la causa en rebeldía hasta la *relajacion en estatua*, imponiendo *excomunion mayor*, quinientos pesos de multa y las demas penas que establece el derecho canónico y bulas apostólicas, contra los fautores de *herejía*, á todas las personas sin excepcion, que aprobasen la sedicion, recibiesen proclamas, mantuviesen trato ó correspondencia epistolar con Hidalgo, ó le prestasen cualesquiera género de favor ó ayuda, así como tambien á todos los que no *denunciasen* ó no obligasen á denunciar á todos los que favoreciesen las ideas revolucionarias, ó de cualquiera manera las promoviesen ó propagasen."

"Estas excomuniones, dice un testigo presencial, pusieron en combustion ó cisma á todo el reino, empezando por las familias mas distinguidas. Notábase en ellas, que á proporcion que los *españoles* sus *padres*, pretendian la dependencia de la América, los *hijos*, *mexicanos*, deseaban su emancipacion. La mesa, este lugar sagrado y de delicias inocentes, en que el corazon se espacia y dilata hallándose la familia reunida, y cuyo padre á semejanza del Universal que existe en los cielos, se goza con ver alimentar á sus hijos ó esposa de sus trabajos y afanes, era por lo comun un lugar de tormento; suscitábanse en ella conversaciones sobre la revolucion, declamaban los padres *españoles* contra los habitantes de este suelo; los hijos con su madre *criolla* res-

pondian á sus invectivas, altercaban, reñian, y concluia la comida con lágrimas, é increpaciones____"

De esta combustion en que habia entrado la sociedad se acusaba á Hidalgo, por aquellos hombres que desconociendo el principio filosófico de su gran revolucion se fijan en detalles, que por dolorosos y sangrientos que sean, no deben tomarse en cuenta ante la grandeza y magestad del *pensamiento*.

CAPITULO VI.

EL ARGOS DE LA REVOLUCION.

I.

Avanzaban las horas con una lentitud terrible y desesperante para el infeliz clérigo Cipriano Pontolongon, que yacia encarcelado en la iglesia de Dolores en espera del sacristan que habia puesto pies en polvorosa.

Eran ya las cinco de la tarde, y el infeliz no habia probado una migaja, ni habia llevado al belfo un gota de aguardiente.

El, él, que se levantaba con la aurora y despues de una misa de diez minutos tomaba una colacion modesta, de seis huevos pasados por agua, un gran pocillo de chocolate y una taza de atole, alternando con cucharadas de frijoles refritos en una sarten!

El, él que á las once ya se sentia con laxitud de estómago y se soplaba una docena de bizcochitos duros y rodeos, remojando su garganta con dos copas de licor!

El, él, que á la una en punto se sentaba á la mesa, donde se

servia una gran taza de caldo, un plato de fideo, y el famoso *puchero* á la española con todos sus *dimes* y *diretes*, y un gran trozo de carnero asado á la parrilla y sazonado con salsa *borracha*, y daba término con una segunda edicion de la sarten de los frijoles, rematando con una taza de café con aguardiente!

El, él, que á las cinco de la tarde se ponia de mal humor si no oia remolinear el molinillo y no percibia el olor del Caracas y de los bizcochos calientes!

El, el, que á las ocho hacia otra colacion de vino y soletas, y él, en fin, que á la *queda*, se aproximaba al comedor en busca del pollo asado, el *chile* con *queso* y otros antojillos que le dieran ánimo, porque la debilidad le acometia de una manera formidable.

Ese hombre estaba hidrofóbico, calenturiento, desesperado, y así como el tigre hambriento desciende á los valles cuando se siente acosado por el hambre, el clérigo en un arranque de ira, abrió la puerta, tendió la vista y encontrando que no habia gente en la plaza ni en lo que se alcanzaba á ver de las calles adyacentes, se dirigió violentamente á su casa.

—Señora Fernanda! señora Fernanda! gritó el clérigo con una voz de mal humor reconocido.

—Ay padrecito de mi alma! dijo una viejita alta, de pelo entrecano, morena y de ojos grandes, ya creia que....

—Que creíais, señora Fernanda?

—Que le habia pasado algo á su paternidad.

—No es nada lo del ojo, ¿y por qué llorais?

—Porque mi hijo Juan Piñon se ha ido con los revoltosos, con ese señor cura que ha hecho un tumulto tan fuerte; yo le decia á mi hijo, que es un mozo tan tentado del diablo: no te vayas, Juan, mira que se va á enojar el padrecito; pero el muy bribon me respondió: señora madre, tengo á todos los gachupines montados en las narices y me marcho donde solo vea indios.

—Excomulgado! gritó el padre Pontolongon.

—Ay padrecito de mi alma! estoy con el alma en un hilo.

—Pues debe ser un hilo muy grande, porque no sabemos lo que durará esta revuelta.

La viejita seguia hecha un mar de lágrimas por la suerte de su hijo, que en toda tela de verdad era un perdulario.

—Ha venido el sacristan?

—Sí, le entregué la mula y el dinero, ademas se llevó todo lo que encontró de valor, cargó hasta con el ramito con escudos que regalaron las monjitas de Quéretaro por aquel sermon tan bueno que dijo su paternidad.

—Y dónde está ese hombre?

—Ay padrecito! luego que se vió en la plaza, se fué gritando: ¡viva la *independiencia!* y se marchó con Juan al tumulto.

—Esto es horrible, inicuo, infame, escandaloso!.... si lo llego á pillar lo soplo al Santo Oficio.

—¿A mi hijo?

—No mujer, al diablo del sacristan.... Pero qué haceis que no me dais de comer? estoy que agonizo.

La señora Fernanda se entró en la cocina, y con aquellas manos que Dios le habia dado, improvisó una comida suculenta y magnífica.

La señora Fernanda dió un ataque al gallinero, hizo cuatro víctimas, entre las que se contaba un gallo y un conejo, desplumó, desolló, frió é hizo cuanto puede ocurrírsele á una buena cocinera, y avisó al padre Pontolongon que todo estaba dispuesto.

Sentóse el clérigo con mas hambre que un náufrago y espabiló su pollo en cuatro dentelladas.

La señora Fernanda estaba admirada de la velocidad gastronómica del clérigo.

Al cuarto de hora el padre Pontolongon habia fracturado hasta los huesos de pollos y conejo, y los platos parecian lunas de Venecia por lo limpios.

—Parece que estoy refocilado, ahora dadme un consejo, ya os escucho.

La señora Fernanda le dijo al clérigo:

—Señor, mas sabe el diablo por viejo que por diablo; marchaos del pueblo; porque si vuelven á entrar esos hombres, os cuelgan de la torre: mi hijo Juan me lo ha asegurado.

—Vuestro hijo es un bárbaro, y un presbiteriano, y un lutera-no, y un etcetera....

—Ay señor! eso de la etcétera es lo peor.

—Lo creo.... conque me marcho y quedad al cuidado de la finca: escondedlo todo, recojedlo todo, libradlo todo del alcance de esos endemoniados.

—Así lo haré, padrecito.

—Y si se descuelga por aquí vuestro hijo Juan, decidle que *anatema sit.*

—Pierda cuidado su paternidad, yo le diré todas esas cosas.

—Haced que ensillen la mula.

—Cuál mula?

—Cual ha de ser! la mia.

—Ya le dije á su merced que el señor Crispin cargó con ella.

—Ella cargó con el señor Crispin, que es un macuteno, un foragido, un.... que me ensillen el caballo.

—Ay padrecito! su merced ya sabe que mi hijo Juan Piñon fué el que....

—Cargue el diablo con vos y con vuestro, hijo que es un bandolero! yo no estoy aquí para comprar caballos y que se los robe vuestro hijo Juan; mandádselo pedir, pero en el acto.

—Si al marcharse el muchacho dijo que así le gustaban, gordos y de buen paso.

—Por esas cualidades lo compré.

—No se aflija su paternidad, el padre sacristan ha dejado á guardar dos caballitos muy regulares.

—Señora Fernanda, me habeis salvado, sois un ángel!

—Yo, señor?

—Sí, una mujer que me da esa noticia debe ser un ángel; yo montaré al que me parezca mejor, que al fin voy á servir á la religion.

—¿Va su paternidad á montar á los ángeles?

—No digais herejías, hablaba de los caballos del padre sacristan.

—Esa es otra cosa.

La señora Fernanda mandó al criado que ensillase y avisó al padre Pontolongon que podia emprender su camino.

Desde la azotea de la casa veia la señora Fernanda alejarse al padre Pontolongon por la ruta de la Villa de San Felipe y le echaba la bendicion con las dos manos.

II.

El padre Pontolongon se fué á refugiar al obispado de Michoacan, presentándose á Abad y Queipo, que tenia deseo de saber los detalles del levantamiento.

—Dónde estabais esa noche? preguntó el obispo.

—Yo estaba---- naturalmente---- como ya eran las once, estaba durmiendo.

—Y os despertaria el rumor de los conjurados?

—Sí y nó, es decir, precisamente no supe nada hasta que oí llamar á misa mas temprano de lo regular---- entónces me levanté para ir á la iglesia, cuando entró el sacristan y me avisó que el cura Hidalgo era jefe de los revoltosos; yo, señor, queria salir á combatir, pero no tenia á mano mas que la lanza de San Longinos y la espada de Santa Catarina---- me encontraba solo; porque el sacristan estaba comprometido en la revolucion.... ah! señor, se ha llevado la mula mas hermosa del pueblo; porque al grito de---- perdóneme su señoría ilustrísima, yo no pronunciaré esa palabra---- al grito de---- se lanzó en pos del tumulto y la parroquia perdió dos personas, no, dos mulas, es decir, una mula y una persona; porque el señor Crispin es ya soldado de caballería á mis expensas.

—Y eso es todo lo que sabeis?

—Como su señoría ilustrísima comprenderá, es lo que mas me interesa.

—Bien, os necesito para que digais sermones en los pueblos, contra esa revolucion acaudillada por los impíos.

—Estoy dispuesto á lo que ordene su señoría ilustrísima.

—Por ahora id en persona á fijar la *excomunion* en las puertas de las iglesias, y exhortad á los fieles á que no se mezclen en la revolucion.

—Al instante, señor obispo.

—Volved, que tengo una idea.

—Tiene su señoría ilustrísima una idea?

—Sí, conociendo vuestro valor y vuestros sentimientos cristianos, os voy á fiar una mision de alta importancia.

—Deseo servir en cuanto pueda á su señoría.

—Os conozco, padre Pontolongon, y os aseguro que recibireis un premio digno á vuestros merecimientos.

El clérigo hizo una genuflexion tan pronunciada que estuvo á punto de tocar el suelo con las narices.

Besó el anillo del Pescador, y se marchó en seguida a fijar los edictos.

El pueblo comenzó á seguir al clérigo, que armado de papeles y una olla de engrudo, se paró en la puerta de la Catedral, y dijo un sermon plagado de barbaridades, concluyendo por leer la *excomunion* con voz estentórea y descomunal.

Las viejas, segun su antigua costumbre, lloraban á todo llorar, sobre todo cuando oian los latines del clérigo.

Las beatas admiraban la santidad del señor obispo y su sabiduría; pero la multitud comenzaba á poner en tela de duda los exorcismos y los anatemas de la Iglesia, porque veia á Hidalgo al frente de la revolucion, y el cura de Dolores era reputado por un sabio en todas las ciudades del interior.

El clérigo recorrió las iglesias de Valladolid con una peregrinacion de disparates que llevaban consigo el desprestigio.

—Hola! hola! decian algunos, es el antiguo maestro de aposentos del colegio.

—Sí, sí, quien le habia de decir cuando bebiamos juntos en la casa de Lino el Mulato, que hoy manejaria el latin y echaria excomuniones?

—Estará atarantado con el aguardiente.

—Ya es hora.

—Y que feo se ha puesto!

—Es que siempre lo ha sido.

—Y como estira el labio inferior cuando maldice!

—Sí, echa chispas por los ojos.

—Y le suda la cabeza como á un marrano.

—En eso de saber no ha adelantado mucho.

—Ni poco.

—Y que sotana tan magrienta!

—Es la misma de hace seis años.

—Y qué dicen esos papeles?

—Nada, que es un hereje el señor rector de San Nicolas.

—Eso no lo creen ni los niños.

—Y que todo el que se reuna con él está excomulgado.

—Y quién lo dice?

—El señor obispo.

—Ya!

Estas conversaciones se llevaban en voz alta, porque el pueblo de Valladolid era partidario del cura Hidalgo.

La multitud acabó por burlarse del padre Pontolongon, y luego que cerró la noche, los edictos desaparecieron de las puertas de la iglesia, y esto hizo comprender al obispo que estaba pisando fuego.

III.

El padre Pontolongon regresó al palacio episcopal muy fatigado.

—Ilustrísimo señor, todo ha salido á pedir de boca, la Iglesia y el gobierno de su magestad, cuentan con esta cristianísima poblacion; ¡qué llanto! ¡qué lágrimas! ¡qué imprecaciones á los revoltosos!

—Bien, bien, os voy á comunicar mi pensamiento.

—Si viera su señoría ilustrísima el efecto que ha hecho el edicto en las mujeres, oh! ese espectáculo es verdaderamente patético! estuve á punto de enternecerme: he predicado muchos sermones en cuaresma y nunca tuve un auditorio tan escojido, esa idea de la.... ya he dicho á su señoría que no pronunciaré nunca la palabra *independencia*.

—Os decia, señor Pontolongon....

—Continúo con permiso de su señoría: todas las devotas y devotos me rodearon y bendecian al señor obispo porque no consiente en que se estravíe el sentimiento religioso; todos exclamaban cou una emocion católica: ¡bendito sea el señor Abad y Queipo! bendito sea el señor obispo de Valladolid!

—Basta, basta, dijo el obispo, fastidiado de las majaderias del clérigo.

—No basta, ilustrísimo señor, no basta, porque ningun elogio es suficiente para tributarlo á nuestro distinguido prelado, y yo seré el primero en publicar en todas partes y por los cuatro vientos que sois un santo!

—Os mando que me escucheis.

—Soy todo de su señoría ilustrísima.

—Es necesario que finjais ser insurgente y....

—Dios mio! exclamó el padre Pontolongon.

—No os asusteis, que no llegarán las censuras á vuestra persona.

—No comprendo.

—Os presentareis á Hidalgo, os filiareis entre sus soldados y dareis cuenta de todos sus pasos.

—Y si me aprehenden las fuerzas del rey?

—Os daré un salvo-conducto.

—Y si me lo atrapan las fuerzas de Hidalgo?

—Sois un majadero.

—Así lo creo, ilustrísimo señor, pero cuando se juega el pezcuezo, se tiene doble vista.

—A nadie se ocurrirá el que estais de acuerdo con nosotros.

—No seria una ocurrencia que me hiciera mucha gracia que digamos.

—Sois católico?

—Sí, por la gracia de....

—Bien, pues entónces estais obligado á todo.

—No me rehuso, tomo precauciones; porque cuando uno arriesga el pescuezo....

—Basta y retiraos, dijo con aspereza el obispo, no os necesito.

—Perdonadme, ilustrísimo señor; yo os lo ruego, mandad y estoy pronto á obedecer.

—Decia que conviene á nuestros intereses y los del rey que os mezcleis entre esas turbas y nos pongais al tanto de sus movimientos; finjid valor, y desden por nosotros, y....

—Ya comprendo, tomaré una espada, me quitaré los hábitos, me echaré á las cejas un sombrero paisano, fumaré un gran puro, montaré en un caballo que su señoría ilustrísima me va á regalar y estaré hecho un insurgente.

—Ya vais comprendiendo.

—Escupiré de lado, seré maldiciente, recibiré mi propina y....

—Ya sabeis lo demas.

—Por última vez, señor obispo, y perdonad: cuando á uno le va el pescuezo....

—Que quereis?

—Qué pongais una circular á las autoridades por si caigo en el garlito.

—La pondré, dijo el obispo, resuelto á no hacer tal tonteria porque estaba convencido de que en todas partes habia agentes de la revolucion.

—Tomad el caballo que mas os acomode, llevareis veinte onzas para el camino, se os dará el salvo-conducto que necesitais....

—Dadme vuestra absolucion por si me mataren antes de presentar el salvo-conducto; porque cuando uno arriesga el pescuezo....

—Yo os absuelvo, y marchad; Hidalgo está sobre Guanajuato.

—No está muy distante.

—Aprovechad todas las oportunidades, un aviso á tiempo puede salvar de un desastre á la nacion, ya lo comprendeis.

—Sí, ilustrísimo señor, y permitidme otra bondad.

—Decid.

—Me llevaré dos caballos, así estaré mas espedito para correr; porque cuando uno arriesga el pescuezo....

—Haced lo que os parezca.

—Quede con Dios su señoría.

—El os acompañe, padre Pontolongon.

—Está visto, dijo el clérigo cuando salió del obispado, que estoy en el mundo para servir de sombra al rector de san Nicolas.

A la mañana siguiente, el padre Pontolongon se dirigia á Guanajuato, á cuyas puertas tocaba Hidalgo con la empuñadura de su espada.

CAPITULO VII.

EL ASALTO DE GRANADITAS.

I.

Mirad esa corona de montañas graníticas que parecen llegar al cielo con sus frentes!

Contemplad esas rocas gigantescas, pirámides lanzadas por algun cataclismo y que dominan la inmensidad, como las esfinges de aquella zona atravesada por arterias de oro!

Trepad por aquellas piedras y asomaos como las águilas á contemplar el valle!

Todo esperais ver en aquel suelo encantado, ménos una ciudad.

Y sin embargo, sacudid vuestras sandalias, descubríos la frente como los peregrinos de *Tierra Santa* á la vista de Jerusalen, y saludad á la sultana de América, que cubierta de pedrería goza indolente sentada sobre sus rocas!

Allí estás, ciudad de los recuerdos, como una página de gloria respetada por el tiempo y venerada por las generaciones!

El ala de los siglos pasará acariciando tu cabeza, y tú vivirás siempre como la tradicion sublime de nuestras memorias!...

Vive sobre tus *catacumbas*, apoyando tu planta en el abismo, y tocando el cielo con tus montañas, que son la cifra de tu nombre!

Aduérmete al rumor de tus fiestas populares, goza al son de la lira de tus bardos, sonrie con la belleza deslumbrante de tus beldades y cubre tu frente con los laureles arrancados por tus hijos en el campo de los combates!

II.

Guanajuato ocupa el lecho de un profundo valle, y se ensancha apiñándose en las laderas de la montaña; los edificios pierden el alineamiento en un desórden bellísimo, parece una ciudad en marcha, tiene el desórden de la oda, la novedad de la imaginacion, aquella ciudad no se semeja á ninguna, parece que las rocas se improvisaron en palacios sin perder su formacion.

La entrada á Guanajuato está formada de la prolongacion del valle, y se llama la cañada de *Marfil*, que termina en las cuestas de Jalapilla, tomando la direccion de los llanos de Cuevas.

El rio que toma orígen en un arroyo nacido al levante de la ciudad y al que dan alimento las vertientes de los cerros comarcanos, sigue su curso por los campos de Silao, se mezcla al Rio Grande que desemboca en la laguna de Chapala para perderse en el mar del Sur.

Al Mediodia de Guanajuato y cerrando la ciudad se levanta sombrío el cerro de san Miguel, en cuya cima se forma una pequeña llanura, que se llama de las "Carreras" por verificarse en ella las de los caballos en los dias de fiestas populares.

Por el Norte se alza el escabroso cerro del *Cuarto*, cuyo nom-

bre tradicional viene de que en tiempos remotos, permaneció en las rocas la pierna de un malhechor ajusticiado.

Bordando la cañada de Marfil están las haciendas de beneficio, donde las piedras se convierten en el *pan* de la actual civilizacion, es decir, en *oro*.

Entre los edificios de mas nombre en la ciudad se cuenta el tristemente célebre de la *Alhóndiga de Granaditas*.

El señor intendente Riaño, caballero de la Orden de Calatrava, lo habia hecho construir para el acopio de semillas, desplegando todo el orgullo de su genio artístico, y la ostentacion de sus riquezas.

El aspecto del edificio es el de un castillo feudal coronado por un cornisamiento dórico formado con piedra verdinegra y rojiza, sacada de las magníficas canteras de Guanajuato.

El edificio tiene la forma de un cuadrilongo, cuyo costado mayor tiene ochenta varas de longitud.

En el interior se ostenta un pórtico de dos cuerpos, el inferior se sostiene con columnas y adornos toscanos, y el segundo con balaustres de piedra en los intercolumnios.

Dos escaleras perfectamente construidas y elegantemente dispuestas, sirven de comunicacion á los dos pisos.

Las piezas ó trojes están techadas con bóvedas magníficamente labradas.

Hay una puerta que ve al Oriente, ostentando dos columnas y entablamento toscano, que le da entrada por la cuesta que llaman de Mendizabal y forman el declive de la loma que se extiende hasta la calle de Belen, dejando á la derecha el convento y á su izquierda la hacienda de Dolores, situada en el punto de interseccion de los dos rios.

Del Sur al Poniente de Granaditas atraviesa una estrechísima calle que la divide de la hacienda de Dolores, terminando en el ángulo del Nordeste la cuesta que conduce al rio de Cata en la plazoleta donde está la principal entrada de la Alhóndiga.

Desemboca en ese mismo lugar frente al ángulo Nordeste la calle de los Pozitos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas.

El descenso del terreno hace que por el lado Norte y por el de Oriente y Poniente se vean dos pisos, y tres en el resto de esos mismos lados y en el lienzo del Sur.

Este grandioso edificio, es el centinela avanzado de la ciudad; pero está perdido, toda vez que las montañas del Cuarto y san Miguel se tornen en reductos ocupados por el enemigo.

III.

La mañana del 16 de setiembre se celebraba una misa de *requiem* en uno de los templos de Guanajuato, despues de depositar en la última morada los restos mortales de don Martin Riva.

El intendente Riaño presidia la fúnebre ceremonia, á la que asistia la distinguida sociedad de la provincia.

El caballero de Calatrava estaba triste bajo la influencia de aquel acto, y parecia absorto en la contemplacion de sus pensamientos, cuando uno de los empleados de su secretaría le presentó un pliego, con el carácter de *urgente*.

Riaño leyó aquel pliego y una inquietud terrible se apoderó de su espíritu; larga le pareció la ceremonia, que no quiso interrumpir por honor á su difunto amigo.

El intendente salió de la iglesia y se dirigió al cuerpo de guardia de las casas reales, reunió á los soldados y mandó tocar *generala*.

La campana de *entredicho* causa ménos terror entre los católicos, que el producido por aquel toque en el ánimo de los hababitantes de Guanajuato.

Cerrarónse las casas y el comercio, armóse el pueblo y los

vecinos sin distincion de clases, y toda aquella multitud se precipitó como una avalanche á donde la llamaba el son de alarma.

—Señores, dijo el intendente, acaba de estallar una revolucion en el pueblo de Dolores acaudillada por el cura Hidalgo, que marcha sobre esta ciudad; estais amenazados en vuestros intereses y en vuestras vidas; creo contar con vosotros para la defensa de la ciudad.

Disolvióse aquella multitud armada, no sin pensar en el principio que debia servir de bandera á la revolucion.

El caballero de Calatrava sentia sobre sus hombros el peso de su gobierno en la dificil situacion por que atravesaba: reunió al ayuntamiento, á los prelados y á las personas notables de la poblacion, les manifestó los informes que poseia, y con un acento sombrío y de vaticinio dijo:

—*Dentro de algunas horas, mi cabeza rodará ensangrentada por las calles de la ciudad.*

El ángel de la muerte tocaba á las puertas de su corazon.

Comenzaron los aprestos de guerra, cerráronse con parapetos las calles principales, practicáronse fosos formando un último perímetro en el recinto de la plaza y parte céntrica de la ciudad.

Servia de base al ejército de paisanos el regimiento provincial que estaba continuamente de fatiga; mandó poner sobre las armas á los escuadrones del regimiento de caballería del Príncipe, y envió correos por la vía extraordinaria para avisar á Calleja lo librase de una situacion tan apremiante.

La avanzada de Marfil avisó que el ejército de Hidalgo se adelantaba en direccion á Guanajuato.

Coronáronse los cerros de gente armada con piedras, ocuparon las alturas y las azoteas, miéntras el caballero de Calatrava salió con la tropa al encuentro de los insurgentes.

Los vijías se habian engañado

Al regresar el intendente Riaño, notó que el entusiasmo del

pueblo se habia entibiado, que en los corrillos comenzaban las disputas, y que todo aquel mar agitado se calmaba de improviso.

Riaño era hombre muy hábil: luego que desconfió del pueblo, proyectó defenderse en el castillo de Granaditas, donde con la mayor precaucion hizo trasladar á la tropa y españoles del comercio, así como todos los caudales reales y municipales y los archivos.

La suma depositada en la Alhóndiga ascendia á *tres millones de pesos.*

Todo este movimiento se verificó la noche del 24 de Setiembre.

—Noto un tráfago muy activo, decia un barretero á un hombre que le acompañaba.

—Parece que hay novedad, compadre Lino.

—Tengo para mí, que se quieren fugar.

—Es necesario ponernos en acecho, ya sabes lo que tenemos pensado.

—Como que estoy resuelto á llevarme á los muchachos de Valenciana y reunirnos con el cura Hidalgo.

—Hay muchos que piensan como nosotros.

—Ha llegado esta noche un amigo tuyo y dice que ha estado con los del tumulto en San Miguel.

—Y qué dice?

—Que hay mucha gente, muchas armas, y sobre todo, muchísimo dinero.

—Tras él vamos, ¿y quién es el amigo?

—El Pípilo, que quiere ver si cuenta con nosotros.

—Y donde está?

—Presente! respondio el barretero.

—Dame un abrazo!

—Lo merezco, amigos mios, porque me he arriesgado á venir, solo por los amigos.

—Tuyos hasta la muerte.

—Miren, dijo Lino el Mulato, cada uno señale la casa que quiera, y luego que se tome la ciudad, nos repartimos.

—Yo no quiero nada, respondió el Pípilo, viva la libertad!

—Pues yo la plata, contestó el salteador.

—Yo me *arrabiato* á lo que dice el Pípilo.

—Si hubieran oido al señor cura Hidalgo, dijo el honrado barretero, no se pensaria en robar, él quiere que seamos libres y lo mismo nuestras mujeres y nuestros hijos; ¡válgame el Señor de los Trabajos! si el señor Hidalgo es un santo! de que yo lo veo tan viejecito, pero dando disposiciones tan buenas y aconsejando á todos, me dan ganas de besarle las manos.

—Y trae mucha gente?

—Si parecen parvadas de patos y golondrinas; figúrense que toditos lo pueblos se le juntan, y todos están dispuestos á dejarse matar por la libertad y por el señor cura.

—Y ya cuentas con muchos de los amigos?

—Todos esperan que se acerque el tumulto para *pasarse*, ya verán estos señores el susto que llevan.

—Mira, Pípilo, ya se están previniendo, hace dos horas que estamos viendo pasar gente con dinero, todo lo están encerrando en Granaditas.

—Mejor! habrá para mantener á tanto soldado como trae el señor cura.

—Nos ocultaremos; porque si nos pillan ya no vemos la entrada.

Lino el mulato y los dos barreteros se dirigieron á una de las calles mas oscuras, desde donde presenciaron la traslacion del dinero y de los archivos á la Alhóndiga de Guanajuato.

Al rayar la mañana del 25 de setiembre, la poblacion vió con asombro que las trincheras estaban derribadas, los fosos cegados y destruidos todos los aparatos de defensa.

—Nos quieren abandonar; decian los del pueblo, y salvarse los europeos con sus caudales.

Esta idea era el triunfo decidido de Hidalgo; ya no era una ciudad la que debia asaltar, era un edificio.

El ayuntamiento y los soldados y las personas influentes opinaron en contra de la decision de Riaño; pero este se mantuvo firme y esperó al enemigo.

Un desaliento grande cayó, como una nube de plomo, sobre la ciudad: las familias emigraron y todo quedó envuelto en una atmósfera de muerte.

IV.

El 28 de setiembre se presentó Hidalgo frente á la ciudad de Guanajuato, enviando al intendente su arrogante intimacion.

"He sido electo capitan general de América en los campos de Celaya al frente de cincuenta mil hombres. Con esto verá V. S. que tengo autoridad suficiente para intimarle me entregue todos los españoles que con V. S. se hallan encerrados en esa Alhóndiga, ocupando por ahora sus intereses, hasta las modificaciones que pienso hacer en el gobierno.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general, Setiembre 28 de 1810.—*Miguel Hidalgo y Costilla.*"

Riaño recibió el pliego, y despues de consultar con los defensores del fuerte, que ofrecian acompañarle hasta el último trance, escribió con pulso firme estas líneas:

"El intendente de Guanajuato no reconoce otro capitan general que el virey de Nueva España, ni mas modificaciones en el gobierno que las que acordasen las Cortes reunidas en la Península."

Riaño dirigió su última nota á Calleja, en la suprema agonia de su situacion, y comenzó á organizar la defensa del castillo; porque el ejército de Hidalgo comenzaba á descolgarse como una serpiente por la cañada de Marfil.

Riaño situó sus puntos de defensa en la Alhóndiga y hacienda de Dolores contigua al castillo, colocando en ésta á los paisanos armados y situando su caballería en la bajada del rio de la Cata.

El pueblo se habia apoderado de las alturas dominantes, dispuesto á formar parte del ejército independiente.

Destacóse la primera avanzada y atravesó el puente de Marfil, llegando á la trinchera colocada al pié de la cuesta de Mendizabal.

Gilberto Riaño, hijo del intendente, defendia aquel punto y mandó hacer fuego sobre los indios, que retrocedieron.

Allende se llegó á la avanzada y personalmente la condujo al cerro del *Cuarto*, cuya altura dominaba las posiciones del enemigo.

El pueblo de las minas y el de la ciudad, saludaron con ardiente clamoreo á la bandera de Hidalgo, declarándose filiados en el ejército independiente, y se posesionaron de las alturas y casas adyacentes á Granaditas, envolviéndola en uu cerco de fierro.

Hidalgo, á quien escoltaba el regimiento de la Reina, subió con dos mil hombres de caballería por el camino de la Yerbabuena á las Carreras, y descendió á la ciudad que atravesó rápidamente hasta situarse en la calle de Belen.

¡Qué hermoso espectáculo presentaba aquel ejército, con sus mil banderas flameando á la luz purísima del sol!

Desprendíase de aquella muchedumbre un incesante clamoreo que repercutia en el fondo del valle y vibraba en el granito de las montañas! ¡Despues de tres siglos se reproducian las escenas sangrientas de la conquista!

Oíase otra vez el silbo de la *honda* contestando al estruendo de la artillería.

Un genio habia evocado á los hijos de Moctezuma y á los soldados de Hernan Cortes sobre los campos del siglo XIX!

V.

Hidalgo dividió en dos trozos su grande ejército, colocando á los fusileros en los cerros del Cuarto y del Venado, y á los *honderos* en los puestos mas avanzados, dejando en el lugar que hemos indicado á la caballería.

La retaguardia y reserva era el pueblo todo, y miles de hombres que no tenian campo donde combatir por lo estrecho del terreno.

Una multitud de indios se ocupaban en quebrar *piedras*, que entregaban á los proveedores que salian sin cesar como hormigas por las veredas y rocas de las montañas.

Allende que era el alma del asalto, dirigióse sobre la trinchera de la boca-calle de los Pozitos que Riaño reforzó en persona.

Trabóse un combate horrible y simultáneo por los lados todos del cuadrilongo y sobre la hacienda de Dolores.

Riaño observó al regresar á Granaditas, que el centinela de la escalera habia abandonado el puesto, tomó el fusil y con una serenidad asombrosa comenzó á hacer fuego.

Distinguióse su noble figura en aquel cuadro de matanza, y un cabo del regimiento de Celaya tendiendo su escopeta fijó tan bien su puntería, que aun no habia cesado la detonacion del disparo cuando Riaño cayó revolcándose en su sangre y con el cráneo hecho pedazos.

Así murió don Juan Antonio Riaño, caballero del hábito de Calatrava, corregidor y comandante de armas de Guanajuato.

VI.

Los españoles recogieron el cadáver de Riaño, y ante el aspecto de aquel hombre mutilado por el plomo y que pocos momentos ántes conservaba el espíritu sobre sus soldados, comenzó la desmoralizacion precursora de la derrota.

Los soldados cerraron la puerta de la Alhóndiga cortando la comunicacion con la hacienda de Dolores y dejando aislada la caballería.

La unidad de accion estaba perdida y el castillo no dilataría en caer en poder de los asaltantes.

El estrago de la fusilería era espantoso en las masas, que retrocedian y avanzaban como las olas del mar enfurecido: la sangre corria á torrentes y los cadáveres se veian sobre las trincheras como los despojos de la jornada.

Dice un historiador que la muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas, tan continua, que excedia á un constante granizo.

Las azoteas del castillo no pudieron defenderse, y los parapetos fueron abandonados.

Entónces avanzó el ejército, se apoderó de todas las avenidas y se lanzó como la lava de un volcan arrollando á la caballería española, que no pudiendo contra tan jigante empuje desapareció en aquel mar de fuego.

El punto de Dolores, débil con el aislamiento, fué atacado á su vez y tomado á viva fuerza: los españoles que no murieron al hierro de las armas, se precipitaron en la noria donde quedaron ahogados.

La posicion de los defensores del castillo se hacia cada vez mas apremiante; Gilberto Riaño, deseando vengar á su padre,

arrojaba cascos de fierro cuya explosion hacia un estrago espantoso sobre los asaltantes.

—Señor general Allende, dijo Hidalgo, el ataque es demasiado fuerte para prolongarlo, es necesario hacer el último esfuerzo.

—No doy un cuarto de hora á los defensores, contestó el bizarro jóven, cuya figura se destacaba en los cuadros todos de aquel terrible combate; pero esa puerta me está inquietando demasiado.

Hidalgo se volvió hácia el castillo, fijando su mirada en el punto indicado por Allende.

—Lo veis, señor cura, lo veis? se defienden valientemente y mientas ese punto no se tome poco hemos adelantado.

Hidalgo tuvo una inspiracion.

—Muchacho! gritó dirigiéndose al barretero.

—Señor, estoy á las órdenes de su merced.

—*Pípilo, la patria necesita de tu valor.... ¿Te atreves á prender fuego á la Alhóndiga?*

El Pípilo fijó su mirada en el semblante de Hidalgo, como bebiendo los rayos de aquel espíritu gigante, y poniendose súbitamente su sombrero dijo con tono resuelto:

—Mande su merced, que estoy dispuesto á perder la vida.

—Fuego á esa puerta! gritó Hidalgo.

Lino y otros barreteros, se entraron en una tienda que habia en la esquina de los Pozitos y subida de los Mandamientos, y sacaron porcion de *rajas de ocote*, y formando un haz lo prendieron y se lo entregaron al Pípilo.

El valiente barretero tomó una losa, se la puso á la espalda cubriendo su cabeza, y tomando la tea se dirigió con un arrojo inimitable en medio de una tormenta de proyectiles hasta la puerta de la Alhóndiga.

Arrimó la tea y la puerta comenzó á arder.

Un aplauso gigante resonó como el saludo de la revolucion al héroe de aquel dia.

Produjo tal entusiasmo la accion del barretero, que la multitud se precipitó como una avalanche y acabó por derribar la puerta que devoraban las llamas.

En medio de aquella confusion, se le ocurrió á uno de los jefes del castillo enviar parlamentarios al campo enemigo, á cuyo efecto descolgó á un oficial por una de las ventanas.

Al ver la multitud deslizarse por una cuerda á aquel hombre, creyó que se trataba de una fuga, y una descarga de piedras tirada con la fuerza terrible de la honda, hizo pedazos al desgraciado cuya sangre salpicó las paredes del edificio, antes de que tocase el suelo.

Entretanto un grupo considerable afrontando la explosion de los frasco de cobre, minaba el edificio, practicando barrenos en los cimientos.

El espectáculo era espantoso!

Aquella corriente arrastraba en su impulso hasta los cadáveres.

Berzábal, el segundo de Riaño, hacia esfuerzos desesperados en el interior del edificio; oíanse los gritos de los heridos y multitud de voces pedian *capitulacion*; todo era desórden y algazara, los indios habian invadido los patios, las escaleras y todos los departamentos.

Los españoles se refugiaron en un ángulo del patio, último atrincheramieuto á tan bizarra defensa; Berzábal tomó la bandera en una mano y con la otra su espada hasta caer atravesado por las lanzas.

Cesó entónces la resistencia y comenzó la matanza en lances parciales.

Los *realistas* se ponian de rodillas suplicantes, demandando perdon.

No hubo misericordia. El pueblo enfurecido y ya en el vértigo de la victoria, acalló todo sentimiento de generosidad y se revolcó en la sangre de los vencidos agitado por la tormenta de su furor indomable.

El hijo de Riaño yacia agonizante sobre las baldosas que servian de lecho al cadáver de su padre, debiendo á pocos dias acompañarle en el silencio de la tumba.

La noche habia llegado: entónces los insurgentes se hicieron de teas, que reflejaban siniestramente sobre aquel cuadro de horrores.

A la matanza succedió el saqueo con el botin mas espléndido que registra la historia de aquellos dias.

La multitud recorria el edificio hollando los cadáveres en su saturnal de rencor y de matanza!

El castillo estaba tomado y los defensores muertos.

Hidalgo y Allende se presentaron en aquel siniestro lugar y todo pareció calmarse.

Allende estaba vivamente impresionado con las escenas de la jornada, Hidalgo permanecia majestuosamente sereno, como el jenio de la justicia en la hora suprema de la revolucion.

La idea, la grande idea de la *independencia*, comenzaba desde aquel instante su peregrinacion sangrienta, como una barca empavesada que parte sobre un mar inquieto á los lejanos horizontes de su destino.

CAPÍTULO VIII.

ACTO SEGUNDO.

I.

Hemos presentado en un golpe de vista el cuadro sombrío del castillo de Granaditas la tarde del 28 de Setiembre de 1810, en que fué asaltado por el ejército independiente. Permítasenos descender á particularidades.

Fray Angel de la Divina Infantita, á quien habia sorprendido en Guanajuato la revolucion, salió corriendo por las calles de la ciudad con un gran Cristo en la mano, anunciando que la turba impía se acercaba y que era preciso combatirla y exterminarla.

Una turba de viejas, beatas y devotas de ambos sexos formaron el motin y juraban defender la sagrada religion.

Fray Angel hacia una segunda edicion de los sermones que el antiguo maestro de aposentos predicaba á su vez en Valladolid.

—Matar!---- descuartizar!---- aniquilar! gritaba el fraile, tal es vuestro deber como ovejas del Señor.

—Matar!.... descuartizar!.... aniquilar! repetian en coro las viejas, hechas unos energúmenos.

—Ya habeis comprendido lo bastante para la hora del peligro, ahora.... dadme una limosna para hacer oraciones y preces y otras cosas que traigan sobre nosotros el favor del cielo.

Aquí hicieron un gesto las devotas, y las viejas dijeron un "sea por Dios" que aplacó en cierta manera el entusiasmo clérico-revolucionario de aquel motin anfibio.

Recojió el fraile lo que pudo y se marchó en seguida á la iglesia, pretendiendo continuar en ella su alboroto.

—Idos de aquí, le dijo un anciano sacerdote, nuestra mision no es esa, no profaneis la cruz con hacerla bandera de revolucion, rogad al cielo por la paz entre los cristianos y no exciteis á la sangre ni á la matanza.

—Es que los impíos atentan contra la religion.

—La religion no necesita de nadie para su defensa, ella es sagrada y se sostiene por sí misma; vosotros, vosotros sois los que la desprestigiais.

—Como se entiende? preguntó fray Angel un tanto desmoralizado por las palabras del sacerdote.

—Se entiende de esta manera: si continuais conmoviendo al pueblo con vuestros desatinos é impertinencias, é impidiendo con estos desórdenes el que la autoridad haga libremente uso de sus facultades para organizar lo que juzgue mas conveniente, os hago salir de esta demarcacion.

—Sin duda sois partidario de los insurgentes.

—Fray Angel, dijo indignado el sacerdote, soy partidario del cristianismo, que nos manda aplacar las pasiones y arrodillarnos delante de los que van á matarse, para impedir que la sangre corra y las almas se pierdan.

—Eso no es de mi incumbencia y no permito que....

—Su paternidad, dijo el sacristan, no sabe que habla al señor cura eclesiástico.

—Eso es otra cosa, yo no lo sabia y le pido perdon.

—Id con Dios, fray Angel.

El fraile se lanzó rechinando los dientes, entre las burletas de las viejas y la sonrisa sarcástica de los beatos.

II.

Entróse en el meson donde estaba alojado y se encontró con un fraile, de la misma órden del Cármen.

El personaje era alto, enjuto, los ojos sombríos rodaban como dos carbunclos en aquellas órbitas pronunciadas.

No era la penitencia austera la que habia causado aquel estrago, sino los gritos de la conciencia, los clamores del corazon____!

Aquel desgraciado creia que con las vigilias y cilicios aplacaria el remordimiento que le devoraba, y debilitado por el ayuno, su constitucion nerviosa se exaltaba mas y mas hasta el amago de la locura; estaba preocupado, sombrío, absorto, próximo á un acceso de *lipemania*.

Aquel hombre era el antiguo inquisidor Nuñez de Clavijero.

La noche que recibió la visita de la gitana estuvo á punto de perder el juicio; aquel siniestro aviso permanecia grabado con carácteres de fuego en su memoria: "ha jurado beberos la sangre." Si ya no la tengo! decia el fraile viendo sus manos secas y descoloridas, si apenas laten mis pulsos y tiene aliento mi corazon!____

El histérico produjo el fenómeno de la reaccion; aquel espíritu apocado y miserable se exaltó con la fiebre de la desesperacion, y tornó á levantarse con la energía de la juventud; se creyó fuerte para combatir, lo habia sido para martirizarse hasta languidecer, y lo seria para tornar á la vida, para emprender la lucha contra un vaticinio, y contrariar si era posible la implacable sentencia que pesaba sobre su frente.

Su intencion vengadora lanzó la vívida llama que precede al apagamiento del espíritu; aquella cabeza envuelta en la oscura capucha de la mortaja, se sacudió atrevida, los nervios tomaron el temple del acero y la voz las vibraciones de la fuerza y de la pujanza.

No se dejaria arrancar impunemente la vida; entre su perseguidor y él mediaria un mar de sangre, estaba resuelto á todo.

Colgó el cilicio y los gárfios, arrojó de sí el cráneo humano que tenia sobre su mesa en las horas místicas de la contemplacion, cerró los libros santos que habia bañado con sus lágrimas durante tantos años, y ciñó el acero bajo sus hábitos: se improvisó en un soldado de las cruzadas.

Abandonó la celda que habia juzgado como el último asilo de sus dias, como el postrer horizonte de su vida.... de allí debia salir para el sepulcro; pero Dios le reservaba otro destino: tras aquella puerta donde se veia el signo de la redencion rugia la tormenta del mundo que le asustaba, y sin embargo, era necesario entrar en él sin vacilar; porque el destino habia llamado á los muros del convento y era necesario obedecer.

Núñez de Clavijero aceptó entero el porvenir y se lanzó á la lucha con la desesperacion de un condenado.

III.

—Hola! dijo fray Angel, su paternidad por estos mundos!

—Sí, creo que ha llegado el momento en que la religion necesita de nuestro brazo, he oido el toque de alarma y me presento como el primer soldado de nuestra fé.

—Señor de Clavijero, nuestro entusiasmo está calificado punto ménos que de herejía por el cura eclesiástico, quien me ha puesto á dicterios hecho un mártir.

—Eso no importa, nosotros tenemos ya trazada la senda, é iremos sobre ella pese á quien le pesáre.

—Señor Núñez de Clavijero, la ciudad se encuentra en este momento muy mal parada; el intendente se ha encerrado en Granaditas.

—Pues marchemos al castillo, allí venderemos caras nuestras vidas; porque esos hombres no nos perdonarán.

—Teneis razon, marchémonos.

Los dos frailes se pusieron en camino, llegaron á Granaditas cuyas puertas se les franquearon como á todo español, y despues de armarse esperaron la llegada de los insurrectos.

El ataque comenzó de una manera vigorosa. Núñez de Clavijero buscaba entre aquella masa de combatientes al hijo de Marroquin que habia jurado su muerte; creia verlo en todas partes y rogaba á Dios desde el fondo de su alma que lo hiciese desaparecer; porque el inquisidor tenia un terror pánico.

Animado por la fiebre del miedo, no al peligro sino á su ángel malo, hacia fuego con su fusil desde lo alto del edificio y no temblaba ante el abismo que el peligro abria á sus pies.

Una piedra le habia hecho una ligera herida en la cabeza, y la sangre caia por su rosto; sacó su pañuelo, se vendó fuertemente y continuó en su tarea con mas ardor.

—Si al ménos muriese aquí, pensaba el desgraciado, no veria á ese hombre, ni sentiria el hielo de su puñal; ¡qué horror!.... es necesario caer como bueno, bajo esta bandera, recibir la muerte cuando ménos la espere; ¡Dios mio! ¡Dios mio! oye mis súplicas!....

El combate continuaba, y la gritería terrible, y las detonaciones y la muerte; aquello era un vértigo de sangre, una tormenta implacable de fuego.

Fray Angel, que era bueno para la *proclama*, no servia para la guerra, así es que se escondió en la *troje* del dinero y desde allí rogaba al cielo por el triunfo de los españoles.

—Fuego! fuego! gritaban los defensores del castillo al ver incendiar la puerta.

—Carámbano! gritó el fraile, esto sí pasa de castaño á oscuro! véamos por donde puede escaparse; pero ántes es necesario habilitacion.

Rompió uno de los sacos del dinero y se surtió de oro hasta los manguillos, salió al patio que en aquellos momentos era tomado por los insurgentes y retrocedió espantado.

—Venid, venid, le gritó Clavijero, probemos á salir, y tomándole por una mano lo sacaba entre la multitud que no se percibia de ellos en el ardor del combate.

Un grupo numeroso de insurgentes les impidió la salida, arrollándolos hasta la mitad del patio é interponiéndose entre ellos como un choque de mar entre dos náufragos.

—Estoy perdido! exclamó fray Angel, y al sacudir sus brazos cayeron las monedas de oro.

Los indios que le cercaban se apercibieron instantáneamente y pudieron fijarse en el infortunado fraile.

—Muera! gritaron cien voces.

El desgraciado se puso de rodillas suplicante; pero esa palabra no era escuchada en aquellos momentos y la turba cayó sobre él como un azote de tempestad y lo hizo pedazos.

El cadáver mutilado de fray Angel quedó desnudo y perdido entre el tumulto.

Núñez de Clavijero vió la muerte de su compañero, y armándose de valor, siguió al cura Septiem, que se abrió paso hasta fuera del castillo entre una nube de proyectiles.

—Para! para! gritó una voz ronca y estentórea; vas á morir, asesino de mi padre!

—El! él! murmuraba el inquisidor, y seguia su fuga sintiendo sobre los suyos los pasos de su enemigo.

IV.

La noche habia caido y el recinto era alumbrado por las teas, reflejando sobre aquel cuadro de pesadilla, rostros descompuestos por el furor, fisonomías siniestras, miradas sombrías, cabelleras ensangrentadas, cadáveres hechos pedazos, y en medio de estos horrores oíanse clamoreos y gritos salvajes y maldiciones.

En medio del patio se dejó oir una algazara como la del infierno: un hombre cubierto de harapos ensangrentados arrastraba por un pié á un cadáver mutilado que llevaba de fuera el corazon y las entrañas.

—Ya va uno!.... ya va uno! gritaba furioso, y despues soltaba una carcajada terrible, estridente y espantosa.

—El loco! el loco! decian los soldados.

—Ya va uno!....ya va uno! y continuaba arrastrando aquellos despojos sobre los cuales daba el reflejo de las teas.

—A quién llevas ahí, Pedraja? preguntó la conocida voz de Marroquin.

—A fray Angel, respondió el estudiante con ferocidad; ellos me han arrebatado á Rosalía y he jurado vengarme ¡Ya va uno!.... ya va uno!

Como si aquel recuerdo hubiera exacerbado su alma, rechinó los dientes, vió al cadáver al soslayo y lo agitó con furor golpeando el cráneo sobre las losas.

Marroquin alumbró con la tea, y sus ojos se abrieron como si fuesen á escapársele de las órbitas.

—El!.... él! decia con voz ronca, no lo he olvidado.... estaba junto al inquisidor la noche del tormento; él ordenó al verdugo la muerte de mi padre!

El torero sacó un puñal, y como un buitre se lanzó sobre el cadáver de fray Angel, y lo hundió por tres veces en su pecho.

—Así, exclamaba, así.... pero con todos ellos.... hace un momento que me ha parecido ver al inquisidor entre el tumulto; le he gritado y se me ha perdido entre las sombras; pero yo le buscaré hasta encontrarle!

En el cementerio de Belen se dió sepultura á los muertos.

A la media noche llegaron unos frailes del mismo convento con un cadáver amortajado, que depositaron en un sepulcro distante de la fosa comun.

Era el intendente Riaño, que hacia siete horas se encontraba en la plenitud de su poder y en el apogeo de su fortuna; el caballero del hábito de Calatrava que descendia á una tumba humilde; porque el libro de su destino acababa en una hoja oscura como la noche de la vicisitud y del infortunio.

V.

Al dia siguiente, 29 de Setiembre, el ejército celebraba el cumpleaños de su caudillo....

Hidalgo estaba en su alojamiento, donde recibia á sus amigos que lo felicitaban con entusiasmo.

Presentósele una señora acompañada de un niño, mostrando una grande afliccion: el niño estaba pálido y aterrorizado.

Hidalgo recibió á ambos con aquella dulzura y amabilidad que le eran geniales.

—Señor, en mi casa hay un depósito perteneciente al señor Posadas, que ha muerto anoche en la noria, y el pueblo amenaza saquear. Vos habeis sido un buen amigo de mi familia, salvadnos!

—Señora, contestó Hidalgo, mi amistad no degenera; sean cuales fueren las vicisitudes de esta empresa que he creido de mi deber afrontar, soy el mismo hombre de ayer, y os lo voy á manifestar.

El niño veia de hito en hito al cura de Dolores, y despues paseaba su mirada indagadora por toda la estancia.

Hidalgo estaba sentado en su catre de camino frente á una mesa pequeña; el héroe llevaba su traje ordinario y sobre la levita un tahalí morado.

En un rincon del aposento habia una porcion considerable de barras de plata recogidas en la Alhóndiga y manchadas todavia con sangre; en otro, una cantidad de lanzas, y arrimado á la pared y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imágen de Guadalupe.

—Centeno! gritó Hidalgo, y al instante se presentó un capitan.

—Estoy á las órdenes de mi general.

—Partireis al momento con esta señora, y defendereis su casa á todo trance de cualquier intento de los que han creido que la revolucion se ha hecho para el pillaje; todo queda bajo vuestra responsabilidad.

—Está bien, señor cura.

Despidiéronse la señora y el niño, que entraba en la adolecencia, revelando en su fisonomía las dotes de un gran talento.

Habian pasado unos diez minutos cuando un soldado avisó de parte de Centeno, que no podia contener el tumulto.

—A caballo, señor general! gritó Hidalgo á su jóven compañero.

—A caballo, señores! dijo Allende y todos se pusieron en marcha.

Llgaron á la plaza, donde la plebe se revolvia intentando el saqueo.

Allende corrió las espuelas por los ijares de su caballo y se arrojó sobre los revoltosos, dispersándolos á los golpes de su espada.

Hidalgo siguió recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre unos miserables que estaban arrancando los balcones de una casa abandonada, con lo que la multitud se fué disipando.

Aquel niño cuya madre fué á implorar la proteccion de Hidal-
o en una hora terrible de conflicto, y á quien el héroe amparó
asta salir personalmente á defender su hogar amenazado; aquel
iño despues de medio siglo tomó en su mano la pluma del his-
oriador y descargó su injusta saña sobre el caudillo, á quien ha
uesto su eterno sello la heroicidad y la justicia humana!

Aquel adolescente que escuchaba aún como un eco pavoroso
estruendo de la revolucion que habia oido mil y mil veces en
s dias primeros de su juventud, lleva un nombre que se regis-
a en una de las páginas mas oscuras de nuestra historia con-
emporánea: se llama *D. Lúcas Alaman.*

CAPITULO XIX.

LOS LEBRELES SOBRE LA PISTA.

I.

El desórden habia cesado enteramente, y la ciudad yacia desfallecida en el cansancio de tantas horas de agitacion y de vértigo.

Parecia una mujer arrancada del tormento.

Oíase por intervalos el silbo de alguna piedra lanzada al acaso, algun grito perdido, alguna detonacion en los cuarteles de los suburbios.

Las patrullas rondaban las calles, dejando oir el ruido de sus pasos en el silencio de aquella noche espantosa.

En la tienda que existia en la esquina de los Mandamientos, se encontraban Lino el mulato, Marroquin, su compañero Sacavueltas y el Pípilo, todos tomando aguardiente y hablando de la jornada.

—Pípilo, dijo el mulato dando con su mano sobre el hombro del barretero, ¿cuanto has pillado?

—Yo? preguntó el Pípilo, acaso iba á robar?

—Eso es apearse por las orejas, replicó Lino, todos hemos tomado parte del botin, y siendo tú el primero que pasó aquella infernal puerta, es extraño que no estés provisto como nosotros.

—Lléveme el diablo si me acordé de tomar un octavo; ademas, que pensando en el gran riesgo que llevaba....

—Demonio! gritó Marroquin dando un puñetazo sobre el mostrador, como que el lance fué mas que pesado; mira, Pípilo, primero toreo con una venda en los ojos que hacer eso que tú has hecho.

—No vale la pena, yo tenia vergüenza de llevar la losa á la espalda, me parecia que todos se burlaban tomándolo por cobardia; pero juro por la vírgen de Guadalupe que si temia algo, era el fracaso de lo que me encomendaba el señor cura.

—Tienes razon, y sobre todo, arrieros somos y en el campo andamos, el que sea hombre se ha de ver.

—Veremos entónces; yo les confieso que el general Allende me ha dejado admirado: eso de estar en todas partes y por delante, dando esos gritos que suenan mas que los fusiles, y no tener ni pizca de miedo.... da gusto pelear con hombres así.

—Y tú, Saca-vueltas, te has habilitado?

—Les he comprado á los indios las onzas de oro; creían que eran medallas.

—Demonio! ese comercio no estaba en mi librito, ya lo pondré en planta mañana.

—No me hubiera ocurrido nunca, dijo el Pípilo.

—Y qué hay de marcha?

—Salimos para Valladolid.

—Mis antiguos y conocidos terrenos, dijo Lino el mulato; ya verán cuando lleguemos, aquella tierra es mia, los alojaré en mi casa si no la han quemado.

—Y por qué la habian de quemar? preguntó el Pípilo.

—Porque un tal fray Angel dió en que los diablos y las brujas se albergaban en ella; en cuanto á lo segundo tenia razon.

—Estás de broma?

—No, que hablo de veras. Figuraos que la Madre Paulina, que así se hacia llamar la bruja, me ha sacado de muchos conflictos, entre ellos uno, que lo conservaré en mi memoria toda la vida.

—Cual?

—Estos diablos de gachupines dieron en que yo era un famoso ladron.

—Qué injusticia! dijo el torero Marroquin en tono compunjido.

Lino continuó:

—Es cierto que decian la verdad, pero á ellos no les importaba; el hecho fué que me soplaron ocho años al castillo de San Juan de Ulúa, donde me han dado un tratamiento de los perros; tengo las costillas hechas pedazos á palos y dos ó tres cicatrices en la cabeza: ¡qué ocho años! aquel sol es lo mas terrible del mundo ¡ay amigos! en medio del dia y cuando se estaba quemando el mundo, nos sacaban con la cadena al pié; por eso ando un poco *rengo*, la costumbre de arrastrar tanto tiempo el grillo. Y nos hacian acarrear carbon para los buques, y barrer los patios, y regarlos, y nos encerraban despues en unos calabozos por donde jamas entra la luz, y allí les atacaba el *vómito* á muchos infelices, y habia algunos que morian ántes que el carcelero se enterara de que existian enfermos en la prision. Despues nos hacian cargar con los muertos, cavar la sepultura y cerrarla; vamos, que ya me faltaban las fuerzas para soportar esa vida condenada.... Ya verán, ya verán, me decia á mis solas: cuando salga de aquí, me he de vengar de los malditos europeos, yo me desquitaré de ocho años de garotazos y bofetadas; si tengo á la mano á mis jueces les haré escupir la lengua.

Los toreros y el Pípilo escuchaban con atencion el relato del bandido, que con aquella lógica que distingue á esos enemigos

la sociedad, queria vengar en ella sus crímenes; esos misera-
s desearian un aplauso por sus delitos.
—Un dia que la prision estaba conmovida, dijo el mulato,
rque acababa de morir un fraile llamado Talamantes, que
tre paréntesis lo habian martirizado hasta arrancarle el últi-
aliento, me llamaron para que le condujese en una lancha
sta el puerto de Veracruz; cual fué mi asombro al encontrar-
con la madre Paulina!
—Con la bruja? preguntaron simultáneamente el Pípilo y los
eros.
—Precisamente con ella, y lo mas gracioso es, que salis de
fortaleza; reconocióme al momento, habló con el patron de la
ca, y cuando ménos lo esperaba me dijo:
—Lino, salta en tierra y deja atracada la lancha.
—Yo obedecí sin replica, y esa misma noche salimos para
xico, donde se me desapareció como un fantasma.
—Diablo! volvió á gritar Marroquin, brindemos por la bruja
protectora.
El bandido apuró el jarro del aguardiente.
—Ese fray Angel que dices, veo que tenia razon en perse-
r tu casa.
—Lo que me tenia sin cuidado, porque la madre Paulina no
deja llegar al manto por nada de esta vida.
—Qué señas tenia ese fraile? pregunto Marroquin.
—Era alto, rubio y delgado como un esqueleto.
—Vamos, que yo he visto á ese hombre.
—Adónde? preguntó Lino.
—En Granaditas.
—Te chanceas?
—El loco Pedraja lo llevaba tirando de un pié.
—El estudiante Pedraja?
—El mismo; por cierto que aquello no era nada divertido, el
ile llevaba arrastrando el corazon y las entrañas; por el cer-
llo se le conocia el oficio.

—Esa es otra historia, dijo el mulato; tenia cuentas atrasadas con el fraile que le ha soplado al suegro á la Inquisicion y hecho desaparecer á la novia.

—Pero tú conocias tambien al fraile, observó el Pípilo dirigiéndose á Marroquin.

—Yo?

—Sí, te he visto hundir en el cadáver por tres veces el puñal.

Lino y Saca-vueltas se volvieron al torero, cuya frente se habia oscurecido.

—Vamos, que la cosa no merece la pena, dijo el barretero, yo lo decia porque----

—No importa, respondió el torero Saca-vueltas, sabemos bien que tienes pendiente un negocio de corazon.

—Y tienes secretos para tus amigos y camaradas? preguntó el Pípilo.

—Por Dios que no! gritó Marroquin, y yo necesito de vuestra ayuda. Os diré en dos palabras, que quiero vengar á mi padre sacrificado por los inquisidores.

—Tienes razon! gritaron el Pípilo y el mulato, cuenta con nosotros.

—Y la muerte de mi hermano, agregó el torero.

—Rayo de Dios! exclamó el Pípilo, que tenia una alma de niño, hay cosas que no pueden tolerarse.

—Pues bien, estamos comprometidos en la revolucion y yo puedo morir de un momento á otro, ya veis que entónces----

—Ya comprendo, dijo el Pípilo, quedarias sin venganza y hay cosas que deben de quedar concluidas antes de marcharse al otro barrio.

—Tú me comprendes, Pípilo, porque eres hombre de corazon; vosotros sois mis amigos.

—Como los primeros! gritaron los camaradas.

—Pues bien, ese fraile á quien le dí de puñaladas como un insensato, cuando no podia apreciar mi venganza porque habia dejado de existir; ese fraile, amigos mios, fué el que recibió la

órden del inquisidor para el asesinato de mi padre ... ya su sangre ha empapado la tierra y ese miserable ha sufrido la agonía mas espantosa en medio del tumulto, ya el rayo de Dios ha caido sobre su cabeza.... ese loco Pedraja ha servido á mis intenciones, dos rencores se apagaron con la misma sangre y en una misma hora.... queda aún una existencia en pié, que me hace daño.... sí, la de ese verdugo infernal, ¡oh del inquisidor que ordenó aquella matanza impía!

—Su nombre!.... su nombre! gritaron los amigos de Marroquin.

—Núñez de Clavijero.

—Núñez de Clavijero! repitieron los interlocutores.

—No sé, continuó Marroquin, si habré sido víctima de una pesadilla en esa hora en que la sangre sube á mi cerebro en la erupcion de mis resentimientos.... pero yo he visto al inquisidor entre aquella tempestad de fuego.... á la luz de las teas lo ví luchar como un náufrago entre las olas.... sí, no me he engañado, no, yo le he visto arrastrado por las oleadas de la revolucion en medio de la matanza de ayer.... le grité, y estoy seguro que escuchó mi voz porque el terror se pintó en su horrible semblante.... Ya no es el hombre de hace doce años, su rostro está enjuto y ha sufrido un cambio completo, ha abandonado las vestiduras negras por el sayal, se ha hecho fraile, pero lo he reconocido.

—Estás seguro? preguntó el Pípilo.

—Sí, como de que vosotros me estais escuchando.

—Le buscaremos, dijo el Pípilo, debe estar oculto, pero él saldrá y entónces le haremos expiar sus crímenes.

—Yo me encargo de eso, dijo Lino con una ferocidad salvaje.

—Si muero, os encomiendo la venganza, juradme que ese hombre no podrá escaparse ni aun escondiéndose en las entrañas de la tierra.

—Lo juramos! dijeron los camaradas estrechándose las manos, y apurando sus vasos de licor.

—Quereis mas aguardiente? preguntó la voz cascada de una viejecita que habia estado á la puerta de la trastienda escuchando la conversacion de los amigos.

—Trae mas, buena vieja, dijo el Pípilo, que pagamos triple de lo que vale, y arrojó unas monedas de plata sobre el mostrador.

La vieja sirvió con un gran botellon el licor.

—Qué me decís de noticias?

—Hola! con que os interesais en la revolucion?

—El señor cura Hidalgo ha sido mi confesor y yo por él daria la vida.

—Un trago por la patrona!

—Sea, dijeron los camaradas.

—Gracias, señores insurgentes, mil gracias. Acaba de llegar un amigo que trae algunas nuevas.

—Hable la vieja.

—Dice que el señor don Félix Maria Calleja organiza á todo correr su fuerza para atacar al señor cura.

—Pronto estallará en san Luis la revolucion.

—El señor brigadier ha previsto lo mismo y ha sacado á la tropa á una hacienda próxima con objeto de instruirla; pero todos adivinan que tiene temor de un pronunciamiento.

—No importa, ya veremos las cosas.

—Agregan que el señor virey Venegas, ha reunido cuanta tropa ha podido, y el señor Flon, conde de la Cadena, está ya en Querétaro de donde saldrá á reunirse con Calleja, y juntos darán batalla al ejército de Hidalgo.

—No está mal pensado.

—Yo no sé de guerras; pero sé que pueden mas los *muchos* que los *pocos*, y si los insurgentes quisieran pelear primero con Calleja y despues con Flon, les seria mas sencilla la victoria.

—La patrona sabe mas de lo que le han enseñado.

—Hay cosas muy claras ¿no es verdad?

—Clarísimas, dijo el Pípilo.

—Yo, señores insurgentes, repito que nada comprendo; pero creo por otra parte, que estando sola la capital....

—Ese es el pensamiento del señor Hidalgo, tomar la capital; una vez dueño de ella, todo está terminado, no es lo mismo tomar trincheras que defenderlas.

—Es la verdad.

—Pues hacedle esas observaciones al señor Allende y decidle que la persona á quien conoció en Celaya y lo llevó al convento del Cármen, se ha encargado de espiar los movimientos todos del enemigo y le dará cuantos avisos sean oportunos para evitar un desastre.

—Malo, pensó Lino, aquí hay gato encerrado.

—Me estais pareciendo sospechosa, tras de vuestros espejuelos creo adivinar una realista.

—Jé! jé! jé! dijo la vieja, os chanceais, señor de Marroquin.

—Vive Dios que os ha de costar cara vuestra risa!

—Tú nada puedes contra mí, te conozco y conocí á tu padre.

—Quién eres?

—Nadie, una pobre vieja que dió sepultura á tu hermano y á tu padre cuando sus cadáveres fueron arojados al camposanto de san Pablo, como despojos del tormento.

Marroquin sintió helársele la sangre y un temblor nervioso recorrió todo su cuerpo.

—He oido tu juramento, continuó la vieja haciendo mas templado el eco de su voz, y yo sé que tiene de realizarse; el inquisidor Clavijero está aquí, búscalo y si el destino lo pone en tus manos, mátale!

Los toreros y el barretero estaban temblando.

—Ha llegado esta noche un espía del Santo Oficio y del gobierno, no lo perdais de vista y estad alerta.

—Su nombre?

—Prometedme respetarle hasta que Dios ó la suerte depare su fin.

—Lo prometemos.

—Pues bien, ese miserable es el padre Cipriano Pontolongo.

—Siempre él! gritó el mulato.

—Siempre él! repitió la vieja, y adios, ya nos encontraremos.

—No sin ántes decirme quien eres, gritó Marroquin influenciado por las palabras de la bruja.

La vieja mató la luz y todo quedó envuelto en una densa oscuridad.

II.

—Aquí está el mechero, dijo Lino el mulato prendiendo una pajuela y acercándola á la lamparilla.

—Demonio! dijo Marroquin, estoy temblando.

El mulato soltó una carcajada.

—Te ríes?

—Sí, porque esa vieja es la madre Paulina.

—Satanas cargue contigo, bruja de los infiernos!

—Cuidado, que esa mujer nos puede ser de mucha utilidad.

—Su lenguaje revela que tiene talento.

—Es necesario guardar un profundo secreto, dijo Saca-vueltas, yo le tengo miedo á la bruja.

—Y yo, dijo el Pípilo.

Oyóse parar un caballo á la puerta de la tienda, apearse un ginete y sonar tres golpes á la puerta.

—Quién? gritó Marroquin.

—Un compañero y amigo que pide hospitalidad por esta noche.

Saca-vueltas abrió la puerta, y un personage obeso, de cabeza de toro, labios gruesos y cútis arrebolado se presentó en la tienda.

—Pase el caballero.

—Soy insurgente que viene á presentarse al señor cura Hidalgo para lo que se ofrezca, traigo un buen machete, un par de pistolas y un corazon como hay pocos.

Lino reconoció al momento al padre Pontolongon y se escurrió por la trastienda, no sin decir al oido del Pípilo: "este es el espía."

—No habeis estado en el ataque?

—Sí que estuve, y vive Dios que estuvo bueno el jaleo!

—Y qué os habeis hecho que aun no veis al señor cura?

—He estado ayudando á la tropa que ha trasladado á todos los presos europeos al castillo de Granaditas.

—Al castillo?

—Sí, el general Allende ha mandado disponer todo para su custodia en ese edificio, donde se ha colocado guardia.

—Es el lugar mas seguro.

—Y de donde viene el señor insurgente?

—De Valladolid..

—Y qué cuenta de esa tierra?

—Nada y mucho, ya está excomulgado el señor Hidalgo y todo el ejército.

—Eso no importa, dijo Marroquin.

El clérigo hizo un gesto marcado de disgusto y que disimuló perfectamente.

—Nos aguardan á mano armada?

—Puede ser, eso se pensaba á mi salida.

—Hay algunas fuerzas?

—Muy pocas; pero se contaba con el vecindario.

—Eso no vale nada.

—Efectivamente, nada vale; ¿el señor cura cuando sale?

—No lo sabemos, somos soldados y cuando se nos dice "en marcha," sin preguntar nos ponemos en camino y nada mas.

—Bien hecho.

—Supongo, dijo el Pípilo, que traereis gana de cenar y remojar el gaznate.

—Eso, eso precisamente, respondió en el acto el padre Pontolongon.

—Pues al ataque, dijo Marroquin, y sirvió un gran vaso de aguardiente al clérigo, que le sorbió con una prontitud admirable.

—Sois del arma, compañero, dijo Saca-vueltas.

—No lo hago tan mal.

—Pues otro, que yo os hago compañía.

—Adelante! y tomó otro vaso que contenia una porcion considerable de aguardiente.

El maestro de aposentos era buena espada para la bebida; pero falto su estómago de alimento, no tardaria en comenzar á atarantarse.

—Tomad esa tajada y ese trozo de queso, que no os vendrá tan mal que digamos.

— Ya se ve que no, dijo Pontolongon, y de tres dentelladas se sopló el queso y la tajada.

—Donde está Lino? preguntó por lo bajo Marroquin.

—Se ha ocultado, contestó el Pípilo, ese hombre lo conoce, es el padre Pontolongon.

—Maldito sea! gritó Marroquin, dando con su sombrero sobre el mostrador.

—Cáscaras! ¿qué sucede? preguntó asustado el clérigo.

—Nada, que me acuerdo de la zurra que les pegamos á los defensores de Granaditas.

—Estuvo de primera, respondió el clérigo, lamiéndose los labios de rabia.

—Ya asegundaremos con los demas, dijo Saca-vueltas intencionalmente. Y como os llamais?

—Cipriano Pontolongon, presbítero como el señor cura Hidalgo, para serviros.

—Gracias.

—No hay duda, murmuró el Pípilo, es nuestro hombre. Y sois capaz de pelear?

—Con el mismo demonio, respondió el espía.

—Ya nos veremos en el primer encuentro.

—Nos veremos, dijo el clérigo dando un golpe sobre el puño de su espada.

Aquella mímica dejaba sin embargo descubrir su cobardia.

—Otro vaso, amigo.

—Otros tres, que á mí nada me arredra.

—Cuántos habeis dicho?

—Tres!

—No sois capaz de cumplirlo.

—Véamos.

Marroquin llenó los vasos, que quedaron vacios á la primera de copas.

—Y va uno! dijo el Pípilo.

—El segundo! gritó Marroquin.

—El segundo, repitió el clérigo.

Al concluir el torero de apurar el licor, su cabeza se trastornó por completo, el gas subió instantáneanente y comenzó á vacilar hasta desplomarse.

El padre Pontolongon estaba amenazado de apoplegía.

—Yo concluiré por Marroquin, que está fuera de combate, dijo Saca-vueltas.

—Sea, dijo el clérigo, pero todos y á la vez.

El Pípilo, que no era gran bebedor, estaba ya ebrio; sin embargo, tomó el vaso, y á una señal todos bebieron.

Saca-vueltas cayó redondo á pocos momentos, el Pípilo clavó la cabeza en el mostrador y el clérigo quedó dueño del campo.

Cuando vió á todos en tierra se puso á esculcar los papeles que traian en las bolsas y encontró una órden reservada de Hidalgo, para que haciendo Marroquin una marcha falsa sobre Querétaro con la vanguardia del ejército, convergiese hácia Valladolid rápidamente para ocupar la ciudad cuando ménos se le esperase.

El clérigo sacó su cartera y escribió con lápiz algunas líneas, salió á la calle y entregó la esquela á su asistente, que montado en un buen caballo desapareció con la prontitud del relámpago por el camino de Valladolid.

CAPITULO XX.

LA VOZ DE ALARMA.

I.

Dicen unos manuscritos de aquella época "que el lúnes 8 de Octubre de 1810, salió de Guanajuato una vanguardia de tres mil hombres á las órdenes de don Mariano Jimenez, hecho coronel por Hidalgo, y este lo siguió con los demas generales y toda su gente el dia 10, llevándose todo el dinero que tenia, y treinta y ocho españoles: los demas con los que se continuaron trayendo de todos los puntos de la provincia, quedaron en la Alhóndiga, en la que se reunia el número de *doscientos cuarenta y siete* europeos.

Díjose que la marcha era sobre Querétaro; pero tomando hácia el Sur, dividida la gente en dos trozos, se dirigió á Valladolid por el Valle de Santiago y Acámbaro, engrosando su número los indios y gente del campo de todos los lugares del tránsito."

Grande era la alarma que reinaba en Valladolid desde que se supo el movimiento revolucionario.

La ciudad levítica, como la llama un historiador, estaba dominada no solo por el obispo Abad y Queipo sino por el prebendado don Agustin Ledos, que se habia puesto á la cabeza de unas compañías que unidas al batallon provincial debian contener el avance del ejército de Hidalgo.

Llegó á tal grado el entusiasmo neo-católico, que el mismo señor obispo dirigió la fundicion de artillería, annque con éxito muy desgraciado.

Bajóse entre gritos y aplausos el esquilon mayor de la catedral, queriendo convertir el bronce sagrado en arma de fuego.

Esperábase con impaciencia á los coroneles Garcia Conde y Rul, y al intendente Merino, que venian á disponer la defensa de la ciudad.

—Señores, decia el obispo en una reunion de clérigos y españoles que le veían como á un oráculo, estoy seguro de rechazar esas chusmas de herejes y de bribones.

—Segurísimo, agregaba el prebendado, ¿quién puede oponerse al ejército y á la Iglesia?

—A la Iglesia y al ejército quisísteis decir.

—Precisamente, las armas de la madre Iglesia no se embotan jamas; se trata de defender la religion, es una nueva cruzada y poca será nuestra sangre para derramarla por tan gloriosos principios!

—Todo está dispuesto, el estado moral de la tropa se encuentra perfectamente.

—Yo prometo abrirles las puertas del cielo con mis bendiciones, á los que mueran por mano de los insurgentes.

—Con eso basta, decia el prebendado, yo nunca he sido militar, y sin embargo me siento con un ardor marcial poco comun entre los de mi clase.

—Así quisiera ver á todos los habitantes de esta provincia, exclamó entusiasmado el antiguo amigo del cura Hidalgo.

—Ya veis que mi edicto de excomunion está surtiendo un efecto admirable.

—Sí, admirable! replicó el prebendado.

—Es cierto que desertan de ciento en ciento los hombres al saber el edicto?

—Ya se vé que desertan, ilustrísimo señor; y seguirán desertando hasta no quedar mas soldados que el mismo cura.

—Ilustrísimo señor, dijo un clérigo entrando en la sala obispal que ya conocen nuestros lectores.

—Qué se ofrece, padre Milicua?

—Esta comunicacion.

—Otras deserciones, estoy seguro de ello.

El obispo abrió el pliego y leyó para sí el contenido. Frunció el ceño, vió al soslayo, apretó los labios, revolvió la mirada y dió una especie de mujido.

—Vamos, dijo el prebendado Ledos, se nos ha caido el gozo en el pozo: seguramente esas chusmas ya no nos atacan, nos han robado un dia de gloria ¡infames! cuando íbamos á cosechar laureles para la Iglesia y para el Estado.

—Leed, señor de Ledos, dijo con voz opaca el obispo Abad y Queipo.

Tomó el prebendado la comunicacion, y comenzó á hacer tales contorsiones como si lo hubieran sentado á la pila de Volta.

Entretanto el señor obispo leia un papel cuyos renglones estaban trazados con lápiz y decian así: "Salvaos, son muchos y caerán como rayo exterminador sobre Valladolid: no espereis, toda resistencia seria infructosa, estan estos condenados ávidos de vuestra sangre."

Revolvíase toda la clerecía cuchicheando y devanándose los sesos sobre el contenido de aquel pliego, que fué pasando de mano en mano.

—Todos lo soltaban como si picase ó estuviese envenenado.

Luego que se enteró hasta el último de los circunstantes, el señor obispo arrancó un suspiro con honores de berrido, el que repitieron en coro legos y tonsurados.

—Infames! gritó al fin su señoría ilustrísima.

—Infames! repitió la comparsa.

—Me parece imposible que se hayan permitido apresar á los coroneles que venian á defender la plaza.

—Esa es una traicion, una alevosía, una cosa impropia aun hablando con arreglo á las leyes de la guerra.

—Eso, eso es lo que digo yo! gritó Ledos, de esa manera no será difícil que se atrevan á---- á---- á----

—A---- á---- decian todos los clérigos.

—A---- á---- repetia maquinalmente el señor Abad y Queipo.

—Sí, señores, á batir la ciudad; porque su ventaja es conocida, la superioridad numérica, la calidad de armas, el empuje, la----

—Vosotros direis si estais en disposicion de defender la plaza.

—Yo---- dijo un español, acompañaré á su señoría ilustrísima hasta el último momento.

—Y yo, y yo, repitieron cien voces.

—Es que----

—Qué? preguntó el prebendado.

—Que no siendo mi mision la de la guerra, debo retirarme dejando á la gente de armas el terreno.

La palabra estaba dicha, el señor obispo tocaba retirada.

—Es cierto que no somos gente de espada, continuó el prebendado; pero eso no impide que vosotros, señores españoles, defendais la ciudad hasta morir.

Profundo era el silencio que reinaba en la reunion.

—Yo, dijo el intendente, desconfio de la oficialidad, que segun creo simpatiza con los revoltosos, y no quiero ser víctima de una traicion, así es que, si el señor obispo se marcha, yo tomo el mismo partido.

—Y nosotros tambien, toda vez que no hay quien dirija las operaciones y los insurgentes se han apoderado tan cerca de Acámbaro de los enviados para ese objeto.

—Pues dispongamos la marcha, y que sea por rumbos extraviados porque Hidalgo está sobre el camino.

—Eso corre de mi cuenta, soy conocedor del terreno y no nos pillarán esos malévolos.

—Señor! señor! dijo un clérigo entrando precipitadamente en el salon, hay novedades.

—Qué? ya vienen los insurgentes?

—Corramos! gritó el prebendado.

—Corramos! repitieron todos en coro.

—Esperad, señores, no hay que desmoralizarse.

Todos se detuvieron esperando oir las noticias.

—Hablad y no nos impacienteis.

—Se ha sabido la captura que ha hecho el torero Luna llamado Saca-vueltas, de los coroneles que venian á defender la plaza de Valladolid, y ya todos los vecinos se preparan á abandonar sus hogares.

—En eso mismo pensábamos nosotros.

—No podemos estar mas acordes, observó Ledos.

—Hay mas.

—Todavia mas? preguntó el obispo.

—Sí, ilustrísimo señor, sí que hay mas y muy grave.

—Decid pronto, que ya me atacan los nervios con tanta espera.

—El señor don *Agustin de Iturbide*, con sesenta hombres de su regimiento que han querido seguirle, ha tomado soleta para México.

—Esto es horroroso! ved si le pueden dar alcance, díganle que no nos abandone, que estamos enteramente solos.

El clérigo salió corriendo.

El intendente se marchó como extraordinario, pero fué detenido en Huetamo por el cura, que poniendo en alarma al pueblo, lo aprehendió y condujo á la presencia de Hidalgo.

El señor obispo Abad y Queipo logró poner pies en polvorosa y llegar sano y salvo á la capital del reino.

II.

El ejército independiente se acercaba impasible sobre Valladolid, sin preguntar si le esperaban; tan seguro estaba de su victoria.

Una comision compuesta de un canónigo, un capitan y un regidor, salió hasta Indaparapeo á recibir á Hidalgo, y á entregarle las llaves de la ciudad.

El 15 entró el coronel Rosales, el 16 Jimenez con la vanguardia y el 17 hizo su entrada Hidalgo al frente de ochenta mil hombres.

Las campanas de todas las iglesias repicaban á vuelo, oíase la detonacion de las armas que lo saludaban y el clamoreo de aquel pueblo al recibir el primer ambiente de la libertad.

El caudillo venia á caballo entre el grupo de generales, llevando siempre el estandarte de la Vírgen de Guadalupe como la enseña de su grandiosa revolucion.

El clero acudió á rendirle sus homenajes y el canónigo Conde de Sierra Gorda, que ocupaba la mitra de Michoacan, levantó solemnemente la *excomunion*, comunicándolo á todos los curas del obispado.

Celebraron una misa y se cantó un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por no haber permitido la efusion de sangre, ni que aquel suelo privilegiado hubiera sido el teatro de una batalla.

El ánimo inquieto de algunos soldados comenzó á provocar el desórden; pero Allende que era el espíritu del órden en la revolucion, hizo un disparo de artillería sobre los alborotadores, y la calma no fué mas interrumpida.

Uniéronse al ejército el regimiento de infantería provincial, compuesto de dos batallones, ocho compañías de infantería que habia levantado Larios, y todo el regimiento de dragones de Pátzcuaro.

Cuatrocientos mil pesos fueron tomados de las arcas de la iglesia.

Hidalgo instaló el gobierno y se retiró á Acámbaro, donde pasó una revista á su ejército.

El caudillo llevaba un vestido azul con collarin, vuelta y solapa encarnadas, con un bordado de labor muy menuda de oro y plata, un tahalí negro tambien bordado y todos los cabos dorados, con una imágen de Guadalupe de oro colgada al pecho.

Allende, cuya presencia hemos dicho que era muy arrogante, llevaba el uniforme de capitan general, que consistia en una chaqueta de paño azul con collarin, vuelta y solapa encarnada, galon de plata en todas las costuras y un cordon en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaba por bajo el brazo, con boton y borla colgando hasta medio muslo.

Los uniformes de los demas generales variaban muy poco del de Allende.

Marcharon los batallones con sus banderas, desfilando frente á los caudillos á quienes saludaban con entusiasmo.

Mas de *ochenta mil* hombres componian aquel ejército, que habia comenzado por *diez hombres* la memorable noche del 15 de Setiembre.

En *treinta y cuatro* dias se habia operado ese fenómeno, que dificilmente volverá á presentarse en el cielo de esta generacion.

La libertad hace milagros.

Delante de aquel pueblo que llevaba en sus banderas los laureles del primer encuentro, fué proclamado Hidalgo generalísimo del ejército independiente.

El caudillo se sintió grande ante aquel espectáculo, y con aquella inspiracion que irradiaba en su cerebro, tendió su vista sobre aquel mar agitado de hombres que se revolvian en olas

inquietas sobre la llanura, y agitando su estandarte, aquel estandarte sagrado mecido por los genios tutelares de la libertad, gritó con voz de trueno, que parecia llenar el espacio con sus vibraciones:

—¡A México!

—¡A México! repitió la muchedunbre, y las mil banderas se desplegaron en un saludo gigante al númen de la victoria y del porvenir.

CAPÍTULO XXI.

LOS PROCESADOS.

I.

El alcalde Juan Collado, regente de Caracas, habia llegado á Querétaro en union del conde de la Cadena, para encargarse de la causa formada á los conspiradores, entre los que figuraban el corregidor Dominguez y su esposa.

El señor regente se manifestó terrible, y deseaba hacer un escarmiento y ejemplar castigo; pero tenia que habérselas con pájaros de cuenta que no se dejarian tomar en sus redes.

El infeliz alcalde pugnaba por sacar la verdad; pero esta se habia ido á fondo en el mar del sumario y seria muy dificil dar con ella.

Una mañana, cuando el señor juez comisionado venia del convento de santa Clara de tomar su milésima declaracion á la señora Ortiz de Dominguez, le anunció su secretario que una dama pretendia hablarle.

—Una dama? preguntó el alcalde con estrañeza.

—Yo, señor----

—Vamos, no me hagais p
señora condesa que pase, y c

—Muy bien, dijo el secret

—Es un bruto enjalmabl
ignora las ceremonias de la c
de salvajes todo se ha de h
sa!---- seguramente que del
quísima, y su amistad puede
Luego, que los nobles en Am
chos de por allá, aquí todo se
brá dado muchas amarillas p
me necesite para algo, voy á
regencia de Caracas y con m
que aquel país anda poco mé
la fortuna se entra en mi cas
mos que se le ofrece á tan re
nos caro en lo que pueda ofre

Don Juan Collado, hombre

nuestros lectores, me presento en la casa de su señoría sin previo anuncio porque----

—Haceis muy bien, dijo el regente interrumpiendo á la condesa, me honrais demasiado, para que repare en frioleras que no merecen la pena.

—Decia, señor don Juan Collado, que solo el asunto que me trae á vuestra presencia puede excusarme.

—Señora, estoy avergonzado de vuestras disculpas y lo que deseo es serviros siempre que mi deber no se oponga á ello.

—Comienza á venderse muy caro, pensó la condesa.

—Pero sabeis, señora, que desde luego estoy á vuestras órdenes.

—Se ablanda antes de entrar al fuego, murmuró la condesa.

—Ya os escucho, señora.

—Voy á ser muy breve.

El regente no perdia una palabra.

—El virey Venegas os ha encargado del proceso que seguís en la actualidad contra los conspiradores del 13 de Setiembre.

El regente se inclinó.

—Entre las personas denunciadas hay dos por las cuales me intereso vivamente: el señor corregidor y su esposa.

—Ya, los mas comprometidos.

—Eso aun no se averigua, señor regente.

—Algo se percibe.

—Algo, pero muy turbio.

—La justicia lo hará trasparente.

—Puede ser muy bien.

—Y lo será, señora condesa.

—Veo que nos extraviamos, no es mi cuestion la defensa de esas personas, sino su salvacion.

—Su salvacion? dijo Collado aparentando estrañeza.

—Sí, señor regente, su salvacion.

—No está en mi mano, veremos lo que arroja de sí el proceso.

—Y cuanto *vale* vuestro parecer, señor alcalde, preguntó osadamente la condesa.

Alzóse el regente, aparentando una grande insolencia, cuando apenas podia disimular el placer que le causaba semejante pregunta, y dijo en tono brusco:

—Yo no valgo nada, porque no me vendo.

—Sosegaos, caballero, yo no he querido ni tratado de ofenderos, sé que teneis un corazon de ángel, y que veis como todo el mundo, que el sacrificio de dos personas seria estéril á la causa del rey.

—Veo, señora, que conoceis mis sentimientos y vais á jugar con mi corazon.

—Vuestro gran talento, señor regente, ve á la luz de la verdad esta cuestion.

El regente infló los carrillos.

La condesa continuó:

—Yo sé las prácticas sociales, comprendo que siendo vos el motor de esta máquina, teneis que poner de vuestro lado á los inferiores; esas gentes hacen por oro, lo que vos haceis por humanidad; disponed de cuanto necesiteis para salvar á dos desgraciados.

El corazon de Collado estaba próximo á estallar de satisfaccion.

—Sí, dijo con desden, esa gente se remata al mejor postor, no se encuentra á nuestra altura, desconoce los sentimientos mas puros, y las prácticas mas loables de la conciencia.... los compraremos á esos miserables, los ahogaremos en oro ó en plata, da lo mismo, y pondremos á salvo de los rencores á ese matrimonio eminente, cuya criminalidad no aparece en la causa.... Os advierto que se harán pagar demasiado caro.

—Eso no importa, cuando vais á hacer completa justicia restableciendo al corregidor Dominguez en su puesto de corregidor—

El alcalde abrió la boca, amenazando devorarse á la condesa—

—Como lo oís, señor regente, vos no podeis declarar la ino—

cencia del corregidor, sin ser consecuente con ella, ¿no es verdad?

—Sí---- pero---- yo---- no creia---- que----

—¿Habeis recibido un anónimo?

—Sí.

—Qué os dicen en él?

—Que si el corregidor sigue en prision, habrá un movimiento para arrancarle de la cárcel y nos ahorcarán á todos.

—Pues no lo pongais en duda, vuestra cabeza está en peligro.

—Todo me lo temo de los insurgentes.

—Y en caso de no poder estallar una revolucion, cuando ménos lo penseis os buscará el corazon la punta de un puñal.

—Ave María Purísima!

—Vos no conoceis este país.

—Y cómo salvarme?

—Luego que concluya la causa llevadla á México; en el camino sereis asaltado, los papeles serán robados y todo desaparecerá entónces.

—Vos garantizais que----

—Nada os puede acontecer de desgraciado, yo estoy de por medio.

—Fio en la palabra de la señora condesa.

—Vos sois hombre de Estado, y sabeis que en los negocios se juega el todo por el todo.

—Efectivamente; pero eso demanda gastos que yo no puedo hacer.

—Tomad esta firma en blanco y poned la cifra que os acomode.

El alcalde tomó el billete con una rapidez que estropeó la mano de la condesa.

—Creo, reñor regente, que este es un negocio terminado.

—Como que voy á extender mi sentencia en el acto, y mañana volverá el señor Dominguez á tomar posesion de su empleo.

—Eso varía de condicion

—Unos frailes misioneros

y ante sí, hereje y no sé qu

—Y bien?

—La condujeron al conve

ce sin que nadie haya vuelto

—Y que pretendeis ahora

—Que me deis órden para

—Eso sí me es imposible, l

me pongo frente á ella por na

—Señor regente, una carta

hecho confiscar todos sus bie

serable osó perseguir á una fa

que se halla en las Claras: si

deis arruinaros---- pensadlo

—Ignoro----

—Mi presencia en este lug

mensas sumas de que dispongo

—Conservad, señor de Collado, esa prenda en memoria de mi gratitud.

—Señora! ah! oh!....

—No es dificil que repita mi visita, caballero.

—Siempre estaré á las órdenes de la señora condesa.

II.

—Estoy de fortuna! dijo Collado luego que oyó partir el coche de la señora condesa del Milagro; ya soy rico, esta América es de bendicion para nosotros.... ¿qué me importan ese par de viejos?.... por el contrario, apareceré como hombre recto de conciencia.... ¡Dios mio! cuanto dinero voy á tener!.... y como relucen los brillantes de esta sortija! estos insurgentes son el demonio, tienen agentes en todas partes.... pobre España! está al perder las Indias.... todo eso me tiene sin cuidado, soy rico, soy rico!.... en la primera oportunidad regresaré al suelo patrio.... seria la última que me ahorcasen los insurrectos.

Agitó la campanilla y apareció el secretario.

—Poneos á escribir, amigo mio.

—Habeis meditado la sentencia?

—La del corregidor?

—Sí, y la de su esposa, que fué el centro de la conspiracion, como vos mismo habeis convenido.

—Vos no sabeis nada de eso, yo por no externarme os llevaba el barreno, pero ha llegado la hora solemne de la sentencia y es necesario hablar la verdad, la verdad entera, porque los jueces representamos á Dios sobre la tierra.

El secretario se encojió de hombros.

—Sí, dijo Collado con énfasis, voy á sentenciar.

—Señor, yo os suplico que seais humano! si bien es cierto que todos han delinquido, lo es tambien que el señor corregidor es un hombre honrado y la señora muy caritativa.

—No me conmovais, señor secretario, porque yo debo ser inflexible, ponerme la mano en el corazon, y caiga quien cayere.

—Yo....

—Callad y leed, es decir, que guardeis silencio en materia de recomendaciones, y hableis leyendo.

—Muy bien, señor alcalde.

El secretario comenzó á leer aquel cúmulo de declaraciones, citas y oficios, mientras el regente hacia jardines sobre su fortuna.

Ya la lectura habia terminado y el alcalde no salia de su absorcion.

—Señor, se aventuró á decir el secretario, hace un cuarto de hora que he terminado.

—Pensaba, recapacitaba, acumulaba, discurria....

—Qué discurríais, señor?

—Que ese Dominguez es inocente.

—Inocente? preguntó el secretario.

—Las pruebas deben ser claras como la luz del dia, y en ese proceso nada aparece probado.

El secretario hizo dos oscilaciones de cabeza.

—Yo quiero demostrar patentemente que la justicia del rey no teme rebelarse ni aun en presencia de la revolucion, y que se cumple sean cuales fueren las circunstancias, y yo enviado de regente á Caracas y juez especial para esta causa de conspiracion, declaro, que el corregidor Dominguez no es culpable ni la señora su esposa; ¿qué os parece?

—Yo nada digo, señor alcalde.

—Pues decid, que yo os lo pregunto.

—Esa misma es mi opinion.

—Item mas, quiero dar una reparacion completa, para que no se diga que los agentes del gobierno español se vuelven contra sus reyes, haciendo que el corregidor Dominguez vuelva á su empleo.

—Señor!

—Item mas, que sus derechos quedan á salvo contra los revoltosos que lo aprisionaron.

—Pero señor!

—Item mas, que la señora quede en absoluta libertad, y que no habiendo pruebas para proceder contra ella, se le dejará lo mismo que á su esposo, todos sus derechos á salvo, hasta la indemnizacion si cupiere.

—Señor!

—Veo que admirais mi rectitud: escribid, escribid, que ya bastante ha sufrido esa familia honrada é ilustre.

El escribano estaba en Tébas, no comprendia ni una palabra de aquel enredo.

—Como he de administrar recta y cumplida justicia, escribid que condeno á los hermanos Gonzalez á la pena capital.

—Señor!

—Lo que no obsta para que empeñe cuanto valgo, en que esa pena sea conmutada por un destierro á Filipinas. En cuanto á ese truhan de Arias, que se le ponga en libertad.

—Señor!

—Porque su prision ha sido una verdadera fórmula.

Publicóse la sentencia del alcalde don Juan Collado, pusiéronse en libertad á los presos, y como lo habia previsto el regente, la pena capital impuesta á los hermanos Gonzalez, fué conmutada en destierro á Filipinas, en cuyas playas murió uno de ellos, abandonado y en la miseria.

Púsose en camino Collado para la capital; en el camino lo apresaron los insurgentes robándole el proceso de los conspiradores, y este accidente evitó el exámen de la causa, cuyo término causó un enojo terrible al virey Venegas, y grande escándalo en la corte de México.

CAPITULO XXII.

CAPULETOS Y MONTEQUIOS.

I.

Al estallar la revolucion de Hidalgo, todas las clases de la sociedad se sintieron conmovidas, marcándose en el acto el partido independiente.

La insurgencia contaba con las simpatías de la mayor parte de los mexicanos; ya hemos dicho que la discordia estalló hasta en las escuelas; y ahora vamos á llevar á nuestros lectores á un campo de Agramante donde el sexo hermoso se disputaba el terreno con bravura.

El convento de Santa Clara de Querétaro era la prision de la señora corregidora, y con este motivo se formaron dos bandos entre las monjas.

Excusado es decir que las viejas eran *realistas* y las jóvenes *independientes;* allí se seguia la regla que en el siglo: los viejos creen que todo lo nuevo es malo, y mueren en el cartabon donde nacieron.

Era la hora de *prima*, y las religiosas estaban en coro, donde se les hacia rezar una oracion por su magestad el rey.

La abadesa observó que Sor Refugio y aquella tornera tarabilla que ya conocen nuestros lectores, permanecian en muda. En aquel entónces se tenia mucho cuidado en todas estas minuciosidades.

—Que receis, Sor Refugio! dijo algo atufada la superiora.

—Ya recé, madrecita.

—Pues volved á rezar, hermana; porque no he percibido vuestra voz.

—Si ya recé, madrecita.

—Por las once mil vírgenes que no os he escuchado!

—Que lo diga la madre tornera.

—Es verdad, madrecita, por mas señas que al pronunciar el nombre de su magestad el rey, oímos un suspiro que debe haberse oido en España.

—Callad, habladora.

—Madrecita, no habeis oido ni aun siquera las maldiciones que les echamos á los revoltosos.

—Esas dos hermanas, dijo una vieja, son *insurgentes*.

—Y vuestra reverencia *gachupina*.

—Y vosotras partidarias de ese monstruo que se permite traer á Nuestra Señora de Guadalupe en su bandera.

—Eso no es pecado, respondió Sor Refugio.

—Sí lo es, exclamó irritada la abadesa, y está excomulgada toda la que profese esas ideas diabólicas.

—Amén, respondió la tornera.

—Es malo desear mal al prójimo, dijo Sor Refugio.

—Esos insurgentes no son prójimos, sino herejes de marca mayor, dijo una monja semi-cotorra y fortachona llamada Sor Bárbara de San Cristóbal.

—Como la madrecita es *gachupina*, respondió la tornera, no puede ver á los *criollos*.

—Eso es mentira, yo amo á los hijos de Dios, pero no á los excomulgados.

—Y como su confesor es *gachupin*....

—Calle la deslenguada, y siga el rezo.

—Ya nos veremos, dijo Sor Bárbara de San Cristóbal.

—Ya nos veremos, contestó la tarabilla.

—Basta de insultos, exclamó la abadesa, ordeno y mando que las hermanas Sor Refugio y la tornera queden tres dias á pan y agua.

—No quiere su reverencia que mejor quedemos á pan y carne?

—Chist!

—No le encajen una cólera á la madrecita, grito Sor Bárbara, que la dé el dolor de hígado; despues que por los españoles, es decir por nosotros, tienen estas criollas *pan* y *tela*.

—El trigo se da en nuestro suelo, y en cuanto á la tela, nos la venden bien cara.

—Que calleis, espirituada!

—Pues que la *gachupina* no me busque!

—Esto es horrible! las *criollas* malditas se insurreccionan, á mí me va á dar algo.... póngase en cruz la tornera, y diga en voz alta lo que le dicte.

La monja tarabilla obedeció á lo abadesa y se puso con los brazos abiertos en la mitad del coro.

—Que Dios nuestro Señor, dijo la abadesa.

—Que Dios nuestro Señor, repitió la tornera.

—Proteja á su magestad el rey.

—Proteja al señor cura Hidalgo! gritó despechada la monja tarabilla.

—Jesus!.... Jesus!

—Sacrilegio!

—Heregía!

—Profanacion!

—Santos cuatitos!

—San Eleuterio! Sanctus fortis! Sanctus inmortalis!

Introdújose una confusion horrible entre las monjas, la abadesa hizo tocar á silencio, las religiosas se encerraron en las celdas y todo quedó aparentemente en calma.

II.

—Hija mia, querida Rosalía, dijo la abadesa precipitándose en los brazos de la esposa de don Félix, estoy quemada.

—De dónde señora?

—Del alma! ese par de herejes me han dado una mohina espantosa, figuraos que este convento es el asilo de la piedad cristiana, que ha sido visitado por el señor obispo Abad y Queipo y otros personajes y....

—Pero qué pasa, señora?

—Que hoy es un infierno, Satanas ha soplado el fuego de la discordia y las religiosas van á llegar á las manos.... sí, á las manos, porque ya el fuego de la herejía ha contaminado á dos monjas.... esa tornera cuya lengua no para un sólo instante, y mi secretaria Sor Refugio que está celosa de vos, y se me ha volteado.... van á acabar por embrutecerme.... yo debo dar parte á la autoridad eclesiástica; porque mañana inventarán que tambien Dios es *gachupin* y.... no, no lo quiero pensar.... esto es una Babilonia!

En aquel momento sonaron tres campanazos anunciando visita á la superiora.

—Vamos á *reja*, acompañadme, se me habia olvidado deciros que el señor conde de la Cadena viene á despedirse y encargarnos nuestras oraciones por el triunfo de nuestra causa.

—Bajemos, señora, y serenaos.

La portera avisó á la superiora que el conde esperaba.

La abadesa se cubrió la cabeza con el manto y le puso la cruz á la monja que se reia maliciosamente.

La superiora seguida de la hija de Treviño se presentó en el locutorio.

El conde de la Cadena rodeado de sus ayudantes, se presentó en todo tren á dar un adios á la comunidad.

—Tome asiento V. E., señor conde.

—Gracias señora, he venido á recibir vuestras órdenes y las de vuestras hijas.

—Gracias, excelentísimo señor Conde.

—Y como se encuentra la comunidad?

—Ya sabeis que la paz del convento jamas se interrumpe: separadas del siglo las monjas, llevan una existencia de concordia, hasta el dia en que el señor nos llame á su seno.

—Bien, madre, nosotros por el contrario, llevamos una vida azarosa y de tribulaciones; ahora mismo partimos á campaña.

—Ahora mismo, excelentísimo señor conde?

—En el atrio están nuestros caballos, vamos corriendo donde la patria nos llama.

—Sigue ese tumulto?

—Sí, señora, esos miserables se permiten organizarse en gobierno, ha llegado su avilantez hasta el grado de poner una fundicion de artillería, y admiraos, una casa de moneda.

—Qué herejía!

—Cierto es que el cura Hidalgo es un hombre de talento y de ilustracion poco comun; debia haber aprovechado estos elementos en favor de su rey; pero estos criollos son lo mas insufrible que hay.

—Y las criollas, añadió la abadesa.

—Ya quedarán excomulgados.

—Y abandonais la ciudad, excelentísimo señor conde?

—La dejo encargada á la guardia ciudadana, y en una proclama que se ha publicado hace una hora, les hago advertencias

que no deben echar en saco roto; porque soy hombre de cumplir lo que ofrezco.

—Ya lo creo, excelentísimo señor conde, y quiero pediros un favor: que me leais vuestra proclama.

—No tengo inconveniente; oid:

—"El conde de la Cadena, comandante en jefe de la primera division del ejército de su magestad el señor don Fernando VII (Q. D. G.) destinado por el excelentísimo señor virey para aniquilar la gavilla de ladrones que han reunido los dos monstruos americanos, el cura de Dolores y Allende.—A los cindadanos de Querétaro.—Queretanos:—Vuestro proceder durante la residencia de mi ejército en esta ciudad, vuestra sumision á las legítimas autoridades, vuestro empeño y eficacia en defensa de la ciudad y la buena causa, me han llenado de satisfaccion, y exijen que os corresponda, noticiándoos, que salgo mañana á convertir en polvo esa miserable cuadrilla de malvados. Es de mi obligacion y la cumpliré, el instruir al superior gobierno de vuestra fidelidad; pero algunos genios suspicaces quieren atribuir vuestra docilidad á las fuerzas que tengo en esta: no pienso yo de esa manera, y en prueba de ello, dejo la ciudad confiada á vosotros y á la guarnicion valiente que os queda. Vosotros habeis de ser tambien los defensores; pero si contra mi modo de pensar, sucediese lo contrario, volveré como un rayo sobre ella, quintaré á sus individuos y haré correr arroyos de sangre por las calles.

Querétaro, 21 de octubre de 1810.—*El conde de la Cadena.*"

—Bravo, bravísimo! excelentísimo señor conde, decia llena de entusiasmo la abadesa de las Claras, miéntras que la tornera murmuraba entre dientes:

—Valla una farola de retreta, no parece sino que se trata de pulgas segun mata ese majadero! me parece que puede volverse el chirrion por el palo, entónces veremos los rayos y los arroyos, y las quintadas, y la sangre; eso está bueno para asustar monjas.

—Ya lo habeis oido, señora, decia Flon restregándose las manos, esto es hablar en plata.

—Ay! excelentísimo señor conde, ojalá que todos pudiésemos hacer lo mismo!

—Diablo de Matusalen! dijo la tornera.

—Teneis acaso disturbios en el convento?

—Cá! no, excelentísimo señor conde, si mis hijas son unas ovejuelas, aquí se ama á su magestad el rey, las *excomuniones* tienen calosfriadas á las monjitas, no quieren ni mentar á esos hombres.... Y pensar que uno de ellos ha estado en ese asiento, nos ha dado la mano y nos.... es para perder el juicio.

—He tenido el gusto, dijo Flon, de presentar mis respetos á la comunidad, y ahora con vuestro permiso me retiro.

—El convento quiere hacer un obsequio al excelentísimo señor conde y á su oficialidad; vamos, hija mia, traed la charola con los escapularios.

Levantóse Rosalía sin hablar una sola palabra á cumplir con la órden de la abadesa, quien fué entregando las reliquias á los oficiales que se acercaban á la reja.

Al llegarse el último que era un capitan, Rosalía se aproximó á la reja y sus grandes ojos se fijaron en él, que por su parte ni se apercibió siquiera de la jóven.

Rosalía no pudo resistir y lanzando un grito ahogado cayó desmayada en los brazos de la abadesa.

Rosalía habia reconocido á don Félix de Quintanar.

—No es nada, dijo la superiora, cubriéndola con su manto; sufre esta jóven estos desmayos, ya la curaremos.

—Haced, dijo el conde, que la comunidad eleve sus oraciones al cielo por el triunfo de nuestra causa.

—El cielo os acompañe y bendiga las armas de vuestro ejército.

III.

Salia el conde de la Cadena de la reja, cuando una viejecita presentó á la abadesa la órden de libertad para la corregidora y la de depósito para Rosalía.

—Qué es esto? dijo azorada la abadesa.

—Ya lo veis, madrecita, vengo por esa jóven.

—Por mí! gritó Rosalía, sacudiendo el sopor que la embargaba.

—Precisamente, el señor alcalde Collado cambia vuestro depósito, la casa de la señora condesa del Milagro os servirá de asilo.

—Conque me abandonais, dijo la abadesa llorando porque le habia cobrado un gran cariño á la jóven.

—No os abandona voluntariamente, la autoridad lo dispone y----

—Señora, yo permaneceria á vuestro lado en el convento; pero acabo de tener un encuentro.

—Un encuentro, hija mia?

—Sí acabo de ver entre la oficialidad del conde á Felix.

—A vuestro esposo?

—Sí, pero no he podido preguntarle por mi hijo, por mi hijo que no he olvidado un solo instante.

—Comprendo la causa de vuestro desmayo.

—La impresion ha sido horrible.

—Yo necesito buscar á Félix, y pedirle á mi hijo.

—Eso no puede ser, dijo la abadesa, que en su egoismo queria vengarse de la separacion de Rosalía; yo necesito saber si esa órden es legítima.

—Desconfiais de mí? pregunto la vieja.

—No, pero dudo, y estando esta señora bajo mi responsabi-

—Sí, para todo hay tie
—Mañana será tarde.
—Las cosas pensadas s
rias mas tarde de lijereza:
—Ved que estoy agoniz
os hablo en nombre de la
Hablar de esos sentimi
la familia y de la sociedad
delante de un ídolo.
La vieja permanecia se
atras el manto dijo con ac
—Pues bien, he aquí á
la jóven Treviño.
—Dió un paso atras la
propuso disputarle á Rosa
—Perdonad, señora, pe
pechar algo inconveniente
—Es que quise evitar t
La superiora se mordió

La señora Dominguez entró en la reja y dijo á la superiora:

—Pasan cosas horribles en el convento.

—Y que haceis aquí, señora?

—He recibido la órden de libertad, y vengo á avisaros que salgo en este momento.

La gritería continuaba cada vez mas escandalosa.

—Idos pues, señora Dominguez, y vos tambien.

—Aquí está la órden, dijo la condesa.

—He aquí la mia, dijo la corregidora.

—Marchaos.

Rosalía quizo abrazar por ultima vez á la abadesa, pero esta la rechazó con altanería, y envolviéndose en su manto se internó en los patios del convento.

—Buscad á don Félix, dijo la condesa á Rosalía; poneos en marcha, yo necesito partir á otra parte donde me interesa; cuando os creais mas abandonada estaré á vuestro lado, nada temais, el porvenir es vuestro, tomad este dinero y proporcionaos lo necesario para el viage. En el pueblo de Dolores encontrareis á don Félix, para ese punto se dirije el ejército.

—Gracias, señora.

—Nos veremos.

—Adios.

—Adios.

IV.

—Mientras que la abadesa recibia al conde de la Cadena, las monjas salieron á hora de asueto al patio, dividiéndose en grupos segun sus simpatías y amistades.

Sor Refugio se habia retirado á un ángulo del patio con las partidarias de la *insurgencia*, mientras Sor Bárbara platicaba con las *realistas*, murmurando de las contrarias.

llantes.

La tornera se deslizó en el
ladronadas del conde de la (
la proclama.

—Que soldado tan bruto! (
tenérselas con chiquillos de l

—Con cuatro soldados le b
dijo Sor Bárbara.

—No vaya á ser que á él l
señor conde tenga mucho cui

—No se necesita cuando s

—Es cierto, de pura cobar
eso se nota á distancia.

—No son mas que unos lac
ra robar.

—Os han dejado sin vuest
paña?

—No me esteis impacienta

—Pues no hableis así de lo

echar á todos los europeos y volvernos nuestra tierra que os habeis cojido desde hace tantos años.

—Es decir que somos ladrones?

—Sacad vos la consecuencia.

—Aunque fuera cierto, no os lo quiero tolerar, dijo Sor Bárbara, y levantando su mano aragonesa la dejó caer sobre el rostro delicado de Sor Refugio.

La tierna criatura cayó en el suelo, donde rebotó su cabeza, saliendo un borboton de sangre que manchó las limpias tocas y el hábito.

La tornera, que amaba á la monja con una profunda ternura, dió un bufido de coraje y buscándose en el delantal las tijeras de su costura, ciega de cólera se lanzó como una fiera sobre la aragonesa, que la despidió con un soberbio bofeton que le hizo dar contra una de las columnas.

Arrojando sangre y espuma por los labios, se rehizo la tornera, y comenzó casi barriéndose por el suelo, á buscar un flanco á tan formidable enemigo.

Las monjas daban gritos de espanto viendo desmayada y herida á Sor Refugio, y á la tornera con el arma en la mano dispuesta á sepultarla en el seno de Sor Bárbara.

Débiles mujeres, ninguna se atrevia á impedir el duelo sino con sus clamores.

La aragonesa tomó en sus manos un banquillo, que blandia con furor, y esperaba el asalto para aplastar á su enemiga.

Cesaron las injurias y solo se veia á las dos monjas con las tocas en jirones y sacudiendo sus cabezas empapadas en sudor, y viéndose de hito en hito con miradas de tigre; estaban jadeantes de rábia y de cansancio.

La tornera daba vueltas en un giro de acecho intencionado, en torno de la columna que servia de punto de apoyo á su contraria.

Haciendo tentativas de asalto, acercándose y replegándo-

se con una habilidad y ligereza sorprendentes, huyendo los golpes que le descargaba la aragonesa, logró cansarla ó disminuir su vigor.

Entónces no esperó mas: lanzando una maldicion horrible, se precipitó sobre la monja y rápida como el rayo le sepultó en la garganta las tijeras rompiéndole la yugular.

Un torrente de sangre se desató por la herida y Sor Bárbara cayó moribunda en las baldosas.

La tornera vió con horror aquella escena de sangre, sacudió sus hábitos manchados y se marchó á encerrar á su celda.

En aquel momento penetró la abadesa en el patio y se encontró con Sor Refugio y la aragonesa tendidas en el suelo y ensangrentadas.

CAPÍTULO XXIV.

DOS GENIOS.

I.

La noche de ese dia memorable en que Hidalgo fué proclamado generalísimo del ejército independiente, se presentó en su alojamiento un hombre de alta estatura, grueso, de ojos centellantes bajo el arco de la frente que dejaba ver un pañuelo blanco que le cubria la cabeza; sus cejas eran pobladas, su nariz recta y un tanto alzada en la extremidad, sus labios delgados, los carrillos gruesos, y no llevaba barba alguna, lo que indicaba que pertenecia á la categoría eclesiástica.

Aquel personage revelaba una comprension admirable, y es que el genio se trasparenta como el sol tras los vapores atmosféricos.

Ese hombre tocaba aquella noche memorable á las puertas de la inmortalidad.

—Señor cura Hidalgo, decia con voz vibrante, quiero ser algo que abarque todo vuestro ejército, seré el capellan de vuestros soldados.

[illegible] dida, mas digna.

Morelos tenia su mirada

—Tratais de ocultarme

vino al traves de vuestros

municaos conmigo!

—Señor cura Hidalgo, an

corazon.

—Sea de una vez, exclam

—Dormia tranquilo en el

ma terrible que hace tres sig

sobre nuestra existencia, cua

de libertad lanzado por vuest

15 de setiembre. Creí sentir

de mis mayores, como lavas

menzaba en aquellos momen

Tres siglos de esclavitud s

si la mano de Dios hubiera p

zarse los templos, subir las d

arrancadas por las manos br

parecia que

—Mi corazon, dijo Morelos, se sintió conmovido en una palpitacion de fiebre y de entusiasmo, me entré en la iglesia envuelto en los pliegues de mi manteo, temiendo que una mirada pudiera encontrar en mi semblante lo que pasaba en el fondo de mi pecho.... Entregado allí á la contemplacion de mis pensamientos, delante de mi conciencia que se erige en tribunal implacable de mis acciones, oí la voz de mi destino, sentí algo que me impulsaba desde lo mas íntimo de mi alma, hácia un torrente cuya primera ola sois vos, hácia esta tempestad cuyo primer relámpago es vuestro genio y cuyo primer trueno es vuestra voz!.... Estónces abandoné aquellas vestiduras del culto cristiano, evoqué mis memorias juveniles cuando en las espansiones de mis esperanzas, me soñaba soldado y gladiador; porque yo he soñado en las horas ardientes de mi edad, cuando oía los hechos de los antiguos, esas tradiciones guerreras elevadas á la fábula y trasmitidas á nosotros en los cantos inmortales de la Iliada, que mi pecho se ceñía una coraza, que mis sienes sostenian un casco y mi mano el acero de los conquistadores, y oía el grito de los combatientes, y el ruido de los parches y el clamoreo de la victoria!.... Todas aquellas ilusiones se apagaron en las sombras de la iglesia y desaparecieron ante lo místico de la tribuna religiosa, para reproducirse candentes en la hora de la revolucion. Sí, aquí estoy, el hombre de la juventud renace, el vigor de mis años me devuelve el ardor de los primeros dias, quiero pelear, combatir, llevar ejércitos á la arena de los combates, atravesar el suelo de América en la conquista de sus libertades, morir como los héroes!

Hidalgo se arrojó en los brazos de aquel hombre, empapado en el espíritu de tan gigante revolucion.

—Vos, señor Hidalgo, habeis galvanizado á una raza entregada al letargo de la esclavitud, poseeis el genio; pero vuestra idea, vuestra grande idea, la habeis velado como las diosas antiguas, y es necesario huir de los misterios; el tiempo de los

oráculos ha pasado, la luz de la verdad debe resplandecer como la mirada de Dios!---- Habeis proclamado solamente la separacion de la Península para no caer en poder de la Europa, y ese no es el pensamiento.

—No, no lo es, dijo Hidalgo, pero en el primer momento de la revolucion, yo debia invocar el principio popular, despues llevaria al pueblo á su destino; ya nada temo, y proclamo la idea, la sola idea de la independencia; la revolucion ha cambiado en la palabra para ir á su destino; ella sola se ha salvado, nadie piensa en que la Europa se acordase de imponernos su yugo, sino de librarnos de la cadena que ata los dos mundos. Me habeis visto apresar á los europeos, para matar el elemento conquistador y entorpecer la reaccion que aun puede surgir al volver en sí de este rudo golpe; ya nadie puede engañarse, las mismas ideas que me imputan nuestros enemigos, revelan á conquistados y conquistadores, que la hora de la emancipacion ha sonado; yo sabia bien que los elementos del gobierno colonial se desencadenarian como una tormenta sobre mí; pero mi espíritu fuerte en ese choque terrible, sufriria como una roca el embate de las pasiones, que se estrellarian á mis piés!---- Señor cura Morelos, la serenidad de mi alma ha amenazado enturbiarse ante la calumnia, se me presenta como á un monstruo que he abjurado hasta de mis creencias religiosas, cuando ellas son las que me han impulsado á la revolucion; yo sé, y lo he repetido á mis compañeros, á esos jóvenes valientes y generosos que han compartido los peligros conmigo, que los autores de una obra tan grandiosa como esta, no ven nunca el fruto de sus afanes---- yo percibo la muerte al traves de la luz que circunda al pueblo en su victoria, y como vos he deseado y quiero ardientemente la muerte de los héroes; la vulgaridad me asusta; la agonía, rodeado de mis feligreses en el humilde curato de Dolores, era la desaparicion en las tinieblas, nada dejaba tras de mí, sino unos árboles plantados por mi mano que se desgajarian mas tarde al golpe de un rayo

ó al hacha del leñador.... hoy me siento satisfecho, mi nombre perpetuará la idea de la independencia de mi patria; si muero, será esta revolucion un ensayo desgraciado, la primera arteria que sangra de ese cuerpo que se alzará del polvo para erigirse en juez de tres siglos pasados en las cenizas abrasadas de la conquista!....

El cura Morelos admiraba desde el fondo de su inteligencia al anciano de Dolores, y lleno de un entusiasmo fanático por aquel hombre extraordinario, le dijo:

—Señor Hidalgo, yo quiero ser vuestro soldado y seguir vuestra bandera, mi espíritu se agita inspirado por vuestras palabras, me comunicais la fé de vuestro pensamiento y me llevais mas adelante aún que mi imaginacion.

—Señor cura Morelos, vos no debeis confundiros en el mar inquieto de mi ejército, eso seria oscureceros y yo quiero dejaros libre en el camino que el genio abre delante de vos, como la senda que conduce á vuestro destino.... Sereis soldado, pero soldado de la patria; id, marchad, el territorio es grande, el campo vuestro, formad un ejército que os siga, cien mil hombres toman sombra bajo nuestra bandera, tomad los que querais, recorred las costas del Pacífico, apoderaos de las ciudades y fortalezas y realizad la predestinacion de vuestro genio!

Levantóse Morelos con aquella inspiracion que no le abandonó ni en los momentos pavorosos del suplicio, y dijo á Hidalgo:

—Señor general, necesitais de vuestros hombres para combatir, la capital os aguarda y tendreis que librar mas de un combate antes de llegar á sus puertas; yo marcho solo, enteramente solo: la idea invocada es suficiente para improvisar ejércitos, todo me lo prometo del patriotismo de los mexicanos.... dentro de algunos dias, esa bandera santa será saludada por mí en el campo de batalla.... Adios, si vuestros temores se realizan, entraremos tranquilos en el pavoroso silencio de la tumba, con la *frente descubierta y la* mirada en ese Dios que con un soplo ha

encendido en nuestras almas la fé del patriotismo y la llam inextinguible de la esperanza, que recorre como un sol del cie lo del porvenir.

—Adios, dijo Hidalgo y estrechando por última vez á More los, se separaron para reunirse tras ese velo azul que se abr para dar paso á los mártires y á los héroes.

Aquellos dos gigantes no cabian sobre el mismo pedestal.

Brillan como dos astros en el horizonte, caminando juntos su zenit ascendiendo por el arco luminoso de la esfera para cae mas tarde en el inmenso sepulcro del ocaso.

II.

El cura Morelos partió solo á las regiones abrasadas del Sur y como lo habia pronosticado, se encontraba á poco tiempo a frente de un ejército y alcanzando empresas dignas de los ca balleros de la edad media.

—*Ese hombre debia haber sido mi soldado*, dijo el desterrado d Santa Elena.

Lord Wellington, el hombre de Waterloo, el que habia enca denado á una roca de los mares del Africa al aventurero d las Pirámides, al saber los detalles del sitio de Cuautla, rindi á Morelos un homenaje de admiracion como el genio de la po lítica y de la guerra!

CAPITULO XXV.

SACERDOTE Y CAUDILLO.

I.

El ejército de Hidalgo caminaba sobre un campo de victoria, recibiendo las ovaciones de un pueblo que veia en él al genio de la libertad.

Los hombres del 15 de setiembre caminaban al frente de la multitud, guiándola siempre á la arena de la lucha y cosechando siempre los laureles de la victoria.

El ejército realista parado al borde de una horrenda sima, se defenderia hasta el último momento.

Don Torcuato Trujillo fué nombrado por Venegas jefe de la espedicion que debia ir al encuentro de Hidalgo.

La demencia humana señalaba á aquel miserable como la víctima expiatoria de la jornada.

Don Agustin de Iturbide solicitó pertenecer á la division y fué entre la turba realista á compartir el amargo brebaje de la derrota.

Esto pasaba el 26 de octubre.

Trujillo á quien el pánico comenzaba á invad movimiento retrógrado y tomó posiciones en la mo Rio Grande, que pasa por la ciudad de Le una isleta en que está construida la poblacion, al dura y levantó una fortificacion ligera para dete del enemigo.

Permaneció en espectativa hasta el 28, mientra nocedor de los movimientos de los realistas, haci rápida sobre el puente de Atenco para envolver de Trujillo.

El 29 se dejó ver Hidalgo con su magnífico ejé camino real, amenazando con un falso ataque rios, mientras efectuaba su movimiento sobre la re miga.

Trujillo recibió el parte de que Allende hab puente de Atenco: aquella noticia lo desc ncertó una segunda retirada al *Monte de las Cruces*, formi á seis leguas de la capital, y que le ofrecia vent soldado hubiera sabido explotar con éxito, á te conocimientos que le faltaban al jefe de tan infor

II.

Estamos en la mañana del 30 de octubre de 1810. El viento ota las copas de los pinos, que parecen quejarse con un rumor iestro y prolongado.

Las hojas secas se arrastran en la llanura dispersadas por los iracanes, y las nubes se posan como sudarios en los picos de s montañas.

La atmósfera conserva aún el enfriamiento de la noche, ni ia bandada de pájaros atraviesa aquel cielo opaco, donde se isparenta con dificultad la luz primera de la mañana.

Algunos remolinos de polvo se alzan en las mesas lejanas, biendo en espirales á una grande altura y desapareciendo spues entre las arboledas de las montañas.

El silencio es solemne: tras esa majestad callada de la natuleza se percibe algo que no puede explicarse, la cercanía del ligro.

Así debe sentir la paloma el primer aliento de la serpiente ulta entre las raices de los árboles.

Aquella calma de la tierra y del horizonte es siniestra: bien onto la del cielo se turbará por los gritos de la pelea, y la de tierra al recibir á torrentes la sangre, y al cavarse una inensa sepultura en su seno.

Allá, mas allá de la última pendiente, donde comienza á lararse el horizonte, se ve ascender entre las laderas una peeña nube que va dilatándose como una manga de tormenta.

La nube crece, y se ensancha, y se prolonga, y se apodera . fin de un vasto espacio.

La luz del crepúsculo se va haciendo diáfana y rosada, alumando á la sirte que se adelanta majestuosa y serena á su desio como el torrente de la vida.

Entre aquella niebla comienza á divisarse el reflejo de las armas y un rumor vago como el de voces humanas traido por las ráfagas del aire que atraviesa la llanura, azotándose en las peñas y quebrándose en los breñales.

Luego aparece un grupo de hombres que parece acechar desde la altura: todo lo ven, todo lo examinan, sus miradas quisieran penetrar los bosques cercanos---- disparan sus flechas---- nada responde á su interrogacion de muerte.

Despues llega otro grupo---- despues otro, hasta descubrirse la vanguardia de un ejército, con sus cajas puestas á la espalda y plegadas sus banderas.

La soldadesca se posesiona del campo y bulliciosa y alegre se hace dueña de los accidentes del terreno, encendiendo fogatas y descansando sus armas en pabellones y formando círculos de plática militar.

Las mujeres de los soldados sueltan á sus hijos por el campo. ¡Infelices! cuantas de esas criaturas mueren ateridas por el frio ó golpe de una bala, en busca de aquellas filas donde el padre está desafiando á la muerte que el enemigo lanza en sus proyectiles!

Los batallones atraviesan buscando su formacion; se oyen las voces de los jefes y las disposiciones de los generales, que colocan á sus soldados en el terreno siguiendo el espíritu de sus combinaciones.

Toda es alegria, y charla, y carcajadas; nadie piensa en el peligro ni recuerda que dentro de breves instantes estará al frente del enemigo.

Por la cima de las montañas cruzan un sin número de soldados en una marcha trabajosa, amenazando los flancos del próximo valle teatro seguro de la batalla.

La multitud ve aquellos movimientos sin inquietarse, todo lo fia á la direccion de sus caudillos, que posesionados de aquel campo como las águilas, lo recorren en todas direcciones evi-

tando una de aquellas contingencias que comprometen el éxito de una batalla.

Una hora ha pasado, y la llanura, y los montes, y los bosques, y las cañadas, todo está invadido por la multitud; parece un pueblo en marcha, una ciudad que muda de habitacion.

Hidalgo, como el Moises de aquella generacion que busca la *tierra prometida* de su libertad, preside al gran ejército que lo venera como á un Dios.

Su tránsito se señala por los gritos que el entusiasmo arranca al corazon generoso de sus soldados.

Todos se levantan, lo saludan, lo ven con interes, con curiosidad, como si no lo conociesen ni lo hubiera visto jamas.

Las mujeres de los soldados le presentan á sus hijos, y él los acaricia y los bendice.

La frente del anciano está nublada y sus ojos húmedos por las lágrimas.

Qué será de aquellos hombres que le han encomendado su destino?

Qué responsabilidad tan grande ante Dios y la humanidad!

¡Cuantos de aquellos que lo acompañan habrán muerto al espirar el dia!

Estas ideas que atravesaban en una sucesion fúnebre por el cerebro del hombre de la revolucion, se aclaraban al pensar que su sacrificio no seria estéril, y que merced á sus esfuerzos y la sangre de esos mártires, podian las generaciones aspirar en el flujo y reflujo humano el ambiente de la libertad.

Hidalgo se veia rodeado de la juventud, primeros relámpagos de la esperanza; contemplaba con ternura á esos hombres vigorosos cuya sangre encendida los arrojaba á los peligros mas inminentes y al mar siempre revuelto de las vicisitudes.

El anciano se encontraba de improviso sobre el terreno que habia soñado en los dias ardientes de su primera edad, y sin embargo, temblaba al considerar que la fatalidad podria herir de

muerte, no á la idea porque esa es inmortal, sino á su ejército, comprometiendo en la derrota la mas santa de las causas.

Detúvose en el centro de aquel teatro de gloria, y la inspiracion siempre fiel á su llamado, se dibujó en el arco de su frente acudiendo vigorosa como nunca á la evocacion de su alma gigante y atrevida.

Su ejército le contemplaba con admiracion!

Hidalgo ascendió á la roca histórica que un genio habia colocado en la llanura.

Sobre aquel pedestal de granito se mostró como la estatua del heroismo á la posteridad.

Así le veneran las generaciones, así le cantan los poetas, así le admiran los historiadores, así lo adora la segunda generacion independiente!

Nuestros hijos se prosternan delante de esa piedra sagrada, monumento perenne levantado por Dios al genio de la libertad en nuestro suelo.

Desciñóse la espada y la tendió sobre la piedra que convirtió en un rústico altar.

Improvisó dos ramas en una *cruz*, y aquel signo sagrado, combinacion misteriosa que le habla al hombre de su *redencion*, lo colocó en la roca, sacó los vasos sagrados, prosternó su frente, levantó las manos al cielo y comenzó el sacrificio de la misa, ese recuerdo del Hombre-Dios que proclama desde la altura del Calvario delante de los siglos la emancipacion del espíritu humano!

Arrodillóse el ejército en un silencio religioso, rindió sus armas ante el ara de aquel á cuyos pies apaga el mar sus tempestades y el viento sus furores!

Sacerdote, llamó al espíritu de Dios en el misterio de sus palabras y en el oráculo de sus signos.

Y cuando Dios bajó á la *forma*, entonces con la voz del corazon y en medio de los himnos que levantaban las músicas de su ejército y el rumor religioso que se exhalaba de la mul-

titud, le pidió el triunfo de su pueblo y la bendicion sobre sus banderas.

Emocionado profundamente en el misticismo religioso de sus creencias bendijo el vino, que se convirtió en la sangre del Cordero, aquella sangre que cae, hace diez y nueve siglos, gota á gota sobre la frente de la humanidad!

Hidalgo estaba en su *Oracion del Huerto* apurando el cáliz del destino, porque Dios lo contaba ya entre sus mártires, como el pueblo en el templo de sus héroes!

Acabó la sublime ceremonia, Hidalgo tomó su acero, descendió de la roca y montando en su caballo, se adelantó seguido de su ejército al próximo campo, donde lo esperaba á pié firme su adversario.

III.

Trujillo al frente de su ejército esperaba á Hidalgo, aparentando una serenidad que estaba muy léjos de tener.

Dice un testigo presencial, que ya la batalla habia comenzado en el Monte de las Cruces, y la gente de Higalgo aun no acababa de salir de Toluca, formando un cordon no interrumpido en el trayecto.

El desgraciado jefe pedia suplicante á la corte de México, auxilio de hombres, porque su corazon pusilánime adelantaba aquella hora que debia llegar irremisiblemente.

Un capitan de navio llamado Juan B. de Ustaritz trajo refuerzos al campo de Trujillo, entre los que venian voluntarios á las órdenes de don Antonio Bringas y una chusma de mulatos, criados de don Gabriel Yermo y José Manzano.

El batallon de Tres Villas, á las órdenes de Mendívil, apoyado en los dragones de España, habia efectuado su retirada

"Trescientos años de
pañolas en estas region
ojos fijos en nosotros; e
ña, esa cara patria, por
te su destino de nuestro
celo y decision. Vence
le toca pagar este tribu
berse anticipado á mí
holocausto: yo no podré
por gente vil y fementid

Esa tirada de versos r
da, porque el infortunad
holocausto, y la *gente vil f*
mente.

ba el puente de Atenco, situado sobre la orilla Sur de la laguna á la entrada de la hacienda de aquel nombre, y siguiendo luego por el lado de Santiago Tianguistengo y tomando el camino que viene por dentro del monte, salieron por distintos puntos hácia la parte del descenso de la cumbre para México.

No se habia disparado aún el primer cañonazo, y la batalla estaba ganada atendiendo á la situacion de los combatientes.

Los insurjentes iniciaban el choque por el frente y flancos del enemigo, mientras que algunas fuerzas comenzaban á apoderarse del camino á la capital retaguardia del ejército realista.

Hidalgo queriendo aún evitar la efusion de sangre, envió parlamentarios al campo de Trujillo.

Los enviados hicieron tales propuestas, que la oficialidad española aconsejaba á una voz la capitulacion.

En aquellos momentos tuvo lugar un incidente que determinó el carácter feroz y sanguinario de aquella jornada.

Cuando los parlamentarios se alejaban del campo de Trujillo con la numerosa escolta que los habia acompañado sin el recelo de una perfidia, se oyó una voz temblorosa que gritó: "Batallones, á ellos! fuego!"

Oyóse una detonacion cerrada y se vió caer en la arena á los parlamentarios y á la multitud de hombres que los acompañaban.

Levantóse un grito de general indignacion contra los españoles, crujió la artillería y comenzó la batalla.

Oíase un alarido gigante que se prolongaba á una distancia inmensa y repercutia en aquellas montañas como un eco del abismo.

Parecia la *hora final.*

Adelantóse en columna cerrada la fuerza insurgente y fué recibida á metralla por los *realistas.*

La masa compacta osciló como una ola al chocar sobre las rocas.

Tornó á combatir con mas denuedo, y fué rechazada dejando como huella un reguero de sangre en el camino.

Allende volteó la posicion de la fuerza enemiga enfilando sus cañones con tan buen éxito, que comenzó á poner en desórden el campo de los *realistas*.

Iturbide, que comprendió el movimiento, buscó á Trujillo en medio de aquel huracan; pero aquel miserable habia huido cobardemente al frente del enemigo, presentando el espectáculo de ser el primer desertor á la vista del ejército independiente.

Entónces Iturbide, ese hombre funesto, se declaró en jefe, y suponiendo órdenes, comenzó á organizar á los batallones que ya empezaban á desbandarse.

Hizo un movimiento por sus flancos, disponiendo que Bringas atacase la derecha del enemigo con su infantería y los lanceros de Yermo, sostenidos por algunas compañías de Tres Villas, mientras que personalmente y favorecido por lo escabroso de la montaña condujo á una parte de su fuerzas por el flanco izquierdo atacando la derecha del enemigo.

Sobre aquel monte se empeñó la batalla en un lance sangriento y terrible.

Iturbide tuvo que replegarse á su centro, al mismo tiempo que Yermo y Bringas que atacaron la izquierda volvian derrotados y buscando apoyo en el grueso del ejército realista.

Una bala atravesó á Bringas, que fué separado moribundo del campo de la reyerta.

Mendivil jefe de la artillería, cayó á su vez herido á los pies de sus cañones, que defendian la avenida principal.

Las fuerzas insurgentes convergieron sobre el pequeño llano donde se replegaba el enemigo, como tres fuerzas concéntricas para decidir el combate.

Allende se encontraba en los lugares donde el peligro se hacia mas terrible; repentinamente caballo y ginete rodaron por la arena.

—¡Otro caballo! gritó Allende levantándose y dejando al noble animal revolcándose en la sangre.

Entre aquella tormenta de humo y de metralla y aquel estruendo de gritos y detonaciones, la multitud se lanzó á *pecho descubierto* sobre la artillería que la diezmaba.

Este rasgo heróico de un valor desesperado, introdujo la desmoralizacion entre los españoles, que se defendian en el último trance con ese vigor que da la situacion.

Iturbide, cuya voz no pudo ser escuchada, participó de aquel terror y buscó en la fuga la salvacion.

Su caballo atravesaba las laderas de la montaña como impulsado por el viento, el ginete iba sin sombrero, el cabello alborotado, la casaca desabrochada y el semblante lívido como el de un ajusticiado, parecia uno de esos fantasmas de las leyendas de Víctor Balaguer.

La cabeza empolvada y sudorosa de aquel hombre, se ungiria mas tarde para ceñirse una corona en el fatalismo de su patria y de su existencia.

V.

La batalla que habia comenzado á las ocho de la mañana con los lances sin consecuencia de las guerrillas, y cuyo vigor se notó desde medio dia, se prolongaba cuatro horas mas en una lucha sobrenatural.

Las flechas y las hondas luchando con la pólvora y el proyectil, la estrategia contra el valor ignorante, la experiencia contra las masas que no habian oido jamas ni la detonacion de un disparo.

Allende recorria las filas de su ejército, y el anciano cura arengaba á sus tropas, que atacaban con denuedo á pesar del fuego mortífero de la artillería enemiga.

artilleros.

Entónces la artillería de batallones y comenzaron los

Aquellos infelices soldado accion y defendiéndose por i por el enemigo.

La multitud cargó sobre e cunferencia, y la matanza se y banderas fueron los despoj

Algunos desgraciados huy tumba en la montaña histór

Las músicas saludaban á l yaba en locura.

Hidalgo estaba sombrío

que sois valientes y os sacrificais por la patria.... Veneracion y respeto á los que han sucumbido en defensa de la libertad y la independencia!

—Viva Hidalgo! gritó Allende, y á su grito respondió el ardiente clamoreo de la multitud.

—Honor á los muertos! contestó el anciano, y su frente se oscureció y sus pupilas se velaron en lágrimas; tributo digno, sobre el campo de batalla, á los mártires de la independencia.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE.

El eclipse de un astro.

CAPITULO I.

BANDERA CONTRA BANDERA.

I.

El ejército victorioso se dirigió valientemente á abordar la capital, creyendo en un triunfo seguro y decisivo.

Trujillo, el derrotado del Monte de las Cruces, se proporcionó un grupo de hombres y entró por las calles á tambor batiente, dándose los aires de *vencedor*.

El virey condecoró á los que se habian escapado á uña de caballo y mandó grabar medallas que llevasen al pecho los *héroes*, cuando apenas podian con la vergüenza que aparecia en sus frentes.

Venegas dijo á los miserables desertores al entregarles las medallas:

"En ese distintivo teneis grabados los blasones de vuestra fidelidad, de vuestra gloria y de vuestro *valor*. Tened siempre presente el *gran precio* de esta adquisicion: que "el Monte de *Cruces" sea vuestro grito* guerrero en el momento de vuestros

La capital del reino, q
sopor calenturiento de la
de las armas, y cubierta
el siglo XVI la entrada d

Dicen los testigos prese
res, desasosiego: unos ocul
otros los llevaban á los co
mas respetados, y muchas
sas, esperando todos de un

La confusion y el susto
te en las casas y familias
el riesgo mas próximo. A
cias funestas de la aproxin

Los partidarios que esto

Un espectáculo grotesco tuvo lugar en el campamento de Venegas, que no nos dispensaremos de referirlo.

Una tropa de frailes se destacó de los innumerables conventos de la ciudad con Crucifijo en mano, y llenos de un santo ardor, esparciéronse como una parvada sobre el sembrado y comenzaron á exhortar á los soldados á la *penitencia*.

Introdújose un desórden horrible, aquellos hombres en quienes hacia estragos el pánico, se arrodillaban contritos y se confesaban casi en voz alta, en una desmoralizacion completa.

¡Qué cuadro tan ridículo!

Figuraos por un momento á los soldados de Hernan Cortes, cubiertos de broqueles y arrodillados delante de los frailes; seguramente no hubieran consumado el hecho mas sorprendente del siglo XIV!

Parecia un ejército de mujeres llorosas y arrepentidas.... ¿qué entusiasmo podia caber en aquellos pechos amilanados en ese *juicio final*, por el que los hacia pasar el fanatismo?

No era la religion que llena de flores las puertas del sepulcro, haciendo aspirar el aroma del cielo y derramando un bálsamo en las abiertas heridas de la humanidad; era la voz atronadora y repugnante del fanatismo armado, que viene á prometer la salvacion á sus víctimas.... Dejamos á la época ese padron de ignominia, condenado por el cristianismo y la civilizacion.

Hidalgo llevaba una imágen de la Vírgen en sus estandartes; hacerle fuego era un sacrilegio, era necesario algo que oponer á la santidad de aquella bandera.

Venegas recurrió al *plagio*, hizo traer la venerada Imágen de los *Remedios*, se arrodilló sumiso ante la Vírgen, puso el baston á sus plantas, y la declaró *Generala* del ejército realista.

Imágen por Imágen, bandera contra bandera!

La Vírgen de Guadalupe era mexicana y protegia á los insurgentes; la de los Remedios, española y amparaba á sus paisanos desde los dias remotos de la conquista.

Cuando la demencia humana lleva á los hombres á ese terreno, la venda de la fé cae hecha pedazos, y la duda, con su cáncer, comienza á apoderarse del corazon y de la conciencia.

Entre la multitud que habia presenciado la torpe ceremonia, se encontraba un corrillo de viejas, eternas discutidoras, y cronistas fieles de los sucesos.

—Yo, niña, decia una de ellas, creo que la Vírgen de los Remedios es mas *valienta* que la de Guadalupe.

—Ya se vé que sí, la una no ha oido tirar un balazo, miéntras que la otra conoció á Hernan Cortes.

—La idea del señor Venegas es admirable, veremos quien de las *dos generalas* gana.

—No hay que hacerse ilusiones; la Guadalupana verá como se las gobierna para matar *gachupines*.

—No, niña, la de los Remedios les echaba á los *indios* tierra en los ojos y Santiago le ayudaba; ya parece que lo veo en su caballo blanco matando gente; porque los indios se comian crudos á los otros indios con Huitzilopoxtle; dígalo la *piedra de los sacrificios*, y si no, el *calendario azteca*, con tantos animales pintados. ¡Dios mio! cada animal representa á un demonio.

—Ave María!

—Yo se lo he oido á mi padre confesor, él me ha explicado todo eso; por cierto que su paternidad fingia dar de alaridos y tirar la flecha y todo, lo cual nos hacia mucha gracia pues lo decia en el púlpito

—Si tú lo hubieras oido cuando hablaba de que el hereje del cura Hidalgo se habia de condenar, entónces sí que se ponia atufado y echando fuego por los ojos y espuma por la boca.

—Al padrecito que se le habla de insurgentes se vuela.

—Yo soy lo mismo; mira, niña, si vienen esos diablos soy capaz de tirarles piedras por la azotea.

—Ya se ha pensado en eso, he visto subir muchas á las azoteas de los conventos para cuando llegue la hora.

—Ya todos los padrecitos están en los conventos con sus puñales y sus crucifijos aguardando á esos herejes.

—No importa, ya tenemos *generala*, y de santo á santo el mas apolillado se rompe.

En aquel momento se dejó ver un coche por el camino de Tacubaya con los parlamentarios de Hidalgo.

Venegas no quiso recibirles, seguro como estaba de que sosteniéndose durante algunos dias, el ejército de Calleja llegaria en su auxilio.

Creyóse que los insurgentes atacarian en el acto la plaza, y se hizo mas sombrío el cuadro que presentaba la capital.

Con este temor se pasó la noche del dia 31.

El dia siguiente, 1.° de Noviembre, que era la festividad de Todos Santos, contribuyó á aumentar el desasosiego é inquietud pública: anuncióse varias veces que los insurgentes bajaban los montes: cualquiera polvo levantado casualmente, que se descubria á lo léjos, hacia creer á las imaginaciones exaltadas, que era el enemigo que se aproximaba: en aquella tarde especialmente, habiéndose acercado hasta la fábrica de pólvora de Santa Fé una partida de Hidalgo, hubo una grande alarma, se tocó generala, las gentes corrian á encerrarse en las casas, y no se oia otra cosa que el estrépito de las puertas que de golpe se cerraban y atrancaban, y los gritos por todas las calles de ¡los insurgentes! ¡los insurgentes!

III.

Hidalgo citó una junta de guerra, á la que concurrieron todos los caudillos.

—Señores, les dijo, contra lo que habia calculado, la ciudad se defiende, el pueblo está bajo la presion de las armas y no puede hacer un movimiento que apoyariamos decididamente: deseo oir vuestra opinion.

—Señor general, repuso Allende, no desconfiemos de la fortuna que hasta ahora ha seguido nuestras banderas; estos son precisamente los momentos oportunos para el asalto, los realistas están aterrorizados, no vuelven aún de su asombro, la jornada del Monte de las Cruces los tiene espantados, caigamos sobre ellos, y la ciudad será nuestra.

Aldama contestó á la invitacion que el cura le hizo con la mirada, diciendo:

—La opinion del general Allende es tanto mas oportuna, cuanto que á estas horas ya las fuerzas de Calleja avanzan á marchas dobles sobre la ciudad, segun aparece de los pliegos interceptados.

—Esa es otra razon mas, dijo Hidalgo, para que la situacion de nuestro ejército sea mas comprometida.

—El modo de salvarla es tomar la capital y organizar la defensa, si no queremos ser atacados por las fuerzas que salgan de la plaza y las que vienen del interior; ese movimiento no podriamos contrariarlo, porque nuestra gente es bisoña.

—Ese es, dijo Hidalgo, el punto principal, y sobre el que deseo ser muy esplícito; porque la suerte de la revolucion está pendiente de lo que determinemos en estos momentos.

—Sírvase el señor general manifestar su opinion.

—Lo haré con entera franqueza, señores: una derrota en las circunstancias actuales seria la muerte de la revolucion, seria perder todo el terreno que hemos conquistado: nosotros debemos adelantar, pero no dando el espectáculo repugnante del desórden inaudito que apenas hemos podido contener. ¿Cuál seria la suerte de la capital, y sobre todo, de la revolucion, si una vez vencedores la ciudad se entrgase á saco?.... Ya es tiempo de moralizar porque nuestro prestigio se pierde, y los pueblos nos estimarán como una plaga, cuando nuestro pensamiento es el de la independencia.... la multitud no obedecerá nuestra voz en el tumulto desencadenado del pillage, y esta-

mos derrotados de antemano, y esto, señores, contando con la primer victoria.

—Me siento contrariado con esa opinion, señor cura Hidalgo, dijo Allende; yo creo que retroceder es perder.

—Caballeros, dijo Hidalgo, ahogando la voz como si temiese ser escuchado: la fuerza realista nos va á librar una batalla y nuestro *parque* se ha quemado todo en el Monte de las Cruces: no podríamos resistir ni el primer choque. Pretender que las masas vuelvan á arrojarse sobre la artillería á pecho descubierto seria una locura; ya saben el estrago, y hay hechos que no vuelven nunca á repetirse.

Allende guardaba silencio.

—El ímpetu acalorado, decia Hidalgo, creedme, es un mal consejero; afiancemos nuestras conquistas, apoyemos la revolucion que surge en el centro de la América, hagámonos de elementos superiores para combatir, y me vereis siempre á vuestro lado como el primero de vuestros soldados.

—Yo, señor cura, tengo vergüenza de retroceder.

—Jóven, esta retirada despues de una victoria no puede tener otro significado que el de una combinacion; si quereis aceptar la responsabilidad de la empresa, mandad, yo seré el primero en lanzarme á la cabeza del ejército; hablad, y todos os obedeceremos; en estos momentos no tengo miedo á nuestros enemigos.... tiemblo ante la historia!

—Guardaron silencio los jefes todos del consejo, hasta que el licenciado Aldama tomó la palabra.

—Señores, el pensamiento del señor Hidalgo es el mas conforme con el espíritu de la estrategia y de la revolucion, es necesario retirarnos, creo que mi conducta en los encuentros con el enemigo, me evita el dar una explicacion sobre lo que algunos atribuirian á temor.

—Yo, señores, replicó Hidalgo, viendo que no existe ya discordancia alguna en la aceptacion de mis propuestas, y tocándome como generalísimo del ejército organizar el movimiento,

encomiendo al señor Allende el mando en jefe de las tropas independientes, mientras yo marcho á Valladolid con mi estado mayor.

—Pero señor, exclamó Allende, decidmos....

—Continuareis vuestra marcha hasta Guanajuato, donde organizareis el ejército de la manera que os parezca mas conveniente, miéntras que yo sigo para Guadalajara á dar forma á la revolucion, cuyos partidarios aun no están de acuerdo; aumentaremos las fundiciones y maestranzas; con la actividad que ha caracterizado nuestra empresa, procuraremos disciplinar é instruir á los batallones; porque ocupando una grande extension de territorio, tenemos tiempo para todo; publicaré un manifiesto á la nacion y nos prepararemos para la lucha encarnizada que ha comenzado desde el asalto de Granaditas.

—Yo salvo mi responsabilidad, insistió Allende, y obedezco. Me hago cargo del movimiento de retirada.

—Sea, pues, respondió Hidalgo, queda á vuestras órdenes el ejército, y como habeis dicho, bajo la responsabilidad de todos vosotros, procurareis el mayor órden, y estad dispuestos á librar una batalla, por si Venegas se alienta y sale de la ciudad.

Allende saludó al cura y salió seguido de los cabos del ejército, á dictar sus órdenes para la marcha.

IV.

El 2 de Noviembre al amanecer, aquel ejército que llevaba en sus armas los laureles del Monte de las Cruces, levantaba su campo y regresaba por el camino que habia atravesado la víspera, creyendo que la capital de la colonia caeria al esfuerzo poderoso de sus armas.

Los caudillos se volvieron desde lo alto de la montaña y contemplaron por la última vez á la ciudad, dormida sobre el lecho

de flores de su encantado valle y salpicada por los grumos argentados de sus lagunas.

Entre aquellos hombres y la ciudad, se atravesaban *diez años* de sufrimientos y de sangre; veian desde léjos como Moises la tierra prometida.... el destino los alejaba para siempre de aquellos lugares y los conducia á lejanas regiones, donde la fatalidad cavaria mas tarde una tumba gloriosa, que la humanidad buscaria con avidez para rendir un homenaje á la heroicidad y al sacrificio.

CAPÍTULO II.

EL PADRE Y LA HIJA.

I.

Miéntras que la fortuna favorecia las armas independientes en el Monte de las Cruces, en Querétaro recibian un golpe terrible, debido á la traicion mas infame, que causó la muerte á multitud de soldados que seguian la bandera de la libertad empuñada por la robusta mano de Sanchez, muerto en una reyerta por mano de Villagran, uno de sus mejores amigos y compañeros.

Las tropas de Calleja seguian su marcha al centro del reino, mientras que las de Flon caminaban á su encuentro. Reuniéronse en el pueblo de Dolores, y la tropa acaudillada por los oficiales entró á saco á las casas de los independientes.

La del cura Hidalgo presentaba un carácter particular: nada habia de ropa ni dinero, porque el párroco era pobre; la chusma arrojaba por los balcones, sus *libros*, sus *manuscritos*, sus *crisoles*, sus *piezas de loza*, es decir, las producciones del arte y de la

ciencia; porque aquellos escritos no eran sermones, sino memorias preciosas sobre cultivos, observaciones sobre las plantas; porque Hidalgo era un gran botánico.

El espectáculo del saqueo, bárbaro de por sí, se hacia mas repugnante en aquel asilo, que habia servido de habitacion al genio en cuyo cerebro se elaboró la gran idea de la independencia.

—Viva el rey! Mueran los insurgentes! gritaba la soldadesca, siendo su bandera la evocacion al robo y desastre.

Por uno de los ángulos de la plaza apareció un peloton de gente arrastrando á un hombre y queriéndolo hacer pedazos.

—Misericordia!---- misericordia! gritaba el infeliz; y luego añadia como el marques de Caravaca: soy de los vuestros! soy de los vuestros!

—Señor capitan, dijo un hombre del pueblo, salve su merced al señor vicario.

—Y que demonios me importa?

—Vea su merced que es el padre Pontolongon.

—Ménos lo entiendo.

—Es español, y ha de ser un equívoco; vea vuesamerced que ya lo matan.

—Haced que traigan á ese majadero, dijo el capitan á sus soldados.

La fuerza armada lo arrancó de manos de los asesinos.

—Señor, dijo nuestro conocido el padre Pontolongon, yo soy el mismo, soy el que---- ya---- eso se comprende fácilmente.

—Venia con los indios!

—Muera!

—Muera!

—Señor capitan, pido la palabra, se me toma por un réprobo y soy el vicario---- se me quiere matar y tengo papeles que justifican mi inocencia---- yo soy aquel que no se ha separado ni un momento del cura Hidalgo, le cuido y el señor obispo de Michoacan me ha mandado tomar el traje de esos beduinos *para acecharle mas de cerca.*

—Ah bribon! murmuró por lo bajo el inválido Sariñana que habia salido á ver el tumulto.

—Yo juro y rejuro, continuaba el fraile, que soy mas realista que el mismo rey; figúrese el señor capitan, que yo avisé al señor Iturbide que no esperase en Valladolid á las chusmas, y debido á mí se escapó, lo mismo que el ilustrísimo y reverendísimo obispo Abad y Queipo, y demas personas del venerable clero, y justicias y dignidades de la ciudad.... Vea el señor capitan, estos hombres han estado á punto de arrancarme esta oreja, la oreja nada ménos que de la epístola, me iban á dejar mutilado y eso es un inconveniente por derecho canónico y las leyes civiles.

—Calle con mil demonios! gritó el capitan, que ya me duele la cabeza de oirle! Llévenle al cuartel.

—Yo le suplico por la vida de Lino, este mulato me acompaña desde hace algunos años y nos va á servir de mucho, es cierto que es un ladron de marca, pero en estas circunstancias las manos mas ligeras nos son útiles en extremo.

—Llévense el mulato! gritó el capitan.

Presentóse Lino con su cara de maton y sus trazas de bandido....

—Yo he visto esa cara, pensaba el capitan, este tunante tiene mas de bellaco que de mulato.

—Esa cara de insurgente, dijo una vieja; yo lo conozco, hace algunos meses me robó en el camino de san Miguel.

—No es verdad, señor capitan; debajo de ser tan feo, soy muy honrado aunque me pese el decirlo.

—Puesto que le pesa el decirlo, plántenle una paliza y échenle del pueblo.

A pocos momentos los haces de varas crujian sobre las espaldas del mulato con una furia terrible.

—[illegible] murmuraba el mulato, juro que no he de dejar [illegible] que caiga en mis manos; sigan, que como me pueda componerse!

El bandido finjió desmayarse y se derrumbó sobre la sangre que salia á borbotones por las heridas causadas por la vara.

—Dejénlo, y échenlo del cuartel, dijo el capitan.

Luego que el mulato se vió abandonado, se escurrió como una culebra por las calles y se escapó entre la oscuridad de la noche que comenzaba á caer sobre el pueblo.

El saqueo cesó voluntariamente, es decir, cuando ya no habia casa en que ejercerlo.

Tocóse órden en el cuartel general, y ocurrieron los jefes á recibirla.

"El capitan don Félix de Quintanar saldrá inmediatamente á situarse sobre el camino por donde el ejército tiene que pasar en su marcha hasta rendir la jornada de mañana."

—Al momento, dijo don Félix, y poniéndose á la cabeza de sus soldados, salió á todo escape del pueblo de Dolores.

II.

Cuando el pueblo se entregaba en compañía de la tropa al desórden, entraba por la garita del Sur un carruaje conduciendo á una señora, seguida de lacayos y de una escolta.

—Donde paramos, señora? preguntó el postillon.

—Buscad una casa cualquiera á orillas del pueblo, mientras pasa ese tumulto.

El coche se encaminó á los suburbios y se detuvo accidentalmente en la casa del inválido Sariñana.

El postillon llamó á la puerta.

—¿Qué se ofrece? preguntó la voz cascada de una vieja.

—Abrid.

—Quién sois?

—Pasajeros que buscan refugio.

—No está en casa el dueño.

—Abrid con mil demonios, que es una señora distinguida la que pide hospedaje.

—Esa es otra cosa, al momento.

La puerta se abrió, dejando ver á una viejecilla ama de gobierno del inválido Sariñana.

Rosalía se apeó del coche y entró en aquella habitacion.

—Señorita, vendreis muy cansada.

—Sí, demasiado, y os suplico me disimuleis, buena anciana.

—Aunque el señor de Sariñana está ausente, no llevará á mal que os aloje: es un hombre muy franco, en extremo dadivoso, y será una gran fortuna el que hayais señalado su casa para habitarla.

—Yo le rogaré como á vos, que me dé abrigo. Vosotros, continó dirigiéndose á los criados, alojaos en el meson y venid temprano.

—Os quedais sola, señora?

—Aquí nada tengo que temer.

—Absolutamente nada, señorita, se apresuró á decir la vieja.

Los mozos se marcharon, no sin echar una mirada á todo el aposento por si encontraban algo sospechoso.

—Cómo se llama el dueño de la casa?

—Sariñana. Es un antiguo soldado español, le tiraron un pié en una de las guerras de su país; pobrecillo! se acuerda tanto de su familia---- si viera su merced, que todas las noches se pone á rezar por su hija. El me ha confesado que nunca ha sido buen cristiano, hasta que las desgracias le hicieron pensar en Dios---- es lo único que tienen los desgraciados!----

—Su familia está en España?

—Nunca ha querido responder á esa pregunta; yo por lo ménos, no me atreveria á hacérsela, porque cuando se le habla de esos asuntos, empuña la muleta, la hace crujir en el aire como una vara verde, y echa blasfemias como si hubiese sido marinero. [illegible]mos, que es original, parece que le pica una víbora á ese re[illegible]lo.

—Tiene razon, dijo Rosalía llorando; ¿vos no teneis hijos?

—Tengo una hija con un par de bribones que me acaban de dar una pesadumbre.... figúrese la señorita, que el dia del tumulto grande del cura Hidalgo, esos miserables ensillaron sus animales y se marcharon con el cura, sin que hayamos vuelto á saber de ellos.... estoy que muero, yo quiero á esos muchachos mas que á mi hija.... y.... al fin son mis nietos.

—Pobre anciana!

—El señor mi amo, ha tenido en estos dias horas de buen humor, porque el señor cura le envió á un chicuelo hijo de un soldado del rey.

Rosalía palideció; la historia comenzaba á interesarle demasiado.

El niño es lindísimo y lo quiere el señor Sariñana mas que si fuese su hijo: se lo sienta en las rodillas, le habla, lo acaricia y lo duerme en sus brazos.... y lo que es el chiquillo se muere por el viejo, toma el cepillo y lo pasa por la chaqueta y pantalon del amo, y luego lo peina, y le tira de los bigotes: vamos, que la criatura sabe grangear.

—Y podreis enseñarme ese niño? dijo con tal ansiedad la jóven, que la vieja comenzó á sospechar que trataban de robarse al niño; pero procuró disimular y continuó su relato:

—Me perdonará la señora que no le dé esa satisfaccion, porque el señor se lleva la llave de su recámara, y como apenas se dilata en la calle, la criatura está encerrada muy poco tiempo. Hace un rato vino un señor capitan y pretendia verlo como vos, y me fué imposible satisfacerle; entónces lleno de ira me dijo: decidle al señor de Sariñana, que aquí estuvo el capitan don Félix.

Rosalía lanzó un grito terrible....

—El!.... él!.... él! decia con voz convulsa, repetidme por favor lo que habeis dicho.

—Qué os pasa, señorita?

—Nada, pero decidme por compasion, ese niño es el hijo del capitan?

—Precisamente.

—Hijo! hijo mio! gritó Rosalía, y ántes que la vieja pudiera impedirlo, se lanzó sobre la puerta vidriera, que cedió á su empuje, se llegó á la cama del niño, levantó el pabellon, contempló un instante el rostro angelical de la criatura, quiso acercarse; pero aquella impresion era superior á todo esfuerzo, y cayó privada junto al lecho de su hijo.

III.

—Dios mio!---- Dios mio!---- decia la viejecita, esta jóven está muerta---- ¿pero que pasa aquí?---- todos se exaltan, todos lloran, todos se enfurecen, y yo soy la piedra de toque---- Ese hombre, ese soldado estuvo á punto de ensartarme---- vamos, que yo no tengo sales para hacer volver en sí á esta señorita---- podia haberse desmayado en su casa ó por lo ménos en su coche---- ¿qué haré?---- vendrá ese cojo infernal y buena se me va á armar---- yo me tengo la culpa por alojar jentes extrañas---- ni un curandero hay por aquí, todos se han ocultado; maldito tumulto!---- está sudando, cubrámosla aunque sea con la colcha, estoy segura de que le va á pasar algo.

En ese momento el inválido daba tres golpes con su muleta en las hojas de la puerta.

—Lo dije, él es!

—Abrid con doscientos rayos! gritaba Sariñana.

La vieja abrió temblando como una azogada.

—Por qué habeis tardado tanto?

—Qué pasa en las calles, señor amo?

—[illegible] y mucho; pero todo eso no os importa.

—Ese fraile Pontolongon se ha denunciado públicamente, ya las pagará todas juntas.

—Quién?

—El demonio! ¿y el niño sigue durmiendo?

—Sí, está muy sosegado.

—Y no ha habido novedad alguna?

—No, nada.... absolutamente nada, ¿quereis vuestro té?

—Al momento.

La viejecita se entró en la cocina, encomendándose á todos los santos y rezando la *Magnificat* porque el inválido no entrase al aposento donde Rosalía estaba desmayada.

Sentóse Sariñana á su mesa de campaña, y comenzó á hablar solo como de costumbre.

—Esta gente es bárbara, entregarse así al saqueo.... Uf! yo tambien cuando abordaba algun buque ¡rayos y truenos! entónces sí que era buena la que se armaba.... no hay espectáculo mas horroroso que el de un combate naval!.... me parece que estoy á bordo del "Pirata" con sus cañones mas limpios que los ojos de una muchacha y mas velero que una golondrina!.... y pensar que yo soy el hombre de ayer.... el recuerdo de esa niña acabará por volverme loco.... á esta hora, á esta hora hablaba con ella, y la sentaba á mis rodillas.... pobre hija mia!.... Con mil demonios! el té!.... traed el té! necesito el té!

—Ya voy, señor amo, decia desde la cocina la pobre vieja.

A las voces del inválido Rosalía despertó de su sopor, levantóse del suelo, se cercioró de que no soñaba, tornó á acercarse al lecho de su hijo, tomó en sus brazos á la criatura que dormia profundamente, y queriendo huir abrió la puerta y se encontró frente á frente del inválido Sariñana.

Atravesóse un rayo en la mirada de aquellos dos seres, el inválido se alzó con un movimiento nervioso sin necesitar del apoyo de la muleta, y de su alma se escaparon estas palabras:

—Hija!.... hija mia!

—Y te encuentro! dij
rostrado todo---- todo,
mostró su pierna mutilad
—Horror! ---- horror!
—¡Y tú, perdida!
Alzóse Rosalía en un a
—Sí, dijo, ese niño es m
soy casad, padre!
—Su hijo!---- mi hijo!
trechó á su corazon al niñ
—Ven tu tambien aquí,
ven á mi corazon enjuto p
última lágrima!
La hija de Treviño se es
y lo humedeció con su llan
emociones.

---

sufrimiento: á pesar de haber sido robado por una gitana, aun conservo gruesas sumas de dinero con que poder asegurar tu porvenir y el de ese niño, que yo amaba atraido por la fuerza irresistible de la sangre. Busquemos á don Félix, su regimiento ha partido esta noche y no debe estar léjos de aquí; obtendrá su licencia y marcharemos á Europa: yo no tengo familia, mi hermano ha desaparecido huyendo á la ponzoña de sus remordimientos.... todo ha concluido para mí!.... solo me quedas tú y ese pobrecito niño, cuyo amor será el bálsamo de mis postreros dias.

—Padre! exclamó Rosalía, acariciando la frente del pirata, este es el dia mas feliz de mi vida.

—Ojalá que esa dicha se prolongue, hija mia!

Tres toquidos sonaron á la puerta.

—Quién? preguntó el invalido.

—Yo, señor de Sariñana, respondió la voz conocida del padre Pontolongon.

—Hola! señor vicario, dijo Treviño abriendo la puerta, ¿qué se ofrece?

—Vengo á saludar á los amigos, acabo de pasar una aventura de todos los diablos.

—Contadla, señor vicario.

—Pero yo sueño, dijo el padre Pontolongon.... no es la señorita Treviño la que tengo delante?

—La misma, señor vicario.

—Pero esto no puede ser, ella está perseguida hace muchos años por su fuga del convento: ademas, los reverendos padres misioneros avisaron que estaba en reclusion en las Claras de Querétaro.... Dios mio! una segunda fuga!

—Callad, señor vicario.

—Estoy arrepentido de haber pisado los umbrales de esta casa, mi conciencia se compromete de una manera flagrante.... no sé si debo callar.

—Yo os mando que calleis.

—Señor de Sariñana, vos no conoceis á esa mujer.

—Esa mujer es mi hija! gritó el pirata, arrancando la barba postiza que le cubria el rostro.

—El señor de Treviño! exclamó el clérigo agarrándose la cabeza.

—Sí, yo soy, he huido de las cárceles del Santo Oficio el dia en que á ambos nos dieron tormento; sé que achacaron á brujería mi desaparicion y que me quemarian vivo si cayese en poder de los golillas....

—Qué horror! qué horror!

—Vos sois el dueño único de este secreto, estoy dispuesto á morir ántes que separarme de mi hija.

—Pero reflexionad que....

—Padre Pontolongon, vos teneis que partir esta misma noche á reuniros á los insurgentes, porque sois el espía del cura Hidalgo; si os atreveis á denunciarme, yo os denuncio á mi vez y os descuartizan en el campo enemigo.

—Ave María!

—No, no, decia el pirata bufando de ira; porque conocia el jesuitismo de aquel miserable, yo sé que al salir de aquí ireis á delatarme y juro á Dios que ántes os arrancaré la lengua!

Treviño se arrojó sobre el padre Pontolongon y le tomó por la garganta.

—Dejadlo, padre, gritaba Rosalía arrancando al clérigo de manos del pirata.

—Señorita, protejedme, vuestro padre me quiere asesinar.

—Siempre el destino! murmuró la jóven y comenzó á llorar amargamente.

—Yo os juro guardar silencio, no mover los labios ni hacer una seña de ojos.... vamos, que seré mudo, completamente sin lengua, como si jamas hubiera sabido lo que era decir esta boca es mia; pero dejadme, permitidme, yo os lo suplico, que me retire; porque tengo mucho que hacer en las horas que me faltan para salir.

—Está bien, dijo el inválido, pues á mi vez necesito de vuestro auxilio y contad con mi generosidad.

—Ya os escucho, señor de Treviño.

—El esposo de mi hija está en uno de los regimientos del ejército de Calleja; vamos á partir inmediatamente, vos me ayudareis á encontrarle.

—De todo corazon, señorita; ¿conque os habeis casado (que horror!) y es realista vuestro esposo? mejor que mejor.....y le vamos á buscar? pues que ni de molde, ¿y teneis carruage?

—Sí, tengo dos á vuestra disposicion.

—Voy á arreglarme y nos marchamos.

—Tomad ese oro por lo que pueda ofrecerse.

—Muchísimas gracias.

—Este judio siempre derramando oro, murmuró el clérigo, y cristianizó en su bolsa el dinero de Treviño, y luego añadió:

—Y son dos veces en el dia que escapo las orejas!

CAPITULO III.

LA BATALLA DE ACULCO.

I.

El general Allende organizó su retirada levantando el campo la mañana del 2 de Noviembre, con tan buen éxito y en tan ordenada formacion, que Venegas no se atrevió á salir á librarle una batalla.

El ejército siguió en marchas inversas por el mismo camino.

Calleja sin saberlo, venia á su encuentro por Querétaro, donde habia pernoctado el 1.° siguiendo por la Estancia, San Juan del Rio, San Antonio, Arroyozarco y Aculco, donde llegó al caer la tarde del dia 6.

Calleja acampaba á dos leguas del ejército independiente, ignorando que el ruido de sus trenes era escuchado por el enemigo.

Allende venia contrariado por la retirada del Monte de las Cruces y estaba ansioso de pelear, así es que al avisarle sus avanzadas que Calleja estaba á la vista se dispuso á esperarlo y librar un combate.

El pueblo que ocupaban los insurgentes estaba próximo á san Gerónimo Aculco, donde tuvo lugar la batalla.

Allende situó á su ejército en una loma, poniendo bajo sus fuegos al pueblo y la campiña donde comenzaba á tomar formacion el ejército de Calleja.

El terreno no podia ser mas favorable, los costados Oriente y Norte de la campiña, están rodeados por un arroyo y una barranca, que aunque no es profunda es de difícil acceso.

El costado menor termina en una extension de cuatrocientas varas, en el pié de un cerro aislado, primer eslabon de una cordillera gigante; el otro costado, es el declive de la sierra que á una corta distancia comienza á ser inaccesible.

Decididamente la posicion era ventajosa para Allende y estuvo en su derecho al esperar á su enemigo.

En los bordes de la loma colocó su artillería, extendiendo su batalla hasta las orillas de San Gerónimo, que fué replegándose á su campo al tomar posiciones las fuerzas enemigas.

A la retaguardia puso Allende á todo lo sobrante de su ejército que excedería de treinta mil hombres, porque el desbandamiento habia comenzado, como era natural, con la retirada de México.

Dice el historiador Alaman, que "Calleja dispuso su ataque en tres columnas formadas por los dos batallones de granaderos de la Columna y el regimiento de la Corona con dos piezas de artillería cada una: los dos costados los formaban dos fuertes secciones de caballería, con dos cañones ligeros la de la derecha, dejando una reserva y un cuerpo de infantería lijera."

Comenzó la batalla.

Las columnas realistas avanzaron, y fueron recibidas á metralla por la artillería de los insurgentes; entónces vacilaron en el ataque y comenzaron á perder su formacion, cuando Calleja las hizo desplegar en batalla para evitar el estrago que causaba en ellas la artillería.

Este movimiento, ejecutado con la prontitud que demandaba el peligro, impuso algo á la gente bisoña; no obstante, el fuego continuaba, y las posiciones no cederian al empuje de aquellos soldados que llegarian á la loma diezmados por el fuego.

El éxito de las batallas depende de una circunstancia cualquiera. Allende continuaba sereno, acribillando á su enemigo que no se atrevia á adelantar un paso, permaneciendo en su cadena de batalla cuyos eslabones caian en pedazos al golpe de la metralla.

Calleja no cesaba de jugar su artillería en toda la extension de su línea, sin conseguir algo que pudiera indicar un segundo movimiento cabe de avance ó de retroceso.

Los indios presenciaban la accion llenos de inquietud, tenian presente la mortandad de las Cruces y esto los tenia un tanto desmoralizados.

Largo tiempo permaneció estacionario el campo, Allende no queria emprender movimiento alguno, porque desconfiaba no del valor de su gente, sino de su pericia militar.

Calleja hizo avanzar su caballería amenazando la retaguardia enemiga.

La multitud, que no esperaba ese cambio, se encontró desprevenida, y comenzó á huir y á desbandarse en todas direcciones, quedando en pié la tropa que defendia las posiciones desde el principio de la batalla.

Abasolo y Aldama se acercaron á Allende.

—Veis lo que pasa, señor general?

—Sí, dijo Allende con perfecta serenidad, es necesario salvar á esos hombres; yo me quedo deteniendo al enemigo, adelantaos con la jente, reunidla á la mas corta distancia que podais, y seguid vuestro derrotero.

—Yo, señor general, gritó Aldama, yo me quedo á morir [illegible]tras el ejército se salva.

[illegible]ue marcheis os digo!

—Permitidme....

—Yo os lo mando!

Abasolo y Aldama reunieron á los demas jefes, y con la tropa organizada comenzaron á contener el desórden, miéntras Allende rechazaba á los dragones con su artillería.

Calleja aprovechó el momento, los clarines tocaron al asalto y la línea de batalla replegándose en columna y precedida por los tiradores, ascendió por la pendiente hasta llegar á la loma, donde unos cuantos soldados defendian heróicamente el último parapeto, miéntras sus hermanos se salvaban de la derrota.

Entónces comenzó lo de costumbre en aquella época, el asesinato de los vencidos: ciento y tantos insurgentes fueron acuchillados por los realistas.

Allende sin violentar el paso de su caballo se alejó del campo batiéndose en retirada, hasta ponerse fuera de la persecucion del enemigo, que no queriendo malograr su victoria, se replegó á sus posiciones, llevando en triunfo la artillería que Hidalgo arrancó tan valientemente á Trujillo en el Monte de las Cruces.

Al último acto de las trajedias está reservado el espectáculo de una catástrofe.

Despues de la batalla, la caballería presentó unos cuantos prisioneros, entre ellos veintitres soldados provinciales.

Todos venian maltratados horriblemente por los vencedores.

Formaron en la plaza á los desgraciados y Calleja los mandó *quintar*.

Comenzóse á contar por la derecha, y el infeliz que era señalado por la fatalidad era fusilado instantáneamente delante de sus compañeros; el resto marchó al presidio á consumir la existencia que se le regalaba por el vencedor.

Calleja declaró que la revolucion habia concluido, y renovando la disposicion de Venegas puso á precio las cabezas de Hidalgo, Allende, Abasolo y los hermanos Aldama.

[illegible] y alejándose al campo de bat[illegible]
[illegible] entre los muertos deteniéndose largo t[illegible]
[illegible] de los cadáveres.

—No, no es esta, decía, y continuaba en su [illegible]
[illegible]

Cuando hubo reconocido aquel terreno ensan[illegible]
[illegible] al pueblo y llamando á la puerta de [illegible]
[illegible] y disfrazando completamente [illegible]

—Se puede dar posada á una pobre vieja?

—Adelante! gritó la conocida voz de Treviño

—Señor y señorita, dijo la estantigua, soy m[illegible]
[illegible] del ejército de Calleja, y vengo en busca de[illegible]
[illegible] la noche y no encuentro hospedaje[illegible]

—Entre la buena vieja, y cene con nosotros.

—La señorita está llorosa, ¿le ha pasado algu[illegible]

Rosalía no respondió.

—Comprendo, continuó la vieja, que la señor[illegible]
[illegible] y tiene la misma afliccion que yo.

—Es verdad, murmuró el inválido, el marido

—Conoceis al capitan don Félix de Quintanar?

—Vaya que si le conozco, mas que á mis manos, ¡guapo mozo! conozco tambien á su hijo ¡linda criatura! ha estado en el pueblo de Dolores algun tiempo, es decir, hasta la noche de la revolucion.

—Luego vos tambien me conoceis.

—Precisamente, fuimos vecinos; os veia salir todas las mañanas con el chiquillo á tomar paseo bajo los árboles de la plaza: por cierto que el chico es un travieso de cuenta, muchas veces tiró de la cola á mi perro; jé! jé! jé!

—Decid, señora, si entre los cadáveres se encuentra el de don Félix.

—No, por mi vida lo juro, y ved que soy escasa en esa materia; yo sé que el capitan ha seguido para Querétaro de donde saldrá para Guanajuato á seguir la campaña.

—Cómo sabeis eso, señora, dijo Treviño, si en el mismo cuartel general se ignora?

—Ese Calleja, ese tigre que acaba de derramar tanta sangre, desconfia del mundo entero: basta que se le pregunte algo, para que no responda, recela espionaje de todos los que le rodean, y se empeñará en ocultaros lo que mas deseeis saber.

—Puede ser muy bien, hija mia, dijo el inválido.

—Ademas, continuó la vieja, que la caballeria poco se ha batido entretenida en el alcance de los fugitivos....

—Bien, bien, le interrumpió el portugues, ya veremos mañana; cenemos, Rosalía, y no hay que aflijirse, las desgracias se saben en el acto, ya algunos de sus soldados lo hubiera dicho, ademas, que hay cosas que no pueden ocultarse.

Pusiéronse los tres á la mesa y comenzaron á cenar. Rosalía apenas probaba los bocados por no disgustar á su padre.

—Y sois feliz, señor de Sariñana? preguntó la vieja.

—Me lo decís con un tono tan singular! observó el inválido.

—Qué hay en ello de extraño? os pregunto simplemente si sois feliz.

—Sí lo soy, señora, he llevado una vida de desgracias; pero el cielo me concede en mis últimos dias, la paz que durante tantos años le he pedido.

—Sea en buena hora, ¿y no temeis que se interrumpa?

—No, no lo creo.

—Y los recuerdos todos de vuestra juventud se han extinguido bajo el hielo de vuestras canas?

—Yo no tengo mas recuerdo que el de mi esposa, la madre de esta niña.

Rosalía estaba con la frente apoyada sobre la mesa, sin prestar atencion á lo que se decia.

—Me contaron que vuestro hermano....

—Quién os ha dicho que yo tengo hermanos?.... ya todos murieron.

—Os engañais, queda uno.

—Pareceisme bruja.

—Tal vez!

Rosalía alzó la cabeza y fijó sus brillantes ojos en el semblante de la vieja.

—Yo puedo, continuó, ser vuestra amiga, vuestra buena amiga.

—Yo no necesito de la amistad de nadie.

—No digais eso por Dios, que estamos sobre un terreno asaz resbaladizo.

Treviño no respondió.

—Debo comenzar por haceros notar que sois muy imprudente.

El inválido dió un muletazo contra el suelo.

—Disfrazais vuestro rostro, os mudais el nombre y no ocultais á vuestra hija.

—Quién sois? preguntó airado el portugues.

—No griteis, caballero, que pudiérais comprometeros sériamente; sois hermano del inquisidor Clavijero, y bajo el nombre de Manuel Treviño habeis vivido en Valladolid; ese que lo

perdísteis en el *borceguí* del tormento, os escapásteis del Santo Oficio, el cura Hidalgo á quien revelásteis vuestros secretos en el confesonario, os proteje, pasais en el pueblo de Dolores por un inválido, y sois el portugues á quien persigue la Inquisicion y está próxima á quemar en estatua mientras os echa el guante.

—¿Quién es esta mujer? gritó airado Treviño.

—Oyeme, Núñez de Clavijero, yo he sido para tí la fatalidad.... sí, te he perseguido con rabia indomable al traves del oceano y de los dias, hasta verte en el lecho de la desesperacion y del sufrimiento.... entónces.... ¡noche lúgubre y tenebrosa!....mis dolores se apagaron como por encanto y la sed de venganza quedó satisfecha.... ay!.... del mundo de la fiebre que consumió mi juventud y mi belleza, me trasporté al abismo oscuro del remordimiento, y el cielo en su piedad me ha concedido el favor del llanto para borrar esa historia de rencores, para consumir la última llama de la hoguera levantada en el fondo de mi alma, como la tea de la fatalidad.... Sí, yo he comenzado á ser buena, y en descuento de mis culpas, Dios me envia á favorecer á los que he perdido.... Núñez de Clavijero, tú eras pirata y has derramado la sangre de los hombres, y la justicia del cielo derrama la tuya por mano de tu hermano....

—Silencio! gritó Treviño, mi hija está delante.

Rosalía estaba fuera de sí, le parecia que soñaba.

Treviño se creia presa de la locura.

—¡Conque tú me has lanzado el tormento, y vienes ahora con llanto tardío á restañar las heridas abiertas en mi corazon!.... yo no te conozco, no sé quien eres, ni quien te impulsa hácia mí!.... recelo de esa mujer!....

—Estas loco! gritó la vieja.

—Yo romperé el velo que tengo delante de mis ojos!

Y quiso precipitarse sobre la hechicera.

—Atras! miserable demente, dijo la anciana, y repelió con

un movimiento nervioso al inválido, que intentaba despojarla del manto.

En aquellos momentos se oyó una voz fuera de la casa que dijo:

—Abrid la puerta en nombre del Santo Oficio!

—La Inquisicion! dijo asustado el señor de Treviño.

—La Inquisicion! repitió sombríamente Rosalía.

III.

Adelantóse la vieja y abrió resueltamente la puerta.

Presentóse el padre Pontolongon seguido de alguaciles, soldados y el justicia de la ciudad.

—Me habeis vendido! dijo Treviño al clérigo.

—Mi conciencia está ántes que todo, señor de Treviño; vos sois prófugo del Santo Oficio, y esa jóven cuyo solo aspecto me llena de terror, es doblemente criminal, pues ha colgado por dos veces los hábitos para ceñirse las galas del mundo.

—Sois un miserable.

—Señor, dijo el justicia, teneis aquí al padre Pontolongon que os denuncia, ya lo habeis oido.

—Es cierto cuanto ha dicho; pero yo he sufrido ya el tormento y creo----

—No es de mi incumbencia juzgar ese negocio tan delicado.

—Ved, caballero, que me lanzais á una situacion amarga.

—Siento demasiado tener que aprehenderos, lo mismo que á esta señora.

Rosalía dió un espantoso grito.

—Disimulad una palabra, señor justicia, dijo la vieja.

—Que me quiere esa mujer.

—Oidme.

La autoridad y la vieja se pusieron á hablar en un rincon de

—Ved, caballero, decia la bruja; esta es la órden del señor corregidor de Querétaro para la salida de esta jóven del convento de las Claras.

—Veo una órden de depósito, y este lugar no es seguramente el señalado para....

—Comprendo, caballero; pero la señora condesa del Milagro se encuentra en el lugar y le ha permitido á esta señora que venga á saludar á su padre.

—Tendremos que averiguarlo, necesito ver á la señora condesa, intertanto me apodero de la delincuente.

—De todos los delincuentes querreis decir, señor justicia; porque en esta casa todos son herejes.

—Callad, gritó Treviño, ú os abro la cabeza!

—Ya lo veis, caballero, ya veis, quiere profanar esta cabeza coronada atento mi carácter, desea mi muerte, pretende asesinarme.

—Silencio todos, dijo la autoridad.

—Es que hay un negocio sumamente grave, todas estas gentes saben que soy espía de ese cura Hidalgo, y conviene que no vuelvan á ver la luz, al ménos mientras yo desempeño mi comision; figuraos, que esos diablos de insurgentes me degollarian vivo.

—Ojalá! dijo el inválido.

—No soy de vuestra misma opinion, lo que es en ese punto no estamos de acuerdo.

—Podeis marcharos, y estad seguro de que administraré recta y cumplida justicia.

—Bien, bajo esa garantía me marcho y os suplico de nuevo que los asegureis; porque cuando uno arriesga el pescuezo....

—Comprendo.

—Adios, y no hay que olvidar que....

—Sí, está bien, marchaos.

—Y no dejeis de avisar que yo he sido el denunciante de los portugueses, no vaya otra persona á aprovecharse de mis servi-

cios; yo, el presbítero Cipriano Pontolongon he sido el único denunciante.

El justicia guardó silencio, esperando á que se marchase el clérigo.

—Veo que nada tengo que añadir, si no es pidiendo una escusa; porque cuando uno arriesga el pescuezo---- ya me comprendeis---- adios.

—Nos veremos, caballeros, dijo el clérigo y se marchó violentamente.

—Ese hombre es un miserable, caballero.

—Doña Rosalía Treviño, daos á prision, dijo la autoridad con voz solemne.

—Señor, la condesa del Milagro es la depositaria de mi persona, dirigios á ella, que es la única responsable

—Don Manuel de Treviño, daos á prision en nombre del rey.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Insisto, dijo la vieja, en que veais ántes á la condesa.

—Para eso seria necesario que estuviese aquí presente.

—Lo está, dijo la bruja, y echándose atras el manto, se presentó al justicia que ya la conocia.

—La condesa del Milagro! dijo el alcalde.

—Zaida!---- Zaida! murmuró Treviño cubriéndose el rostro con las manos.

—Por esta órden, dijo la condesa, mi casa no puede ser allanada; en consecuencia, podeis, señor justicia, permanecer en ella solo como un buen amigo.

—Es cierto, señora.

—Acompañadme, que tengo algun asunto de importancia que comunicaros.

El alcalde dió el brazo á la condesa, y saludando á Treviño y á su hija salieron seguidos de los soldados, corchetes y alguaciles.

CAPITULO IV.

PRINCIPIO DE UNA VENGANZA.

I.

El inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero, agobiado por los tormentos que pesaban sobre su conciencia, habia querido neutralizar las inquietudes de su espíritu lanzándose en el mar agitado de la revolucion.

La gitana le habia pronosticado que moriria á manos del torero Marroquin, y el inquisidor soñaba con la imágen de aquel hombre destinado á ser su verdugo en el porvenir.

Ya hemos dicho que el inquisidor se refugió en el convento del Cármen de Celaya despues de la escena terrible de la Inquisicion, y que allí habia pasado catorce años mortales de austeridad y de penitencia.

La noche en que la bruja lo fué á sacar de su letargo religioso, se improvisó en soldado, y ya lo hemos visto batirse como un desesperado en la toma de Granaditas.

Aquella noche funesta se salvó merced á la casualidad, si-

guiendo los pasos del cura Septiem, que haciendo del Crucifijo de bronce un instrumento de defensa, pudo atravesar entre la multitud y ponerse en salvo.

Clavijero llegó rendido de cansancio á una de las casas que están en los suburbios de Guanajuato.

—Abrid por compasion! gritaba el fraile ya próximo á caer de fatiga.

Un anciano abrió la puerta.

El fraile se entró como seguido por álguien y él mismo cerró la puerta con estrépito.

—Reverendo padre, dijo el anciano, ¿qué os pasa?

—Oh! respondió Clavijero, estoy al perder el juicio, he visto la matanza mas espantosa.... la escena mas sangrienta que pudiera imaginar!....

—En que puedo serviros?

—Dadme hospitalidad, esos monstruos quieren asesinarme!

—Aquí estais seguro, afortunadamente he brindado mi casa á algunos de los soldados del señor cura Hidalgo, y me han prometido guardarla á toda costa.

—Eso es imposible, esos bandidos me van á matar.

—No lo creais, reverendo padre.

—Abrid, abrid, yo voy á buscar refugio á otra parte, aquí estamos vendidos.

—Sosegaos, reverendo padre, os repito que nada hay que temer.

—Ah! fio en vos, dadme algo que beber, mis entrañas se abrasan.... me siento morir!

El viejo le acercó un jarro de vino, que el fraile apuró ansioso.

—Decís que habeis hospedado á algunos insurgentes?

—Sí, reverendo padre.

—Y los conoceis?

—Son antiguos amigos, ya os diré mas tarde quienes son.

—Bien, yo deseo dormir; pero en un rincon de la casa, donde nadie sospeche mi existencia.

—En mi aposento, es lugar seguro.

—Conducidme á él por favor.... dudo que pueda conciliar el sueño, los fantasmas sangrientos que he visto no me dejarán cerrar los ojos.

—Procurad recojeros, ya la noche está muy avanzada.

—Sea, y fio en vos.

El fraile Clavijero se entró en el aposento del viejo, rezó sus oraciones, y su cuerpo cediendo á la fatiga apagó las imágenes del cerebro y durmió profundamente.

II.

Dejamos al torero Marroquin completamente ebrio en la famosa apuesta con el padre Pontolongon, miéntras el clérigo se enteraba de los movimientos del ejército que iba á marchar sobre Valladolid en su camino al Monte de las Cruces.

Marroquin se despertó ya muy entrada la noche, y dejando á sus compañeros entregados al sueño, cayendo y levantando se dirigió á su alojamiento.

Llamó á la puerta repetidas veces, y notando que no hacian el menor caso de los golpes dados con tanta furia, se decidió á romper la madera á pedradas.

—Hola! señor Marroquin, no metais ese escándalo, ya podeis pasar.

—Parece que os habíais dormido.

—Sí, y eso consiste en que ya no os esperaba.

—Teneis razon, un amigo me ha hecho beber como un desesperado, pero ya estoy medio bueno y no quise faltar de primera noche.

—Ya sabeis que esta casa es vuestra.

—[illegible], y dejadme, que quiero seguir durmiendo.

—Si algo se os ofrece, estoy en el segundo patio de la casa; porque he cedido mi habitacion y mi cama á uno de los vuestros.

—No importa, si hay novedad os avisaré aunque os escondais en el quinto infierno.

—Buenas noches.

—Descansa bien, amigo mio.

La embriaguez cuando no ha llegado al embrutecimiento, aviva la idea dominante en el individuo. Marroquin no tenia otro pensamiento que el de la venganza, así es que al encontrarse embriado por el aguardiente, su imaginacion comenzó á presentarle los fantasmas que hacia tantos años vagaban en su cerebro en esa linterna mágica de sus odios y resentimientos.

El [illegible] puso los brazos sobre la mesa y recargó en ellos su frente [illegible].

A fuerza de pensar en su venganza su sangre comenzó á hervir en la fermentacion de sus ideas.

—Ya lo he visto, decia rechinando los dientes---- sus ojos espantados han reflejado un rayo de luz en mi corazon---- aquel [illegible]---- ya no le conocia, no, porque el tiempo debe haber [illegible] su semblante; pero el corazon me ha dicho que era [illegible] á quien he buscado sin cesar, como el objeto de mi odio---- ya le sentia junto á mí, ya me parecia ahogarle entre mis brazos hasta hacerle saltar el corazon---- qué [illegible] se [illegible] de mi pecho!---- me parecia que de sofocarle [illegible] la vida---- entre aquel tumulto espantoso y aquellas [illegible] y gritos de agonía, y entre la manga de fuego que [illegible] el recinto de la matanza, se destacó la sombra de aquel hombre---- mi voz dominó el ruido---- sí; porque él se [illegible] en una convulsion de pánico horrible!---- Dios [illegible] Dios mio! ¿por qué no le pones en mi mano?

[illegible] —[illegible] sacerdega llegó á oidos de Clavijero, que [illegible]

Levantóse descalzo para poder acechar, se acercó receloso como el tigre y asomó la cabeza para ver quien era aquel desesperado.

En aquel momento, Marroquin dirigia su mirada á las sombras del aposento, y como si Dios hubiera oido su súplica, vió dibujarse claramente entre las tinieblas el rostro demacrado del inquisidor.

Echóse atras el torero, creyendo que aquella aparicion era una sombra nada mas.

La mirada de Clavijero se cruzó con la de Marroquin, y como si se hubiera congelado quedó estacionada entre los dos.

Levantóse el torero, y el inquisidor impulsado por un instinto sobrehumano, fué avanzando hasta hallarse frente á frente de su enemigo.

—Eres tú! exclamo Marroquin, tú, á quien he pedido al destino tanto tiempo.

—Sí, yo soy, grito el fraile, ¡y que me quieres!

—Tú, Nuñez de Clavijero el inquisidor!

—Sí, yo, que he llevado á la hoguera á cien herejes, yo que combato por la fé y que he huido de vuestras manos!

Aquel hombre que trémulo y cobarde habia pedido auxilio en aquella casa, se trasformaba súbitamente en un ser valiente y atrevido.

—Miserable fraile! gritó el torero, tú crees que voy á luchar contigo porque tu bandera es distinta de la mia.... te engañas!..

—Sea lo que fuere estoy dispuesto á todo!

—Tú no debes recordar, porque tus víctimas son incontables, que hubo una que al espirar en el tormento evocó al genio de la venganza y comunicó su aliento á su hijo que presenciaba aquella escena de tigres.

El fraile echó para atras su cabeza, con las manos crispadas levantó el cabello de su cerquillo, abrió la boca y apenas pudo balbutir estas palabras:

—Tú.... tú!.... Marroquin!

—Sí, me has conocido al fin! dijo con una alegria salvaje el torero; sí, soy el hijo de tu víctima que sigue tus pasos dia á dia durante catorce años.... yo los olvido con todas mis angustias!.... las trueco por este momento de satisfaccion sangrienta; porque tú vas á morir como un miserable; porque yo he jurado beberte la sangre y.... la beberé para apagar la sed que ha calcinado mi pecho y mi corazon!

—Marroquin, perdóname!

—No, esa palabra no sonó en tu labio, ni mi padre la evocó; porque tú no hubieras tenido compasion de nosotros!

—Yo no le conocia!

—Y qué importa?.... él no estaba manchado por el crímen, tú obedeciste á una órden, verdugo de inocentes, y le mataste.... sí, le mataste sin compasion.... pero yo estaba ahí, yo te veía, te acechaba entre las tinieblas.... ya estamos frente á frente.... yo debia matarte sin lucha, sin combate, como tú lo hiciste aquella noche; pero se necesitaria que fuera tan infame como tú!.... yo no quiero el asesinato, ese no me satisfaria.... yo quiero oponer mi corazon á los golpes de tu puñal.... quiero librar mi vida.... perderla si es mi destino!

—Compasion, Marroquin!

—Te veo tan pequeño, gritaba el jóven, que me parece que voy á pulverizarte con mi aliento.... levanta, miserable, levanta y defiéndete porque vas á morir.

Clavijero vió lo imposible que era contener la ira desbordada de Marroquin, y se decidió á morir defendiéndose.

—Sea, de una vez para siempre; espera, dijo el fraile, y entró corriendo en su estancia, volviendo inmediatamente armado, donde el torero lo esperaba para combatir en un duelo á muerte.

III.

Marroquin dió vuelta á la llave, dejando la pieza incomunicada con el resto de la casa.

El fraile y el torero se encontraron frente á frente armados de puñales, y viéndose de hito en hito como dos leones de la Getulia.

Marroquin arrojó de sí el sombrero como en el estadío cuando combatia con las fieras.

El inquisidor habia recobrado por completo una serenidad siniestra y espantosa: sus facciones estaban mas pronunciadas, su frente pálida y sus ojos brillantes como la luz de las luciérnagas.

El torero presentaba el contraste perfecto: rojo como un apoplético, el cabello sobre el rostro, la mirada oscura, los labios convulsos y el pecho aspirando con dificultad.

Núñez de Clavijero tenia el valor inaudito de los cobardes en su hora de decision.

Aquella era una chispa, que de prolongarse, era la sentencia de muerte de Marroquin.

Una candileja con una llama oscilante, alumbraba con sus amortiguados destellos aquella escena terrible.

Los adversarios habian enmudecido: ni un insulto, ni una palabra, nada se oia sino la respiracion trabajosa de aquellos desgraciados.

Detuviéronse un momento frente á frente esperando á su vez ser atacados: ambos recelaban el ataque, querian aprovechar los lances de la defensa.

El torero creia segura la victoria, y en efecto todas las probabilidades estaban en su favor: él era el ofendido y el mas fuerte, es decir, la fuersa física y moral estaban de su parte, y no podia dudarse del éxito.

El inquisidor sabia que la lucha era decisiva, que estaba colocado en los extremos de *matar* ó *morir*.

Esta situacion tan tirante habia despertado en el alma miserable del inquisidor una reaccion desesperada, violenta y terrible.

Esos seres que han pasado su vida sin tocar una arma y horrorizándose de los combates y espantándose de la sangre, cuando se acuerdan que hay algo dentro de ellos que los eleva y los pone al nivel de los demas hombres, adquieren como por inspiracion un valor desconocido que tiene el temple de la muerte.

Núñez de Clavijero estaba en *su hora*.

El torero no pudo contenerse al aspecto de aquel hombre á quien aborrecia, y repentinamente y con el acecho intencionado del tigre se lanzó sobre el inquisidor esgrimiendo un puñal.

Clavijero se arrastró por el suelo con una agilidad sorprendente y esquivó el golpe de su adversario.

El torero bramó de coraje y buscó por segunda vez á su enemigo.

Entónces el fraile esperó de firme; pero Marroquin en su desviamiento del brazo clavó el puñal en la parte superior del brazo de su adversario.

La sangre comenzó á correr por el cuerpo de Clavijero.

El olor de aquella sangre, el dolor y la perspectiva de una muerte cercana, lo convirtieron en una fiera, blandió el puñal que brilló siniestramente al amortiguado fulgor de la lamparilla y con la punta buscó el corazon de Marroquin.

Tomó por el cuello al torero, que al sentir la asfixia momentánea perdió un tanto el movimiento, y sepultó el arma en el costado del jóven, que cayó en el suelo lanzando un ronquido sordo y estentóreo.

—Lo he matado! exclamó el fraile, he concluido con ese miserable.... mi brazo era fuerte.... yo no sabia que era capaz de tanto.... ahora ya estoy en el mar sonante de la revolucion.... me he perdido!.... me he perdido!....

El fraile se estremecia al posar su planta en aquel lago de sangre.

—He contrariado mi destino, continuaba, viendo al torero exánime sobre las losas; tú, tú has querido arrebatarme mi existencia, beber mi sangre.... y yo, yo soy el que he vertido la tuya.... me sacaste de las sombras del convento para arrastrarme al abismo que te habia de tragar.... ya estaba escrito!

Vendóse despues el brazo, cuya sangre se habia coagulado, calóse la mortaja, escondió su cabeza en la capucha, dió una última mirada al torero y se escurrió á lo largo de la calle, huyendo del tumulto cuyo clamoreo sonaba en el lado opuesto de la ciudad.

IV.

El dueño de la casa habia oido las voces del fraile y del torero, é impulsado por la curiosidad se puso á acechar por la cerradura en los momentos en que Clavijero salia de la casa.

Entróse y se detuvo á observar al torero, le puso la mano sobre el corazon y sintió que aun palpitaba; entónces despedazó una sábana y ciñó el cuerpo de Marroquin.

Estaba entretenido en esa operacion, cuando Saca-vueltas y sus amigos entraron al aposento.

—Qué pasa? dijo el torero, viendo á Marroquin bañado en sangre.

—Señores, acaba de ser herido este mozo por un desconocido.

—Eres tú, gritó Saca-vueltas hecho un furioso, tú, quien lo ha matado!

El anciano palideció.

—Tú eres realista, miserable!

—Juro á mil cruces, que yo no he sido.

—Vas á m rir!

—Muera!

—Muera! gritaron los insurgentes.

—Por compasion, señores, yo no he sido! un fraile á quien dí hospedaje tuvo una reyerta con el señor Marroquin, habia cerrado la puerta y yo no pude impedirlo.

—Mientes! gritó Saca-vueltas, y puso mano á su puñal.

Arrodillóse el pobre hombre, y suplicante y lloroso pedia misericordia.

Lino el mulato, que era un asesino de primera fuerza, se presentó en la escena precisamente cuando su presencia era la fatalidad.

—Qué pasa con ese viejo?

—Que acaba de matar á Marroquin.

—Vive todavía? preguntó el mulato con ira.

—Ya le voy á despachar, contestó Saca-vueltas.

—Yo soy primero, dijo Lino, y disparó una pistola dragona sobre la frente del anciano, que cayó muerto instantáneamente.

Marroquin abrió los ojos, y vió el espectáculo sangriento.

—Lino..... Lino!..... murmuró el torero, te has equivocado..... no fué él____.

—Demonio! ¿pues quién ha osado?____

—El inquisidor____ Clavijero.

—Veinte mil bombas! exclamó Saca-vueltas, y haber despachado á ese vejete!____ es necesario cubrir las apariencias, vamos, pero pronto, llevaos al herido y peguemos fuego á la casa.

Los insurgentes arrimaron la lamparilla al tule de las sillas y comenzó el incendio.

—Ahora, dijo el torero, corre de cuenta de las llamas acabar con todo; marchémonos y pongamos en salvo á Marroquin.

Los insurgentes cargaron al torero, que estaba mortalmente herido.

patrulla pasaba por la calle y detuvo á la camarilla.

—Dónde van?

—A llevar á este jefe, que lo han tratado de asesinar los realistas.

—Malditos sean!

—Ya nos hemos vengado, la casa del asesino está ardiendo.

—Muy bien hecho, márchense y curar á ese hombre.

Estos acontecimientos pasaban la noche del asalto de Granaditas, motivando que nuestros personajes no asistieran á la memorable batalla de las Cruces.

Nunca se halló n
retirada de Aculco.

La Nueva Galicia
de Oriente y del No
mares.

Los pueblos cerca
insurgentes, entre lo
tes y decididos hasta

La idea sacudiria sus llamas luminosas sobre los campos de los combates y en el cielo de las ciudades oprimidas.

Los hombres desaparecerian en las cataratas de la muerte, pero ELLA quedaria en pié como la sombra de Dios, proyectándose en la zona atravesada ayer por los corceles de la conquista.

Hidalgo se encontraba en Valladolid organizando un nuevo ejército: parecia el mito antiguo que arrojaba piedras que al caer se convertian en hombres.

La voz de Hidalgo, su presencia, su nombre, todo revelaba en él al inspirado.

Diez mil hombres estaban ya en tren de guerra cuando apenas habia pronunciado *el fiat exercitus*, con ese poder que el génio habia prestado á su palabra.

Hidalgo resolvió partir á Guadalajara, es decir, al centro de la revolucion, mientras Allende defendia las ciudades ya conquistadas.

El 14 de Noviembre, recibió en su cuartel general de Valladolid la nueva de que los insurgentes habian ocupado Guadalajara, cuya noticia solemnizó con toda pompa.

Dos batallas se habian librado ántes de la ocupacion de la ciudad, y en una de ellas los realistas habian dado un espectáculo que solo puede registrarse en aquella época de barbarie y fanatismo.

Recacho que mandaba la division de los españoles, hizo que un cura fuese llevando al *Sacramento*, prometiéndose como sucedió, que los insurgentes por respeto, no se atreviesen á atacarlo, pudiendo así llegar salvo á Guadalajara, que cayó en breve en poder de los independientes.

La revolucion estaba en su juventud, acometiendo las empresas mas difíciles y caballerescas.

El cura Mercado se avanza con una chusma pequeña y desordenada á ponerle sitio á San Blas; oigamos lo que dicen unos apuntes de aquella época:

"Un terreno que domina el único punto por donde puede ser

atacado por tierra; una porcion para aislarle con facilidad por la comunicacion de los esteros; un castillo respetable con doce cañones de á veinticuatro, que defiende el puerto y puede tambien arruinar la villa; cuatro baterías en ella, y en el mar una fragata, dos bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras; trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza y mas de trescientos europeos armados, ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres y montadas catorce de ellas, con sus correspondientes municiones, y ocho ó nueve oficiales de marina; este era el verdadero estado en que se hallaba la plaza de San Blas, cuando sin haber disparado un tiro, se rindió vergonzosamente á unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas, manejadas muchas de ellas por ancianos y niños, como todos vieron cuando entró el desordenado y no crecido ejército sitiador."

¡Y pensar que una revolucion tan gloriosa tendria que atravesar por una época de prueba y de martirio!

II.

El cuartel general de Hidalgo se encontraba lleno de jefes y de personas distinguidas de Valladolid, cuando llegó la noticia de la retirada de Aculco y sangrientas ejecuciones ordenadas por Calleja.

Cuando se hubo leido la comunicacion en voz alta, todos los oficiales se volvieron hácia Hidalgo, que estaba profundamente sombrío.

—Señor, dijo uno de los generales; que le direis á vuestros soldados cuando habeis atajado tantas veces su ímpetu contra sus verdugos?

Levantóse el anciano en aquella actitud épica que habia to-

› desde el primer momento de la revolucion, y dijo con voz
ıda:
Ya he sufrido demasiado!---- mi carácter sacerdotal ha
ın dique terrible para vosotros que militais en las bande-
e la independencia---- creia que un llamamiento á la ge-
ıidad y á la nobleza seria escuchado por nuestros enemi-
--- nada han olvidado de su crueldad tradicional, el si-
XIX los encuentra á la altura del siglo XVI!---- Yo que
ɔvado á los combates á esta raza desheredada y cuyos ren-
he apagado con la influencia de mi prestigio, no la deja-
pié del cadalso, para que en ella se cebe la ira de sus jura-
nemigos!---- no, mil veces no!---- he buscado la paz, he
› de las represalias, he templado el ardor revolucionario,
rtiendo mi estandarte en un iris que hoy se oscurece, pa-
ɔnvertirse en una nube de truenos y relámpagos!---- re-
der sería traicionar; no aceptar el reto, una cobardia!----
tol del Señor, ministro de sus iras y brazo de su enojo, cae-
bre los asesinos y los exterminaré como las víboras que
en ahogar en su cuna la revolucion!---- De hoy mas, una
ıra entre ellos y nosotros---- tumba por tumba, cadalso
adalso!---- truene la revolucion y despierte al mundo con
:rago!---- hundámonos en la catástrofe del desbordamien-
ıe sobre las ruinas se alzará siempre la idea, la grandiosa
le la independencia!---- Entrego á los conquistadores á la
ınza de los conquistados---- dos barcos en el combate na-
e los rencores y represalias---- dos gigantes en lucha
ta---- dos entidades de las cuales una tiene que desapa-
y anonadarse!---- Ya no oireis mas mi voz, siga este
ıte de sangre que ya llega hasta nuestros pechos y está
mo á ahogarnos---- ojo por ojo, diente por diente!----
sacerdote borraba con el sudor del combatiente el óleo
ngia su cabeza sagrada, los libros santos se cerraban para
re ocultando en sus místicas hojas las misteriosas pala-
le "amaos los unos á los otros."

Solo quedaba la frase sombría de "El que no esté con nosotros es nuestro enemigo."

Se marcarian con el signo de la revolucion las casas de los independientes, como las de los israelitas la noche de la Pascua, para que cayese sobre las demas el terrible azote de la guerra y de la matanza!

—Id, dijo Hidalgo, participad esas nuevas al ejército, para que sepa lo que tiene que esperar de sus enemigos, y vosotros, general Muñiz y padre Navarrete, cumplid con estas órdenes.

Y les entregó unos papeles sobre los cuales habia trazado unos renglones.

—Señores, continuó Hidalgo, mañana al amanecer partimos para Guadalajara.

Los oficiales salieron, y el caudillo con entera tranquilidad se metió en el lecho y durmió profundamente.

III.

La noche habia caido, el cielo estaba cubierto con las nieblas del invierno y un aire frio azotaba las quiebras de los montes cercanos; la ciudad dormia en el delirio calenturiento de las terribles escenas que presenciaba despues de un sopor de tres siglos.

Oyóse en el silencio de la noche, ruido de pasos y de armas, y ecos de voces que el viento arrebataba.

Una fuerza de caballería llevaba una partida de europeos, rumbo á la barranca de las Bateas.

Cuando los prisioneros comenzaron á percibir algo de lo que iba á acontecer, se dirigieron al jefe de la fuerza.

—Señor general Muñiz, dónde nos llevan?

Muñiz no respondió.

—Señor, por compasion queremos saber al ménos la suerte que nos toca!

Muñiz permaneció mudo.

Entónces comenzó un clamoreo pidiendo misericordia.

Los desgraciados llegaron al punto de la ejecucion.

—Señores, dijo Muñiz, agotada ya la paciencia del general y viendo que vosotros os mostrais rehacios y no cesais de conspirar, sin que haya bastado la indulgencia que se ha tenido con vosotros, se os sentencia á sufrir la última pena.

La confusion mas horrible comenzó en aquellos momentos: lágrimas, denuestos, maldiciones, rezos, todo se confundia en el tumulto postrero.

Sobre las cabezas de aquellos que habian provocado tan terribles represalias, caia en aquellos momentos el anatema de Dios y de los hombres.

Los cuarenta prisioneros fueron degollados, y sus cadáveres quedaron en aquel memorable sitio, pregonando el error y el estravio del corazon humano!

Al dia siguiente de la partida de Hidalgo, tuvo lugar otra catástrofe en la falda del cerro del Molcajete. Allí Gutierrez de Teran, asesor de las causas de los insurgentes á quienes odiaba profundamente, tuvo la entereza de auxiliar á los sentenciados y morir el último, sufriendo el espectáculo horroroso de aquella sangrienta escena.

IV.

Allende habia entrado á Guanajuato despues de la jornada de San Gerónimo Aculco, donde fué recibido con las muestras mas grandes de simpatía.

El bravo general dispuso inmediatamente la defensa, y se preparó á resistir al enemigo que salia de Querétaro en direccion á Guanajuato.

Veintidos cañones alistados por los insurgentes se distribu-

yeron en los puntos principales de la ciudad, impidiendo la entrada de Marfil, punto por donde se creia que Calleja emprenderia su asalto.

Los mineros practicaron bajo la direccion de Chovel y Tavié, un estudiante de minería, multitud de barrenos para sepultar entre los escombros al ejército realista.

Allende se encontraba comprometido, tenia un ejército desarmado y con la desmoralizacion de la retirada; pero era necesario combatir, y el jóven héroe disputaria el terreno hasta el último instante.

Valióse de los medios de la época, excitó á los frailes á que propagasen las ideas de morir por la independencia, é hizo salir en procesion la imágen de la Vírgen que se venera en esa ciudad.

Dice un historiador, que la religion servia así de instrumento á uno y á otro partido, y que el pueblo oyendo invocar tan respetable nombre en favor de las *dos causas*, se le ponia en riesgo de no creer á ninguno.

Entretanto los manifiestos y proclamas de Hidalgo eran quemados en México por mano del verdugo, miéntras que en las ciudades conquistadas se leian en las plazas, en las iglesias y en los conventos.

El sábado 24 de Noviembre de 1810, llegó Calleja al frente de Guanajuato, haciendo un reconocimiento en las cuestas de Jalapilla.

Allende los recibió á metralla con la artillería colocada sobre las lomas, á la izquierda del camino, en el pueblo llamado Rancho Seco.

Empeñóse una reñida accion en la que Calleja cargó el grueso de sus tropas, y los insurgentes fueron desalojados de sus posiciones perdiendo cuatro piezas que dejaron clavadas sobre las lomas.

[illegible]a quiso aprovechar los efectos de esta primera victoria,

dividió su fuerza en dos columnas, poniéndose al frente de una de ellas y dando la otra á Flon, el celebre conde de la Cadena.

Apoderóse del camino de Marfil, y emprendió un movimiento sobre las montañas rumbo á Valenciana, miéntras que la otra columna seguia el camino de la Yerba Buena, teniendo en jaque á la Cañada.

Calleja evitó el paso por donde indefectiblemente hubiera perecido con todo su ejército al sufrir la terrible explosion de las minas y el desgrane formidable de aquellas rocas.

Allende vió perdidos sus trabajos y comenzó á desconcertrarse por falta de elementos.

A las seis horas de camino, la fuerza realista dominaba desde el cerro de San Miguel y los Carreras, á la ciudad, como Hidalgo en su primera campaña.

El jóven caudillo se sintió arrebatado por la ira, y ordenó á sus soldados que entrasen á las casas á sacar á los hombres para que se batiesen.

La campana mayor llamó al pueblo, que acudió á la defensa.

Los realistas atacaron con éxito los *diez* puntos fortificados, que los insurgentes sostenian desesperados, haciendo alarde de su valor reconocido.

"Mal podian ser defendidos, dice el historiador Alaman, por gente indisciplinada, armada con pocos fusiles y con los frascos de azogue que con tan poco efecto se intentó hacer servir en vez de aquellos: los mas no tenian otras armas que palos, lanzas y piedras, y aunque hacian caer lluvias de estas sobre la tropa que los atacaba, el fuego de la artillería que iba enfilando las posiciones una por una, con los oportunos ataques de la infantería, desbarataba con mucha pérdida aquellos pelotones."

Allende, Abasolo, Aldama, Jimenez, hacian prodigios de valor, esfuerzos sobrehumanos para contener al enemigo, pero todo era imposible.

Llegó la noche y los caudillos no quisieron abandonar la ciudad, sabiendo que seria tomada al siguiente dia.

amenazaba la ciu
al pueblo, pero he
titud se arrojó sob
derrota, sin poder
cos ni de otros hor

Doscientos y tar
cabezas separadas

Así se vengaba
por sus opresores, a
vidumbre.

Quereis ver com
tal de la historia y
corren del XVI al
sangrientos que atra
con las heridas abie
por el fuego los grill
muerte!

la ciudad, pero los insurgentes con un solo cañon detuvieron su avance.

Hubo un intervalo de silencio hasta las siete de la mañana, y era que la division Calleja bajaba por el camino de Valenciana hasta tener á los insurgentes dentro de tiro.

La tropa de Allende, ya no podia resistir combinacion alguna de parte de un enemigo que con tanto éxito habia peleado hasta reducirlo á la última posicion.

La artillería realista desmontó el cañon situado en el cerro del Cuarto y no hubo ya defensa posible, el ejército del rey comenzó á entrar sin obstáculo por el camino de las Carreras hasta apoderarse de la ciudad.

—Ya es hora, dijo Allende, pongámonos en marcha, nuestra presencia no tiene objeto.

Los restos del ejército se organizaron y comenzó la retirada en órden y sin precipitacion.

Aquel espectáculo impuso á los realistas, que no osaron salir de los muros de Guanajuato.

La bandera independiente se retiraba con todos sus honores.

Libre Calleja con la retirada de los insurgentes, se desbordó como un torrente sobre la ciudad al toque de *degüello*, que repitió Flon, y comenzaron la matanza mas impía con todas las personas que encontraban por las calles.

Guanajuato estaba aterrorizado, las puertas todas se cerraron, los hombres se ocultaron á la saña del vencedor.

Calleja mandó sacar á todos los que de alguna manera se habian complicado en la causa de la independencia y los sometió á la *calificacion* del conde de la Cadena, que organizó una especie de triunvirato para sentenciar verbalmente á los acusados.

Miéntras Flon recibia las declaraciones, los satélites de aquel bárbaro plantaban horcas en las plazuelas y centro de la ciudad.

El asesinato *oficial* se desplegó con un aparato fúnebre, los partidarios de la insurreccion morian en el *garrote*.

¡Garrote vil á los defensores de la patria!

Calleja mandó bajo pena de muerte, que se denunciase á cuantos habian admitido empleos de Hidalgo, y era tanto el terror que infundió aquel miserable, que el escribano encargado de hacer la lista, la encabezó así:

"Ignacio Rocha.—Este es hijo mio."

No encontrando ya mas víctimas, la tropa acudió á los suburbios de la poblacion, donde estaban ocultos los mineros, y en masa fueron llevados al patíbulo.

Para hacer mas terrible aquel suplicio, los ejecutores siguieron durante la noche que era oscura como el manto de la muerte, los verdugos alumbraban con teas á las víctimas, y aquel siniestro resplandor, vivia como un relámpago perpetuo dando su luz sobre los cadalsos.

Chovel, que habia dirigido los barrenos, Tavié el estudiante de Mineria, Ayala, y otros cinco insurgentes fueron ahorcados al siguiente dia frente al palacio.

Las ejecuciones continuaron sin intermision por cuatro dias, hasta que no habiendo en quien ejercerlas se publicó un *indulto*, en los momentos en que cinco insurgentes eran agarrotados; dos de esos infelices se salvaron.

Al eco del perdon, los hombres dejaron el escondite donde habian salvado la existencia, sin creer que la palabra de Calleja seria una gran mentira.

Luego que la confianza se restableció, tornaron las prisiones y los patíbulos volvieron á ser ocupados por mas víctimas.

¡Espectáculo sangriento! ¡proclamacion terrible de las represalias!

La revolucion responderia con sangre á aquel llamamiento de guerra y desolacion.

Aquel suplicio infamante era la tribuna donde los mártires hablaban al porvenir en la evocacion del espíritu de la libertad.

En los momentos del degüello, y cuando la sangre corria por calles de Guanajuato, un fraile dieguino salió con un Cruci-

fijo en la mano, arrodillóse á los pies del caballo del vencedor, y en voz de misericordia, y derramando un torrente de lágrimas le dijo:

—Señor!---- esa gente que se halla presente á los ojos de V. E. no ha causado el menor daño; si lo hubiera hecho vagaria fugitiva por esos montes, como andan otros muchos; suspéndase, señor, la órden que se ha dado; yo lo pido por este Dios, que en el último dia de los tiempos, le ha de pedir cuenta de esa sangre que quiere derramar!----

La voz del sacerdote domó por algunos instantes con su prestigio celestial, los furores de aquellos insensatos.

El nombre de aquel apóstol de Juescristo vive desde ese dia como una nube perenne de aroma en el cielo brillante de aquella ciudad heróica: se llamaba *Fray José de Jesus Belaunzaran!*

Reciba en estas páginas, el sagrado homenaje que le rinde la historia.

CAPITULO VI.

EL MULATO Y EL REDOBLANTE.

I.

El mulato Lino habia sido el instigador de la chusma para el asesinato de los españoles en Granaditas; el bandido estaba en la plenitud de sus instintos salvajes; la tarde de esa bacanal sangrienta, personalmente habia matado á cuantos españoles le vinieron á las manos, para desquitar en ellos la paliza que el capitan don Félix de Quintanar le habia aplicado.

Era horrible ver al mulato tinto en la sangre de los europeos, hasta su cabellos chorreaban sangre, sus ojos brillaban con una luz siniestra, y mostraba los dientes blancos como los del tigre.

La chusma se entregaba al saqueo mas escandaloso, y entre aquella multitud se distinguia un negro jóven á quien no habrán olvidado nuestros lectores.

Pedro, el hijo de Camila, á quien la gitana habia dado un porvenir para socorrer á su infeliz padre, ese niño, decimos, se habia separado de la familia sin pesar alguno, y dedicado á la

vagancia y al robo, encontró en la revolucion un campo para sus instintos terribles.

Al saber el levantamiento de Dolores, tomo vereda y cambiando rumbos llegó á San Miguel el Grande, á la sazon que los insurgentes se posesionaban de la ciudad; sentó plaza de tambor en un cuerpo y se batió con valor desesperado.

No impulsaba su corazon otro sentimiento que el del robo y el de la matanza, era un ser extraviado y perdido para la moral y mas aún para la sociedad.

Pedro el Negro, como le decian entre la tropa, habia hecho las amistades con los hombres mas corrompidos del regimiento, robaba á sus compañeros, saqueaba las tiendas de los pueblos, les hacia estafa á los vendedores de víveres y reñia á puñaladas con los mas desalmados.

Despues de estos apuntes biográficos, no extrañarán nuestros lectores que Pedro fuera amigo inseparable del mulato Lino y de los toreros. Pedro se habia encontrado en todas las trifulcas y se escurria en las derrotas como una anguila.

El dia de la toma de Guanajuato por los realistas, habia entrado á la Alhóndiga y hecho horrores, hasta desnudar los cadáveres.

En la retirada cargó con cuanto tenia y se adelantó con el mulato para llegar mas pronto á la jornada, para ver lo que podia robarse.

El ejército caminó durante el dia sin poder pernoctar en poblacion alguna, así es que Pedro acampó á cielo raso.

—Hemos perdido, decia Lino á sus compañeros; pero hemos matado *gachupines* que es una gloria.

—Yo estoy desesperado, añadió Pedro, porque esos miserables apenas tenian monedas.

—No es verdad, porque tú has hecho un agosto de primera.

—Que Dios me condene, si pasan de unos miserables pesos lo que he garfiñado hoy.

—Yo sé que ocultas en el tambor tus pesetas.

—Eso es mentira, dijo Pedro el Negro, sin poder disimular la inquietud que le causaban las palabras de Lino.

—Tú si has pillado á derecha é izquierda, corres como una liebre de Valladolid á Guanajuato, saqueando los pueblitos; haces bien, para eso hemos venido.

—Con veinte demonios! gritó el Pípilo, os habeis empeñado en que la revolucion es para robar, y donde llegue á oidos del general Allende os manda quitar el pellejo.

—Por eso lo confesamos en voz baja.

—Pues mal confesado, aquí peleamos por la libertad y nada mas.

—Que hipócrita es este Pípilo! me han asegurado que eras beato de la parroquia.

—Yo lo que soy es muy hombre, y el quiera probarlo que se saque.

—Eso es otra cosa, dijo Lino mediando en la cuestion, que tú tienes alma ya lo hemos visto, y no hay que disputarlo; ademas, aquí todos somos amigos y no es propio que nos pongamos á reñir.

Es que ya estoy harto de oir robos y asesinamientos, á mí me gusta matar pero á la hora del pleito, despues no lo haria por nada del mundo

—Eso va en opiniones, respondió el Mulato.

—Tú eres un perdido, yo no sé como te gusta estar manchado con sangre

—Tú, Pípilo, nada tienes que vengar, á mí me han hecho pedazos los *gachupines*, y no hago mas que desquitarme.

—Ya hablaremos de eso.

—Es verdad, por ahora, que Pedro el Negro nos confiese cuanto es su capital.

—Y dale con fastidiarme, respondió el negro; no tengo nada, todo lo gasto y lo juego, sobre todo, á nadie le importa si tengo ó no tengo.

—Este muchacho se ha vuelto medio valiente.

—Quien quita....

—Mira, Pedro, que estoy de mal humor.

—Yo no lo tengo bueno.

—Que calles!

—Que no me da la gana!

—La vais á emprender? dijo el Pípilo.

—Este tamborcillo tiene humos de hombre.

—Como que lo soy.

—Ea! silencio! gritó el barretero, ya arreglarán mas tarde sus cuentas.

El mulato y el negro guardaron silencio, pero se la juraron para sus adentros.

II.

A corta distancia del grupo de insurgentes que armaban la querella, estaba un hombre atado de los brazos con un cordel y reclinado sobre una roca que formaba ladera en el camino.

Marroquin, Saca-vueltas, y otros insurgentes le servian de custodia.

—Qué dice la herida, amigo Marroquin?

—No fue nada, el puñal se resbaló por las costillas, la pérdida de la sangre me hizo desmayar y nada mas.

—Demonio! unas cuantas líneas y te atraviesa el corazon.

—Cosa mala nunca muere.

—Es verdad.

—Y quién es ese realista que tienen atrincado como un cohete?

—Es un tal don Félix de Quintanar.

—Y como lo aprehendieron?

—Se la echó de atrevido avanzándose á nuestros puntos y lo pescamos en el momento matándole á su escolta.

[illegible]

—Sólo quiero saber si [illegible] y si [illegible] por [illegible].

—Tiene su libertad [illegible].

—Y qué pienso hacer en [illegible]

—Lo que me [illegible].

—Y qué [illegible]

—Lo he pensado mucho [illegible] mis [illegible] y como por [illegible] [illegible] a [illegible] a mi [illegible], por [illegible].

—Es [illegible] que es [illegible]

—Sí, porque lo [illegible] y [illegible] y [illegible] voy á hacer la prueba [illegible].

El [illegible] preparó su [illegible] y le [illegible] á don Félix.

—Los Corredores se la [illegible]!

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—[illegible] Marqués [illegible] que me [illegible] [illegible] [illegible].

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Marqués [illegible] [illegible] [illegible] que [illegible].

[illegible]

[illegible] y yo respondo.

[illegible] que le parezca.

—Señor Marqués, dijo don Félix viéndose libre de aquella [illegible], como un hombre honrado y es empeño mi palabra de permanecer al lado de estos señores sea cual fuere la suerte que me esté reservada.

El tuerto le tendió la mano al capitan.

—Si se va ese hombre, te abro la cabeza de un pistoletazo, Marroquin.

—Respondo de él como de mi persona.

—Echemos un trago.

—Listo!

Miéntras los toreros y los insurgentes se entretenian bebiendo, una mujer se acercó al prisionero.

—Señor don Félix, señor don Félix!

—Quién me habla?

—Yo, que vengo á daros noticia de vuestra esposa.

—Hablad, hablad por compasion! decidme algo de Rosalía.

—Ella sigue vuestros pasos, debe llegar esta noche á Guanajuato, os sigue desde Dolores.

—Pero.... en fin.... yo no comprendo!

—Los frailes misioneros la robaron del rio de San Miguel, ha estado en el convento de las Claras de Querétaro, ella fué la monja que se desmayó la tarde que visitásteis á la comunidad.

—Dios mio!

—Anduvísteis demasiado torpe en no conocerla.

—Conque era Rosalía!

—Sí, la misma, que salió al dia siguiente en vuestra busca sin poderos dar alcance.

—Pero yo estoy loco!

—Sí, vuestros arranques os han traido á esta situacion, olvidásteis los favores que debíais al cura Hidalgo; os empeñásteis en hacerle la guerra, y estais próximo á ser fusilado.

—Callad, no me asusta la muerte, no.... pero dejar á mi hijo entregado á manos extrañas y abandonada á Rosalía.

—Tranquilizaos, y seguidme, pasaremos entre el ejército sin ser conocidos.

—Imposible.

—No me desespereis con vuestro miedo, ved que tengo tomadas todas las avenidas.

—No es miedo, vive Dios!

—Pues temor.

—Dejadme.

—Ved que os espera Rosalia.

—Dejadme.

—Sabed que Treviño y vuestro hijo acompañan á Rosalía.

—Marchemos, marchemos al instante.

—Pues seguidme.

—No, no puedo.... en mala hora arrancaron mis ligaduras.

—¿Qué decís?

—Que de separarme de este sitio comprometo la vida de un hombre.

—Y qué os importa?

—He empeñado mi palabra.... y la cumpliré!

—Quedaos en buena hora, yo no puedo dilatarme, me perderia irremisiblemente.... una palabra mas, si no os resolveis será difícil que volvais á ver reunida á vuestra familia.

—No importa; mi honor es primero.

—No quisiera separarme de este sitio sin vos, decidme si conoceis á vuestros custodios.

—Sí, uno de ellos es el torero Marroquin.

—Ah! dijo la vieja, llamadle, es mi amigo.

—Señor Marroquin, señor Marroquin! gritó don Félix.

—Qué se ofrece, caballero?

—Nada, se apresuró á contestar la vieja, quiero hablaros una palabra.

—Ya os escucho.

—Qué quereis por ese hombre?

—Yo no me pongo á precio, marchaos ú os estrangulo.

—Bravo, muy bravo está el señor Marroquin; seguramente hoy ha vuelto á acordarse de aquella cuenta que tiene pendiente con Núñez de Clavijero.

—Conozco vuestra voz, señora, dijo el torero, no sé quien sois, pero vos me avisásteis que estaba ese hombre en Guanajuato la noche de la toma de Granaditas.

—Gracias á Dios que teneis tan buena memoria, señor Marroquin; precisamente os vengo á proponer un cange, dadme á don Félix y os entrego al inquisidor.

—Os doy todos los prisioneros por ese hombre!

—Bien, juradme que no atentareis contra la existencia de don Félix, y yo os juro á mi vez que Núñez de Clavijero será vuestro.

—Lo juro! desde hoy el capitan don Félix estará á mi lado, nosotros marchamos para Zacatecas.

—Lo sé, y no esteis inquieto porque sé cumplir mi palabra.

La vieja se alejó entre las rocas del camino, miéntras el torero se acercaba á don Félix á ponerle al tanto de su convenio.

III.

El mulato Lino, á quien no se habia escapado la inquietud de Pedro el Negro al hablarle de su dinero, se fingió profundamente dormido, para dar mas confianza á sus compañeros y robar al desgraciado muchacho, que con tanto cuidado guardaba en el tambor los ahorros de su muy honrosa profesion de bandido.

Pedro el Negro tenia atadas á la cintura las fajas del *redoblante*, para despertar al menor movimiento.

El negro y el mulato eran vivísimos, así es que ambos se ayunaban las vigilias.

Pedro quedó al fin vencido por el sueño y su respiracion marcó desde luego su sopor.

Lino se comenzó á arrastrar como una culebra entre la yerva hasta tocar con su mano el tambor, convertido en maleta.

El bandido comenzó á tirar pausadamente, sin notar que la *caja* estaba aderida al cuerpo del negro por los tirantes; creyó al principio que le servia de obstáculo la yerba, y probó á levantarlo.

Pedro con esa inquietud de sueño de los hombres que viven en el peligro, despertó, pero sin otro movimiento que el de abrir los párpados; entónces vió perfectamente al mulato, y fingiendo un movimiento cualquiera, desenvainó el puñal.

Lino se retiró á observar, miéntras que su soñada víctima volvió á tomar la actitud del sueño.

Tornó el bandido á serpear, hasta ponerse junto al negro; este no se movio esperando el momento.

Lino comprendió que las ligaduras impedian cargar con el tambor, sacó su puñal afilado, y comenzó á deslizarlo sobre las correas con un éxito admirable. Ya estaba al concluir su operacion, cuando el negro le asestó una puñalada de muerte, que le atravesó el corazon.

Ni el ronquido del estertor, ni un último suspiro, arrancado á la fuerza del golpe, nada se escuchó en el silencio de aquella noche: no hubo agonia, porque la herida habia sido terrible.

—Ah ladron! murmuró el negro, me querias robar mi dinero, ya llevaste tu merecido.

No hay personas mas defensoras del derecho de propiedad que los ladrones.

Pedro sin impresionarse por aquel lance, se puso á registrar los bolsillos de Lino, donde encontró una gran cantidad de oro.

—No ha estado mala la presa, envolvamos á este majadero en su *zarape* y no hay que despertar á los compañeros.

Pedro acostó perfectamente al asesinado, le cubrió la cara con el sombrero, y á la madrugada emprendió su camino mas alegre que una golondrina.

Lino habia muerto como el mayor número de los bandidos, por mano de sus cómplices.

CAPITULO VII.

EL REY MONJE.

I.

Ahí esta Guadalajara, esa ciudad aristócrata y distinguida, capital de todas las que se avanzan hácia las arenas abrasadas del Pacífico, señora de aquellas montañas y llanuras que perpetúan los recuerdos de la conquista y las glorias de nuestra patria, matrona orgullosa, mojando sus sandalias en las ondas tumultuosas de su Tiber, rival altiva desde sus primeros dias de la jóven Tenoxtitlan y emblema fantástico de una libertad sin horizontes!----

Guadalajara recibe á los independientes con coronas de laureles y ramos de oliva, y el caudillo de aquellas regiones planta sobre sus altas torres el oriflama de la libertad.

El bravo Antonio Torres, al frente de su ejército, tomó posesion de aquella tierra sin marcar su tránsito con el reguero de sangre que era la estela que seguia á la revolucion.

Aquel héroe cuya generosidad era reconocida por sus adver-

sarios, era un leon en los combates y el destino le tenia dispuesto un apoteósis suntuoso sobre el cadalso.

Dos años despues en el mismo teatro de su gloria, se levantó un patíbulo de dos cuerpos, y el 23 de Mayo de 1813 subió el valiente Torres al tablado, con la frente erguida y luminosa. Aquel terrible drama era digno de un héroe.

Mártir de la libertad, su cabeza cayó á los pies de sus verdugos y su sangre empapó la tierra.

No satisfecho aún el rencor humano, cebóse en el cadáver *descuartizándole.*

El cuarto del brazo derecho se envió á Zacoalco, el otro á la garita de Mexicaltzingo de aquella ciudad, punto por donde hizo su entrada, otro á la del Cármen, y el último á la de San Pedro.

Aquellos miembros mutilados estuvieron durante cuarenta dias á la espectacion pública y despues fueron arrojados al fuego.

La saña de los hombres tiene mucho de la de las fieras. La casa del héroe fué derribada y los terrenos que la circunvalaban sembrados de sal.

¡Miserable parodia de los conquistadores de Tierra Santa!

Antonio Torres, el que á la voz de su patriotismo hizo levantar los pueblos de Colima, los planes de *Tierra Caliente*, Sayula y Zacoalco, el que con la punta de su espada trazó un plano sobre la tierra para explicar su plan de batalla á los rudos campesinos que formaban su ejército, vivirá, á despecho de sus verdugos, en las páginas de la historia.

Se resiste la pluma á manchar estas hojas consignando los nombres de los que firmaron aquella fatal sentencia!

II.

El cura Hidalgo se avanzó en diez jornadas hasta Guadalaja-

recibiendo en los pueblos todos del tránsito las ovaciones
ıs grandes que pueden tributarse al libertador de un pueblo.
Dicen los cronistas que "el dia 24 de Noviembre salieron de
ıadalajara veintidos coches á la hacienda de Atequizar, con ór-
ıes de aquel gobierno para recibir á Hidalgo: llegó á San Pe-
) Analco, donde se le dió un banquete espléndido, y á la tar-
concluido el *coro* se presentaron los canónigos á felicitarlo.
"Al siguiente dia, se formó toda la tropa en dos alas con la
'anteria á retaguardia, hasta la puerta de la iglesia catedral,
nde estaba el batallon de Guadalajara: seguian la comitiva
n coches, las calles estaban pobladas de gente, y adornadas
ı colgaduras y banderas.
'En la puerta de la iglesia habia un altar portátil: el dean sa-
á dar agua bendita hasta dicha puerta; llegó Hidalgo hasta
presbiterio, y se cantó el *Te Deum.*
'Salió despues á pié en procesion hasta palacio, en cuyo salon
ncipal habia un dosel, bajo el cual se sentó y recibió á las
'poraciones que le felicitaron con grandes arengas, á todos los
ɜ correspondió cumplidamente; pero mucho mas se esmeró
ındo respondió á la de los colegios."
Conmovióse el héroe á la vista de aquella juventud; ella de-
realizar el pensamiento de la independencia, ella formaria
pléyade que debia avanzar hasta nuestros dias con el lába-
de la libertad!.... allí estaban nuestros padres, ellos escu-
ıron de los labios de Hidalgo los vaticinios que auguraban la
:ionalidad mexicana; sí, ellos, que nos han trasmitido aque-
revelacion misteriosa del destino y que nosotros guardamos
la arca de oro de nuestra fe y nuestro patriotismo!
Aun se escucha al traves de medio siglo aquella voz so-
ana. "Levantaos, almas nobles de los americanos, del pro-
do abatimiento en que habeis estado sepultados, y desplegad
os los resortes de vuestra energía y de vuestro valor, hacien-
ver á todas las naciones, las admirables cualidades que os
ırnan y la cultura de que sois susceptibles! . . . En vista, pues,

del sagrado fuego que os inflama y de la justicia de vuestra causa, alentaos, hijos de la patria, que ha llegado el dia de la gloria y de la felicidad pública de América!"----

Pasarán cien y cien generaciones sobre la haz de la tierra americana, y el acento de Hidalgo vivirá entre nosotros como la voz del Salvador al traves de diez siglos!

III.

El general Allende llegó con el ejército á Guadalajara, despertando el espíritu patriótico y nunca desmentido de aquella ciudad.

Víctores, músicas, un concurso inmenso de pueblo, y la sociedad mas distinguida, salió al encuentro del jóven héroe, siendo Hidalgo el primero en rendirle sus homenajes al mas querido de sus compañeros.

—Aun vive la revolucion! murmuraba Allende, y en su semblante resplandecia la luz de la esperanza.

Ocupáronse en organizar el ejército, en la fundicion de cañones, en el invento de proyectiles, siendo los mas notables los cohetes que hoy se llaman á la *Congreve* y las granadas pequeñas arrojadas por las hondas.

Hay una accion que haria honor á la heroicidad antigua, como fué la de trasportar á brazo las piezas de grueso calibre en un trayecto de mas de cien leguas y atravesando barrancas inmensas y alturas y precipicios que conservan aún la memoria del trágico fin de Pedro de Alvarado el conquistador.

Quien haya visto el camino de San Blas á Guadalajara, ó estudiado ese trayecto en la carta geográfica, no podrá contener su asombro ni un arranque de noble admiracion hácia esos patriotas que consumaron tan gigante empresa!

Será objeto de otro libro la descripcion de tantos combates y

acciones heróicas que forman la epopeya de tan sublime revolucion; vamos sobre la huella luminosa de los primeros caudillos y en nuestra próxima obra abarcaremos mayores horizontes.

El caudillo creyo oportuno dar á la revolucion una forma política y organizó un gobierno, nombrando ministro de Estado y del despacho al señor don Ignacio Lopez Rayon, jóven de alta capacidad y de valor, que habia acompañado al ejército en la jornada de las Cruces.

El ministerio de gracia y justicia fué conferido á don José María Chico, abogado, y presidente de la audiencia de Guadalajara.

Nombróse embajador á los Estados-Unidos á Ortiz Letona, para que procurara el reconocimiento de la independencia, é hiciese un pacto de alianza ofensiva y defensiva con la gran república.

El enviado cayó en poder de los españoles, y tomó un veneno para librarse de un juicio y del cadalso.

Enviarónse espediciones á la Sonora y á otros puntos del territorio, y comenzó á jugarse el arma mas terrible de la civilizacion actual, la *imprenta.*

Publicóse el *Despertador Americano,* en el que combatió Hidalgo el edicto de la Inquisicion, confundiendo á sus enemigos y expresando el significado neto de su revolucion.

Estos escritos llegaron á todas las ciudades y se leian con avidez en la misma capital, á pesar de las excomuniones y de las leyes penales; ellos desmienten todas las invenciones del gobierno colonial, atribuidas á los caudillos, para infamarlos aun despues de su muerte.

El gobierno de Hidalgo estaba fuerte y [illegible]nigos, [illegible]e prestigio, las noticias mas halagadoras se recibian y todo [illegible]tar daba el triunfo decidido de la guerra independiente.

Allende era organizador por excelencia, los Aldama he [illegible]Jimenez y Abasolo no descansaban un solo instante, buscastruc[illegible]armas, improvisándolas, inventándolas, porque el ejército [illegible]y

agolpo frente al pal

—Mueran los con

—Mueran!

—Mueran! respon

perado.

—Qué pasa, amigo

—Que se ha desc

que están presos en

—Malditos gachu

—Querian asesina

—Es decir, formar

—Precisamente.

—Dicen que ya

pagar.

—No será malo to

—Marroquin, tú si

—Siempre, y no he

ditos.

—Y al capitan don

—Ya somos de confianza; no obstánte, cuando veo brillar sus ojos de raposa y oigo que se chupa los labios enjutos, me pasa un calosfrio de muerte.

—Te confieso que tienes un valor á toda prueba, yo no continuaria en tratos con ella.

—Si ya no hay Inquisicion.

—No importa, le tengo mas miedo que al ejercito de Calleja.

—Yo estoy seguro de que me traerá á ese condenado, y aunque despues se lleve mi alma el diablo.

—Ave María! tú estás desesperado.

—Ya hace tiempo.

—El tumulto continúa.

—Entremos á palacio á tomar lengua.

Los toreros se echaron á andar entre aquel maremagnum de gente que pedia á gritos la cabeza de los europeos.

Entre tanto Hidalgo habia reunido á sus ministros y generales.

—Señores, he aquí los documentos que prueban la complicidad de los europeos como autores de una contra-revolucion. Calleja ha salido sobre Guadalajara, y estos hombres meditaban entregarle nuestras cabezas.

—Señor Hidalgo, dijo Allende, es necesario hacer un escarmiento, pero un escarmiento terrible.

—Señor, dijo Jimenez, yo no sé que decir á mis soldados, cuando me recuerdan las ejecuciones ordenadas por Calleja; la mayor parte de ellos son de Guanajuato, y han visto subir á la horca á sus padres, á sus hermanos, á sus amigos, y si se pretende contener su venganza, acabarán por desertar de nuestras filas.

—Señores, replicó Hidalgo, la sangre me horroriza, la he vertido en los campos de batalla porque la guerra es la destruccion; he apelado á algunas ejecuciones en el último extremo y hoy me encuentro *decidido á* reprimir á los conspiradores, con

ıa pone en un gran pel
donar á esos hombres,
armas en nuestra cont

—Parece que en es
mes, dijo Abasolo.

—No daré el espect
nuó Hidalgo, porque ac
saparecer en el silenci
patíbulos, la razon de E
tos; ántes de proceder,
que la historia nos acu

Allende y los otros c
documentos, que eran ı
Calleja y el plan de los
clamas y papeles subv
atentado que iba á com

Cierto es que aquella
juicio; pero las causas p
tuacion.

masa de hombres que debia desaparecer.... y desaparecia en el mar tenebroso de la muerte!

Allende agitó la campanilla.

—Señor ayudante, dijo á un oficial, haced que entre Marroquin.

A pocos momentos el torero se presentó en el gabinete.

—Disponed una escolta, dijo Hidalgo, y desde esta noche sacareis en secciones á los prisioneros del Seminario y el colegio de San Juan y los ejecutareis en la baranca del Salto.

Una alegría feroz irradió en el semblante de Marroquin.

—Aquí teneis la órden para las prisiones.

—Cuidad de la reserva, dijo Allende.

El torero inclinó la cabeza y saludando á los generales salió de la estancia á dar rienda suelta á su despecho, cebando en las víctimas su furor insaciable de sangre y de matanza.

Hidalgo se quedó solo hundido en la mas séria contemplacion, meditando hasta que abismo lo habia lanzado la ferocidad de sus adversarios.

Despues hizo llamar á don Roque Abarca, militar instruido en la ciencia de la guerra, y se puso á discutir con la mayor tranquilidad y reposo sobre varios puntos de la estrategia.

La junta de gener
listas, en el puente d
Noventa y seis pie
El 14 de Enero de
zó á salir de Guadala
Hidalgo y Allende
guardia se veia lo ma
Siete mil [illegible]

tropas en Urepetiro, y esto puede introducir variacion en nuestro plan de campaña.

—Me permito hacer una indicacion, dijo Allende: con esta derrota estamos algo desconcertados, dejemos entrar á la plaza á Calleja, dividamos en dos trozos el ejército para que él divida el suyo, y atendiendo á la superioridad numérica lo batimos indefectiblemente.

—Yo, dijo Aldama, soy de esa misma opinion, y aun creo que existe una razon superior, y es que nuestro ejército aun no está en disposicion de afrontar una batalla campal con las tropas disciplinadas de Calleja.

—Ahí está *Granaditas*, ahí las *Cruces*, dijo Hidalgo algun tanto alterado.

—Ahí están tambien San Gerónimo Aculco y Guanajuato, señor general, esas acciones hablan muy alto en favor de lo expuesto que es el camino que llevamos.

—Yo soy de opinion, continuó Hidalgo, que un ejército es para batirse, que si las fuerzas de Iriarte salen de Zacatecas, podia flanquear á los realistas en los momentos en que nosotros le presentábamos batalla.

—Calleja, repuso Allende, ha formado un núcleo terrible, y el mayor número de nuestros soldados nos dará como otras veces por resultado el desórden y la confusion.

—Los azares de una batalla no están nunca en el poder humano, y si se reflexionasen las eventualidades que pueden surjir en un momento dado, no se libraria jamas un combate.

—No me habeis permitido pasar á Zacatecas por las fuerzas de Iriarte, para tener mas elementos, es decir, mas probabilidades de éxito.

—Desconfio de ese miserable y temo que os haga caer en un lazo que comprometa vuestra existencia; ademas, que esa gente no está mas instruida que la nuestra.

—Entónces tomemos otro rumbo, hagamos una marcha forzada y *ocupemos las ciudades* que los realistas dejen desguarneci-

das, hasta que podamos estar en disposision de pelear con ventaja.

—Noventa y seis piezas están colocadas sobre las posiciones, un gran ejército las defiende; antes de llegar á la arma blanca, nuestros cañones los habrán destrozado; yo no puedo hacer movimientos ligeros con un número tan inmenso de gente.

—Estoy sospechando, señor cura, dijo Allende con el rostro enrojecido por la cólera, que se me está teniendo por un cobarde, y vive Dios que está el miedo muy léjos de mi alma!

—No os exalteis, se trata de discutir y.....

—Yo no entro mas en el debate, repito que mi opinion es, y ojalá que me equivoque! que mañana, señor cura Hidalgo, estamos derrotados.

—Habeis perdido la fé.

—No por mi nombre, dadme la vanguardia y me vereis batir como el primero!

—Jamas he desconfiado de vuestro valor, señor general, y creedme, yo no veo mas intereses que los de la patria, no quiero malograr el entusiasmo de las tropas; vos mismo condenásteis mi retirada de las Cruces, diciendo que el ejército perdia su moral, y hablábais sobre un campo de victoria; ¿que seria hoy despues de los desastres de Aculco y Guanajuato?..... la desercion, el desbandamiento!..... prefiero la derrota; porque queda aún el sentimiento del orgullo ofendido..... Una bandera en jirones y acribillada por las balas, va bien en la mano de cualquier soldado; pero un pendon que preside la retirada de un ejército va cubierto de vergüenza!

—Eso lo dice vuestro patriotismo, pero lo niega el arte de la guerra.

—Nada adelantamos, señores, con este debate; pongamos á votacion el negocio, y decida la mayoría.

Herido el amor propio de los jefes y aun del mismo Allende, se votó por la afirmativa, y el ejército tomó su colocacion sobre las rocas de aquel puente histórico.

II.

En la tarde del 16 de Enero de 1811, Calleja llegó al pueblo de la Joya, que está sobre el camino de Guadalajara.

Avanzáronse las guerrillas y á pocos momentos se encontraron con las de los insurgentes, que comenzaron á tirotearlas hasta replegarlas á su campo.

El cuerpo de observacion de Hidalgo levantó multitud de lumbradas, que asemejaban un gran incendio en las llanuras y las montañas.

Pasóse la noche en espectativa hasta que la luz primera de la mañana alumbró los campos.

El ejército de Hidalgo ocupaba una eminencia escarparda, que se extendia á la izquierda de un pequeño rio, límite entre los dos ejércitos, en una prolongacion de tres cuartos de legua.

Esta altura moria en una llanura, donde estaba concentrado el grueso de las fuerzas independientes.

En la loma se habia colocado una gran batería, apoyando su retaguardia en un gran barranco, y otras baterías adyacentes, que cruzaban sus fuegos defendiendo todo el anfiteatro por donde tenia que atravesar el ejército de Calleja.

Una barranca extendida del Este al Sudoeste imposibilitaba el paso precisando al enemigo á arrojarse sobre el puente teniendo que forzar la posicion.

No habia mas que afrontar el peligro. Calleja dividió en dos trozos su ejército, tomando el mando de la primera seccion y encomendando la segunda al conde de la Cadena.

Ordenó que esa division atacase la izquierda del enemigo, cuando él se lanzase sobre la derecha de tan formidable reducto, reuniéndose ambas divisiones caso de una victoria sobre la *cima de la pequeña montaña.*

Cadena hizo el movimiento convenido y la batalla se generalizó en la línea toda, permaneciendo indecisa durante tres horas en que las baterías de los insurgentes detenian el avance del enemigo.

Flon quiso arrebatarle el triunfo á Calleja, y se arrojó sobre las baterías de Hidalgo, y fué tres veces rechazado poniéndolo la última en completa dispersion.

La caballería realista contuvo el desórden y Calleja acudió personalmente á evitar los estragos de una derrota.

La victoria estaba al declararse por los insurgentes, porque la division Calleja y la del conde habian fracasado en su primer intento.

Los insurgentes cargaron sobre la caballería realista con tal ímpetu, que el regimiento de San Cárlos retrocedió por dos veces y empezó á huir á ejemplo de su coronel.

Las baterías de Hidalgo no cesaban de jugar sobre el ejército de Calleja que ya estaba derrotado, cuando un fatal incidente vino á dar un colorido siniestro á la batalla, y á oscurecer el iris tendido sobre el cielo de aquel combate.

Una granada cayó en el parque de los insurgentes, y lo incendió súbitamente produciendo una explosion gigante y un estrago terrible.

Los cajones de parque que en el calor de la accion se habian aglomerado junto á las baterías imprudentemente, se incendiaron, haciendo volar á los artilleros y tropa que sostenia las baterías.

Los cañones se desbarrancaron al hacerse pedazos la curcñas.

Llegó el fuego á los *almiares*, y una llama se alzó hasta las nubes, y el humo envolvió al ejército insurgente porque el viento soplaba en contrario.

La ira de Dios hubiera sido ménos implacable!

Los soldados comenzaron á huir despavoridos, perdióse el órden de la formacion y comenzó la derrota.

Allende estaba herido, pero su valor no decaia: tomó lo que pudo de aquellas fuerzas y se hizo fuerte en una loma cercana.

Calleja se encontraba de improviso vencedor, así es que llegó al puente sin disparar un tiro; ¡tan fácil triunfo le concedió la fatalidad!

Aquellos soldados, pocos momentos ántes trémulos y cobardes, tomaron brio al ver huir en todas direcciones á los insurgentes, sin atreverse á perseguirlos.

La batería de Allende fué tomada á la bayoneta y los caudillos tuvieron que retirarse en medio del mas espantoso de los desastres.

El conde de la Cadena quiso darse aires de vencedor trayendo para cubrir su derrota, un gran número de prisioneros, así es que se lanzó con sus dragones en pos de los dispersos.

La escolta de Allende iba á ser la primera víctima.

Volvióse el jóven general y vió á sus soldados con una mirada terrible.

Los soldados lo comprendieron, y lijeros como el rayo acometieron á sus perseguidores, apresaron al conde de la Cadena, le atravesaron cien veces el corazon y prendiéndole un *lazo* al cuello lo arrastraron por las rocas del camino deshaciéndole el cráneo contra las piedras.

Al dia siguiente unos indios llevaron aquel cadáver mutilado, al campo donde Calleja celebraba sus triunfos.

Aquella batalla ganada por Hidalgo hubiera hecho la independencia de América en ese dia memorable.

Dios no quiso dar la victoria á las armas independientes; en sus altos designios señalaba aquella catástrofe como una prueba dolorosa, al pueblo que marchaba al calvario de su redencion y de su libertad.

CAPITULO IX.

LA CONFERENCIA.

I.

El desastre de Calderon fué la primera sombra que oscureció el astro de la revolucion, que entraba en la penumbra de su eclipse.

Calleja envió expediciones y la Sonora fué recobrada, y Sinaloa, y San Luis, y Guanajuato, y San Blas, y todas las plazas que habian caido en poder de los insurgentes.

Los caudillos yacian errantes y discordes en sus opiniones sobre el plan de campaña.

Reunieron las fuerzas todas con que contaban y batieron á los españoles en Agua-Nueva; pero aquel triunfo fué solo un relámpago.

Reunióse Allende con Hidalgo en la hacienda del Pabellon, camino para Zacatecas, allí se celebró una conferencia solemne, [illegible]dalgo estaba sombrío como el destino, Allende, Abasolo, Ra[illegible], Suarez y Aldama, permanecian en un silencio siniestro.

¡Miseria humana!.... *ayer*, acatados, obedecidos, recibiendo los homenages mas espléndidos y dueños del porvenir!.... *hoy*, errantes, proscritos, y pesando sobre sus frentes una sentencia de muerte!

—Lo habia augurado, dijo Allende, hemos descuidado la instruccion de las tropas y esto nos ha perdido; en vano me esforcé por hacerlo comprender, nunca fuí atendido.

—Nuestro plan, dijo Rayon, sobre el fraccionamiento de las fuerzas para evitar toda batalla campal, creo que hubiera dado resultados satisfactorios.

—Yo fuí de opinion, agregó Abasolo, y así lo manifesté terminantemente, de que dejásemos la plaza á Calleja para sitiarlo despues; pero mi voz no ha encontrado eco en los consejos.

Aldama agregó una inculpacion mas:

—Este desórden, esta matanza, debian ser precursores de la derrota.

Hidalgo escuchó con fria serenidad á sus compañeros sin abatirse ante una desgracia tan terrible.

Cuando todos hubieron hablado, divagándose en inútiles comentarios, el cura de Dolores tomó la palabra.

—Señores, dijo, ninguna de las causas que creeis motivaron la pérdida, es digna de considerarse; la fatalidad y no mas que la fatalidad, determinó la derrota. Calleja estaba perdido momentos ántes de la volada del parque; creo que discurrir sobre ese acontecimiento es perder el tiempo, veamos nuestros elementos, contemos nuestros soldados, y sigamos en la lucha.

—En ese punto estamos de acuerdo, señor, dijo Allende, yo no retrocederé un solo paso; pero deseo vivamente otra combinacion, otro plan de campaña, es necesario tener en cuenta la desmoralizacion que ha entrado en las tropas, la desercion de nuestros partidarios al ver oscurecerse la estrella de la revolucion.

—Señores, repitió Hidalgo, es necesario desarrollar en combinacion la idea política con el plan de operaciones, para obte-

ner un éxito feliz: un pueblo solo es suficiente para hacer su independencia, pero los que le dirijen deben economizar su sangre: creo que una liga con los Estados-Unidos seria el golpe de gracia á la dominacion española: insisto en mi primitiva idea sobre el particular.

—Yo estoy de acuerdo, dijo Allende, y recordad que apoyé con todas mis fuerzas el nombramiento de Letona como embajador.

—Pues bien, creo que en ese punto no hay discordancia.

Los otros generales hicieron un movimiento de cabeza, aprobando las palabras de Hidalgo.

—Acordes en la política que debemos seguir en el extranjero y la cual ya discutimos al enviar nuestro embajador, pasemos á la organizacion del ejército, sin declinar mi responsabilidad, esta responsabilidad contraida ante Dios y el pueblo mexicano; os entrego, señor general Allende, la direccion del ejército, ordenadle como os parezca, yo permaneceré en el gobierno para proporcionaros cuantos recursos necesiteis.

—Ayer, señor cura Hidalgo, cuando las esperanzas mas lisongeras acariciaban nuestro estandarte y la luz de la esperanza estaba en el horizonte de la revolucion, no hubiera aceptado este honroso cargo, por no aparecer como un ambicioso: hoy que todo es infortunio y desgracia, me vereis al frente de las tropas, infatigable y decidido. Yo acepto á mi vez toda la responsabilidad, cuento con mis compañeros para salvar esta nave que cruje y está próxima á sepultarse en un abismo.

—Señor general Allende, dijo Jimenez, siempre juntos; siempre defendiendo la causa de la libertad!

—Señor, dijo Abasolo, nosotros conservamos la moral que es la fé de la revolucion que arde en nuestros corazones; este desastre nos conmueve, porque la sangre de nuestros soldados nos es muy cara; pero la fatalidad caerá desarmada, vencida á nuestros pies!

Estas palabras impresionaron vivamente al padre de la in-

dependencia mexicana, sus ojos se llenaron de lágrimas y corrieron por aquellas mejillas venerandas, como el jugo de su alma; su labio se puso trémulo, el acento se apagó en su garganta.

Despues de un momento, se llevó la mano á la frente qne tenia húmeda con el sudor de la congoja, con aquel sudor que convertido en sangre apareció en la frente del Cristo la noche de su ùltima oracion.

—Señor, dijo Allende tomando la mano del párroco, grandes son las vicisitudes; pero vos teneis un corazon grande como el cielo, Dios ve vuestras angustias, ve la intimidad dolorosa de nuestros corazones en estos momentos de tribulacion.... nuestros sacrificios por esta patria tan querida.... y que al fin se empapará con nuestra sangre!....

—No, dijo Hidalgo con acento conmovido, yo no temo por mí, que estoy en el último escalon de la vida, y el primero de la tumba.... no, no es eso, sois vosotros, cuya almas llenas de abnegacion y de grandeza, veis á pesar de vuestra juventud, que la muerte es el porvenir de los que hemos comenzado esta grande obra, y no os desanimais ante las vicisitudes.... quisiera ser yo la única víctima.... á vosotros os enoja ver subir al cadalso á nuestros hermanos y correr su sangre por los campos de batalla; yo tambien lloro en silencio.... cada gota de esa sangre parece destilar de mi corazon.... veo á los huérfanos y siento ante ellos un dolor espantoso.... necesito recordar á la patria, estar en vigilia con esa idea para acallar mis sufrimientos, y disculparme ante mi conciencia; esos mártires no han venido forzados á seguir nuestras banderas, han acudido entusiastas en pos de su libertad, y si han muerto en la lucha, es porque Dios ha dispuesto que ese árbol sacrosanto, lleve por savia y por rocio la sangre de los hombres y de los pueblos!....

—Y la nuestra correrá tambien; pero ántes lucharemos sin tregua, sin descanso, hasta caer como buenos.

—Señor general Jimenez, dad en la órden de hoy á recono-

cer como general en jefe del ejército independiente al señor Allende.

—Nosotros lo aceptamos como tal, respondieron los caudillos, y abrazando á su jóven compañero se dirigieron á solemnizar con sus soldados el nombramiento del jóven héroe.

II.

Al salir de la casa de Hidalgo los caudillos, una viejecilla se acercó al general Allende.

—¿Qué quereis, señora? preguntó el general.

—Somos conocidos viejos, señor don Ignacio.

—No os recuerdo.

—Mala memoria teneis, no hace tres meses que nos vimos en Celaya.

—Os repito....

—Hubo una noche en que me llamásteis salvadora, amiga, y otras galanterías de las que teneis siempre á vuestra disposicion.

—Ayudad mi memoria si os place.

—Caballero, ya que sois tan difícil en vuestros recuerdos, os diré que nos vimos en el panteon de Carmelitas de Celaya.

—Sois vos? preguntó sobresaltado el general.

—Yo soy, tendedme vuestra mano.

Allende oprimió con la suya, la descarnada y huesosa de la vieja.

—Mas apretada, señor mio, que yo os quiero de veras.

Allende no sabia que pensar de aquel encuentro.

—Negocios siempre de importancia me traen á vuestro lado, necesito hablaros detenidamente, aquí cerca hay una casuca, venid.

—Vamos, dijo Allende, no sin aquella supersticion hija de aquellos tiempos.

Echóse á andar la vieja y saliendo fuera de la hacienda se encaminaron á una choza que estaba abandonada.

—Me siento en esta piedra, dijo la vieja, porque estoy fatigada.

—Haced lo que os parezca y hablad.

—Espero que sereis franco conmigo.

—Sí, yo os lo prometo.

—Pues bien, acabais de sufrir una derrota espantosa.

—Es verdad.

—Poco os ha atemorizado, veis en ella solo una peripecia que dilatará mas ó ménos el triunfo de vuestra causa.

—Precisamente.

—Hasta hoy, no habeis tenido mas enemigos que los realistas; pero ya comienzan á aparecer otros, que son acaso los mas terribles.

—No os comprendo.

—Señor general, la traicion comienza á invadiros.

—Decid los nombres, señora, y vereis caer mas cabezas que árboles al golpe de la tempestad.

—Aquietaos y escuchadme.

—Seguid, señora, y en nombre de Dios nada me oculteis.

—Mi presencia en este sitio os puede decir de mis intenciones.

—Bien, señora.

— Habeis recibido una comunicacion de *Elizondo*, solicitando ser mariscal de campo del ejército?

—Sí, he recibido ese pliego.

—Y qué habeis respondido?

—Que era una pretension absurda, que *Elizondo* no habia llegado á hacer suficientes servicios á la causa de la independencia por los cuales mereciese ese ascenso.

—Habeis hecho mal, muy mal: ¿qué os importaba un galon mas ó ménos?

—Es que se resentirian los demas jefes.

—Eso no importaba.

—Luego ese hombre....

—Se ha convertido en un traidor.

—En un traidor?

—Sí, el os espera para vengarse.

—No iré solo, señora, á la frontera, donde en breve conduciré al ejército; porque he determinado seguir sin rumbo de Zacatecas al Saltillo.

—Estad sobre aviso, ved que dos clérigos han hecho la combinacion y....

—Decid sus nombres, yo os lo ruego.

—Para qué hablar de esos miserables, lo que os importa ya lo sabeis.

—Descuidad, si *Elizondo* cae en mis manos le haré ahorcar como á un traidor.

—Hareis bien.

—Hemos concluido?

—No esteis impaciente y oidme.

—Cuidad de no engañarme.

—Me retiro con vuestro permiso, general.

—Perdonadme, pero en estos momentos hasta vuestras revelaciones me son sospechosas.... cuando se está en la desgracia se teme de todos los que nos rodean, no parece sino que el abismo se ahonda mas y mas.

—Compadezco vuestra situacion, vos no sabeis el móvil de mis acciones y por eso os mostrais desconfiado; creo que hasta hoy no os he engañado.

—Seguid, señora, y disimulad el estado de mi ánimo.

—Sabed, general, que Iriarte, ese hombre de quien desconfiásteis en Zacatecas al marcharos para Guadalajara, os traiciona tambien; está en estos momentos en vuestro campamento, os acecha, desconfiad de él.

—Esta misma noche le hago pasar por las armas.

—Hareis mal, dejadle sin perderle de vista, así no dais el grito de alarma, ved que la situacion es delicada.

—Y si ese hombre me vende?

—Creeis en mis palabras?

—Sí, sí creo, señora.

—Pues bien, si ese hombre comete un atentado corre de mi cuenta la venganza, yo os lo juro. Adios, no olvideis que *Elizondo* os espera y que *Iriarte* os vende.

La vieja pareció hundirse en la tierra, porque Allende no la vió atravesar la choza para ganar la puerta.

—Qué pasa por mí? dijo el jóven, ¿es realidad ó aparicion?.... No, me ha dicho los nombres de esos hombres.... estemos alerta, ya que los hechizos vienen en nuestro auxilio.

Allende escuchaba á lo léjos el ruido de los parches, y el clamoreo de sus soldados que lo saludaban como general en jefe del ejército de la libertad.

CAPITULO X.

LA ULTIMA JORNADA.

I.

El ejército insurgente despues de estar en Zacatecas, se habia dirigido al Saltillo camino de la frontera, pasando por el Venado, Charcas y Matehuala.

El torero Marroquin, Saca-vueltas y el Pípilo, caminaban alegremente.

—Queridos, decia el torero, cierto es que vamos de retirada; pero nuestra marcha es la de la corriente, nada nos queda en pié, acabo de degollar á dos gachupines que venian en sus carruajes.

—Marroquin, eres el hombre mas sanguinario que he visto, tienes una sed que no se sacia jamas, tú has creido que los realistas son toros y así los espabilas.

—Precisamente, como que mi venganza no tiene límites, pero ya he ofrecido que acabando con ese maldito inquisidor hago punto final.

—Pues Dios te lo traiga á las manos; porque vas á concluir por matarnos.

—No, no estoy loco, amigos mios; yo soy hombre rudo, pero comprendo que á todos nos ha de pasar lo mismo tarde ó temprano, vamos de caida y no es dificil que nos estrellemos.

—Y qué piensas hacer con tu prisionero?

—Nada, ya lo veis, lo traigo á unos cuantos pasos de distancia sin perderlo de vista.

—Y qué tal se porta?

—Perfectamente, yo no creia que estos oficiales realistas tuviesen palabra de honor; pero este capitan don Félix me tiene cautivado.

—Primera vez en la vida! exclamó el Pípilo.

—Es la primera vez que me compadezco de un hombre, yo no tengo vergüenza de confesarlo; á vuestro cálculo dejo lo que iré á sufrir cuando llegue el momento de degollarle, porque eso sí, como la vieja no me entregue al inquisidor, mato á don Félix tan seguro como esta luz que nos alumbra.

—Y esa es tu generosidad, Marroquin?

—Yo necesito á ese hombre, como que es el único que me trae en la revolucion.

—Hasta que confesaste, Marroquin, lo que yo habia sospechado.

—Ya os he dicho que la venganza me arrastra hasta la locura, y que no sé hasta donde iré á parar; sé que Núñez de Clavijero está entre nosotros, que lo tengo muy próximo, y que su dia tiene de llegar irremisiblemente.

—No quitas el dedo del renglon.

—Creo que no habreis olvidado vuestro juramento.

—Yo nunca olvido, dijo el Pípilo; está puesto en razon matar á ese miserable; pero no creo lo mismo con respecto á don Félix.

—Mira, Pípilo, no hay que compadecerse demasiado; ese hombre yo lo he conocido, andaba á salto de mata huyendo de

la justicia y con su hijo; sin tener donde llevarle, llegose al señor cura Hidalgo, quien le proporcionó cuanto necesitaba.

—Luego es un ingrato! gritó el Pipilo.

—Sí que lo es: al estallar la revolucion se presentó en la plaza y le confesó al general que no estaba por la independencia; el señor cura fué tan bueno que lo dejó marchar, quedando su hijo bajo su proteccion.

—Demonio! esto pasa de castaño á oscuro.

—Y muy oscuro. Despues se incorporó al ejército y nos ha batido con una furia como si tuviese algo que vengar.

—Veo que empiezas á tener razon.

—Y de sobra; yo le tomé prisionero, cuando la bruja me ofreció entregarme al inquisidor, y he suspendido todo para cambiarlo por ese hombre.

El Pípilo, que tenia un gran corazon envuelto en las toscas hojas de la rudeza, sintió horror por un hombre tachado de ingratitud y no se tomó mas el trabajo de defender á don Félix.

Saca-vueltas se apresuró á contestar:

—No seria malo que cuando tuvieras cerca á Clavijero y á la vieja ahorcaras á todos tres, así era negocio redondo.

—No está mal pensado; ya hablaremos de eso, yo nada echo en saco roto.

—Señores, gritó el Pípilo, ya estamos en el Saltillo, las otras divisiones deben estar alojadas, oid el toque de *retreta*; diablos! como me alegra el jarabe, no parece sino que siempre he sido soldado.

—Si no se incendia el parque en Calderon, hoy precisamente debiamos estar en México.

—Quien quita que lo estemos dentro de un par de meses?

—Mi deseo no es otro, y juro por el cura Hidalgo, que á todos esos malditos que han ayudado á las ejecuciones los he de colgar como á perros en los balcones de Guanajuato.

—Y de Guadalajara, agregó Marroquin. No sabeis que ese Calleja ha mandado fusilar á los prisioneros del puente? ya nos

vengaremos, por ahora que se apunte ese par de gachupines que dejo en el camino.... Rayos y truenos! de que recuerdo el cerro de las Bateas y la barranca del Salto, allí sí que me *harté* de matar realistas, les tomé por la mano.... estoy seguro que ellos no me perdonarán.... seguro, segurísimo.

—Mirad qué animacion ha tomada la ciudad, estos fronterizos son entusiastas, y aquí podemos estar tranquilos y organizarnos para pelear.

Saca-vueltas arrimó las espuelas á su caballo y se dirigió á una casa á pedir alojamiento para él y sus compañeros, que venian rendidos de una caminata tan larga.

II.

La casa donde Saca-vueltas se proporcionó hospedaje, tenia dos departamentos: uno estaba ocupado por un viejo dueño de la finca, y el otro fué señalado para alojamiento de los guerrilleros.

En las piezas interiores habia dos hombres que conversaban recatadamente.

—Decís, señor de Clavijero, que sois el enviado del general Cruz?

—Sí, padre Pontolongon, traigo un encargo de la mayor importancia para estos bandidos.

—Y nada teneis que temer?

—Estoy con el alma en un hilo: cierto es que llego con un carácter oficial, pero estos bárbaros son capaces de un atentado.

—Yo creo que os respetarán.

—Despues de lo de Granaditas, lo creo sumamente difícil.

—Entónces por qué aceptásteis?

—La comision es muy honrosa, ademas, pienso hacer méritos para *tornar á la Península* y ser bien recibido en la corte.

—Esa es otra cosa.

—Estoy verdaderamente admirado del órden que gu
los insurgentes.

—Yo he estado á punto de abrazar este partido y hac
un verdadero insurgente; pero como la causa va de mal en
permanezco fiel al rey, y á mi papel de *espía*. Figuraos que
dejado de avisar á Calleja de cuanto pasa y no pasa en el
tel general, á mí se me debe todo, yo hice á los conductor
parque que lo aglomerasen junto á las baterías de Caldero
peranzado en lo que aconteció, en un incendio.

—Terrible estuvo aquello.

—El éxito, señor Clavijero, porque los nuestros estaba
rotados; yo los he visto correr como unos gamos.

—Estuvimos en un peligro inminentísimo.

—Y á qué hora quereis que os lleve á la casa de Hidal

—Luego que cierre la noche.

—Y porqué ese misterio?

—Nada, es una preocupacion. Entre paréntesis, ¿conoc
torero Marroquin?

—No me hableis de ese monstruo, es un asesino á quien
por instinto.

—Y está en la ciudad?

—Debe llegar esta noche.

—Marchemos á ver á Hidalgo, quiero salir esta misma
para Monclova.

—Nuestro asunto está muy adelantado, nos espera Eli
para la última conferencia.

—Llevo unas libranzas como la última razon para co
cerle.

—Es de los nuestros, ya hemos puesto elementos en su
nos para que se haga de la plaza de Monclova y nos esper
que allí se dirige sin duda el ejército.

—No puede tomar otro rumbo.

—Y teneis fé en Elizondo?

—Mucha, es un miserable que tiembla ante la autoridad del rey, está acobardado con las ejecuciones decretadas por Calleja, ademas, la causa de Hidalgo está perdida y ese hombre no tiene el temple de los héroes; os repito que es todo nuestro.

—La operacion debe hacerse á tiempo y con todo sigilo, porque de errar el golpe pierde Elizondo la cabeza.

—Entónces corre todo de su cuenta.

—Me parece que no hay que recomendarle el negocio.

—Vamos, pues, dijo Clavijero, os repito que saldremos esta misma noche.

—Vamos, repondió el padre Pontolongon, y los dos clérigos se dirigieron al cuartel general.

III.

El cura Hidalgo, jefe del gobierno, conferenciaba con sus ministros y generales, cuando se le avisó que un enviado del virey queria hablarle.

—Que espere, dijo el cura, y dirigiéndose despues á sus compañeros les dijo: No he querido revelar mi ansiedad ante ese hombre; pero me extraña la conducta del gobierno de México, cuando no ha querido recibir nunca á nuestros enviados; decid si recibimos al suyo.

—Se necesita, dijo Rayon, saber el objeto de su venida, yo temo que una susceptibilidad comprometa nuestra causa y estoy por oirle.

—Somos de la misma opinion, dijeron todos.

Hidalgo agitó la campanilla.

—Que entre el enviado, dijo á un ayudante, que volvió á poco con el inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero, á quien acompañaba el padre Pontolongon.

—Salíos, dijo Hidalgo.

El clérigo se mordió los labios, y entornando las hojas de la puerta se puso á *escuchar*.

—Señor, dijo Clavijero, el general Cruz ha recibido del vireinato este pliego que tengo el honor de poner en vuestras manos.

—Leed, señor ministro, dijo Hidalgo pasando el pliego á Rayon.

—Señor, dijo Rayon, Venegas nos hace saber hoy el decreto de las cortes españolas fechado el 15 de Octubre del año pasado, en favor de todos las países de ultramar en que se hubiesen manifestado conmociones, siempre que se reconozca la legítima autoridad soberana establecida en la *madre patria*. Aquí teneis una nota, en que nos exhorta á aprovecharnos de esta *gracia* de *indulto*, manifestando los graves males que se han seguido como consecuencia de la insurreccion, y la ninguna esperanza de un feliz resultado, despues de tantas victorias ganadas por las armas reales; nos exhorta tambien á salvarnos de una ruina segura salvando al mismo tiempo la vida de los insurgentes que están en su poder y que no tienen mas porvenir que el suplicio, si dentro del término que fija, que es el de veinticuatro horas, no estamos sometidos con todo el ejército al gobierno español.

Enrojecióse el rostro sereno del anciano, y dijo con un acento sonoro y elocuente:

—Señor ministro, contestad á Venegas que no entraremos en trato alguno que no tenga por base *la libertad de la nacion;* decidle que han perecido muchos europeos, y que seguiremos hasta el exterminio del último, si no se trata con seriedad de una racional composicion; decidle ☞ *que el indulto es para los criminales y no para los defensores de la patria!*.... decidle que no se deje alucinar de las efímeras glorias de Calleja: estas son relámpagos que mas ciegan que iluminan, que hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros.

Clavijero veia al anciano con una inquietud profunda: no era el hombre que él habia pensado encontrar: lo hallaba grande, valeroso, altivo, como se sueña un héroe.

—Creed, señor enviado, continuó Hidalgo, que nuestras fuerzas hoy en el dia son verdaderamente tales, que no caeremos en los errores de las campañas anteriores, y que en el primer encuentro con Calleja quedará derrotado para siempre!....

—Está bien, señor, murmuró Clavijero.

—La nacion toda está en fermento, estos movimientos han despertado á los que yacian en letargo.... los cortesanos que aseguran ser pocos los que piensan en la libertad, se engañan; la conmocion es general y no tardará México en desengañarse si con oportunidad no se previenen los males.

—Todo lo haré presente á S. E., murmuró Clavijero.

—Poned, señor ministro, al final de esa nota, que suspenderé las hostilidades y no quitaré la vida á ninguno de los muchos europeos que tengo en mi poder, hasta que Venegas me comunique á su vez su última resolucion.

El inquisidor estaba admirado de la arrogancia de Hidalgo.

Luego que Ray.n concluyó de escribir la nota, el cura y Allende la firmaron.

—Tomad, dijo el anciano, entregad este pliego y decidle á vuestro amo todo lo que habeis visto.

Clavijero hizo una genuflexion y salió del cuartel general lleno de espanto.

CAPITULO XI.

EXPEDICIONES.

I.

Tres viajeros habian llegado á Santa María, que es la primera jornada del Saltillo á Monclova.

Diremos que el largo trayecto que média entre estos dos puntos está formado por llanuras desiertas refrescadas solamente por las lluvias, pero exhaustas de manantiales y de toda vejetacion que parece agruparse en derredor de las aguas.

Algunos árboles suelen encontrarse en aquellas soledades, como fantasmas que vagan en el silencio del desierto.

Los bárbaros en sus excursiones de pillaje suelen atravesar esos campos abandonados por Dios y por los hombres, y las fieras tienen su pleno dominio en los desiertos.

Los parajes donde el viajero toma descanso, son unos verdaderos aduares, pueblecillos expuestos á la intemperie y que viven sin explicarse el *por qué* de su existencia.

En siete puntos del trayecto se han practicado unos pozos

profundos para extraer el agua por medio de *norias*, de donde ha tomado el camino que abraza las jornadas hasta Monclova el nombre de *Las Norias de Bajan.*

La *traicion* ha eternizado ese nombre, que se recoje en el episodio sangriento de Chihuahua y sobre el cadalso de los primeros caudillos de nuestra independencia.

Deciamos que tres viajeros habian llegado á Santa María.

—Aguarden aquí, muchachos, dijo el que parecia ser amo, miéntras entro en esa choza cercana.

Los mozos obedecieron y el amo se acercó al *jacal.*

—El es! dijo un hombre alto y enjuto que tenia cubierta la cabeza con un pañuelo, cuyas puntas le caian á los lados de la cara.

—Señor don Pedro, ya estaríais con cuidado.

—No lo niego, han comenzado á cegar las norias y ya los caballos se mueren de sed.

—La operacion ha comenzado temprano.

—Ya sabeis que esto constituye el punto principal, la base de....

—Sí, ya comprendo, en cinco ó seis dias de camino, los soldados y los animales no habrán podido resistir á la sed, y si llegan á Monclova, será diezmados y en la derrota peor que puede darse, la fatiga.

—Perfectamente! supongo que *Elizondo* cumplirá su palabra.

—Ya en estos momentos debe haberse hecho de la plaza de Monclova y salido á Bajan, que es el punto destinado.....

—Temo que ese traidor nos traicione á su vez....

—No hay que temer por ahora; ese miserable espera tomar un buen botin, sabe que Hidalgo trae cerca de un millon en pesos y barras!

—Buen bocado!

—Dadme noticias, padre Pontolongon.

—Oidlas, que son importantes. Luego que salísteis continuó la *junta; Hidalgo,* Allende y el licenciado Aldama, partirán

para los Estados-Unidos á buscar apoyo y á la compra de armamento: el último está nombrado embajador.

—Y el ejército?

—Queda á las órdenes de Rayon; porque los generales creen que con el dinero que llevan es suficiente para toda su combinacion.

—Demonio! eso nos contraría; porque pensábamos darles el golpe á todos reunidos.

—No puede ser, Rayon se queda con el ejército, y una escolta de mil y tantos hombres es lo que viene con Hidalgo, Jimenez, Allende y Abasolo, sin contar con su acompañamiento numeroso. Hidalgo es capaz de popularizar su causa en el país vecino y darnos mucha guerra todavia.

—Es un hombre de gran talento y todo lo espera de su genio.

—No obstante, creo que el ejército pierde mucho con la separacion de los caudillos.

—Es que Rayon no es ménos intrépido.

—Si logramos la aprehension de los generales, la revolucion languidece si no es que muere.

—El golpe es decisivo.

—Nos pondremos ahora mismo en camino, atravesaremos esta distancia que parece prolongarse demasiado y prevendremos á Elizondo de lo que pasa.

—Quiero dormir algunas horas.

—Como gusteis, padre Pontolongon.

El antiguo maestro de aposentos se tiró en una estera y á los pocos momentos comenzó á roncar como un desesperado.

II.

Los mozos que permanecian fuera de la choza tenian á la vez su conversacion muy empeñada.

—Anoche, decia uno de ellos, la bruja volvió á aparecer.

—Demonio!

—Yo creia que se trataba del canje y que ya me traia al inquisidor.

—En qué nuevo embolismo te ha metido?

—Acercóse misteriosamente y me dijo: esta noche sale el padre Pontolongon para Monclova, pretestando que va de aposentador; síguelo y tendrás en tu poder á Núñez de Clavijero.

—Y no te exijió la entrega de don Félix?

—No, lo he dejado en poder de Saca-vueltas, que espera mi aviso para devolvérselo á la bruja.

—A mi vez quiero hacerte una revelacion.

—Habla, Pípilo.

—En la hacienda del Pabellon me encontré á tu bruja, iba con el general Allende, ambos entraron á una casuca, yo me puse á escuchar por fuera entre los carrizos de la cabaña, y oí una terrible revelacion.

—Puedes decirme algo?

—Sí, escucha: la bruja le avisó al general, que *Elizondo* le traicionaba y estaba dispuesto á entregarle en manos de los realistas.

—Y cómo emprende entónces la marcha? cuerno del diablo!

—Fia en que la escolta es superior á las fuerzas de Elizondo, y piensa colgar á ese traidor.

—Sí que ahorcaremos á ese canalla.

—Mira, Marroquin, que esta marcha va á ser terrible, nota que ya han cegado la primera *noria* y así encontraremos las demas, y que ya debilitados por una contrariedad tan espantosa como la falta de agua, no habrá fuerzas para la resistencia. Temo mucho un desastre, sabes que estamos de desgracia y....

—Siempre tú con presentimientos.

—Que siempre se realizan.

—Será necesario avisar al señor Hidalgo lo que pasa.

—Pues quédate aquí, que yo retrocedo.

—Está bien.

—Antes es necesario hacernos una promesa.

—Habla.

—Un grande infortunio, dijo el Pípilo, amenaza á nuestros queridos generales: si ese Elizondo los traiciona, es necesario matarle.

—Sí, matarle como al inquisidor. Mira, Pípilo, ya me conoces, soy tenaz hasta morir; en estos momentos no sé donde voy, la bruja me ha puesto sobre la huella de Clavijero y marcho sabiendo que al fin lo he de encontrar. Cuando me dijiste: vamos de escolta, conviene que te disfraces, que no sepan quien eres, tu voz me pareció providencial y partí contigo escoltándo á este clérigo, de quien desconfio como de Elizondo.

—Síguelo, Marroquin, y mátalo á la primera que lo agarres, mira que es un solemne bribon.

—En el *Espinazo del Diablo* lo estrangulo, ya tenemos bastantes datos para creer que nos vende; lo respeto porque sé que es mi guia para encontrar al inquisidor.

—No olvides tu promesa, Marroquin.

—Yo se la recordaré, dijo una voz con la entonacion destemplada de quien ha perdido el juicio.

—Nos escuchabas, miserable!

—Sí que os escuchaba; pero Antonio Pedraja es vuestro amigo y nada teneis que temer; cuanto habeis hablado ya me lo sabia.

Y el loco soltó una de sus carcajadas de costumbre.

—Mira, Pedraja, que tú no estás loco.

—Ya se ve que no lo estoy.

—Puedes ayudarnos?

—Nunca os he abandonado.

En aquellos momento atravesaba un coche en que iba Rosalía, Treviño y su nieto: aquella infeliz familia caminaba en pos de D. Félix, á quien tenian en rehenes los toreros.

Rosalía no habia logrado ver á su esposo, la gitana no cesaba

de decirla que pronto estaria en sus brazos, y empujaba á Marroquin sobre la huella de Núñez de Clavijero.

Aquellos hombres estaban á corta distancia, y se encontrarían al fin.

Treviño caminaba rumbo al Saltillo, formando parte de la caravana de Hidalgo.

El portugues tuvo una entrevista con el general, quien habia dado órden á Marroquin de poner en libertad á D. Félix; pero este no obedeció y guardaba al capitan como á una muchacha; era lo único que le garantizaba su venganza.

Saca-Vueltas era un Argos, no dejaba movimiento al prisionero, y estaba dispuesto á matarlo cuando se ofreciera.

El capitan estaba desesperado hasta el último extremo y no sabia la suerte que se le reservaba: los toreros le traian en sus caminatas arrostrando las penalidades y peligros, y temiendo á cada instante ser víctima, ya de los realistas, ya de las desconfianzas de sus guardadores.

Aquella situacion estaba próxima á terminar.

Deciamos que atravesaba el coche de Treviño: Antonio Pedraja se fijó en Rosalía; detuvo su mirada en el rostro de aquella mujer cuya pasion lo habia enloquecido, la reconoció perfectamente, sus ojos rodaron centellantes por sus órbitas, sus brazos se retorcieron, y lanzó al fin un espantoso grito.

Rosalía se volvió al escuchar el grito, fijóse á su vez en su desgraciado amante, y apenas pudo reconocerlo entre la selva de cabellos que cubrian su frente y la sombra espesa que en desórden ocultaba casi todo su rostro.

Estremecióse aquella mujer; vió el estrago que su ingratitud habia producido en aquel ser tan infeliz, y el remordimiento punzó su corazon.

—Rosalía! Rosalía! gritaba el loco con voz estentórea, te encuentro al fin.... mira mi frente, mira mi semblante, todo se ha agostado con los dolores.... mi cerebro ha enloquecido...

estoy demente!---- ven---- ven---- ten compasion de este pobre loco!----

El coche siguió en su marcha rápidamente.

Rosalía ocultó el rostro entre las manos y lloró con la amarga tristeza del que ha causado una gran desgracia á su semejante.

Pedraja no pudo moverse, sus piernas vacilaron, y cayó al fin sobre las piedras del camino.

—Loco de remate! dijo Marroquin.

—De remate! respondió el Pípilo.

—Márchate, que el tiempo corre.

—Adios, hermano, pronto nos volveremos á ver.

—Cuidado con que se te escapen esos bribones.

—Adios!

El Pípilo saltó sobre su caballo, y volviéndose por el camino del Saltillo, se dirigió al encuentro de Hidalgo, para avisarle que las *norias* estaban cegadas y que Elizondo estaba á punto de cometer una traicion.

CAPITULO XII.

EL ESPINAZO DEL DIABLO.

I.

El padre Pontolongon no se habia engañado; los principales caudillos de la revolucion habian determinado pasar á los Estados-Unidos para hacerse de armamento y procurar el reconocimiento de la independencia.

El Lic. Aldama habia llegado á San Antonio Béjar para aproximarse al suelo americano; ahí la traicion impía le tomó en sus redes, y al estallar la contrarevolucion fué preso y pronto moriria como Letona, el primer embajador.

Rayon habia quedado al frente del ejército independiente, mientras los caudillos, acompañados de una escolta de mil quinientos hombres con alguna artillería, y seguidos de una gran caravana de emigrantes y un gran tren de bagajes, caminaban por ese desierto que se extiende del Saltillo á Monclova, donde están las siete norias llamadas de Bajan.

Los revolucionarios de Béjar se pusieron de acuerdo con Eli-

zondo, que estaba á las inmediaciones de Monclova, para darle el golpe á la plaza.

Elizondo era un capitan de compañías presidiales; habia tomado parte en el movimiento de independencia para engrandecerse: solicitó ser teniente general, lo que le fué negado por Allende; entonces aquel miserable pesó en el fiel de sus intereses su venganza, y halló que un gran crímen podia darle mas aún de lo que le negaba la revolucion.

Acorde con los españoles para volver á sus antiguas filas, arrastrando tras sí existencias que la humanidad ha declarado inapreciables, dispuso un plan infame de cuya realizacion se encargaria la fatalidad.

Elizondo dispuso un baile, al que invitó el gobernador de Monclova, y en medio de aquella alegre fiesta y cuando los votos y juramentos se vertian con la efusion purísima de la amistad y el patriotismo, Elizondo, que concurria como el renegado apóstol al último convite, intimó prision á los insurgentes, despues que sus soldados habian sorprendido los cuarteles y héchose de la plaza.

Púsose en prision á la ciudad, rodeándola de tropa para que la noticia del movimiento no llegase á Hidalgo, que caminaba como Moisés por el desierto, seguido de un pueblo en busca de la salvacion.

El itinerario que traia la caravana, marcaba para el dia 21 *de Marzo de* 1811 la llegada de Hidalgo á Acatita de Bajan.

Elizondo salió el 17 con sus fuerzas y se dirigió á ese lugar, donde dispuso una emboscada, primer acto del drama ante el cual protesta la humanidad entera.

II.

El inquisidor y el padre Pontolongon llegaron á Acatita de Bajan.

—Señor Elizondo, decia Clavijero, he recibido vuestra carta y he querido venir personalmente.

—Sé que ha salido ya Hidalgo de Monclova y le espero con impaciencia.

—Estad tranquilo, nada sospecha, por el contrario, cree que le esperais para escoltarlo hasta la frontera.

—Bien.

—Habeis encontrado al Lic. Aldama?

—Ya está asegurado.

—Perfectamente; aquí os traigo los pliegos del vireinato, por los cuales vereis toda la fortuna que os aguarda: ascensos, dinero, honores, cuanto querais; y en verdad que todo es debido á una accion tan meritoria: vais á dar el golpe de gracia á esa revolucion de herejes.

Elizondo abrió los pliegos, y en sus ojos brilló un relámpago del infierno, luz sombría en el mundo de su ambicion, tentacion maldita del espíritu de la codicia.

—Sí, dijo sediento de riqueza; todo, todo por alcanzar estas promesas---- es poca la sangre que vierta, yo tengo ultrajes que vengar---- sí, muchos---- tengo que alzar muy alto el pedestal de mi porvenir---- he ofendido á mi rey, y solo así puedo estar perdonado; volveos, señor Clavijero, volveos, y decid al virey que tras de vos irá el emisario con la noticia de la captura de los insurgentes.

—Contad con que todo lo que se os ofrece será cumplido religiosamente.

—Así lo espero. Y vos, padre Pontolongon, incorporaos á la caravana y avisad á Hidalgo que el alojamiento está dispuesto, llevadle este oficio que tenia escrito de antemano, en que le ofrezco mis seguridades y adhesion; es necesario arrancar cuantas sospechas pueda abrigar, ved que importa mucho á la causa del rey y de la religion.

—Ni el rey ni la religion estarán descontentos, he trabajado sin descanso durante muchos años, he espiado, seguido, acecha-

do á mi antiguo rector, hasta traerle á vuestras manos; creo que he cumplido con mi consigna.

—Está bien, dijo el inquisidor, estoy contento de vos y recibireis el premio; descuidad, que de todo me encargo.

—Pues retrocedamos, señor Clavijero; en el *Espinazo del Diablo* debemos encontrar á los insurgentes.

—Me conocerá alguno?

—Nadie ha de reparar en vuestra persona, ese tumulto es horrible; allí á nadie se distingue.

—Fio en vos, padre Pontolongon.

—Idos pronto, señores, dijo *Elizondo*, vuestra presencia me está comprometiendo, una sola palabra puede malograr el lance.

El inquisidor y el clérigo montaron un sus caballos, y seguidos del torero que no los perdia de vista se alejaron rumbo á la Punta del Espinazo del Diablo.

—Señor don Pedro, la hemos hecho perfectamente: en Acatita de Bajan está el único *aguaje*, y esa tropa sedienta lo tendrá de buscar por fuerza.

El inquisidor no respondia.

El padre Pontolongon continuó:

—Está de malas la insurgencia, ya veis, al cura Mercado, al héroe de San Blas, se le encontró hecho pedazos en una barranca profunda en el camino de Tepic; así se paga todo en el mundo, tantos señores españoles que han muerto---- Asistí en Guadalajara á la traslacion de los restos de los fusilados---- en la barranca del Salto---- ¡qué horror! --- parecia la traslacion de un cementerio---- conocí á Calleja con su frente mezquina y sus ojos de tigre, demonio!---- sus labios delgados se contraen á menudo, respira bilis el general---- Dios mio!---- las ejecuciones de Guanajuato y Guadalajara, á pesar de ser tan justas, me han aterrorizado, ese hombre es peor que *Pedro el Cruel;* ¿no os parece lo mismo?---- ¡con mil diablos, estais sordo, señor Núñez de Clavijero? gritó el padre Pontolongon.

—No, no lo estoy, dijo el inquisidor, pero excuso responder á tanta necedad; tengo negocios mas importantes en que pensar.

El torero Marroquin oyó aquel grito, que era una revelacion, y pensó en los hechizos de la bruja.

—Clavijero! murmuró llevando la mano á su puñal; él, el inquisidor---- lo llevaba cerca de mí y no le habia conocido!---- miserable, esta vez no se me escapará---- siento que se rebela en mi alma todo el odio mortal que le profeso á ese verdugo---- yo estoy empapado en sangre hasta los cabellos---- él, él tiene toda la culpa---- en el tormento de mi padre se desarrollaron en mi alma estos instintos feroces---- cuantas víctimas ha hecho mi furor!---- si yo hubiera encontrado antes á este hombre!---- pensemos en mi venganza---- él no sabe que la muerte vuela en su derredor---- es necesario ocultarme, si me descubriesen podrian asesinarme; conserva el vigor nervioso de la rábia y la desesperacion---- yo podria matarle ahora mismo, pero quiero gozarme en su agonía que ha de ser terrible---- espantosa!----

Los dos clérigos caminaban preocupados por distintos pensamientos, pero todos convergentes hácia el punto de destruccion de sus enemigos. La tarde comenzaba á caer cuando los viajeros entraron en el Espinazo del Diablo, que es una sucesion de rocas blancas como la nieve y que se prolongan en una extension de diez leguas.

La configuracion que presentan sobre aquellas llanuras y el color blanco, les han dado el nombre del *Espinazo del Diablo.*

Las sombras de la noche se extendian en el horizonte como los primeros velos de la noche; unos celajes puestos al occidente reflejaban con la apacible luz del crepúsculo, y reinaba un profundo silencio en la extension que se tocaba con el cielo. Los tres viajeros parecian tres fantasmas sobre la huella de su destino.

Repentinamente el silencio de aquellas soledades se turbó

por el chasquido de las herraduras sobre las rocas: eran doc ginetes á cuya cabeza iba Pedro el Negro.

—Quiénes son? preguntó asustado el inquisidor.

—No temais, dijo el padre Pontolongon, es la primera descu bierta del ejército de Hidalgo.

Pedro el Negro se acercó al clérigo y le reconoció en e acto.

— Habeis preparado el alojamiento para el general?

—Ya está todo arreglado.

—No dilata en llegar, esta noche acamparemos aquí; demo nio! estos gachupines han cegado las norias de *Santa María* y *Anelo* y á la del *Espinazo* le pasa lo mismo; ya nos las pagará todas juntas.

—Descansaremos en aquella choza.

—Sí, que vengo muerto de sed lo mismo que mis guerri lleros.

Los clérigos y Pedro el Negro se apearon, y entónces el tore ro Marroquin se acercó á este y le hizo una seña de inteli gencia.

Pedro se alejó de la choza y habló unos momentos con el to rero.

—Listo! dijo Pedro, y en compañía de Marroquin volvió a *jacal* donde estaba el padre Pontolongon y Clavijero.

Entróse el torero á la choza y descubriéndose el rostro le di jo al inquisidor:

—¿Me conoces?

—Dios eterno! exclamó Núñez de Clavijero.

—Creiste haberme matado y te engañaste, miserable!

El padre Pontolongon estaba trémulo, comprendia que iba pasar un lance horrible.

—Hola! gritó Pedro, llamando á los guerrilleros, asegurad ese fraile mientras le ajusto las cuentas.

Los soldados ataron al padre Pontolongon, que habia perdi do el habla de terror.

El inquisidor estaba solo frente á su mortal enemigo.

Los dos bandidos se arrojaron sobre Clavijero, le ataron las manos y con una sangre fria terrible le pusieron un lazo al cuello, apoderándose de los extremos, y entónces comenzó un *tira y afloja* de agonía y tormento inexplicables, en que Clavijero luchaba suspendido entre la muerte y la vida á merced de sus verdugos.

Aquel refinamiento de crueldad era espantoso: el lazo habia rozado el cuello del inquisidor y escurria sangre; la fisonomia del desgraciado parecia la de un réprobo marcada con los tintes sombrios de la desesperacion.

El rostro de Clavijero se puso cárdeno, sus ojos se inyectaron y las venas y músculos del cuello se hincharon para impedir la falta de respiracion.

—Ya estás en mi poder, dijo el torero; no vengo á derramar tu sangre por cobrarte la de mi herida---- no, yo vengo á castigarte; porque la cólera del cielo debia caer sobre tu cabeza.... tú me has arrastrado al asesinato---- yo era niño y no sabia lo que era odiar, hasta que te conocí en aquella noche cuyas sombras viven en mi alma.

—Compasion---- compasion! murmuraba con voz ahogada el inquisidor.

—Te he buscado al traves de este mundo de sangre en que he entrado---- y te encuentro al fin---- vas á morir y he querido ántes saborear tu agonía; llama en derredor tuyo las sombras de los que has asesinado en el tormento---- he querido que escuches en tu última hora los lamentos de tantas víctimas---- ellas se acercan en tropel á demandar venganza!----

—En vano huyes la vista del espectáculo que tienes delante---- esta es la justicia de Dios!---- esa justicia que debe alcanzarme, porque yo estoy tambien manchado con la sangre de mis semejantes---- tú me has arrastrado al abismo en que vas á hundirte---- yo sé que la cólera del cielo va á estallar sobre mi frente---- espero ese dia que llegará al fin!

—Arrepiéntete,

—Dejadme----

gota sobre mi cora

la *rueda*, y me trit

jadme, yo muero!

—Así, así, excl

ciencia se revelan y

prolongar tu agonía

—Maldicion!----

no se abre para trag

—Sea de una v

la reata, á cuyo ext

el Negro.

Núñez de Clavijer

tendió los brazos, cri

toso de desesperacion

—Padre, ya estás

plomarse el cadáver d

—He cumplido m

II.

Treviño llegó á la casuca del *Espinazo del Diablo*, saltó del coche para ver si podia alojarse en el *jacal* donde habia tenido lugar aquella peripecia dramática.

Entrose el portugues y tropezó con el cuerpo de Clavijero, sacó su *mechero*, prendió la flama y al disiparse las sombras contempló el rostro del inquisidor, que conservaba el tinte feroz que habia caido en su semblante durante su prolongada agonía.

Treviño se estremeció, sus ojos se fijaron en el cadáver y murmuró con voz apagada:

—Hermano!.... hermano mio!.... y se echó á llorar amargamente.

Llamó á sus criados, recojió aquellos restos queridos y les dió sepultura al pié de las rocas.

Tomó unas ramas secas y formó una cruz que plantó sobre la tierra escarvada.

—Huyamos de aquí, dijo el infeliz; sobre esta tumba se alza la sombra inexorable de Dios!

CAPITULO XIII.

LA EMBOSCADA.

I.

Caminaba por el desierto el pequeño ejército de Hidalgo en medio de las penalidades mas horribles; las *cisternas* habian sido cegadas y el calor abrasante de aquellas regiones era la muerte para hombres y animales.

Los soldados caian muertos de fatiga, y los caballos se tiraban sobre aquellas arenas donde reverberaba el sol en toda su fuerza.

El agua se habia agotado; era necesario forzar las jornadas para que la jente no encontrase su sepulcro en la soledad abandonada.

En todo el desierto habia un solo *aguaje*, el de Acatita de Bajan, donde Hidalgo se encaminaba violentamente.

El caudillo estaba alarmado, la huella de su peregrinacion se marcaba con los cadáveres de sus pobres soldados, aquellos héroes que lo habian acompañado desde el dia primero de la revolucion.

Volver la vista hácia atras era desgarrarse el corazon: niños y mujeres arrastrándose por los arenales, enfermos, decaidos por una sed abrasadora, y el sol, aquel sol reverberante, dando de continuo sobre las llanuras como si se hubiera estacionado en el horizonte.

La tarde del 20 de Marzo, aquella tropa peregrinante supo que estaba á corta distancia del *agua*, y que á la mañana siguiente tendrian fin su hambre y su sed.

Reanimóse la caravana á la vista de aquella tierra de promision, y las mujeres, esas eternas compañeras del hombre en sus vicisitudes, se adelantaron con sus hijos en medio de la noche para llegar las primeras al campo de Acatita de Bajan.

El torero Marroquin caminaba silencioso, su rostro habia sufrido una variacion horrible, parecia que el bandido se habia hecho viejo en una sola noche.

—Vamos, decia el Pípilo, tú te guardas algo.

El torero no respondia.

—Mira, Marroquin, que voy á reñirte.

—La imágen de ese hombre, contestó el torero, no se aparta un instante de mis ojos, he matado á muchos.... sí, á muchos, me he gozado en verles agonizar; pero siempre sus rostros revelaban una pena profunda y sus labios pedian misericordia; pero la faz del inquisidor no se parecia á la de ninguno.... parece que el demonio le habia prestado su gesto.... Yo tiemblo solo á ese recuerdo.... te confieso que tengo un miedo horrible.... ademas, esa bruja misteriosa.... esa mujer.... yo no comprendo su intencion al poner en mis manos á Núñez de Clavijero.

—Yo lo entiendo ménos, contestó el Pípilo; el resultado es que te has vengado á tu sabor.

—Es verdad.... no me pesa; pero hay algo dentro de mí, que al apagarse la llama de mi venganza, me grita en medio de la oscuridad de mi alma, que mi hora se acerca.

—Supersticioso! exclamó el Pípilo riendo á carcajadas.

—Puedes reirte cuanto quieras; pero no es ménos cierto lo que te digo.

—Escúchame, Marroquin, yo quiero ocultar con fingida alegría los presentimientos de mi corazon.... durante esta marcha por el desierto, esta huida á la tierra extrangera, he pensado que la suerte nos ha abandonado, y que entramos en la de *malas*.

—Es verdad.

—En vano he dicho al señor cura Hidalgo que Elizondo lo vende, fia mucho en la tropa, que despues de tanta marcha ya no tiene aliento; en vano tambien le dije que los traidores habian cegado los pozos y roto las *norias*, ha estado como siempre invariable en su resolucion.

—Recuerdo ahora que tenemos algo pendiente.

—Sí, dijo el Pípilo llevando la mano á su puñal, hemos jurado matar á los traidores, ¿te has arrepentido?

—No, creí que Clavijero seria la última víctima; pero el destino me reserva aún para verter mas sangre.

—Sí, mas sangre; porque estoy seguro que esos miserables, mañana nos traicionan.

—Insistes, Pípilo?

—Insisto; porque esa bruja no ha dicho jamas una mentira, y porque á tí te consta que el inquisidor y el padre Pontolongon han hablado con *Elizondo*.

—Precisamente.

—Entónces?

—Será cosa de pelear y nada mas.

—Estoy dispuesto, y vive Dios que seré terrible en esta ocasion.

En aquel momento se acercó á Marroquin la gitana.

—Vengo á que me cumplas tu palabra.

Asustose el torero al oir la voz de la bruja.

—He satisfecho tu venganza, y sin embargo ese bandido que sirve de custodia á don Félix, se ha negado á entregarle.

—Me parece imposible.

—Acompáñame, es necesario que don Félix salga esta noche misma de vuestro campo.

—Dónde está Saca-vueltas?

—A una legua de aquí, viene á la retaguardia del ejército.

—Le esperaremos aquí.

—No, ven conmigo.

—Mi caballo no puede dar un solo paso.

—Marroquin! gritó la bruja, eres un miserable!

—Ved que me insultais.

—Y qué me importa, asesino despreciable?

El torero comenzaba á ponerse furioso.

—Cuando te he visto sediento de la sangre de Clavijero, me he compadecido de tí, porque te animaba un sentimiento generoso, la venganza de tu padre; creí que al dar el último golpe á tu enemigo, me cumplirias al ménos una palabra arrancada la víspera del asesinato.... hice mal, tus instintos infames no se volverian hácia el lado del honor.

—No me desesperes, bruja infernal! gritó el torero.

—Yo sé, continuó la gitana, que tu espíritu se abatiria despues de la muerte de Clavijero; porque ese hombre valia mas que tú, á pesar de las bacanales de sangre de las Bateas y del Salto!

—Miserable!

—Tú, tú eres el miserable, que creyendo burlar una palabra, desprecias la venganza de una mujer.... Marroquin, mañana á estas horas, acuérdate de mí.

El torero disparó un pistoletazo á la gitana; pero á la luz del fogonazo vió que la bruja habia desaparecido.

"Elizondo forn
para hacer los hon
jefes, dejando á s
mino, un destaca
á la vanguardia, c
de la mision de P
cutar.

"En tal disposic
los insurgentes, qu
veintiuno de Marz

"Presentóse des
tamante y cuatro
lar cosa alguna y s
taguardia, donde se
resistencia.

"Seguia á estos
quien se practicó
demora; venia en p
doce ó catorce hom

miserable y echando mano á sus pistolas, las disparó sobre aquel renegado, que escapó milagosamente al tiro dado á quemaropa.

"Entónces Elizondo no repuesto aun de su espanto, gritó con acento aterrorizado: ¡fuego! ¡fuego!

"Los soldados dispararon sobre el carruage.... el hijo de Allende tenia atravesado el corazon!"

Jimenez, que acompañaba al jóven caudillo, se echó fuera del coche y conteniendo el ímpetu de Allende se entregó prisionero.

Avanzó Elizondo al carruage de Hidalgo que venia escoltado por Marroquin, y cediendo á la magestad del héroe, se quitó el sombrero, manifestando en su apostura lo humillante y vergonsoso de su situacion.

—Podeis retiraros, caballero, dijo Hidalgo, me causa verdaderamente pena veros desempeñando un papel que no creí jamas hubiérais aceptado.

—Señor....

—Soy vuestro prisionero, os encargo á mis soldados, olvidaos de que habeis estado bajo sus banderas, invoco para ellos simplemente la humanidad.

Luego que los caudillos estuvieron perfectamente asegurados, Elizondo se adelantó con el grueso de sus fuerzas al encuentro de los mil quinientos soldados que custodiaban la caravana y que llegaban á Acatita de Bajan diezmados por las penalidades del desierto.

La confianza con que los insurgentes caminaban hácia Monclova creyendo encontrar amigos nada mas, hizo que al ver á lo léjos las tropas traidoras en formacion de hacer los honores, no sospechasen la perfidia de Elizondo; este se adelantó violentamente y al cuarto de hora de camino ya les habia encontrado, arrojóse sobre la artillería dando muerte al oficial de vanguardia, apoderóse de los cañones, hizo cuatro disparos sobre el

grueso de la fuerza, y la dispersion se efectuó momentáneamente.

Los indios acuchillaron á los artilleros y la caballería capturó á mas de ochocientos de los dispersos.

Entre los prisioneros se encontraban don Juan Aldama, y don Mariano Hidalgo, hermano del cura, don José Santos Villa, que hacia concurrido al grito de Dolores, el padre Balleza, el ministro de justicia don Jose María Chico y multitud de jefes y oficiales de todas categorías, así como los frailes y clérigos que tomaron parte en la insurreccion.

Sobre el campo se fusilaron á todos los oficiales que habian pertenecido á las banderas del rey.

Los soldados caminaron á presidio, y los paisanos fueron consignados á las fincas de campo inmediatas en servidumbre perpetua.

La noticia de la prision de los caudillos se recibió en la corte de México el Lúnes Santo 8 de Abril de 1811.

III.

Consumada la traicion mas horrorosa que registra la historia de aquellos dias aciagos, Elizondo entró en M nclova con el séquito de prisioneros, en el alarde proditorio de su infamia.

El populacho acaudillado por los frailes salió al encuentro de los vencedores y atronaba el aire con los gritos de ¡Viva Fernando VII! ¡mueran los traidores!---- ¡Muera Hidalgo!

Destacóse por uno de los ángulos de la plaza el padre Pontolongon seguido de una chusma desarrapada de canallas que habia recojido en los suburbios de la villa, y se lanzó gritando como un rabioso:

—¡Las cabezas de Hidalgo y de Allende! ¡Muera la insurgencia!---- ¡Mueran los impios! ¡las cabezas!

La multitud respondia con frenesí, nuestros caudillos veian con reposado desden las oleadas de aquel motin, estrellándose ante la solemne magestad de su infortunio.

Aquel mismo pueblo, sin la traicion de Elizondo, hubiera alfombrado el suelo de rosas y levantado arcos triunfales á los hombres de la independencia---- ¡tal es la condicion humana!

El padre Pontolongon estaba ébrio de entusiasmo.

—Señores, decia á un grupo de amigos, con *estos ojos que se han de comer la tierra, he espiado* al cura Hidalgo durante el rectorado y su hereje revolucion.... ahora sí que estoy mas que satisfecho ... figuraos que tuve que hacerme *insurgente*, eso sí, fué por mandato del obispo, no estoy excomulgado. Dios sabe que he estado en las filas de estos malditos por defender la causa de la religion y del rey---- he pasado muchos sinsabores, las matanzas me horrorizan, por supuesto cuando se ejercen con los nuestros, en cuanto á los insurgentes bien merecido lo tienen, ¡herejes! para ellos hierro candente!---- ¡blasfemos!---- estoy que no quepo en mí mismo de gozo, esto es mas de lo que se podia esperar---- Marroquin el torero ya está en las astas del bicho, veremos si es tan bueno para morir como para matar---- asesino!---- asesino!

—No quiere su reverencia un trago de licor? dijo uno de los del corrillo.

—Venga, eso nunca sobra ni hace mal, yo formo siempre que se dá ese toque.

—Y le enseñaron los insurgentes á su reverencia á beber?

—En obsequio de la verdad debo decir que ya sabia yo desde el siglo pasado.

Pusiéronse á beber como unos desesperados los del corrillo en compañía del venerable padre Pontolongon, celebrando la victoria espléndida de Elizondo.

Durante la conversacion del clérigo, dos hombres del pue-

blo lo habian estado acechando tras una esquina, sin perderl de vista, y recogiendo sus palabras.

—No tenemos ya duda, dijo uno de ellos.

—Es un infame este clérigo.

—Estás resuelto á lo que hemos convenido?

—Enteramente.

—Pues aguardemos, ya la noche no dilata en caer y entón ces....

—Silencio y disimulemos.

Los dos individuos se mezclaban á los grupos y gritaba como ellos pidiendo las cabezas de los caudillos; pero procuran do en medio de aquel motin, no separarse de la tienda á cuy puerta hacia sus libaciones el padre Pontolongon.

Luego que cerró la noche, la chusma se dispersó bajo la pr mesa de Elizondo de que los héroes serian castigados de un manera ejemplar.

El padre Pontolongon, atarantado con los vapores del agua diente, estuvo algunas horas con sus amigos, y despues se lanz por las calles sin atinar rumbo ni camino, entróse por un ba rio y ya iba tomando la salida de la villa, cuando los hombr que no habian cesado de seguirle, se arrojaron sobre él, le at ron un pañuelo á la boca para que no gritase, montáronle á l grupa de uno de sus caballos y á todo escape se alejaron d Monclova rumbo á las *Norias de Bajan.*

CAPITULO XIV.

SUPLICIOS Y EJECUCIONES.

I.

Los caudillos habian sido aprehendidos en territorio sujeto á la comandancia de las provincias internas, por lo tanto le tocaba el conocimiento de las causas, así es que los reos salieron de Monclova para Chihuahua el 26 de Marzo de 1811.

Los héroes de la independencia mexicana iban cargados de cadenas: así lo pedia la humanidad para consumar su triunfo!.... así lo demandaba el porvenir para alzar templos á su heroismo y la historia para esculpir en mármoles sus nombres!....

Los soldados veian con respeto á los prisioneros; una sola palabra hubiera bastado para volverse contra su jefes; no obstante, esa palabra no salió de los labios de aquellos mártires.

En un punto llamado el Alamo, separaron á los eclesiásticos con excepcion de Hidalgo, y los condujeron á Durango, donde fueron vilmente ejecutados por los sicarios de aquel poder terrible que venia atravesando como una tempestad el ancho cielo de tres siglos.

Di[illegible]
d[illegible] N[illegible]
ri[illegible]
b[illegible] y en
compuesta de m
v[illegible]
m[illegible]
y [illegible]
[illegible]
A[illegible] y J[illegible]
A[illegible]
de [illegible]
[illegible]
m[illegible]
H[illegible] y A[illegible]
[illegible]
[illegible]
sup[illegible]
M[illegible]

mi vida no compraríais una confesion tan vergonzosa como deseais; he proclamado la independencia de mi patria y no dejaré el funesto ejemplo á mis soldados de una retractacion; muero por ese principio que está arraigado en mi alma, y una voz interior me dice que la idea va á sobrevivir y que llegará un dia en que se realice; ahora lo que cumple á mi deber, es dar la última leccion á los mios, enseñarles como se muere, y que este trance es nada delante de la obra grandiosa que hemos emprendido.

—Muy insolente estais la víspera de vuestra muerte.

—No tanto como debiera delante de un hombre á quien he perdonado la vida.

—Es cierto, dijo Avella, pero lo hicísteis temiendo el castigo que os esperaba.

—Sois un miserable! gritó el jóven, y haciendo un esfuerzo terrible rompió la cadena que ataba las *esposas* que sujetaban sus manos, y dió con ella un golpe violento sobre la cabeza de Avella.

La sangre corrió por el rostro de aquel hombre y manchó las hojas del proceso.

Los guardias se arrojaron sobre Allende y le volvieron á atar.

—Ya he dicho lo bastante, dijo el caudillo; nada tengo que añadir si no es suplicar que me quiten de la presencia de ese hombre á quien desprecio profundamente.

El fiscal, trémulo de coraje, hizo salir á los reos. Cuando se encontró solo, se puso á redactar á su sabor las declaraciones, asentando cuantas falsedades le parecieron oportunas para desprestigiar la causa de la independencia.

Inventó que los caudillos habian confesado lo *injusto* é *impolítico* del movimiento, y que declinaban los unos en los otros la responsabilidad; que todos estaban *arrepentidos* de haber iniciado la revolucion, y mas aún, que confesaban sus *errores* y pedian *perdon* al rey y á la nacion por sus atentados.

Los enemigos de nuestra nacionalidad han acojido esas ca-

hora solemne d

Presidia el c
Salcedo, siendo
rasco, los capita
Gonzalez y otr
teria.

El asesor don
pena de muerte
aceptado y admi

Las ejecucione
6, 26 y 27 de Ju

El 10 de May
margo, el brigadi
tin Marroquin, que
gares: los mas fer
perder la vida.

El dia 11 fueron
mo traidores el ma
Mirelo

tos y sollozos que recibiese en su seno el alma de su hermano!....

Don *Mariano Hidalgo*, don José Ignacio Ramon, capitan veterano, de Lampazos, don Nicolas Zapata, mariscal, don José Santos Villa, uno de los hombres del grito de Dolores, y don Pedro Leon fueron llevados al patíbulo ese aciago dia.

Amaneció el 26 de Junio, y en frente á la prision de Hidalgo comenzó á formar la tropa llevando sus cajas á la sordina.

Las campanas daban el toque de rogativa y reinaba un gran silencio en toda la ciudad.

Presentóse el oficial en la puerta de la prision y leyó con vos trémula los nombres de los sentenciados:

Don IGNACIO ALLENDE, don JUAN DE ALDAMA, don MANUEL SANTA MARIA, don MARIANO JIMENEZ!

Hidalgo se adelantó á sus compañeros, y tendiéndole la mano á Allende le dijo:

—Capitan, acordaos del Monte de las Cruces, allí érais invencible, vuestra espada era el rayo y vuestra mirada alumbraba como el sol el campo del combate.... aun sois el hombre de ayer.... morid, sí, morid como habeis vivido, con el aliento de los héroes.... adios!....

Allende se llevó las manos al corazon y de sus ojos rodó una lágrima que corrió por sus mejillas.

Llegóse Hidalgo á Jimenez y tocándole el hombro con su mano le dijo:

—General, vos no debíais morir, vuestra generosidad con el enemigo debia formar una coraza contra la muerte.... la traicion y la ingratitud os hieren como una espada de dos filos.... estais sereno, así os ví en el *Puente de Calderon!*

A este recuerdo se anubló el semblante de Hidalgo y su corazon se oprimió dolorosamente; apenas pudo pronunciar algunas palabras.

[illegible]
[illegible]
[illegible]

II.

Esas detonaciones de armas, salva magnífica de la muerte, última manifestacion del orgullo humano en el error sangriento de sus extravios, esos patíbulos levantados en la extension del suelo de conquista, esa sangre vertida á torrentes para borrar una *idea* que reaparece y cuyos carácteres pueden distinguirse en las sombras de la noche, todo ese ruido de armas y de combates anuncia la desaparicion de un mundo al quebrantarse el eje del pensamiento que le sostenia.

Asesinad á una generacion, llevad á una raza al suplicio, ahogad á los niños en la cuna, no podreis detener el avance de la humanidad que camina á su destino.

El sol de la *nueva idea* resplandece, y cuando haya terminado esa sucesion de mártires, cuando las llamas de la hoguera no tengan mas víctimas que devorar, entónces vereis surgir de las filas enemigas nuevos paladines que sostendrán lo que ayer combatian, y la *idea* proscrita saldrá regenerada con la luz vivificante del triunfo y ceñida con el resplandor de la gloria, á tomar asiento entre los hombres y apoderarse de los siglos!

Gloria á vosotros, sublimes mártires del progreso humano, gloria á vosotros, que revestidos del espíritu del heroismo, aceptais el cáliz amargo que os brindan las vicisitudes de la existencia, en esa lucha tenaz con el destino! gloria á vosotros que levantándoos como una sombra amenazadora sobre el mar agitado de las sociedades, empuñais la palma del martirio para que las gotas de vuestra sangre formen la huella por donde tiene que atravesar la humanidad en su tránisto por las edades!

CAPITULO XV.

MUERTE ALEVE.

I.

Volvamos un momento al campo de la traicion, donde Elizondo habia capturado á los hombres de la independencia.

El desórden habia sido terrible, los soldados huian en todas direcciones acosados por la caballería, que los lanceaba sin misericordia.

Saca-vueltas el torero percibió á gran distancia el desastre y retrocedió al punto del Espinazo del Diablo, llevando consigo á don Félix de Quintanar.

—Señor capitan, decia el compañero de Marroquin, si les pasa algo á los generales, ya podeis encomendaros á Dios, porque os degüello por el alma de mi madre.

El capitan estaba temeroso porque aquel bandido cumpliria su promesa: el infeliz entraba desde aquel instante en capilla.

Dejóse ver la bruja en aquellos momentos.

—Señor Saca-vueltas, vuestro amigo Marroquin os envía

á decir, que el inquisidor ha muerto y que podeis entregarme á don Félix.

—Os chanceais seguramente, respondió Saca-vueltas; suponiendo que fuese verdad lo que me decís, ahora corre por mi cuenta este negocio, he jurado y rejurado que sí les pasa algo á los generales, este realista lo pagará con su vida.

—Pero eso es una injusticia.

—Puede ser; pero yo no cejo ni un momento.

—Ved que vais á cometer un asesinato.

—Estoy curado de espanto, y uno mas en mi lista no es cosa de tomarse en cuenta.

—Pero yo he cumplido con poner á Clavijero en manos de Marroquin.

—Querrá decir que matamos dos pájaros con una misma piedra.

—Vos no me conoceis, y soy capaz de....

—De qué? interrumpió Saca-vueltas.

—De arrebataros á don Félix.

—Probadlo.

—Ved que estais delante de una bruja.

El torero, que era un tanto supersticioso, vió de un modo enhiesto á la vieja.

—Como lo oyes, y cuidado conmigo!

Serenóse el torero, porque la desesperacion de la derrota era superior al miedo que podia infundirle la hechicera.

—A riesgo de perder mi vida y mi alma, no consentiré en la entrega del capitan; ved que en un lance apurado puede salvarme.

—Yo te ofrezco el indulto.

—Idos al diablo, bruja infernal! y no me calenteis mas las orejas.

—Está bien, respondió la vieja, y se alejó del torero echando conjuros y maldiciones.

—Reniega, bruja maldita! que no cederé ni un solo palmo; no

tus amigos.

—Hola, señor de

—Todas son bue

decir, en víspera

Monclova á don Ig

—Decís verdad,

—Pluguiera á Di

como que salen ya l

—Diantre!

—Ese infame de l

—Ya me lo sabia,

—Hay cosas que s

toy espantado es de l

—Le han fusilado?

—No, nada de eso,

que pedia á gritos la

—Ah miserable!

—Declaró en la pla

era espía del ejército.

—Ya llegan otros compañeros, decia el loco, vamos á tener noticias, la cosa se pone buena---- buena---- buena!

II.

Cuatro hombres venian á todo escape por la llanura que media entre Acatita de Bajan y el Espinazo del Diablo.

—Son insurgentes, decia Saca-vueltas, vienen huyendo de la derrota.

Acercóse uno de los jinetes y tendiendo la mano al torero le dijo:

—Estamos perdidos; pero aquí traigo una prenda de venganza.

—Luego es cierto lo que dicen los dispersos?

—Cierto, de un golpe hemos perdido cuanto teniamos, bien pronto fusilarán á los generales.

—Maldicion!

—Pero no todos los infames se gozarán en la traicion; traigo conmigo al clérigo *espía* del señor Hidalgo, no me cabe la menor duda, de su boca oí esta confesion, que hizo delante de todos en la plaza de Monclova.

—Matémosle.

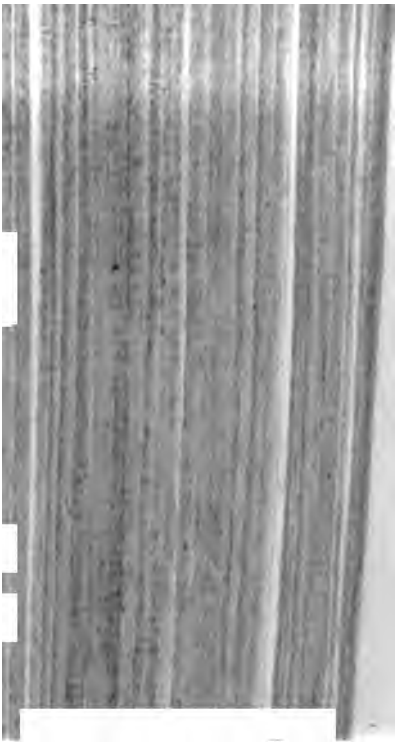
—No, es necesario castigarle de una manera mas espantosa.

—Pues sea, dijo el torero, estoy á tus órdenes.

—Traigo á Pedro el Negro, él me ayudó á robarme á ese traidor, á ese padre Pontolongon.

—Se la tenia prometida---- mira, Pípilo, tú eres capaz de arrepentirte---- temo que se te meta el diablo en el cuerpo y perdones.

—No, no lo creas, tú sabes que yo no estoy manchado con sangre, que he rehusado hasta presenciar las ejecuciones---- pero hoy se trata de un castigo---- yo sé perdonar á los que



acompañaras.

Los guerrilleros (
con los caballos.

Saca-vueltas y P
echaron á andar has
del Diablo forman u

Luego que estuvi
junto al clérigo, Sac
Pípilo le dirigió la p
que estaba lívido con

—Yo soy un homl
protectores---- abor
patria, me dijeron un
he peleado sin descan
ver morir á mis jefes
ya---- yo sé que no le
pero en medio de este
pérfido que los ha ven
la espada de la vengar

—Es cierto, es cierto; pero yo lo hacia por obececer al mandato de mis prelados, ellos me ordenaron que me fingiera inurgente y avisase los movimientos del ejército.... no, yo no soy culpable!....

—Y tus gritos en la plaza de Monclova?

—Temia que Elizondo sospechara de mí.

—Pero tú confiesas tu traicion.

—Sí, la confieso; pero tened compasion de mí!.... misericordia!.... misericordia!....

—Ya es tardío tu arrepentimiento, la sangre ha comenzado á correr en los patíbulos, en Monclova ha habido ejecuciones este mismo dia; y tú, tú, miserable, has pedido á gritos las cabezas de los caudillos!

Arrodillóse el clérigo y procurando zafar los brazos de las ligaduras, imploraba llorando la compasion de aquel tribunal que le juzgaba.

—Yo me arrepiento.... sí, me he asustado de mi crímen.... yo sé que todos son víctimas de mi infamia.... dejadme morir entre vosotros luchando por vuestra causa.... yo quiero la expiacion.

—Y la tendrás, respondió sombríamente el Pípilo.

Saca-vueltas estaba aterrorizado, la calma de su compañero le impresionaba.

Pedro el Negro no quitaba la vista de los ojos del barretero.

Despues de un momento de silencio dijo el Pípilo:

—Ya lo he pensado y Dios y mi conciencia me dictan este castigo; sea en su nombre en el que ejerza la justicia!.... Saca-vueltas, apodérate de ese hombre; y tú, Pedro, cumple con mis órdenes.

El torero, sin comprender nada de lo que iba á pasar, tomó al padre Pontolongon por las ligaduras de los brazos.

El clérigo gritaba sin cesar implorando la clemencia que no aparecia en el rostro del barretero.

Pedro sacó un puñal, y con una destreza asombrosa le echó

fuera los ojos al padre Pontolongon, que dió dos alaridos espa tosos que reprodujeron aquellas rocas.

Desatáronle los brazos y entónces se presentó un espectác lo repugnante y terrible: el clérigo tendió las manos ensangre tadas en busca de algo en que cebar su rábia, su rostro esta deforme---- rechinaba los dientes como un condenado, ter puesto el pié sobre un glóbulo de sus ojos que yacian en el sue

—Adónde estais?---- dadme la muerte---- la muerte-- porque estos dolores y esta oscuridad son espantosos!---- m tadme por compasion---- yo tengo las órbitas vaciadas, sin embargo, veo todo---- todo!---- arrancadme esos fant mas que cruzan delante de mí!---- me ven!---- me amer zan!---- compasion!---- compasion!----

Los actores de aquella terrible escena se alejaron del an teatro, dejando á aquel miserable entregado á la agonía de desesperacion.

La noche habia cerrado lóbrega y oscura, el loco Pedraja q habia presenciado todo desde las rocas bajó con una tea en mano gritando con voz estentórea:

—Bueno!---- bueno!---- bueno!---- los lobos le devoran esta noche---- ya se escucha su aullido por el llano---- bu no---- bueno---- bueno!

Al dia siguiente unos pastores atraidos por el ladrido de l peros, se internaron en las rocas del Espinazo del Diablo y e contraron el cadáver de un hombre, que no pudo ser conoci por tener el rosto devorado por las fieras que hacen sus corr rías en el desierto.

CAPITULO XVI.

LA DEGRADACION.

I.

Todos los caudillos habian muerto en el cadalso, con excepcion de Hidalgo, quien por su carácter *sacerdotal* fué entregado en manos de la Iglesia para el cumplimiento de los cánones.

El obispo de Durango, doctor don José Francisco Gabriel de Olivares, comisionó el 14 de Mayo al canónigo doctoral de aquella iglesia don Francisco Fernandez Valentin, para que procediese en union del juzgado militar.

Las declaraciones tomadas por el fiscal Abella se dieron por bien recibidas, y el proceso se mandó volver al auditor *Bracho* para que consultase lo conveniente.

El auditor presentó su parecer, cuyo resúmen insertamos como un documento histórico, que revela la barbárie y decadencia de aquella época.

"Soy de sentir que puede V. E. declarar que el precitado Hidalgo es reo de *alta traicion*, mandante de alevosos homici-

dios, que debe morir por ello, confiscársele sus bienes, y que sus proclamas y papeles seductores, deben ser dados al fuego pública é ignominiosamente. En cuanto al género de muerte á que se le haya de destinar, encuentro y estoy convencido, de que la mas *afrentosa* que pudiera escogitarse, aun no satisfaria la venganza pública; que él, es delincuente atrocísimo; que asombran sus enormes maldades *y que es difícil que nazca otro mónstruo igual á él*, y que es indigno de toda consideracion por su personal individuo: pero es ministro del Altísimo, marcado con el indeleble carácter de sacerdote de la Ley de Gracia, en que por fortuna hemos nacido, y la *lenidad* inseparable de todo cristiano, ha resaltado siempre en nuestras leyes y en nuestros soberanos, reverenciando á la Iglesia y á sus sacerdotes, aunque hayan incurrido en delitos atroces.

☞ *Por tanto, si estas consideraciones tuvieren lugar en las cristianas de V. S., ya que no puede dársele garrote por falta de instrumentos y verdugos que lo hagan, podrá mandar si fuere de su agrado, que sea pasado por las armas en la misma prision en que está, ó en otro semejante lugar á propósito, y que despues se manifieste al pueblo, para satisfaccion de los escándalos que ha recibido por su causa.*" ☜

Nuestra pluma se detiene delante de estas líneas y pasan por nuestro cerebro las páginas de la historia en que la Iglesia en consorcio con el Estado, falseando las instituciones del Evangelio, ha encendido las hogueras que apagó la mano atrevida de la revolucion francesa.

Donde la barbárie ha marcado su huella, allí está el poder eclesiastico con sus *anatemas* y su hierro candente auxiliares de la tiranía.

Prosigamos en la narracion de esa sacrílega ceremonia.

El delegado del obispo doctor Valentin, nombró para formar su consejo marcial eclesiastico á los curas ordinario y castrense y al guardian del convento de franciscanos de Chihuahua, que

pronunciaron sentencia de *degradacion* contra Hidalgo el 27 de Julio, señalando el 29 para la ceremonia.

II.

En una de las salas mas espaciosas del Hospital Real, se preparó, como dicen los cánones, una tribuna alta donde debia tener lugar la degradacion.

Los clérigos ordenaban todo con la mayor prolijidad, cuidando de que nada faltase de las prescripciones.

A las doce en punto del dia señalado, se presentó el doctor Valentin seguido de los vocales de su consejo y del juez militar, y tomaron asiento en la plataforma.

Frente al delegado habia una *credencia* simple cubierta con una carpeta, sobre la cual estaban las vinajeras del agua y del vino, el cáliz con la patena y la hostia, un vaso de vino, otro de agua, el libro de los Evangelios, el libro de las Epístolas, una bandeja con una jarra de agua y tohalla, un candelero con vela apagada, el libro de los Exorcismos, el de las Lecciones, las llaves, el antifonario, unas tenazas y un cuchillo y los paramentos del degradado.

Aquello era una fiesta elesiástica: el pueblo acudia á presenciar una de esas ceremonias que con tanta solemnidad se celebraban en los siglos medios.

A una indicacion del delegado, los sicarios condujeron al cura Hidalgo, que se presentó magestuoso y sereno ante aquel tribunal; le quitaron los grillos y esposas, entónces tomó su figura esa actitud de los mártires de la antigüedad, su frente parecia llena de luz, sus cabellos cayendo en hilos de nieve sobre sus hombros, su semblante perfectamente tranquilo, su mirada intensa, sus labios imperceptiblemente trémulos, y sus brazos cruzados sobre el pecho.

di
ca
h
sa
v
c

petuamente privamos en estos escritos al mismo cura Hidalgo, de todo oficio de esta clase y de todo beneficio, y de palabra lo deponemos de ellos y pronunciamos que se debe de deponer y de degradar real y actualmente segun la tradicion de los cánones."

Aquella ignominia era la gloria del caudillo!

Alzóse de su asiento y avanzó hácia el delegado, que retrocedió involuntariamente; retiróse un tanto y comenzó el *despojo*.

Quitó de las manos de Hidalgo el cáliz diciendo:

—"Quitamos de tí, ó mas bien manifestamos que te está quitada la potestad de ofrecer á Dios el sacrificio y de celebrar misa tanto por los vivos como por los difuntos."

Siguióse la ceremonia impía de raspar con el cuchillo la corona, y los dedos índices y pulgares de ambas manos, bajo la fórmula de "Con esta *rasura* te quitamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir que recibiste en la uncion de tus manos y pulgares."

Tomó el delegado la casulla por la parte posterior del capucho y la quitó á Hidalgo diciendo:

—"Con razon te despojamos del vestido sacerdotal que significa caridad; pues la perdiste así como toda tu inocencia."

Despojáronle de la *estola*: "Torpemente desechaste la señal del Señor por esta estola, y por lo mismo te la quitamos y te volvemos inhábil para ejercer todo oficio sacerdotal."

Pronunciadas estas palabras, los ministros del delegado se acercaron al héroe y le quitaron los pocos arreos que conservaba en su traje ordinario, y le pusieron el vestido secular.

"Declaramos, dijo el degradante, que la curia secular reciba á éste en su foro, destituido de todo órden y privilegio clerical."

Levantóse el juez para recibir al reo, y entónces el delegado, con acento humilde y suplicante, dijo:

—"Señor juez, os suplicamos con todo el afecto que podemos que *por amor de Dios*, en vista de la piedad y de la misericor-

dia y por intervencion de nuestras súplicas, no infirais á es miserable ningun peligro de muerte ó de mutilacion."

Al escuchar aquella ironía sangrienta, el anciano de Dolor sonrió desdeñosamente.

Eclessia abhorret á sanguine!

Causa espanto recorrer la historia de las víctimas entregad por la Iglesia al brazo secular.

Nosotros llamamos á la piedra de esas tumbas que guard las reliquias de los mártires, evocamos sus sombras para q desmientan á sus verdugos, ellos, que han descorrido ya los v los del misterio al atravesar las regiones eternas!.... No, no s las doctrinas de Jesucristo estampadas en las páginas de los l bros sagrados las que conducen al fuego á la raza humana; ell hablan de misericordia, y los hombres quebrantan esas se tencias en el torrente desbordado de las pasiones.

No eres tú, divino mártir del Gólgota, en cuyo nombre se ha levantado hogueras y patíbulos, el que has predicado la sangre la matanza; tus labios han sido una emanacion purísima de co suelo; por eso tú, llevando sobre los hombros la enseña sacr santa de la libertad humana, presides esa eterna sucesion mártires que aun siguen atravesando por la haz desvastada la tierra!

CAPITULO XVII.

LA GITANA.

I.

Don Félix de Quintanar continuaba bajo la custodia del torero, que furioso con la traicion de Elizondo, estaba resuelto á sacrificar al esposo de Rosalía luego que recibiese la noticia del fusilamiento de los caudillos.

Oculto en un aduar del desierto, léjos de la accion de la justicia, don Félix no tenia esperanza alguna.

La gitana no se apartaba un instante de la choza que guardaba al prisionero, en vijilia continua y acechando, y pasaba los dias procurando sacar á la víctima de las garras de sus verdugos.

Saca-vueltas se acercaba á los pueblos en pos de noticias sin conseguir nada; no obstante, creia ver de un momento á otro aparecer algun amigo y ya tenia dispuesta su guerrilla para seguir en el huracan revolucionario.

Los soldados estaban desesperados y su moral no se restablecia *fácilmente.*

Dos meses de incertidumbre habian agitado el alma del bandido, ya estaba dispuesto á marchar, cuando Pedro el Negro llegó en su busca.

—Qué diablos pasa? preguntó el torero.

—Mal, muy mal! respondió Pedro.

—Cuéntame.

Mira, Saca-vueltas, yo soy hombre entre los hombres, tú sabes que las lágrimas eran cosa que yo no conocia; pero he visto matar á nuestros generales y he llorado como un niño---- si hubieras presenciado aquello, era para levantarse la tapa del corazon de un balazo.

—Habla, Pedro, quiero saber todo, aunque----

—Oh! mi general Allende estaba pálido, el coraje se pintaba en su cara, en aquella cara tan guapa---- lo querian vendar pero él no se dejó, entónces lucharon los soldados para volverle de espaldas---- aquello sí era valor, se revolvia como un leon---- demonio---- lo ví caer atravesado por las balas---- ¿y mi general Aldama?---- ese no abrió las labios, marchó sereno y---- vamos, que yo estaba furioso, no cesaba de pensar en el señor Hidalgo---- matarle á su hermano---- quien le habia de decir á don Juan y á don Ignacio Aldama que habian de morir así tan---- Saca-vueltas, he soñado á todos---- que pesadilla tan maldita!

—Y Marroquin?

—Nuestro amigo Marroquin murió como bueno, echando una mentira que se ha vuelto cuento en todo Chihuahua.

—Lo que quiere decir que no se desmoralizó.

—El maldito tuvo la paciencia de inventar que era hijo de cura de un pueblo y que no estaba bautizado;* averiguada la mentira, lo fusilaron inmediatamente.

—¡Pobre compañero!

—Y el capitan?

* Histórico.

—Ese va á morir dentro de media hora.

—Listo! gritó Pedro el Negro, que era capaz de matar á su mismo padre.

—Es necesario convencerse, dijo el torero, que todos son enemigos y que es necesario deshacernos de ellos.

—Este don Félix iria á contar hazañas y le darian á mandar gente.

—Ademas, que ya conoce nuestras guaridas y no podríamos engañarle; figúrate que diese con nosotros cuando bajáramos á las ciudades.

—No quedaba uno con vida.

—Pues manos á la obra: tú, Pedro, te encargas de avisarle que arregle sus cuentas y dentro del plazo convenido lo *truenas*.

—Listo!

Pedro el Negro se dirigió á la choza donde estaba don Félix, y sin mas preámbulos le dijo que hablase cuanto quisiera con Dios, porque iba á morir irremisiblemente.

El capitan inclinó la cabeza agobiado de pesadumbre y dividió sus pensamientos entre Dios y su infeliz familia.

II.

La bruja salió al encuentro de Pedro el Negro.

—Demonio! la vieja por estos terrenos, murmuró el bandido.

—Hola! Pedro, te necesitaba y mucho.

—Pues hable, porque tengo que hacer.

—A eso voy.

—Pues que sea pronto.

—¿Necesitas dinero?

—Siempre, siempre, abuelita.

—Pues tendrás todo lo que pidas.

—Me estais tentando como Satanas.

—De eso se trata.

—Yo soy el hombre mas tentable del mundo.

—Has noticiado al capitan don Félix que va á morir.

—Precisamente.

—Deseo que la tal precision....

—Comprendo.

—Cuanto vale la vida de ese hombre?

—No la he tasado todavia.

—Pues tásala.

—Es que yo no soy el dueño, sino Saca-vueltas.

—Estás comisionado para la ejecucion.

—Pero él debe presenciarla.

—Yo lo impediré.

—Y mis soldados?

—Procura que el fusilamiento sea en la noche.

—Y qué importa la hora?

—Dispondrás las cosas de tal manera, que las armas no estén cargadas con bala y....

—Sois una bruja endemoniada.

—Pasará por muerto don Félix....

—Cuidado, cuidado, amiga mia! aun no nos ajustamos.

—Propon lo que te parezca.

—Dadme cien onzas de oro con el retrato de Cárlos IV y estamos convenidos.

—Te figuras que tengo la mina de Valencia?

—Las brujas son muy ricas.

—Yo soy de las pobres.

—Pues yo no rebajo ni un medio.

—Garantiza que cumplirás tu palabra.

—Eso no puede ser, hasta hoy no he encontrado una alma caritativa que me fie.

—Que hacemos?

—Me dareis el oro despues de la supuesta ejecucion.

—Convenido.

—Pero antes enseñádmelo.

—Mira, dijo la vieja, y desciñéndose un cinturon de cuero relleno de onzas lo hizo sonar.

Aquella armonía metálica hizo estremecer á Pedro el Negro.

—Venga ello.

—Cuidado, que puedes encontrarte con algo que no te parezca.

—Ese puñal es un juguete de almohadilla.

—No lo niego, pero está envenenado.

—Sois el mismo diablo.

—Nada tenemos que añadir, yo detendré á Saca-vueltas, miéntras tú llevas al prisionero.

—Vos le pondreis al tanto.

—Eso corre de mi cuenta.

—Idos con Satanas, que donde me agarren la podrida me guindan.

—No seria malo.

—Ni bueno tampoco.

—Adios.

La bruja volvió á rondar la choza que hacia dos meses guardaba al esposo de Rosalía.

Pedro el Negro reunió á sus guerrilleros, los puso al tanto de lo que pasaba, les ofreció dividir el botin y cargaron sin bala sus carabinas, dispuestos á llevar adelante la comedia indicada por Pedro el Negro.

III.

Rosalía seguida del inválido y el hijo de don Félix, buscaban llenos de afliccion al prisionero, creyendo al principio que habia sido capturado por Elizondo al verlo en las filas de los insurgentes; corrieron á Monclova, se entraron en las prisiones y cárceles sin encontrar álguien que les diese noticia del capitan.

En tan terrible situacion resolvieron buscarle en las Norias de Bajan y pueblecillos y aduares del desierto.

La tarde aquella en que don Félix debia ser fusilado, llegó el carruage con la familia al Espinazo del Diablo.

Rosalía se dirigió á la choza y se encontró de improviso con don Félix.

El capitan hubiera deseado evitar aquel lance, cuando ya estaba próximo al suplicio.

—Te encuentro al fin! exclamó la jóven encadenando sus brazos al cuello del capitan.

—Rosalía! gritó don Félix, traeme á mi hijo.

En aquel instante Treviño se presentó con Gabriel en la puerta de la choza.

—Hijo mio, hijo de mi alma! decia el infeliz padre estrechando á la criatura con un cariño entrañable.

—Félix, dijo Rosalia, mira á mi padre.

—Señor, dijo el capitan tendiendo la mano á Treviño, necesito hablaros un momento.

—Hija mia, sal un instante.

La jóven tomó á su hijo y se puso á escuchar á corta distantancia de la choza.

—Señor, necesito que os lleveis á mi hijo y á mi esposa, yo voy á morir dentro de una hora.

—Dios poderoso! exclamó el portugues.

—Estoy tranquilo.... os queda en depósito cuanto poseo sobre la tierra.... esa infeliz mujer y.... mi hijo.... ellos me han acompañado en mi proscripcion.... con ellos he dividido mi amor y mis infortunios.... que triste es la muerte cuando tienen que abandonarse seres tan queridos!....

—Pero esto es horroroso.... es necesario apelar hasta la violencia si es preciso.... no, yo no puedo dejaros morir.

—Yo no tengo esperanza, los bandidos que se han apoderade mi son hombres terribles, sin corazon, ademas, están ofen

didos con la muerte de sus generales y su sangre la quieren lavar con la mia.

—Yo les suplicaré, les ofreceré oro.

—No, seria infructuoso, despertareis su codicia, y os harán comprar muy caro vuestra vida; la confesion de vuestra fortuna es una nueva amenaza.

—Entónces que hacer?

—Nada, seguir mi destino, entregarme en sus brazos y morir.

—No, eso no puede ser.

—Por compasion, llevaos á esos desgraciados.

—No hay que lamentarse, dijo la bruja entrando en la choza.

Treviño y don Félix retrocedieron.

—Ya es fuerza que me conozca Alvaro de Clavijero.

—Quién eres? pregutó Treviño.

—Mírame.

La vieja dejó caer su manto y se presentó tal cual era al portugues.

—No, no es un sueño, decia Treviño.... la estoy viendo, ella trae á mi memoria recuerdos espantosos!

—Yo soy, Alvaro; tú me abandonaste en las playas del Africa; pero ya he satisfecho mi venganza.... Escúchame, juré ser el ángel exterminador de tu familia, seguir á todos, perderlos.... vengarme.... ya en otra ocasion me he presentado ante tí, y revelado el secreto de tu tormento en la Inquisicion....

—Es verdad, es verdad.

—Pues bien, he visto morir á tu sobrina abandonada por el marques de Croix, he hecho que á ese miserable le confiscara el rey sus cuantiosos bienes, te arrojé en las garras de tu mismo hermano que ordenó tu suplicio, le descubrí en aquel momento tan terrible secreto, para cobrarme su odio que fué el móvil de tu ingratitud.... entónces lo ví, lleno de remordimientos, vestirse el sayal y sepultarse en el silencio de una celda.... yo no estaba satisfecha, le saqué de ahí, le lancé á la revolucion y.... tú has recogido su cadáver!

—Espantoso!.... espantoso! murmuraba Alvaro de Clavijero.

—Apagóse en mi alma la hoguera de mis resentimientos, m corazon se volvió hácia su antigua impresion, te volví á amar pero ya nuestra existencia estaba consumida.... entónces qui se hacerte dichoso, volverte á tu hija y á ese tierno niño.... lo he conseguido ya.... las armas que van á descargar sobre el pecho de don Félix, no le arrancarán la vida, fiad en mí.

—Será posible! exclamó el capitan.

—Caballero, me habeis visto cerca de vuestra prision, cuidadosa de cuanto pudiera aconteceros.

—Gracias, gracias, habeis salvado á una familia.

—Zaida, dijo el antiguo pirata, tú has sido una mujer de maldicion para mí; pero Dios te reservaba para compensarme todo el mal que me has hecho.... perdóname.

—Sí, te perdono.... hoy mismo al entregarte al reposo y tranquilidad de tu familia, te daré mi eterna despedida.... yo vuelvo á Europa, voy en pos de alguien que no me haya olvidado.

—Venid con nosotros, señora, dijo don Félix.

—Eso es imposible, capitan, oigo rumor de pasos y de armas salgamos.

Treviño y la gitana abandonaron la choza del prisionero y acompañados de Rosalía y su hijo corrieron hácia las rocas á cuyo pié debia tener lugar la ejecucion.

IV.

Luego que Pedro el Negro participó á los guerrilleros su plan uno de ellos lo fué á poner en conocimiento del torero.

—Ya me las pagará ese negro infame; por ahora lo que conviene es cambiar las armas de esos canallas, dándoles otras que estén cargadas; ya veremos si se burlan de su capitan.

Los soldados, entregados á la bebida, no se apercibieron del cambio de las escopetas que mandó hacer Saca-vueltas, y que se ejecutó con maestría.

Al caer de la tarde runió el torero á sus soldados, sacaron al preso y lo condujeron al lugar del suplicio.

Don Félix iba temeroso, Treviño, Rosalía y la gitana estaban inquietos, acechando sobre las rocas.

Llegó el fatal instante, don Félix se arrodilló y los soldados hicieron fuego sobre él.

—Ha muerto, dijo Saca-vueltas.

Pedro el Negro y los guerrilleros se vieron con asombro y desfilaron en silencio.

—Bajad, dijo la gitana.

—Rosalía se precipitó con una angustia inexplicable, acercóse á don Félix creyendo que estaba vivo y halló un cadáver.

—Sangre!---- sangre! gritaba la joven, y dando aullidos de dolor besaba la frente de su esposo.

—Me engañabas, miserable gitana! gritó Treviño buscando á la hechicera; pero esta habia huido con el niño.

—Zaida!---- Zaida!---- gritaba el portugues---- mi hijo!.... mi hijo!

Rosalía se desmayó sobre aquel cadáver ensangrentado.

Bajaba en aquel instante por las rocas un hombre, trayendo á un niño en los brazos.

—Allí, allí está, gritaba la criatura indicando á Rosalía.

Acercóse el hombre á la desgraciada esposa de don Félix y la dijo:

—Señora, al atravesar las piedras del sendero, una mujer ha caido en el precipicio y se ha matado; este niño me ha conducido hasta aquí, dice que es vuestro hijo.

Rosalía levantó la cabeza y se encontró frente á frente de su amtiguo amante.

El loco Pedraja retrocedió algunos pasos, detuvo su mirada en el rostro de la jóven, y su cerebro se iluminó de improviso....

habia recobrado el juicio por uno de aquellos fenómenos in plicables, el llanto acudió á sus pupilas en torrentes y con ahogada por los sollozos exclamó:

—Rosalía!---- Rosalía!---- yo despierto de ese sueño-. el tiempo ha pasado por delante de mí sin que me haya perc do---- siento que la razon vuelve á mi cerebro---- he est loco, loco por tu abandono---- pero ya siento, ya veo---- mi pensamiento vuelve á encenderse---- todo lo comprend te perdono---- tengo celos de ese cadáver---- apártate-. por---- com----pa----sion!

—Pedraja, tú tambien has vertido la sangre de ese hombr reconócelo, es el capitan don Félix!

—Es cierto---- es cierto! gritó Pedraja, yo soy un infam pero aquella noche tenia celos y tú provocaste mi saña ver dora.

--Huye de aquí, entre nosotros está la sombra de mi es so---- mira este niño, es su hijo, esa criatura infeliz que l la muerte de su padre!

—Adios, señora, dijo Pedraja, sombrío como la fatalidad; h con vuestro padre, huid por compasion---- ya no nos volv mos á ver---- Dios lo ha querido!

Pedraja se retiró en silencio, llegó á la choza á cuya pu estaba atado su caballo, montó precipitadamente, y azota sin compasion al noble animal se perdió en las soledades desierto.

CAPITULO XVIII.

EL SUPLICIO DE UN HÉROE.

I.

El treinta de Julio de 1811 se notificó al cura Higalgo que entraba en capilla y que moriria á las veinticuatro horas que las leyes daban á los sentenciados para disponer sus cuentas con el cielo.

Trasladóse el caudillo á un cuarto del mismo Hospital que está bajo la torre de la capilla: la campana marcaba las horas que se deslizaban veloces como el sonido en el espacio.

El héroe permanecia impasible, la sentencia del consejo era esperada de antemano, así es que Hidalgo no se sobrecojió al escucharla. Dispúsose á recibir los Sacramentos con aquella misma serenidad que no le abandonó ni aun en el supremo instante de la muerte.

Hidalgo sabia que la la vacilacion era la pérdida de su doctrina, y aceptó, como Jesucristo, el último sacrificio.

Asustáronse los sicarios de aquel poder tiránico al ver la actitud del caudillo, y temblaron por el porvenir: decidiéronse á suplantar la historia, á engañar al mundo entero, á profanar los postreros instantes del caudillo, para ahogar la revolucion y llevar al *hombre* y á la *idea* á morir al mismo suplicio.

Introdújose el canónigo doctoral de Durango don José Ignacio de Iturribarría en la prision de Hidalgo, seguido del bachiller don Mariano Urrutia, el fiscal Abella, un escribano y dos testigos, á quienes se les mostró una órden reservada del virei-nato, del arzobispado de México y del tribunal de la Inquisicion....

Hidalgo se extrañó al ver á esos hombres á quienes creia haber perdido de vista para siempre.

—Señor, dijo el canónigo, un asunto de una gran importancia para la religion y para la patria, no ménos que para la disciplina eclesiástica....

—Explicaos, señor canónigo, porque no percibo el punto de contacto que tengo con todo ello.

—Habeis recibido, señor Hidalgo, con toda la caridad cristiana, la noticia de vuestra muerte.

—No es cosa que me preocupa, señor canónigo; el destino del hombre es morir, y esa sentencia la traemos de las entrañas de nuestra madre.

—Es cierto, señor.

—Os veo indeciso, nada que podais decirme....

—Conozco vuestro espírítu y vengo á traeros una súplica que os hacen vuestros prelados y que os indica el gobierno.

—¿Súplica á un hombre que va á morir?

—Sí; escuchadme, habeis visto el mal éxito de la revolucion.

—Perdonad, yo nunca creí que mi desaparicion la perjudicase; estoy persuadido de que seguirá hasta su completo triunfo.

—Decia, señor, que se trata de que escribais un manifiesto, mas bien que adopteis el que venimos á proponeros. En él aco

sejais la paz que es vuestra mision como sacerdote, abjurais de vuestros errores y pedís perdon á la Iglesia y al Santo Oficio.

—Mis errores! exclamó Hidalgo, son por ventura las ideas que abrigo de la felicidad de la nacion con la independencia?

—No es mi ánimo entrar en una polémica con el señor Hidalgo.

—Caballero, yo he obedecido á mi conciencia y no pasaré por la humillacion que venís á proponerme.... No, no me rebajaré ante el pueblo mexicano ni haré vacilar su fé; eso seria detenerlo en la marcha gloriosa que ha emprendido en busca de la emancipacion!.... os ruego que me dejeis tranquilo en mis últimos momentos, no vengais á insultarme al borde del sepulcro.

El canónigo quedó confundido con aquellas palabras; pero cediendo al mandato que traia insistió.

—No es precisamente una retractacion la que se os propone.

—Excusadme, señor canónigo, el disgusto de esta entrevista; os vuelvo á suplicar no interrumpais los pocos instantes que me restan.

—Es que si os resistís, ya vuestra firma aparece al calce de este documento.

Oyerónse entónces crujir las cadenas que aprisionaban al héroe; le habia sobrecojido un temblor espantoso ante aquella infame revelacion.

—Sois un miserable! gritó lleno de indignacion, venís á escupir sobre una frente que queria presentar sin mancha ante la posteridad.... venís á empañar mi nombre.... sabed, señor canónigo, que este es el mayor suplicio que podríais darme.... os vengais de una manera terrible!....

—Así lo exigen las circunstancias, y la paz del Estado, y la respetabilidad de la Iglesia, y el acatamiento á la Inquisicion!

—La Iglesia.... el Estado.... la Inquisicion!

¿Qué le debo á la Iglesia?.... sus anatemas!.... ¿Qué le debo al Estado?.... mi sentencia de muerte!.... ¿Qué le de-

bo á la Inquisicion?---- verme degradado y envilecido!---- yo olvidaría todo; pero el pueblo ha sido mas degradado que yo... esos tres poderes le han vejado hasta tenerlo en la esclavitud, le han puesto un estigma afrentoso, han explotado su sangre y le han escarnecido! ¿Y es en nombre de esos poderes como venís á proponerme una abjuracion? Atras, sicarios!---- yo os maldigo en nombre de ese pueblo sumiso y avasallado---- matad mi nombre, llenad de baldon mi memoria, que la revolucion seguirá adelantando hora por hora, porque está escrito que los pueblos sacudirán el yugo de las tiranías!

—Señor cura Hidalgo, gritó á su vez el canónigo, morís impenitente; pero nosotros os haremos aparecer en otro sentido ante el juicio público.

—Haced lo que os parezca, yo protesto contra vuestra falsedad, y de entre vosotros saldrá el que proclame que yo he muerto llevando intacto en mi fé y en mi conciencia el sagrado pensamiento de la libertad de América.

—No lo creais, estamos bajo el juramento y prescripciones de la Inquisicion

—Basta!---- basta!---- dejadme.

—Hemos entrado en vuestra prision para convencer al pueblo de que es cierta la *retractacion*, porque vos no podreis desmentirla; porque morireis solo, en el silencio de este calabozo.

Hidalgo no pudo responder ante aquel cinismo y aquella perfidia.

—Oid, decia furioso el canónigo, oid, puesto que no os podeis zafar de esas cadenas que os aprisionan: oid vuestra *abjuracion* y temblad:

"Confieso que nada de cuanto he hecho se puede conciliar con la doctrina del Evangelio, ni con mi estado sacerdotal: que reconozco y confieso de buena fé, que mi empresa ha sido tan injusta como impolítica, que ella ha acarreado males incalculables á la religion, á las costumbres y al Estado en general, y muy particularmente á esta América. Así mismo me recono-

to *responsable* de todos estos males, todo lo cual es muy sensible á mi corazon y así deseo llegue á noticia de mi ilustrísimo prelado, á quien por tantos títulos estoy obligado y de cuyas luces no me he sabido aprovechar, y muy rendidamente le pido *perdon* de los sustos é incomodidades que su señoría ilustrísima ha tenido que sufrir por mi causa, é igualmente lo pido al Santo Tribunal de la Fé, de no haber obedecido y de las expresiones irrespetuosas con que me atreví á impugnar su edicto; así mismo al excelentísimo señor virey de este reino y demas autoridades constituidas, por mi inobediencia, y á los pueblos por el mal ejemplo que les he dado, en cuya virtud les ruego se *aparten de los caminos de la insurreccion*, que no pueden llevarlos sino á su ruina temporal y eterna."

—Y todo esto, dijo el canónigo, lo certificarán el secretario y los testigos, y ademas haremos pasar por vuestro un *manifiesto* en el mismo sentido.

—Os tengo compasion, dijo Hidalgo con voz tranquila; no son esas frases las que pueden atribuirse al hombre que ha desafiado vuestro poder, os ha combatido y morirá sereno mañana en el cadalso.... la historia se alzará mas tarde para desmentiros, la debilidad humana no llega á colocar al hombre en una postracion tan vergonzosa.... Publicad ese documento, circuladlo entre los vuestros, que no será creido por mis soldados.... esas palabras no lastimarán su fé, porque verán en ellas un rasgo nada mas de vuestra perfidia.... ¿Podeis suponer que la voz de un hombre, aunque fuese la mia, pudiera apagar la hoguera encendida de la revolucion?.... Id en paz, mañana estaré libre de estas cadenas y mi espíritu volará en torno de mi ejército, en torno de ese pueblo que combate por sus libertades!....

—La historia no podrá penetrar este misterio, dijo el canónigo.

Hidalgo hizo un ademan imperioso señalando la puerta á aquellos desgraciados pigmeos que osaban medirse con el héroe.

Hidalgo habia tenido mas resistencia que Galileo: aquel sa-

El sol del 1
la antorcha fúne
Los alcaides d
del anciano sace
—No parece.
Hidalgo dirijiénd
—Señor, dijo
mos llas y cobra
—Gracias. Ort
cia vosotros, unic
ramientos y distin
—No nos llamel
—Silencio, no
Ortega y Mel

propia tumba---- mis enemigos són implacables---- ese *manifiesto*, esas *declaraciones* apócrifas pueden desmoralizar al pueblo en estos momentos supremos---- Cuando se sepa que he vacilado, va á comenzar el desconcierto y acaso me maldecirán.... esta idea me abruma y calcina el cerebro---- creia morir tranquilo, la saña de estos hombres me alcanza en el postrer instante!---- antes que firmar esos paples pondria la mano al fuego como Mucio Scévola. Es necesario aprovechar los momentos, necesito escribir algo, revelar que mi pulso no tenia un latido mas, que mi cabeza estaba serena---- revelar en pequeñeces el estado de mi alma, ya que el pueblo no puede penetrar en este calabozo.... yo debo sonreir ante la muerte, los que me rodean podrán contarlo.... quiero dejar en la tradicion la historia de estas últimas horas..... sí, escribiré, hablaré..... esa será la mejor revelacion de que no estoy aterrorizado, de que ni las palabras de mis enemigos, ni las solemnidades de la *degradacion*, han influido en mi alma---- Dios mio!---- Dios mio!---- que mi nombre no se empañe, que mi fama no se rebaje, que la historia no reniegue de mí!

Las lágrimas empañaron los ojos del mártir, que temblaba ante la posteridad.

Levantarse como un gigante delante de tres siglos, representando á una raza que se creia sepultada en los escombros de la conquista, asistir á cien combates, colocarse en el pedestal de la gloria, aceptar el martirio, sufrirlo con valor y serenidad, para creerse despues maldecido, y condenado ante el juicio de los hombres, era el suplicio mas atroz que pudiera inventar la desesperacion humana!----

Ortega y Guaspe entraron en el calabozo.

—Os habeis dilatado sabiendo que tenemos pocos instantes de que disponer.

—Dispensadnos, pero hay órden de no proporcionaros papel ni pluma.

los alcaides:

—No porq

alimento.

En aquel ir

—Ya estoy

Ortega y G

Dejóse oir e

sion acompaña

El oficial no

—Vamos, di

da, es justo dec

viaje es largo.

Los alcaides

Ya habia dad

oficial:

—Perdonadm

obsequiar á vues

Tomó los dule

III.

La multitud rodeaba el hospital desde media noche, las bayonetas guardaban el edificio en una triple valla, y amigos y enemigos estaban acosados por una inquietud terrible.

El suplicio de Hidalgo es un acontecimiento que llena un siglo.

Salió el anciano en medio de la tropa: su semblante era tan magestuoso, que mas bien parecia destacarse como en las horas solemnes de sus triunfos, rodeado de sus banderas y seguido de su ejército, que caminar al patíbulo como un sentenciado.

Es que el temple de aquella alma, despreciando el barro de la materia, se alzaba hasta su Dios para rendirle en el trance final un homenaje!

En la espalda del Hospital hay un sitio que fué señalado para la ejecucion del héroe.

La tropa formó cuadro en aquel siniestro lugar y las oleadas de la gente venian á detenerse allí, como las aguas del oceano en las rocas de un playa desierta.

Levantóse un murmullo entre la multitud, los parches tocaban marcha en son de duelo y el ruido de las armas circuló entre los soldados del cuadro.

Era que el prisionero llegaba al patíbulo.

Aquel mar agitado se serenó como si Dios le hubiera impuesto silencio.

El caudillo avanzó hasta colocarse cerca de la pared del Hospital, arrodillóse presentando el pecho á las armas, así lo habia hecho en las batallas, así lo encontraba la muerte en aquella solemnidad sangrienta.

Las campanas enmudecieron y la multitud parecia haberse petrificado.

—Se hubiera oido el aleteo de una ave que pasase para el desierto.

Avanzaron los soldados al centro del cuadro, el oficial dió la señal con su espada y tendieron instantáneamente las armas.

Oyóse una sola detonacion que hizo estremecer á todos los espectadores de aquella terrible escena.

El plomo atravesó el pecho del caudillo, pero no fué bastante á arrancarle la vida.

Hidalgo vaciló un instante, puso una mano sobre la tierra en busca de apoyo, y llevó la otra al pecho de donde brotaba la sangre en oleadas tumultuosas.

El héroe revolvió su mirada en torno suyo, intentando balbutir algunas palabras.

Instantáneamente salieron otros seis soldados de las filas é hicieron fuego á quemaropa.

Entónces aquel hombre vencedor en los combates, caia á su vez vencido por la muerte que habia llevado uncida á su carro de victoria en los campos de batalla!

Mártir de la libertad, ya está satisfecho el rencor humano! tu sangre ha ungido con el óleo de la regeneracion este bendito suelo y puesto el crisma de su salvacion sobre la haz de la tierra americana!

La patria, que parece haberte abandonado como Dios á su Hijo en las horas solemnes de la redencion humana, te abre el cielo del porvenir, levanta altares á tu gloria y prosternada ante tus plantas te saluda con el incienso de la gratitud y con los cantos inmortales de la libertad! Gloria á tu nombre! Hosanna! hosanna! hosanna!

EPÍLOGO.

El 15 de Setiembre de 1811, aniversario del grito de Dolores, se agolpaba el pueblo de Guanajuato en derredor del *Castillo de Granaditas*, como en los siglos medios frente á las casas feudales de los señores de *horca y cuchillo*.

Un espectáculo sangriento de barbarie atraia á la multitud en torno de aquella fortaleza.

En los ángulos del edificio y pendientes de unas barras se veian suspendidas unas jaulas de hierro que contenian cabezas humanas.

Sobre cada una de aquellas jaulas habia un letrero donde se leía con letras manuscritas: *Hidalgo*, *Allende*, *Aldama*, *Jimenez*.

Un pánico terrible acometió á la multitud, que contemplaba con asombro aquellas cabezas ensangrentadas: le parecia un sacrilegio la ostentacion salvaje de los conquistadores, y veneraban desde el fondo de su alma las reliquias de los mártires.

Para que nada faltase á tan repugnante escena, un clérigo

llamado Labarrieta ascendió á la tribuna---- no lo olvideis, á la tribuna del error y de la barbarie. Satélite de la tiranía lanzó un anatema contra la idea de la independencia y maldijo á los héroes en presencia de sus cenizas!----

Al azotar el viento las rejas de las jaulas, parecia arrebatar las palabras de los mártires; porque aquellas cabezas hablaban, Dios les habia permitido estar fuera de la tumba hasta presenciar el dia espléndido de la libertad de América.

Aquellas cabezas impasibles, sombrías, amenazadoras, testigos implacables de las hecatombes y de las victorias, eran los faros donde la revolucion tornaba su vista en los momentos angustiosos de sus vicisitudes.

Pregon del escarmiento, eran la amenaza terrible de la tiranía---- allí!---- allí estaban fijas esperando el sol de la libertad en nombre de la justicia humana!

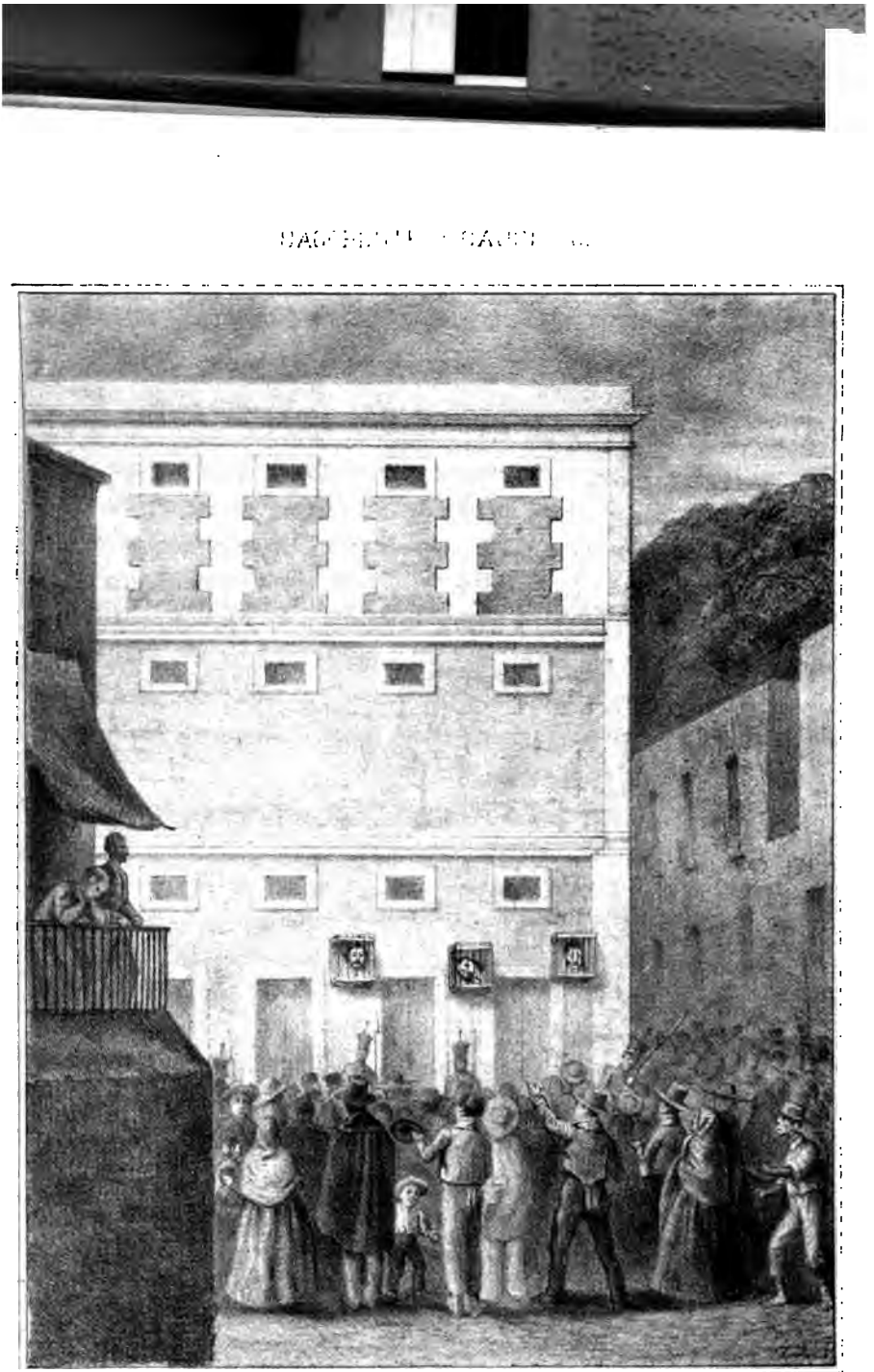
II.

Cuando la noche hubo tendido sus crespones enlutados sobre aquella ciudad de duelo, un hombre se arrodilló bajo la jaula que guardaba la cabeza de Hidalgo, se descubrió la frente que estaba húmeda por el sudor de la congoja, sacó de su seno un puñal ensangrentado y arrojándolo al suelo dijo con voz entrecortada:

—Señor---- ofrecí vengaros, y---- *Elizondo* ha muerto!

Aquel hombre era el valiente *barretero* que incendió la puerta del *Castillo de Granaditas.*

FIN.



Tulcán de Ingaro.

[illegible] cabezas ensangrentadas.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

El prólogo de un gran libro.

INTRODUCCION.—La primera página.....pág. 9
CAPITULO I. El señor rector del colegio de san Nicolas. 23
CAP. II. Tempestades en un vaso de agua..... 32
CAP. III. El escrúpulo de conciencia..... 44
CAP. IV. Lino el mulato..... 59
CAP. V. La bruja y la Inquisicion..... 75
CAP. VI. Prisiones y puñaladas..... 91
CAP. VII. Las piedras rodando se encuentran 110
CAP. VIII. La choza de los libertos..... 130
CAP. IX. En nombre del Santo Oficio..... 143
CAP. X. La bruja en campaña..... 156
CAP. XI. La tienda de los cosacos..... 172
CAP. XII. El alguacil Lanzarote..... 190
CAP. XIII. Conato de homicidio..... 200

CAP. XIV. Dama y galan..... 215
CAP. XV. Lances y revelaciones..... 229
CAP. XVI. Ruede la bola..... 244
CAP. XVII. La estatua ecuestre de Cárlos IV..... 260
CAP. XVIII. Entre paréntesis..... 271
CAP. XIX. El remate de una fiesta..... 282
CAP. XX. Morte morieris..... 295

SEGUNDA PARTE.

La víspera de un gran dia.

CAP. I. Un ejemplo sublime..... 311
CAP. II. A rey muerto príncipe coronado..... 327
CAP. III. El hilo de los sucesos..... 337
CAP. IV. Jaque mate..... 352
CAP. V. Jaque al rey..... 364
CAP. VI. El final de un drama..... 374
CAP. VII. Denuncia..... 385
CAP. VIII. Las misiones..... 395
CAP. IX. La conjuracion..... 407
CAP. X. El monasterio..... 420
CAP. XI. Delacion y perjurio..... 434
CAP. XII. Un corazon de mujer..... 447
CAP. XIII. Entrada de virey..... 458
CAP. XIV. El Pípilo y el alcaide..... 470

TERCERA PARTE.

Dios, mi brazo y mi derecho.

CAP. I. Una noche histórica..... 489
CAP. II. El 16 de Setiembre..... 506
CAP. III. El gato en la ratonera..... 517
CAP. IV. La banda de general..... 529

CAP. V. El Estado, la Iglesia y la Inquisicion..... 541
CAP. VI. El argos de la revolucion..... 552
CAP. VII. El asalto de Granaditas..... 562
CAP. VIII. Acto segundo..... 576
CAP. IX. Los lebreles sobre la pista..... 586
CAP. X. La voz de alarma..... 599
CAP. XI. Capuletos y Montoquios..... 616
CAP. XII. Dos genios..... 629

CUARTA PARTE.

El eclipse de un astro.

CAP. I. Bandera contra bandera..... 651
CAP. II. El padre y la hija..... 660
CAP. III. La batalla de Aculco..... 672
CAP. IV. Principio de una venganza..... 683
CAP. V. La cadena de la muerte..... 694
CAP. VI. El mulato y el redoblante..... 706
CAP. VII. El rey monje..... 715
CAP. VIII. La batalla de Calderon..... 724
CAP. IX. La conferencia..... 730
CAP. X. La última prueba..... 738
CAP. XI. La expedicion..... 746
CAP. XII. El Espinazo del Diablo..... 753
CAP. XIII. La emboscada..... 762
CAP. XIV. Suplicio y ejecuciones..... 771
CAP. XV. Muerte aleve..... 778
CAP. XVI. La degradacion..... 787
CAP. XVII. La gitana..... 792
CAP. XVIII El suplicio de un héroe..... 801
Epílogo..... 811

MAY 6 1935